

JOSEFINA DE COMERFORD O EL FANATISMO

AGUSTÍN DE LETAMENDI



Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado

JOSEFINA DE COMERFORD
O EL FANATISMO

JOSEFINA DE COMERFORD O EL FANATISMO

AGUSTÍN DE LETAMENDI



AGENCIA ESTATAL BOLETÍN OFICIAL DEL ESTADO

MADRID, 2023

Primera edición: febrero de 2023.

En portada: *Orestes perseguido por las furias*. William Adolphe Bouguereau (1862).

Las Erinias o Furias son en la mitología griega la encarnación de la venganza.

Persiguen a Orestes después de haber dado muerte a su madre Clitemnestra y a su amante Egisto, un episodio de la guerra de Troya. La venganza marcó la vida española después de la restauración del absolutismo.

Contraportada: *El conde de España o La inquisición militar. Historia-novela contemporánea 233*. Una curiosa representación de Josefina con los líderes de los «agraviados»



Esta obra está sujeta a licencia Creative Commons de Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional, (CC BY-NC-ND 4.0).

© Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado para esta edición.

<https://cpage.mpr.gob.es>

NIPO AEBOE: 090-23-009-8 (en papel)
090-23-010-0 (en línea, PDF)

ISBN: 978-84-340-2903-3

Depósito Legal: M-2644-2023

Imprenta Nacional de la Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado
Avda. de Manoteras, 54. 28050 MADRID

ÍNDICE GENERAL DE LA OBRA

	<u>Págs.</u>
Estudio Introductorio.	
I. Algunos datos biográficos de nuestra heroína	9
II. Josefina de Comerford en 1820: su apoyo al rey absoluto	10
III. Josefina de Comerford en la lucha de <i>los agraviados</i>	12
IV. Final	14
V. La obra de Agustín de Letamendi: ¿dónde acaba la historia y empieza la ficción?	14
Anexo. Manifiesto de la regencia de la Seo de Urgel de 15 de agosto de 1822	19
Bibliografía	25
<i>Josefina de Comerford o el fanatismo</i> , de Agustín de Letamendi .	27

ESTUDIO INTRODUCTORIO

I. ALGUNOS DATOS BIOGRÁFICOS DE NUESTRA HEROÍNA.

Josefina de Comerford Mc-Crohon de Sales nació en Ceuta en 1794, según la investigación documental llevada cabo por Sánchez Núñez. Anteriores biógrafos la suponían natural de Tarifa, a donde se trasladó el regimiento de Irlanda del que su padre era comandante, y nacida en 1798, circunstancia alentada por Josefina que prefería Tarifa a Ceuta, «que sólo era un presidio en aquella época» y a la que no le importaría tampoco quitarse cuatro años.

Según nos indica Manuel Martínez Bargeño, la genealogía de la familia Comerford se localiza a mediados del siglo XVI, cuando destacados exiliados irlandeses pertenecientes a esta familia se establecieron en Barcelona. El abuelo de Josefina, Joseph Comerford (1719-1777), al igual que su hijo Francisco Comerford (1749-1808), el padre de Josefina, formaban parte del Regimiento de Irlanda, creado por el rey Felipe V en 1709. El abuelo Comerford casó con doña María Magdalena de Sales, natural de Annecy, en el ducado de Saboya, familiar según Josefina de San Francisco de Sales.

El padre de Josefina, Francisco Comerford murió en 1808, dejando huérfana a edad temprana a su única hija, la cual pasó a vivir, adoptada y prohijada, con su tío, Enrique de Comerford, conde de Bryas. Enrique servía en España en el Cuerpo de Guardias Valonas que se encargaba de la seguridad del monarca, pero después de la invasión francesa de la Península dejó de prestar servicios en el Cuerpo y marchó a Dublín, donde tenía propiedades, con su ahijada que entonces tenía 14 años.

El 25 de febrero de 1955, el periódico *ABC* publicaba un artículo de Pedro Sánchez Núñez con el título *Una heroína difamada*.

Sánchez Núñez indica que en Dublín Josefina recibió una esmerada educación, viviendo en un ambiente «de exaltado y ardiente catolicismo, rodeada de sacerdotes que le hablaban constantemente de la alta y trascendental misión a que estaba llamada por su linaje y situación social».

Según este autor, de Dublín, donde Josefina estudió las lenguas modernas, marchó con su tío a Viena con motivo del Congreso que allí se celebró después de la derrota de Napoleón. Parece que, en aquel ambiente festivo y mundano, Josefina triunfó por su belleza, juventud y exquisita educación, relacionándose con ilustres personalidades como la baronesa de Krüdener (1764-1824), ocultista rusa, una de las inspiradoras de la *Santa Alianza*. No nos ha quedado ningún retrato de la joven. Según Agustín de Letamendi, que quizás pudiera haberla conocido, «Josefina era graciosa, de talle esbelto, de cabello ente rubio y castaño, ojos azules brillantes, mejillas sonrosadas, cara ovalada, modales exquisitos y voz agradable y dulce».

Baroja nos cuenta en «Vitrina Pintoresca» (1935) que en Viena, Josefina tuvo como profesor de lenguas a un judío polaco, llamado Mickaelovitch, el cual se enamoró locamente de su alumna y ella, como ferviente católica, le advirtió que solo se casaría con él si abjuraba de su religión y se hacía católico, condición que el profesor judío no aceptó.

El conde de Bryas murió en Viena poco después del Congreso (1815) y Josefina queda sola, rica y joven y en la plenitud de su belleza. Llevaba una vida mundana, se relacionaba con personas distinguidas, como la esposa del embajador de España, Bardají, frecuentaba los salones y ofrecía los suyos. En su casa recibe a un tal Belmas, oficial francés que escribió sobre los *Sitios* de Zaragoza y a Alberto Rocca, suizo de origen italiano, que también publicó unas memorias sobre la guerra de España y que casó en secreto con Madame Stäel, que era veintidós mayor que este oficial. Con todos estos amigos –añade Baroja– Josefina discute y expone sus ideas teocráticas y ultramontanas.

Sus amigos le aconsejaron marchar a Roma porque el ambiente de la Ciudad Eterna bien pudiera ser «un consuelo y un sedante para sus inquietudes espirituales».

Fuera porque no encontrara a los amigos necesarios o por cualquier otra causa, Josefina se aburría en Roma. No le bastaba escuchar las disertaciones cultas ni contemplar las viejas ruinas del pasado. Ella quería acción y aventura y por eso, en 1820, decidió volver a España, donde se enfrentaban en lucha civil los absolutistas y los liberales doceañistas. Estaba entonces Josefina «en el apogeo de su belleza y de su fanatismo religioso».

II. JOSEFINA DE COMERFORD EN 1820: SU APOYO AL REY ABSOLUTO.

A su regreso a España, Josefina se estableció en Barcelona y entró en contacto con los individuos que formarían la futura *Regencia de Urgel*, creación personal del marqués de Mataflorida en agosto de 1822, institución ultra realista defensora de los derechos y prerrogativas del rey neto, al que creían secuestrado por liberales y masones. También se relacionó con los principales guerrilleros y jefes de partida realistas, entre los cuales destacaba Antonio Marañón (1777-1826), apodado «el Trapense», por haber sido lego de la comunidad trapense (Orden Cisterciense de la Santa

Observancia). A este *padre Marañón*, considerado como un energúmeno y un fanático, tomó a su servicio como edecán o jefe del estado mayor de la partida que ella financiaba y de la que se titulaba *general*.

Letamendi y otros sugieren que Josefina y el *Trapense* fueron amantes. Sánchez Núñez ve absurda e inverosímil la idea de que una mujer con tan sólida formación moral y exquisita educación, pudiera enamorarse de un tan tosco y brutal soldado y cree más probable que fuera el guerrillero quien cayera enamorado, y que la altivez y dignidad de la bella capitana lo mantuviera a raya. Baroja también duda de este recíproco enamoramiento: «¿Hubo entre los dos amores un tanto satánicos? ¿Fueron sus relaciones puramente de política y de fanatismo religiosos? No lo sabemos». Mataflorida nos cuenta sobre «el Trapense» lo siguiente:

«El Trapense, que está borracho a todas horas, un donado apóstata, el más grosero que crío madre y que en su tiempo cobraba el barato y quien en esta época no ha hecho más que alborotar y servir de capa de ladrones, pues cuantos milagros e ilusiones se han dicho todo es falso; y como yo puse cortapisa a sus locuras, por esto clama contra mí...» (correspondencia del marqués de Mataflorida, citada por Miguel Artola. «La España de Fernando VII». Espasa, 1999, pp. 638-639).

Lo que sí parece es que Josefina entregó a Marañón su fortuna y le siguió a caballo, como amazona, por Cataluña, Navarra y La Rioja. Juntos asistieron a diversas acciones, siendo la principal de ellas la toma de la plaza de la Seo de Urgel el 21 de junio de 1822, donde se estableció, por breve plazo, la Regencia que concedió a Josefina el título de Condesa de Sales.



Estampa de la época que representa al «Trapense» hacia 1822

Sus detractores la imaginan entrando en batalla con un crucifijo en una mano y un látigo en la otra, quemando aldeas durante el día y rezando el rosario por la noche. Ella –cuentan– llevó a sus seguidores a creer que contaban con el apoyo de la Santa Sede, Francia y Rusia, que les proporcionarían armas, tropas y dinero. Sin embargo, otros dicen, aunque no hay memoria escrita de ello, que solía encerrarse en su biblioteca, rodeada de libros, tomando notas o dibujando croquis de las plazas como un estratega y escribiendo memoriales, proclamas y cartas.

III. JOSEFINA DE COMERFORD EN LA LUCHA DE *LOS AGRAVIADOS*.

Restablecido Fernando VII en su gobierno absoluto por la intervención de los *Cien Mil Hijos de San Luis*, el *Trapense*, aposentado en Navarra, se convirtió en el brazo armado de la facción más ultra del realismo, lo que le llevó a chocar con el conde de España. Finalmente fue destituido y obligado a volver al monasterio de la Trapa de Santa Susana, en el Bajo Aragón, de donde había salido y allí murió en 1824. La dama se estableció en Manresa, más como el Gobierno sospechara que conspiraba, fue desterrada a Barcelona. Sabedora de que en la Universidad de Cervera estaba el foco de la rebelión apostólica y para conseguir que el capitán general de Cataluña le diera el pasaporte que le autorizase a viajar hasta allí, recurrió a una estratagema: hace que una criada suya se traslade a la ciudad de Cervera, y después de que los doctores del claustro universitario la declaren *posesa o endemoniada*, con el pretexto de cuidarla, consigue el deseado permiso.

Una vez en Cervera, en mayo de 1827, organiza, anima y financia el movimiento conocido como de los «malcontents» o agraviados, estimulado por el infante Carlos María Isidro contra la supuesta templanza de Fernando VII, que estaba acogiendo a antiguos afrancesados en una suerte de vuelta a un «despotismo ilustrado». En un primer momento, esta insurrección de los payeses tuvo como bandera las malas condiciones de vida del campesinado. Cuando los «malcontents» fueron derrotados y sus principales líderes, Joan Rafi Vidal, Agustí Saperes y Josep Bussons, fusilados o ahorcados, Josefina fue arrestada por el Conde de Mirasol y dejada en custodia en la casa del canónigo Guillermo de Rocabrúna, en Tarragona (otras fuentes dicen que en la ciudadela de Barcelona), acusada de celebrar reuniones en su casa que dieron lugar a la constitución de la Junta de Cervera, así como de haber animado a armarse a un grupo numeroso de personas. Pérez Galdós en *Un voluntario realista, Episodios Nacionales*, Segunda Serie, nos describe a Josefina en esta época:

Una tarde de abril presentáronse dos damas en el locutorio. Era una de ellas hermosa por todo extremo, ricamente ataviada, con ademán un poco altanero y edad que podía sin gran seguridad suponerse entre los treinta y cinco y los cuarenta años. Vestía con lujo y sin remilgos, dando a entender que no la mortificaba ninguna cosa que diera realce a su belleza, tanto más cuanto que esta iba necesitando auxilio para que no se conociera demasiado

su Occidente. Doña Josefina Comerford, pues tal era el nombre de aquella histórica dama, era una hermosura en decadencia; mas no por esto dejaba de ser magnífica, como es magnífica una puesta de sol.



Predicación en la revuelta de los «malcontents»

Aunque Josefina negó todos los cargos en el proceso que se formó contra ella, fue declarada culpable y se la condenó, quizás por su sexo y condición social que la libró de la horca, a reclusión perpetua en el convento de agustinas de la Encarnación en Sevilla. En este convento parece que intentó imponer su voluntad, y la tuvieron que llevar de uno a otro hasta que quedó libre, al morir Fernando VII en 1833.



Ahorcamiento de agraviados en Barcelona en 1827

IV. FINAL

Después pudo vivir libre largos años, pero en el olvido. Antonio Pirala, el historiador, supo que habitaba en una casa de vecindad llamada *Corral del Conde* en la calle de Santiago en Sevilla y trató de verla, en 1853, sin conseguirlo. Así describe Pirala esta visita, en testimonio recogido por Sánchez Núñez:

No hace mucho que en un apartado barrio de Sevilla buscábamos la calle del Corral del Conde, y en una humilde casa hacia el medio de la calle preguntábamos por Josefina Comerford. Estaba a la sazón ausente de Sevilla; no regresaría en algún tiempo. Nos entristeció esta noticia, y hubimos de partir de la ciudad sin haber podido ver más que la habitación de esta mujer extraordinaria, que odia hasta el recuerdo de lo pasado, pero que conserva el genio, la fortaleza de alma y el varonil aliento de sus primeros años, a pesar de sus achaques.

Luego se pierden las noticias. Únicamente en un artículo de Mañé y Flaquer inserto en el Almanaque para 1881 de *La Ilustración Española y Americana*, se dice que «murió en Montseny haciendo penitencia», sin precisar la fecha.

Sin embargo, Pedro Sánchez Núñez asegura que esta afirmación es falsa ya que, según sus averiguaciones, Josefina de Comerford otorgó testamento en 1863 en Sevilla y murió en la misma ciudad a consecuencia de una pulmonía el día 3 de abril de 1866, Lunes de Pascua, «en una modesta casita de su propiedad, que he logrado identificar y se conserva en el mismo estado que cuando la vivió nuestra heroína y donde murió a los setenta y un años de edad». Añade este autor que fue enterrada «en el cementerio de San Fernando, en la sepultura individual 527, junto a la pared de la quinta cuartelada».

Con estos datos hemos querido recuperar la figura de Josefina de Comerford, apasionada realista, partidaria a ultranza de la alianza entre el Trono y el Altar, denostada por la mayoría de los autores que se han ocupado de ella, por lo general con escaso rigor, acentuando los rasgos novelescos de una vida que, como bien apunta Julián Marías, merecería una buena película.

Cerramos con la sentencia de Pío Baroja: «¿Fue una vida malograda la de esta amazona realista o fue una vida lograda? Ella sólo lo pudo saber».

V. LA OBRA DE AGUSTÍN DE LETAMENDI: ¿DÓNDE ACABA LA HISTORIA Y EMPIEZA LA FICCIÓN?

La vida de Agustín de Letamendi (1793-1854) es casi tan novelesca como la de Josefina. Miliciano Nacional en 1820, inició su carrera consular en San Agustín, Florida, Estados Unidos. Allí le llegó la noticia de la caída del régimen constitucional en 1823, exiliándose en Charleston, Carolina del Sur.

Después de la muerte de Fernando VII fue cónsul, entre otras ciudades, en Génova y Ciudad de México, compaginando su labor como periodista con la de autor jurídico.

En 1849 persistía en la España isabelina un romanticismo postrero, que se manifestó en el género popular de la novela por entregas, cultivado, entre otros, por Manuel Fernández y González y Wenceslao Ayguals de Izco. La obra de Letamendi no es una biografía sobre Josefina de Comerford, es una novela que participa de ese espíritu del folletín: múltiples personajes, amores no correspondidos, personajes perversos, acción trepidante, muertes violentas y final dramático.

No obstante, esta novela es peculiar. En primer lugar, utiliza las figuras de personajes reales, vivos incluso en 1849; en segundo lugar, el telón de fondo no es la Edad Media, sino la España contemporánea, vivida y padecida por muchos lectores y, por último, es una novela de tesis.

La tesis es la defensa apasionada del liberalismo frente a la reacción fernandina, y la demostración del papel esencial de la educación en la formación de los espíritus. Josefina recibe una educación imbuida de ideas absolutistas, que la lleva a rechazar el amor del liberal Guerrero y a caer en las garras de Antonio Marañón, fraile lascivo e hipócrita que se erige en su confesor e inductor en la senda de la defensa del absolutismo. Solo al final de la novela, cae la venda de los ojos de Josefina, que purga con una vida de soledad y penitencia sus errores.

El valor del libro, a pesar de lo esquemático de los personajes, es su trasfondo histórico, trazado con sumo detalle: abundan las referencias a la reciente historia de España, como el motín de Aranjuez y la guerra de la Independencia, la revolución en Francia y la invasión napoleónica, el primer periodo absolutista fernandino, el triunfo liberal de 1820, la actividad de los enemigos del régimen constitucional y las intrigas que conducen al Congreso de Verona y la intervención francesa de 1823. Nuestra protagonista es palanca de una parte significativa de la reacción posterior a 1823, manipulada por el *Trapense* y otros oscuros personajes; al final de la obra, el intento de violación de una pariente de Josefina, Casimira, a manos del *Trapense* obliga a Josefina a reconocer sus errores políticos y personales cuando es demasiado tarde.

Esta novela histórica de Letamendi tiene tres partes muy diferenciadas:

- La primera podemos considerarla exacta en lo referente a los datos biográficos y personales de nuestra heroína. Demuestra un conocimiento de Josefina que hace pensar que ambos se llegaron a conocer.
- En la segunda se desarrolla la parte novelesca. No obstante, el autor maneja abundantes datos históricos que sirven de telón de fondo a la acción.

- En la tercera y última parte, Letamendi tiene que cerrar su novela y ante la falta de información sobre Josefina, dice que ha fallecido unos años después de 1823. Josefina en la carta a su prima, que luego comentamos, se queja de la inexactitud de su muerte anunciada por Letamendi. Esto evidencia que Letamendi en 1849, desconocía la situación real de Josefina por haber ésta conseguido el anonimato.

Un valor añadido de la novela es la detallada descripción, en el volumen II, de la crisis final del régimen constitucional. Letamendi señala la división de los liberales en moderados y progresistas exaltados, como una circunstancia aprovechada por Fernando VII para provocar la caída del gabinete presidido por el general Evaristo San Miguel, en febrero de 1823, y su sustitución por Flórez Estrada; el discurso de la corona de Luis XVIII ante la cámara de los pares anunciando la intervención en España; la respuesta al discurso del rey de Talleyrand, contraria a dicha intervención; la indiferente neutralidad de Gran Bretaña ante la decisión francesa; los preparativos infructuosos del general Mina en la frontera y la entrada en Madrid del duque de Angulema el 20 de mayo de aquel año. En definitiva, el rigor en la narración de los hechos históricos es un valor añadido, con independencia de la endeblez de la trama novelesca.

Seguramente, a raíz de haberse publicado el libro-novela de Agustín de Letamendi, Rafaela MacCrohon se puso en contacto con Josefina y ésta le respondió con una carta que se conserva. Lamenta Josefina lo que se ha escrito, y añade socarronamente:

[...] salimos ahora con el curioso romance del año 27! y, si todas las circunstancias del relato son tan exactas como la de mi muerte, quedarán los lectores instruidísimos [... ..] Mi falta de salud no me permite permanecer en el convento y mi amor a la soledad y al estudio me llevan al campo; y así alterno [...] Ahora pobre, vieja, fea y desagradable ... Y como el M. I, Sr. Canónigo visitador ha tenido la feliz ocurrencia de prohibir la entrada de los Diarios en clausura, sin duda por ser varones, hazte cargo de la profunda y silenciosa hoja en que me sepulto las temporadas que paso aquí [...].

Es una carta larga y amarga. Da a entender que vive entre un convento de clausura y el campo y que mantiene su capacidad y curiosidad intelectual.

Pedro Sánchez Núñez califica indignado la postura de Letamendi sobre Josefina como una colección de «afirmaciones erróneas y tendenciosas». Continúa este autor con su enmienda a la totalidad de la novela y de otras posteriores sobre Josefina señalando que:

[...] a Josefina, se la condenó a reclusión perpetua en un convento de Sevilla y se propaló que entre sus papeles se habían hallado recetas que probaban que no era una mujer virtuosa.

La cosa es tan burda, que trasciende a la legua a maniobra policiaca para desprestigiar a esta heroica y quiijotesca mujer, que todo, hasta su honor, hubo de sacrificarlo por sus ideales. Esta insidiosa acusación de la policía fernandina es acogida casi con fruición y regodeo por los escritores del bando enemigo tales como Letamendi, Orellana y otros, pero sobre todo por Cristóbal de Castro, quien en una lamentable novela titulada «La inglesa y el trapense», lo que hasta el título es mentira, presenta a esta heroica y abnegada mujer, caída en la miseria y en la abyección, borracha y explotada por chulillos de baja estofa, Este texto y otro del mismo autor titulado «La generala carlista», o algo así, han sido los que más han contribuido por su baratura y difusión, a la difamación de tan digna y noble mujer [...].

Al crear una novela de tesis, con personajes *buenos* y *malos* e ideas políticas *dignas* y *despreciables*, Letamendi es incapaz de entender a Josefina: a ella la movió, probablemente y a nuestro entender, su amor a la acción y a la aventura, donde lo de menos eran las ideas políticas, y donde lo que importaba era no sujetarse al papel pasivo y adocenado que se esperaba de una mujer de su clase social. Como Eugenio de Aviraneta en la saga de novelas de Baroja, Josefina hubiera merecido unas *Memorias de una mujer de acción*: lo que era admisible en un mundo masculino de guerrilleros, conspiradores liberales y absolutistas y curas trabucaires, era incomprensible en una mujer que se sentía llamada a mandar y a ser obedecida por hombres. Esta osadía la pagó no con la muerte, como Mariana Pineda, sino con algo que para ella debió ser más cruel todavía: el olvido, que persiste hasta nuestros días de una personalidad rebelde, apasionada e inconformista. Sirva esta edición de recuerdo para su persona, al cumplirse en 2023 los doscientos años del fin del trienio liberal.

ANEXO

**MANIFIESTO DE LA REGENCIA DE LA SEO DE URGEL
DE 15 DE AGOSTO DE 1822**



*S. E. el M.^o de Mataflorida,
Presidente de la Regencia d'España.*

El marqués de Mataflorida, Bernardo Mozo de Rosales, presidente de la Regencia

Españoles: Desde el 9 de marzo de 1820, vuestro Rey Fernando VII está cautivo, impedido de hacer el bien de vuestro pueblo y regirlo por las antiguas leyes, Constitución, fueros y costumbres de la Península, dictadas por Cortes sabias, libres e imparciales. Esta novedad es obra de algunos que, anteponiendo sus intereses al honor español, se han prestado a ser instrumento para trastornar el altar, los tronos, el orden y la paz de Europa entera. Para haberos hecho con tal mudanza el escándalo del orbe, no tienen otro derecho que la fuerza adquirida por medios criminales, con la que, no contentos con los daños que hasta ahora os han causado, os van conduciendo en letargos, a fines más espantosos. Las reales órdenes que se os comunican a nombre de Su Majestad, son sin su libertad ni consentimiento; su Real persona vive entre insultos y amarguras desde que, sublevada una parte de su ejército y amenazado de mayores males, se vio forzado a jurar una Constitución hecha durante su anterior cautiverio (contra el voto de la España), que despojaba a ésta de su antiguo sistema, y a los llamados a la sucesión del trono, de unos títulos de que S. M. no podía disponer, ni cabía en sus justos sentimientos sujetar esta preciosa parte de la Europa a la cadena de males que hoy arrastra, y del que al fin ha de ser la triste víctima, como lo fue su vecina Francia, por iguales pasos.

Habéis experimentado el deseo de innovar en todo con fines siniestros: cotejad las ofertas con las obras y las hallaréis en contradicción; si aquéllos pudieron un momento alucinaros, éstas deben ya teneros desengañados: la religión de vuestros padres, que os ofreció conservar intacta, se halla despojada de sus templos, sus ministros vilipendiados, reducidos a mendicidad, privados de su autoridad y jurisdicción, y tolerados cuantos medios puede abrir la puerta a la desmoralización y al ateísmo; los pueblos en anarquía, sin posibilidad de fomento y sin esperanza de sacar fruto de su sudor e industria; vuestra ruina es cierta si para el remedio no armáis vuestro brazo, en lo que usaréis del derecho que con razón nadie podrá negaros. Sorprendidos del ataque que ha sufrido vuestro orden, paz, costumbres e intereses, mirad insensibles a vuestro Rey arrancado de su trono, a esa porción de novadores apoderados de vuestros caudales, ocupando los destinos públicos, haciendo arbitraria la administración de justicia para que sirva al cumplimiento de sus fines, poblando las cárceles y los cadalsos de víctimas por que se propusieron impugnar esta violencia, cuyos autores, por más que declamen y aparenten, no tienen derecho para haberla causado, primero como tumultos, y después con los electos a virtud de sobornos y amenazas se han apropiado el nombre de Cortes, y suponen la representación nacional con la nulidad más notoria. Os halláis huérfanos, envueltos en partidos, sin libertad y sumergidos en un caos. Las contribuciones que se os exigen, superiores a vuestras fuerzas, no sirven para sostener las cargas del Estado; los préstamos que ya pesan sobre vosotros han servido sólo para buscar socios y agentes de vuestra ruina; no estáis

seguros en vuestras casas, y la paz ha sido arrancada de entre vosotros para despojaros de vuestros bienes.

Entre los daños que ya habéis sufrido, es la pérdida de unidad de vuestro territorio: las Américas se han hecho independientes, y este mal desde el año 12 en Cádiz ha causado y causará desgracias de trascendentales resultas. Vuestro suelo, amagado de ser teatro de nuevas guerras, presenta aún las ruinas de las pasadas. Todo es consecuencia de haber sacudido el gobierno monárquico que mantuvo la paz de vuestros padres, y al que, como el mejor que han hallado los hombres, han vuelto los pueblos cansados de luchar con ilusiones; las empleadas hasta hoy para seducir son las mismas usadas siempre para tales movimientos, y sólo han producido la destrucción de los Estados.

Vuestras antiguas leyes son fruto de la sabiduría y de la experiencia de los siglos: en reclamar su observancia tenéis razón; las reformas que dicta el tiempo deben ser muy meditadas, y con esta conducta os serán concedidas; ellas curaban vuestros males, ellas proporcionaban vuestra riqueza y felicidad, y con ellas podéis gozar de la libertad que es posible en las sociedades, aun para expresar vuestros pensamientos. Si conjuraciones continuas contra la vida de S. M. desde el año 14, si satélites ocultos de la novedad desde entonces han impedido la ejecución de felices medidas, que el Rey había ofrecido y tenía meditadas, y si una fermentación sorda, enemiga de las antiguas Cortes españolas, todo lo traía en convulsión, esperando el momento en que se convocasen para hacer la explosión que se manifestó el año 20, a pesar de haber mandado S. M. se convocasen antes de que se le obligase a jurar esa Constitución de Cádiz que estableció la soberanía popular, ayudándonos hoy con vuestra fidelidad y energía para que juntas, libres y legítimamente congregadas, sean examinados vuestros deseos, y atendidas las medidas en que creáis descansar vuestra felicidad sobre todo ramo, en las que tendréis un seguro garante de vuestro reposo, según vuestra antigua Constitución, fueros y privilegios. Todo español debe concurrir a parar este torrente de males; la unión es necesaria; mejor es morir con honor, que sucumbir a un martirio que pronto os ha de llevar al mismo término, pero cubiertos de ignominia. La nación tiene aún en su seno militares fieles que, sin haber olvidado sus primeros juramentos, sabrán ayudarnos a poner en su trono al Rey, a restituir la paz a las familias y volverlas al camino que las enseñaron sus mayores, apagando tales novedades, que son quimeras de la ambición; en fin, una resolución firme nos sacará del oprobio; la Iglesia lo reclama, el estado del Rey lo pide, el honor nacional lo dicta, el interés de la patria os invoca a su defensa.

Conocida, pues, esta verdad por varios pueblos y particulares de todos estados de la península, nos han reiterado las súplicas para que, hasta hallarse el señor don Fernando VII en verdadera libertad, nos pongamos en su Real nombre al frente de las armas de los defensores de objetos tan caros, proporcionando al gobierno la marcha que pide la felicidad de la nación, poniendo término a los

males de la anarquía en que se halla sumergida; y convencidos de la razón de su solicitud, deseando corresponder a los votos de los españoles, amantes de su altar, trono y patria, hemos aceptado este encargo, confiando para el acierto en los auxilios de la Divina Providencia, resueltos a emplear cuantos medios estén a nuestro alcance para salvar la nación que pide nuestro socorro en la crisis quizá más peligrosa que ha sufrido desde el primer momento de la fundación de su Monarquía: A su virtud, constituyéndonos en gobierno supremo de este reino, a nombre de S. M. el señor don Fernando VII (durante su cautiverio) y en el de su augusta dinastía (en su respectivo caso), al solo fin de preservar los legítimos derechos y los de la nación española, proporcionándole su seguridad y el bienestar de que carece, removiendo cuantos pretextos han servido a seducirla, mandamos:

1.º Se haga saber a todos los habitantes de España la instalación del presente gobierno para el cumplimiento de las órdenes que de él dimanen, persuadidos de que por su desobediencia serán tenidos por enemigos de su legítimo Rey y de su Patria. A su virtud, las cosas serán restituidas por ahora, bajo la puntual observancia de las órdenes militares y leyes que regían hasta dicho día 9 de marzo de 1820.

2.º Se declara que, desde este día, en que por la fuerza y amenazas fue obligado el señor don Fernando VII a jurar la Constitución que en su ausencia y sin su consentimiento se había hecho en Cádiz en el año 1812, se halla S. M. en un riguroso cautiverio. Por lo mismo, las órdenes comunicadas en su Real nombre serán tenidas por de ningún valor ni efecto, y no se cumplirán hasta que S. M., restituido a verdadera libertad, pueda ratificarlas o expedirlas de nuevo.

3.º Los que han atentado contra la libertad de S. M. y los que continúen manteniéndole en el mismo cautiverio públicamente por la fuerza o con auxilio cooperativo, serán juzgados con arreglo a las leyes, y sufrirán las penas que las mismas imponen a tan atroz delito.

4.º Se declara que las Cortes que en Cádiz dictaron la Constitución, no tuvieron la representación nacional, ni libertad algunos de los congregados en ellas para expresar y mantener sus sentimientos. Que las Cortes sucesivas, compuestas en gran parte de individuos electos por sobornos y amenazas, y marcada la fórmula de sus poderes en un estado de violencia y anarquía, tampoco han podido representar la nación ni acordar sólidamente providencia alguna que pueda obligar a los habitantes de esta Península y sus Américas.

5.º Persuadidos de la fidelidad de gran parte del ejército que servía bajo las banderas de la Religión, del Rey y de la Patria, dicho día 9 de marzo; que unos han tenido que sucumbir a la fuerza, otros han creído hasta ahora inútil manifestar sus sentimientos, otros no fueron instruidos de la violencia con que S. M. sucumbió a prestar dicho juramento, ni de la falta de libertad y consentimiento en las órdenes comunicadas en su Real nombre; y convencidos de que éstos, para que no se aumenten los males, desean evitar la ocasión (precisa en otro caso) de que las tropas extranjeras pisen la Península, en las que había de echar de menos

la benignidad que pueden hallar hoy en S. M. restituido a su trono; invitamos a todos los militares amantes y fieles a los referidos objetos que forman su deber, que se reúnan a estas banderas, las cuales gobernaremos durante el cautiverio de S. M. A su virtud, a todos los soldados que se nos presenten les serán abonados dos años de servicio, un real de plus; se les darán dos duros a los que se presenten con armamento y una onza de oro a los de caballería que se presenten con caballo. A los sargentos y cabos, a más de gratificarlos, se les tendrá presentes para los inmediatos. Y como gran parte del cuerpo de oficiales desea dar testimonio de su verdadera fidelidad sin alternar con criminales, examinada que sea su conducta y colocados en el lugar que a cada uno corresponda, según su mérito y graduación, se les concederá el ascenso al empleo inmediato, y aún mayores gracias si vienen a nuestras banderas con alguna tropa. Se advierte que estas ventajas sólo se concederán a los que se presenten dentro de dos meses.

6.º Para impedir que la distancia a que se hallen algunos militares de los que trata el artículo anterior, de las banderas de S. M. que están a nuestro cargo no les sirva de obstáculo para ser partícipes de las gracias contenidas en el mismo, declaramos que, para gozar de ellas, bastará en la Corte y en cualquier otro sitio donde se encuentren al llegar a su noticia esta resolución, se declaren manifiestamente en defensa de la augusta persona de S. M. y de sus derechos, poniéndose en correspondencia directa con este gobierno supremo o con los comandantes sujetos a nuestras órdenes en los puntos más inmediatos, entendidos de que cualquier servicio con que se distinguen en favor de la Real persona será recompensado con la mayor amplitud.

7.º Los fueros y privilegios que algunos pueblos mantenían a la época de esta novedad, confirmados por S. M., serán restituidos a su entera observancia; la que se tendrá presente en las primeras Cortes legítimamente congregadas.

8.º Las contribuciones serán reducidas al mínimo posible, recaudadas por el menor número de empleados y con la mayor prudencia y moderación; lo que rectificará al oír la voz libre de la nación, según su Constitución antigua.

9.º Para lograr que el acierto y la voz sensata de la nación sea la que guíe nuestros pasos, serán convocados, con arreglo a antiguos fueros y costumbres de la Península, representantes de los pueblos y provincias que nos propongan los auxilios que deban ser exigidos, los medios de conseguirlos con igualdad, sin ruina de los vecinos; los males que se sientan afligidos y crean haber padecido en las revoluciones que desgraciadamente se han experimentado, para que a nombre de S. M., y durante su cautiverio, podamos proporcionarles con medidas que les asegure en lo sucesivo su bien y su tranquilidad.

10.º Considerando el mérito que contrae esta Provincia en ser la primera que con heroico esfuerzo repite a su Rey los más vivos sentimientos de su antigua fidelidad, y que gran parte de su subsistencia depende de su industria y comercio, la proporcionaremos, y a sus vecinos en particular, cuantas gracias y

privilegios estén a nuestro alcance para su fomento, las que se harán extensivas a otras, según se las hallare acreedoras por igual energía, exceptuando sólo los pueblos que se manifiesten desobedientes a este gobierno.

11.º Deseando este gobierno supremo dar un testimonio a la Europa entera de ser el único deseo que le anima restablecer la paz y el orden, apagando ideas subversivas contra la Religión y los tronos, encargamos a todas las autoridades sujetas a nuestra jurisdicción celen, con la mayor actividad, que en toda la extensión de ella no abrigue ningún sujeto, sea de la clase y jerarquía que fuese, que en público o en secreto, directa o indirectamente, haya intentado o intente trastornar cualquiera de los tronos de la Europa y sus gobiernos legítimos; que si algún reo de esta clase fuese aprehendido, se le asegure a disposición de este gobierno supremo para ulteriores providencias.

12.º Siendo harto notorio el escándalo con que se insulta la respetable persona de S. M. y la repetición de conatos contra su apreciable vida que es el más seguro garante de la felicidad de España, se declara que, de repetirse iguales excesos, a pesar del encargo de este gobierno, que expresa la voluntad de la nación, no omitiremos medida hasta que se realice en sus autores un castigo que sirva de escarmiento a las sucesivas generaciones; por el contrario, serán concedidos premios a los que contribuyan a su defensa.

Dado en Urgel, a 15 de agosto de 1822. El marqués de Mataflorida, el arzobispo preconizado de Tarragona, el barón de Eroles.

BIBLIOGRAFÍA

- Benito PÉREZ GALDÓS, *Un voluntario realista en Episodios Nacionales*, Segunda Serie.
- Pío BAROJA, *Vitrina Pintoresca, Fantasmas de Tarifa*, 1935, en obras completas editadas por Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- Pedro SÁNCHEZ NÚÑEZ, «Una *heroína difamada*», periódico *ABC* de 25 de febrero de 1955.
- Manuel MARTÍNEZ BARGUEÑO, *Josefina Comerford, la heroína realista*, abril de 2018. *Diccionario biográfico de la Real Academia de la Historia*, entrada por María Antonia Fernández Jiménez.

JOSEFINA DE COMERFORD

6

EL PATAFESMO.

NOVELA ORIGINAL, HISTORICA Y CONTEMPORÁNEA,

*«Omne tulit punctum, qui miscuit utilis dulci,
«Lectorem delectando, pariter que monendo.»*

(HORACIO.)

POR

A. DE LETAMENDI

Miembro de varias sociedades literarias y científicas de Europa y de América; autor del *Tratado de Jurisprudencia Diplomático-Consular*, que sirve de texto y referencia en las Legaciones y Consulados de España en países extranjeros, y de otras obras de enseñanza, educación y recreo. También lo es de los famosos *Partes telegráficas* que semanalmente, por espacio de cuatro años, aparecieron en las columnas del CLAMOR PÚBLICO bajo el seudónimo de FELIPE-JOSÉ TORROBA, antiguo *page de escoba*.

TOMO I.

MADRID.—1849.

MARTIN, editor gerente por la V. de Domínguez
Imp. de la misma, calle de Hortaleza—núm. 67

A LA SEÑORITA

DOÑA GRACIA CARSI

Dedica esta novela su amigo

El autor.

Madrid 28 de junio de 1849.

AL PÚBLICO.

La novela ; este ramo tan interesante de nuestra literatura y tan poco cultivado en nuestros días , según se trata y difunde en otras naciones , es sin duda la mejor escuela de costumbres á que un pueblo puede aspirar. En ella , como en el teatro , el lector aprende y se deleita , y casi sin sentir se familiariza con la historia del mundo.

Por desgracia en España las novelas que generalmente se publican son traducciones de los autores franceses , y nuestra juventud se embebe en teorías máximas y costumbres , que ni son las de nuestra patria , ni aprovechan al lector.

La que á continuación publicamos , tiene , á mas de su originalidad y verdad histórica , la recomendación de ser su autor uno de nuestros mas populares escritores del día , y creemos hacer un servicio á la sociedad , dándola á un precio barato que á todos pueda ser asequible su lectura.

El Editor.

PROLOGO.

Consagrar estas cortas páginas á la narracion de varios sucesos de la revolucion de España desde 1808 hasta 1823 es casi mi objeto principal en este libro. Pero dejando á los historiadores el cuidado de referir esos mismos sucesos con todo el rigor histórico, he querido presentarlos menos áridos y mas entretenidos introduciendo en la *novela de «JOSEFINA DE COMERFORD Ó EL FANATISMO»* algunas escenas de pura imaginacion con otras de rigurosa verdad que plumas mas hábiles y egercitadas que la mia podrán desenvolver y presentar mas estensamente siguiendo las huellas de nuestros principales escritores dramáticos, ó la de los primeros novelistas de Inglaterra, Francia y Alemania.

No hay, á mi entender, una época mas fecunda en enseñamientos provechosos para la generacion naciente en toda la historia de España, ni que ofrezca mas campo á la imaginacion que los primeros cuatro lustros del siglo XIX en que vivimos: en mi humilde opinion es una mina poco explotada aun y de la cual los escritores de novelas y dramas históricos pudieran sacar cuan-

liosos tesoros. Pero no se pasará mucho tiempo sin que en España se dé principio á su importante laboreo, porque el afan de leer que hoy tanto aqueja á los pueblos no permitirá que se sepulquen en el olvido tantos hechos heróicos dignos de eterna nombradía, ni tantas defecciones y bastardías que la posteridad ha de sellar con el timbre que merecen.

No pasará mucho tiempo, repito, sin que *la revolucion de España* fielmente redactada aparezca bajo las diversas formas que pueden darle el drama, la novela, el poema, y la comedia misma, como el espejo en que mucho pudieran admirar, y el libro en que debieran aprender, los pueblos y los reyes.

Si las pocas páginas que contiene «JOSEFINA DE COMERFORD» lograsen estimular á otros autores españoles á inmortalizar las glorias de nuestra patria, y hacer odioso el crimen, amable la virtud, halagüeño el cumplimiento de los deberes sociales, y respetables y necesarias para nuestra felicidad, la moral individual y la religion que profesamos, mis vigiliass quedarian ampliamente recompensadas.

A. DE LETAMENDI.

CAPITULO I.

LA INFANCIA Y LA EDUCACION.

«Horrible fanatisme! les rigueurs inflexibles.
«Privent d'humanité les cœurs les plus sensibles.

MAHOMET, act. II.

JOSEFINA de Comerford, Machrou de Sales, nació en Tarifa, á orillas del Estrecho de Gibraltar bajo el hermoso cielo de Andalucía en el año de 1798, de padres muy nobles y no desacomodados. En edad temprana quedó huérfana y pasó á vivir bajo el cuidado y tutela del conde de Briás, su tio paterno, que á la sazón servía en clase de capitán en el cuerpo de *Guardias VValonias* que se consideraban como las primeras tropas del ejército español, porque de ellas se formaba la custodia

de las reales personas. La graduacion de un capitán de aquel cuerpo era la de un coronel de ejército de S. M. C. Los sucesos acaecidos en España en 1808 hubieron de impulsar al conde de Briás á salir de la peninsula y dirigirse á paises extranjeros, ya para atender á sus intereses, que tenia en Irlanda y en el Bravante, ya para cuidar de la educacion de su sobrina, á quien la naturaleza habia dotado de un ingenio superior y de una hermosura estremada.

La edad y los hábitos del tío de Josefina le retrajeron de fijar por entonces su residencia en la Bélgica, donde el frecuente paso de tropas y el estado de agitacion en que las empresas belicasas de Bonaparte habian puesto á la Europa, tampoco le hubieran permitido educar á su sobrina bajo las máximas del mas estricto catolicismo y del recogimiento de la vida doméstica con todos los goces racionales de otros ramos de instruccion que ennoblecen y dan realce á una señorita cuyo porvenir era sumamente lisongero. Hechas estas reflexiones, el conde de Briás pasó á Irlanda y estableció su residencia en Dublin. Bien pronto la jóven Josefina dió muestras de su precoz ingenio á sus preceptores, y el tío que iba concentrando en ella todos sus afectos, le procuraba todos los medios de instruirse y perfeccionar su corazon y su entendimiento. Difícil era, empero, que en una ciudad tan levítica como Dublin, atendidas las prácticas severas de religion del conde de Briás, pudiera su interesante sobrina sustraerse á las máximas exageradas de

DE COMERFORD.

11

sus directores espirituales. Una imaginación ardiente un corazón español y un entendimiento claro y precoz eran calidades sobradamente predisuestas en Josefina de Comerford para que no se prestasen dócilmente á impresiones fuertes, á teorías místicas que la juventud recibe sin exámen por mero respeto á las personas caracterizadas que se las inculcan ya que generalmente se dá el nombre de fé á la creencia implícita en las revelaciones de los santos profetas.

Tradiciones de familia y la coincidencia de uno de los apellidos de Josefina, que esplotaban maravillosamente los directores de su conciencia, fortalecían en ella el vínculo de consanguinidad con San Francisco de Sales, y esta idea la fanatizaba hasta el punto de lisongearse de que algún día, después de su muerte, su imagen sería adorada en los altares y canonizada por los Pontífices de Roma.

No hay duda que, con menor entendimiento del que Josefina mostraba á la edad de doce años, y con la imaginación que tenía, se habría vuelto loca, según el pábulo que daban á su fantasía los clérigos irlandeses que tanto frecuentaban la sociedad de su devoto señor tío. Una circunstancia diversificaba la monomanía religiosa de la joven Josefina que con no menos ardor ocupaba ya su entendimiento y dividía en dos objetos exclusivos sus grandes pasiones: los sucesos de la guerra de España contra las huestes invasoras de Napoleón Bonaparte: el altar y el trono, ambos amenazados en Es-

paña por la ambición del gran capitán del siglo, eran objeto del más intenso interés de la sobrina del conde de Briás.

Sabida es la parte que las legiones británicas tomaron en la guerra de nuestra independencia nacional desde 1808 hasta 1814, bajo las órdenes del duque de Wellington y que la Irlanda era uno de los puntos del reino unido de la Gran-Bretaña en que con más avidez se leían los sucesos y percances de aquella sangrienta lucha. Con este motivo la joven Josefina, en cuyo pecho latía un corazón verdaderamente andaluz, no dejaba pasar desapercibido un incidente por trivial que fuese, sin recurrir á sus preceptores, á su mismo tío, para que le explicasen el carácter personal de los caudillos españoles, las sinuosidades del terreno en que ocurrían las escaramuzas de los guerrilleros con los franceses, el santo objeto de los nuestros, la criminal usurpación de los contrarios, en fin, cuanto pudiera satisfacer su laudable curiosidad, su patriótico entusiasmo.

El cura Merino, fusilando 500 franceses en los páramos de Castilla; Mina ejerciendo justas, pero saugrientas represalias en las montañas de Navarra; los frailes de San José defendiendo en Zaragoza la brecha de las tapias de la puerta de Santa Engracia, se le designaban por sus preceptores como los elegidos de Dios para el esterminio de los hereges en España, como los representantes de la iglesia española amenazada; como los restauradores del trono de San Fernando vilmente ocu-

pado por un hermano de Napoleon. Nobles, grandiosos eran los sentimientos que tales y tan graves acontecimientos despertaban en el tierno corazon de Josefina, pero nadie se encargaba de dirigirlo hácia la senda de la verdad, nadie le hablaba del pueblo español, ni del verdadero objeto de sus herbicos esfuerzos. Nadie inculcaba en la mente de Josefina la idea de libertad é independencia nacional, que eran los verdaderos incentivos que daban al pueblo español sufrimiento, perseverancia y energía para defenderse contra el agresor imponente y criminal. Esta enseñanza perjudicaba moralmente á Josefina, cuyo corazon esencialmente bueno y generoso, no sentia el amor á la patria, sino el apego á instituciones rancias y nocivas: al altar y al trono de los reyes absolutos, que hasta entonces habian sido el azote de su patria, los árbitros del pueblo español.

Poco ó nada de filosófico y moral contenia la educacion de la sobrina del conde de Briás, y todo se conjuraba para fanatizar su entendimiento y corromper su alma, bajo apariencias de la piedad mas pura y de las formas de religion mejor observadas. Frecuentes eran sus contriciones al pie del confesor, rigidas sus penitencias, grandes y austeros sus ayunos y abnegaciones: su alma se sentia purificada, y sin embargo, la niña no habia pecado aun. Su entendimiento, tortuosamente disciplinado, era el que se sentia tranquilo por haber llenado los preceptos de mera fórmula que sus maestros le imponian y que ella cumplimentaba sin exá-

men, solo por el prestigio que le inspiraban las personas que ejercían superioridad sobre ella por sus años y supuesta inteligencia.

El estudio de las lenguas vivas y el de la música absorbían gran parte también de los cuidados diarios de Josefina, y es menester confesar que en el piano y el canto sus progresos no fueron notables; en el estudio de idiomas hablados, su ingenio se desarrolló de una manera sorprendente: el inglés, el francés, el alemán, el italiano y la lengua castellana le eran igualmente familiares á la edad de diez y siete años, y la literatura moderna formaba las delicias de su vida en las horas de ocio y de solaz: su gravedad de carácter la hizo despreciar las lecciones de baile, y empleaba en la lectura de Milton, de Pope, y en las melodías de Tomás Moor, los momentos que otras jóvenes, sus compañeras, empleaban en el tocador y en los saraos.

Mucho la preocupaban también las obras de Chateaubriand y de Mme. de Staël-Holstein, sobre todo la Alemania y el Genio del Cristianismo, y su mayor ambición se cifraba en llegar un día á conocer personalmente á los dos grandes autores. No estaba para ella tan distante aquel día como alcanzára á pensarlo. La paz general de Europa y el estado de salud quebrantada de su querido tío, vinieron imprevistamente á colmar sus deseos.

Achacoso y taciturno el conde de Briás, en 1816 hubo de consultar el parecer de los médicos para mejorar el

estado de su salud, y todos unánimemente le aconsejaron un viaje á Italia, cuya temperatura y suavidad de clima habian de influir sobre manera en su mejoría. Tenia Josefina á la sazón diez y ocho años cumplidos, era graciosa, de talle *suelto* y de modales esquisitos, voz dulce y agradable, pelo castaño muy claro, frente lustrosa, y blanco su semblante, ojos azules, mejillas sonrosadas, nariz griega, boca de coral, dientes como perlas, y su porte y femenino donaire inspiraban admiración, respeto y cariñoso afecto en cuantos se acercaban á ella.

Cualquiera supondría naturalmente que con tales dotes aparentes y tantas calidades morales positivas, un viaje á Italia habia de proporcionarle triunfos de aquellos que, en las jóvenes de su edad, cuentan por mucho en los salones del gran mundo, pero no fue así. Josefina, dedicada al cuidado de su tío, veía pocas gentes, y raras veces frecuentaba otra sociedad que aquella á que concurría el mismo conde de Briás, pero era tal su ascendiente en el ánimo de su tío que casi nunca se negaba á complacerla en todo lo que razonablemente deseaba.

Valida, pues, de esa indulgencia, obtuvo de su condescendiente tutor el beneplácito para hacer el viaje á Italia pasando por Alemania, descansando algún tiempo en Viena y dirigiéndose despues á Milán, desde donde se encaminarian por Turin, Nizza, Génova y Liorna á Florencia, Roma y Nápoles que eran los puntos que mas llamaban su atención bajo diversos aspectos. Llegados á Viena

nuestros viajeros, el primer cuidado del conde de Briás, despues de instalarse en uno de los mejores parages de aquella capital, y entablar las relaciones sociales á que le daban título las muchas cartas de recomendacion de que era portador, fue esplorar los deseos de su sobrina acerca del modo con que debia invertir útil y agradablemente el tiempo de su permanencia en la corte de Austria.

—Nada, tio mio, pudiera serme mas grato que cultivar los conocimientos que ya tengo de la lengua alemana y las bellezas de su literatura.

En efecto, pocos dias despues Josefina recibia lecciones de un hombre singular. El profesor Mr. Michaelowich era su maestro de lenguas y literatura; Michaelowich era un judío polaco, hombre muy versado en el estudio y práctica de todos los idiomas, gozando en Viena de la reputacion de primer polígloto, y la de un sábio en ciencias filosóficas y morales: su edad de treinta y seis años no le ponía á cubierto de la impresion fuerte que en él causaron las gracias personales y el talento extraño de su discípula, y esta tampoco podía renunciar á los impulsos de un corazon esencialmente formado para abrigar grandes pasiones y ostentarlas ó reprimirlas segun mas conviniere á su decoro y á los propósitos de sus tempranas creencias religiosas y de su fanático entendimiento. La jóven que descendía de la ilustre alcurnia de San Francisco de Sales, creía que su mision en la tierra era hacer prosélitos para el culto católico, y es-

tirpar la heregia, aun á espensas de su gusto y de su propio bien estar.

«Michaelowich, decia Josefina, está prendado de mí, tiene muchos mas años que yo, es verdad, su figura y sus modales toscos y frios me repugnan, pero observo en él un fondo de bondad y de dulzura que pudieran muy bien acomodarse á mis laudables exigencias: de otra parte su erudicion, su profundo saber, aplicados á mis máximas religiosas, harian de él un ser especial para mi sociedad y trato constante: ¡pobre infeliz! ¡no conoce la luz del evangelio, es israelita, es judío, y para él no habrá salvacion!.. En tan apremiante emergencia mi deber me aconseja sacrificarme en obsequio de la religion de mis padres. Yo debo corresponder á sus miradas, á sus tímidas insinuaciones; finalmente, debo casarme con él, con tal que se haga católico, y abjure de los principios que le inculcaron en la sinagoga de Varsovia. ¡Qué grata, cuán acceptable no será mi conducta á los ojos de Dios! ¡Yo habré procurado la salvacion de un alma!»

Estas eran las reflexiones á que se entregaba Josefina cuando su maestro concluia sus diarias visitas y la dejaba para atender á sus discípulos en la universidad.

Un escrúpulo muy grande la atormentaba sin embargo, y era el obrar en este asunto sin conocimiento de su tío y sin consultar á su confesor. Para lo primero no se necesitaba mas que un esfuerzo, y este esfuerzo era tanto menos repugnante cuanto que el cariño y la condes-

cedencia del conde, no permitian dudas á la esperanza de su interesante sobrina: para lo segundo ya era mas difícil el resultado: su confesor habitual, habia quedado en Dublin, era un antiguo jesuita familiarizado con el corazon de Josefina desde sus mas tiernos años, su director espiritual, y no era fácil que en Viena pudiera reemplazarle otro clérigo cualquiera.

Grande era la perplejidad de la señorita de Comerford en estas circunstancias, y no lo eran menos sus escrúpulos de conciencia al considerar que se acercaba el periodo en que tenia por costumbre acudir al tribunal de la penitencia, y de poner á los pies del confesor el pequeño caudal de sus leves transgresiones, sin atreverse á revelar los nuevos cuidados que ponian ahora en grave conflicto su corazon con su entendimiento. Resolviose por fin á recurrir á un espediente que la sacase de tan insoportable situacion, valiéndose para ello del mismo Mr. Michaelowich, á quien Josefina, en su inmediata entrevista, y al concluir su leccion de literatura alemana, dirigió estas palabras:

—Dígame vd., señor maestro, sin que esto sea mas que un pequeño aturdimiento propio de mi sexo y condicion, ¿ es vd. católico?—No, señorita, no tengo esta dicha...

—¿Y por qué no lo es vd. si considera dichosa al que lo és?

—Por una muy sencilla razon, repuso Mr. Michaelowich, porque mis padres no lo eran, y como el primer

deber de los hijos es ser agradecidos con sus progenitores, yo creeria faltar á mis deberes si apostatase de aquellas máximas que ellos me inculcaron desde mi mas temprana infancia.» ¿Permitame vd. á mi vez, señorita, que yo tambien la pregunte si es vd. cristiana?

—Si señor, dijo Josefina; soy católica, apostólica, romana, y no reusaria mi mano ni mi fortuna á ningun hombre, aunque fuese musulman, con tal que al desposarse con migo se convirtiese al catolicismo.

—Muy apreciable es la mano de la señorita de Comerford, pero mas lo debe ser para cualquier hombre delicado, su aprecio y estimacion, y ciertamente no podria lisongearse de obtenerlos quien faltase tan criminalmente á los preceptos de sus padres y de su iglesia, cualquiera que sea su denominacion, porque á mi entender, señorita, la religion no es otra cosa que un medio dogmático por el cual adoramos la omnipotencia de Dios, y con tal que nuestra adoracion y nuestras plegarias partan de la sencillez, de la fé y de la pureza, de nuestro corazon y de nuestras intenciones, Dios no puede rechazarlas, cualesquiera que sean el dogma y las formas religiosas, bajo las cuales se las ofrecemos. Los errores del culto que tributamos al Ser Supremo no son de nuestro resorte, á Dios toca iluminarnos, y su luz es el evangelio...»

Josefina conoció en este raciocinio un fondo de verdad que antes no habia oido, se sobrecogió de temor y comprendió entonces que sus proyectos de

catequizar á Mr. Michaelowich habian sido quiméricos, que el amor propio habia tenido gran parte en ellos, y que todo arrepentimiento seria poco para comparecer ante el tribunal de la penitencia. El maestro de literatura se retiró confuso, pero galan y atento, y Josefina no menos confusa y preocupada, salió del salon esclamando en voz baja:

—¡Que lástima que Mr. Michaelowich no sea católico! ¡Cuánto valor diera yo entonces á sus palabras! ¡Mucho le compadezco! El infeliz se condenará...

CAPITULO II.

LA PRIMERA IMPRESION.

«... Les soins qu'on prend de notre enfance,
Forment nos sentiments, nos mœurs, notre éréance.
.....
L'instruction fait tout, et la main de nos pères
Grave en nos faibles cœurs ses premiers caractères.»
ZAIRE, act. I.

Pocos dias habian transcurrido desde la última entrevista de Josefina con su maestro Mr. Michaelowich cuando una tarde, en el momento en que esta regresaba con sus amigas del diario paseo á caballo, á cuyo ejercicio era sobradamente aficionada, lo encontró en la escalera acompañado de otro caballero pue le fue presentado por el mismo como Mr. Federico Forster, que acababa de llegar de Berlin, donde habia publicado en el mismo año de 1816 la vida de *Hofer* y los brillantes

rasgos de la guerra del Tyrol, en la que con vivas descripciones se reproducen los hechos sorprendentes de los habitantes de aquella romántica region.

—Señorita de Comerford, dijo Mr. Michaelowich, este caballero me reemplaza en el grato y delicado encargo de instruir á vd. Todo queda convenido con el señor conde de Briás: yo debo aprovechar de las vacaciones de la Universidad para pasar dos meses en Warsovia á donde me llaman asuntos de familia. El caballero Forster dará á vd. nociones de la historia contemporánea, sin descuidar las bellas páginas que de ella nos ofrece la España, su patria de vd., en la guerra de la Península.»

Josefina, algo turbada, dió las gracias á Mr. Michaelowich, é hizo á su nuevo maestro los ofrecimientos y agasajos de costumbre, despidiéndose hasta el siguiente dia de Mr. Forster, y deseando á Mr. Michaelowich un feliz viaje á Polonia.

Tan pronto como dejó el traje de amazona y arregló su tocado para la hora de comer, salió del aposento y se dirigió al salón donde el conde su tio la esperaba con ánsia para presentarla á una señora irlandesa, Mme. Mac-Incroc, á Mr. Belmas, autor de la historia de los *Sitios de la Península*, que acababa de publicar en París, y á Mr. Rocca, amigo íntimo de Mme. Staël-Holstein, que tambien escribió en aquel tiempo alguna cosa sobre la guerra de España contra Napoleon, y que todos comian allí aquel dia. Despues de los cumplidos usuales que Josefina hizo á los distin-

guidos forasteros, y recibir en cambio los que de ellos se atrajo por sus elegantes modales, el conde de Briás selló con sus lábios la hermosa frente de su sobrina, y dijo á los convidados:

—Señores, esta niña huérfana es el objeto de todos mis cuidados; su porvenir me ocupa casi exclusivamente. Ahora entra en el mundo, donde deseo que brille, tanto por sus costumbres como por su instruccion; yo no perdono medio para conseguirlo y ella responde satisfactoriamente á mis cuidados. La he procurado maestros eminentes desde su mas tierna infancia, y ahora mismo que tiene que suspender sus lecciones de literatura porque su preceptor se marcha á Warsovia, le acabo de procurar un maestro célebre de Historia contemporánea, Mr. Forster, recién venido de Berlin, porque me parece necesario que mi sobrina, antes de estender mas sus viajes por Europa, se familiarice con los sucesos que la han agitado durante la revolucion francesa, y sobre todo quiero que antes que regresemos á España, sepa algo de la guerra que los españoles han sostenido con tanto valor y crédito contra los ejércitos de Napoleon.

La presencia de los criados que vinieron á anunciar que la comida estaba en la mesa interrumpió el discurso del conde, quien, dando el brazo á Mme. Mac-Incroc, dió ejemplo á Mr. Rocca y Josefina, siguiéndoles Mr. Belmas al comedor.

Durante la comida y con la jovialidad de los convi-

dados, Josefina se animaba, y su mesurada conversacion daba mucho realce á su hermosura. Se habló del teatro italiano de Viena y de los primeros triunfos conseguidos en él por la célebre Mlle. Sontag, que cuatro años despues vino á ser condesa de Rossi y embajadora de Cerdeña en la corte de San Petersburgo, pero Josefina esquivaba esta conversacion y significaba á Mr. Rocca, que estaba á su lado, que, próxima á emprender su viage á Italia, mas le interesaban las campañas de Napoléon y del archiduque Carlos, las de Suwarrou y Massena en los Alpes, las batallas de Marengo y Hohenlinden que todos los triunfos de Rossini y las campañas teatrales de Mlle. Sontag y de la inmortal Catalani, á quien Josefina habia oido el dia antes en un concierto que la célebre cantatriz habia dado en beneficio de los pobres.

—No crea vd. por eso, decia, que yo sea indiferente á las bellezas de la música, y mucho menos al verdadero mérito de los artistas, pero hay en el mundo dos cosas que me preocupan y casi me fanatizan: la religion y los reyes. La religion y sus mártires há sido el estudio de mi mas temprana juventud, y la historia de los reyes y las revoluciones de los pueblos tienen para mí cierta poesía que exalta mi imaginacion. Yo miro con tanto horror la memoria de Cromwell como veo con entusiasmo la imagen de Carlos I de Inglaterra....

—Suspenda vd., dijo Mr. Rocca, estos juicios prematuramente formados, señorita, porque ambos estre-

nos pudieran inducir á vd. en graves errores. Ni la religión es el fanatismo, ni la muerte desastrosa de Carlos I, es el triunfo de los demagogos. Hay, sin embargo, en la historia de la moderna Europa, un periodo horrible, el de la revolucion francesa, que fortalece mucho las opiniones elevadamente monárquicas que vd. nos manifiesta, por la suerte fatal que cupo al desgraciado Luis XVI y á toda su familia, pero no por eso debe vd. prejuzgar de los hombres que profesan principios liberales en esta época, porque la libertad puede hermanarse con la monarquía, del mismo modo que la filosofía puede conciliarse con el cristianismo. Las ideas estrechas y exageradas en religion como en política, conducen al fanatismo, y vd. convendrá conmigo, señorita, que los fanáticos no suelen ser las personas mas tratables en el órden y prácticas de la sociedad.

Josefina permaneció algunos instantes como pensativa, y esquivando la conversacion, ó mas bien el asunto que la provocaba, preguntó á Mr. Rocca si tenia noticias de Mad. Staël, y si le proporcionaria el gusto de conocerla personalmente.

—Sí, señorita, dijo Mr. Rocca, acabo de tener carta suya, y si debo juzgar por lo que en ella me dice, desde Roma, se hallará en París para principios de diciembre, y si vd. para entonces estuviese allí de regreso de su viaje á Italia, me honraria mucho en mediar entré vds. dos para que se visiten reciprocamente. Mad. Staël es persona muy amable, en cuya sociedad se aprende tanto

como en la lectura de sus obras. A propósito ¿me ocurre ahora preguntar á vd. si ha leído su última produccion, que tiene por título *Corina ó la Italia*? Es una novela interesantísima, algo romántica por cierto, pero en extremo instructiva.

Entonces dijo Josefina, que no habia aun leído esta obra de Mad. Staël, pero que le habian agradado mucho «*La Alemania y la Escelencia de las pasiones*» del mismo autor, y que si bien no se conformaba con ciertas ideas filosóficas emitidas por Mad. Staël en su última de estas dos producciones, especialmente al hablar del suicidio, no por eso encontraba menos admirables su genio creador, la pureza y buen gusto de su estilo y su correcto lenguaje.

Ya en esto la conversacion se generalizó, Mr. Belmas, y Mad. Mac-Incroc, que hasta entonces habian estado hablando con el conde de Briás, principiaron á encomiar el estudio de las ciencias y las artes como el medio mas seguro que conduce á la virtud, porque como reclama calma y observacion para investigar y obtener resultados, pone en accion el juicio y somete la imaginacion á su autoridad, confirmándonos en la costumbre de trazar los efectos que se deriban de las causas externas y preparándonos tambien al mejor juicio y modificacion de nuestros sentimientos internos.

Una señal del conde impulsó á Josefina á levantarse de la mesa y pasaron todos juntos al salon, donde los convidados tomaron café, y se entregaron á la disipacion de

los naipes y á las dulzuras de la música, con la que Mad. Mac-Incroe estaba muy versada. Pocos minutos habian trascurrido desde que el Conde, Mr. Rocca y Mr. Belmas se habian sentado á la mesa de juego, cuando el criado anunció la presencia del caballero Bardaji, nuestro plenipotenciario en Viena, acompañado de su señora y de un jóven oficial de artilleria del ejército español, que procedente de Holanda acababa de llegar á aquella capital.

Es de suponer que la curiosidad de Josefina la indujo á fijar su atencion en el jóven que le fué presentado por la señora de Bardaji con el nombre del coronel Guerrero. Este nombre parecia garantizarle su triunfo en todos los combates, sim embargo, fue tal la lucha de sensaciones fuertes que produjeron en su corazon las gracias y amabilidad de la señorita de Comerford que no pudo menos de capitular y rendirse á los pocos dias de haber frecuentado la sociedad del conde de Briás.

De su parte Josefina tambien habia visto con estraña satisfaccion al coronel español, y casi involuntariamente le seguia con los ojos al concluirse la tertulia. Todos sus concurrentes se retiraron, escepto Md. Mac-Incroe que espresamente habia venido de Praga para acompañarles durante su permanencia en Viena y debia despues seguirles á Italia. Entonces el conde dijo á su sobrina:

—He querido procurarte una sorpresa agradable y una amiga que te sea útil. Esta señora tiene relacion

de parentesco con nosotros; hace dos años que ha quedado viuda; su marido era un comerciante muy rico establecido en Praga, que al morir la ha dejado una renta suficiente para vivir con independencia, pero movida por mis instancias ha condescendido en acompañarnos. Tú sabes, Josefina, que mis achaques me privan con frecuencia del gusto de salir y llevarte á visitar las personas que nos honran con su trato y amistad; Mad. Mac-Incroe hará contigo veces de madre y de amiga, su esperiencia del mundo, la rigidez de sus costumbres y la amabilidad de su carácter, y su mucha instruccion han de contribuir grandemente, no solo á perfeccionar tu corazon y tu entendimiento, sino tambien á que tu vida sea mas feliz y mas conforme á tus instintos, porque á tus años una señorita debe gozar mas de los atractivos de la sociedad de la que pudieras hacerlo al lado de un tio enfermizo que la mayor parte del tiempo se ve precisado á guardar cama.

Josefina se levantó, abrazó al conde y alargando la mano á Mad. Mac-Incroe, la dijo:

—Mi querido tio es verdaderamente un padre para mí, y al procurarme, señora, el gusto de vivir con vd. y valerme de su instruccion y buenos consejos me ha dado una prueba mas de su finisimo cariño. Usted sabe que por mucha que sea la intimidad entre un padre y una hija, porque tal me considero á los ojos de mi señor tio, no siempre, en razon de nuestro sexo, puede una llevar su confianza al punto que nos la inspira una

madre ó una señora que como vd. puede encargarse de hacer sus veces.....

En esto los criados sirvieron una ligera colacion , y despues el Conde, Josefina y Mad. Mac-Incroe, se retiraron á sus respectivos aposentos.

Apenas la señorita de Comerford se habia quedado sola en el suyo , cuando su imaginacion fuertemente impresionada , la hizo recordar del coronel Guerrero. «Ese jóven, decia, á juzgar por su aspecto, reúne calidades que pudieran hacerme feliz. Pero ¡quién sabe si ya su corazon estará ocupado! ¡quién sabe si otra, mas venturosa que yo....! pero ¿qué digo?—Estoy ofendiendo á Dios.—¡La nieta de San Francisco de Sales, la que ha de consagrar sus dias al triunfo del altar, la que ha de sacrificar su fortuna, su gusto, su mano, si necesario fuese, en atraer al culto católico al que abjurando de otras creencias, huyendo de la heregía deposite en mí sus afectos, su confianza....! yo! hija de confesion de uno de los varones mas justos de la compañía de Jesus....! y ¿pudiera quebrantar mis promesas, revelar secretos ó distraer mis bienes mundanales del objeto á que debo aplicarlos?....

Diciendo estas palabras, se postró Josefina de rodillas, levantó las manos en ademan de orar ante la imágen de un Santo Cristo que tenia colocado cerca de su mesa de noche, hizo sus plegarias de costumbre, se acostó y buscó en el sueño la calma que la presencia del jóven español habia turbado en su corazon por la

primera vez de su vida.

Pocos minutos despues de las ocho de la mañana del siguiente día, entró Elena, su dondella, á despertarla y ayudarla á vestir y peinarse, pero la encontró ya sentada en su bufete arreglando papeles.

—¿Cómo tan temprano, señorita? dijo Elena, ¿qué novedad es ésta?

—Muchacha! dijo Josefina, ¿no sabes que desde hoy he de levantarme á las siete, porque viene mi maestro de historia Mr. Forster á las nueve á darme leccion, y no me gustaria hacerle esperar? Traeme una taza de té, peíname pronto y luego vé á saber como mi tio y la señora Mac-Incroe han pasado la noche.

La doncella obedeció las órdenes de su ama, y á las nueve en punto estaba Josefina en el salon, recibiendo por primera vez á su nuevo preceptor.

Mr. Forster inauguró su curso de historia de Europa dividiendo la revolucion francesa en cuatro períodos para mejor inteligencia de su discipula. Abrió el primero con la convocacion de los Estados generales en el año de 1789, y lo terminó por la ejecucion ó muerte de Luis XVI, y el establecimiento de la república en Francia, en 1793... Este período encierra la historia y las variaciones de la asamblea constituyente, la sublevacion popular y el abatimiento del trono el día 10 de agosto de aquel año, el proceso y la decapitacion del rey: los cambios de la opinion pública, el furor del pueblo por innovaciones, desde su principio pacífico

y plausible hasta la repugnante y dolorosa catástrofe del monarca, y los sucesivos trámites por donde se condujo á la nacion francesa desde sus transportes de general filantropia hasta las aras del oscuro templo de la mas sangrienta ambicion.

Mr. Forster, despues de haber explicado de un modo lucidísimo á Josefina los sucesos de este primer periodo, puso en sus manos las obras de Rivarol, de Necker, y de su autor favorito Mad. Staël, para que se impusiese á fondo de las causas morales, políticas y rentísticas que habian provocado la revolucion en Francia, y despues se despidió de su discipula á quien esperaban ya para almorzar Mad. Mac-Incroe y el conde de Briás en el comedor.

Josefina se lanzó al entrar á los brazos de su tio y le dijo:

—Estoy muy satisfecha del maestro de historia que vd. me ha proporcionado; su enseñanza me será de suma utilidad; sus esplicaciones son luminosas, y los libros que me ha traído creo que han de suministrarme toda la instruccion necesaria para comprender las causas de la revolucion... ¿Cómo está vd. Mad. Mac-Incroe? ¿Qué tal ha pasado vd. la noche? dijo Josefina. Menester es que vd. sea indulgente conmigo y me disculpe de mi aturdimiento. Estoy tan ocupada con mis lecciones, mis.....

En este momento entró Elena con un billete de la señora de Bardaji. Era una esquila de convite *sin ceremo-*

nia para aquella misma noche á tomar el té y pasar unas cuantas horas de recreo en su compañía con algunas personas de confianza que se reunian de tertulia en el palacio de la legacion de España.

—¿Ve vd. Mad. Mac-Inncroe, lo que yo decia? observó Josefina. Todo son ocupaciones, y distraccion en este mundo cuando una tiene que vivir para los demas. ¿Qué dirá vd. ahora de mí, que tengo ya que pensar en vestirme otra vez esta noche? no hay cosa que mas me repugne que perder el tiempo en el tocador.

—No lo estraño, dijo Mad. Mac-Incroe, pero ¡cómo ha de ser! yo me ocuparé por vd. de esos arreglos, hija mia, cuando acabemos de almorzar, y ¡quien sabe si alguna feliz coincidencia indemnizará á vd. esta noche del sacrificio que vd. hará en pasar una hora en el tocador! Para una señorita, esta es una obligacion que algunas la consideran de primera importancia.

Concluido el almuerzo se retiró Josefina con ánimo de estudiar un par de horas, mas tan pronto como se halló sola principió á ocuparse en pensar si aquella noche volveria á ver al coronel Guerrero. En este caso, tenia intentado preguntarle si se había encontrado en España durante la guerra; si se habia batido contra las tropas de Napoleon, y por último con qué motivo habia venido á Alemania, y si debia regresar pronto á la península. Todas estas cuestiones preliminares le parecian indispensables antes de resolverse á cultivar relaciones frecuentes con un hombre que á primera vista

habia fascinado su imaginacion.

Engolfada en estas meditaciones estaba Josefina cuando Mad. Mac-Incroe vino á interrumpirla para proponerle el dar un paseo con ella antes de comer.

Supuesto que aquel dia no habia pensado salir á caballo, y que el egercicio á pie le hacia mucho provecho, dijo á su aya y compañera:

—Muy bien, salgamos un rato, y vamos al *Prater*, que así se llama el mejor paseo de Viena, y es posible que encontremos algunas conocidas que nos informen de las personas que han de concurrir esta noche á la tertulia de la señora de Bardaji.

Con efecto, apenas habian entrado en aquellas frondosas alamedas cuando por la misma calle de árboles. donde ellas iban, vieron venir á la señora de Bardaji dando el brazo al coronel Guerrero. Josefina se inmutó á medida que se acercaban, pero pronto recobró su natural compostura al oir que ambos la saludaban con mucha afabilidad, preguntando por el conde y proponiendo á Mad. Mac-Incroe seguir el paseo juntas. Las señoras entablaron al instante conversacion, y Guerrero, algo ansioso de dirigir la palabra á Josefina, se puso á su lado y la ofreció el brazo que la señora de Bardaji habia dejado para apoyarse en el de Mad. Mac-Incroe. En esta disposicion seguian su paseo á poca distancia unos de otros cuando el coronel rompió el silencio.

—¿Supongo, señorita, que esta noche estará vd. en la tertulia?

—Creo que sí, dijo Josefina, aunque esto dependerá mas bien de la voluntad de mi tío que de la mía.

—Conque, ¿no tiene vd. voluntad propia? repuso Guerrero.

—Si la tengo, dijo Josefina, pero por ahora está, como la de los militares, subordinada al jefe.

—Ya estoy, dijo el joven; vd. me reconviene con razon. Yo debía saber hace tiempo lo que es subordinacion, porque hace algunos años que soy militar, y solo hace dos meses que hago mi santa voluntad, es decir, desde que viajo fuera de España.

—Ah! señor Guerrero, ¿no hace mas que dos meses que vd. falta de España? Sin duda podrá vd. satisfacer mi curiosidad. Dígame vd. ¿hace mucho tiempo que es vd. militar?

—Señorita, hace ya años que salí del colegio para el ejército en clase de subteniente.

—¿Y ha hecho vd. muchas campañas, añadió Josefina, contra las tropas de Napoleon?

—Algunas, y de todas tengo tambien algun recuerdo, sobre todo de la del año de 1810, en que fui gravemente herido y hecho prisionero de guerra en la batalla de Margalef por las tropas del general Suchet, el día 25 de abril á las cuatro de la tarde.

—Muchos deseos tengo de saber pormenores acerca de la guerra de España, dijo Josefina; me han hablado tanto en Irlanda de las proezas de los españoles en defensa del rey y de la religion, que me entusiasmo y me

siento como enorgullecida de ser española.

—Es verdad, señorita, dijo el coronel, que los españoles hemos hecho mucho por el rey y por la independencia de nuestra patria, pero hemos adelantado aun muy poco en la carrera de la libertad y de la civilización. El influjo monacal es causa de todos nuestros males y de la ignorancia en que la España está sumergida. La Inquisición ha sido un obstáculo que se ha opuesto á todas las doctrinas de sana filosofía, mientras que en Alemania, en Inglaterra, en Francia y en Italia mismo se han hecho descubrimientos útiles y se ha ensanchado la esfera de los conocimientos humanos. Jamas se envilece tanto la sociedad como cuando el poder es el arma de los ignorantes.

—Sorpresa me causa, caballero, oír en boca de vd., dijo Josefina, este language: ¿es posible que el hombre que se ha batido por su religion y por su rey, se manifieste contrario á los ministros del altar y al santo Tribunal que vela para preservarnos de la heregia? Vamos, voy viendo que vd. necesita corregirse de ciertas ideas antireligiosas.

—¿Qué tiene que ver, dijo Guerrero, ese tribunal que vd. llama Santo con la religion católica? ¿Señorita! he observado que la religion toma siempre la indole del pecho en donde se abriga, y que donde la natural tendencia del individuo es buena, dulce y amable la religion es un manantial de dulzura, de piedad y de tolerancia. Por el contrario, cuando la persona que pretende

ser altamente religiosa tiene un carácter altivo, una imaginación ardiente y una conciencia escrupulosa, he observado invariablemente que la religión de que hace alarde no es más que un fanatismo que arrastra, al que se siente inspirado por él, á sacrificar ante los altares de su idolatría á todos sus semejantes cuando no piensan como él quisiera; á sus deudos y amigos, hasta á su misma patria sacrificaría un fanático si no puede subordinarlo todo á sus inspiraciones religiosas. En personas de semejante temple, la religión produce funestos efectos, porque las despoja de la moralidad cristiana que es el más bello distintivo del hombre en sociedad.

—Pero ¿dígame vd. señor Guerrero, añadió Josefina, qué diferencia establece vd. entre la religión y la moral? No cree vd. que ambas son una misma cosa?

—No, señorita, contestó el coronel, no son una misma cosa en doctrina ni en práctica para ciertas gentes que se creen eminentemente religiosas, y sin embargo, yo convendré con vd. que deberían serlo.

—Pero, santo varón, dijo Josefina al coronel Guerrero, si la religión significa alguna cosa es precisamente la moral, y si no ¿dígame vd. qué se entiende por moral?

—Ciertamente, señorita, que por *moral* debiéramos todos entender *religion*, pero por desgracia hay tantas religiones en el mundo, y por ellas se ha derramado tanta sangre que al fin ha sido menester venir á parar en una definición exacta de las dos cosas, á saber:

Si *la religion* es el vínculo de paz y de concordia entre los hombres, y la práctica de nuestras acciones todas en beneficio comun de la sociedad y puede hermanarse tanto con *la moral* que ambas vengan á ser una misma cosa, entonces ya lo entiendo: mas si por el contrario los que profesamos una religion, cualquiera que ella sea, nos creemos esclusivamente mejores que otros, solo porque no profesan la misma creencia que nosotros mismos, entonces resulta que *la religion*, tal cual el fanatismo de unos pocos la interpreta, se separa de *la moral*, y pone á los hombres de distintas comuniones en una lucha sacrilega que Dios mismo reprueba y condena por mas que los combatientes invoquen su santo nombre en el fragor de las batallas.

En esta grave conversacion iban engolfados Guerrero y Josefina cuando Mad. Mac-Incroe y la señora de Bardaji interrumpieron á los dos jóvenes interlocutores, y se despidieron hasta la noche.

CAPITULO III.

EL PRESENTIMIENTO.

»Ainsi chez les humains, par un abus fatal,
»Le bien le plus parfait est la source du mal.

(HENRIADE, *chant* v.)

Muy contento y satisfecho de sí mismo se levantó a siguiente día el coronel Guerrero.

—«Es innegable, decía, que Josefina ha manifestado anoche en la tertulia, ciertas predilecciones por mí, que por mas que yo trate de atribuir las á la casualidad, ó á las cultas fórmulas de su esquisito trato, siempre me inducen á creer que son efecto de su corazón mas bien que de su cálculo.... en suma, me parece que no le soy indiferente, y que si bien encuentra en mí,

ideas y principios que no armonizan con sus máximas superficiales tanto en religion como en politica, no por eso dejo de agradarla y de poder esperar que corresponderá á mis sentimientos por ella...

Asi hablaba consigo mismo el jóven español, y se disponia á visitar aquel dia el parque y las funciones de artilleria para enriquecer su cartera militar con modelos del nuevo sistema de cureñas, y obuses á la *Phaixans*, cuando recibió un billete de Mad. Mac-Incroe, en que le anunciaba que Josefina estaba convidada á comer con unas amigas, y que no podria tener el gusto de recibir aquella noche en su casa á las personas que esperaba, entre las cuales se contaba con él.

Esta novedad le desconcertó por el pronto, figurándose que Josefina queria evitar las ocasiones de verle, y que probablemente él se habia hecho ilusiona creyendo que sus sentimientos hallarian en ella una fina correspondencia. De otra parte la posicion de Josefina no era la mas ventajosa para ese género de visitas, en que los aspirantes á predilecciones y favores de parte de las señoritas suelen consagrar el tiempo y los obsequios. Ocupada la mayor parte del dia en sus estudios, rodeada casi siempre de su tio y de Mad. Mac-Incroe, no podia fácilmente dedicarse á escuchar lisonjas de sus adoradores, y tampoco, atendidos su carácter y costumbres, se hubiera prestado á semejante género de vida; de modo que á Guerrero no le quedaba mas alternativa que manifestar abiertamente sus intenciones á Josefina, bus-

car la sancion del conde, ó cesar absolutamente de dar pábulo á una pasion naciente de la que ningun fruto podia esperar.

Todas esas reflexiones las hacia el jóven y enamorado coronel, pero al mismo tiempo le ocurría la idea de que para conseguir la mano de Josefina tenia que sacrificar su porvenir. Hombre de accion, habia contraido compromisos en España que su honor y su patriotismo le obligaban á cumplir, y fuera en él pusilanímidad y desdoro anteponer á la causa de la libertad que debia triunfar en nuestra península, las exigencias de una persona que habia cautivado su corazon, pero no aun su entendimiento. Josefina no le habia ocultado sus opiniones: Guerrero sabia que á una esmerada educacion la señorita de Comerford poseia una fortuna brillante, que solo en renta del Banco de Inglaterra podia disponer de doscientos mil reales al año, pero en contracambio era menester tolerar un carácter fuerte y descidido y respetar en ella una especie de fanatismo religioso y politico al cual Josefina parecia estar dispuesta á sacrificarlo todo. No era extraño, porque desde sus mas tiernos años habia ofrecido en Irlanda á *los padres del corazon de Jesus* y á su director espiritual el reverendo *O'Tyrell* de aquella congregacion, consagrar su persona y su fortuna al esplendor de la religion y del trono, con la especial circunstancia de hacer sus pruebas en el mundo sin encerrarse jamás en el claustro, porque de-

cia que no habia mérito en la virtud cuando no estaba espuesta á los embates de las pasiones é intereses mundanales.

Unica en su género, era Josefina, quizás la muger que menos pudiera convenir al coronel Guerrero, á pesar de los sentimientos que á primera vista, y aun despues supo inspirarle. Josefina estaba organizada para alimentar grandes pasiones, pero por desgracia el germen indestructible de las que su corazon abrigaba le habia sido inoculado por su confesor y director espiritual en edad temprana. Su exaltacion por las máximas que le habia inculcado el Padre O'Tyrrell era el móvil que la inducia á brillar por su instruccion y por sus gracias personales, con el fin de descollar sobre las demas jóvenes de su sexo. Su jovialidad en las tertulias, su amabilidad con las gentes, la hacian en extremo seductora. Josefina no frecuentaba monasterios de monjas, ni hacia alarde de devocion impropia á su edad, visitando altares y recorriendo iglesias, al contrario deprimia la vida monástica y casi ridiculizaba á las personas que se retiraban al claustro.

No se crea que la señorita de Comerford obraba así por inspiraciones propias, no, el padre O'Tyrrell seguía con ella una correspondencia ásidua, y sus confesiones escritas, recibian la absolucion cada quince dias en el oratorio de S. Felipe Neri de Viena á los pies de uno de los *padres de la fe* llamado *Kauffman*'

designado desde Irlanda para ejercer con ella este ministerio por su primitivo director espiritual, y á este se debia tambien la reciente asociacion de Madama Mac-Incroe á Josefina aunque el conde de Briás se atribuyó el pensamiento de haberla hecho venir de Praga á ejercer las veces de madre al lado de su sobrina.

Guerrero aprovechó la circunstancia de haberle escrito Mad. Mac-Incroe aquella esquila para pedirle á su vez una entrevista particular y hacerle revelaciones acerca de sus miras con Josefina. Al mismo tiempo pensaba declararle los compromisos que le obligaban á regresar pronto á España y saber si el conde de Briás, en caso de que su sobrina correspondiese á sus afectos, se mostraria propicio á sus intenciones. Tomada esta resolucion, y llevada á efecto, envió su solicitud á Madama Mac-Incroe, y él pasó á visitar el parque de Artillería segun lo tenia proyectado de antemano.

Regresaba ya el jóven coronel de su inspeccion científica, cuando su criado salia del palacio de la Legacion de España donde se hospedaba, presurosamente en busca suya para anunciarle la llegada de un correo procedente de Madrid que le habia traído cartas particulares y urgentes. Entonces presintió Guerrero como una fatalidad irresistible, que aun cuando su entrevista con Mad. Mac-Incroe no tuviese el efecto que él se prometia, sus relaciones con Josefina debian tener algun dia una influencia funesta en su porvenir.

Entre las cartas que Guerrero recibió de España, había una del general D. Luis Lacy, que le invitaba á regresar pronto á la península y encontrarse en Barcelona para principios del mes de marzo, época en que se debía proclamar en el principado un nuevo orden político para libertar al país del yugo del despotismo. Al mismo tiempo también recibió órdenes del ministro de la Guerra que le prevenían regresase á Madrid tan pronto como hubiese terminado su comisión científica.

En estas circunstancias hubiera quizás aconsejado la prudencia que Guerrero hubiese renunciado á su plan de revelar á Mad. Mac-Incroc sus intenciones acerca de Josefina, pero el joven enamorado creyó mas oportuno entonces el momento de declararse y contraer un compromiso que el tiempo, las circunstancias y sobre todo la separación, pudieran muy bien haber relajado.

Apenas había acabado de comer, cuando recibió también una esquela de Mad. Mac-Incroc en que le fijaba la hora de las dos de la tarde del siguiente día para la entrevista que le había pedido, y estaba concebida en términos tan finos y afables, que el joven pretendiente auguraba ya muy bien de su fortuna y de la favorable acogida de sus intenciones. Lleno de júbilo se retiró á su aposento formando en su imaginación mil cálculos de felicidad futura. Tan pronto le parecía que Mad. Mac-Incroc había ya penetrado sus intenciones, y que de acuerdo con Josefina le había escrito la esque-

la que tenía en la mano para volverla á leer, como ya se le figuraba, que coronadas sus esperanzas con el feliz resultado del plan restaurador de la libertad de España, podria realizar su enlace con la señorita de Comerford mucho antes de lo que ella misma pudiera suponer. En suma, Guerrero no veia obstáculo alguno á su próxima felicidad, y sin embargo no se consideraba feliz si no poseia el corazon y la voluntad de su amada Josefina.

Aquella misma noche tuvo el gusto de verla y hablarla en el teatro y de oír de su boca ciertas palabras que le confirmaban mas y mas en la idea de que sus intenciones tendrian una acogida favorable de parte del conde de Briás, de su sobrina y de la intercesora Madama Mac-Incroc.

Un presentimiento muy triste vino de repente á asaltar su imaginacion así que salió del teatro y se retiró á su aposento.

—«Yo voy á España á comprometer mi existencia por el triunfo de la libertad..... Si Josefina supiera mis compromisos en esta ocasion probablemente se opondria á mis designios y, lo que es mas, quizas rehusaria mis proposiciones. Si le revelo el plan concertado con mis amigos políticos cometo una indiscrecion muy grave y sus consecuencias pudieran ser funestas para el éxito de tan noble empresa, pero al mismo tiempo ¿podré yo ausentarme de mi amada sin iniciarla siquiera en la causa que provoca mi marcha

repentina?... No, no es compatible tanta reserva con la confianza que debe reinar entre personas que han de identificarse, y unirse con lazos indisolubles....

Así hablaba consigo mismo el joven español y luchaban en su pecho el amor que Josefina le inspiraba y la prudencia con que debía conducirse el hombre iniciado en los altos secretos de un plan político de cuyo éxito dependía la libertad de su patria y la vida misma de los que se iban á consagrar á su restauracion.

Para dar tregua á tan encontrados afectos y divertir de algun modo su preocupada imaginacion, reclinóse sobre su cama y abrió la *Henriada*. Casualmente se fijó su lectura en el CANTO VI, donde *Voltaire* hablando de España y de la Inquisicion, dice:

....«Ce sanglant tribunal,
 »ce monument affreux du pouvoir monacal,
 »que l'Espagne a recu, mais qu'elle-même abhorre,
 »qui venge les autels, et qui les déshonore,
 »qui tout couvert de sang, de flames entouré,
 »égorge les mortels avec un fer sacré;
 »comme si nous vivions dans ces temps déplorables,
 »où la terre adorait des Dieux impitoyables,
 »que les prêtres menteurs, encore plus inhumains,
 »se vantaient d'appaiser par le sang des humains.»

Al llegar aquí tiró Guerrero el libro, y acordándose de que sus amigos, el general Torrijos y el conde de Al-

modovar, se hallaban presos é incomunicados, el uno en la Inquisicion de Murcia y el otro en la de Valencia, juró por el santo Nombre de Dios, sacrificar su vida si fuere preciso para libertar á los españoles de tan degradante tribunal y del yugo del monarca que supeditado al bando apostólico y teocrático lo toleraba en España en el siglo XIX, y determinó dar al siguiente dia á su entrevista con Mad. Mac-Incroe, un carácter mas reservado, limitándose á descubrir sus intenciones hacia Josefina, y á que su tutora explorase su corazon, y á saber si el conde de Briás consentiria gustoso á su enlace con su sobrina, dejando al tiempo y al curso de los sucesos el cuidado de revelar al objeto de su pasion la verdadera causa que por entonces le obligaba á separarse de ella.

Irremovible en esta determinacion se entregó al descanso, pero á las pocas horas, un sueño horrible, misterioso, vino á turbar su tranquilidad y á despertarle lleno de sobresalto y agitacion: Guerrero habia soñado que al ir á proclamar la libertad en España el gobierno habia descubierto el plan proyectado por el general Lacy, que sorprendido este con sus cómplices y ausiliares iban á ser todos pasados por las armas, y que en el momento en que se realizaba aquella escena de sangre, Josefina, como por encanto, se habia presentado para escudarle con su pecho contra las balas de sus imaginarios verdugos... Esta ilusion se le habia presentado en sueños con todos los caractéres de la realidad, y era

tan vehemente el cuadro de desolacion que le presentaba su fantasia que al despertar del letargo saltó de la cama preguntándose así mismo si en efecto era sueño ó realidad la causa de aquel tremendo delirio ;Quién hubiera predicho entonces á Guerrero que algun dia viera á ser realidad lo que por ahora no pasaba de ser un sueño!

Momentos despues, y cuando ya se hallaba restablecido de la misteriosa y sorprendente pesadilla que le habia obligado á salir de la cama miró al reloj y viendo que ya era entrada la mañana y que el sol alumbraba ya su bufete se entregó al estudio de las obras que le habian proporcionado los amigos de Josefina, Mr. Rocca, Mr. Belmas, y el historiador Mr. Forster.

Engolfado estaba entonces el jóven Guerrero en tarea tan instructiva, estimulado por los adelantos que en ella hacia la señorita de Comerford, cuyo extraordinario talento era objeto de los encomios de todos, y porque afiliado á las sociedades secretas de España para hacer triunfar en ella los sanos principios de libertad é independencía, era casi un deber suyo atesorar en su mente todos los sucesos mas notables de la historia contemporánea de Europa. El segundo periodo de la revolucion francesa, que principia con la lucha de los girondinos con los jacobinos, ocupaba entonces sus ratos de meditacion; el reinado del terror, le presentaba vivisimos cuadros de lo que puede la criminal ambicion de los partidos, deduciendo con demostraciones histó-

ricas que cuando sus fuerzas se enervan y desfallecen es cuando la dictadura militar se entroniza como sucedió en Francia en 1795.—La guerra civil de la Vendée, y los últimos esfuerzos de la Polonia para conservar su independencia bajo el inmortal *Kosciusko*, y las maniobras científicas de la campaña de aquel mismo año, después de las conquistas de Flandes y de Holanda, eran objetos de profundo estudio y observacion del jóven Guerero.

Así pasó el tiempo aquella mañana hasta la hora del desayuno, en que la señora de Bardaji á cuya intermediacion tania por costumbre sentarse todas las veces que iban á la mesa, notando que estaba algo pálido y pensativo principió á bromear con él, y hacer algunas malignas pero delicadas alusiones á Josefina de Comerford y al jóven artillero español.

La embajadora de España le propuso entonces una pequeña escursion al campo despues del almuerzo, pronosticándole con casi burlesca seguridad que habian de encontrar á la bella amazona cabalgando con sus amigas en las alamedas del *Prater*. Guerero se sonrió, y haciendo un cumplido galante á la señora que con tanta bondad le hospedaba en su casa, aceptó la propuesta y la honra de acompañarla con la sola condicion de que á las dos de la tarde le dejase en liberead de asistir á una cita para arreglar cierto asunto con un amigo suyo que le estaria esperando en *Stockam Sisen*.

Así convenidos, entraron en un elegante phaeton tirado por dos hermosos caballos de Mecklenburgo la señora de Bardaji y el coronel español, y tomando la palabra la señora embajadora, dijo á su acompañante.

—Es menester convenir, amigo mio, que en Viena ha perdido vd. su corazon. Hace dias que noto en vd. cierta melancolia, cierta taciturnidad que me prueban que está vd. enamorado. No quisiera equivocarme, pero casi aseguraria, que yo tengo hasta cierto punto la culpa de que vd. haya perdido su alegría y jovialidad habituales.

—¿Es posible, señora, dijo Guerrero, que estando yo á su lado de vd. quiera vd. humillarme hasta el punto de obligarme á confesar que mi mente y mi corazon se ocupan en este instante de otra persona que la que tengo el gusto de acompañar?

—Dejémonos de cumplimientos, Guerrero, no estamos ahora en el salon, ni es tiempo tampoco para que vd. eluda una confianza, que vd. debe dispensarme y que tengo derecho á merecer. Yo presenté á vd. á la hermosa é inteligente Josefina; he notado que desde entonces esa señorita es el objeto de sus desvelos de vd., y probablemente la causa del malestar que en el semblante de vd. se descubre; por eso me atribuyo la culpa de sus padecimientos de vd...

Entonces Guerrero confesó francamente á la señora de Bardaji el estado de su corazon, y bus-

có en sus consejos una pauta, una guía que pudiera servirle en su conducta ulterior con Josefina si algun día habia de ser su esposa, y no le ocultó que la esmerada educacion de la señorita de Comerford, al paso que le habia cautivado, era tambien un motivo que le retraia para prometerse con ella una felicidad permanente.

La señora de Bardají le observó que era una preocupacion vulgar creer que la ignorancia de las mugeres favorezca su subordinacion á los hombres. En el estado del matrimonio los derechos y los deberes de los consortes son recíprocos, y bueno es que haya en la muger afinidad de sentimientos con el marido, y los mismos modos de pensar y de ver en todas las cosas; y esta armonía solo se consigue por los medios de una educacion esmerada y con un fondo de moralidad y de costumbres que hace enmudecer todas las pasiones innobles y mezquinas.

Asi discurria con Guerrero la señora de Berdaji cuando vieron venir en direccion opuesta y á trote muy vivo, á Josefina acompañada de otra señorita, un picador y dos criados de librea todos á caballo. Josefina lloraba y su semblante agitado presagiaba algun funesto suceso. Era tal la precipitacion de los ginetes, al pasar á corta distancia del phaeton en que iban la señora de Berdají y Guerrero, que no se pararon ni les reconocieron; solo uno de los lacayos que casualmente se habia rezagado respondió á las preguntas que Guer-

DE COMERFORD.

51

rero lleno de curiosa ansiedad le dirigió, haciéndole señas para que se acercase. Este criado era el mismo que habia venido al *Prater* en busca de la señorita de Comerford para anunciarle que al conde de Briás le habia dado un accidente de apoplejía. A Josefina le habia ocultado el lacayo el repentino fallecimiento de su señor tío, pero con la señora de Berdaji y con el coronel Guerrero fue mas esplicito. El conde de Briás ya no existia, y Josefina de Comerford quedaba en el mundo huérfana, independiente y rica, pero desconsolada y esclava de preocupaciones, con que su entendimiento y su corazon habian sido fanatizados en edad temprana por su director espiritual y por los agentes de la *Compañía de Jesus*.

CAPITULO IV.

LA SEPARACION.

«Tout passe, mon aimable amie;
Tout s' évanuit sous les cieux!
«Chaque instant varie á nos yeux
Le tableau mouvant de la vie!
(**DUMOUSTIER.**)

La plaza de *Kohlmarkt* de *Gaben* estaba, cuarenta y ocho horas despues de la muerte del conde de Briás, concurridisima por las gentes y comunidades religiosas de Viena que iban á su entierro, y al pie del magnífico obelisco de la Santísima Trinidad se veian cabizbajos y dolientes los PP. Jesuitas de Paderbon y de Praga, capitaneando á los educandos de sus respectivos colegios para acompañar el cadáver que en un suntuoso carro fúnebre iba á ser conducido á la iglesia metropoli-

tana de San Estéban, cuyo elevado campanario anunciaba con cien lenguas de metal que los restos mortales del tío de Josefina de Comerford iban á ser depositados en sus bóvedas para pasar despues á su última morada. Mad. Mac-Incroe y el confesor de Josefina, ambos agentes secretos de la compañía de Jesus, habian dispuesto todo lo concerniente al entierro del conde; y tomado posesion tambien de una gran parte de sus riquezas que por testamento prévio dejára á los *padres de la fe*, que no eran otra cosa que jesuitas á la moderna, pues seguian en Praga y en Paderbon el instituto de los antiguos discipulos de Loyola, aunque disfrazados con el nombre de *sócios del Corazon de Jesus* á causa de la imposibilidad de hacer revivir una corporacion disuelta en toda la cristiandad por decretos de soberanos católicos, y por una bula del gefe visible de la iglesia apostólica romana.

Los *padres de la fe*, ó *Paccanaristas*, segun se designan en Francia desde que Napolcon privó al papa Pio VII de la soberania temporal, y nombró á su hijo rey de Roma, tenían instrucciones secretas por las cuales «*convenia prohibir á las devotas del CORAZON DE JESUS, el frecuentar los monasterios de mujeres, por temor de que su régimen de vida no las sedujera y se frustrasen asi las esperanzas que tenia la COMPAÑIA DE JESUS de apropiarse paulatinamente todos sus bienes.*»

«Precisese á Josefina, decia el padre *Kauffman*, confesor de la señorita de Comerford á Mad. de Mac-Incroe,

que haga voto de castidad, ó á que prometa al menos mantenerse soltera y obediente siempre á los consejos de su director espiritual, manifestándola que la austeridad de costumbres es conforme á las primitivas prácticas de la Iglesia, y que el cláustro no conviene nunca á una jóven que quiere hacer alarde de virtud. Deprima V. cuanto sea dable á los ojos de Josefina la vida monástica, háblela V. de tertulias, diversiones y saraos, pero siempre como medios importantes para atraerse á sus admiradores al fin esencial de su educacion, que es; *brillar por su sabiduria y buen ejemplo para sobreponerse á las demas mugeres en sociedad, y persuadir á los hombres que busquen en ella una correspondencia amorosa, que la fé católica es inseparable de la opinion política; si Josefina llegase á enamorar se verdaderamente de alguno que abrigase teorías contrarias á la compañía de Jesus, ó que no fuese católico, convendria mucho á nuestro propósito recordarle su descendencia de S. Francisco de Sales, y que su mano no debe alcanzarla ningun herege sin que antes abjure de sus creencias religiosas y políticas, y se convierta á la fé de Roma. En cuanto á sus bienes de fortuna ya la Compañía tiene tomadas las disposiciones necesarias para que no carezca de la renta anual que le corresponde mientras viva. Todo quedó arreglado entre su señor tio, el difunto conde de Briás, y el padre O'Tyrell antes de que Josefina saliese de Dublin para Viena.»*

Con estas instrucciones seguia Madama Mac-Incroe

al lado de Josefina aflijida é inconsolable por la muerte de su tío, sin haberle quedado en el mundo ningun pariente ó deudo cercano á quien volver los ojos para encontrar en él proteccion y amparo. El coronel Guerrero se habia marchado precipitadamente de aquella capital con direccion á España encargando á la señora de Bardaji de manifestar á la señorita de Comerford los sentimientos de dolor que le causára el fallecimiento del conde de Briàs, y que su corazon habia sostenido una lucha muy obstinada entre el deber y el deseo, pero que al fin se habia resuelto por el triunfo del deber para hacerse mas digno de su amor y de su mano si algun dia llegára Josefina á aceptar sus ofrecimientos.

Dejemos pues por ahora viajar al coronel Guerrero, y ocupémonos de Josefina en su horfandad y aislamiento, deplorando la pérdida de un tío cariñoso y buscando los necesarios consuelos en el seno de la amistad, de la resignacion y de los arcanos del ser Supremo.

Madama Mac-Incroe y la señora de Bardaji, que ni un instante se separaban del lado de Josefina y la iban reconciliando poco á poco con la suerte que la habia deparado el cielo, acordaron el que convendria alejarla desde luego de la casa en que habia fallecido el conde y trasladarla por unos cuantos dias al menos á algun punto de las deliciosas cercanias de Viena. Madama Mac-Incroe designó con gran empeño el castillo de Schoenbrum y la señora de Bardaji abundando en el mismo sentido puso en juego su influencia con los ministros de la

corte imperial para obtener el beneplácito del Emperador.

Pocos dias despues se instalaron en una de las muchas y suntuosas habitaciones de aquel hermosísimo palacio Josefina y sus dos amigas, donde recibia con frecuencia las visitas de Mr. Forster, su maestro de historia, del señor Bardají, y de vez en cuando las del Padre Kauffman. El caballero Rocca y Mr. Belmas fueron tambien á darle el pésame y á despedirse de ella antes de marcharse á París, como lo efectuaron pocos dias despues.

La vida de Josefina en aquella régia mansion era en extremo monotoná, y las horas que no consumia en el estudio las pasaba ó bien en el salon con la señora de Bardají ó en el jardin acompañada de su aya Mma. Mac-Incroe y de su doncella Elena. Sus conversaciones eran poco animadas desde la muerte de su tío, y en su semblante se notaba la profunda impresion del dolor en que la habia sumergido tan lamentable pérdida: un dia Mma. Mac-Incroe le habló del coronel Guerrero y á punto notó en su semblante un cambio singular: sus pálidas mejillas se encendieron de repente y tomaron un color sonrosado que aumentó estraordinariamente su natural belleza; su pecho se agitó y sus grandes y bien rasgados ojos azules se arrasaron en lágrimas.

—«¡Qué lástima de jóven! exclamó entonces Josefina.» ¡Qué lástima que sus ideas en materias de religion y de política no esten mas en armonía con las mías!

—«No hay por qué desmayar, señorita,» replicó Mad. Mac-Incroe,» el coronel Guerrero es jóven, impetuoso, es verdad, y tiene como todos los hombres de su edad, nociones falsas, ideas erróneas de lo que es religion segun las máximas de Jesus, y de lo que es politica en el sentido genuino de esta palabra conforme la he oido varias veces explicar al padre Kauffman.

—Si, amiga mia, en el mismo sentido que la comprendian mi difundo tio y el padre O'Tyrrell, á quienes oia decir con frecuencia en Dubliu que los reyès son otras tantas imágenes de Dios en la tierra, que sus vasallos son sus hijos, y que por lo tanto el *Altar* y el *Trono* son instituciones que por su afinidad no pueden separarse.

—«En efecto, señorita, respondió Mad. Mac-Incroe, *Jesus de Nazaret* quiso coronarse rey, y ya vd. sabe lo que les sucedió á los judios; el profeta *David* era tambien rey, y...

—No diga vd. mas: basta para convencernos de que el trono y el altar son inseparables, echar una mirada sobre la historia de la revolucion, y al momento se nos presenta el pueblo francés entregado á todos los furrores de la anarquía despues de haber decapitado á Luis XVI. De resultas de aquella catástrofe la Francia rompió los lazos que la ligaban á las demás potencias de Europa, y si al principio de la revolucion tenia en contra suya á la Prusia, al Austria y al Piamonte, asi que los franceses mataron al rey y abatieron el trono, se

agregaron á los enemigos de la Francia , la Inglaterra, la España y la Holanda : Dinamarca y la Suecia eran las únicas que se mantenian neutrales porque tenian fija entonces su atencion en la Rusia cuya soberana CATALINA II, dividia en mil pedazos la Polonia.

—Yo supongo , señorita , que si el coronel Guerrero, dijo la de Mac-Incroe, tratara de merecer la mano de vd. muy pronto cambiaria de opiniones tanto en religion como en politica. ¡El ascendiente de una señorita jóven, hermosa y rica, como vd., es tan grande en el corazon y en la mente de un hombre enamorado que este cede al instante á la voluntad imperiosa de la señora de sus pensamientos!

—Pero, Mad. Mac-Incroe , repuso Josefina , me falta á mi saber si Guerrero está en este caso. ¿Qué motivos tiene vd. para creer que el coronel español está enamorado de mi?

—Sino me bastara replicó Mad. Mac-Incroe , lo que vi en él durante las pocas visitas que hizo á vd. antes de la dolorosa catástrofe del conde , lo que he sabido despues por boca de la señora de Bardaji seria suficiente para convencerme de que el señor Guerrero se ha dejado el corazon en Viena al salir de aqui precipitadamente para España.

—¿Pues qué, preguntó Josefina, dice algo de mí y de Guerrero la señora de Bardaji?

—No , señorita ; lo único que he sabido por ella, añadió Mad. Mac-Incroe, es que al partir la dejó el encar-

go de manifestar á vd. su pesar por la muerte del tío, y de asegurar á vd. de que si se iba sin despedirse era por respetar el reciente dolor en que vd. estaba sumergida y cumplir con el deber que tenia de hallarse en Barcelona á principios de abril.

—Ya vé vd. mi buena amiga, observó Josefina, que esto no es una prueba bastante para asegurar que el coronel Guerrero.

—Perdóneme vd. señorita, dijo el aya interrumpiendo á su pupila: ha de saber vd. que tambien dijo al ausentarse que escribiría, y que esperaba merecer con el tiempo el corazon y la mano de vd... y que...

—Nada de esto sabia yo, repuso Josefina, si bien la señora de Bardají me insinuó alguna cosa acerca de sus ofrecimientos al partirse para la Peninsula; pero como ha mediado tan poco trato entre los dos, y los hombres, como vd. sabe son tan volubles.

La presencia del caballero Bardají interrumpió inesperadamente á Josefina de Comerford, y dirigiéndose á ella le dijo:

—Acabo de llegar de Viena, señorita, para tener el gusto de pasar hoy el dia con vds., y por la noche saldremos mi muger y yo para el palacio de *Belvedere* donde está el emperador. S. M. nos ha convidado á un gran baile, al que concurrirán toda la nobleza austriaca y las señoras del cuerpo diplomático extranjero. Yo siento mucho que la circunstancia de hallarse vd. de luto impida á mi muger el llevar á vd. consigo: ¡pero

cómo ha de ser! la señora Mac-Incroe hará á vd. compañía hasta la hora en que volvamos del festin. Vd. nos ha de disimular por esta vez, pero ya vé vd. que la presencia de la señora de Bardaji en el baile régio, *es de rigor*, como suele decirse aquí entre nosotros: la embajadora de España no tiene mas mision diplomática cerca de la Emperatriz que la de presentarse á la corte en tales ocasiones. ¡Pepita! es temprano, y podemos aprovechar el tiempo hasta la hora de comer paseando por este inmenso y hermosísimo jardin.

—Está bien, me conformo con todo lo que vd. ha dispuesto, caballero Bardaji, dijo Josefina, vamos á buscar á la señora embajadora, y ya que Dios le ha traído á vd. hoy por aquí mas temprano y de mejor humor que los demas dias, espero nos contará vd. algo que nos distraiga.

—Difícil me será complacer á vd. señorita, como no recurra á cuentos y *rondallas* tradicionales del imperio de Austria, ó á ciertos episodios de la vida de nuestro comun amigo y paisano el coronel Guerrero durante sus campañas en Cataluña, respondió el señor Bardaji, y siguió diciendo: mañana ya será otra cosa; á mas de la descripción que mi muger podrá hacer á vd. del baile de esta noche, tendremos tambien noticias de España frescas é interesantes, pues espero de París á mi nuevo secretario de legacion el jóven don Mariano de Carnerero con pliegos de Madrid y cartas particulares de nuestros amigos; no seria milagro

que entre ellas viniese también alguna para vd.

Así iba discurriendo nuestro plenipotenciario en Viena cuando su señora entró en el salón, y cogiendo á Josefina del brazo, salieron á pasear por el jardín seguidas de Mina. Mac-Incroe y del señor Bardaji que le ofreció el suyo.

Era una mañana á fines de abril del año de 1817, y el día, si bien de primavera, estaba entre claro y nebuloso, bastante frío aun para no asemejarse mucho á uno de nuestros días de febrero en el prado de Madrid. El caballero Bardaji con la afabilidad que le caracterizaba, y ansioso de distraer la imaginación de la doliente Josefina que parecia estar aun absorta en el natural dolor que le causara la pérdida de su tío, rompió el silencio que ella y la señora embajadora conservaban.

—Vamos, Pepita; ya estamos engolfados en el frondoso jardín del castillo de Schoenbrunn, de esa deliciosa mansión en que se encontraban suntuosamente amuebladas quinientas habitaciones en las épocas en que el emperador de Austria solía residir en él con la familia imperial y su innumerable séquito de cortesanos de Viena: el sitio es ameno, y aunque el tiempo está algo destemplado y frío, hallaremos en una de esas glorietas sitio bastante resguardado para que yo pueda entretener á vds. un rato hablando de las tradiciones de este país, que sino encierra grandes monumentos como otros estados de Alemania, tiene en cambio la ventaja de que sus habitantes son honrados, complacientes,

graves y alegres como las gentes de mi tierra. ¿Supongo, Pepita, que ya habrá vd. comprendido por lo que voy diciendo que soy aragonés y muy devoto de la virgen del Pilar de Zaragoza?

—Por lo mismo que ha nacido vd. en Aragon y que es vd. español, desearia mas bien aprovechar el tiempo y que nos refiriese algo de lo que el coronel Guerrero le ha contado á vd. de las campañas que hizo contra las tropas de Napoleon en España.

—No me haré de rogar, señorita, porque conozco que si bien seria prolija la narracion de todos los hechos heroicos de nuestros paisanos durante *la guerra de nuestra independencia*, no por eso dejará de interesar á vd. y *muchisimo*, el modo y la manera con que el pobre Guerrero se escapó de las garras de los franceses cuando le llevaban prisionero desde Lérida á Francia despues de la batalla de Margalef.

—Algo me habia principiado á contar sobre esa batalla en la que, segun dijo, salió herido, pero fue tan poco lo que pudo estenderse en su relato, y tan raras las ocasiones en que despues pude hablar con él, que ciertamente oiré con gusto é interés lo que vd. se propone referirnos.

—Si es asi, voy á principiar, dijo el caballero Bardaji.

Su señora y Mma. Mac-Incroe, á quienes interesaba menos que á Josefina la historia del jóven Guerrero, entablaron conversacion aparte acerca de las modas y del

traje que intentaba ponerse aquella noche para el baile del palacio de Belvedere, y el ministro de España, sentándose al lado de Josefina en uno de los asientos de mármol de la glorieta, y presentándole un ramo de *lilas* comenzó su relacion en estos términos:

—«Guerrero y don Juan de Luna mandaban la artillería de la division de vanguardia del ejército español, que á las órdenes del general en gefe don Enrique O'Donell, atacó á las cuatro de la tarde del dia 23 de abril de 1810, á las tropas francesas del mariscal Suchet, que á la sazón sitiaban la plaza y castillo de Lérida: la batalla fue mortífera, sangrienta y funesta para nuestras armas; 1000 muertos y sobre 4000 heridos quedaron en el campo. Entre estos lo fueron gravemente Luna y Guerrero en la última carga que dió el regimiento de coraceros n.º 13 del enemigo á nuestra infantería para apoderarse de las piezas cuyos acertados disparos dirigian contra las masas de caballería enemiga que iban acuchillando nuestras columnas de gente á pie. Luna murió á las pocas horas de haber sido conducido al hospital de sangre, y Guerrero, despues de haberle hecho la primera cura los cirujanos franceses con buen éxito, fue incorporado al crecido número de prisioneros de guerra que bajo una fuerte escolta de dragones y entre filas de cazadores de infantería, emprendieron la marcha hácia Zaragoza por Vila-Nova y las sierras de Alcubierre, cruzando el Segre aquella misma noche bajo tiro de las baterías de Lérida en un puente de

barcas para descansar despues algunas horas en medio de un prado pantanoso donde los vencedores se cebaron con ellos robando á todos y asesinando á muchos. Era cosa de ver, segun el relato del mismo Guerrero, como los soldados del ejército frances iban aquella noche saliendo de sus tiendas con teas encendidas y antorchas embreadas en busca de los rendidos españoles para robarles hasta los botones de las casacas de sus uniformes; las charreteras de los oficiales, los relojes, el dinero que tenian en los bolsillos, y aquel que por desgracia ya habia sido aliviado del peso de todas sus prendas en el campo de batalla por la rapacidad del vencedor, moria alli mismo acrivillado á bayonetazos por la soldadesca brutal y feroz de que se componia la division del mariscal Suchet.

Al amanecer del dia 24 de abril de 1810, salió Guerrero, tirado en uno de los carros que conducian á los heridos á retaguardia del convoy de prisioneros, cuyo número no bajaba de 5,000, de todas armas y distintos regimientos del ejército español.

—Y los pueblos por donde pasaban, ¿qué hacian, preguntó Josefina, á la vista de tantos horrores y tormentos como padecian aquellos desgraciados?

—Señorita, repuso el caballero Bardaji, los pueblos les facilitaban cuanto su mísera situacion exigia, y les proporcionaban auxilios y medios para esconderse y escaparse de las garras del enemigo. No podian hacer mas, y aun asi se esponian á que si los franceses des-

cubrían algun leve conato de fuga en los prisioneros, quemasen la poblacion y pasasen por las armas á muchos de aquellos infelices por meras sospechas.

—¿Y el jóven Guerrero, preguntó Josefina otra vez, pudo salvarse al fin de aquella monstruosa cattività?

—Guerrero, dijo el señor Bardaji fue reponiéndose milagrosamente de sus heridas y se hallaba ya casi curado de ellas cuando llegó á Pamplona el dia 15 de mayo de aquel año con el resto de los prisioneros que no habia logrado fugarse aun en el camino.

—¿Y pudo fugarse al fin? volvió á preguntar Josefina.

—Sí, se fugó tambien, replicó el caballero Bardaji, despues de muchos percances é inminentes peligros, á través de los cuales salió furtivamente de Pamplona disfrazado, y trepando montañas, cruzando rios, durmiendo en los bosques y comiendo con los pastores que encontraba, logró llegar al cabo de quince dias con sus noches al campamento de las tropas españolas que al mando del general, marqués de Campoverde, se hallaban en los confines del alto Aragon, en la frontera de Cataluña.

Así iba el señor Bardaji satisfaciendo la curiosidad y distrayendo la mente de la aflijida señorita de Comerford, cuando la señora embajadora y Mad. Mac-Iucroe le interrumpieron para avisarle que ya era hora de volver al castillo para comer.

Josefina, bastante animada, se acercó á la señora de Bardaji, y cogiéndola del brazo, la dijo:

—Amiga mia, ¿esta noche se divertirá vd. muchísimo en Belvedere? ¿No es así?—¿Qué traje piensa vd. llevar?

—No lo sé aun, Pepita, replicó la señora de Bardaji, pero si he de seguir el dictámen de Mad. MacInroe, me pondré un vestido de gasa con guarniciones de encaje, me peinaré sencillamente, con un tembleque de brillantes, y al cuello pienso ponerme un hilo de perlas.

—Me parece bien, contestó Josefina: la sencillez en el vestir sienta á todas las personas de nuestro sexo, en todas las condiciones de la vida; y por mí, sé decir que si vuelvo algun dia á frecuentar la sociedad no variaré jamás en el color del vestido; el negro es y será mi traje favorito, con la sola modificacion que requieran la modista y la estacion del año; por ejemplo, hoy yo me vestiria de terciopelo si tuviera que salir de Schoembrum, porque la tarde está húmeda y fria...

—Vamos, vamos á comer, interrumpió el señor Bardaji muy animado, porque ya son las cuatro de la tarde, tengo buen apetito y despues tambien he de vestirme y hacerme el muchacho elegante, porque donde vd. me ve, Pepita, ha de saber vd. que aun tengo mis pretensiones entre las damas, con permiso de mi señora; sin embargo....

—No le haga vd. caso, Pepita, repuso la del emba-

jador español, y luego añadió : Bardaji tiene siempre ese humor que vd. vé, se hace el muchacho, y á lo mejor abandona el campo de sus conquistas.

Sepa vd. que apenas es media noche ya principia á refunfuñar y quiere volverse á casa, haciéndome salir de los bailes y de las tertulias cuando están mejor y mas animadas. Estoy cierta que antes que dén las dos de la madrugada, ya estaremos de vuelta de Belvedere, y sino, vd. me lo dirá mañana cuando almorcemos.

CAPITULO V.

UNA CATÁSTROFE.

«¿Y el Dios que rige el Universo entero
Permite una desgracia tan horrible?
¡Dios mio! á vuestro juicio incomprendible
Sujeto humildemente mi razon.»

DOÑA BLANCA DE NAVARRA.

Despues de la comida , que duró hasta las siete de la tarde , llegó al palacio de Schoembrun en una silla de posta don Mariano Carnerero con los pliegos que esperaba el señor Bardají y algunas cartas particulares, entre las cuales habia para Josefina una del padre O'Tyrrell , que desde Dublin la escribia dándola el pésame por la muerte del conde de Briás y ciertas instrucciones acerca del futuro plan de vida que debiera seguir en su horfandad , ora pensase

en permanecer soltera , ora en tomar estado.

El jóven y nuevo secretario de la Legacion de España en Viena, fué acogido por el señor y la señora de Bardaji, como si fuese hijo de la casa: ambos le recibieron con los brazos abiertos , le agasajaron y le hicieron sentar á la mesa y comer alguna friolera, porque venia cansado del viaje de Paris, y no se habia detenido en Viena sino para mudar caballos, asi que supo que el plenipotenciario español , estaba en Schoembrun con su familia.

Luego que acabó de tomar un refrigerio el señor Carnerero, pasaron con él al salon el señor Bardaji, la señorita de Comerford y Mad. Mac-Incroe. La señora de Bardaji se retiró á su cuarto para peinarse y vestirse, pues su esposo habia pedido el coche á las nueve y media de aquella noche para ir al baile del emperador al palacio de Belvedere.

—Vd. irá con nosotros, dijo el ministro á su nuevo secretario, y por primera vez, despues que yo le presente á vd. á SS. MM. II. verá vd. ese hermoso palacio de recreo del emperador de Austria, llamado Belvedere, que encierra una preciosa galeria de pinturas, y es sin contradiccion, uno de los sitios mas interesantes y deliciosos de las cercanias de Viena.

—Mil gracias, caballero Bardaji, dijo el jóven Carnerero á su nuevo gefe, tendré mucho gusto, y á honra sumá, el ser presentado á la corte por vd. y su amable señora esta noche, si bien es verdad que no venia bas-

tante preparado á pasar tan buen rato.

—¡Amiguito, este es el mundo! Observó el señor Bardají; donde menos se piensa salta la liebre. ¡Sabe Dios si esta noche no hará vd. alguna conquista! La corte de Viena es peligrosa para los jóvenes recién venidos de España... pero basta de broma y vaya vd. á vestirse, que yo por mi parte, voy á hacer otro tanto; son ya las ocho de la noche y es menester darnos prisa, no sea que hagamos esperar y desesperar á mi muger.

—Josefina cogió la carta del padre O'Tyrrell, que el señor Bardají la habia dado, se acercó á Mad. Mac-Incroe, que estaba descabezando el sueño á ratos, y bordando otros en una butaca junto al velador ó mesita de labor, y despertándola de repente, la dijo:

—¿Qué le parece á vd. del nuevo secretario de la Legacion de España, que me ha traído esta carta de mi antiguo confesor de Dublin?

—No me disgusta, señorita, replicó el aya; es muy buen mozo, y si no engañan las apariencias, ha de ser joven de provecho. Sus modales son finísimos, y estoy por creer que, aquí en Viena ha de tener algun partido entre las señoras.

—¿Si será asi, por el estilo de Guerrero? preguntó Josefina con aire de curiosidad.

—Cómo ¿liberal y despreocupado en materia de religion? repuso con sarcasmo Mad. Mac-Incroe.

—Exactamente, contestó Josefina; un poco *herege* con ribetes de *republicano*. ¿No es asi?

—No diré tanto, señorita, contestó el aya, pero, no sé por qué me figuro, que ha de ser *franc-mason* y poco amigo de jesuitas.

—Muy pronto le ha echado vd. el fallo, observó Josefina; que bueno sería que le pudiéramos catequizar para poder formar mejor nuestro juicio.

Así hablaba Josefina, cuando de repente se abre la puerta del salón, y aparece vestido de uniforme con el sombrero debajo del brazo y abrochándose los guantes, el joven Carnerero que estaba muy ageno de pensar que aquellas dos señoras se ocupasen tan pronto de él y le juzgasen tan á la ligera.

—Señoras, dijo al entrar; y acercándose á ellas, que estaban junto á la chimenea, estoy á los pies de ustedes.

Y dirigiéndose á Josefina acto continuo.

—Supongo, añadió, que es á la señorita de Comerford á quien tengo la honra de hablar.

—Si señor, la misma, que llora aun y lamentará mientras viva, la pérdida irreparable de su tío el conde de Briás, y cuya muerte habrá vd. sabido quizás por la señora de Bardaji.

—En efecto, supe, antes que por ella, la fatal noticia de su fallecimiento en París, hará cosa de tres semanas, por un coronel de artillería procedente de Viena, llamado Guerrero, á quien vi á su paso para Madrid, y me habló de vd. con tanto encarecimiento, que conoci por el relato que me hizo, que la horfandad y el aislamiento en que vd. ha quedado, le preocupaban en estre-

mo. Me prometió escribirme así que llegase á España, y he estrañado no encontrar ya aquí carta suya, porque somos muy amigos, y si he de hablar á vd. con franqueza, sus opiniones y las mías, en política son las mismas: ambos estamos *secretamente* afiliados al partido liberal español.

—*Afilados secretamente?* y ¿por qué ese secreto? preguntó Josefina á Carnerero con bastante sorpresa y admiración.

—Señorita, repuso el jóven secretario, porque en España los liberales tenemos que ocultar nuestras opiniones y trabajar clandestinamente en los conciliábulos para conseguir algun dia el triunfo de la libertad.

—No comprendo, dijo Josefina, lo que vd. me dice caballero, porque si las opiniones son buenas, no habrá en España ni en parte alguna de la tierra necesidad de ocultarlas para que triunfen. Eso de triunfar las opiniones de vds. los liberales, arguye lógicamente, que hay quien se resiste á ellas, en cuyo caso su bondad viene á ser problemática, al menos para sus adversarios. Ésto manifiesta tambien que en España el gobierno, combate esas opiniones, y cuando las combate, bien se puede inferir, que han de ser perjudiciales al rey ó á la religion.

—Nada de eso, señorita; son contrarias y *perjudiciales*, si vd. quiere llamarlas así, á los que medran á la sombra del Trono, á los que esplotan la credulidad del vulgo, que mira *al Trono y al altar* como instituciones *ambas* de derecho divino, y de esta amalgama político-religio-

sa, provienen hoy todos los males que padece la sociedad; pero esto no puede llamarse *choque de opiniones*, sino lucha de *la ilustracion contra el egoismo*, preponderancia *del saber sobre la ignorancia*; ó mas bien *el error*.

—Pero hágame vd. el favor, señor Carnerero, de explicarme, dijo Josefina con bastante animacion, ¿qué entiende vd. por *ilustracion*?

—Señorita, repuso el secretario, yo entiendo por ilustracion un cúmulo de hechos atesorados en nuestro entendimiento, durante el curso de la vida, ó bien sea el estudio profundo y meditado de aquellos mismos hechos, para formar por ellos, lo que propiamente hablando, se llama *opinion*.

—De aqui resulta que nuestras opiniones, tanto religiosas como políticas, son bien ó mal fundadas, segun el mayor ó menor cúmulo de saber y conocimientos prácticos que hayamos adquirido durante la vida, y que nuestras opiniones son justas ó injustas, exactas ó erróneas, segun el mayor ó menor criterio, exámen y comparacion de los hechos que hayamos atesorado en nuestro entendimiento. Por eso vemos, especialmente en nuestra España, donde prepondera *la imaginacion* y escasea *el juicio*, que la ignorancia de los hechos es la causa primitiva de todos los errores, tanto en política, como en religion.

—Dígame vd, señor don Mariano, preguntó Josefina al nuevo secretario ¿abriga el coronel Guerrero estas mismas ideas de vd?

Antes que Carnerero pudiese responder á esta pregunta, entró en el salon la señora de Bardaji elegante mente vestida, seguida de un criado que, llamando aparte al nuevo secretario de Legacion, le dijo al oido que su escelencia el señor embajador, le esperaba en su gabinete para enterarle del contenido de los pliegos que habia traido de París, y que tenia algo que escribir con él antes de salir de Schoembrun para el baile de Belvedere. Al mismo tiempo, el criado entregó á la señora de Bardaji, de parte de su esposo, una carta cerrada, que dijo venia inclusa en el pliego del ministerio de Estado, y se retiró del salon.

Don Mariano Carnerero salió saludando á las señoras precipitadamente, para ir al gabinete del embajador, á ejercer las funciones de secretario, de bastante mala gana, porque ya eran cerca de las nueve de la noche y deseaba por instantes la hora de salir de Schoembrun para el regio festin.

La señora de Bardaji se acercó á la repisa de la chimenea, abrió la carta que le acababa de entregar el criado, y exclamó al instante.

—!Es de Guerrero!.. ¡Pepita, aquí hay una tambien para vd. y otra para Mad. Mac-Incroe! Ya ven vds. que el coronel de artilleria es consecuente, y cumple sus promesas.

Josefina que se hallaba en la butaca inmediata á la chimenea, se levantó, cogió la carta que le entregó la señora de Bardaji, dándola un beso en la frente, y Mad.

Mac-Incroe abandonó la labor que estaba haciendo junto al velador, para recibir el billete ó esquila de Guerrero, de manos de la señora embajadora.

Las tres estaban impacientes por enterarse del contenido de las misivas, y como entre ellas reinaba bastante confianza y amistad, despues de hacer los elogios de costumbre al buen gusto y esmerado primor con que la señora de Bardaji estaba prendida, tocada y peinada, Josefina y su aya salieron del salon para sus aposentos respectivos.

Asique la señora embajadora se vió sola, se infiere que se acercára mas y mas á la chimenea, y que apoyando uno de sus pies en la barandilla ,para calentarse, mientras reclinada de pechos en la repisa de la misma chimenea, leía la carta del coronel Guerrero, hubo de saltar alguna chispa que inflamó repentinamente sus vestidos y en pocos instantes, la señora de Bardaji fue victima de las llamas, sin que nadie alcanzára á oír sus lamentos para prestarle auxilio.

Las diez de aquella horrible noche daban en el reloj del castillo de Shoembrum, cuando el embajador español y su secretario abrieron la puerta del salon en busca de la señora de Bardaji para ir al baile de Belvedere. ¡Cuál seria su sorpresa, y luego su grande emocion al descubrir entre una nube de humo, pavesas, y mal apagadas cenizas, el cuerpo mutilado y exánime de aquella desventurada señora !!! Ninguno de los dos, al pronto, la reconocieron. El señor Bardaji creyó desde luego que fue-

se Elena, la doncella de Josefina, y el joven Carnerero casi insistiera en que debió ser Mad. Mac-Incroe, si al acercarse á examinar el cadáver, no hubiese tropezado con el tembleque de brillantes que la embajadora llevaba en la cabeza, cuya alhaja, Carnerero reconoció al instante y la ocultó á los ojos del señor Bardaji, diciendole con voz esforzada.

—Señor embajador, vaya vd. corriendo al cuarto de la señora, avise vd. tambien á la señorita de Comerford, que yo basto aquí para examinar el cuerpo de la difunta. Por Dios, caballero Bardaji, vaya vd. pronto y vengan criados á ayudarme...

En esto entraban ya todos los de la casa acompañando á Josefina y Mad. Mac-Incroe, que venian cercioradas de que la victima debia ser la desventurada señora de Bardaji, pues no la habian encontrado en su habitacion, donde acudieron á la primera voz de *¡fuego!* que el lacayo diera al notar el humo que salia del salon, cuando su amo y el secretario entraron en él.

El señor de Bardaji conoció al momento en el semblante de los recién llegados, que su muger era la victima, cuya horrible muerte todos deploraban, y sin poder articular palabra, cayó desmayado en el suelo. Carnerero y los criados le cogieron en brazos y le llevaron á su aposento, desde donde el joven secretario despachó aquella misma noche propios á Viena, en busca de facultativos, notició la catástrofe ocurrida con la señora de Bardaji al príncipe de Metternich, y espidió

un correo al conde de Peralada, nuestro embajador en Paris.

Cuando el señor Bardaji volvió de aquel paraxismo, abrió los ojos, y mirando en derredor de su cama, exclamó: ¿Dónde está mi muger? donde está Magdalena!!! Los circunstantes, que eran Josefina, Madama MacIncroe y Carnerero, prorrumpieron con ojos arrasados de lágrimas: »*ya no existe!* Entonces el desventurado señor Bardaji estendió los brazos á Carnerero, y este estrechándole entre los suyos le dijo:

—Todos hemos de morir, pero ninguno de nosotros sabe ni como, ni cuando. El hombre, á su propio decir, es la obra maestra de la creacion, por lo tanto, como todos los demas seres que la componen, ha de someterse á sus leyes inexorables. La cuna es un secreto fatal, y la tumba encierra otro secreto que el hombre no puede investigar, pero á buen seguro, que si á la hora de la muerte pudiéramos consultar á las diez y nueve vigésimas partes del género humano, esas nos responderian que despues de este mundo hay otro mejor.

CAPITULO VI

LOS TRAIIDORES

¿Yo soy quien libre me ví?
¿Yo, quien pudicra olvidaros!
¿Yo soy el que por amaros,
Estoy desque os conocí.
Sin Dios, sin vos y sin mi?
(JORJE MANRIQUE).

Enamorado perdido de Josefina, llegó el coronel Guerrero procedente de Viena y Paris á Madrid á principios de marzo de 1817, y á su llegada recibió orden expresa del director del cuerpo de artillería para pasar á Cataluña á las del capitan general del Principado don Francisco Javier Castaños, hoy duque de Bailen.

Tan propicia coyuntura le evitaba el tener que pedir una licencia al ministro de la Guerra para ir á Barcelona, donde se hallaba aun de cuartel su amigo el

general don Luis Lacy, que con ansia le esperaba para acordar los medios de llevar á cabo el arriesgado plan de proclamar la libertad y el régimen monárquico-constitucional en aquellas provincias, y le ponía á cubierto de las sospechas que los agentes del despotismo pudieran haber concebido de él al saber que emprendía un viaje de mera conveniencia, y sin que lo justificasen las exigencias del servicio militar.

Pocos días estuvo en la corte el jóven Guerrero, estos los pasó ocupado en visitar las varias logias *ma sónicas*, en donde se trabajaba con sigilo y con perseverancia tenaz en madurar el gran pronunciamiento que al fin estalló en 1820 con mejor éxito que todos los que le precedieron en Galicia, en Valencia y en Cataluña.

De acuerdo, pues, con los liberales de Madrid, salió Guerrero para la capital del Principado, á fines del mes de marzo, escribiendo antes á Josefina y á la señora de Bardaji, segun se lo tenia ofrecidó.

Apenas llegó á Barcelona cuando supo que el general Lacy acababa de salir de la ciudad para ir á tomar los baños termales de una aldea cercana, situada entre Mataró y Arenys, cuyo nombre es *Caldetas*, sin duda por lo caliente de sus aguas minerales, y que goza de gran reputacion entre los reumáticos, gotosos y otros que adolecen de enfermedades crónicas.

Guerrero conoció que Lacy no habia cejado en su patriótico proyecto, y que ya era tiempo de compare

cer á la cita que le diera en la carta suya, que recibió en Viena la antevíspera de la muerte del tío de Josefina, y por lo tanto, prévias aquellas fórmulas de que no puede dispensarse un militar para salir del radio de la plaza á que está destinado, emprendió su escursión á Caldetas el día 5 de abril á las siete de la mañana, y á las once, es decir, cuatro horas despues, ya el general almorzando en su habitacion con Guerrero, le hablaba en estos términos.

—¿Ya sabrá V. que estoy en desgracia, como suele decirse en la corte, porque mis principios liberales desagradan al rey y á sus ministros?

—Mi general, esa que en Madrid llaman desgracia, honra sobremanera á los que como V., y yo hemos peleado por la libertad y la independencía de la pátria desde 1808 hasta 1814. ¿Qué hubiera sido de Fernando VII sin nosotros y sin los heróicos esfuerzos que hizo la nacion en aquella época?

—Amigo Guerrero, los reyes suelen ser muy ingratos con los pueblos y con sus mas leales servidores. Por los años de 1811 y 1812, hemos luchado contra enemigos exteriores para rescatar al rey que estaba cautivo, ahora vamos á luchar contra enemigos internos, contra esa pandilla de válidos egoistas que asedian al monarca y le segrega de los intereses del pueblo; vamos á pelear por la libertad de España, ¡Esperemos, que Cataluña responderá á nuestro llamamiento!

—Ah! mi general; Cataluña, como las demas provin-

cias de España, está contaminada ya por esos protervos á quienes vamos á combatir; por esos hombres malvados que rodean á Fernando VII para saciar sus ambiciones personales! Por eso Porlier en Galicia, Vidal y Bertran de Lis en Valencia, perecieron en el cadalso; por ese maldito contagio de doctrinas de la moderna escuela de los absolutistas del día, las provincias donde quisieron proclamar la Constitución, no respondieron á su patriótico pronunciamiento.

—Yo no desmayo por eso; observó Lacy, conozco á los catalanes y recuerdan todos, que en 1811 vine á tomar el mando del primer ejército, que estaba tan mermado por las pérdidas de Lérida, Tortosa, Tarragona y Figueras, en cuyas plazas tremolaba el pabellon tricolor, como en Barcelona, Gerona y Hostalrich, y no obstante su desmoralizacion y su indisciplina en menos de tres meses, me hice dueño del Principado. Las montañas de Buza y de Cardona, arrojaban, como el Vesubio la lava, numerosos batallones en la primavera de 1812, y Suchet con sus crecidas huestes me respetaba. Hoy creo que si damos el grito de libertad, Cataluña responderá á nuestros acentos. Todo depende de la lealtad de los que se han afiliado con nosotros para cooperar al plan regenerador de España: conozco que el conspirar es delito muy grave, pero cuando no hay medio hábil de hacer llegar la verdad á las aras del sòlio, cuando no tenemos imprenta libre, ni derecho de peticion, ¿qué arbitrio nos queda? Nuestras quejas, y las

de los pueblos, por fundadas que sean van á parar á manos de los ministros, interesados en oprimirnos y ocultar al monarca la situacion del pais. El decoro mismo de la corona exige que demos el grito y proclamemos la Constitucion de 1812.

El general Lacy, cuya salud se habia ya restablecido bastante con los baños minerales de Caldetas, miraba desde su retiro agreste y solitario, á la nacion española oprimida y humillada por un poder bastardo y despótico, incompatible con la dignidad del pueblo, que él mismo habia contribuido tanto á emancipar de la coyunda de la Francia, y se proponia purgar la pátria de sus enemigos interiores que vedaban al rey el cumplimiento de sus promesas.

Fernando VII habia ofrecido en 1814 cuando regresó á España, despues de seis años de prision en Valencey, dar á los españoles una constitucion análoga á sus actuales costumbres y necesidades, y Lacy creia que en desembarazar al monarca de sus pérfidos consejeros, é interesados aduladores, no haria mas que anticipar la hora precisa de cumplir con sus súbditos un deber de padre y bien hechor.

Veía que la Península española en 1817, se habia transformado ya en un campamento militar, sembrado de cadáveres y erizado de patibulos, donde no regia, mas ley que la voluntad suprema de los ministros del trono y del altar, que los tribunales para enjuiciar á los que llamaban delincuentes políticos, eran los

consejos de guerra ejecutivos ó los calabozos inmundos de la santa Inquisicion, y que este era el premio que el gobierno de Madrid daba con mano pródiga á los pueblos y á los gefes militares, á quienes Fernando VII debia la corona. Lacy, como verdadero liberal y hombre de principios y de ideas fijas, no transigia al *mágico* poder del oro y de los títulos, con lo que vulgarmente en nuestra tierra se llama *partido político*, era lo que por mal nombre, llaman algunos doctrinarios de la escuela de Mr. Guizot, *Santon* de la escuela de ARGÜELLES Y TORENO; es decir, todo lo contrario de los que trafican en revoluciones ó revueltas para saciar su ambicion personal, todo lo contrario de los que medran y hacen fortuna á la sombra del trono que ellos llaman *constitucional*, para ejercer á mansalva el peor de los despotismos: el de la dictadura ministerial. Lacy hubiera querido esplicar al rey la *paraphrasis*.

«*Donec ponam inimicos tuos, scabellum pedum tuorum.*»

«Un tiempo vendrá, cuando
tus propios enemigos sean vencidos
á tu poder y mando,
y los mas atrevidos
por su poder serán mas reprimidos:
bajo tus pies verás que estan postrados,
sirviendo su altivez á Ti de estrados.

Mas por desgracia de la nacion española, ni el rey era *imágen de Dios*, ni miraba *como hijos* á los que S. M. debía el trono, ni el desventurado Lacy era profeta: solo era hombre de bien, un buen patricio, que llevado de su fé y escelentes intenciones creia que la pátria iba á responder unánime á sus acentos.

—¡Nunca! decia á Guerrero al concluir el almuerzo, ¡nunca las naciones recuerdan en vano la memoria de sus ilustres varones! La narracion frecuente y tradicional de sus hazañas fortalece el patriotismo de las generaciones que les suceden, y con este culto, casi santo, de los pueblos se mantienen lozanas y siempre poderosas las convicciones de los que saben morir en defensa de la libertad. ¡Lea vd., lea vd. amigo Guerrero, la proclama que pasado mañana ha de ver la luz pública!

Guerrero tomó de mano del general un documento impreso que tenia por título *Proclama á la nacion*, y lo leyó para sí.

Era una recopilacion de la historia de la guerra de la independencia y de las principales causas que la motivaron.

—Para poder entrar con acierto en el exámen de la situacion que tenia España al emprender en el año 1808 su regeneracion política, social y administrativa, forzosamente nos es, recurrir á las últimas páginas de la historia del siglo que pasó, decia el general Lacy, porque nos presentan á nuestra pátria sobre el cráter de un volcan.

La revolucion francesa habia exaltado en toda Euro-

pa la pasion de los pueblos por la libertad, y al paso que lamentaban los horrores que cometian los partidos politicos á impulsos de sus exageradas ambiciones y reciprocas contiendas, no dejaban de meditar sobre las ventajas de los principios que surgieron del seno de la revolucion, principios que una vez entronizados habian de poner fin á los desmanes de los principes, y restaurar la dignidad del género humano.

Nuestro rey Cárlos IV habia heredado con el trono de Castilla, un ministro muy hábil, un estadista europeo, el conde de Aranda. Este varon esclarecido habia previsto los progresos enérgicos y rápidos de una revolucion general, de donde debieron salir los primeros albores del astro vivificador de la libertad.

El ministro español hizo prevalecer por algun tiempo sus previsores consejos, y Cárlos IV, rehusó formar parte de la gran coalicion con que todas las potencias de Europa amagaban á la Francia.

No por eso dejó el rey de España, movido por sentimientos de linage y cordial amistad, de interponer su influjo, y de emplear secretos medios para inclinár los miembros de la Convencion francesa á salvar la vida del desventurado monarca Luis XVI.

Pero Barrero, miembro de la comision de defensa de la república francesa, presentó el día 5 de marzo de 1795, una memoria á la Convencion, acusando al gabinete de Madrid, de haber cometido bajo la influencia del ministerio inglés, ciertas agresiones contra súb-

ditos franceses en España, y la Francia nos declaró la guerra.

La muerte del duque de Brunswik hizo suspender la invasion del territorio francés por nuestras tropas que estaba proyectada y fue causa la separacion del conde de Aranda del gabinete de Madrid para ser reemplazado por el favorito de la reina don Manuel de Godoy.

Este personaje notable, poco versado entonces en los negocios de Estado, fijando puerilmente su atencion en las palabras de la correspondencia diplomática francesa, le pareció que la república algo descortés al dirigirse al Gabinete de S. M. Católica, no debia usar de la voz *Nacion Española*, tan poco en consonancia con la soberanía del rey Carlos IV, y resolvió continuar sus negociaciones con Luis Capét como cristianísimo monarca, legitimo soberano de la Francia, que le acababa de destronar.

Este incidente nos recuerda involuntariamente la conducta de Luis XVIII en 1825 cuando contra el espíritu de la Constitucion española, insistia en considerar á Fernando VII, rey absoluto de España por derecho divino, pero por fortuna los españoles no nos exasperamos por eso contra el rey ni hemos sido nunca regicidas; y aun hoy el prestigio que inspira la persona del monarca entre nosotros es tan profundo como el acendrado amor que tenemos á la libertad y á los derechos civiles y políticos del pueblo.

En 1794 los ejércitos de la república francesa invadieron el territorio español bajo las órdenes de los generales Dugommier, Perignon y Moncey y su severa disciplina causó admiración y respecto mas bien que indignación á los pueblos que ocupaban: tales eran ya las simpatías que escitaban en España los defensores de la libertad.

La muerte del general Dugommier y el tratado de Basilea firmado el día 12 de *Thermidor*, año tercero de la república, dieron á Godoy el título de príncipe de la Paz y pusieron fin á las operaciones militares de las tropas francesas en España, formando el gabinete de Madrid una alianza ofensiva y defensiva con la república francesa, que se promulgó por ley el 29 *Fructidor* del año 4 bajo el gobierno dictatorial de la Francia.

Todo presagiaba la mas perfecta armonía entre ambos gobiernos. El de S. M. Católica suministraba á la Francia una escuadra marítima considerable para maniobrar contra la Inglaterra, y la buena fé en nuestras relaciones internacionales con la Francia, aparentaba perpetuar las condiciones estipuladas en aquel tratado diplomático.

Napoleon Bonaparte, primer cónsul entonces de la república francesa, fue condecorado por Carlos IV con la insigne orden del Toison de oro, pero los Borbones de todas las familias reinantes ó proscritas, resentidos del rasgo de munificencia con que el monarca español

había condecorado á Napoleon, su enemigo implacable, cabalmente poco despues del asesinato del duque de Enghein en los fosos de Vincennes, le devolviéron las insignias y diplomas, en virtud de los cuales antes ostentaban el collar de la órden.

En el año de 1800, el gobierno español cedió á la Francia el ducado de *Parma* en Italia y el riquísimo pais de la Luisiana en América, sin mas compensacion por parte de la Francia que el principado de Etruria, tan infecundo para nosotros, como la primera esposa que inauguró el tálamo nupcial de Fernando, entonces príncipe heredero del trono de Castilla, y enemigo del favorito Godoy, cuyas miras de engrandecimiento personal iban hasta el punto de aspirar á una corona con el título de rey de los Algarves.

Pero Napoleon, que pensaba mas bien en realizar sus planes ulteriores que en alagar formalmente las ilusiones del privado de la corte de Madrid, hizo un tratado secreto en *Fontainebleau* por el cual la España le facilitó tropas auxiliares que marcháron unas á Dinamarca bajo las órdenes del marqués de la Romana, y otras á Florencia al mando del general O'Farril.

El tratado secreto de Fontainebleau obligó á Carlos IV á consentir el paso de 40,000 hombres del ejército francés por la Peninsula, cuando los disgustos y rencillas de familia llegaban á tal punto, que el rey padre acusó á Fernando príncipe de Asturias, de haber conspirado contra su vida y la de la reina su augusta madre.

—«Ya era tiempo, decía Carlos IV á su hijo despues de la conspiracion del Escorial, «qué yo me acordase de «mis derechos como rey y como padre.» «Con este motivo te hice arrestar, y entre tus papeles he encontrado las pruebas de tu crimen.....» «Las lágrimas de «tu madre me han enternecido. Yo te perdono.....»

Casi al mismo tiempo en que Fernando escribia al emperador Napoleon solicitando la mano de una de sus hermanas, el consejero del supremo tribunal de Castilla Don Simon de Vargas pedia la pena capital contra el principe de Asturias y su cómplice el duque del Infantado.

En este deplorable periodo de intranquilidad y violencia en el seno de la familia reinante de España, se erigió Napoleon en árbitro supremo de dos generaciones de reyes, y al arrojar la máscara para acometer despues la mas ináudita agresion contra los españoles, arrojó tambien á los Borbones del trono de Castilla para elevar al solio y á la púrpura regia á su hermano José Bonaparte, conocido, hoy ya difunto, con el humilde titulo de conde de Survilliers.

Bajo tan complicados y siniestros auspicios se abre á nuestros ojos la aurora de la libertad, y los primeros años del siglo que recorreremos forman la escuela de los reyes, enseñan sus deberes á los pueblos, influyen en su riqueza progresiva, mejorando las costumbres, y fortalecen los principios constitutivos de la nacion española, que tres siglos de obediencia pasiva bajo el yugo de

la Inquisición le habían hecho olvidar: Patria, Rey, Honra y Libertad son los ecos precursores de una revolución provocada por el cúmulo de acontecimientos que hemos reseñado rápidamente, y que despertaron en el corazón de cada español el noble sentimiento de independencia y el instinto de su propia dignidad personal.

Un rumor sordo circulaba por las calles de Madrid en marzo de 1808, que daba á entender que la familia real meditaba retirarse á Cádiz y emigrar desde allí á las posesiones de América. El pueblo de la capital, que muy pronto se impuso de esta alarmante noticia, atribuyó á don Manuel de Godoy el plan de la fuga de los Borbones y dió libre curso á su furor, pronunciándose en tumulto contra el valido, á quien siguieron á Aranjuez y que hubiese al fin perecido víctima de los amotinados sin la protección que le dispensaron los guardias de corps.

¡Fernando! ¡nuestro amado Fernando! era la aclamación general de los pechos castellanos: y Carlos IV, intimidado por la voz del pueblo abdicó la corona en favor de su hijo, que fue inmediatamente exaltado al trono de Castilla en medio de los transportes frenéticos de alegría de aquella multitud.

Napoleon por este tiempo ya habia adelantado sobre la frontera un cuerpo de ejército de 200,000 hombres de sus tropas mas aguerridas, y habian penetrado en nuestro territorio numerosas divisiones que ocupaban

de tránsito, según decían, para Portugal, las plazas de Barcelona, Figueras y Pamplona. Las demás marchaban sobre nuestra capital, cuyos sucesos habían en cierto modo desconcertado las miras del emperador, que solo apoderándose de la familia real podía reorganizar su plan de usurpación y prepotencia.

Para llevarlo á efecto dispuso que sus agentes en Madrid competiesen á Carlos IV y á Maria Luisa su augusta consorte á retirarse á Francia. Tan pronto como estos llegaron á Bayona el rey protestó contra la abdicación que acababa de hacer en favor de su hijo primogénito.

—«Mis ministros, decía Carlos IV á su hijo, han sido
 »calumniados por tí á los ojos del emperador de los
 »franceses, quien ha creído que los españoles estaban
 »resueltos á renunciar su poderosa alianza, y viendo
 »la discordia en el seno mismo de nuestra familia, bajo
 »diversos pretestos ha inundado mis provincias con sus
 »tropas. Mientras estas ocupaban la derecha del Ebro
 »y aparentaban no tener mas objeto que mantener es-
 »pedida su comunicacion con Portugal conservé la es-
 »peranza de merecer los sentimientos de consideracion
 »y amistad que siempre me ha manifestado, pero cuan-
 »do noto que sus tropas se dirigen á mi capital, me veo
 »precisado á reunir mis ejércitos y presentarme á mi
 »augusto aliado de una manera digna de el rey de Es-
 »paña.....

«¿Y en tales circunstancias, cuál ha sido tu conduc-

»ta?—Introducir la cizaña en mi palacio, el espíritu de
 »rebelion é indisciplina en la guardia de mi real perso-
 »na.— En una palabra, tu padre era tu prisionero. Mi
 »primer ministro secretario del despacho (Godoy) nom-
 »brado por mi y adoptado como uno de mi familia, cu-
 »bierto de sangre y de heridas ha sido arrojado de un
 »peligro inminente para caer en otro mayor.»—Tú
 »has deshonrado mis canas.»—«Tú me has arrebatado
 »la corona que heredé con la gloria de mis predeceso-
 »res, y que ellos habian ceñido en sus sienes sin man-
 »cilla.»—«Tú te has sentado en mi trono y te has en-
 »tregado á merced del pueblo amotinado y de las tro-
 »pas extranjeras que invaden la capital».....

En estas circunstancias vemos al pueblo español ejercer un acto de predominio por los instintos de su soberanía indisputable, y elevar al trono de cien reyes al nieto de san Fernando, no porque el pueblo estimase en él los derechos legítimos de sucesion, sino porque le consideraba ofendido y calumniado por el favorito Godoy, y victima de la animadversion de sus obcecados progenitores.

Tan sorprendente y espontáneo pronunciamiento popular, aplaudido y aceptado por la Inglaterra y por todas las potencias del Norte de Europa en 1808, sancionaba al parecer el derecho ejercido por los franceses en beneficio de la dinastía advenediza de Bonaparte.

Desde entonces quedó establecido el precedente que hoy combaten los mismos hombres que á él deben su

engrandecimiento, sus honores y sus mal labradas pero colosales fortunas: desde entonces aprendieron los pueblos á significar su voluntad, sus delegados á establecer leyes y los monarcas á obedecerlas y acatarlas para conservar su necesario prestigio y el amor de los súbditos que les elevaran al trono.

La soberanía nacional erigida en principio como una garantía del pueblo y del trono, no puede ya ser combatida sin esponer los intereses vitales de la sociedad, sin comprometer los derechos adquiridos, y las prerrogativas delegadas del monarca.

He aquí los vínculos sagrados que debieron ligar á Fernando VII con el pueblo español en marzo de 1808. Toda violencia ulterior de parte del rey dirigida á disolverlos ó quebrantarlos, era un atentado de lesa-nación, y los españoles así lo comprendieron.

Tales fueron las consecuencias de los escándalos dados por una corte desmoralizada, por la corrupción y un valimiento indecoroso de diez años. Carlos IV reinaba sin prestigio y su trémula mano no podía regir por mas tiempo el timon de la desmantelada nave del Estado.

¡Por Fernando VII *vencer ó morir!*—Este era el grito de Guerra atronador que resonó en todos los confines de la Peninsula. Esta, el lema belicoso escrito en los pendones del improvisado ejército español con letras de sangre y de justa venganza!

Pero Fernando, rey por la voluntad del pueblo,

mas bien que por su incontestable derecho de sucesion, obedeciendo á sus instintos, en vez de arrostrar con ardimento los peligros de una lucha gloriosa y permanecer al frente de un pueblo leal y valiente que por defenderle aprestaba á todos sus hijos al combate, prefirió ir á Bayona para reconciliarse con el emperador Napolcon, é impetrar otra vez el perdon de parte de sus augustos progenitores.

En vano se opuso el pueblo á tan intempestivo viaje; Fernando VII. llegó á Francia y el dia 26 de abril espidió el siguiente decreto:

«Al presidente y miembros del supremo consejo de Castilla.»—«Tan pronto como el príncipe de la Paz fue reducido á prision, frecuentes y formales han sido las instancias que me dirigió el gran duque de Berg, por medio del embajador de Francia, y por el general Savary en nombre del emperador, mi íntimo aliado, á fin de que entregado á la custodia de tropas francesas fuese conducido á Francia, donde S. M. imperial le haria juzgar criminalmente por los delitos que ha cometido.»—«Estas instancias venian generalmente acompañadas de amenazas, en caso de negativa, de ser llevados á efecto por la fuerza. En Vitoria han sido reiteradas con igual importunidad; y deseoso yo de tomar la resolucion que sea mas prudente he consultado con mi hermano el infante don Carlos, con el duque del Infantado, con don Juan de Escoiquiz, y con don Pedro Ceballos mi primer secretario del despacho

»de Estado que me ha espuesto , que si debiese dirigir
 »se en esta ocasion por los sentimientos personales que
 »le animan, me recomendaria la entrega inmediata del
 »príncipe de la Paz, pero que ahogando, como en efec-
 »to lo hacia, esta voz de sus sentimientos, cuando con-
 »sideraba lo que yo debo á mi sagrada persona y á lo
 »que debo de justicia á mis vasallos ofendidos por don
 »Manuel de Godoy, es de mi soberana incumbencia
 »el castigarle y no puedo prescindir de hacerlo sin ho-
 »llar todo lo mas sagrado y respetable que con imperio
 »exige la vindicta pública.»—«Es igualmente el parecer
 »de mis consejeros que yo responda á las instancias del
 »emperador, informándole que he ofrecido á mis au-
 »gustos padres el relevarle de la pena capital si
 »fuese condenado á muerte por el consejo de Casti-
 »lla.»—«Sometiéndome pues, al parecer de mis con-
 »sejeros y queriendo dar al mundo entero una prue-
 »ba de magnanimidad, y á mis augustos padres un tes-
 »timonio de mi amor y respeto, y para que el empe-
 »rador de los franceses se complazca en la sabiduria y
 »buen tino con que procura satisfacer lo que de mi re-
 »clama la justicia, conciliando asi los deseos manifes-
 »tados por S. M. imperial y real, vengo en aprobar el
 »saludable parecer de mis consejeros y mando que se
 »cumpla en todas y cada una de sus partes.»

»Lo comunicareis al consejo con la circunspeccion
 »necesaria, y para los demas efectos consiguientes, á fin
 »de que se adopten tambien las medidas oportunas pa-

»ra la proteccion de las casas y familias de los acusados.»

»Bayona 26 de abril de 1808.—YO EL REY.

Cuatro dias despues, es decir el dia primero de mayo, Fernando escribia sumisamente á Carlos IV ofreciendo devolverle la corona de España bajo ciertas condiciones, una de las cuales era la pronta convocacion de las córtes, y el regreso de la familia real á Madrid eliminando del séquito á todas las personas que hubiesen incurrido en el ódio de la nacion.

Ociosas é importunas fueron las gestiones de Fernando VII. Su suerte estaba decretada. La abdicacion en favor de Carlos IV, dejó abandonado el trono de Castilla al arbitrio de Napoleon, y fue el paso preliminar para que José Bonaparte, cediendo á Murat la corona de Nápoles, tomase el título de rey de las Españas, que perdió bien pronto á impulsos de la fuerza nacional, sostenida con admirable lealtad y valentia por nuestros aliados á las órdenes del duque de Wellington, quedando humilladas las águilas francesas en los campos gloriosos de Vitoria.

Una inteligencia verdaderamente suprema y misteriosa al parecer hacia coincidir con los sucesos de Bayona, los sucesos de Madrid: mientras la España quedaba huérfana de la dinastía de Borbon, y Bonaparte le imponia con la fuerza un rey que la voluntad pública rechazaba, Joaquin Murat, gran duque de Berg, egercía en la heróica capital de la monarquía española la

dictadura y el despotismo militar.

Fuertes patrullas, numerosos batallones obstruían constantemente las calles de Madrid, cuyos leales, denodados y bizarros habitantes, sobrellevaban el yugo de hierro con ánimo resuelto de quebrantarlo tan pronto como los abusos del poder intruso pusieran término á su sufrimiento.

El día Dos de Mayo era el destinado por la providencia para dar á los tiranos de la tierra un testimonio elocuente de lo que puede el pueblo cuando quiere ser libre. A impulsos del patriotismo, y cual meteoro eléctrico, despertaron los habitantes de la heroica Madrid, todos resueltos á repeler la fuerza extraña que les oprimía con la fuerza nacional que inflamaba sus denodados pechos, y en menos de tres horas eran dueños de un batallón enemigo y de las armas del parque de artillería que aquel mismo batallón poco antes custodiaba. El estrépito del cañón que con certero tino disparaban los Daoiz, y los Velardes, asestando sus mortíferos proyectiles á los pechos de las cohortes enemigas, resonó muy pronto en los ángulos de la Península; y al paso que Madrid abatía la soberbia francesa, los desfileros del Bruch y Esparraguera en Cataluña presenciaban el castigo, y servían de sepulcro á las tropas de Chabrand, de Lechi, y de Duesme.

Miles de paisanos con armas ó sin ellas se arrojaban enfurecidos sobre las enrojecidas bayonetas de los vencedores de Austerlitz, y de Marengo, y los escuadrones

del imperio frances que alcanzaron tantas glorias en Egipto, huian presurosos al aspecto aterrador del pueblo de Madrid.

No eran ya las pirámides del desierto ni las movedizas colinas de arena en Egipto, las que se oponian á su hierro opresor, era el pecho de un pueblo libre y numeroso alevemente oprimido, que peleaba por su libertad y para conquistar los goces de la civilizacion moderna. Era la España toda que pedia su monarca que estaba prisionero, su independendencia, y su libertad.

Los sucesos de aquella jornada memorable pusieron en las manos de las huestes opresoras centenares de víctimas indefensas que murieron en el Prado inhumanamente sacrificadas al furor y á la venganza de los sicarios del dictador militar de Madrid para perpetuo baldon del imperio frances.

Pero no fue improductiva tanta sangre española, vertida en aquel día de gloria y de luto. En el real sitio de Aranjuez, se instaló una junta central como núcleo de una federacion de todas las provincias, que á imitacion unas de otras instalaron todas simultáneamente sus juntas de gobierno, y armamento. Esta junta central se trasladó luego á Sevilla y funcionó como regencia á nombre del rey Fernando VII, y en menos de dos meses toda la Península presentaba el aspecto de un campo erizado de bayonetas.

Nuestra familia real quedó en poder de Bonaparte, y la junta central poco tiempo despues de instalada pasó

á Sevilla y firmó un tratado de alianza, paz y amistad con la Inglaterra, tan fecundo en sus consecuencias que á los pocos años restauró dos dinastías, convirtió la Francia en un campamento formado por los ejércitos de cinco potencias, y París en cuartel general de los monarcas aliados que encadenaron á Napoleon Bonaparte, cual otro Prometeo, en la roca de Santa Elena, azotada por las olas en medio del inmenso y brumoso mar del Sur.

Desde el tratado de Basilea, la política del gabinete de Madrid habia persuadido á Cárlos IV que los intereses del pueblo español estaban inseparablemente unidos á la Francia, cuyos vínculos con España era menester estrechar cada dia mas por medio de indisolubles lazos de alianza y buena inteligencia.

Ningun sacrificio habia omitido el gobierno de Cárlos IV para obtener tan importante objeto, al menos así lo decia el rey, y todos sus conatos, aun cuando la Francia estuviese bajo la direccion de gobiernos efimeros por las diversas faces de su transitoria república, se encaminaban á conseguirlo, y el gobierno español, sacrificando sus mas íntimos afectos personales, habia escuchado tan solo, segun decia, los consejos de la política, del bienestar y de la prosperidad nacional.

Restablecido el orden público en Francia por el emperador Bonaparte, muchas dificultades, en el concepto de Cárlos IV, se allanaban para la consecucion de sus deseos por medio de una alianza ofensiva y defensiva

con S. M. Imperial y real, bajo cuyos poderosos auspicios consideraba asegurada la paz y la tranquilidad de que hasta aquí habían gozado los españoles; mas tan pronto como la Inglaterra declaró la guerra á la Francia, conoció la corte de Madrid que la España no podría permanecer neutral en razon á su posicion geográfica.

La España circumbalada de costas estensas y atendida á su comercio marítimo para el tráfico de sus colonias y para su prosperidad interior, no podía soportar los efectos de una guerra marítima exterior con los ingleses á que la hubiera arrastrado su alianza con la Francia.

Todas estas consideraciones habían movido á la junta central á un cambio completo en sus relaciones diplomáticas con otras potencias, y la esperiencia ha demostrado, en aquella como en otras mas recientes ocasiones, que la alianza íntima con la Francia ha sido siempre origen de sucesos desastrosos para la España.

Desde octubre de 1804 en que la Inglaterra rompió sus hostilidades contra nosotros hasta hoy han transcurrido cuarenta y cinco años, en los cuales la Península cuenta dos guerras esternas contra la Francia misma, y una serie no interrumpida de sangrientas disensiones internas promovidas ó alimentadas por la intervencion mas ó menos directa del gabinete de las Tullerías; convirtiendo en 1808 como en 1823 los campos de Castilla y de la Mancha, los jardines de Andalucia y de Valencia lomismo que las ásperas montañas de Guipúzcoa, Na-

varra, Aragon y Cataluña, en otros tantos cementerios patrullados por tropas francesas para mantener esclavos á los descendientes de Hernan Cortés y de Padilla.

Pero por fortuna los sucesos del Dos de Mayo con que se abrió la campaña de 1808 y la coalicion de las grandes potencias contra Bonaparte demostraron al mundo con la célebre jornada de Bailen en julio de aquel año, que los caudillos del ejército invasor eran menos felices en sus combinaciones estratégicas que los Castaños y los Reding vencedores de Vedel y de Dupont. El efecto moral del Dos de Mayo y de la batalla de Bailen fué mágico precursor de una guerra de seis años, que costó á Napoleon su corona imperial, y al ejército francés la pérdida de 500,000 soldados.

Pero aun fueron mas las consecuencias del Dos de Mayo; la España intelectual: la España, emancipada del despotismo teocrático é inquisitorial, iba á recobrar sus derechos y prerrogativas tradicionales, que estaban al parecer en consonancia con la voluntad expresa de Fernando VII, pues este era su language en Bayona el dia primero de aquel mes, escribiendo á su augusto padre: «Yo depongo mi corona á los pies de « V. M. con tal que se reunan las córtes.»—« Haré mi «renuncia en forma solemne ante el consejo de Castilla...

Puede decirse que á consecuencia del noble alzamiento popular de Madrid del dia Dos de Mayo de 1808,

se erigió en España una monarquía federal moderada, á la que debimos en 1810 la convocacion de las córtes generalés del reino en la plaza de Cádiz, para darnos despues una Constitucion política que sancionó la soberanía nacional por medio de diputados electos por todas las provincias de los dominios de España, en Europa y en América, y nos colocó al nivel de la civilizacion europea, que rechazaba el despotismo militar de Napoleon Bonaparte, dedicado esclusivamente á la conquista y al predominio de los pueblos, con mengua intolerable del comercio, de las artes y de las ciencias que solo prosperan á la sombra benéfica del olvido de la paz.

Así compendiaba el general DON LUIS LACY la historia de España en los ocho primeros años del siglo en que vivimos, al dar su manifiesto á la nacion y á los Catalanes en abril de 1817, é invocaba los manes de DAOIZ y VELARDE para avivar en el corazon de los españoles el amor de la patria, y los invitaba á secúndar el movimiento regenerador que iba á emprender con un puñado de valientes.

El coronel Guerrero al concluir la lectura de aquel manifiesto notable; exclamó:

—¡ Mi general! y quiénes son nuestros compañeros en la empresa?

—¡ Guerrero! continuó Lacy, dentro de pocas horas los conocerá vd.

—¿ Y se cuenta con las tropas que están en Mataró

y en Arenys acantonadas? volvió Guerrero á preguntar.

—Sí, fue la réplica seca del general, pero no vaya vd. á figurarse que ni el baron de la Barre ni el coronel Lassala están en el complot. Por ahora conténtese vd. con saber que están con nosotros, gefes denodados, liberales y valientes de uno y otro punto, y que en Barcelona no nos faltan amigos. Sigame vd. ahora, que nos esperan no muy lejos de aquí personas de confianza.

Y diciendo y haciendo Lacy se levantó de la mesa: Guerrero le siguió silenciosamente y ambos montando á caballo emprendieron una especie de camino cubierto que desde Caldetas dirige hácia la montaña por entre viñas y frondosos olivares.

Ni Lacy, ni Guerrero hablaron una palabra durante el camino, sin duda porque uno y otro iban absortos en graves reflexiones acerca del éxito de su arriesgada cuanto heroica tentativa. Sin embargo al llegar á un frondoso y fértil valle poblado de castaños, naranjos y algarrobos, á cuyo fondo se descubria al pie de un monte un antiquísimo solar en forma de palacio de tiempos feudales, el general dijo á Guerrero.

—Reconoce vd. amigo, este terreno?

—Sí, mi general; repuso el coronel, cuatro años hace apenas, que aquí tuvimos un encuentro bien reñido con los franceses, que ya se iban retirando á la frontera, y en la refriega murió mi compañero Ibañez que

mandaba nuestra artillería de montaña. ¡Quién nos hubiera dicho entonces, mi general, que hoy habíamos de venir aquí á conspirar contra el malvado gobierno que nos impusiera el rey por quien entonces peleabamos!..

—Y el solar que está allí al fondo, añadió Lacy, ¿lo reconoce vd?

—Si señor, replicó Guerrero; aquella es la casa de Milans del Bosque.

—Pues en ella, amigo Guerrero, nos vamos á apear, y allí conocerá vd. esta noche á nuestros compañeros y amigos.

En efecto, pocos instantes despues habian ya puesto pie á tierra en el átrio de la casa solariega donde les recibiera con estremada cortesania y mucha afabilidad el dueño de ella, el coronel de caballeria don Rafael Milans, con quien entraron en el salon y comenzaron á departir acerca de los males que agoviaban á la nacion.

—El pueblo español, decía el coronel Milans, está poco menos que embrutecido desde que el rey, guiado por los pérfidos consejos de los enemigos de la libertad que le rodean, ha recobrado su poder absoluto y restablecido la inquisicion en España. Ya las gentes de esta tierra, antes clásica por su patriotismo, desconocen su actual condicion y sus propios intereses, á tal punto que van á perder la independendencia nacional que supieron conquistar en 1808, como han dejado conculcar los derechos que habian adquirido por la Constitucion de 1812.

—Esto no es extraño, observó el general Lacy, porque el pueblo español no había llegado á apreciar aun aquella Constitucion, ni había entendido lo que por ella adquiria. La libertad que se dá á una nacion no dura, la que se conquista es permanente. Deje vd. que los españoles recuerden ahora los siete años de guerra que han sostenido contra las huestes de Napoleon, los desastres y miscrias que les ha costado su independenciam, los nombres de sus victimas illustres, y vds. verán aun lo que es España.

—Es verdad, mi general, replicó Milans, las grandes reformas fruto de la libertad de los pueblos no son obra de un dia, mayormente cuando los males que hoy deploramos, son el resultado de un cúmulo de errores de muchos siglos y de la maldad de los gobiernos despóticos. En vano hará alarde un pueblo entero de su soberanía, ó nos dirán *ex-cátedra* sus tribunales que el poder está ya en sus manos, si la nacion no es ilustrada, si cada uno de sus hijos no estima sus derechos en lo que valen y no cumple sus deberes con la pátria á la hora del peligro, el poder por mucho que parezca popular será efimero y deleznable en sus manos, y cualquier hombre sagaz y advenedizo se lo arrebatará y se erigirá en DICTADOR.

—Todo esto es exacto, observó Guerrero, pero señor don Rafael ¿cómo educar así de repente á todos los españoles?—¿Cómo ilustrar en un punto el entendimiento de todos para que puedan debidamente apreciar

los beneficios de la libertad y de la independencia?

—Con solo hacerles entender sus verdaderos intereses, demostrándoles la sencilla verdad, dijo el coronel Milans, de que en la union de todos los españoles está la fuerza del pueblo, la igualdad de condiciones y la afinidad de sentimientos de todos los ciudadanos.

En esta conversacion andaban engolfados el general y los dos coroneles, y el sol se habia ya traspuesto á las montañas cercanas al solar, cuando los criados avisaron la llegada de gentes á caballo. Eran el general don Francisco Milans, hermano de don Rafael, el coronel Mancha, el capitan de artillería Morales, el comandante don José Quer y el capitan Oliver del 4.º regimiento de cazadores de Tarragona que se hallaba en Arenys, y dos oficiales del mismo cuerpo llamados don Gaspar Nandin, el uno, y don Francisco Appentel el otro.

Entre estos oficiales, dos por desgracia estaban de mala fé y premeditaban un acto de traicion horrible, contra el general Lacy y sus compañeros. Esos dos hombres tomaron parte en la comida que se sirvió á las siete de aquella tarde en el solar de Milans, y en la que se acordó la hora en que debia estallar la revolucion. Cada uno de los concurrentes tomó un fajo de proclamas, las órdenes del caudillo de la empresa, y corrió á ocupar el puesto que de antemano se le asignara para llevar á cabo el plan regenerador.

Los coroneles Mancha, Guerrero y el capitan de artilleros Morales, quedaron al lado de Lacy: otros al del

general D. Francisco Milans, mientras Quer, Oliver, Nandin y Appentel marcharon á buscar el regimiento de cazadores que estaba en Arenys y al que pertenecian. La hora fija para el pronunciamiento era la de las doce de la noche del 5 de abril, hora en que las tropas de Mataró y Arenys debian emprender la marcha para Caldetas dejando proclamada la Constitucion de 1812 en ambos puntos, y luego internarse por la parte de Vich, bajar á Granollers sublevando todo el pais para ir á caer sobre el llano de Barcelona, donde contaban con muchos partidarios.

Los *traidores* Nandin y Appentel, pretestando que iban á disponer lo necesario para salir con la tropa, se separaron de sus gefes Quer y Oliver, y fueron directamente á delatar el plan que iba á estallar, al coronel Lassala. Este honradísimo militar, que era realista puro, al ver las proclamas impresas que los delatores le presentaron diciéndole que dentro de pocos momentos iba á ser pasado por las armas por los conjurados; que la conspiracion era vastísima y que se trataba nada menos que de destronar al monarca y proclamar la república en España, hubo de alarmar al comandante general de todas las fuerzas militares que estaban á sus órdenes en Arenys, y al momento espidió propios y dió partes á los gobernadores de Gerona, Mataró, y al capitan general del principado, del plan revolucionario que Lacy y sus asociados iban á realizar en pocas horas.

¡Deplorable era por cierto la situación del general Lacy, cuyo corazón noble y valiente tenía que optar entre la conyunda del despotismo ó la insurrección abierta y franca contra el poder del bando teocrático que se escudaba con el trono y el altar para ejercer la tiranía!

En este dilema se encontraban Lacy y sus esforzados compañeros en la noche del 5 de abril de 1817, después de la traición de Nandin y Appentel. Los delatores le debían los grados militares y la posición que tenían en el ejército, el pueblo catalán su independencia del yugo francés, y los militares mismos que le iban á perseguir, la organización y la fuerza que emplearan para conducirlo afrentosamente al patíbulo.

Las dos serían, de la madrugada del 6 de abril cuando Lassala concluyó de formar los restos de la fuerza militar que pudo reunir bajo sus órdenes en Arenys, pues las compañías del regimiento de cazadores que se habían comprometido en el plan de Lacy emprendieron la marcha hácia Caldetas á las diez de la noche del 5, y llevando á su lado á los traidores Nandin y Appentel, se puso en movimiento, y comenzó la persecución contra los conjurados.

Este movimiento simultáneamente practicado también por otros destacamentos de tropas desde Mataró y Barcelona sobre los que acompañaban al general Lacy en su patriótica y molograda empresa, puso trágico fin á la campaña.

Guiados por los partes que recibían los gefes encargados de perseguir y capturar á Lacy y sus compañeros, destinaron partidas de tropa hácia los puntos que se les indicaban como de refugio de aquellos desgraciados. Era tal la repugnancia con que los oficiales que mandaban aquellas partidas cumplían con tan penoso servicio, que habiendo sabido el comandante don Francisco Cabrera, que mandaba el destacamento que se dirigió sobre Malgrat, en persecucion de Quer y Oliver, que estos se hallaban ocultos en casa de un boticario de la poblacion, hizo alto para ganar tiempo, y cuando conoció que los fugitivos podían ya estar advertidos de su llegada y haberse embarcado, mandó á la tropa entrar en el pueblo, rodear la casa y registrar los aposentos en que se encontraron el sable y el sombrero de uniforme del capitan Oliver, que Cabrera presentó á sus gefes para corroborar mejor el fiel desempeño de su desagradable comision.

Todo esto se hacia como á propósito para dar lugar al general Lacy á que se pusiera en salvo. Bajo apariencias de una viva persecucion se dejaba de intento un radio de siete ú ocho leguas de periferia en el terreno de la batida, por donde á beneficio de una playa accesiva á los buques menores de pesca y contrabando que á todas horas del dia y de la noche la frecuentaban, hubiera podido Lacy embarcarse si el mal de gota que en aquellos momentos le abrumaba, y algun otro compromiso en que el corazon y el agradecimiento há-

cia una débil persona que le seguía tenían la mayor parte, no le hubiesen obligado á permanecer en los caseríos y bosques del interior en aquella parte tan quebrada de Cataluña.

El brigadier Llauder llegó al pueblo de Malgrat, cuando ya Cabrera se había retirado para replegarse sobre Arenys del Mar con ánimo de reunirse á la tropa que mandaba el coronel Lassala, y dispuso que su ayudante de campo don Felix Llausás y el teniente del regimiento de caballería de Almansa don Pedro Ruiz, con una escolta de cuatro dragones se dirigiesen á San Feliu de Guixols y se informasen si el general Lacy se había embarcado en aquel punto, y dado caso de no adquirir noticias ciertas, se encaminasen para indagarlo hasta la frontera de Francia y pueblos comarcanos.

El gobernador de Gerona durante esta alarma general no había permanecido ocioso. Las órdenes apremiantes comunicadas á todos los pueblos de su distrito, habían promovido el *somaten* armado para capturar á Lacy y sus compañeros, y muchos, entre ellos Guerrero, Mancha y Diaz Morales habían sido arrestados y conducidos con escolta de caballería é infantería á la ciudadela de Barcelona, sufriendo interrogatorios minuciosos en Arenys del Mar y Mataró durante su tránsito, para instruir el sumario de los hechos que ocurrieron la noche del día 5 de abril.

Los oficiales Llausás y Ruiz atravesaban la escabrosa y dilatada montaña de San-Grau en la tarde del día 10

con cuatro ordenanzas de caballería, muy agenos del acontecimiento que iba á poner término á su mision, cuando de manos á boca se encontraron con unos paisanos armados del somaten de los pueblos de Tosa y de Lloret que les digeron habian descubierto la guarida de *Lacy* por el dueño de la casa de campo en que habia permanecido oculto por espacio de dos dias, y que no estaba lejos de alli el bosque en que se ocultaba.

Llausás y Ruiz preguntaron á los paisanos si el general Milans estaba tambien oculto con *Lacy*, á lo que estos contestaron negativamente, afirmando que solo una señora y dos ó tres oficiales le acompañaban.

En efecto, Milans del Bosch, mas venturoso y práctico del terreno, desde el momento que se separó de *Lacy*, aproximándose al punto de donde partía la primera persecucion y alarma que sufrieron el dia 6 se refugió en una cueva que le era conocida en los bosques inmediatos á Arenys de Munt, donde permaneció oculto con sus tiernos hijos, á quienes mantuvo por espacio de tres dias con escasos y campestres alimentos, y despues errante, pero siempre apercebido, se dirigió, favorecido por el cielo y por la oscuridad de la noche, á las playas de Badalona; desde alli se dirigió á Gibraltar, en cuya plaza permaneció hasta que acosado por las requisitorias que recibia el gobernador inglés de las autoridades españolas, hubo de desprenderse de sus hijos y embarcarse para Montevideo, donde se mantu-

vo hasta el triunfo que parecia definitivo de la libertad de España en 1820.

Apenas el teniente Llausás y su compañero Ruiz se alejaban de los paisanos armados, observaron ya el inminente peligro que amenazaba al general *Lacy* y á sus pocos compañeros. El somaten hacia fuego á dos ó tres oficiales que huían por un despeñadero, y *Lacy*, vestido de uniforme blanco, con la divisa de su alta graduacion, brillaba como el Dios de las batallas en medio de una aurcola oscura y nebulosa que formaba una turba de indisciplinados campesinos, á quienes rehusaba aquel valiente la honra de arrebatarle la espada que blandía, defendiéndose del cobarde furor de sus contrarios

Llausás conmovido de aquella escena, se abre paso entre la multitud, y *Lacy* al descubrir allí á un militar se arroja á sus brazos y le entrega las armas que en otro tiempo afirmáran la corona del rey y conquistáran la independencia de España. Luchando Llausás entre el deber y el repeto, repele al paisanage y dice:

—Mi general! esta espada está bien en manos de V. E., yo no la admito.....

Lacy volvió á ceñirla por última vez, y apoyado en el brazo de Llausás, salió de aquella fragosidad y emprendió el camino hácia Blanes y Malgrat, donde encontró al Brigadier Llauder.

La entrevista de estos dos caudillos fue una escena que se comprende, pero que la pluma prudente no

transcribe: todas las emociones fuertes que pueden asaltar el corazón las experimentó Llauder al encontrarse frente á frente con su jefe, con su amigo, con el general *Lacy*.

El teniente Llausás fue el conductor de *Lacy* á la ciudadela de Barcelona, de quien recibió muestras de distincion por su atento proceder, y en memoria de su gratitud, la espada que tantos dias de gloria dió á su pátria.

Un consejo de guerra aprobó la última pena propuesta por el fiscal Algarra, comandante de escuadron del regimiento de Almansa, y pocas horas despues, acompañado del mismo Algarra, *Lacy* fue conducido á la isla de Mallorca para sufrir con heroismo en el castillo de Belber la muerte de los mártires.

CAPITULO VII.

EL PROPÓSITO IRREVOCABLE.

«De las calamidades de nuestros tiempos, que como vemos, son muchas y muy graves, una es, y no la menor de todas, el haber venido los hombres á disposición, que les sea pouzoña, lo que les solia ser medicina y remedio.»

(FR. LUIS DE LEON.)

Precisamente la carta de Guerrero que Josefina recibió en el palacio de Schoembrun la noche fatal en que falleció quemada la señora de Bardají, contenia casi todos los pormenores de que habla el anterior capítulo. El coronel Guerrero la escribió á la señorita de Comerford el dia 12 de abril de 1817, desde la torre de la ciudadela de Barcelona donde se hallaba preso con los demas infortunados compañeros del general Lacy esperando el fallo de la comision militar que entendia en

el proceso de los conjurados ó cómplices en su malograda empresa. Un mes despues Guerrero quedó exonerado de todos sus grados y honores y puesto en libertad aunque sujeto á la vigilancia de la policía.

No se crea que Guerrero por haberse librado á costa de su empleo y honores militares del delito político por el que se le juzgó ante un consejo de guerra, habia de sustraerse á las pesquisas de otro tribunal que enjuiciaba á su manera á los que suponía reos de *heresia* ó prevaricadores contra la iglesia católica. No; el coronel Guerrero reducido á la condicion de un simple particular, sin fuero ni privilegio que le escudaran fue arrebatado del hogar doméstico y conducido á la Inquisicion de Barcelona cinco dias despues de haber salido de la ciudadela de aquella capital, y compulsado á vindicarse de las graves acusaciones y secretas denuncias que contra él aparecian en el *Santo Oficio*.

Guerrero habia sido delatado como *franc-mason*. El interrogatorio que el reverendo padre BAILINA, fiscal de la causa que por aquel santo tribunal se seguia á los cómplices de Lacy que le habian sobrevivido, se lo diera así á entender, aunque no se le nombráran los delatores, ni á él le fuera permitido averiguar sus nombres.

Era el dia 19 de mayo á las nueve de la noche cuando Guerrero vió entrar en su calabozo al carcelero y le requirió para que le siguiera á un salon inmediato. Al entrar en él le pareció divagar por el oscuro aposento que en las *Logias masónicas* se llama de *pasos-perdidos*, tal

era su lobreguez. Sin embargo á medida que fue avanzando, conducido del brazo del carcelero, fue tambien descubriendo los objetos que allí habia: las paredes del salon estaban tapizadas de paño negro; una lámpara grande de bronce alumbraba una colosal imágen del Redentor en la cruz, al pie de la cual se hallaba sentado, detras de una mesa y en una especie de silla *curule*, el grave y reverendo padre Bailina, consiliario é inquisidor del santo tribunal; sobre aquella mesa, que cubria un tapete de lana carmesí, se veia otro Crucifijo de marfil cuya cruz de ébano tendria dos pies de elevacion, y al lado derecho habia el libro de los Santos Evangelios, y al izquierdo el recado de escribir. En derredor de la mesa se hallaban encapuchados y cabizbajos seis individuos con hábito frailuno que en aquel imponente recinto se titulaban *personas honestas*, y otras tantas bugias de cera verde, encendidas. Delante de la mesa y á distancia de unos dos pasos estaba un taburete bastante elevado, cubierto de la misma tela carmesí que tapaba la mesa, donde el padre Bailina mandó sentar á Guerrero, con suma urbanidad y cortesía.

—¿Cómo os llamais hermano? preguntó el fraile fiscal al inculpado Guerrero.

—¡Señor! Pedro Agustín Abelino me pusieron por nombre mis padres cuando nací, y con él me bautizaron en una ciudad de Guipúzcoa en 1793.

—¿Y vuestros padres? volvió el padre Bailina á preguntar.

—Don Juan José Guerrero era el marido de mi señora madre doña Irene de Lizarralde, segun canta la fé de mi bautismo, y era tambien comisario ordenador de....

—Basta, hermano, aquí en este Santo Tribunal y ante esas *personas honestas*, dijo el padre Bailina, no hay *ordenadores*, ni intendentes, ni quien tenga *don* ni *señoría*: el hombre aparece ante nosotros como Dios le crió; desnudo de honores y títulos mundanales.

—Asi me gusta, reverendísimo padre, ¡ojalá! y fuese asi en toda España! que no me veria yo ahora en la necesidad de molestar á vd. con minuciosas respuestas á las prolijas preguntas del Santo Tribunal.

—Nunca me molestareis, hermano, contestándome la verdad, por minuciosas que sean vuestras declaraciones, repuso el fiscal, porque es deber del *Santo Oficio* averiguar cuanto puede contribuir al mantenimiento de las creencias religiosas de nuestra santa fé católica, y para conseguirlo observamos la máxima de considerar á todos los hombres *iguales* ante nuestro tribunal, que en esto tambien se asemeja al tribunal de Dios. Pero decidme, hermano, ¿habeis viajado por paises extranjeros?

—Si, Padre, replicó Guerrero.

—¿Teneis por ventura, noticias de una secta religiosa ó hermandad que se llama *Masoneria*?

—He oido, repuso el jóven, hablar mucho de esa hermandad en Francia, en Bélgica, en Holanda, y especial-

mente en Inglaterra, donde vi la procesion que hacen todos los años el dia de San Juan apóstol y evangelista, por las calles de Lóndres, y á la que suele el rey asistir en su calidad de *gran maestro* de la hermandad....

—¿El rey, decis? preguntó el fraile interrumpiendo á Guerrero.

—Si señor, el rey; repuso Guerrero con mucha animacion, y no lo estrañe, padre mio; porque san Juan es, segun dicen, el patrono de los *franc-masones*, y el rey de Inglaterra el protector nato de todos los hermanos de aquella que vd. llama *secta religiosa*, pero que sin duda no lo ha de ser, supuesto que en ella hay hombres de distintas creencias, y el rey de Inglaterra se titula *defensor de la fé*.

—Muy enterado os mostrais, dijo el fiscal de la Inquisicion, de las prácticas de esos *hereges*: ¿perteneceis vos á la *Masoneria*? ¿sabeis si esa *secta* existe en España?

—Padre, yo no pertenezco ahora á nadie: soy libre desde que he dejado de pertenecer al cuerpo de artillería, y en cuanto á que si existe ó no en España la *Masoneria* es regular que el Santo Tribunal, y el gobierno lo sepan mejor que yo, puesto que persiguen á los que sóspechan de *franc-masones*.

—El Santo Tribunal tiene noticias de que vos habeis asistido á reuniones secretas de *franc-masones* en Madrid y en Cataluña, y por lo tanto espera de vuestra humildad y celo por el bien de la iglesia española, le

digais lo que hayais observado en tales reuniones.

Guerrero siguió esquivando las preguntas del padre Bailina y eludiendo las respuestas que pudieran haber comprometido á sus numerosos amigos, que estaban en elevada posición y que con el andar del tiempo habían de contribuir al mejor éxito del triunfo de los principios liberales en la Península, y el padre Bailina, convencido de que el Santo Tribunal no obtendría por las declaraciones de Guerrero los fines que se proponía, concluyó haciéndole leer la que acababa de dar, y se la hizo firmar, previa la ratificación de costumbre.

Inmediatamente se retiraron el carcelero y las *personas honestas*, quedándose solos en el salon Bailina y Guerrero.

Es de advertir que por aquellos tiempos ya la Inquisición se sentía conmovida en sus cimientos, y de todos sus espantosos rigores y torturas no quedaban mas que el nombre y su horripilante recuerdo. El padre Bailina en medio de que sabia hacer el papel de inquisidor de *pane-lucrando*, era un hombre de claro ingenio, de modales finos y de mucha instrucción; un fraile del orden de predicadores de San Francisco el Grande, que si se exceptúan los hábitos, nada tenía de fraile, y Guerrero pudo juzgar del fiscal de la Inquisición por las consoladoras palabras que le dirigió:

—No juzgue vd. de mí, señor Guerrero, por lo que acaba vd. de ver y de oír en este recinto; yo hice mi papel y vd. ha hecho el suyo. El acto penoso para mi

de juzgar á quien piensa quizás como yo mismo , ha terminado felizmente , y ahora todo se reduce á esperar unos cuantos dias lo que resuelva el Santo Oficio, á quien hoy mismo pasaré la declaracion de vd. para incoarla en el proceso que se ha formado sobre los acontecimientos de Cataluña á causa de la intentona revolucionaria del desgraciado general Lacy ; y como contra vd. no resulta culpabilidad , tengo esperanza de verle á vd. libre muy pronto. Desde ahora ya no volverá vd. al calabozo; aquí contiguo hay un gabinete, cómodo y bien amueblado , en el que será vd. bien asistido , y tendrá vd. cuanto necesite durante los dias que esté vd. en él.

Por lo demas , caballero, si se nos preguntase á cada uno de nosotros, aun á los que pertenecemos hoy al Santo Oficio, *¿qué es la religion?* despues de haber visto como y de que manera el gobierno y la Inquisicion la interpretan, quizás no habria dos entre nosotros que estuviesen unánimes en sus respuestas. Unos dirian que la religion consiste en admitir intelectualmente ciertos dogmas; otros que en la observancia de ritos, fiestas, ayunos y silicios que la iglesia prescribe en dias y épocas señaladas; algunos que en confesar y comulgar por Pascua florida, en oír misa entera los domingos y fiestas de guardar; finalmente, no faltaria aun quien dijese, en oprimir y esterminar á todo el que no sea católico, apostólico romano; mientras que yo mismo, señor Guerrero, le hablo á vd. francamente, no doy

la mayor importancia á las formas del culto esterno, ni á ciertas prácticas que me parecen supérfluas. Yo considero la religion como la regla inviolable de todas las buenas acciones.

—Vea vd. padre lo que son las creencias, dijo Guerrero; yo hasta aqui pensé que la religion era puramente una enseñanza dogmática para inculcarnos la fé, y que la moral se diferenciaba de la religion en cuanto nos enseña el modo de obrar justa y religiosamente con nuestros semejantes...

—¡Y piensa vd. bien! exclamó interrumpiéndole el P. Bailina. ¡Así, y no de otra manera, entiendo yo tambien la religion! Unida á la moral, subordinada á la moral cristiana, la iglesia es el templo de Dios; de otro modo seria el templo *de la intolerancia* y el altar *del fanatismo*, seria como afirma FR. LUIS DE LEON. «*pozoña en vez de medicina y remedio del alma.*»

—Cualquiera diria, al oír á vd. hablar, reverendísimo P. Bailina, que ha sido vd. discípulo de *Pestalozzi*, observó Guerrero con bastante sorpresa.

—Y no diria mal, repuso el señor inquisidor, porque ha de saber vd., señor Guerrero, que esa España que tan anómala se presenta á los ojos del mundo, y que efectivamente no se parece á ningun otro pais de aquellos por donde vd. ha viajado, tuvo en 1802 la escuela *Pestalozziana* establecida en Madrid con autorizacion del gobierno de S. M., y en ella nos hemos educado algunos españoles.

—Yo soy uno de tantos, y me maravillo, señor fiscal del Santo Oficio, dijo entonces Guerrero, de ver á usted desempeñando un ministerio tan contrario á las luces del siglo en que vivimos, y en tan poca armonía con las máximas y doctrinas que vd. aprendiera en la escuela *Pestalozziana* de Madrid.

—No lo estrañe vd. hijo mio, replicó el P. Bailina, en estas anomalías precisamente consiste el que la España no se parezca á los demas países por donde usted ha viajado. General de ejército hay en nuestra tierra que serviria mejor para provincial de un convento de frailes de la Merced que para dirigir un batallon de infantería, al paso que hay obispos, canónigos y hasta frailes de las órdenes mendicantes, que pudieran sobresalir en los campos de batalla, en la administracion del Estado, y hasta en la carrera diplomática.

—Es verdad, reverendísimo Padre, que en nuestra patria pocos son los hombres de mérito que están en el puesto que les corresponde, pero esto consiste en que el rey no quiere en sus dominios *hombres sábios*, sino *sibditos obedientes*, y por eso estraño que un hombre ilustrado como vd. se haya podido prestar á ejercer un ministerio tan odioso como el de perseguir al *sábio* y proteger al *ignorante*, solo para secundar las miras del monarca.

—Las circunstancias, amigo, repuso el bueno del fraile, las circunstancias obligan al hombre á predicar contra sus propias convicciones. Yo pertenezco al clero, y

vd. sabe, ó debe saber al menos, que el *trono* y el *altar* forman causa comun, en esta tierra, contra el espíritu innovador de los revolucionarios; pero dejemos para otro día esta conversacion, porque ya es tarde y hora para que vd. descause y se recoja al nuevo aposento que le está destinado hasta que salga en libertad, que espero no ha de pasarse mucho tiempo.

Las once de la noche serian ya cuando el P. Bailina y Guerrero se separaron. Guerrero encontró en el gabinete contiguo al salon, solo lo necesario para conceptuarse muy bien alojado los días que tenía que pasar aun en el encierro. Una cama aseada, varios libros, entre los cuales había el *Quijote* de CERVANTES, y los cuatro tomos de los *Trabajos de Jesus*, traducidos del portugués al castellano por el P. Fr. *Enrique Flores* del orden de San Agustín, y una mesa puesta, en la que le sirvió con mucha pulcritud y buenos modales una cena frugal el criado de la santa Inquisicion.

Apenas Guerrero acabara de cenar, despidiera al criado y se quedara solo, principió á pensar en su situacion y en su adorada Josefina, de quien no tenía noticia alguna desde su salida de Viena, ni sabia si las dos cartas que le tenía escritas, desde Madrid la primera, y desde la ciudadela de Barcelona la segunda, habrian llegado á sus manos.

—¿Qué habrá sido de Josefina desde el día fatal en que perdió á su tío? ¿Si habrá emprendido su viaje á Italia y mis cartas se habrán estraviado?

—Pero ¡desventurado de mí; ¿A qué me ocupo ahora de la señorita de Comerford, cuando yo mismo debiera antes de todo ocuparme de mí mismo? ¿Qué será de mí el día en que yo salga de la Inquisición? ¡Ya no tengo empleo, ni rango en el ejército; he dado al traste con cuanto heredé de mis padres, que no era mucho á la verdad, pero al fin si lo tuviese ahora me socorrería con ello y esperaría tiempos mas bonancibles para sacar partido de los recursos de mi propia educacion .

Así meditaba el joven Guerrero, cuando sobrecojido del sueño y luchando con mil encontrados pensamientos, se quedó involuntariamente dormido; pero cada vez que despertaba sobresaltado por alguna siniestra pesadilla, se incorporaba en la cama y volvía á meditar acerca de su situacion, y de los obstáculos que habian de sobrevenir para poder mejorarla, al punto que él consideraba indispensable para casarse con la señorita de Comerford. Guerrero era justamente demasiado orgulloso para someterse á depender de los bienes de fortuna con que podia contar Josefina, y resolvió no casarse con ella á no ser que triunfara en España la causa de la libertad y se viera repuesto en sus grados y honores militares.

Hecho este *propósito irrevocable*, Guerrero se tranquilizó en cierto modo, dejando para mas adelante, y así que se viese fuera de la Inquisición, el buscar los medios de mantenerse con decencia aplicándose al trabajo científico y literario de que su educacion le hacia

muy capaz, y concentrándose en sí mismo para considerar las causas de su desgracia y de la persecucion que sufrían todos los que como él pensaban en el triunfo de la libertad, decia:

—Hace ya mas de diez y ocho siglos, que las naciones del mundo que se llama civilizado se destrozan entre sí por meras opiniones, y en tan sacrilega fraternal contienda tiñen los altares de la fé política y religiosa con la sangre de los mártires de una ó de otra creencia, juzgándolos con severidad, sentenciándolos con barbarie, ó persiguiéndolos con airada destemplanza y cruel temeridad. Diez y ocho siglos, y mas hace, que el fuego y la espada, las cadenas y las mazmorras, los tormentos y las censuras, el escarnio y el baldon escitan las pasiones mas mezquinas del hombre contra el hombre para obtener el triunfo de meras opiniones, sometiendo las mas veces *la razon y el derecho* al imperio de *la fuerza*, sin que hasta nuestros dias hayamos adelantado un solo paso en el camino de la *tolerancia*.

¡Perseguir al hombre por sus opiniones! Hé aqui el vicio capital de la sociedad en todos los ángulos del mundo civilizado. A este vicio, erigido en virtud por los fanáticos, se debe el establecimiento del *Santo Tribunal de la Inquisicion*, á él los patibulos y hogueras en que el israelista, el mahometano, el filósofo y el supuesto herege espiraron desapiadadamente entre los alaridos y cánticos religiosos de una multitud hipócrita y cruel; á

ese vicio horrendo debieron su esterminio los *hugonotes* en el *Louvre* de Paris.... y á ese vicio horrendo debió Lacy tambien, hace pocos dias, la muerte gloriosa que inmortalizará su nombre, como yo debo tambien la suerte que me cabe hoy en este recinto que me sirve de prision. ¡*Perseguir por opiniones!* ¡Hé aquí el huracan que devasta la superficie de Europa, que alimenta los ódios y el orgullo de los partidos que se llaman políticos, que endurece el corazon del hombre contra su semejante, y emponzoña la copa de nuestra pasajera existencia!!!

Donde quiera que el clero predomina en la gobernacion del Estado, se ha visto en todas épocas la persecucion por opiniones, y la supersticion de los pueblos. En Egipto, en la India, en Cartago, en Grecia como en Roma, la historia antigua nos representa un clero gentil, cuyo poder ha consumado, en mayor ó menor escala, horrendos sacrificios humanos. En nuestros tiempos, la cristiandad nos muestra la historia de la Inquisicion y sus *autos de fé*, perpetrados por el clero en presencia de los reyes.»

Así pasaba el desgraciado Guerrero las horas solitarias, meditando en su prision acerca de las vicisitudes de la vida de los hombres y de la existencia deleznable de los imperios por opiniones políticas y religiosas, y atribuía las causas de todas las revoluciones sociales al errado sistema que seguían los gobiernos absolutos de fiar al clero y á los jesuitas la educacion de la juventud.

Guerrero había cursado escuelas muy distintas: en su infancia le educaron eclesiásticos de gran nota; en su juventud fué, como queda dicho, alumno de la *Pestalozziana* de Madrid, de la que salió para el colegio de artillería en 1807, y en todas las enseñanzas que allí recibiera fué discípulo de mucho aprovechamiento. Los seminaristas *eclesiásticos* le enseñaron la religion como la ciencia por medio de la cual se aprende á *creer lo que no se ha visto*. Los *pestalozzianos* le enseñaron á abrir los ojos, á escuchar con oído atento, y á *creer* por medio de los cinco sentidos en el testimonio de los hechos y de la esperiencia; y los *artilleros* de Segovia le confirmaron en la práctica de las ciencias exactas, que *nadie aprende lo que no comprende, y que no se comprende lo que no convence al entendimiento por medio de aquellos mismos sentidos, únicos órganos de la inteligencia material del hombre*. LOCKE y CONDILLAC fueron los verdaderos maestros de Guerrero á la edad de 15 años, FENELON guiaba sus pasos á la edad de 25.

CAPITULO VIII.

UN VIAJE.

*«No, la speranza
Più non m' allietta,
Voglio vendetta,
Non chièdo amor!»*

(METASTASIO.)

Despues de la catástrofe ocurrida en el palacio de Schoembrun, la señorita de Comerford permaneció aun algunas semanas en Viena, para asistir juntamente con Mad. Mac-Incroe al inconsolable señor de Bardaji, que desde la desastrosa muerte de su señora habia quedado como fuera de sí, y amagado de enagenacion mental. Por fortuna los ausilios del arte y el constante cuidado de las personas que le rodeaban lograron recuperar su salud y redimirle de aquella agonía moral; y Jo-

Josefina viéndole ya fuera de peligro pensó en seguir su plan de viaje á Italia, y regresar despues á España para fijar definitivamente su residencia en la Peninsula.

Las cartas que habia recibido de Guerrero, habian influido mucho en esta última determinacion. El jóven español le habia hecho una descripcion tan hermosa del principado de Cataluña, y le hablara con tanto encomio de su industriosa y bellissima capital, que Josefina, prévio el consentimiento del padre O'Tyrell y conforme á las instrucciones y al plan de vida futura que este la trazára desde Dublin, poco despues de la muerte del conde Briás, resolvió fijarse en Barcelona con preferencia á ninguna otra capital de provincia.

Tambien las noticias que le diera Guerrero, del trágico fin de la tentativa de Lacy, y de la suerte que cupo á ese ilustre mártir de la libertad, influyeron en el ánimo de Josefina para acercarse al teatro de las contiendas políticas de España en que su amante figurára como cómplice entre aquellos que ella prejuizgaba ya como enemigos del trono y de la religion y á quienes consideraba como *hereses*.

—Estoy segura, decia Josefina á Mad. Mac-Inroe, que mi presencia en Barcelona, retraerá á Guerrero de volverse á mezclar en esas descabelladas intenciones revolucionarias, y que ya escarmentado en cabeza ajena, como suele decirse, y exonerado de sus grados y honores militares, oirá sin petulancia ni orgullo mis amonestaciones amistosas, y quizás lograré hacer yo mis-

ma una verdadera revolucion en sus ideas, á punto de convertirle en uno de los mas esforzados campeones del trono y del altar.

—No sería estraño, replicó entonces la de Mac-Incroe: en otra ocasion creo haber dicho á vd. que es mucho y casi irresistible el influjo que egerce en el ánimo de su amante, una señorita, rica, hermosa y tan instruida como lo es vd. y no sería maravilla que el jóven Guerrero, *amen* del ascendiente de las prendas personales que reconoce en vd. entrase en cuentas consigo mismo, y concluyese por sacrificar esas *opiniones demagógicas*, de que tanto alarde hacia, al bien estar y á la fortuna con que le brinda la mano de la noble y rica señorita de Comerford.

—No me parece, repuso Josefina, que el *cálculo egoista*, sea el que le guie: en caso que renunciase Guerrero á sus opiniones liberales, otro y mas noble ha de ser el móvil de su conversion á las buenas máximas que yo trataré de inculcarle. El *amor...si*; el amor al rey por cuya causa peleó con heroismo en *la guerra* que los españoles llaman «*de la independencía*» y su ciega sumision á los preceptos de la iglesia han de influir tanto en su ánimo, que no desespero de verle un dia ostentar en el sombrero aquel lema escrito en una cinta verde «*por Fernando VII y la religion, vencer ó morir*» que llevaban todos los españoles en el año de 1808 cuando emprendieron la guerra contra los franceses. Una de esas cintas la conservaba aun Guerrero, como oro en paño,

cuando estuvo aquí, y me la enseñó un día en que Mr. Forster me explicaba todos los pormenores del sitio de Zaragoza, como reliquia de los tiempos mas-gloriosos de la Nacion Española.

—Convengo con vd. señorita, dijo la de Mac-Incroe, que el amor...si, el amor..... al rey, por ejemplo, podrá influir bastante en el ánimo del señor Guerrero, y en que no haya *calculo egoista* en su problemática conversion, pero en cuanto á que cambie de *opiniones* señorita, esto no me parece tan fácil. Sobre todo, despues de haber sido ya perseguido y castigado por ellas. ¿Sabe vd. que *la persecucion* por opiniones, casi siempre produce un efecto contrario al que se proponen los perseguidores?

—Si lo sé, amiga mia, dijo Josefina, y nunca olvidaré lo que sobre este punto me tiene dicho el padre Kauffman; si los *judios* se mantienen firmes en sus creencias es á causa de la persecucion que sufren hace tantos siglos: si SÓCRATES recobró su prestigio entre los atenienses; si LUTERO obtuvo el triunfo de la *heregia*; y por último, si CALVINO fundó una iglesia protestante suya, atribuyase á *la persecucion* y no á otra causa: por esta razon me propongo no contrariar abiertamente las opiniones de Guerrero, sino hacer de modo que aprecie las mias y concluya por prohibirlas dando descarte á las suyas; valiéndome, para conseguirlo, de la pasion que supe inspirarle, y que sabré mantener viva en su corazon tan pronto como logre encontrarle. Hoy

mismo pienso escribirle, condoliéndome mucho de la suerte que le cupo por haberse asociado al general Lacy. Por supuesto que nada le diré respecto á sí fue ó no fue criminal semejante intentona contra el rey; me limitaré tan solo á ofrecerle mi apóyo y proteccion asegurándole que le aprecio mucho y que mi mano será suya si sabe merecerla; le participaré tambien la catástrofe de la señora de Bardaji, cuya muerte desastrosa ignorará aun, y le diré que salgo pronto para Italia y que Dios mediante estaré en Barcelona á fines de agosto ó principios de setiembre.

Tres dias despues ya Josefina de Comerford salia de Viena y caminaba hácia el Tirol, Brixen y Trentino para atravesar el Adige en el ameno valle que circunda la capital de Trento al pie de los Alpes, visitar el lago de Garda, y luego las fábricas tan nombradas de sederias y terciopelos de Riva, Ala y Roveredo antes de bajar á Milan y pasar por Florencia á Roma y Nápoles donde creia encontrar á Mad. Staël-Holstein y á Mr. de Chateaubriand para quienes tenia cartas de recomendacion.

El pais que iba recorriendo Josefina estaba lleno de interés y de reminiscencias históricas para su romántica imaginacion, y á cada paso y en cada pueblo, lugar ó aldea por donde transitaba encontraba una ilustracion ó un recuerdo de las lecciones que habia recibido de Monsieur Michaelowich y de Mr. Forster en Viena. La silla de posta en que viajaba la señorita de Comerford era una biblioteca ambulante y un verdadero *Atlas* político

y militar de los estados que recorría con mucho espacio y meditacion. Los libros que con preferencia leía Josefina á ratos, ó se hacia leer por Mad. Mac-Incroe en el camino y en las posadas, donde pasaban horas y días si fuera menester para enterarse de todo, eran las obras de *Lacretelle* y *La-Baume*, ó los opúsculos históricos de *Chateaubriand*, *Beauchamps*, y *Bertrand de Malleville* en que tanto se ensalzan é ilustran los padecimientos de los *realistas* durante el periodo de la revolucion francesa de 1792. La degradacion de la soberania temporal del papa Pio VII por Napoleon Bonaparte exaltaba la mente de Josefina á un punto, que á pesar de su hermosura parecia un energúmeno. ¡Tal era su fanatismo por *el altar y el trono!*

Todas las negociaciones diplomáticas con la corte de Roma de que habla Mr. *Thibaudeau* en su *historia del Consulado y del Imperio* de Bonaparte: todo lo que el célebre Mr. *Schoell* ha escrito acerca de los acontecimientos de Italia durante el reinado de Napoleon; lo que ha dicho el cardenal Pacca, y lo que ha publicado en su obra de *los Concordatos* el Abate DE PRADT, lo tenia impreso en la memoria Josefina de Comerford con tanta exactitud por las esplicaciones de su maestro de historia contemporanea FORSTER, como recitaba de coro los acontecimientos de los sitios de Gerona, Zaragoza, Figueras, Lérida, Tarragona, Tortosa y Ciudad-Rodrigo, que le habia enseñado Mr. BELMAS en Viena. En suma, Josefina era una verdadera enciclopedia animada,

histórica, política, militar, artística y eclesiástica, fanatizada por la escuela *Jesuitica*; era una muger singular por su erudición y por sus instintos varoniles, y bien se puede asegurar que en ella no había más de muger que el sexo y las bellas formas; por lo demás, Josefina era un hombre, y no de los adocenados, porque ella tenía valor é intrepidez como un granadero, cálculo como un mercader, y astucia como un diplomático.

Sin embargo la señorita de Comerford no meditaba, á medida que iba viajando, que los Estados, como los individuos, se dejan seducir, y fascinar de palabras y frases huecas, ni que en nombre de la humanidad se han sacrificado en Italia y otros países, casi tantas víctimas, como peleando bajo las banderas de la libertad para establecer después el más fiero despotismo.

Para examinar las varias y encontradas alternativas de las revoluciones, es necesario no dejarse llevar de la corriente, ni perder de vista que los hombres comprometidos en las innovaciones políticas de los pueblos no pueden siempre evitar la perpetración de crímenes horrendos, que son inherentes á las escenas tumultuarias y borrascosas que las acompañan; Josefina cerraba los ojos y decía: «son malos y perversos, son regicidas y hereges todos los republicanos franceses» y no eran mejores en su concepto los nietos de San Luis por haber proclamado después el imperio, y sujetádose á la voluntad y ominoso poderío del Gran Napoleón.

Inexorable con los revolucionarios, y en extremo

obstinada Josefina en sus falsos principios de política y religion, estaba cada día mas furiosa contra los *liberales*, á quienes consideraba como discípulos de los asesinos del rey de Francia y de los que habian negado al Papa la soberanía temporal.

Si la restauracion de los Borbones en 1814, no lo hiciera, la señorita de Comerford hubiera jurado en 1817, cuando llegó al Capitolio para admirar la inmarcesible corona que en 8 de abril de 1341 ciñó las sienes de PETRARCA, vengar la memoria del infortunado LUIS XVI, y la púrpura del pontificado profanada y abatida por el advenedizo, pero ya entonces destronado, emperador de los franceses.

Recien llegada Josefina á la *Ciudad eterna*, y comiendo un día en casa del Sr. D. Antonio de Vargas, nuestro embajador á la sazón en Roma, hubo de caberle la fortuna de encontrarse casualmente sentada en la mesa del diplomático español, entre Mad. Staël-Holstein y el célebre ministro francés Mr. de Chateaubriand, para quienes Josefina tenia cartas de introduccion ó recomendacion, como se ha dicho antes.

Esta feliz coincidencia le evitó el trabajo de buscar á aquellos dos personages que con tanto empeño deseaba conocer y tratar. La circunstancia de hallarse la señorita de Comerford invitada á la mesa del embajador español, le daba desde luego título á todas las deferencias que por ella tuvieron el vizconde de Chateaubriand y la distinguida filósofa y novelista del siglo XIX, y acceso á

su trato y consideracion personal. Entre los convidados se hallaba tambien Mr. *Bernardino Enrique de Saint-Pierre*, autor conocidísimo por su novela de *Pablo y Virginia*, que vivia retirado en *Pietra Santa*, pero que solia ir de vez en cuando á Roma á visitar al embajador español y entregarle cartas para su señora que estaba en Barcelona.

Durante la comida ya Josefina dió claras muestras de su erudicion, de su ingenio y verbosidad, hablando con unos en italiano purísimo, con otros en francés, con algunos en alemán, y con varios en inglés: pues concurrían al palacio de la embajada de España aquel día las personas mas notables del cuerpo diplomático extranjero, residente entonces cerca del Sumo Pontífice, y aunque involuntariamente, la señorita de Comerford habia llamado la atencion de los concurrentes.

Todos al levantarse de la mesa para pasar al salón, se preguntaban unos á otros: «¿Quién es esta señorita española? ¿De dónde viene? ¿A dónde vá?» y para todos Josefina era un objeto de curiosidad, y para no pocos de justa admiracion por el conjunto de sus bellas dotes y de su estremada hermosura, hasta que el señor y la señora de Vargas, acosados ya por algunos de sus ilustres huéspedes, hubieron de satisfacer á las preguntas, haciéndoles un breve y fiel relato de su origen y circunstancias, tal como las referia en cartas de recomendacion que ella les habia entregado de parte del Sr. Carnero, el secretario de la Legacion de España en Viena.

Madama Staël, cogiéndola de la mano y sentándose con ella en uno de los divanes del salon, junto al sitio en que Chateaubriand y Bernardino de Saint-Pierre departian de consuno, la dijo:

—Señorita, yo no soy como las demas mugeres, porque mi sociedad habitual es con hombres; por lo tanto, estoy poco en la costumbre de hacer esos agasajos, cumplimientos y vaciedades con que las damas suelen insinuarse para entablar entresi relaciones amistosas. Espero que vd. me tratará con franqueza y me dirá en que puedo servirla durante su permanencia en Roma.

—¡Mil gracias señora! replicó Josefina, todo mi empeño era, hace tiempo, en tener la honra de conocer á vd. personalmente; lo he logrado y estoy satisfecha. Mañana tendré el gusto de visitar á vd. con la señora de Vargas y presentar á vd. *mis credenciales*, es decir la carta de recomendacion que me entregó....

—¿Mi amigo Mr. Rocca en Viena? ¿No es así? preguntó interrumpiendo Mad. Stael. á la de Comerford

—Si señora: el mismo, contestó Josefina sin turbarse: Muy buenos ratos, añadió, pasábamos con él, y me gustaba mucho oirle hablar de mi tierra, con cuya historia está al parecer bastante versado.

—Tanto lo está, señorita, observó Mad. Staël, que algunas veces en Paris, ocupándonos juntos en mi casa con Mr. de Chateaubriand, que vd. vé aqui hablando con Mr. de Saint-Pierre, nos decia que la España era un

pais en extremo desgraciado hacia ya mas de 600 años, por el estado de corrupcion en que antes y despues del reinado feliz de los reyes católicos FERNANDO é ISABEL, se halló la córte de Castilla.

«Ya ustedes ven, solia decirnos, las causas que alegó Bonaparte en 1808, para destronar á los Borbones, y el cuadro que presentaba á la vista de toda la Europa la córte de Madrid, pues han de saber ustedes que en 1454, cuando ENRIQUE IV llamado el *Impotente* subió al trono por la muerte del perezoso DON JUAN II, ya la España estaba como ahora en un estado de disolucion social por el mal egeemplo del monarca D. ENRIQUE IV, nacido en el seno de la ociosidad, criado en su escuela y formado por el modelo de un padre que era la *desidia personificada*. Desde luego prometia el triunfo de los vicios mas vergonzosos sobre las virtudes de un pueblo dócil y morigerado. ENRIQUE IV, apenas elevado al trono, y árbitro del poder, se entregó sin límites, sin freno y sin pudor á todo género de disoluciones, consumiendo el erario, y estragando su propia salud y fuerzas corporales que eran bastante robustas.

«Desde el trono, pasó la infeccion á la córte, y desde la córte, se derivó á las provincias con deplorable fecundidad. Desapareció el pudor, quitóse el vicio la máscara, y se dejó ver y oír la disolucion con toda su desvergüenza y con todo su desahogo. Introdújose la deshonra en las familias por la puerta de la seduccion; siguiéronse los raptos, las violencias y armáronse en fin los mismos

vicios, unos contra otros. Vengábanse las afrentas de las casas con los homicidios, con los asesinatos, con los incendios y con los latrocinios, no habiendo para el disoluto ENRIQUE IV, diversion de mayor entretenimiento, que cuando sus cortesanos le contaban el trágico fin de dos amantes infelices, ó las aventuras galantes de dos enamorados dichosos: y sobre todo sentia el rey indecible complacencia al oír los pormenores de un lance en que el vicio hubiera triunfado de la virtud, y celebraba infinito si habia aquéllo de que una intriga astuta hubiese burlado la vigilancia de un padre cariñoso ó de un prudente y celoso marido.»

«Estos desórdenes los autorizaba el soberano escandalosamente con su ejemplo, cuyos favoritos provocaban con su conducta immoral el descontento de los pueblos, porque abusaban de su poder y de su crédito, y así llenaron el reino de facciones y bandos políticos, que siendo enemigos unos de otros, lo eran todos mancomunadamente del gobierno de la monarquía. ENRIQUE IV era universalmente aborrecido y despreciado: hablábase de él como de un *Sardanápalo*, tratábasele como *afrenta* de la nación y *oprobio* de la especie humana, y se formó un partido para arrojarle del trono.

—¿No le parece á vd. Mad. Staël, interrumpió Josefina con gran vivacidad, que eso de *arrojar* á un rey del trono que ocupa por derecho divino, es horrible?

—Horrible en efecto, señorita, y creo que el vizconde será igualmente del parecer de vd., dijo la baronesa

Staël dirigiéndose á Mr. de Chateaubriand; pero entienda que....

—Cuando los reyes, dijo el autor del *Genio del Cristianismo*, interrumpiendo á su amiga, cuando los reyes se envilecen y prostituyen la púrpura del trono, los pueblos á su vez, por lo mismo que son la salvaguardia y el mejor valladar que el monarca puede oponer contra los enemigos de la corona, tienen obligación de negarle obediencia y proclamar un sucesor que legítimamente ocupe el trono, como sucedió en España en 1808, cuando los españoles proclamaron á FERNANDO VII.

—Estas escenas revolucionarias no son nuevas en su tierra de vd. señorita; siguió diciendo Mad. Staël á Josefina de Comerford que con gran compostura escuchaba á los dos personajes que hablaban con ella; la historia de España á fines del siglo xv, nos presenta el cuadro extraordinario de los sucesos ocurridos junto á las murallas de Avila, cuando los mal contentos levantaron un magnífico teatro en el campo, y en él convocaron una prodigiosa multitud de nobles y plebeyos, y condujeron allí al infante Don ALONSO, hermano del rey para que presenciase la ejecucion de una sentencia tremenda contra Don ENRIQUE IV por sus injusticias, crímenes, y enormidades notorias. La ejecucion de tanta sentencia, fue cómica porque la persona del rey que iban á destronar allí, estaba representada por una estatua de ENRIQUE cubierta de las reales insignias; é imponente porque los nobles y los plebeyos unidos, des-

pues de oír la sentencia que leyera el *Roy de Armas* en voz atronadora, arrojaron del trono la estatua del monarca criminal y vistieron con sus ricos despojos al infante Don ALONSO á quien proclamaron rey de Castilla en 1465.

—Esto es, poco mas ó menos, lo que los españoles han hecho en las cercanías de Madrid en marzo de 1808, observó Mr. Bernardino de Saint-Pierre, que escuchaba la conversacion.

—Precisamente, repuso Mad. Staël y á eso iba yo á parar; en el motin de Aranjuez, el pueblo destronó á esos augustos desterrados CARLOS IV y MARIA LUISA de Borbon, que tenemos hoy aqui en Roma encerrados en el Palacio ó *Villa Borghese*, y proclamaron rey de las Españas á su hijo FERNANDO VII en 1808, como los nobles y plebeyos lo hicieron en las cercanías de Avila en 1465 con el infante Don ALONSO.

—Pero, señora, manifestó prontamente Josefina, observe vd. que Don ALONSO murió dos años despues de aquel acontecimiento y que la infanta doña ISABEL hermana del rey á quien los *malcontentos* ó los revolucionarios, que vienen á ser lo mismo, ofrecieron la corona de Castilla no quiso aceptarla, aconsejándoles al mismo tiempo que guardasen la fidelidad que debian á su legitimosoberano. Es decir, á ENRIQUE IV y á su descendencia en linea directa, que lo era una niña habida del segundo matrimonio del rey con la hermana del monarca portugués, en 1462.

—¡Ya caigo! esa niña era la *Beltraneja*, repuso Mr. de Saint-Pierre que no desperdiciaba ni un ápice de cuanto decía Josefina: sí, la que los españoles llamaron por mal nombre *Beltraneja* porque la creían hija adulterina de la reina doña JUANA hermana del rey de Portugal habida clandestinamente con el mayordomo de palacio Don Beltran de la Cueva y que los grandes de España no quisieron reconocerla como hija legítima de ENRIQUE IV.

—Es verdad, replicó Mad. Staël, y á esa profanacion escandalosa del régio tálamo, debió la princesa ISABEL, heredera presuntiva de la corona, la exaltacion al trono de Castilla por los *revolucionarios*, como les llama la señorita de Comerford, y el casarse con Don FERNANDO el Católico á despique de las pretensiones de los de Portugal, de Francia y de Inglaterra que la solicitaban en casamiento para sus hermanos. En verdad, señorita, añadió Mad. Staël; que la proclamacion de FERNANDO en Aranjuez en 1808, y la abdicacion forzada de su padre CÁRLOS IV en Bayona ante Napoleon Bonaparte, son tambien acontecimientos recientes que han escandalizado á la Europa entera y han dado margen á graves reyertas diplomáticas en el congreso de Viena en 1815, por cuya razon salió de aquí el Sr. Don Pedro Gomez Labrador, antecesor del caballero Vargas, con plenos poderes para asistir á las conferencias de aquella capital y hacer que al fin no se invalidase la abdicacion de CÁRLOS IV en favor de su hijo FERNAN-

no, cuya conducta ahora con los defensores de la independencia y de la libertad de España, contra las huestes de Napoleón desde 1808, hasta 1814, está dando margen á otras y muy graves complicaciones que ponen al Sr. Vargas poco menos que en el caso de ser un honrado carcelero de los augustos padres de FERNANDO VII encerrados en *Villa Borghese*.

—Pues ¿qué hay contra el desgraciado CARLOS IV? preguntó con asombro Josefina.

—Señorita, repuso Mad. Staël, con fundamento ó sin él, se ha dicho que en *Villa Borghese* se conspiraba contra FERNANDO VII, y que los liberales españoles habían entablado negociaciones con CARLOS IV para que ese desgraciado monarca fugándose de Roma fuese á desembarcar á las costas de Cataluña donde seria proclamado nuevamente rey constitucional de España, prévia la publicacion de nulidad del acta de abdicacion forzada que hiciera en Bayona en 1808 á favor del Príncipe de Asturias, y que alguno ó algunos generales españoles que estan en desgracia con FERNANDO VII entrarían en el plan concertado en *Villa Borghese* para....

—No diga vd. mas Mad. Staël, dijo Josefina interrumpiendo á su interlocutora, ahora caigo en todo. Ya vd. habrá oído hablar de una conspiracion capitaneada por el general Lacy en Cataluña, y del éxito funesto que ha tenido hace poco tiempo aquella intentona.

—Sí, señorita, todo lo sabemos aquí, repuso la baronesa Staël, y nada nos sorprende del gobierno de Ma-

drid como no sea la ingratitud con que FERNANDO ha tratado y sigue tratando á sus mas leales servidores. Asi es que no estrañamos que conspiren contra su régia autoridad hombres que han defendido con su sangre y su fortuna la legitimidad del trono y la independendencia nacional de España.

—Pero, señora, esos hombres, entre los cuales *hay uno que no me es indiferente*, dijo Josefina, ya no defienden la *legitimidad* ni la independendencia nacional: esos hombres se han vuelto *hereges* y conspiran contra la religion y la monarquía de derecho divino.

—Me parece señorita, que en eso hay alguna exageracion. Si FERNANDO VII hubiese cumplido la solemne promesa que hizo á los españoles en 1814, cuando al regresar de su cautiverio en Valencey les ofreció una constitucion politica análoga á las necesidades de la época y á las costumbres de la nacion, no tendria ahora enemigos á quienes combatir, pero FERNANDO ha faltado á su palabra y lo que peor es, se ha rodeado de hombres que en su mayor parte pertenecen al partido monacal, contrario á las reformas, é intolerante con todos los que abrigan opiniones liberales. Pero hablemos ya de otra cosa: ¿piensa vd. pasar algun tiempo en Roma?

—Pasaré el necesario para visitar las curiosidades y monumentos antiguos que encierra esta gran ciudad, respondió Josefina, y luego tenia pensado ir á Nápoles, pero ya desisto de mi primitivo proyecto de viage, porque he de estar en Barcelona á fines de agosto ó prin-

cipios de setiembre y no me quedaria bastante tiempo para recorrer la Toscana, la Liguria y el Piamonte. Asi es que pienso embarcarme en Civita-Vecchia, despues de besar la sandalia del Padre Santo y las reales manos de los antiguos monarcas de mi tierra que estan en *Villa Borghese*, y dirigirme por Liorna á Génova y Turin, bajando despues á Nizza para pasar de alli á Marsella y entrar en Catalaña por Perpiñan.

—No me desagrada el plan, observó Mad. Staël, y mucho menos el propósito de llegar á Barcelona á fines de agosto ó principios de setiembre: sin duda tendrá vd. alguna cita para entonces con ese *herege conspirador* que no le es á vd. indiferente. ¿Es así señorita?

La de Comerford se sonrojó, se mordió el lábio y aparentando una serenidad que no tenia, contestó á la baronesa.

—En efecto, señora, voy á concurrir á esa cita para convertir al *herege* á mis doctrinas, ó vengarme de él si persiste en sus errores, por la misma razon que no me es indiferente. La reaccion del amor, es el odio, y la satisfaccion del odio es la *venganza*.

—En verdad que *la venganza*, señorita, es arma muy temible en manos de una muger despechada, observó la baronesa Staël, pero tengo aquí para mi, que vd. no se halla en este caso; porque la *heregia* y la *conspiracion* de que vd. pudiera acusar á ese hombre que no le es á vd. indiferente no pueden tener nada que ver con los afectos intimos del corazon: DESDEMONA, la hija del

Dux de Venecia, amaba apasionadamente á OTELO, y eso que la jóven veneciana era Católica y el moro seguía las máximas del *Coran*.

—Ya entiendo á donde va vd. á parar señora baronesa, repuso Josefina, pero ha de saber vd. que en mi concepto hay menos distancia entre el *Islamismo* y el *Catolicismo* que entre el *herege revolucionario* y el trono de los *reyes de derecho divino*: de mi tierra á Africa no hay mas de por medio que el estrecho de Gibraltar, mientras que de mis opiniones políticas y religiosas las que sostiene hoy en España ese hombre que *no me es indiferente*, hay un abismo; sin embargo, mucho confío en mi ascendiente sobre él y en su docilidad á mis consejos. Mucho siento que Mr. Rocca, su amigo de vd. y mio, no esté aquí; él diría á vd. qué clase de hombre es el coronel Guerrero, que así se llama el jóven español á quien quiero convertir; Mr. Rocca le trató intimamente en Viena, y él le haría á vd. una fiel descripción de sus bellas calidades, esceptuando empero sus máximas *liberales*, fruto maléfico de esa escuela *regicida* y *atea* de la revolución francesa.

La señorita de Comerford siguió haciendo á Mad. Staël una minuciosa relación de todo lo ocurrido en Viena antes y despues de la muerte del conde de Briás; de la catástrofe de la señora del caballero Bardají, de su acquiescencia á las pretensiones de Guerrero, y de la participacion que recientemente habia tenido en la empresa revolucionaria del general D. Luis Lacy, de su trá-

gico fin, y concluyó confesando á la baronesa los votos que habia hecho desde su infancia de nunca transigir con los enemigos del trono y del altar, y de no conceder su mano á ningun hombre por mucho que ella le amase, si no abjuraba antes de cualesquiera opiniones que abrigase contrarias al trono legitimo y á la religion católica segun ella la entendia y conforme á las máximas de su *preceptor espiritual* el padre jesuita O'Tyrrell, que desde Dublin dirigia su conciencia.

Cuando Mad. Staël oyó decir á Josefina que su *preceptor espiritual* era jesuita, no pudo contenerse, y exclamó :

—¡Señorita! ¿es posible que una persona tan ilustrada, tan hermosa, rica y entendida como vd. se deje dirigir por las máximas y preceptos de un miembro de la sociedad de *las victimas del amor de Dios*?

—Si señora, replicó la de Comerford, y me glorio, como nieta que soy de *San Francisco de Sales*, de ser victima de ese amor divino, mas bien que de sacrificar mi mano y mi fortuna á ninguno de esos *volarios* de la revolucion y de las reformas del siglo de perversidad en que vivimos.

—Pero ¿no sabe vd. señorita, que esa sociedad de jesuitas vergonzantes se ha fundado durante las agitacione revolucionarias de Europa en las cuevas y retiros particulares? volvió á preguntar Mad. Staël á Josefina, ¿ignora vd. acaso que se apoya en una doctrina falsa y perniciosa que el mismo Papa reprueba, y que solo exis-

te clandestinamente á favor del fanatismo?

—No lo entiendo yo así, señora baronesa, replicó Josefina con mucha seguridad; ha de saber vd. que la asociación de los *padres de la fe*, ó del *corazon de Jesus* á que pertenece mi confesor y director espiritual el padre O'Fyrrell de Dublin, no profesa ningún *error conocido*, y los miembros que la componen pueden escudarse con la aprobación *tácita* de los superiores eclesiásticos. Es verdad que el público ignora las reglas segun las cuales existe, y que en ella se admite el secreto, pero esto no compete á nadie el saberlo, ni tampoco incumbe al público si se ligan ó no por votos perpétuos.

—Sin embargo, señorita, en Francia esto se consideraria irreconciliable con las leyes del país, dijo Mr. de Chateaubriand que escuchaba muy atentamente esa tirada de erudicion monástica de la jóven española. No dejaré de confesar á vd., añadió el vizconde francés, que semejantes instituciones hubo un tiempo y ciertas circunstancias en que pudieron ser útiles á la humanidad; pero en el dia, el grande interés de la religion consiste en proteger á los pastores destinados á llevar el peso de la iglesia arrastrando las penalidades de instruir á los pueblos, predicar el Evangelio á los fieles y á los que no lo son. Por otra parte, despues de una grande revolucion como la que ha ocurrido en Francia, el gobierno actual de S. M. cristianisima no podria fiarse, sin riesgo, de unas instituciones como las de los je-

suitas disfrazados con diferentes nombres, que si tenían principios diversos á los del Estado, podrian llegar á serle peligrosísimas. Asi es que ninguna agregacion ó asociacion religiosa de hombres ó de mugeres podrá formarse en adelante en Francia, á no ser que sea formalmente autorizada por una ley del gobierno de Luis XVIII á quien tengo la honra de servir.

—Todo esto que vd. me dice, repuso la señorita de Comerford con animacion, podrá pasar en Francia aun despues de la restauracion de los Borbones, porque vds. los franceses son todos *casi hereges*, pero en mi tierra que todos somos apostólicos romanos, y que no reconocemos mas religion *verdadera* que la católica, los jesuitas, aunque bajo la denominacion de *escolapios* y otras diversas, tendremos agregaciones y asociaciones religiosas de hombres y mugeres, que instruirán á la juventud española mientras viva y reine FERNANDO VII, mal que les pese á los liberales revolucionarios; y lo mejor del pronóstico mio, señor vizconde, añadió Josefina, es que ese mismo gobierno de Luis XVIII á quien vd. sirve nos ha de ayudar á destruir esas ideas liberales y francesas que vd. mismo preconiza con menos sinceridad quizás que si hiciese vd. una declaracion de amor á alguna señorita.

La reuñion se dispersó á las once y media de aquella noche, y Josefina hizo sus arreglos para ir á visitar al siguiente dia á Mad. Staël con la señora de Vargas, y á la reina MARIA LUISA en *Villa Borghese*.

CAPITULO IX.

UN EPISODIO SINGULAR.

*“There is a tide in the affairs of men.
Which, taken at the flood. — You
Know the rest.,*

(BYRON.)

Hay en la vida del hombre tantas y tan imprevistas vicisitudes que nadie puede decir: *«de esta fuente no beberé»* y casi siempre es cierto aquel proverbio vulgar entre nosotros de que en España *no hay mal que por bien no venga.*

Al finalizar el capítulo VII de esta novela hemos dejado en la Inquisición al joven Guerrero en visperas de salir libre y sin cargos del *gabinete* que le servía de cárcel: en efecto diez días después el *Santo Oficio*, de-

cretó allá en sus lúgubres conventículos que Guerrero fuese puesto en libertad por no resultar testimonio alguno que corroborase las denuncias de sus acusadores secretos.

Así que llegó á su casa encontró cartas que durante su clausura habian llegado para él, pero que nadie habia podido entregarle antes, porque su estado de incomunicacion con el mundo impidió el acceso de sus amigos al parage en que se hallaba detenido. Entre esas cartas habia dos de la señorita de Comerford, una fechada en Viena anunciándole la horrorosa muerte de la señora de Bardaji y demas acontecimientos del palacio de Schoenbrun; como igualmente el sentimiento con que Josefina habia sabido el trágico fin del general Lacy y la deplorable situacion en que habian quedado sus cómplices. La otra tenia la fecha de Roma y le participaba su próximo regreso á España al terminar su excursion por los estados de Italia: en una y otra carta la señorita de Comerford mostraba á Guerrero la mas cariñosa benevolencia, pero le reconvenia por su ligereza en haber tomado parte en la tentativa revolucionaria del mal aventurado caudillo de la libertad, y concluia dándole consejos y amonestándole amorosamente para que en lo sucesivo y mientras ella no pudiese llegar á Barcelona, se abstuviese de concurrir á los conciliábulos de los conspiradores que atentaban contra *el gobierno paternal* del mejor de los reyes, segun ella solia llamar á FERNANDO VII.

Es casi supérfluo decir la impresion que estas amonestaciones y consejos de Josefina, causaron en el ánimo de Guerrero, cuando acababa de experimentar por si mismo los *paternales efectos* del gobierno de Madrid, por los cuales se hallaba aquel dia sin recursos ni medios para atender á su subsistencia, y mucho menos enamorado de la hermosa y rica señorita de Comerford que cuando la dejara en Viena recomendada á la solícita ternura y amistad de la desgraciada señora de Bardají. En tal estado determinó ir á visitar al general Castaños, que como capitán general del Principado de Cataluña entonces, y amigo que habia sido de su padre, tenia fundadas esperanzas de que le habia de recibir con bondad, y aun proporcionarle algun medio decoroso de hacer frente á sus necesidades diarias, que siendo pocas, no le seria difícil sufragar con el trabajo, encontrando colocacion análoga á sus conocimientos en ciertos y determinados ramos y carreras civiles ó científicas.

Bien pudiera en aquella sazón, decirse de *Guerrero*, que habia nacido de pie, como generalmente se suele decir de todo el que encuentra la dicha sin buscarla. *Dicha precaria, deleznable y pasagera* si se quiere así llamar; pero dichoso es aquel que en casos urgentes como el de Guerrero encuentra, cuando menos lo espera, remedio pronto y eficaz á sus males y á sus mas perentorias y moderadas exigencias. No basta en este pícaro mundo, tener buena educacion y buena índole, ser

honrado y noble como el que mas, ni formar propósitos de trabajar y vivir con el sudor de nuestra frente; es menester encontrar aun quien reconozca estas prendas recomendables en el que fia su existencia material y su porvenir al éxito de sus mas laudables intenciones, y quien quiera aprovechar en beneficio propio los talentos y conocimientos útiles del que aspira á vivir decorosamente del fruto de su mas ó menos esmerada educacion.

La que Guerrero habia recibido desde muy jóven le calificaba para varias carreras, pero la que ahora mejor cuadraba á sus hábitos y conocimientos era la de Estado, ya que de la militar, que mas que otra alguna le conviniera, se le habia separado por el fallo de un consejo de guerra que condenara á la última pena á su desventurado amigo el general D. Luis Lacy, y á él á la exoneracion de todos los grados y honores militares. Pero ¿cómo pudiera acercarse Guerrero á socilitar empleo alguno del gobierno de Madrid? todas las avenidas de las secretarias del despacho estaban cerradas para aquellos que como Guerrero se habian pronunciado por un sistema monárquico-constitucional: su presencia en la corte le habria acarreado una nueva persecucion.

Así las cosas, se levantó Guerrero una mañana harto desesperado y pensativo, y vistiéndose con mas esmero y primor de lo que solia, se plantó en la calle con ánimo resuelto de no volver á su casa sin antes haber asegurado una posicion cualquiera, que le pusiese á

cubierto de la miseria y privaciones que le amenazaban de cerca. Al pasar por uno de los parages mas concurridos de Barcelona, *la Rambla*, hubo de encontrarse de manos á boca con uno de sus antiguos compañeros de cuerpo , con el comandante de artillería ligera, D. Juan Antonio Llinás, *hermano de Logia*, y con otro íntimo amigo suyo de infancia llamado D. Manuel Valdés, que también era *franc-masson*, á quienes refirió sus recientes aventuras , la situación en que se encontraba y las intenciones que tenía de presentarse al general Castaños. Ambos aprobaron el paso que iba á dar y le ofrecieron el apoyo y protección que los verdaderos amigos y *massones* se solían dar entre sí en aquellos tiempos.

Guerrero mas animado y erguido de lo que saliera de su casa , enderezó los pasos con mayor confianza hácia el palacio del capitán general del Principado, donde tuvo la buena fortuna de encontrar en la antesala á o s ayudantes de campo de S. E. D. Manuel Breton y el coronel Muñoz de Vaca, y estos como amigos de Guerrero, le anunciaron é introdujeron sin detención á presencia del general Castaños, que en aquel momento estaba despidiendo á un caballero francés, hombre de años, que tenía todo el empaque de un cortesano de la época de Luis XV.

—¡Y bien, Guerrero! ¿Qué es de vd?, preguntó el capitán general, al ex-coronel de artillería, con aquella sorna y jovialidad característica de Castaños, en todos los períodos y situaciones de su larga vida.

—Mi general ¿qué ha de ser?... ¿y V. E. me lo pregunta? ¡V. E. que aprobó el fallo por el cual he quedado como el día en que nací!!

—Pues mira Guerrero, no has quedado tan mal como tú te lo figuras, pues tengo para mí que *naciste de pie*. Y no estrañes, *picaruelo* que te trate de *tú*, quien te viera nacer; y como camarada y amigo que fui de tu padre, ni te admito la *Escelencia*, ni te doy el *usted*.

—Mil gracias, mi general, repuso Guerrero cogiendo la mano que S. E. le estendia cariñosamente.

—Dime, ¿qué ha sido de tí, desde que saliste de la ciudadela? preguntole el general Castaños.

—Señor! El *Santo oficio* me....

—Basta, hijo, interrumpió el capitán general, no digas mas ¿el Santo oficio? ¿eh? ¡friolera! Bien pudieras haber estado en él hasta el día del juicio á las tres de la tarde que á buen seguro no te alcanzara allí ni mi autoridad, ni mi proteccion, por mucho que yo quisiera haer por tí; porque has de saber que ese *oficio*, tan *Santo* como dicen que es, no me tiene á mí en olor de *Santidad*, y sus miembros los *inquisidores* me miran todos por el rabito del ojo cuando vienen al *besamanos* en este palacio los días de gala. El que menos, me tiene por *herege* y *franc-masson*, y sino fuera por las *bayonetas* ¿eh? hace días que me habrían visitado á las altas horas de la noche.

—Conmigo, señor, observó Guerrero, estuvieron algo mas atentos. Fueron á buscarme en coche á las cuatro

de la tarde , ocho dias despues que habia salido de la torre de la ciudadela , y hace hoy quince que con la misma urbanidad y cortesía me volvieron á llevar á mi casa á las nueve de la mañana despues de darmc una buena gicara de chocolate con pau caliente.

—¡Mas vale asi! exclamó Castaños dando á Guerrero una palmadita en el hombro izquierdo. ¡Mas vale asi! siéntate á mi lado y dime con franqueza: ¿qué piensas hacer ahora?

—Señor ; lo que pueda para vivir honradamente con tal que encuentre donde trabajar, ya que no me es dado seguir sirviendo á la patria en la carrera de las armas , y probablemente en ninguna otra del Estado mientras el gobierno de S. M. tenga en odio á los liberales, contestó el ex-coronel.

—Oye, Guerrero , voy á darte un saludable consejo y hacerte una pregunta suelta: *No hay mas patria que la que á uno le da de comer*, dijo Castaños. ¿Quieres hacerle francés?

—Señor ! exclamó Guerrero , ¿qué me dice vd. mi general? ¿Yo francés? Pues, ¿no sabe vd. que he hecho toda la guerra contra Napoleon Bonaparte en Cataluña, y que he estado en los sitios de Gerona y de Figueras; en las batallas de Valls , de Vich , de Margalef y otras muchas, en las campañas de 1809, 1810 y 1811?

—Toma! ¿ahora me sales con esas? observó el general, soltando una carcajada, vaya , vaya , se conoce Guerrero que eres jóven aun , y no sabes el terreno

que pisas. Si fueras tan buen mozo como tu padre, no te daría consejos, ni te propusiera el que *te hicieras francés*; sin embargo de que tú también tienes buena figura y mejor empaque para encontrar un buen partido entre las *pubillas* (1) de la capital del Principado. Has de saber que esos méritos de campaña, esas batallas y esos sitios en que has estado durante la guerra de la Independencia, han caducado ya, y en España para ser algo y hacer fortuna, es menester ó tener un padrino en la corte ó un matrimonio de especulación en vista.

—¡Mi general! En cuanto á *padrino*, Dios guarde á vd. muchos años, y por lo que hace á *novia*, tengo una en vista que ha de venir de fuera; pero es tan sabionda, devota y fanática que me da el corazón que no hemos de hacer buenas migas juntos, como suele decirse vulgarmente hablando. De otra parte ella es rica y yo soy pobre y no es mi ánimo vivir sujeto á los caprichos de una muger, ni dependiente de su fortuna.

—Haces bien Guerrero, hijo, repuso el general, «el buey suelto bien se lame» dicen los que lo entienden; y por eso y porque conozco tu temple de alma, te propuse aquello de *hacerte francés*. Por supuesto que es menester que yo te explique lo que esto significa, porque no es bien que yo te proponga *de veras* que renie-

(1) Así llaman en Cataluña á las señoritas solteras hijas únicas, y herederas legítimas de los bienes de sus padres.

gues de la tierra en que hemos nacido tú y yo con tan distinta estrella.

—En verdad, mi general, que yo soy de los que nacieron *estrellados*, dijo Guerrero con sumo desenfado, y por eso se me figura que ni *padrinos* ni *novia* me han de sacar de apuros en las circunstancias en que me hallo. Es cierto que un *padrino* en Madrid vale un Perú en el día, pero también es cierto que la protección de un ministro cuesta un ojo de la cara, porque en la corte no se hacen tortillas *sin romper huevos*.

—Hombre, yo tuve valor de decirle al rey en 1815, hace dos años cabalmente ahora, cuando quiso S. M. mandarme á América, que los míos estaban ya *muy duros para pasados por agua* y le hizo el chiste tanta gracia, que de resultas me embió de capitán general á Cataluña.

—Cosas de España! señor. ¡Cosas de España! si yo tuviera atrevimiento de decir una tal cosa á un ministro de la corona, capaz seria de hacerme *variar de domicilio*, ó mandarme á Filipinas aunque fuera en coche de colleras. ¡Bien dice vd. mi general, añadió Guerrero, que vd. y yo nacimos con muy distinta estrella!

—No será mala la tuya si me haces el obsequio de ir de mi parte á visitar á ese señor francés que salía de aquí cuando tú entraste, observó el General Castaños.

—Lo haré con mucho gusto mi general si vd. me lo manda, pero dígame vd. si ya no hay indiscreción á mi pregunta. ¿Quién es ese caballero francés?

—Guerrero! dijo Castaños, ese señor es *el vizconde de Gaville*, consul general de Francia en Barcelona, tiene una familia muy amable y un humor jovial, que me hace suma gracia. Es chistoso en extremo, y como no puede hablar en castellano sino es muy mal, me hace reír á veces con sus desatinos. Pero vamos al grano: es el caso que Mr. de Gaville necesita inmediatamente un secretario particular, á quien revestirá con el título de viceconsul canciller del consulado general; que hable español y francés con igual facilidad, que esté versado en los usos y costumbres de nuestra tierra, y que tenga relaciones y conocimientos del país, y una educación esmerada para dar mano á los muchos negocios de su oficina. El vizconde es una verdadera nulidad con peluca blanca, uno de aquellos antiguos nobles del *Faubourg* ó arrabal de San German de París que pasaron su emigración en Coblenza á causa de los horrores de la revolución francesa y vivió en la oscuridad y en la escasez durante el imperio de Bonaparte. Destronado Napoleon y repuestos los Borbones en el trono de San Luis, el rey actual de Francia le ha hecho nombrar su consul general para que goce de los 120,000 rs. anuales que vale ese destino en Cataluña; esta es la verdadera historia en resumen de Mr. de Gaville, y yo he creído que nadie mejor que tú en las circunstancias en que te hallas pudiera asistir al vizconde en sus negocios consulares; por eso te pregunté si querías ser *francés*, y por eso también te dije en

broma todas las demas cosas que te han hecho reir. Mas como ahora se trata da una colocacion formal para tí, te aconsejo la aceptes y cumplas los deberes que el vizconde de Gaville te imponga, con celo y á tu mejor saber y entender como suele decirse, porque deseo salir airoso de la recomendacion que voy á darte por escrito y para que se la presentes hoy mismo de mi parte.

Guerrero se quedó como quien ve visiones, y muy agradablemente sorprendido al oir lo que el general Castaños le proponia, y cuando S. E. le entregó la carta de recomendacion para Mr. de Gaville, le dijo:

—Mil gracias, mi general; todo lo cumpliré como vd. me lo manda, menos aquello de *hacerme francés*.

—Que me place, Guerrero amigo, repuso el general con hilaridad y satisfaccion: porque al fin eres español antes que todo, pero al ver como el gobierno del rey persigue y aniquila á los que fueron sus mas leales servidores, bien pudieras hacerte, no solo *francés* sino tambien *portugués* y hasta *turco* ó *persa* y *albanés*, sin el mas mínimo remordimiento de conciencia.

Así diciendo, se separaron protector y protegido: el general Castaños dándose, segun su costumbre, unos leves golpecillos con la mano derecha sobre el abdomen, y el ex-coronel Guerrero cimbrándose como un nimbres y estrepando la copa del sombrero, que sostenía por las alas con ambas manos, al despedirse del verdadero amigo de su difunto padre.

Apenas estuvo en la calle y volvió en sí de su inesperada ventura el jóven Guerrero, cuando enderezó sus pasos con extraordinaria ligereza hácia el arrabal de *Junqueras*, donde vivía el vizconde de Gaville en una hermosa casa que reunía todas las comodidades que puede apetecer una familia, incluso un espacioso jardín, con fuentes de mármol y frondosísimos árboles frutales.

Guerrero se hizo anunciar por el portero del consulado general de Francia como portador de una comunicacion del capitán general del Principado, y al punto el vizconde lo recibió en su gabinete particular con la mas cordial benevolencia y cortesía. Guerrero le presentó la carta, y Mr. de Gaville al leerla ya alargó la mano á su nuevo secretario, diciéndole en francés:

—Desde hoy es vd. vice-cónsul canciller de este consulado general y uno de los miembros de la familia. La vizcondesa y las señoritas de Gaville tendrán el mayor gusto en ver á vd. y tratarle como de casa. Sígame vd., señor Guerrero, que no quiero diferir ni un instante mas el placer que han de experimentar mi muger y mis hijas en conocer á vd. Con ellas irá vd. á las *tertullias* (el buen señor quería decir *tertulias*) del general Castaños todos los domingos, y á las de la señora condesa de Newland los demas dias de la semana que no vayamos al teatro. Barcelona es una ciudad deliciosa, y como vd. verá, aquí vivimos noso-

tros patriarcalmente aunque somos extranjeros en el país.

Una profunda reverencia de Guerrero y un silencio elocuente en su gesticulación, dieron á entender al vizconde de Gaville, la sincera gratitud de su nuevo secretario, por la bondad extrema conque su nuevo jefe le habia recibido, y sin mas dilacion siguió sus pasos al salon donde aquellas señoras, una por una, le dieron la mano y le suplicaron se sentase y las tratase con franqueza y amistad. Mad. de Gaville llamó al punto á su hijo *Ricardo* que estaba ocupado leyendo en un ángulo del salon, y le dijo:

—Mira hijo mio, aquí tienes al señor Guerrero, recomendado especial del general Castaños, que tu padre nos acaba de presentar: trátale como hermano porque desde hoy se hospedará en casa y ha de vivir *en familia* con nosotros. La compañía del señor Guerrero será para tí una *buena adquisicion* porque con él aprenderás no solo el español, que es lengua muy hermosa y que te hace suma falta para poder ayudar á tu padre en el bufete, sino que tambien tus hermanas *Sofía y Blanca*, y nuestra prima Mad. de *Saint-Pierre* tendrán en el Sr. Guerrero un amigo que las instruya en las bellezas del idioma castellano y las explique la significacion de las comedias y otras piezas que vemos representar con frecuencia en el Coliseo de la Rambla, y que solemos quedarnos en ayunas de lo que dicen en ellas los actores.

Ricardo de Gaville se acercó á Guerrero, le dió la ma-

no, y como si le hubiese conocido y tratado toda su vida, le propuso pasar con él á la cancillería del consulado general para irle enterando de los negocios, uno por uno, que en ella habia pendientes y que requerian con urgencia la atencion del nuevo secretario del vizconde.

El jóven Ricardo era lo que llamaban los franceses un *attaché non payé*, ó agregado sin sueldo á la mision de su padre, y entendia casi menos que él los asuntos oficiales que llevaba entremanos, tenia unos diez y nueve á veinte años y hermosa figura, pero un carácter tétrico y reservado, al parecer por causas de algun secreto padecimiento ó por efectos de alguna pasion mal correspondida. Guerrero le siguió, despidiéndose de la señora vizcondesa, de Mad. de Saint-Pierre y de las señoritas de Gaville, con una espresion tan marcada en su semblante de las emociones de admiracion y gratitud que experimentara su alma en aquel momento que todas á porfia se sintieron interesadas en la suerte del jóven secretario que tan bien les habia parecido.

En el curso de la conversacion, Guerrero les habia contado brevemente sus recientes padecimientos é infortunios por la causa de la independenciam y de la Constitucion politica de España; su encierro en la ciudadela de Barcelona, y la causa por la cual quedara privado de sus grados y honores militares; y finalmente su estancia en la Inquisicion, los interrogatorios que allí se le habian hecho, los descargos que diera, y el modo con que por último habia sido puesto en libertad.

Entre aquellas señoras, *Blanca*, la hermana menor de Ricardo de Gaville, era quien mas intensamente se conmoviera á favor de Guerrero, y sus miradas centellantes al retirarse este del salón hicieron profunda mella en el ánimo del nuevo secretario. *Blanca* de Gaville frisaba en los diez y seis años de edad, era alta de estatura, *su nombre* hubiera sido el mas cabal emblema del albino color de su semblante sin el natural sonrosado de sus pálidas mejillas: tenia la frente como el mármol de Carrara, y tan espaciosa y bien dibujada, que de repente daba feliz idea de la elevacion de sus pensamientos y de la grandiosidad de su ilustrado ingenio; su frondosa cabellera de color castaño bien oscuro, formaba un peregrino contraste con el cuello bien torneado y el seno esférico de la angélica muchacha, y sus rasgados ojos garzos, nariz griega y labios de carmín que ocultaban una preciosa dentadura, daban á Blanca de Gaville el aspecto de DIANA rodeada de *las Gracias*.

Guerrero habia notado bien todas las que concurrían en la hermana menor de Ricardo, pero formó desde luego el inútil propósito de sofocar en su pecho las sensaciones que aquella angelical criatura le habia de inspirar.

Así que entraron en la Cancillería del consulado, se impuso Guerrero de todos los asuntos pendientes de que tenia que hacerse cargo inmediatamente, entre los cuales habia dos de sumo interes, y trascendencia para los súbditos franceses, residentes ó transeuntes en aquella sazón en Cataluña. El uno versaba sobre

una contribucion impuesta por el gobierno de Madrid á los habitantes del Principado para el reemplazo del ejército, y en la que el general *Copons y Navia*, gobernador de Barcelona, habia incluido á todos los franceses domiciliados en la capital y demas pueblos de la provincia. Contribucion llamada de *sangre*, á que no debieron estar sujetos los extranjeros, con arreglo á las bases del derecho público internacional; y el otro versaba sobre una supuesta traslimitacion y aprehension de ganados en la frontera de Francia por aduaneros, soldados y gente del resguardo de rentas del gobierno español, de que se seguia causa ante el tribunal de la real Hacienda en Barcelona, bajo la presidencia del señor D. Juan Bautista Erro, intendente que era entonces del Principado de Cataluña, y *ministro universal* que fué despues del pretendiente D. CARLOS MARIA ISIDRO en la reciente guerra civil de los primeros siete años del reinado que se dice *constitucional* de ISABEL II de Borbon.

—Qué es esto? decia Guerrero entre si. ¡Yo defensor hace poco tiempo del trono de FERNANDO; de los derechos inconcusos de la soberanía de la nacion Española, de su Independencia, de su decoro, de su libertad; y hoy constituido ya en protector y abogado de los intereses y prerogativas de los súbditos del gobierno francés, enemigo perpétuo de los españoles! ¿Qué metamorfosis es esta? ¿Qué me pasa? ¿Qué sucede? ¿Qué es de mí.... qué...?

Guerrero no acertaba á deslindar la confusion de los diversos pensamientos que le asaltaban de tropel; y vacilaba, y temia; pero de repente se acordaba del consejo que le diera el experimentado general Castaños: *¡No hay mas patria que la que á uno le da de comer!*

—Pero esta máxima *egoista*, es vituperable!!! exclamaba Guerrero con toda la vehemencia de un corazon fuerte y de un honrado patricio:—El general, el amigo intimo de mi difunto padre, no me aconsejára una conducta tan contraria á la que él mismo tuviera en todas las épocas de su larga vida, si no viese que la España es un caos de disolucion, un foco de intolerancia, y un abismo peligroso para los hombres de temple y de virtud, perseguidos por el gobierno tiránico de unos cuantos *Sicofantas* que explotan á su sabor la autoridad del rey, y si estos no se vieran tambien abandonados de sus conciudadanos cuyas costumbres se resienten ya grandemente de la maléfica influencia de los hábitos crapulosos de la corte. ¡Qué contraste! añadía Guerrero á su anterior exclamacion. ¡Qué contraste forma en mi humilde concepto, la hospitalidad y cariño con que me acoge y casi me prohija una familia extranjera, con el trato, la altanería y el fátuo orgullo con que me recibiera en su casa como dependiente de ella un grande de España, un *titulillo* de Castilla ó un conde, ó un marqués de esos improvisados en la calamitosa época en que vivimos! ¡Cuántas humillaciones, cuanta *intolerancia* tendria que aguantar y sufrir si estuviese ahora bajo las órdenes

de algun magnate español y *servil*, si supiese, por desgracia mia, que yo soy tambien español y *liberal*!

Así iba discurrendo Guerrero, y arreglando los legajos en su papelera de la cancilleria del Consulado general de Francia, cuando Ricardo de Gaville, que tambien arreglaba los de la suya con el orden y método que Guerrero le indicaba, le llamó la atencion hácia una pobre mujer que acababa de entrar en la Cancillería del Consulado, llorando desesperadamente, y gritando: ¡mi marido! ¡mi marido! ¡Señor cónsul! ¡he perdido á mi marido! Aquella desconsolada mujer conducia de la mano á dos tiernos hijos, y con ellos habia recorrido las calles y cercanias de Barcelona en busca de su esposo que hacia cuatro dias desapareciera de su casa, sin que nadie pudiese darle razon de su paradero. A los gritos y sollozos de aquella infeliz mujer habian acudido á la Cancilleria el vizconde, la vizcondesa, las señoritas de Gaville y madama de Saint-Pierre.

—Qué tiene vd.? le preguntaban todos. ¿Qué tiene vd., buena mujer?

—Señora! repuso, dirigiendo la pobre su respuesta á la vizcondesa. ¡Señora! vd. es madre y tiene marido; vd. me entenderá mejor que las demas personas aquí presentes. Cuatro dias hace que he perdido á mi esposo, y tres que le busco con ansia y afan por todos los rincones y arrabales de la ciudad, sin que hasta estas horas haya logrado descubrir el menor rastro de su existencia. Mi marido, padre de esos tiernos niños que

vd. ve aquí desconsolados, hace tres años que tiene una fábrica de tintes en el arrabal de San Antonio; se llama *Cambaceres*.....

—¿Si será pariente del célebre ministro que fue de Napoleon? preguntaron los circunstantes á la vez.

—Primo hermano suyo! contestó la infortunada madre, y siguió diciendo: cuatro dias hace salió de casa á las diez de la mañana para venir á la ciudad á pagar una partida de *palo-campeche*, que comprara poco ha, á un comerciante catalan que vive en la calle de la Merced. Mis primeros pasos se dirigieron á la de dicho comerciante, pero fueron en balde porque el señor *Guixols*, que así se llama, no le viera ir por allá ni recibiera aun el importe de la mercancía. Finalmente, despues de mil idas y venidas infructuosas á todos los parages donde solia concurrir Mr. Cambaceres, algunos de sus amigos me han dicho que en esta tierra hay un tribunal que se llama *La Inquisicion*, y que suele prender, atormentar y quemar á los *franc-massones*; y como mi marido lo és, y en casa solian reunirse en *Logia* los que hay en la ciudad, me temo con bastante fundamento, que Cambaceres haya caido en las garras de los *inquisidores*, y en este momento le tengan en alguna mazmorra de las suyas, ó me le hayan asado en las parrillas á fuego lento como á *San Lorenzo*; porque nada habria de extraño, por los tiempos que corren en España, que esto se hiciera con un francés.»

Las señoras de Gaville y de Saint Pierre, y las seño-

ritas Sofia y Blanca, que habian escuchado sin perder silaba el relato de madama Cambeceres, exclamaron á una voz :

—Qué horror!!!

—Y bien, señor Guerrero? preguntó el vizconde de Gaville á su nuevo secretario, ¿qué haremos ahora para sacar en limpio lo que pueda haber sucedido á monsieur Cambaceres? ¡Vaya que si la cosa ha pasado como la cuenta su muger, los señores inquisidores españoles tienen una manera muy brusca de coger y achicharrar franceses en las parrillas del *Santo Oficio!*

—En eso, señor vizconde, repuso Guerrero, la Inquisicion hace lo mismo con los españoles. Basta que los hombres que persigue sean *franc-massones*, para que los considere á todos herejes, á todos de una misma familia, aunque pertenezcan á diferentes religiones, á diversas castas, y á distintas nacionalidades: «*igualdad y fraternidad*» es el lema inquisitorial.

—Diantre! exclamó el consul general de Francia. ¡Dios nos libre de los inquisidores de Barcelona! si por desgracia vinieran á mi casa harian estragos en la familia de Gaville; porque ha de saber vd., señor Guerrero, y haga vd. de modo que no lo sepan los *inquisidores*, que yo soy descendiente de los *hugonotes* de Normandía, que profeso la religion *protestante*, por la cual fueron degollados en el *Louvre* de Paris mis dignos antepasados; que mi prima *madama de Saint-Pierre*, legitima esposa del autor de PABLO Y VIRGINIA, es tambien

de la iglesia de *Martin Lutero*, que mi hijo Ricardo es calvinista, y que la señora vizcondesa de Gaville y mis queridas hijas Sofia y Blanca, son como vd. católicas, apostólicas, romanas, y sobre todo muy devotas de la Santísima Virgen y de nuestro señor *Jesucristo*, á quien todos veneramos y reconocemos por el Redentor del género humano, en cuyo número entran los votarios y creyentes de todas las religiones habidas y por haber, incluso los mahometanos y los israelitas. Pero no perdamos tiempo, señor Guerrero; ¿qué se hace ahora mismo para descubrir el paradero de Mr. Cambaceres?

—El caso, replicó Guerrero, es mas árduo de lo que á vd. se le figura, señor consul general, y el paradero de Cambaceres mas difícil de averiguar de lo que á vd. le parecerá á primera vista; pero desde ahora voy á dar pasos y á interponer los medios que yo considero por el pronto mas eficaces para saber la suerte que ha corrido el marido de esa desgraciada mujer.

Guerrero salió echando chispas de la Cancillería para el palacio de la capitania general del Principado, mientras el vizconde, su señora, sus hijas, Ricardo y Mad. de Saint-Pierre se esforzaban en consolar á Mad. de Cambaceres, y la prodigaban dádivas y auxilios para hacer menos penosa y mas llevadera su desventura y la de sus tiernos parbulitos.

—Vuelva vd. mañana, la decian, que probablemente ya sabremos algo de Mr. Cambaceres.

Al cabo de una hora volvió Guerrero al consulado de Francia con tanta incertidumbre como había salido: el capitán general le había dicho que su autoridad no alcanzaba á la Inquisición, y que ni aun por medios oficiosos é indirectos le quedaba arbitrio para averiguar el paradero de Mr. Cambaceres, si efectivamente estaba preso en las cárceles del *Santo Oficio*. Por fortuna, la desconsolada mujer se había ido ya, y la desaparición misteriosa de su marido era un problema que Guerrero mismo hubo de resolver cuando menos se esperaba.

Al siguiente día, Guerrero se levantó muy temprano y se impuso atentamente de los dos asuntos pendientes, es decir, de la *contribucion de sangre* y de la captura de los ganados en la frontera, y penetrado de la justicia de ambos casos en favor de los súbditos franceses que la reclamaban, visitó al gobernador para el primero, y al intendente de real hacienda para el segundo, de quienes obtuvo cumplida y *oficial* satisfacción á su demanda, y desde aquel día se espidieron las órdenes para restituir á sus dueños lo malamente habido por las autoridades locales, tanto en Barcelona como en las aduanas fronterizas.

A las dos de la tarde estaba Guerrero en su bufete redactando los despachos que el vizconde de Gaville tenía que remitir por el correo del día al marqués Dessolles, ministro de Negocios extranjeros del rey Luis XVIII, y al prefecto del departamento de los Pi-

rineos Orientales, cuando entraron á la Cancillería del consulado general dos rollizos y panzudos frailes del convento de la Trinidad de Barcelona á refrendar sus pasaportes para Perpiñan, porque se dirigian, ó pensaban ambos dirigirse, desde allí á tomar los baños de Aix en el departamento del Rhodano, en Francia.

Así que Guerrero les vió y se enteró del objeto de su visita, les hizo sentar con mucha afabilidad, les recogió los pasaportes que le exhibieron para el refrendo, y se internó en el gabinete del cónsul general.

—Me parece, le dijo el novel secretario, que ahora se nos presenta, señor vizconde de Gaville, una verdadera coyuntura para averiguar á punto fijo el paradero de Mr. Cambaceres, y aun de rescatarle si en efecto se halla preso en las cárceles de la Inquisición.

—¡De veras! replicó con sorpresa y admiración el cónsul general de Francia. ¿De veras, señor Guerrero?

—Si señor, repuso el secretario, tan de veras lo digo, señor vizconde, que tengo para mí, que antes de diez dias, madama Cambaceres ha de venir aquí con su marido y sus tiernos hijos á dar á vd. las gracias personalmente por haberle procurado su libertad.

—¿Y cómo piensa vd., volvió á preguntar el vizconde con mucha animación á su secretario, que hagamos ese milagro?

—Muy sencillamente, señor, respondió Guerrero; yo escribiré unos pocos renglones al *sub-prefecto* de Perpiñan y vd. firmará la carta.

—¿Y en esos renglones, qué piensa vd. decir al sub-prefecto, señor Guerrero?

—El modo y la manera con que Cambaceres ha desaparecido de su casa, las sospechas fundadas que tenemos para creer que está en la Inquisición, y los medios que dentro de pocos días tendrá en su mano para averiguarlo, respondió el secretario.

—Pero, ¿qué tiene que ver la autoridad de policía francesa de Perpiñan con la Inquisición de Barcelona, cuando la del capitán general del Principado de Cataluña nada puede hacer con el Santo Oficio? observó justamente el cónsul general.

—¡Ahí verá vd., señor vizconde, lo que son las cosas de España! repuso Guerrero riéndose á carcajadas. ¡Ahí verá vd. que lo que no puede hacer una autoridad constituida en Cataluña ó en cualquiera de los vastos dominios de S. M. católica, lo hace desde su tierra una autoridad francesa sin que le cueste mucho trabajo!

—¿Supongo que el sub-prefecto de policía de S. M. cristianísima en Perpiñan y yo, su cónsul general de Francia en Barcelona, tendremos que encomendarnos á Dios, dijo Mr. de Gaville, si la cosa sale mal?

—Ni á Dios, ni al diablo, señor cónsul general, replicó Guerrero con mucha hilaridad, con tal que

vd. firme la carta que yo escribiré, y el sub-prefecto encomiende á los *gendarmes* que alojen á los dos frailes que vienen á refrendar estos dos pasaportes que tengo en la mano, en la torre de Perpiñan, en un calabozo que llaman de *la Pistola*, donde yo estuve encerrado en setiembre de 1811 con el general don Juan Antonio Martinez, cuando los franceses nos cogieron prisioneros en el castillo de Figueras, no creo que se necesite encomenderse á nadie mas.

—Me parece ingeniosa la *represalia* y oportunísima la ocasión, observó Mr. de Gaville á su secretario, y luego añadió: refrende vd. los pasaportes y estraiga vd. la filiacion, que tendrán al margen, para remitir copia de ella al sub-prefecto.

—Y como á *la ocasion* la pintan *calva*, dijo Guerrero, y uno de los dos frailes que esperan aquí fuera tiene la cabeza sin cerquillo y como una *bola de villar*, no estará demas que yo lo añada á las señas particulares de *su reverencia*, no sea que se haya omitido esta esencial circunstancia en la filiacion del portador del pasaporte, y pierdan los GENDARMES la *ocasion* de llevarle á *la Pistola*.

Guerrero volvió á salir del gabinete de su gefe, refrendó y selló los pasaportes de los dos frailes, asentando minuciosamente las señas de entrambos en el registro de la Cancilleria, y los devolvió á los portadores con la nota de *gratis* atendido el carácter religioso que sus hábitos ostentaban

Así que salieron de allí los reverendos padres trinitarios, Guerrero puso un oficio al sub-prefecto de Perpiñan, incluyéndole las filiaciones de los dos frailes, y suplicándole tuviera con ellos las mas delicadas atenciones; pero al mismo tiempo que les pusiera á buen recaudo en el calabozo de *la Pistola*, y les intimase que no saldrian de la prision hasta tanto que no se presentase Mr. Cambaceres al cónsul general de Francia en Barcelona, ó se descubriese su paradero, que se creia ser la Inquisicion.

Instantes despues de escrita y puesta en el correo esta carta, juntamente con toda la correspondencia oficial del vizconde de Gaville para Francia, llegó al Consulado general la afligida muger de Cambaceres, á quien Guerrero recibió afectuosamente y le dió esperanzas de que pronto tendría el gusto de abrazar á su marido, sino salian fallidas las medidas que acababa de tomar el señor vizconde de Gaville.

Mad. de Cambaceres se retiró menos triste de lo que habia ido al Consulado, y los criados vinieron á avisar al cónsul general y á su secretario que la sopa estaba en la mesa, y á decirles que las señoras de la casa les esperaban para comer.

El buen éxito de los dos primeros negocios que Guerrero emprendiera en obsequio de los intereses del gobierno francés y sus súbditos en Barcelona, y el no menos feliz resultado, que se esperaba de la *represalia* de los frailes españoles así que llegasen á Perpiñan, le pu-

sieron en el mejor predicamento con toda la familia del vizconde de Gaville. La señora vizcondesa quiso que el secretario de su marido se sentase todos los días á las horas de almorzar y de comer á su lado izquierdo, entre ella y su hija *Blanca*; á la derecha tenia á su hijo Ricardo, mientras que Sofia y Mad. de Saint-Pierre ocupaban las dos sillas laterales de Mr. de Gaville, cuando no habia convidados, cosa que raras veces solia suceder, pues casi siempre se quedaba alguno de los muchos extranjeros de distincion que venian al Consulado general de Francia á su tránsito por Cataluña.

Al desdoblar la servilleta, para recibir de mano del criado que servia en derredor de la mesa el primer plato, encontró Guerrero entre sus pliegues una *Bula de la Santa Cruzada*. La abrió y se quedó estupefacto mirando con ojos saltones á todos los circunstantes. La señora de Gaville, para quien no era una novedad la sorpresa que experimentara el joven Guerrero, soltó una carcajada y le dijo:

—Amigo mio: aunque en esta casa no hay nadie que pueda delatar á vd. al Tribunal de la Santa Inquisicion, soy tan escrupulosa y rígida con los católicos que viven en familia con nosotros, y deseo tanto que no se priven de saborear los diversos manjares que el cocinero de Mr. de Gaville nos presenta en esta mesa todos los dias de la semana sin distincion de los de vigilia, y viernes de cuaresma, que he querido regalar á vd. este *curioso documento* de la corte de Roma, para que legalmente pue-

da vd. engullir y comer huevos y lacticinios sin temor de ofender á Dios. A escepcion del vizconde, de mi hijo Ricardo, y de mi prima Mad. de Saint-Pierre, que son *protestantes* hasta el *tuétano de sus huesos*, todos los demas de la casa tenemos la *Bula* igual á la que vd. ha encontrado dentro de la servilleta: vd. ha de perdonar mi atrevimiento; pero como creo que es vd. católico como yo, se me hacia *cargo de conciencia* el que se sentara vd. á mi lado sin tener la dispensa del Papa para promiscuar.

—¡Mil gracias! señora vizcondesa, exclamó Guerrero apretándose los hijares para contener la risa que se iba pronunciando en sus lábios de una manera estrepitosa, ¡mil gracias, señora vizcondesa! Yo acepto el regalo de vd. con sentida gratitud, si bien puedo apenas contener la risa que me causa tan peregrina humorada.

—Pues no se ría vd., dijo el vizconde, que estaba frente á frente de su esposa comiendo la sopa y escuchando la conversacion, porque mi muger tiene muchas de esas humoradas peregrinas. Ha de saber vd. que el mejor dia del año, y á la hora en que vd. y yo mas ocupados estemos en despachar la correspondencia de oficio, la señora vizcondesa se embocará en la Cancillería y se le llevará á vd. del brazo en la carretela á *misa* y á las *cuarenta horas*, y todo esto lo hace, no por *devocion*, sino para que las gentes no digan. ¿No es así, esposa mia?

—Así es, en cierto modo, replicó la vizcondesa: has

de saber, marido mio, que el *qué dirán*, me importaria muy poco si estuviéramos en Paris ó en mi tierra, ó donde todos conocieran á fondo la rectitud de mis intenciones; pero en un pais extraño para nosotros, como lo es este, hay que pagar un justo tributo á la opinion pública, si quiera prevalezcan aquí errores y preocupaciones que no existen en nuestra tierra. No soy *devota*, y en eso dices tambien la verdad, y aborrezco el *fanatismo*, tanto en religion como en política; pero tengo para mí ciertas nociones de moral que me hacen observar estrictamente mis deberes con la sociedad, como los observo en el estrecho recinto de nuestra casa; nuestras mútuas relaciones de familia, y finalmente, los respectivos deberes entre padres é hijos, entre viejos y jóvenes, son para mí obligaciones muy sagradas.

—¿No le parece á vd., señor Guerrero, preguntó el vizconde á su secretario, que mi muger habla como un libro?

—Muy bien, muy bien me parece cuanto acaba de decir la señora de Gaville, contestó Guerrero; pero creo inoportuna y hasta intempestiva ésta diseusion, porque al fin, sean cuales fuéren los motivos que impulsen á la señora vizcondesa á disponer de mí, siempre me hallará pronto á obedecer sus órdenes.

—Bien sabia yo de antemano, observó la vizcondesa á su marido, que el señor Guerrero es galan, y tan cortés como si hubiera cursado toda su vida en los salones de Paris.

—Señora vizcondesa, interrumpió el secretario, la galantería no está vinculada á la primera capital de Europa ; en Madrid, y aun en Barcelona mismo , hay salones frecuentados por personas que jamas han salido de España, y son tan corteses y galantes como si se hubieran educado en los tiempos de Luis XIV.

—Vd. es un vivo ejemplo de esta verdad, dijo la señorita *Blanca* poniéndose mas colorada que una rosa , y no estrañe vd. , señor Guerrero , que mamá hable así, porque mi hermano *Ricardo* nunca nos quiere acompañar á ninguna parte: siempre alega pretextos para quedarse solo en casa.

—No digas eso , hermana mia, replicó la señorita *Sofía*, porque *Ricardo* no tiene el *corazon de leon*; Ricardo irá con nosotras esta noche, que es jueves, á la tertulia de la condesa de *New-Land*. ¿No es así, hermano mio?

—Sí, iré con vds. esta noche, respondió Ricardo en tono melancólico y triste, siquiera para convencer á mamá y á Blanca de que no he olvidado enteramente los rudimentos de la galantería y trato de gentes; pero confieso que me fastidio y me seco en las tertulias y en todas partes , porque en ninguna encuentro lo que deseo.

En efecto, Ricardo estaba enamorado en Francia de una señorita bien acomodada, pero hija de un comerciante de la *Chaussée d' Antin* de Paris, y como madama de Gaville tenia grandes pretensiones aristocráticas, no queria que su hijo contrajese vinculos con personas de

alcurnia menos preclara que la suya. Por eso estaba Ricardo en Barcelona, agregado al consulado general de Francia, á instancias de la vizcondesa, que gozaba de mucho favor con el ministro de negocios extranjeros de Luis XVIII.

Aquella noche estuvo Ricardo amabilísimo con su madre, con sus hermanas, especialmente con *Blanca*, á quien Guerrero sacó á bailar un *wals* y una contradanza, y con su prima Mad. de Saint-Pierre, que si bien no tenia la costumbre de bailar, no por eso dejaba de llamar la atencion de los circunstantes por su belleza extraordinaria, por sus elegantes y finisimos modales, y mas que todo, por su buena conversacion y delicados pensamientos. Todos en fin, salieron mas contentos y satisfechos que nunca de la tertulia de la señora condesa de New-Land, y Guerrero sobre todo, porque durante el *wals* habia conocido que Blanca era un ángel á quien era preciso adorar con recato y tratar con deferencia y respeto para propiciarse el cariño de toda la familia de Gaville, y muy particularmente el de la señora vizcondesa que la queria con predileccion muy marcada, y como á las niñas de sus ojos.

La jovialidad extraordinaria de Ricardo de Gaville durante la tertulia, las atenciones que la condesa de New-Land tenia con todas las personas que concurrían á ella, y los demas incidentes de aquella noche de recreo y de solaz, dieron pábulo bastante á la familia de Gaville para muchos dias de animada conversacion en

la mesa, á las horas de almuerzo y de la comida. Al cabo de una semana, cuando Guerrero despues del desayuno entró en la cancillería para atender á sus diarias obligaciones, encontró en la antesala del gabinete del vizconde de Gaville á madama de Cambaceres acompañada de un hombre de buen porte, alto, escuálido y abatido, y de los dos niños menores que saltaban de contento al cuello de aquel francés á quien daban el nombre de ¡Papá! ¡Papá!.

Era Mr. de Cambaceres el marido de aquella desventurada mujer, que iba con ella y sus hijos al consulado de su nacion, á dar las gracias al cónsul general por haberle librado de las garras de los inquisidores del *Santo Oficio*.

En aquel mismo instante entraba tambien el portero de la cancillería con la correspondencia de Francia que le habia entregado el cartero para el cónsul general. Entre los despachos oficiales habia uno del subprefecto de Perpiñan, en que participaba al vizconde de Gaville haber puesto presos en la torre de aquella ciudadela, á los reverendos padres trinitarios, fray *Domingo Vilaseca*, lector en sagrada teologia, y fray *Felipe Casanovas* del orden de predicadores, con apercibimiento de tenerles encerrados en *la Pistola*, mientras no pareciese Monsieur Cambaceres, á quien se supuso, con fundamento, que estaba preso en las cárceles de la Inquisicion de Barcelona.

CAPITULO X.

EL REGRESO POR MAR.

*“Tircis, il faut songer à faire la retraite,
“La course de nos jours est plus qu'à demi faite.,,*

(RACINE.)

La señorita de Comerford terminó su escursión por los estados italianos, recalando en Nizza, donde recomendada encarecidamente por Mad. Staël iba á contraer amistad con la hija de Mr. de Mimaud, cónsul de Francia en aquel puerto, que acababa de recibir órdenes del gobierno francés para pasar á España con el mismo carácter de cónsul, y con residencia al puerto de Cartagena. La hija de Mr. de Mimaud se llamaba *Corina*, y á esta circunstancia y á las íntimas relaciones de la ba-

ronesa de Staël-Holstein con su padre se debió unos años antes el título que pusiera la baronesa á su famosa novela *La Italia*.

Corina Mimaud, era jóven, bonita é ilustrada, hija de un hombre eminente por sus vastísimos conocimientos en todas las bellas artes y en ciencias, afable de carácter y modales, y de un ingenio reconocido en toda Europa; era Corina quizás la compañera mas á propósito que pudiera haber elegido Josefina de Comerford para concluir su viage; pero por desgracia, la señorita de Mimaud y su padre eran protestantes, y la de Comerford era católica *fanática*, hija de confesion del jesuita O'Tyrrell y de sus agentes, ó mas bien diríamos, de los emisarios de la *Compañía de Jesus* bajo la denominacion de *padres de la Fe*.

Mr. de Mimaud y su hija recibieron á Josefina como á un ángel de buen augurio, no solo por la recomendacion que les trajo de Mad. Staël, sino porque próximos á partir de Nizza para Cartagena, con escala en Barcelona, juzgaron que la compañía de una señorita española de tanto copete y de tan brillante educacion, habia de ser para ellos una fortuna; pues por su mediacion y relaciones en España esperaban entablar trato y amistad con personas influyentes que les hicieran grata acogida en el pais donde iban á residir. En esto sus esperanzas no quedaron defraudadas, porque Josefina correspondió con largueza y liberalidad á las finas atenciones que le prodigara Mr. de Mimaud los dias que pasó

en su casa y los que tardaron despues en su viage por mar á Cataluña.

Una fragata francesa de guerra, *la Aretusa*, mandada por el capitan Duparc, estaba entonces anclada en el puerto de Nizza, á disposicion de Mr. de Mimaud para conducirle á su nuevo destino, pudiendo hacer escala en los puertos españoles del Mediterráneo que mas le acomodaren, y donde creyese poder colegir y redactar noticias, ó escribir memorias acerca de la agricultura, industria y comercio de nuestras fértiles provincias meridionales antes de desembarcar definitivamente en Cartagena; y la idea de hacer aquella escursion por mar con tan buena compañía, á que le brindaran Mr. de Mimaud y su hija, sedujo poderosamente á Josefina, quien desde luego admitió la oferta y alteró su itinerario de Perpignan, para ir á Barcelona.

Nizza es una ciudad pequeña, pero muy hermosa, y el puerto un verdadero algibe ó estanque grandioso en que los buques anclados en él están perfectamente seguros y al abrigo de todos los vendabales que suelen reinar en las costas de Italia desde mediados de agosto en adelante. El cielo y el clima de Nizza se parecen á los de Andalucía, y las producciones de aquella comarca son, como en la vega de Granada, el limonero, el naraujo, la viña y el olivo.

Josefina se consideraba ya en España cuando paseaba ó cabalgaba por las cercanias de Nizza con Mr. de Mimaud y Corina, á quienes, como buena española, hablaba

de nuestra tierra cual si fuera del paraiso terrenal. Y en esto no exageraba la señorita de Comerford; pero se guardó bien, y en esto no hizo mal, de decirles que la fruta que mas abundaba en España era precisamente *la manzana de la discordia*, y que por aquel tiempo ya todos los españoles habíamos comido de ella mas de lo que conviniere á nuestro bienestar.

Como Mr. de Mimaud habia residido algunos años en el condado de Nizza, y en su capacidad oficial de cónsul de Francia habia figurado de una manera muy digna en aquella ciudad, tenia en ella un círculo de amigos muy estenso y respetable, que á porfia se esmeraba en darle algun testimonio de aprecio, á medida que se acercaba el dia de su partida para España. Corina y Josefina de Comerford asistian á todos esos festines con que los *nizzardos* espresaban su sentimiento por la próxima partida del cónsul frances y celebraban el mérito de Mr. de Mimaud, y eran ambas señoritas objeto de las mas delicadas atenciones de los concurrentes.

En uno de esos espléndidos saraos que daba el gobernador del ducado, como de honrosa despedida al cónsul de Francia, Josefina miraba fijamente al padre de Corina, que apoyado en la *balaustrada* de uno de los balcones del salon del baile, veia á su hija valsar con Mr. Duparc, comandante de *la Aretusa*, y conmovida al comprender que Mr. de Mimaud se hallaba en aquel momento poseido de algun triste pensamiento, se acercó á él y le dijo con mucha dulzura de voz.

—¡Qué hermosa es Corina! Qué bien baila!

—En efecto, señorita de Comerford, repuso el cónsul en aleman reflexivo y tono contristado, ¡mi hija es un ángel! ¡Cuánto se parece á su madre! ¡A su desventurada madre, á quien perdí hace pocos años! Desde entonces, señorita, soy el hombre mas infeliz del mundo: el fastidio es mi estado habitual, y hay momentos en que ese fastidio se trueca en desesperacion y en profunda melancolia. Desde que Corina quedó sin madre y yo sin compañera constante de todas mis peregrinaciones en Asia y en Europa, ya los viajes no tienen para mí aliciente alguno. Atravesar por países estraños, oír hablar á gentes que uno apenas entiende, ver caras de personas que nada tienen en comun con nosotros, es lo mismo que vivir en la soledad ó en el desierto, y ahora que me encontraba bien en Nizza, que ya me iba formando aquí una segunda patria, el gobierno de S. M. cristianísima ha dispuesto que me aleje de aquí y me traslade á Cartagena donde no conozco á nadie. ¡Si al menos Corina tuviese una amiga, y yo una compañera como vd! nuestra permanencia en España seria mas agradable para nosotros, porque con vd. aprenderíamos la lengua de CERVANTES, y entablaríamos relaciones de trato y amistad con las principales familias del país. ¡Dichosa vd. señorita, que *regresa* á su patria!!

Josefina que habia escuchado las palabras de Mr. de Mimaud con singular sorpresa y agradable sensacion, y que sin podersele explicar sentia por él y por Corina

una estraña simpatía, exclamó vertiendo algunas lágrimas que realzaban su hermosura:

—¡Ah Mr. de Mimaud! ¡Verdad es que *regreso* á mi patria; pero no tan feliz como sali de ella hace casi diez años! Entonces era niña, tenia un protector, mi tio, el difunto conde de Briás; y hoy que ya he recorrido *la mitad* de mi vida y dos tercios de Europa, ¡me encuentro sola, aislada en el mundo, y con pocas esperanzas de encontrar en él quien entienda mi corazón! Es verdad tambien que me hallo á cubierto de las primeras necesidades, porque tengo una pequeña fortuna que me hace independiente de los hombres; pero ¡es tan grato, tan dulce, el tener cerca de sí quien se interese por una! mas por desgracia ¡son todos tan *egoistas*, todos tan *irreligiosos*, todos tan *malos*!!!

—Esto consiste, señorita, repuso Mr. de Mimaud con calma y reflexion, en que no hay uno entre nosotros que esté exento de debilidades; en que no hay uno que no se haga cargos á sí mismo por su conducta pasada, y que no esperimente remordimientos de conciencia cuando á solas entra en cuentas consigo mismo: mas no por eso, señorita, debiera vd. inferir que todós seamos *irreligiosos*, ni *egoistas*, ni tan *malos* como vd. supone.

—Gracias á Dios y á mi preclaro bisabuelo *San Francisco de Sales*, que al fin he encontrado en vd., dijo Josefina muy animada, un hombre que me entiende! ¡un amigo que simpatiza con mi corazón!

En eso estaba Josefina cuando la orquesta cesó de to-

car el wals, las parejas que bailaban en el salon se dispersaron y Mr. Duparc dando el brazo á Corina, llegó al umbral del balcon á restituirsela á su padre. Mr. de Mimaud, besó á su hija en la frente, y se le saltaron las lágrimas al contemplarla tan linda, tan agitada, á resultas del violento ejercicio del baile; y como Josefina comprendió la emocion y los recuerdos que en aquel instante asaltaban el alma del padre de Corina, la cogió de la mano y la hizo sentar con ella en un confidente inmediato al balcon para que descansase y tomase luego algun refresco.

Este rasgo de cariño é interes aunque leve pero casi maternal, de parte de la señorita de Comerford en obsequio de Corina, cautivó el corazon de Mr. de Mimaud, que se acercó y tomó asiento cerca del confidente en que reposaba su hija al lado de Josefina y dirigiéndose á las dos, las dijo en tono tétrico y conmovido.

—Hijas mias! En medio de las diversiones y festines, la vida pasa insensiblemente, pero siempre rodeada de peligros. Nuestros sentidos se dejan seducir por engañosos encantos, nuestra imaginacion se estravía por ilusiones falaces, mas al fin en medio del bullicio, viene la razon y nos ilumina, y nos convence de esos mismos peligros, y de nuestra debilidad en arrostrarlos con buen éxito, triunfando de nosotros mismos y de nuestras propias pasiones.

—¿Sabe vd., Josefina, dijo la hija de Mr. Mimaud, que mi papá, está siempre hecho un filósofo, auu en

medio de esa barahunda de saraos y festines? ¡El pobre! desde que murió mamá, está poseído de una melancolía profunda, y anda tan solícito por mí, que siempre se le figura que me he de poner mala, ó que me ha de suceder algun percance cuando bailo mucho ó cuando monto á caballo y mi alazan galopa.

—Es natural, hija mía, dijo la de Comerford á Corina, ¡dichosa vd. que tiene un padre tan bueno, tan cariñoso, y tan condescendiente! Pero los padres á cierta edad desconfían de poder sobrevivir á sus hijos, y temen que estos se desgracien en la carrera del mundo, tanto por su debilidad como por los diversos intereses, peligros, é imprevisiones á que quedan espuestos cuando les faltan el paternal consejo y la esperiencia de que ellos se creen con razon mejor dotados. Mi difunto tío el conde de Briás, era lo mismo, pero afortunadamente para mí, me ha quedado despues de su muerte un verdadero director, un padre espiritual, que desde Dublin me guia con sus consejos escritos, este es mi antiguo confesor el reverendo O'Tyrrell, de la *compañía de Jesus*, varon piadoso y justo que desde mi mas tierna infancia me aconseja como *hija suya que soy de confesion*.

—¡Usted, Josefina mia! ¿vd. hija de un fraile? preguntó Corina admirada, á su amiga y presunta compañera de viaje: yo habia creído hasta aquí que vd. era huérfana de padre y madre, y que desde la muerte del conde de Briás, no le quedaba á vd. en el mundo mas que

su fortuna independiente y la esperanza fundada de encontrar un marido digno de las eminentes calidades personales que la hacen á vd. superior á las demas mujeres.

—Se conoce, Corina hermosa, que no es vd. católica, apostólica romana, cuando no sabe vd. lo que es ser *hija de confesion* de un venerable padre jesuita. *Hija de confesion* se llama, entre católicos, aquella jóven que como yo, desde la edad mas tierna obedece á su confesor, al padre espiritual que la ha enseñado el camino del cielo y los misterios de la revelacion.

—Nosotros los protestantes, que no cedemos en piedad y devocion á los católicos, y que tenemos el mismo *Credo*, no nos confesamos con fraile ni cura alguno, sino con *Dios mismo*, que está siempre con nosotros y en todas partes, pero tenemos un pastor que en la iglesia nos explica todos los domingos, con la Biblia en la mano, las verdades evangélicas y nos muestra tambien el camino del cielo.

En este singular coloquio, en medio del bullicio de un festin tan animado, estaban las dos señoritas de Mimaud y de Comerford, cuando Mr. Duparc, el comandante de *La Aretusa* que habia estado hasta entonces en conversacion con el padre de Corina, se dirijió á la señorita de Comerford á suplicarle que bailase con él un *rigodon*, para el cual todos los caballeros iban buscando parejas y colocándose en el terreno que los circunstantes dejaban en claro á instancias del *bustonero* del sarao.

Josefina aceptó el ofrecimiento del marino francés quien en el curso de la contradanza le manifestó la satisfacción que le cabía en contarla en el número de sus ilustres pasajeros en el próximo derrotero que iba á emprender la fragata de su mando.

—Cuándo piensa vd. dar la vela para Barcelona? preguntó Josefina á Mr. Duparc.

—Estoy á disposición de Mr. de Mimaud, contestó el capitán del buque; pero infiero por lo que me acaba de decir, que pasado mañana saldremos del puerto de Nizza; y luego añadió; ¿supongo que vd. no se marea señorita?

—Felizmente no, señor capitán, repuso Josefina, al contrario, á bordo me hallo mejor que en tierra, y para mí no habría mayor gusto que correr un temporal. ¡Es tan sublime y grandioso el espectáculo de las olas agitadas por el *Noto* elevando sus espumosas y nevadas crestas hasta las mismas nubes, cuando de ellas se desprende el *claror* de los relámpagos, y se oye el estampido horrendo de los truenos, y el agua que en torbellinos azota las velas, y el buque presenta su descarnada quilla, que abandona una ola fugitiva á la merced de otra ola que la sucede, y que una se mece en el alcázar de popa viendo surcar la nave, tan pronto en la cima como en el abismo del piélago de líquidas montañas que forman las espumosas ondas de una mar embravecida! y si es de noche, despues del ocaso de la luna. ¡Qué sorprendente y fantástico reflejo se des-

cubre en las rompientes! ¡ El fósforo aquel que mantiene una fugaz y perenne luminaria en toda la superficie del líquido elemento , dá una idea mágica del poder de Dios y de los fenómenos de la naturaleza!!! Yo le digo á vd. la verdad, Mr. Duparc; nunca, nunca estoy mas complacida y encantada como cuando corro un temporal á bordo de un buque velero , seguro y bien *guiadado* como, al parecer , se presenta en el puerto de Nizza la fragata que vd. manda.

El comandante de *la Aretusa*, se quedó admirado de oír hablar así á la señorita de Comerford , y hubiera continuado con ella aquel diálago, frecuentemente interrumpido por las varias figuras del *rigodon* , si este no hubiese terminado y si los concurrentes no hubiesen pedido á gritos , *¡ l' Anglaise!* con la que dió fin el sarao del gobernador del condado de Nizza.

Madama Mac-Incroe , á quien intereses de familia obligaban á separarse de su pupila Josefina de Comerford , se despidió de ella al siguiente dia en el *Hôtel des Etrangers* , donde estaban hospedadas Josefina, su aya y la doncella Elena, para regresar á Praga , entregándola en el momento de su separacion dos cartas que acababa de recibir del padre O'Tyrrell, una para un banquero irlandés avecindado en Barcelona , y otra para un religioso llamado el padre *Marañon*, que vivia retirado en un convento de capuchinos inmediato á la capital del Principado de Cataluña, despues de haber pasado muchos años en un monasterio de la TRAPA.

Josefina y su criada Elena pasaron desde aquel momento á casa de Mr. de Mimaud, donde se hospedaron hasta salir de Nizza , para embarcarse juntos en la fragata que iba á conducirles á Barcelona.

Trece cañonazos disparados por la artillería de *La Aretusa* á las diez de la mañana del 25 de agosto de 1817, fueron la señal *honorífica* de que el cónsul de Francia con su familia y su séquito estaban ya á bordo, y la de alzar el ancla y soltar el trapo, para emprender viaje. Mr. Duparc mandaba la maniobra desde el alcázar, cuando las baterías del puerto de Nizza respondían al saludo de la fragata, que ostentaba en sus tres mastiles el pabellon francés, el sardo y el español, como simbolos de la nacionalidad de Mr. Mimaud, del destino que habia desempeñado en aquel punto, y del que iba á desempeñar en Cartagena, si bien Josefina creyó al pronto que la ostentacion de nuestra bandera en el palo de mesana del buque frances, era un rasgo de galantería del capitán á la sobrina del difunto conde de Briás, á la hermosa *Tarifeña*, que por primera vez de su vida navegaba bajo la proteccion del *pabellon blanco* esmaltado con *las tres flores de Lys*.

A las dos de la tarde, *La Aretusa*, ciñendo el viento á distancia de seis millas de la costa italiana, hacia rumbo al *Sud-Este* para tomar altura y derribar luego hácia el golfo de Lyon, en cuyas aguas tuvo Josefina la dicha de correr una borrasca durante la noche del 31 de agosto, y el comandante Duparc de admirar

la intrepidez y sangre fría de la señorita de Comerford, en medio de los peligros inminentes del temporal, que duró hasta muy entrada la mañana del día 1.º de setiembre.

Durante la tempestad, Josefina se colocó debajo de la *dunette* ó toldo del alcázar, de modo que nadie la viese, ni su presencia pudiera embarazar los pasos de los marineros que ejecutaban las maniobras á la voz *única* del capitán de la fragata, ó al vibrante sonido del *silbato* del contramaestre, que á veces se confundía con el silbido del huracán que azotaba las velas, y penetraba en las carruchas ó *molones* de las bergas, haciéndolas rechinar de una manera espantosa. El espectáculo era sublime, grandioso; pero mucho mas imponente de lo que creyera Josefina, cuando bailaba en Nizza el *rigo-don* con Mr Duparc.

Momentos hubo en que el naufragio parecia inevitable, y en uno de ellos, en que *un golpe de mar*, se llevó la *obra muerta* y parte de la *batallola* del costado del alcázar de popa en que estaba arrodillada Josefina, esta, se asustó de tal modo que hubo de bajar inmediatamente á la cámara del capitán, donde encontró á Mr. de Mimaud y á su hija en un verdadero estado de agonía.

Josefina perdió su serenidad, se puso á orar, y sentia tambien como sus compañeros de viage las ansias de la muerte. El capitán Duparc hubo de bajar un instante á su camarote para tomar un sombrero de hule con que

resistir el agua, y entonces los pasajeros le preguntaron á una voz *¿hay peligro?*... La respuesta ruda y seca del comandante de la fragata. «*Es preciso prepararse á todo*» dejó aterrados á Mr. de Mimaud, á su hija, á Josefina y á Elena que no podían hablar ni llorar, tal era el estado de estupor y agonía en que les acababa de sumergir la réplica de Mr. Duparc.

Nada hay tan fecundo en enseñanza moral como las grandes catástrofes y la agonía que producen: la que tan de cerca amenazaba la vida de Josefina de Comerford y sus compañeros de viage debía sugerirles graves reflexiones.

Las personas que conducía á su bordo la fragata *Aretusa* eran todas, excepto la tripulación y sus gefes, personas poco avezadas á la mar y sus percances, y en aquel momento supremo de agonía y de horror las emociones que sentían estaban sin duda en razón á sus distintas creencias religiosas. Ya hemos dicho antes que Mr. de Mimaud y su hija eran *protestantes*, y que Josefina de Comerford, sobre ser rígida en el catolicismo de Roma, era *fanática* por educación y, quizás, por instinto.

La idea de un Dios y de la inmortalidad del alma no nos la pueden dar las ciencias humanas, porque es innata en el corazón, y según PASCAL, es la sola diferencia que hay entre las bestias y los hombres. Todas las razas de animales tienen, como nosotros mismos, afectos y pasiones, exepcto el sentimiento instintivo que tiene el

hombre al tributar espontáneamente un culto religioso á su criador.

Asi vemos en los grandes peligros que el alma del que lo corre se coloca por sí misma *en el universo ó en el cielo*, segun las creencias que le han enseñado, ó la ilustracion que ha recibido. Esta verdad nos conduce á comparar á Mr. de Mimaud en aquel duro trance con un célebre pintor, con un poeta, ó con un músico en igual caso; y á la señorita de Comerford con una santa ó con una beata: por ejemplo con *Santa Teresa de Jesus*.

MIGUEL ANGEL, BIRON, ó BELLINI, al agonizar, buscarian en derredor de la cama de muerte las ilusiones de la vida y los sombríos colores del *juicio final*, mientras TERESA DE JESUS mas espasiva momentos antes de morir, buscaria á elevarse á la region celeste, para comulgar íntimamente con Dios.

Mr. Mimaud y Josefina, á bordo de *La Aretusa*, aguardando la muerte en el naufragio, y en ademan de abrazarse para sumergirse juntos en un mismo instante, se hallaban separados en creencias como ROMA de GINEBRA. La religion *protestante*, á que pertenecia Mr. de Mimaud, admite *la fé de Cristo*, sin profundizar sus misterios, ni reproducirlos bajo formas simbólicas, porque no concede al hombre poderes sobrenaturales. El alma para el protestante no reconoce mas tribunal que el de su conciencia, y para él *la razon* es el juez que le absuelve ó le condena, segun sus merecimientos. Dios está en todas partes, y su omnipotencia bri-

lla universalmente en toda la creacion.

La iglesia católica, á que pertenecía Josefina, ese alcázar del rey de los reyes, que tanto habla á los sentidos, porque en ella está Dios representado por imágenes tangibles, bajo diversas formas místicas, y se muestra á los fieles con todo el esplendor de su gloria, donde los príncipes de la tierra vienen á humillar la frente y á declararse vasallos de su señor; esa iglesia apostólica romana, que ya no es la famosa Sion suspendida entre el cielo y el suelo, santifica el alma, y la escuda con una triple egida de bronce contra las calamidades de la vida, y dulcifica la hora de la muerte, cuando comprendemos *bien* los símbolos de su culto, y tenemos la sincera fé de Clovis. Esta iglesia era la que daba á la señorita de Comerford la convicción de alcanzar la bienaventuranza de los cielos, despues de apurar con resignacion el cáliz de la agonía.

Así, con sus diversas creencias, y sin curarse ya de los horrores de la fría y líquida tumba que estaba para abrirse bajo sus pies, se iban reconciliando con la muerte comun de los náufragos, Josefina, Mr. Mimaud, Corina y Elena, cuando de repente bajó Mr. Duparc á la cámara y dijo á los pasajeros: *«ya paso el peligro ¡Nos hemos salvado!*

Mr. Mimaud se arrojó al cuello del capitán de la *Aretusa*, en cuyo semblante habia visibles señales de alegría, y heridas de liviana entidad; pero que mostraban con evidencia los esfuerzos que sobre cubier-

ta del buque hiciera el intrépido marino Mr. Duparc para salvar la fragata y sus tripulantes del inminente naufragio que les amenazara durante la tempestad. La sangre y el agua que corrían aun por el rostro del capitán, se mezclaron con las lágrimas de gozo y de temor de sus pasajeros, que le abrazaban y besaban con atónita sorpresa como si fuera su redentor.

Corina, arrodillada aun y asida de la mano de su padre, le decia :

*«E non udite ancor come risona,
il roco ed alto fremito marino.*

—¿No oye vd., padre mio, como resuena aun el ronco y profundo bramido de las olas del mar?

—Si, hija mia; pero este rumor horrendo anuncia ya el término de la tormenta que fugaz se aleja de nosotros. Roguemos todos al Supremo Criador para que saque en bien á los demas navegantes sobre quienes pudiera aun descargar tan horrible tempestad en estas aguas, despues de habernos libertado de ella tan maravillosamente.

Todos los pasajeros en derredor del capitán Duparc alzaron las manos al cielo, y dirigieron á Dios una ferviente plegaria, y un cántico sagrado del *psalmo 145* del profeta *David*.

«¡Dichoso el que tiene á Dios por su ayudador, y pone toda su esperanza en este Rey y Señor que hizo el cielo,

la tierra, el mar, y todo cuanto hay en ellos!» etc., etc.

—Qué cuadro tan sublime! exclamó la señorita de Comerford. ¡Qué cuadro tan religioso se presenta á mi imaginacion en este momento solemne, en que la esperanza de vivir sucede á nuestras agonias recientes y al fundado temor de morir en el naufragio! ¡Ahora comprendo que el secreto de la muerte de cada uno de nosotros se encierra en la historia de nuestra vida! La mia se consagrará, de hoy mas, al triunfo de la religion y sus altares, porque en este trance, que parecia final para nuestra existencia efimera, he visto aqui aunadas personas de distintas creencias, implorando la misericordia de Dios y el bálsamo de su santa religion. Desde hoy miraré con mas horror á los *filósofos* que quisieron destronar á Dios sobre la tierra, porque ellos fueron los enemigos mas irreconciliables del género humano, y ahora que ya nos han hecho todo el mal que pudieron, nadie pondrá en duda que ellos fueron la causa palpable del cataclismo social, que, á nuestro pesar, nos arastra á la perdicion.

—La iglesia protéstante, dijo entonces Mr. de Mimaud á Josefina, nos habla el mismo language, señorita; y por esto me ha visto vd. en los momentos del mayor peligro resignado á morir con mi hija y á bajar á la tumba, al lado de vd., con tanta calma como el sol cuando se oculta en el ocaso. Ni los horrores del abisimo en que íbamos al parecer á sumergirnos, ni los remordimientos que acosan en tales casos, lograron

inspirarme temor á la muerte.

—Sin embargo mi buen amigo, repuso Josefina, yo insisto en creer que la religion protestante, por causa de sus dogmas *razonados*, no será nunca la religion del pueblo, ni la de los pobres *aflijidos*, porque la *razon* no puede reemplazar la *fé*, la *esperanza*, ni la *caridad*, ni ofrecernos las promesas de la *revelacion*.

—Pero la iglesia protestante, replicó Mr. Mimaud, no tiene, ni *fanáticos*, ni *impios*, y es *tolerante* con los enemigos de sus doctrinas. El *pastor*, ó sea el ministro del culto protestante, es siempre *un hombre como los demas*, y si bien es cierto que le escuchamos cuando nos explica las Sagradas Escrituras, tambien lo es que todos sabemos antes que él nos lo explique, recitar de coro lo que le oimos analizar en el púlpito.

—Todo esto que vd. me dice, Mr. Mimaud, observó la señorita de Comerford, no altera en lo mas mínimo la opinion que he formado del *protestantismo*; yo insisto en que cuando una religion no es el núcleo, ni el pensamiento fijo de las masas populares que forman una nacion, la religion cesa de serlo, y cuando un pueblo, por las infinitas causas que relajan sus creencias, admite el *escepticismo* y la *indiferencia*, degenera en egoista, y no puede ser *ni libre ni independiente*, porque marcha á impulso de sus pasiones, sin unidad ni vínculos metafísicos, y cuanto hace y cuanto dice realiza la horrible metáfora del *Caos social*. Esto explica la situacion de la Francia durante la Republica y el

Imperio , en que el gobierno ha tenido una influencia maléfica en las masas de la poblacion. Una sociedad que encierra en sí varios principios religiosos y distintas creencias , peca contra las reglas imprescriptibles de su unidad y de su duracion. Las guerras intestinas de las naciones por causas políticas ó religiosas , vienen en apoyo de lo que acabo de decir , y todas las calamidades que mas tarde ó mas temprano azotan á los pueblos , reconocen el origen comun de las *dudas* y *argumentos* que suscitára en sus creencias una *minoría* ambiciosa.

«El *cisma* toma diversos trajes y distintos tonos durante la existencia de las naciones , y se infiltra en sus elementos religiosos y políticos , en sus ideas , en sus hábitos y costumbres. En Italia , donde el pueblo cree en un solo Dios , donde no hay mas que una misma fé y un solo Sacramento del Bautismo , nadie duda , nadie arguye..

Así hablaba Josefina á su amigo y compañero de viaje Mr. de Mimaud , y la escuchaban con admiracion y silencio Corina y Elena , cuando el capitan Mr. Duparc , que al principio del diálogo se habia escurrido por los *caramancheles de popa* para atender á la maniobra del buque y observar el cariz , vino á interrumpirla , gritando: ¡*pasajeros, arriba!* todos precipitadamente subieron sobre cubierta , donde Mr. Duparc les esperaba para enseñarles las playas de Cataluña y las fantásticas pirámides de la montaña de *Montserrat* que se descubren

202

JOSEFINA

desde alta mar á distancia de veinte millas de la costa.

El temporal habia cesado, sobrevenia la bonanza, y la fragata navegaba á *un largo*, con brisa fresca del Este, con rizos en las mayores y masteleros calados.

CAPITULO XI.

LA LLEGADA AL PUERTO.

*" . . . pour ma volonté dernière,
"je lègue, et clairement le dis,
"mon COEUR à celle qui m'est chère,
"mon AME au DIEU du Paradis.,,*

(**RAOUL DE COUCI.**)

La manera acertada y prudente con que el jóven Guerrero desempeñara los negocios del Consulado general de Francia en Barcelona, el lucidísimo informe que escribió en francés á instancias de Mr. de PARDESSUS, profesor de derecho comercial de la Universidad de Paris para probar con datos autenticos que sacó de los archivos de la Corona de Aragon que los primeros tribunales de Comercio que el mundo ha conocido se establecieron en Barcelona, Valencia, Si-

racusa y Palermo por los años de 1212, 1214 y 1220 bajo el reinado de D. PEDRO II, y especialmente la *represalia ingeniosa* de los frailes trinitarios, á que Mr. Cambaceres debiera su reaparicion al seno de su desconsolada familia, dieron tal importancia al secretario del vizconde de Gaville, que ya en aquella casa nada se determinaba, ni cosa alguna se hacia, sin que la vizcondesa y sus hijas le consultasen antes. Guerrero era en suma, el *fac-totum* de Mad. de Gaville y el árbitro justipreciador de los merecimientos de cada uno de sus hijos, y el vizconde no daba un paso, ni escribia un despacho oficial á su gobierno, que no mereciese antes la mas cumplida aprobacion de su secretario particular.

Es casi supérfluo referir que, en este predicamento, la juventud de Guerrero, su hermosura varonil, sus modales y talento, fueron insensiblemente y con el trato diario y familiar, abriendo brecha en el corazon de *Blanca* de Gaville, que todas las tardes paseaba con su hermana mayor *Sofia*, y el ex-coronel español, en el delicioso jardin del arrabal de *Junqueras*. Blanca era mas bella que una *huri* del paraiso de Mahoma, y se valia de las flores de las macetas para declarar sus sentimientos al jóven español en un language enigmático que este comprendia; pero á fuer de caballero, comprometido en cierto modo con Josefina de Comerford, cuya llegada á Barcelona esperaba por instantes, correspondia á *Blanca* solamente con lánguidas mira-

das, con profundos suspiros y con sentida gratitud.

Pasaban dias y mas dias y Josefina no llegaba, y Blanca se enamoraba mas del secretario de su padre, hasta un punto que llegó á escribirle una esquila, proponiéndole seguir con él una correspondencia en castellano, para ejercitarse en la práctica de la lengua que Guerrero le enseñaba *en clase*, diremos así, con Sofia, Ricardo y Mad. de Saint-Pierre, todas las mañanas antes de la hora del almuerzo.

Guerrero, perplejo al recibir de mano de Blanca una carta que contenia, en términos castellanos muy puros y correctos, aquella invitacion singular, hubo de dudar de sí mismo y de su formal propósito de ocultar á los ojos de Blanca los sentimientos de amor que ella le inspiraba, y estuvo á punto de declarar á aquella hermosa y cándida criatura, el estado en que se hallaba su corazon, y el raro compromiso que tenia con Josefina de Comerford, (aunque á decir verdad Guerrero no pensaba casarse con ella mientras no variasen sus circunstancias y su posicion social) si no hubiera temido causarle un grande disgusto con semejante declaracion.

Por todas estas razones estimó conveniente indicar á Blanca, que siempre hallaba pretextos para entrar en la Cancillería cuando Guerrero estaba allí trabajando, que en la primera entrevista que tuviera con ella le daria una *leyenda* muy divertida del tiempo de los reyes católicos, sobre la cual podia si gustaba, escribir un

tema en castellano, con el cual sorprenderia agradablemente á sus hermanos Sofia y Ricardo y á su prima Mad. de Saint-Pierre el dia que lo hubiese preparado para leerlo *en clase* á la hora de la leccion, ó bien alguna noche en que la familia no fuese de tertulia y se reuniese en el salon á pasar agradablemente la velada, como solia hacerlo algunas veces cuando Sofia y Mad. de Saint-Pierre sacaban á relucir sus habilidades, la una recitando versos de *Corneille* ó de *Racine*, y la otra cantando trozos de *Boieldieu* y de *Rossini*, que Ricardo le acompañaba al piano.

Una tarde á cosa de las cuatro, hora en que Guerrero estaba solo en la Cancillería del Consulado despachando el correo, entró Blanca con escusa de que deseaba le cortase alguna pluma para escribir, y le dijo:

—Vd. dirá, señor Guerrero, que siempre vengo á importunarle cuando está vd. mas ocupado.

—No, ángel divino, no diré tal cosa, porque no acostumbro á mentir: y mintiera, con mucho, si negase que, cuando mas ocupado estoy, es precisamente ahora que tengo el gusto de ver y admirar á vd.

—Es vd. sobradamente amable y muy galan, señor Guerrero, contestó Blanca: córteme vd. esas dos plumas *á la inglesa*, muy finas, para escribir el tema sobre la *leyenda* que vd. me ofreció el otro dia en el jardin.

—Precisamente, la *leyenda*, replicó Guerrero, está escrita en Londres por un amigo mio, en muy buen in-

glés : aquí la tiene vd.—Se trata de que vd. la ponga en lenguaje castellano puro y castiz.....

Esto iba diciendo el secretario del vizconde de Gaville á su hermosa hija menor, cuando entró en la Cancillería uno de los dependientes del Consulado con la noticia de que el vigia de la torre de *Mont-Juich* de Barcelona anunciaba á la vista una fragata de guerra francesa, que pedía práctico para entrar en el puerto.

—¿Una fragata? una fragata francesa... y ¿de guerra? preguntó Blanca con estraña hilaridad al dependiente.

—Sí, señorita, de guerra; y aun corren rumores en el puerto de si viene ó no viene de *arribada* para repararse de las averias que habrá sufrido en alta mar en los chubascos y temporales del *equinoccio* de estos dias.

—¡A Dios! señor Guerrero, dijo Blanca brincando de contento. ¡A Dios! entiéndase vd. con ese hombre que yo me escapo á mi gabinete de labor, no sea que venga mamá y me riña por haber abandonado el trabajo.

Y diciendo y haciendo, salió Blanca volando como una *sylfide* de la Cancillería consular, dejando embozado al secretario de su padre y departiendo con el dependiente.

—Vuelva vd. corriendo al puerto, dijo Guerrero á aquel hombre; mande vd. marinar la *salúa* del Consulado con seis remeros de pujanza, y espéreme vd. con ellos en la *Machina*, que allá voy al instante.

El dependiente echó á correr, y por pronto que Guerrero llegára al *anden*, ya encontró allí la *salúa* que

le esperaba, y los remeros descansando *los puños* en las respectivas *Chumaseras* y *toletes* de ambas *bordas*, prontos á *halar* por los remos á la primera voz del timonel, y *regatear* la distancia, que iban á correr, al *esquife de la sanidad* y á la *lancha* del capitán del puerto, que bogaban ya hácia las rompientes de la *barra* ó banco de arena movediza, que hace de muy difícil entrada para buques mayores el *portage* de Barcelona.

Guerrero se embarcó en la falúa que le aguardaba en la *Machina*, y el timonel soltó á popa el *pabellon blanco*, que con la poca brisa que soplaba del Sud-Oeste, iba *lamiendo* con *las puntas* la superficie movediza de las blandas olas de la mar, así que dió la voz de *¡halen!*

Las cuatro y media de la tarde serian del día 5 de setiembre, cuando *La Aretusa*, entrada ya en bahía, saludaba la plaza y el pabellon español real que flotaba en las baterías de los fuertes de *Atarazanas*, la *Linterna* y *Mont-juich* con *veintiun* cañonazos, á que la plaza contestó al instante *cañonazo por cañonazo*. Las embarcaciones menores que la habian remolcado al ancladero, se retiraban ya: el capitán Duparc mandaba *descargar* las velas, *bracear* las vergas, y *largar anclas* cuando Guerrero llegó al costado de la fragata en su calidad del *mandatario* del cónsul general de Francia en Barcelona.

La *escala real* á *estribor* estaba llena de gentes de

la *visita de sanidad* y de la capitania del puerto, que se retiraban á las lanchas, que las recibian á *lumbre de agua*, á medida que bajaban por ella desde el *portalon*, y Guerrero trepaba y subia apoyado en los *pasamanos* ó *andariveles* de la escalera, hasta que encontró en la *borda* de la fragata al capitán Duparc que le dió la mano, y le recibió con estremada amabilidad, franqueza y cortesania, y le condujo al alcázar de popa, donde estaban Mr. Mimaud y los demas oficiales de la *Aretusa* en alegre y animada conversacion, esperando á las señoras que estaban vistiéndose en la cámara, para subir luego *sobre cubierta*, y bajar á tierra, quizas aquella misma tarde en el *esquife* del capitán.

Mr. Duparc preguntó á Guerrero. ¿Es vd. el cónsul de Francia?

—No, señor capitán, replicó Guerrero, soy el *vice-cónsul-canciller* del Consulado general, vengo en nombre y representacion del vizconde de Gaville, que por su edad y categoría no puede venir á bordo de buque alguno en que no tremole el *gallardete* de un Almirante ó gefe de escuadra.

—Tendrá vd. la bondad, señor vice-cónsul, repuso Mr. Duparc, de esperar un poco para llevar al cónsul general la declaracion de *averias* que han ocurrido en el casco y arboladura de la fragata, en el temporal que hemos corrido en el Golfo de Lyon, y otros documentos de á bordo que habrá de refrendar. Tambien le daré á vd. los pasaportes de los pasajeros que vienen en

La Aretusa, entre los cuales están Mr. de Mimaud, que vé vd. aquí presente, su hija, y una señorita española con su doncella, que están agregadas á la familia de Mr. de Mimaud, y que se hallan ahora en sus camarotes, arreglándose para ir á tierra. M. de Mimaud va de cónsul de Francia á Cartagena; pero piensa pasar algunas semanas en Barcelona. Conmigo irán mañana todos los oficiales de *La Aretusa* á visitar al señor cónsul general, porque ahora ya es tarde y tenemos aun mucho que hacer á bordo.

Mr. de Mimaud se acercó á Guerrero, entabló con él alguna conversacion acerca de las comodidades del pais, para poderse alojar en Barcelona con decencia y economia, y en parage alegre, que no distase mucho del Consulado general, pues tenia ya noticia del vizconde de Gaville y de su interesante familia por Mr. Bernardino Enrique de Saint-Pierre, para cuya señora traia cartas de recomendacion, y deseaba que su hija pasase la mayor parte del tiempo que estuviere en Barcelona, al lado de la vizcondesa y de las señoritas de Gaville.

Guerrero satisfizo á todas las preguntas de Mr. de Mimaud, y se ofreció á buscarle el alojamiento que apetecia en la fonda de las *Cuatro-Naciones*, situada en la *Rambla* frente al teatro principal de aquella ciudad, y como en efecto ya iba oscureciendo y habria de pasarse algun tiempo, primero que pudiera dar bado á todo lo que le quedaba que hacer, le pareció prudente proponer á Mr. de Mimaud, el que permaneciese con su hija

y demas pasajeros á bordo por aquella noche, que por la mañana temprano del siguiente dia podrian venir juntos á tierra , donde todo lo hallarian preparado para alojarse con comodidad: el mismo Guerrero se brindó á acompañarles á la fonda de las *Cuatro-Naciones* , así que saltasen á tierra.

El capitán Duparc entregó á Guerrero un gran pliego cerrado que contenia todos los documentos que le habia indicado para refrendacion del cónsul general: la lista nominal de los pasajeros de la fragata, y el Ról dela tripulacion, y le dijo:

—Tenga vd. la bondad, señor Canciller, de hacer presente al vizconde de Gaville , que mañana á las doce del dia nos tendrá á todos á su disposicion en su casa, para ir con él á visitar al capitán general y demas autoridades de la plaza.

Guerrero se despidió de los circunstantes, y dando la mano á Mr. Duparc que le acompañó hasta el portillon de *la borda de estribor*, se escurrió por la *escala real*, y de un brinco se quedó en pié sobre uno de los bancos de los remeros de la falúa del Consulado, que en pocos minutos le hizo saltar á tierra en el *anden* de la *Machina*.

El cañon de la plaza habia ya disparado el tiro de señal para *arriar bandera*, y el sol se habia traspuesto hacia ya algunos minutos, y el tambor de la *puerta del mar* tocaba llamada, anunciando que la guardia iba á alzar el *punte levadizo*, cuando Guerrero entraba en la ciudad, y mas listo que un gamo se dirigia al arrabal de

Junqueras, donde le esperaban con impaciencia para comer, todos los miembros de la familia del vizconde de Gaville.

No era Blanca, por cierto, quien estuviera menos ansiosa que los demas de la casa, por saber que novedades traia la *Aretusa*, y como habia sido recibido el secretario de su padre á bordo de la fragata de guerra anunciada á Guerrero por el dependiente de la Cancillería del Consulado, y así lo hubo de mostrar la hermosa y discreta de la muchacha, que sin pecar de bachillera, se adelantó al ver entrar á su maestro de lengua castellana en el comedor con un gran pliego en la mano, y le preguntó con animada espresion:

—¿Qué hay de nuevo, señor Guerrero? ¿Qué trae la fragata? ¿de dónde viene?

—¡Hija mia! ¡no seas así! observó el vizconde á Blanca con dulce y paternal reconvencion, y tomando al mismo tiempo de mano del secretario el pliego del capitán Duparc; ¡no seas así! deja que el señor Guerrero descanse y recobre aliento, pues viene cansado y á penas te puede hablar.

Guerrero cogió á Blanca de la mano, y la hizo sentir que su corazon palpitaba con bastante agitacion, y que bien haria de interpretar el silencio que guardaba por lo mucho que la pudiera decir. Sin embargo, exclamó:

—¡Ya está anclada en el puerto la fragata *Aretusa*! Trae á bordo una señorita que pasará con vd. todas las horas del día, segun me ha dicho su señor padre Mr.

de Mimaud, que va á Cartagena de cónsul de Francia, y viene con ella tambien una señorita española y otros pasajeros. Ninguno de ellos ha podido venir á tierra ahora, porque ya es muy tarde; mañana sabremos quienes son.

—¿Quiénes son? dijo el vizconde interrumpiendo á su secretario. ¿Quiénes son? Esto lo sabremos ahora mismo comiendo la sopa y leyendo esta lista nominal que me envia el capitán de la *Aretusa*.

Y diciendo y haciendo, el padre de Blanca entregó la lista de los pasajeros á su hija, los pasaportes de los mismos á Guerrero, y los criados sirvieron la comida.

La señora vizcondesa dijo entonces á Blanca.

—No leas, hija mia, hasta que no nos den el asado y la pastelería, y vd., señor Guerrero, doble vd. esos pasaportes que ya los examinará vd. despues de comer.

Apurando las *heces* de un *cubilete* de rico y espumoso *Champagne* estaba el vizconde de Gaville, despues de haber engullido ya una rebanada de pastel frio del *Perrigor*, y Guerrero servia á la señora vizcondesa una pechuga de pavo relleno, cuando Ricardo y Sofia de Gaville, dijeron á su hermana Blanca:

—Ya es tiempo que nos leas los nombres de los pasajeros de la *Aretusa*, y dirigiéndose á tomar la venia de la vizcondesa, añadieron: ¿No es así, mamá?

—Sí, hijos míos, ya estamos en la segunda entrada, y no veo inconveniente en que Blanca satisfaga con la suya nuestra curiosidad, mientras apuramos esta bote-

lla de *lacrima-christi*, con que nos brinda con tanta frecuencia el lacayo *Bonet* (que así se llamaba el que servía á las señoras.)

Blanca cogió entre sus trémulas y delicadas manos, la lista de los pasajeros de la fragata y leyó en alta voz los nombres siguientes:

Mr. de *Mimaud*, cónsul de Francia en Cartagena.

Mademoiselle de *Mimaud* (CORINA) su hija y dos criados.

Mademoiselle de *Comerford* (JOSEFINA) natural de Tarifa (España) con una doncella de servicio.

—¡Josefina! exclamó Guerrero interrumpiendo á la señorita de Gaville, quien con admiracion y sorpresa volvió á repetir.

—¡Mademoiselle Josefina de Comerford, señor Guerrero! ¿La conoce vd?

—¡Mucho, muchísimo!!! Esclamó el secretario, y luego añadió: mucho me alegraré que vds. la conozcan tambien y la traten; es una señorita de copete, rica y hermosa y el ser mas *original* que vds. hayan visto en la vida.

—¿Quién es, quién es esa señorita? preguntaron todos á Guerrero.

Y este, sucintamente les refirió la historia de Josefina con todos los episodios de su vida hasta que él la dejara en Viena al lado de la señora de Bardaji.

Blanca estaba *impaciente* por verla, y hubiera deseado que pasara el tiempo que faltaba para conseguirlo

como un minuto. No era fácil, empero, acertar si aquella impaciencia nacia de una mera curiosidad, ó si realmente procedia de una pasion que iba tomando gran incremento en el corazon de la hija menor del vizconde de Gaville; pero es lo cierto que á penas Blanca se encontró con Guerrero en el salon aquella noche y vió que Ricardo, Sofía, y Mad. de Saint-Pierre estaban sentados al rededor de la mesa leyendo el uno y bordando las demas, cuando ella se sentó tambien al piano, é hizo seña á Guerrero para que se le acercase y fuese volviendo las hojas del cuaderno de música que tenia delante, á medida que iba tocando unas variaciones bastante complicadas sobre el tema ó *Cabaletta* del TANCREDO de Rossini «*Di tanti palpiti, di tante pene: da té; mio bene! spero merce!*»

—¿Qué le parece á vd. señor Guerrero de estas variaciones? preguntó Blanca al secretario de su padre.

—¡Muy bien, señorita! ¡muy bien! ¡Ojalá y pudiera yo efectuar en el *piano* todo lo que siente mi corazon! replicó Guerrero con espresion y abatimiento, y saltándosele involuntariamente algunas lágrimas que Blanca al mirarle vió brillar en sus ojos con el resplandor de las bujías que tenia sobre el *piano*.

—¿Qué tiene vd? le preguntó *en inglés* la hermosa Blanca, para quien la lengua de SHAKSPEARE era tan familiar como la de FENELON, y con ánimo de que nadie mas que Guerrero, que tambien la entendia,

podiera casualmente enterarse de aquella pregunta. *¿What is the mater?* (Qué tiene vd?) Nada, ángel mio! exclamó Guerrero, y luego añadió á la réplica, *tambien en inglés*. «Solo sé decir á vd. que soy el hombre mas desventurado de cuantos pueda vd. haber conocido.»

—Usted, amigo Guerrero, es el primero á quien he dado á conocer la sencillez de mi corazón, repuso Blanca con sentimiento ¡el primero á quien he visto verter una lágrima á mi lado! y en verdad que no acierto á adivinar..... ¿por qué es vd. desventurado? Mañana verá vd. á su amiga *Mademoiselle* de Comerford: esa entrevista, lejos de ser una desventura ha de ser *para vd.*, una dicha *sin igual*..... En verdad que deseo verla, tratarla y estrechar amistades con esa señorita de tanto copete, tan rica, tan hermosa y tan original..... ¿No es verdad, señor Guerrero que el volver á ver, despues de algun tiempo de ausencia, á las personas que uno ha querido mucho, es una dicha casi *incomparable*?

—Solo se puede comparar á la que yo experimento *ahora* al lado de vd., contestó Guerrero con una lánguida sonrisa que asomó como involuntariamente á sus labios.

— ¡Siempre galanterías, señor español! exclamó Blanca con cierto sarcasmo y dulzura en el mirar. *¡Siempre galanterías!!!* Capaz es vd. de volver mañana esta misma frase *por pasiva*, cuando vea vd. á la

señorita de Comerford; pero en tal caso, ¡Dios nos asista! Entonces si que perdería vd. todo el buen concepto que he formado de vd.

—A trueque de que tanta no sea mi desventura, *Juro desde ahora para.....*

Y Guerrero iba á jurar en aquel momento, Dios sabe qué, cuando Ricardo le interrumpió llamándole desde la mesa del velador, en que estaba leyendo un tratado de literatura de los *Trovadores*, para que le explicase la significacion de unos versos, que ni Sofía, ni su prima Mad. de Saint-Pierre, sabian descifrar.

Los versos eran de ARNALDO-DANIEL, á quien los *provenzales* llamaron el *gran maestro de amor*, y traducidos decian en sustancia así:

«Cuanto veo en derredor de mí,
«me recuerda á la que adoro, etc.

—¡Por Dios! señor Guerrero! exclamó Blanca, que habia dejado el piano para oir la explicacion de los versos; ¡por Dios! dígame vd. esos mismos versos en *inglés*.

Y Guerrero fijando intensamente los ojos en la encantadora Blanca, la dijo:

«*All I behold, recalls the memory
Of her I love etc.*

¡Y estos! ¡y estos, señor Guerrero! exclamó Sofía cogiendo el libro de las manos de Ricardo y leyendo el original que decia así:

«Plas mi, cavalier Franzés,
E la donna Catalana.
«E l' onrar del Ginoes ,
E la court de Castellana:
«Lou cantar Provençalés ,
E la danza Gaditana :
«E lou corps Aragonés,
E la perla Murciana :
«Les mans e cara d' Anglés,
E lou donzel de Toscana.»

—Estos versos, señorita Sofía, son del emperador FEDERICO I de Alemania, que hablaba todas las lenguas teutónicas y romanas, y que hallándose en Turin en el año de 1154 con el conde de Provenza don Raymond Berenger II, á quien acompañaban los poetas mas afamados del siglo XII, quiso mostrarles que tambien él sabia pulsar la lira con gusto y espresion. Hé aqui como yo los traduzco é interpreto *literalmente* :

«Como caballero me place *un Francés*,
Como dama *una Catalana*:
«Como honrado *un Genovés*.
Como reina *la Castellana* :

«El cantar *Provenzalés*,
 Y el bailar, de *Gaditana*:
 «El cuerpo *Aragonés*,
 Con la gracia *Murciana*:
 «La blancura de un *inglés*
 En las manos y la cara:
 «Y por hermoso *doncel*
 Un mancebo de *Toscana*.»

—No entienda vd. señorita *Sofía*, que al traducir los versos del emperador *lingüista* haya sido mi ánimo *versificar* tambien, dijo Guerrero, porque, ha de saber vd. que para ello no me da el naípe, y de todas las cosas que suelo hacer *muy mal*, lo que yo haria peor, serian *versos*.

—Consuélese vd., señor Guerrero, repuso *Sofía*, con la seguridad de que muchos son los que en el mundo se llaman *poetas*, y los hacen peor que vd. Mi ánimo era saber lo que querian decir las líneas que vd. ha tenido la bondad de traducir del *provenzal*.

Madama de Saint-Pierre, que por hallarse la vizcondesa de *Gaville* con la *jaqueca*, presidia aquella noche en el salon, miró el reloj de sobremesa, y viendo que ya eran mas de las once dijo á sus primas:

—Hijas ¿os parece que vayamos á la alcoba de mamá á saber si está mejor de su dolor de cabeza?

Guerrero y *Ricardo*, entendieron la indirecta, y dando la mano á cada una de aquellas señoras *balbuceando*

la palabra de costumbre «*buenas noches*» como para significar el disgusto con que se separaban de ellas hasta el día siguiente, se retiraron á sus respectivos aposentos.

Apenas amaneciera ya estaba Guerrero vestido, pronto para ir á la *machina* del puerto y esperar allí á los pasajeros de la *Aretusa*. El pobre, no habia podido cerrar los ojos en toda la noche pensando en lo que Blanca le habia dicho y en lo que habia de hacer al encontrarse de repente con Josefina. La hija menor del vizconde de Gavielle ocupaba su corazon : la sobrina del difunto conde de Briás todo su entendimiento. Blanca era *liberal*, Josefina *fanática*. Ambas eran hermosas, pero la una le inspiraba *amor* y la otra puramente *amistad*, y ninguna de las dos habia de ser la esposa de Guerrero. ¡Así era la voluntad de Dios ! y el secretario del vizconde lo conocia y esclamaba á solas:

«*Mon COEUR, á CELLE qui m'est chère*

«*Mon ame, au DIEU du paradis!!!*»

Como si digéramos que Guerrero en su testamento otorgaba su corazon á Blanca, su *alma* la devolvía al *Criador*, y á Josefina le tributaria el frio culto de la amistad con celo y desinterés, durante todos los días de su vida.

Las ocho y media serian de la mañana, cuando Guerrero llegó á la *machina*, y vió el *esquife* del capitán de

ja *Aretusa*, bogando para el anden á las órdenes de un *guardia marina*, que conducia los pasajeros á tierra. Pocos instantes despues, Josefina y Corina, apoyadas del brazo de Guerrero, montaban en la carretela del vizconde de Gaville, que tirada por dos fogosas yeguas de Mecklemburgo, esperaba á la orilla del mar, para conducirlos á la fonda de las *Cuatro Naciones*, asi que, tomaron asiento en ella Mr. de Mimaud y el ex-coronel de artillería. Elena y las criadas de Corina seguian la carretela en un coche de alquiler, en que iba parte del equipage de los viageros.

—¿Qué novedad es esta, amigo mio? preguntaba Josefina á su antiguo adorador, cuando Mr. de Mimaud, sin dejarla continuar la frase, le dijo:

—Señorita de Comerford: el señor es el vice-consul de Francia en Barcelona, que ha tenido la bondad de buscarnos alojamiento, y á quien debemos esa primera atencion.

—¿Qué me dice vd. Mr. de Mimaud? preguntó Josefina admirada; y sin turbarse, siguió diciendo: pues si el señor es un íntimo amigo mio, y compañero en mis paseos y cabalgatas en el *Pratter* de Viena hace mucho tiempo.

—Es verdad, interrumpió Guerrero; pero ¡Pepital vd. ignoraba lo que acaba de decir á vd. Mr. de Mimaud. Ha de saber vd. que desde que nos separamos de Viena, la menor de mis *transformaciones* ha sido la de coronel de artillería en vice-cónsul canciller del Consu-

lado general de Francia en Cataluña.

—No me agrada la *metamórfosis*, observó Josefina, ni en las categorías sociales, ni en el orden de las nacionalidades. Bien sabe vd. que esta teoría no la admito yo por mas que DESCARTES, la haya predicado, y LEON X no la refutara para probar la inmortalidad del alma.

—En cuanto al *alma*, interrumpió Guerrero, no se apure vd., Pepita, que esta mañana he hecho *mentalmente* mi *codicilo* antes de salir de casa, y dejo *la mia* al CRIADOR para que haga con ella lo que mejor le acomode. Por lo que hace al *cuerpo*, ya sabe vd. que el mio estuvo á pique de servir de pasto á los gusanos cuando aquello del *general Lacy*, y luego despues en visperas de que me lo pusieran en las *parrillas* los señores de la Santa Inquisicion.

—No hablemos ahora de esas cosas, Guerrero, observó Pepita, luego me lo contará vd. todo y yo le reñiré á vd. por sus muchachadas, porque ya sabe vd. que tengo autoridad y fibra para hacerle á vd. llorar cuando conviene. ¿Y el *corazon* está siempre en lo mismo que me manifestó vd. en Viena?

—¡El *CORAZON*...! ¿el *corazon*? se lo doy á la persona que mas quiero.

—¡Siempre bromas! ¡Siempre el mismo humor! amigo Guerrero, con vd. no pueden el tiempo ni las desgracias. ¡Es vd. feliz!!! exclamó Josefina.

—Si el *amor* y la *amistad* bastaran á mi felicidad, casi

diría que tiene vd. razón en considerarme *feliz*. Estoy enamorado *de veras*, y entre los amigos sinceros que vd. pueda contar en el mundo, sin duda no hay uno que lo sea de vd. *mas que yo, ni tanto como yo*, replicó el ex-coronel de Artillería.

—No sea vd. pródigo en *palabras*, dijo Josefina, porque las mujeres tenemos la costumbre, amigo Guerrero, de poner á los hombres á *prueba*, siquiera para convencernos de que «*obras son amores y no buenas razones*» como suele decirse. Yo por mi parte pienso exigir de vd. sacrificios de *amor propio*; sacrificios de aquellos que convencen á la mujer del cariño desinteresado y puro que el hombre la profesa; veremos que tal queda vd. en los primeros ensayos.»

A todo esto ya la carretela iba llegando á *la Rambla*, y Mr. de Mimaud haciendo preguntas curiosas á Guerrero, acerca de los edificios que encontraban al paso, cuando el cochero detuvo las yeguas delante del teatro, y dijo:

—¿En cual de las dos puertas de la fonda se apearán las señoras?

—En la primera, replicó Guerrero.

Y un instante despues, todos los criados de las *Cuatro-Naciones* se apoderaron del equipage de los viajeros, y enseñaron á Mr. de Mimaud, que daba el brazo á la señorita de Comerford, y al canciller de Mr. Gaville, que se lo daba á *Corina*, el camino que conducía por las escaleras y pasillos á los hermosos aposen-

tos del cuarto principal de la posada.

—No me parece mal el hospedage, dijo Mr. de Mimaud á Guerrero; el salon es grande y hermoso, el gabinete muy claro y bien amueblado, los dormitorios espaciosos, limpios y ventilados: todo está bien, y confieso, señor Guerrero, que ha tenido vd. acierto y buen gusto en proporcionarnos habitaciones en esta posada. Doy á vd. las gracias por todo, y al vizconde de Gaville le daré la enhorabuena por haber elegido á vd. para el encargo que en su nombre desempeña.

—¡No hay de qué! exclamó Guerrero. ¡No hay de qué Mr. de Mimaud!

Y luego añadió esta pregunta:

—¿Y el capitan Duparc y demás oficiales de *La Are-lusa* á qué hora vendrán á tierra?

—Creo que á las doce estarán ya en el Consulado general para ir con el vizconde de Gaville á presentarse al capitan general del Principado. Me dispensará vd. que yo pase á mi nuevo dormitorio á vestirme para no hacerme esperar.

Y diciendo y haciendo, Mr. de Mimaud se retiró á su tocador á lavarse, peinarse y vestirse de grande uniforme bordado de canutillo de oro, calarse el sombrero de tres puntas y pluma negra, ceñirse el espadin y empuñar el baston de ordenanza.

Como en estas varias é indispensables operaciones debió emplear Mr. de Mimaud algo mas de una hora, Guerrero que se habia quedado en el salon con Josefina

y con la señorita de Mimaud, tuvo lugar bastante para enterar á la de Comerford de cuanto le habia pasado desde la desventurada muerte del general LACY, y del modo y la manera con que por la buena mediacion del general CASTAÑOS se encontraba de vice-cónsul canceller del Consulado de Francia y secretario del vizconde de Gaville.

Josefina aprobó necesariamente el honroso espediente á que recurriera Guerrero al salir de la Inquisicion para atender á su precisa subsistencia, y reservándose para mas adelante el amonestar á su amigo, y reconvenirle acerca de su conducta política por haberse mezclado en la empresa arriesgada del malogrado LACY, le preguntó:

—¿Conoce vd. en Barcelona á un comerciante inglés llamado *Mr. Kelly*?

—He oido hablar de él, dijo Guerrero, y aun creo le conozco de vista. Es un banquero irlandés muy rico, alto como una caña de pescar, delgado como un espárrago *triguero*, devoto como San Pedro mártir, y tan apegado á las iglesias que no hay domingo en que no oiga *cuatro misas*, porque murmura siempre de la maldita maña de los sacerdotes españoles de decir misa en menos de *quince minutos*; y suele añadir, que en Irlanda estaria *escornulgado* cualquier fraile ó capellan que celebrara el *Santo Sacrificio* en menos de *una hora*, y que ningun *católico irlandés* iria á oírle decir misa.

—Sobre este particular, amigo mio, observó Josefina

na, yo soy del mismo parecer que Mr. Kelly. Será sin duda porque yo me he educado *religiosamente* en Irlanda, ó porque en eso de *ceremonias religiosas* no transijo con los que se contentan con oír una misa los días de fiesta, aprisa y corriendo, para salir del paso y decir que ya han cumplido con Dios. Pero vamos al caso: aquí tengo una carta para él, que deseo llegue pronto á sus manos, otra tengo también para Mad. de Saint-Pierre, esposa del autor de PABLO Y VIRGINIA, que me la entregó su marido en Roma, y una para el padre Marañon, antiguo fraile de la Trapa, que ha de vivir en un pueblo cerca de aquí, que se llama *Sarriá*, en el convento de padres Capuchinos.

—Déme vd. esa carta repuso Guerrero y al momento la llevaré á Mr. Kelly. La de Mad. de Saint-Pierre vd. se la entregará esta tarde, pues vive en casa del vizconde de Gaville, donde probablemente comerá vd. hoy, y en cuanto al padre Marañon iremos vd. y yo juntos á Sarriá, y le buscaremos en el *desierto* de los padres capuchinos. Es decir, yo le buscaré porque en aquel recinto no suelen entrar señoras, y vd. permanecerá en la posada con Elena hasta que yo le encuentre.

Josefina le entregó la carta para el banquero irlandés y al instante salió Mr. de Mimaud de su gabinete vestido de uniforme, diciendo á Guerrero:

—Aquí me tiene vd., señor secretario, pronto á seguir á vd. al consulado general.

Apenas Mr. de Mimaud y Guerrero salieron hácia la

casa del Consulado general para reunirse á los oficiales de la fragata *Aretusa*, cuando la vizcondesa de Gaville con sus hijas y Mad. de Saint-Pierre, llegaron á la fonda de las *Cuatro Naciones* á visitar á Corina y á la señorita de Comerford, y las invitaron á comer con ellas para aquella misma tarde.

El vizconde, con Mr. de Mimaud, el capitan Duparc y los demas oficiales de la fragata *Aretusa*, hicieron á las doce del dia la visita de respeto á la autoridad superior del Principado de Cataluña, y se retiraron luego al Consulado, altamente satisfechos de la cortesania y buen recibimiento que encontraron en el palacio del capitan general Castaños.

CAPITULO XII.

EL DESIERTO Y EL FRAILE.

*“Les prêtres ne sont pas ce qu'un vain peuple pense,
“notre crédulité, fait toute leur science.,,*

(VOLTAIRE.)

Cinco dias despues que la señorita de Comerford̃ desembarcase en el puerto de Barcelona tomó casa , se instaló cómoda y decentemente en la calle de *los Baños*, y trató de establecer definitivamente su residencia en aquella Ciudad, donde contaba ya con un crecido número de personas que buscaban su trato y amistad particular, gracias á las muchas cartas de recomendacion que habia traido consigo, y á las buenas relaciones en que se puso desde luego con la casa de Gaville y con lá familia de los condes de New-Land y otras notables.

Vivir en la capital del Principado de Cataluña, y no tener una *torre*, cómo llaman los *barceloneses* á una *casa de campo* en las inmediaciones de la ciudad, sería *tacañería* y falta de gusto en una persona rica, y tan acomodada como lo era en toda la estension de la frase, la hermosa sobrina del difunto conde de Briás. Así se lo dió á entender al menos á Josefina su banquero Mr. Kelly en la primera visita que le hizo cuando aun estaba hospedada en las *Cuatro Naciones*, y Guerrero apoyó el pensamiento como cosa utilísima á la salud y á los hábitos de su amiga.

Mr. de Mimaud y Ricardo de Gaville concertaron una *romería científica* por todos los pueblos y campiñas del litoral de Cataluña para examinar los adelantos de nuestra agricultura; Corina se alojó en casa de la vizcondesa de Gaville, en compañía de Sofia, Blanca y Mad. de Saint-Pierre, durante la ausencia de su padre; y la señorita de Comerford pasaba los días con ellas en el arrabal de *Junqueras*, y las noches en su nueva habitación de la *calle de los Baños*, donde se veían aun en los sótanos ciertos vestigios del tiempo de los árabes, que dejaban conocer á primera vista que en aquel sitio, y en algibes de rico mármol de Carrara solían hacer sus *abluciones* los sectarios del *Islamismo* cuando eran dueños absolutos de la *España mauritana*.

Una noche, á cosa de las once, hora en que Josefina solía retirarse agarrada del brazo de Guerrero de casa del vizconde de Gaville, y en que ambos iban á

pié departiendo sobre los incidentes del día, y dirigiendo sus pasos con bastante velocidad hácia la *calle de los Baños* al favor de un gran farol, con el que les alumbraba el criado de la Comerford, que les precedía, esta dirigió á su compañero la siguiente pregunta:

—Digame vd. Guerrero, ¿cuándo vamos á *Sarriá* á entregar la carta al reverendo padre Marañon, y á ver al mismo tiempo si habrá por allí, junto *al desierto de los Capuchinos*, alguna casa solitaria y de recreo, para que podamos pasar en ella ciertas temporadas del año?

—Cuando vd. guste, replicó Guerrero; cabalmente tenía ánimo de proponerle á vd. ese paseo mañana que no tengo mucho que hacer en la Cancillería, y el de ver una casa ó *Torre* contigua al desierto, que está en venta, y por el pronto se puede alquilar; tiene muchas comodidades; un buen jardín, un lagar, viñedo y bosque, y pertenece á un amigo mio que no exige grandes alquileres por su quinta.

—No me parece mal el pensamiento, y si á vd. le viene bien saldremos á las siete de la mañana en un coche alquilon de esos de colleras que se encuentran junto á la puerta del Angel á todas horas. ¿Acomoda así amigo Guerrero?

—Sí, me acomoda, amable Pepita; está bien, y yo vendré por vd. á las seis y media sin falta, contestó Guerrero algun tanto turbado.

En esto los dos estaban al llegar al umbral de la puerta de la casa de Josefina, cuando se despidieron, recalcando ella mucho en las palabras:

—¡Hasta mañana!

Y él, en las de:

—¡Sin falta; á las seis y media!

Esta hora temprana sería la que daba el reloj de la parroquia de *San Jaime*, cuando el mayoral de un vistoso coche de colleras paraba sus seis mulas, fantásticamente enjaezadas, á la puerta de la casa de la señorita de Comerford, y apeándose del pescante, dió la mano al secretario del vizconde de Gaville para ayudarle á poner el pie en tierra. Josefina que habia oído el alegre son de las esquilas y cascabeles del ganado mular, inquieto, á quien las moscas picoteaban, mientras ella se hiciese esperar á la puerta de la calle, bajó las escaleras de la casa con la rapidez del águila, y se encontró en el primer tramo con el jóven Guerrero que subia con igual velocidad para ofrecerle la mano, ayudarla á pisar el estribo del coche, y á embutirse en el mullido cogen de la *testera*. Elena, la doncella de Josefina, se colocó al lado izquierdo de su ama, y Guerrero tomó *el bidrio* frente á frente de Elena, por no obstruir la vista de la hermosa campiña que iban á recorrer, á la huérfana de Comerford.

—¡A *Sarriá*! fue la orden que diera Guerrero al elegante cochero de *marsellé*, *gorro colorado* y finas *alpargatas*, y á la que el mayoral contestó, crugiendo el cáñu-

mo de la tosca *fusta*, y exclamando con voz sonora y acento muy marcado:

...¡*Morota, Morota!* ¡*Coronela!* ¡*Pastora!* ¡*Capuchina!* ¡*Gallarda!* ¡*Capitana!!!* Nombres todos de las seis bestias que iban dirigidas por la calle *de los Baños* por un mozalvete ó *zagal* montado en la mula de la izquierda de la pareja delantera, echando chispas del pavimento de piedra berroqueña que pisaban con tanta ligereza como el gamo perseguido por los alanos pisa la pradera para refugiarse en el bosque. Pronto atravesó el coche de colleras la cuadrilonga plaza *de Santa Ana*, y pasó el puente levadizo de *la puerta del Angel*, donde ya las mulas suspendieron el galope para entregarse á su instintivo *trotecillo* de camino, que es el natural con que viajaban entonces tan pausadamente los coches de alquiler.

La doncella Elena se quedó dormida en el rincón de la testera del carruaje, mientras su ama admiraba las bellezas del inmenso caserío que esmalta la llanura fértil y bien cultivada de las afueras de la ciudad de Barcelona; y como Josefina observase que Guerrero estaba pensativo y nada de nuevo la decía:

—¿Qué tiene vd., amigo mio? le preguntó la señorita de Comerford. ¿En qué va vd. pensando?

—Nada tengo, repuso Guerrero, que vd. ignore, y por lo que hace á la segunda pregunta de vd., añadió, puedo asegurar que no pensaba absolutamente en mí, sino en vd. y en la situación actual de España.

—¡Dale con la situación de España! exclamó Josefina

algo mortificada al ver la frialdad é indiferencia de Guerrero. ¿Y qué tiene que ver la España con lo que vd. haya ido pensando de mí?

—¡Mucho, Pepita, mucho! replicó Guerrero con espression y abatimiento; ¡mucho!.. Y si las cosas no varian no puedo ser feliz.

—No se amilane vd., querido mio, observó Josefina; no se amilane vd., que la felicidad no es del que la busca, sinó del que la encuentra. Hubo un tiempo, y no está aun muy remoto, en que yo creí poder hacerle á vd. feliz, y hoy, con sentimiento mio, veo que ya se disiparon aquellas esperanzas, y que mis espresiones ya no tienen eco en el corazon de vd.

—¡Las persecuciones! Pepita: ¡Los infortunios matan las esperanzas y destruyen la idea de todo *porvenir*. ¡El mio es, por desgracia, poco lisonjero, y la posicion en que me hallo, ha hecho desvanecer de mí entendimiento y de mi corazon la esperanza, entonces fundada, de *ser feliz* con vd. No vaya vd. á creer ahora que yo renuncie ni á mis sentimientos por vd. ni á mis opiniones respecto á España, pero como la ventura de *unirme* á vd. está subordinada á mi suerte, me veo en el duro trance de obtar por el *celibato* mientras yo no recobre mis grados y honores militares, de que tan injustamente fui despojado por el gobierno tiránico y arbitrario de FERNANDO VII, despues de la catástrofe del general LACY.

Josefina se hizo la distraida, y como si no hubiese

oído la última parte de las observaciones que Guerrero le acababa de hacer, le preguntó:

—¿Qué le parece á vd. de Mr. Mimaud?

—Muy bien, contestó el jóven, y á no dudarlo, es hombre que á su mucha erudicion y talento, reúne las circunstancias de ser muy buen mozo, muy amable y elegantísimo en su porte.

—¡Qué lástima que sea protestante! exclamó Josefina en tono sentimental. ¡Qué lástima! volvió á exclamar.

—Y ¿por qué le tiene vd. lástima? ¿No vé vd. Pepita, observó Guerrero, que hombres como Mr. de Mimaud, inspiran mas bien *envidia* que compasion?

—¡Envidia! ¡Ah! ¡vá! eso será á los demas de su clase y condicion, pero no á nosotras las mujeres. Yo, de mí, sé decir que me causa compasion, porque, *de seguro*, el buen señor se condenará si no abjura del *protestantismo* antes de morir.

—Esto no ofrece á mi entender, dijo Guerrero, tantos inconvenientes como á vd. le parece. Si Mr. Mimaud se casase con una *católica* y esta adquiriese sobre él bastante ascendiente para hacerle abjurar de sus creencias erróneas, *el buen señor* se salvaria *de seguro* y se iria derecho al cielo cuando Dios le hiciera pasar á *mejor vida*.

—Sin embargo, amigo Guerrero, observó Josefina, en nuestra tierra se presenta una dificultad que vale por todos los inconvenientes que pudieran removerse

con facilidad para conseguir que Mr. Mimaud se casase con mujer católica; esta dificultad consiste en que el *matrimonio mixto* no se conoce en España.

—Está vd. Pepita hermosa, en un grande error. Nuestras leyes permiten el consorcio entre mujer *católica* y hombre *protestante*, y en Barcelona mismo verá vd. señoritas catalanas casadas con ingleses que profesan las doctrinas de la iglesia *episcopal luterana*.

—Y ¿quiénes son esas señoritas católicas? Preguntó Josefina.

—Hijas de padres muy respetables del comercio de esta capital, replicó Guerrero y luego continuó; por ejemplo las de *Maning*, las de *Kattinger* y otras, que ahora no recuerdo precisamente el nombre, se han casado con *protestantes* ingleses, sin embargo de ser ellas mismas católicas, apostólicas, romanas.

—Pero, amigo Guerrero, esos nombres ó apellidos de *Manig* y *Kattinger* no le huelen á vd. á *heresia* mas bien que á *catolicismo*? preguntó Josefina con sobrada hilaridad y sarcasmo.

—No, señorita, repuso Guerrero en tono grave, no, por que en ellas concurren las mismas circunstancias que en vd. Sus antepasados eran extranjeros que se refugiaron á España, unos huyendo las persecuciones religiosas, que sufrían en sus tierras, otros por otras causas; pero es el caso, que ellas son tan españolas y tan católicas como vd. que se llama *Comerford*, *Ma-chron de Sales*.

—El apellido de *Sales* basta para ponerme á mí al abrigo de toda sospechá de *extranjerismo* y de *heregia*, amigo Guerrero, repuso Josefina, y la que cuenta entre sus dignos ascendientes á un *San Francisco de Sales*, no puede confundirse con las hijas de comerciantes y logreros que sabe Dios cuando y de qué manera vendrian á España; y sino, ¿cítame vd. una persona de mi sexo y condicion, ó de elevada alcurnia en España, que se haya casado con algun *protestante*?

—No recuerdo ahora precisamente ninguna, replicó Guerrero, pero es lo cierto, que en nuestra tierra es permitido á las mujeres casarse con *los hereges*, segun vd. se empeña en llamar á los que no son católicos, porque la iglesia española supone en la mujer una influencia poderosa para atraer al hombre á sus creencias y convertirle con el tiempo á la religion católica.

—Siendo así, ya comprendo; dijo Josefina, esa especie de *matrimonio mixto*, y no seria yo la mas esquivada de las mujeres en contraer este *Santo Sacramento* con un *protestante* si lograrse convertir á mi marido á *la fé de Jesus* y á las prácticas del culto romano. En suma, mi mano y mi fortuna han de ser la recompensa de una *conversion* ó de una *transformacion* á las máximas religiosas y políticas que me inculcaron desde mi niñez, mi tío el conde de Briás (*que de gloria haya*) y mi padre espiritual el reverendo O' Tyrell en Dublin. No será nunca la pasion de unos ciegos amo-

rios la que me impulse á contraer matrimonio, no, lo he jurado y lo cumpliré exactamente: el hombre á quien yo otorgue mi mano ha de abjurar antes de todos *sus errores*, y ha de prometerme defender *el altar y el trono* en el caso de que peligren ambas instituciones.

Elena se despertó, y el mayoral del coche de colle-ras, volvió á crugir el látigo y á llamar á las mulas por sus nombres, para indicar á los viajeros, que ya iban entrando en el pueblo de *Sarriá*.

Al llegar á la plaza, el mayoral paró las mulas y preguntó á Guerrero.

—Señor amo, ¿á donde vamos á parar?

—A la posada mas inmediata al *Desierto de los Capuchinos*, contestó Guerrero al conductor del car-ruage.

Pocos instantes despues el secretario del vizconde de Gaville, Josefina y su doncella Elena, se apeaban ya en el átrio del *Hostal-Nou*, posada nueva y muy aseada, en que se alojaron por unas cuantas horas, mientras Guerrero presentára al padre Marañon la carta que para él tenia Josefina, y veían la quinta ó torre que esta habia pensado alquilar por el pronto, y mientras se decidiera á comprarla al amigo de Guerrero, que tenia intenciones de venderla.

El dueño de la posada cedió á sus ilustres huéspedes la principal habitacion del *Hostal-Nou*, cuyos balcones daban á una espaciosa *galeria* ó *azotea*, cubierta de una

parra frondosísima, de la que se mecían con el aire innumerables racimos de uvas de color de púrpura que formaban singular contraste con lo verde y abri-llantado de los pámpanos. En derredor de aquella azotea ó galería había unos bancos corridos de madera de pino, mas blancos y pulidos que el marfil, y una mesa en medio que convidaba al mas inapetente á tomar un refrigerio, ó un almuerzo frugal: tanta era la blancura de los manteles y el aseo de la tosca pero limpia vagilla azul celeste que los esmaltaba. Una fuente de reque-son, otra de *pollastres* fritos con tomate á la sarten, y unas frutas frescas recién cogidas del árbol fueron los manjares que la mujer del posadero y su hija sirvieron á los forasteros, y que Josefina, Elena y Guerrero sa-horearon de mejor gana y apetito que todos los platos exquisitos que solía condimentar con arte y es-mero culinario el cocinero afamado de la casa de Ga-ville.

Apenas concluyeron el almuerzo, cuando Guerrero se separó de Josefina para ir al convento de los padres Capuchinos á preguntar por el padre Marañón. Un camino llano y anchuroso bordado de tupidos cipreses, cuyas cumbres piramidales tocaban al parecer á las nubes, conducía desde la puerta, por decirlo así, del *Hostal-Nou*, á la religiosa morada de aquellos santos varones. Guerrero recorrió á pié la distancia de media milla que podria distar el convento de la posada en que quedaba aguardándole la señorita de Comerford

con su doncella, en menos de quince minutos, y se anunció en el pórtico del edificio tocando la campana del *parlatorio*.

Un lego barbudo, cabizbajo y macilento, acudió al umbral de la puerta en que estaba Guerrero, gritando, ¡ *Ave Maria purísima!*

—*Sin pecado concebida?* exclamó el lego, y luego añadió: ¿Qué se le ofrece hermano?

—Saber si en esta santa casa, dijo Guerrero, vive un fraile que antes lo fue de *la Trapa* y se llama padre Marañon.

—Sí, hermano, replicó el lego; aquí le tenemos *conventual*, y es un santo varon de prendas muy estimables.

—¿Se le puede ver y hablar? preguntó Guerrero.

—No habrá en ello inconveniente, hermano, repuso el lego; pero mejor será, señor, que entreis en el *Desierto* donde el padre Marañon pasa los días rezando y cultivando las flores y arbustos, porque es un gran *botánico* y célebre *hortelano*...

Y diciendo y haciendo abrió el candado de una puerta pequeña con verjas de hierro que daba salida del *parlatorio* al *Desierto*, y mostró el camino á Guerrero, que le seguía sin desplegar los labios.

Poco habian andado cuando llegaron á una especie de *plazoleta* circundada de chopos y copudos castaños, en medio de la cual habia una fuente rústica que vertia sus cristalinas aguas en un estanque en que sur-

caban casi en la superficie millares de pececitos de colores. Un silencio imponente reinaba en aquel santo recinto, donde con dificultad penetraban los rayos del sol: tal era la espesura del arbolado y la frondosidad de los simétricos arbustos que guarnecian los varios senderos que partian de aquella *plazoleta* como otros tantos ródios de una estrella polar.

—¿Veis, hermano, al que allí viene hácia nosotros? dijo el lego á Guerrero indicándole con el dedo á un religioso que se dirigia á la *plazoleta* por uno de aquellos senderos; pues él es el padre Marañon, á quien buscáis. Es hombre de buen consejo, si es que venis al *Desierto* para hacer *confesion general*: con él os quedad, y con Dios, que yo me retiro al *parlatorio*.

Y el lego se retiró encapillándose la capucha del hábito y apretándose el cordon blanco de cerda que ceñia su cintura para mantener unidos simétricamente los pliegues del paño burdo de su oscuro sayal.

Pocos momentos despues llegaba el ex-fraile de la *Trapa* al borde del estanque de la *plazoleta* donde estaba Guerrero de pié y en ademan pensativo.

—¡Alabado sea Dios! exclamó el amigo de Josefina, ¿es vd. el padre Marañon?

—El mismo, hermano, contestó el fraile, y vuestro mas humilde capellan, añadió, dándole una de sus manos á besar: ¿en qué puedo servirlos?

—No vengo, reverendísimo padre, á implorar por ahora el santo ministerio que vd. ejerce, contestó Guer-

pero, sino á entregarle esta carta de recomendacion de parte de una señorita que acaba de llegar de fuera del reino , y ha venido conmigo esta mañana á *Sarriá* con este objeto y el de visitar este ameno sitio; pero habiendo sabido que en el *desierto* no entran mujeres, me ha suplicado.

—Basta hermano, interrumpió el de la Trapa cogiendo la misiva; conozco la letra, y la persona que me la trae puede contar con mi humilde proteccion y con los consejos espirituales de mi sagrado ministerio. Me enteraré de su contenido, con vuestro permiso, y como yo suelo bajar á Barcelona una ó dos veces cada semana á visitar al padre provincial que está en el convento de capuchinos de la ciudad, yo mismo me pasaré por la casa en que habita esa señorita, con quien habeis venido á *Sarriá*.

Mientras el fraile leia la carta del jesuita O'Tyrrell, Guerrero le miraba de pies á cabeza para *tomarle la filiacion*, como solia hacerlo en mejores tiempos, cuando era coronel, con los reclutas destinados al cuerpo de artilleria.

Era el padre Marañon hombre de unos treinta y cuatro años, buen mozo, alto y algo *fornido*: tenia frente espaciosa y *cerquillo* bastante poblado de pelo castaño; poco prominente el *occipital*: ojos grandes y negros muy rasgados, llenos de espresion y gesto pensativo; cejas y párpados como el cabello, nariz griega, boca regular, labio enjuto; hermosa dentadura, barba on-

dulante sobre el pecho, pero á pesar de ser muy espesa y tupida, se traslucía entre su crespada frondosidad de vello un crucifijo de metal dorado que pendia de un cordón de seda negro que traia al rededor del cuello. En la cintura, á mas del cordón blanco y nudoso que sujetaba los pliegues del hábito, llevaba tambien una correa abrochada con una hebilla, entre la cual se veia relucir el mango de una *podadera* ó cuchillo de monte. El rostro del padre Marañón, aunque tostado por el reflejo del sol, indicaba robustez y ardimiento; en suma aquel fraile, vestido en otro traje, hubiera podido exigir contribuciones á los viandantes en un camino real á despique de los de la *Santa Hermandad*, de que nos habla en su *GILBLAS* el aventuroso y festivo *Lesage*.

—¿Quereis, hermano, visitar el *Desierto*? preguntó á Guerrero el padre Marañón, así que acabó de leer la carta.

—Con mucho gusto, padre, replicó el mensajero de Josefina; he oido hablar tanto de este ameno y religioso retiro, que me aprovecharé ahora de la bondad de vd. para admirar sus bellezas.

—Aqui, hermano, hay poco que admirar, repuso el de la Trapa, como no sea el arte y la naturaleza, ó el trino constante del ruiseñor, ó el plañido cántico de la tórtola, ó el murmullo constante de las aguas, que por mil canales fertilizan este terreno, y dan vida y lozanía á tantas flores y arbustos como veis en toda su superficie. Un muro de mampostería circunda el *Desier-*

to, cuyo diámetro será de una milla inglesa poco mas. Centenares de *cipreses* forman al pié de esta muralla una línea de compactas centinelas, encargados por la naturaleza de mantener aquí el silencio, la meditacion y la tristeza. Los álamos, acacias, castaños y nogales, atraen con su perpétuo verdor las nubes que se reclinan y cobijan en la falda del monte de *San Pedro Mártir*. El mirto, el boix, la rosa, el nardo, la tulipa, la azucena, el lirio y la violeta, y el jazmin que trepa por esos naranjos, perales, granados y limoneros, sirven á quebrantar el monótono verdor de la selva y á dar al alma aquella paz de que tanto necesita el hombre cuando quiere consultar y comulgar con Dios.

Así hablaba el padre Marañon con Guerrero, á medida que pausadamente iban los dos, mano á mano, recorriendo los caminos, veredas y encrucijadas del *Desierto*.

—Esas fuentes rústicas que veis, son obra del arte y de la industria de los frailes Capuchinos, y el murmullo de sus aguas, contribuye á la feliz melancolía del solitario *pecador* que á ellas se acerca para contemplar en esa *isleta* el cuadro desgarrador de la peste que azotó á la populosa ciudad de Barcelona, á fines del siglo XVI.

En efecto, en una especie de isla y casi en el centro del *Desierto*, habia ese espectáculo horrendo, formado de figuritas de barro que representaban á lo vivo los episodios é incidentes mas horribles de un pueblo aco-

metido de una plaga universal. Allí se veían los vecinos de Barcelona atacados del *bubon* pestífero del Levante, en los momentos de su agonía, rodeados de frailes que les ayudaban á *bien morir*; otros muriendo tan repentinamente y sin auxilios espirituales, que sus deudos y amigos los hacían en montones para quemar los cadáveres antes de que se propagase mas la putrefacción. Por último, el cuadro ó *paisage* de entero relieve sobre la superficie de la isleta que el padre Marañon enseñó á Guerrero, representaba á tal punto de exactitud artificial aquella calamidad pública, que hubo de suplicar á su *Cicerone* que suspendiera la esplicacion de aquel cuadro desgarrador y le permitiera retirarse del *Desierto*, por no hacerse aguardar de Josefina tanto tiempo en el *Hostal-Nou*.

El padre Marañon accedió gustoso á la insinuacion de Guerrero, le dió la bendicion y otra vez la mano á besar, y le preguntó con afable continente:

—¿Me dirá, hermano, dónde vive en Barcelona la señorita de Comerford?

—Sí, padre, con mucho gusto, respondió Guerrero: su casa está situada en la *calle de los Baños* número 6, á la derecha, entrando por la de *Escudillers*, y ahora trata de alquilar ó comprar una quinta aquí en *Sarriá* contigua al *Desierto*; yo voy á buscarla al *Hostal-Nou*, para ir con ella á ver si le gusta y tiene las comodidades que ella desea, y si vd. no me manda otra cosa, yo me retiraré, reverendísimo padre.

—Nada, nada, hermano, replicó el fraile, ¡vaya bendito de Dios! y diga de mi parte á *doña Pepita*, que me considere desde ahora como á su *director espiritual*, porque ya yo la cuento en el número de mis *hijas de confesion*.

Guerrero dejó el *Desierto* haciéndose *cruces*, y dando la mano al lego de las barbas que volvió á encontrar en el *parlatorio*, salió del convento de los Capuchinos de *Sarriá*, echando chispas para ir á encontrar á Josefina y la doncella Elena, que le esperaban en el *Hostal-Nou* desde las nueve de la mañana, y erau ya las doce del día.

El mayoral tenia sus mulas enganchadas en el coche de colleras cuando llegó Guerrero á la posada. Josefina y Elena que le habian visto venir corriendo, se apresuraron á bajar y se metieron en el carruage mientras él pagaba al posadero la pequeña cuenta de los *pollastres, requesones y frutas frescas* del almuerzo, y antes que él pudiera ofrecerles la mano para poner el pie en el estribo.

Despachado ya el dueño de la posada, y hecho el *regalito* de costumbre á la niña que les sirviera á la mesa, entró Guerrero en el coche y mandó al mayoral detener las mulas á la puerta de la *Torre den Negre*, que así se llamaba la quinta, antes de llegar á la plaza.

Josefina encontró en ella cuanto apetecia para pasar allí la primavera y el otoño, y desde luego encar-

gó á Guerrero diese los pasos necesarios para que desde aquel dia corriese ya el alquiler de la casa de campo por su cuenta.

Una hora despues estaban de vuelta á Barcelona; Josefina vistiéndose para ir á comer á casa del vizconde de Gaville, y Guerrero sentado en la Cancillería del Consulado general de Francia, enterándose de la correspondencia oficial que durante su ausencia le habia traído el cartero.

CAPITULO XIII.

LA LEYENDA.

«*Il riso col piacer stassi raccolto,
E trionfa negli occhi amor sepolto.*»

(MARINI.)

Blanca de Gaville pasó el día impaciente y agitada desde que su hermana Sofia, al levantarse por la mañana, le dijo:

—Hoy no tenemos lección.

—¿Por qué? preguntó Blanca sobresaltada.

—Porque el señor Guerrero ha salido muy temprano de casa, replicó Sofia, y según me ha dicho la *bonne* no volverá hasta la tarde.

—¿Y no le has preguntado á donde ha ido? interrogó Blanca nuevamente á su hermana.

—En verdad que estuve por preguntárselo, repuso Sofía, pero me contuve por no parecer demasiado inquisitiva y curiosa á los ojos de *Alphonsine*, (que así se llamaba *la bonne* de la señorita de Gaville).

—¡Conque, es decir que hoy almorzaremos sin.... sin... sin dar lección de español! exclamó Blanca con una afectada sonrisa, y luego añadió: lo siento mucho, porque ya tengo preparado el *Tema* que he traducido del inglés al castellano, y queria leérselo al señor Guerrero antes de recitarlo en el salon esta noche, no sea que haga *fiasco* y me silbe el auditorio.

—No te apures, hermana mía, que como no te silbe el mismo señor Guerrero, nadie te puede silbar en el salon, porque, ni Mad. de Saint-Pierre, ni Corina, ni mamá, ni yo, tenemos bastante fuerza de pulmon para hacerlo, y Mr. Mimaud y Ricardo, que podrian silbarte, porque son bastante *burlones*, tú sabes que están viajando juntos por el Principado y aun tardarán en volver algunos dias.

En cuanto á papá, nada tengo que advertirte para que te tranquilices: tú sabes que cada dia entiende menos el castellano; y ademas, es tan indulgente contigo, que aun cuando digeras cualquier disparate, no seria él quien diese el grito de censura.

—Pero dime, Sofía querida, ¿de dónde te has sacado tú que Mr. Mimaud es *burlon*? preguntó Blanca á su hermana.

—De una carta que recibió su hija Corina ayer, fe-

chada en Tarragona, contestó Sofía, en la que le hace una minuciosa descripción de la catedral antigua de aquella ciudad, construida hace muchos siglos por los fenicios, y para probarle que los catalanes han hecho pocos adelantos en la agricultura, le dice que en la frisa de los chapiteles de las columnas de aquella metropolitana iglesia, hay un bajo relieve de mármol blanco que representa el entierro del gato por las ratas, y que los ratones que arrastran al difunto *Misifus* en un carro fúnebre, llevan también en hombros los instrumentos para abrir la sepultura, y que dichos instrumentos son la pala, el pico y el hazadon, de la misma hechura que los útiles de que hoy mismo se sirven aun los labradores del campo en todo el Principado de Cataluña. Con eso Mr. Mimaud quiere dar á entender á Corina, que pronto volverá de su *romería científica*, porque no encuentra pábulo á su ambición de aprender, ni objetos para enriquecer su entendimiento en materias industriales. Le habla también del arco de Barà ó sepulcro de Scipion que está junto á la Torre den Barra, en medio del camino real que corre paralelamente con la playa del mar; y le dice que es una lástima ver un monumento tan antiguo y precioso reducido casi á ruinas por incuria de los habitantes del país. En fin, le dice tantas cosas á su hija, de lo que ha visto en Cataluña, y lo hace con tanto chiste y tanta sal, que yo he llegado á creer que Mr. Mimaud es muy *burlon*, y lo prueba más que cuanto yo pudiera alegar en apoyo de mi opi-

nion, la burla que hace del *entierro del gato por las ratas* en la catedral de Tarragona.

—¿Y Ricardo ha escrito también? preguntó Blanca.

—Sí, mamá tiene carta suya en que le dice que dentro de pocos días estará aquí con Mr. Mimaud, respondió Sofia.

En esto entró Mad. de Saint Pierre al gabinete en que estaban departiendo juntas Blanca y Sofia.

— ¡ Buenos días, queridas primas! exclamó la de Saint-Pierre. ¿Qué me decís de la señorita de Comerford?

—Nada, absolutamente nada que no sea en su elogio, replicaron las dos hermanas de Gaville; es tan hermosa, tan erudita y elegante en sus modales, que si Dios no lo remedia, ha de hacer muchas víctimas en Barcelona.

—Me parece que la primera ha de ser Mr. de Mimaud, observó Mad. de Saint-Pierre, porque según he notado, la señorita de Comerford tiene gran predilección por los protestantes, apesar de que ella es católica hasta la médula de los huesos. Hablo así porque Corina me ha enseñado una carta de su padre, en que le habla de Josefina como si se tratara de una madre, ya por las deferencias que le indica ha de tener con ella, ya por el cariño con que quiere que la trate, y.....

—Pues yo creo que el señor Guerrero ha de ser la segunda víctima de Josefina, interrumpió Sofia, mirando fijamente á Blanca, porque apostaria cualquier cosa

que su escapada de esta mañana habrá sido por cumplir con ella.

Blanca, afectando una alegría que no tenía, y hojeando el manuscrito del tema que conservaba en la mano, soltó una fingida carcajada, y dijo:

—Por lo que hace al secretario de papá, desde luego respondo que no será la señorita de Comerford quien captive su corazón; podrá disponer de él como se dispone de un *amigo íntimo*, pero en cuanto á...

Corina entró en aquel momento con la señora vizcondesa en el gabinete, y la conversacion se generalizó hasta que los criados avisaron á las señoras para que fueran á tomar el desayuno.

Al concluirse el almuerzo, Blanca se retiró á su habitacion para peinarse y vestirse, y llamó á la *bonne Alphonsine* para que al paso le digera á que hora habia salido Guerrero, y si sabia á donde habia ido. *Alphonsine* le refirió como *Bonet*, que servia de *ayuda de cámara* al secretario del vizconde de Gaville, le habia dicho que su amo saliera temprano para acompañar á la señorita de Comerford á *Sarriá*, y que probablemente no volveria hasta las cuatro ó las cinco de la tarde.

—¡Por el amor de Dios, *Alphonsine*, no me tires tanto el cabello para hacerme la trenza, que me haces mucho daño! exclamó Blanca casi llorando.

—Señorita, vd. me perdone, repuso la *bonne*, esmerándose mas al pasar el peine con dulzura por el dorado y ondulado cabello de su ama, nunca fue mi ánimo...

—¡Basta , basta , querida *Alphonsine!* no digas mas. Ya pasó el dolor. ¿No te parece que el señor Guerrero y la señorita de Comerford son muy amigos? preguntó Blanca á su doncella con espresion é interes.

—Si he de decir la verdad , señorita , por lo poco que he visto , dijo *Alphonsine* , me parece que lo son , pero observo que el señor Guerrero la trata con bastante frialdad cuando salen juntos por la noche para acompañarla á su casa , y que muchas veces , mientras el criado enciende el farol para alumbrarles por la calle , y ella toma el abrigo en la antecala , se disputan y , aunque yo no entiendo lo que dicen , los gestos que hace la señorita de Comerford y el semblante serio que pone el señor secretario al darle la mano para bajar la escalera , me inducen á creer que no reina entre ellos la mejor armonia.

—Ahora si , querida *Alphonsine* , que me pasas bien el peine y no me haces daño , observó Blanca. Si siempre me peinases así , nunca me quejaria. ¡ Dime , dime ! ¿ y tú crees que la señorita de Comerford y el señor Guerrero estarán ahora en *Sarriá*?

—Es natural , replicó la doncella ; sou las doce del dia , y hasta las cuatro de la tarde que el señor Guerrero no ha de volver , lugar tienen de pasearse juntos y hacer las paces.

—No hablemos ya mas de eso *Alphonsine* , dijo Blanca mordiendo el labio y afectando bastante hilaridad , despáchate pronto , muchacha , hazme los rizos y dé-

jame sola , que tengo que repasar el *tema* que he escrito en castellano para recitarlo esta noche en el salon , y tiene por título *Las malas lenguas*. Si la señorita de Comerford y el señor Guerrero supieran lo que aquí hemos estado diciendo de ellos , creerian que *las nuestras* son tan malas como las de las damas españolas *Juanita y Matilde* , que lo eran de la corte de los reyes católicos en Burgos por los años de 1495 y 1496 , cuando doña Margarita de Austria se casó con don Juan , príncipe de Asturias.

—Yo no se nada , señorita , de esos reyes católicos , ni de doña Margarita , ni del señor don Juan , dijo la doncella , pero puedo asegurar á vd. que *la murmuracion* , aunque es *hija bastarda del entendimiento* , es tan válida hoy entre las gentes , como lo pudiera ser en el siglo XV , y que sin ella no hay trato ni conversacion gustosa . Asi es que vds. en el salon , y nosotros los criados en la antesala , nos alimentamos murmurando de todo el que entra y sale de la casa , de lo que pasa en ella , y de lo que sucede en la vecindad .

—¡Por Dios , *Alphonsine* , que no digas á nadie lo que hemos estado hablando aquí entre nosotras ! exclamó Blanca al levantarse de la silla , y dando una palmada en la espalda de su doncella , que se retiraba del tocador de su ama .

Las horas que faltaban hasta la de comer las pasó Blanca de Gaville , parte en conjeturas sobre la ida del secretario de su padre con Josefina á *Sarriá* ; conjeturas

que la entristecian visiblemente , y destruian la paz de su corazon; parte en retocar el *manuscrito* de la *leyenda*, para que Guerrero admirase su traduccion , y por último, tocando en el piano las variaciones de aquel tema de Rossini en el TANCREDO, *di tanti palpiti, di tante pene, da te, mio bene, spero mercé.*

Acosa de las cuatro y media de la tarde se levantó precipitadamente del piano, miró al reloj del salon, en que estaba sola y sin testigos, exhaló un suspiro, y se escabulló por una de las puertas que daban al jardin, para ir á la Cancillería y al despacho del vizconde.

Apenas entró en la oficina del Canciller, cuando ya descubrió á Guerrero sentado junto á la mesa de escribir, apoyada la cabeza sobre la palma de su mano derecha y en ademan y gesto pensativos.

—¡Ah! ¿vd. por aqui, señorito? Dichosos ojos que le ven á vd! exclamó la niña dejando entrever en los suyos el brillo de dos gruesas lágrimas de placer, y el inmenso amor que tenia sepultado en su pecho.

—¡Blanca divina! exclamó Guerrero, abandonando su actitud y su gesto. ¡Perdon! ¡Perdon! ¡Angel mio!.. No habia reparado en vd. por lo mismo que estaba vd. en mi absorto pensamiento. ¿Qué hay? ¿Qué sucede?

—Nada por aquí, señor Guerrero, repuso Blanca con una sonrisa sarcástica, nada sucede que deba alarmar á vd. ni agitarle al punto que vd. me dicra á entender. Todo está en casa como vd. lo dejó esta mañana temprano cuando se fué á *Sarriá* con la señorita de Comer-

ford. ¿Que tal se ha pasado el día?

—Ni bien, ni mal, señorita, contestó seca y tristemente Guerrero á su adorada Blanca. ¡He cumplido un deber de *amistad*, y he faltado, como maestro, á mi *querida discipula!* Ya estoy aquí; impóngame vd. el castigo. Y diciendo estas palabras, Guerrero se arrodilló á los pies de Blanca de Gaville.

En aquel momento se abrió la *mampara* de la Cancillería, y se asomó un rostro escudriñador, medio cubierto con una mantilla de blonda negra. Era Josefina de Comerford que acababa de llegar de la *calle de los Baños*, temerosa de que la estuviesen esperando para comer la señora vizcondesa, sus hijas, Corina y Mad. Saint-Pierre en el arrabal de *Junqueras*. Por fortuna Pepita retrocedió al punto, sin poder distinguir claramente los objetos que veía en la Cancillería, gracias á la débil luz que penetraba aun al través de las *persianas*, y á lo tupido del velo que la cubría la mitad de la cara.

La confusion de Blanca y el sobresalto de Guerrero en aquel instante, son mas fáciles de concebir que de espresar. Ambos se quedaron corridos, y se separaron sin poder articular por entonces ni una sílaba mas. Sin embargo, Josefina no les habia reconocido, y ellos ignoraban aun quien era la persona que habia entreaabierto la *mampara*; y como la de Comerford se coló sin cumplimientos al aposento de Corina que estaba en el cuarto principal, Blanca tuvo el tiempo suficiente para atravesar el jardín, reponerse de su agitacion y presen-

tarse en la sala antes de que pareciese Josefina.

A poco rato entraron en el salon el vizconde de Gerville, apoyado del brazo de Guerrero, la vizcondesa dando el suyo á la señorita de Comerford, y Corina al lado de Mad. de Saint-Pierre. Blanca, sentada al piano, tocaba las mismas variaciones de Rossini, y tenia al lado izquierdo la *leyenda* que le habia dado Guerrero á traducir.

—Esta noche no hay *tortilla* (tertulia), hija mia, dijo el vizconde dando un beso en la frente de su hija Blanca, y tendremos el gusto de oir leer tu *obra maestra*. Esta composicion tuya, en castellano será muy buena, pero si á todos les causara el mismo efecto que á tu padre, no habria uno de *los oyentes* que no se quedase dormido esta noche en el salon. Todos los *Chef d'œuvre* de los principiantes me causan la misma sensacion *narcótica*, todos me hacen dormir.

—¡Papá, papá! exclamó Blanca, dándole un abrazo muy apretado y afectuoso, ahora vamos á comer; despues del café veremos lo que hemos de hacer para que vd. no se duerma.

—Y lo conseguiremos, observó la vizcondesa, porque colocaremos á tu padre entre la señorita de Comerford y el señor Guerrero, y los dos le irán explicando á su vez la significacion de lo que tú vayas leyendo.

Los criados avisaron que la comida estaba pronta y los circunstantes pasaron al comedor.

Josefina fue quien en la mesa hizo mayormente aquel

dia el gasto de la conversacion. Su paseo á *Sarriá*, la visita de Guerrero al *Desierto de los Capuchinos*, la descripcion de la casa de campo que acababa de alquilar, los planes de recreo y vida agreste que pensaba seguir en ciertas épocas del año, dieron pábulo á la bien nutrida verbosidad de la señorita de Comerford, y desvelaron de tal modo al vizconde de Gaville, que en toda la noche no cerró el ojo: tal era el mágico poder que ejercia en él la lengua francesa bien pronunciada y mejor acentuada por Josefina.

Guerrero, Sofia, Corina y Mad. de Saint-Pierre, se pusieron acordes en la distribucion del tiempo, durante la velada, y convinieron en que, despues del café, Corina leeria una oda á MORFEO para escitar al vizconde á pasar la noche en un sueño: luego, recitaria Blanca *La Leyenda*, Sofia tocaria el piano en los intermedios, y Mad. de Saint-Pierre, cerraria la funcion improvisando un discurso sobre los males que afligen á la sociedad, mientras la señora vizcondesa repartiria las tazas de Té á los circunstantes.

El vizconde de Gaville que supo por Sofia el arreglo convenido, se opuso fuertemente á la *oda á Morfeo*, y quiso que la hija de Mr. Mimaud leyese en francés un monólogo de COLLIN D'HARLEVILLE, titulado «*Los jóvenes del dia.*»

Esta peregrina ocurrencia del padre de Blanca, fue recibida y aceptada por aclamacion, y concluida la comida, y tomado ya el café en el salon, Corina ocupó la

cátedra en aquella especie de certámen literario, y leyó un trozo que traducido al castellano decía así:

«Seré canta en el decir; muy pródiga en admirar, y no me cansaré mucho en aprender, porque los estudios áridos y penosos me fastidian. Muchos que pasan por sábios me dan el ejemplo, cuando oigo que hablan *de todo* sin haber aprendido *de nada*, y se erigen en *criticos* de la sociedad, del teatro, y hasta de las acciones privadas sin respetar lo que pasa en el seno de las familias, mostrándose al público muy *satisfechos de si mismos*.

—¡Basta! basta! señorita Corina, exclamó el vizconde: esto prueba lo que yo digo á vds. muchas veces, que la *juventud del dia* es una fruta sin sabor, madurada antes de tiempo, y que quiere saber mas á la edad de quince años, que los que hemos cursado en la escuela de la esperiencia

Sofía preludió entonces en el piano el himno legitimista de ¡VIVE HENRY IV! y Josefina de Comerford y el vizconde de Gaville se dieron un apretón de mano muy significativo. Corina cedió la cátedra á Blanca, y esta, como si estuviese inspirada leyó su traducción de *Las malas lenguas*, en estos términos:

«Con motivo del nacimiento de la princesa Margarita, hermana del archiduque, con el príncipe de Austria, don Juan, hijo de los reyes Católicos, y heredero de sus vastos dominios, se celebraron en Burgos en 1496, justas, torneos, saraos, comedias, banquetes,

conciertos y otras muchas diversiones que tuvieron en continuo movimiento á toda la corte de España.

«La reina, deseosa de dar mayor interes á los entretenimientos de palacio, ordenó que hubiese un baile de trages caprichosos, sin máscara que cubriese la cara de los concurrentes, dejando en libertad de concurrir, vestidos del modo que solian asistir á otros bailes, á los que no quisiesen disfrazarse.

Alli aparecieron con no poca admiracion, diversos trages asiáticos, africanos y sobre todo preponderaban en el salon los ricos y fantásticos ropages de los habitantes indigenas de aquel vastísimo continente que acababa entonces de descubrir CRUSTOVAL COLON, y que con injusticia tomara despues el nombre de *Americo-Vespuci*.

Al mismo tiempo que en el salon principal la juventud se entregaba con loco ardor al baile y á la danza, en otra parte resguardada de una vistosa *mampara*, sembrada de vivisimos y coloreados paisages de la India, pasaba el siguiente diálogo:

—¡Buena moza! ¡válgame Dios! exclamó Matilde, hija del conde de Cabra, y que llamen «*Buena moza*» en Burgos á una *solterona* de treinta y cinco años cumplidos! ¡*Buena moza* á una corcobada!

—Sin duda tienen cataratas en los ojos, replicó Juanita, sobrina del marqués de Cádiz, los que tienen valor de llamar así á esa vanidosa que tú dices, cuyo mérito ridículo consiste en su empalagosa afectacion y

en querer andar tiesa como un huso.

Y Juanita que era tan pequeña de ingenio como de cuerpo, comenzó á abrir y cerrar el abanico con tanta precipitacion y despecho, y á revolver el café de la taza que tenia en la mano izquierda, que poco le faltó para derramárselo todo sobre la falda de su propio vestido.

Matilde dirigió entonces la vista hácia el salon, en donde estaba cuanto habia de mas lucido en la corté, sobresaliendo entre las mas bellas señoras la mujer que era objeto de su maledicencia.

—Podrán llamarla *buena moza* cuantos quieran adularla, dijo Matilde, despues de una breve pausa; pero aquel lunar que tiene junto á la barba la desfigura muchísimo: tampoco sé quien le hace las *cotillas*. ¿No ves, Juanita, que poca gracia tiene en el vestir? ¿Y qué diremos del capotillo negro con que se presenta en el baile, disculpándose con que tiene frio? Apostaria cualquiera cosa que ha gastado mas de una onza de albayalde y media de arrebol para pintarse la cara y el cuello.

—No he reparado en todas esas pinturas, replicó Juanita, mas luego pienso observarla bien de cerca, porque en verdad ¡aquella blancura no es de nuestros climas!

—¿Y qué me dices de esos pisaverdes cortesanos? preguntó Matilde poniendo en la cresta de la *mampara* el guacamayo favorito de la reina, y que era regalo que

COLON había hecho á S. M. C. de vuelta de su primer viaje al Nuevo Mundo.

—Te diré que no hay uno entre ellos que sepa tratar á una dama como es debido, ni acercarse á mí como yo me merezco, repuso Juanita; pero la reina se ha embahucado de esos *mequetrefes*, y se precia de tener á su lado á los mas hábiles consejeros de España, y tú bien sabes que muchas veces aquellos que se tienen por hombres de mucho saber y buenos *estadistas*, suelen ser unos *pollinos* en materias de gobierno, y unos soeces en cuanto al trato de señoras. Has de tener presente, mi querida amiga, que he hecho cuanto he podido para destruir el prestigio y el valimiento de que goza en Burgos esa que ahora se nos presenta con tantas pretensiones de hermosura, y no sé como hay tantos majaderos que la admiren.

—«Pasando á otra cosa ¡Matilde! exclamó Juanita, ¿piensas aun lo mismo que pensabas del duque de Alba hace poco tiempo? Mira que desde que su mujer, que era un dragon, le hizo el favor de dejarle viudo, es hombre que vale la pena de que una jóven hermosa como tú, le hubiese echado el anzuelo.»

«Matilde se mordió los labios al oír una salida tan intempestiva é impertinente de parte de Juanita, que hacia alarde de ser tan su amiga, y queriendo disimular, se contentó con responder á Juanita simplemente que había mudado de parecer, porque el duque era demasiado presumido, veleidoso y libertino, y que esta clase

de hombres no es la que mas conviene á una señorita para hacerla feliz despues de casada.

Las dos *parlanchinas* sabian muy bien que semejantes diálogos no se podian tener sino á *media voz* en palacio, pero como el rincon en que estaban metidas, estaba algo remoto del bullicio principal del baile, y el concurso de los bailarines se agolpaba á otros salones, porque ellas no tenian demanda para los *minués* y contradanzas *redondas* que en aquella sazón se bailaban, ni la naturaleza se habia complacido en dotarlas de gracias personales ni hermosura, por eso se despicaban á porfia en dar rienda suelta á su crítica mordaz, y arrojaban con sus lenguas viperinas hiel y vinagre sobre los ausentes.

Esas dos que, mejor que *damas de honor de la corte* de la reina Católica, llamaremos *mugercitas*, eran amigas, porque ambas eran *maldicientes*: cuanto habia de virtuoso, amable y bueno, gracioso, jóven é inocente, ó bello en el palacio, no escapaba á sus calumniosos tiros. Sin embargo, Juanita y Matilde nunca se mordian recíprocamente sino despues de haber despedazado las reputaciones ajenas, y estrujado completamente el buen nombre y fama de cuantas gentes conocian, en cuyo caso, para que sus lenguas no estuviesen ociosas, solian despellejarse una y otra.

En uno de estos momentos de mútuo solaz y escopeo de palabras, se encontraban las dos murmuradoras, acusando Juanita á su *amiga* Matilde de haber te-

nido clandestinos tratos con el duque de Alba, en tiempo que este era casado, y Matilde disculpando sus caprichos y *niñerías* con una *loca pasión* que ahora sacrificaba en las aras del deber, no obstante de que era ya vindo, cuando de improviso le vieron venir dando el brazo á la *hermosa desconocida*, á la rival de Matilde, á la que ella y Juanita negaban el dictado de *Buena moza*, y entonces como por ensalmo, exclamó Matilde:

—¡Chiton! Ellos vienen hácia este sitio, y ahora que esa muchacha atrae al lado del duque la atención general de las gentes de palacio, será mejor que empleemos en ella nuestras lenguas, y no en nosotras mismas.

—Tienes razón, *querida*, repuso Juanita; mas al oírte decir el modo con que te has descartado del duque.....

—¡Cállate, mujer! exclamó otra vez Matilde, interrumpiendo á Juanita al ver llegar al duque de Alba, acompañando con mucha gracia á la hermosa muchacha que era objeto de la murmuración, hasta ponerla en un sillón vacante, junto á la mesa en que estaban las dos malas lenguas, y reclinándose el duque en el espaldar del sillón de su dama, correspondió friamente al saludo que Matilde y Juanita le hicieron.

—¿No observa vd. Matilde, dijo el de Alba, como el Guacamayo que le entregó la reina hace una hora para que le cuidara vd., ha aprendido también las triquiñuelas de la corte?

Oyendo Matilde esta pregunta satírica, se levantó de la silla que ocupaba al lado de Juanita, para bajar del

biombo el pájaro que estaba con su agudo pico destrozando el papel chinesco, y el duque, al ver la actitud de Matilde, volvió á la carga y dijo:

—Muy pronto ha aprendido á su lado de vd. á destruir con su propio *pico* lo que coge, como si hubiese nacido en este palacio ó en el de Madrid.

«La mano de Matilde temblaba de rabia al agarrar el guacamayo y descubria su agitacion interior; pero Juanita, con mas presencia de espirita, volvió á otro lado la cabeza, dejando ver con toda su perfeccion y plenitud los efectos de una nariz ancha y arremangada. Un instante despues, las dos amigas maldicientes se perdieron de vista entre la multitud, teniendo buen cuidado de decir á voces por donde pasaban, que el duque de Alba quedaba á solas y detras de la *mampara*, en dulce coloquio con la *bella desconocida*.

«A pesar de la malicia que envolvía tan picaresca observacion, no hubo ni un solo cortesano que dejase de bailar con su pareja para ir á sorprender en el *escondrijo* al duque de Alba, aunque todos envidiasen la buena ventura que le cabia con la suya, en aquel rincón del *salon de descanso*. Mas no por eso dejó de circular de oído en oído por todos los demas salones de baile la noticia escandalosa. Todas las damas se recataban el rostro con los abanicos para ocultar el rubor que les causara tamaña *descortesía*, accion tan *inmoral*. Megilla habia mas colorada que el carmin, y en la que se pudiera encender una pajucla, al oír contar entre las

mismas señoras, con recalcados comentarios, la escena que, al entender de muchas, pasaba *tras de la mampara*. El mismo condestable de Castilla, que alcanzó á oirla por casualidad, exclamó varias veces: *¡Es posible!* y eso que el condestable era hombre bonachon y no tuvo jamas malos pensamientos.

«Tambien se observó que la reina hablaba con aire risueño al oido de la duquesa de Gandía, mientras el duque de Alba y su hermosa compañera salian con desenfado de *detras de la mampara*, y se ponian de brucees á la baranda de un balcon abierto que daba á los jardines del palacio, para respirar la frescura del ambiente de aquella noche serena.

Juanita, conspiradora ella de si contra las bonitas; hubo de provocar un motin entre las señoritas solteras, que, en el ardor del *pronunciamiento*, la proclamaron *generala en jefe* de una expedicion escuadrinadora que fuese á espiar los movimientos del duque y á ver si *la misteriosa belleza* se dejaba profanar por segunda vez, y si era cierto lo que se decia de que se dejaba abrazar de su compañero.

La reina era sumamente escrupulosa en todo lo concerniente á las buenas costumbres, y por eso las damas y *damiselas*, ofendidas en lo mas vivo de su recato y pudor, querian con sus centellantes ojos y miradas, informar á S. M. C. de lo que habia pasado en el rincón de la sala de descanso, y estaba pasando en el balcon del alcázar que daba al jardin, para que la reina

misma reprobese aquella libidinosa familiaridad; pero S. M., aunque bien notó lo que había, continuó entreteniéndose con la princesa Margarita y con otras damas y caballeros.

Esto, para las maldicientes y amotinadas *doncellitas*, era un arcano, un enigma indefinible. Algunas hubo que ya querían marcharse y abandonar el festin; con todo, prevalecía la curiosidad, y se quedaron aun en los salones del régio sarao, para ver y saber como acabaría aquella función.

En tanto que esto pasaba, el duque de Alba, resuelto á agradar á su nueva esposa, le decia en tono que podían oírle las señoritas capitaneadas por Juanita:

—¿Estas satisfecha, amor mio, con el inocente capricho de la reina?

—¡Ojalá y no lo hubiese tenido tan alta señora! pues veo que soy el objeto de las sospechas de todos los concurrentes al regio festin, y eso, ni me agrada, ni sienta bien á mi acrisolada virtud, replicó la *bella incógnita*.

—¡Riete, ángel mio! riete de esas *mugercillas*, con rietes de señoras y *damas de honor*. Sus calumniosas murmuraciones no pueden mancillar tu fama: todo lo que hacen y lo que dicen es por *envidia*, amiga mia. Yo me he divertido mucho esta noche, añadió el duque de Alba, oyendo los consejos que me han dado algunas de esas reverendas matronas al ver que me ocupaba esclusivamente de tí en el baile.. ¡Cuántas indirectas! ¡cuántas amonestaciones! Ochentona había

de esas de palacio, que me avisaba para que me abroquelase contra tu hermosura: otra, con que tuviera entendido que tú no gozarías jamás de la benevolencia de la reina; la de Oropesa me preguntaba con la malicia que acostumbra, ¿si al fin había caído ya en el *garlito* y mordido en el venenoso anzuelo de tu fascinadora belleza?

—También yo puedo decirte algo, esposo mío, observó la *bella incógnita*, algunas de mi sexo se han dejado decir que el duque de Alba, aunque buen mozo, era seductor y desleal con las damas; que yo era demasiado joven é inocente para escuchar tus requiebros, y que si conociera el mundo no me fiara de tí. Otras me han preguntado si te conocía antes de venir á la corte, y otras de esas mujeres han tenido la impertinencia de decirme cosas que no debían haberlas dicho en este sitio, donde debe reinar el decoro, la civilidad y el buen trato: las hubiese rechazado con indignación y tomado por groseros insultos, si fuera en otro parage. ¡Cuánto desearía, esposo mío, vivir lejos de esa turba de aduladores palaciegos, sin más ambición que la de estar siempre en tu compañía!!!

Entusiasmado el duque con las palabras de su mujer, sin reparar en donde estaba, ni en la comparsa que capitaneaba Juanita, que algo, aunque poco, había oído de aquel amoroso coloquio, abrazó á la nueva duquesa, le apretó la mano, besándosela antes, y llevándosela después á su corazón.

«No fue menester mas para que se levantase allí mismo una espesa polvareda de murmullos, susurros y dicterios contra el duque y la *bella incógnita* entre todas las que habian estado acechando sus movimientos y acciones. ¡Qué abrir y cerrar de abanicos! ¡Qué cuchicheos y sonrisas maliciosas! ¡Qué sonrojos tan hipócritas en muchas mejillas virginalmente pintadas!!! — Bien puede decirse que desde los tiempos en que la reina doña JUANA, muger de ENRIQUE IV, dió de *bofetadas* á doña Guiomar de Castro, la favorita del monarca, no habia ocurrido dentro del palacio de los reyes de España, un escándalo que diera tanto que hablar á las damas de la corte.

No tardó el caso en llegar á oídos de la reina, quien por medio de uno de sus pages, mandó llamar al duque y á su compañera que aun estaban en el balcon, y con esta órden que S. M. C. dió en alta voz, todo el concurso se puso en movimiento.

—Bien me parecia á mí que V. M. no habia de pasar por alto *semejante cosa*, decia Juanita entre dientes al lado de la reina.

—Eso era inevitable: añadió Matilde, permitir esa *presumida que nadie sabe quien es*, que un hombre tan buen mozo como el duque le besara la mano casi delante de la reina. ¡Qué insolencia! ¡qué baldon! ¿Quién vió tal desvergüenza?

—¡No digas mas! Matilde, dijo Juanita, ¡ahora verás humillado su orgullo! ¡Ya se lo tenia yo pronosticado!

—¡El duque es un libertino!.. un b....! iba exclamando otra de aquellas damas, cuando la interrumpió una señora gorda de unos cuarenta años, diciendo:

—¡Hija mia! ¡socorro, socorro! á mi me va á dar un *patatis* si llevo á oír la reprimenda de la reina á mi querido duque de Alba.

—¡No se apure vd. doña Elvira! exclamaba otra moñetuda y rolliza que estaba junto á la gorda; el duque es hombre de buenas tragaderas y saldrá bien del paso: mire vd., mire vd. con qué calma y desfachatez va viniendo con su amada que le da el brazo: ella parece una mogigata.

«La reina llamó al condestable de Castilla: le habló S. M. largo rato al oído; todos ansiaban por saber lo que pasaba, hasta que un oficial de palacio se acercó á la curiosa gordiflona que habia pedido socorro, y le dijo:

—Doña Elvira, lo que hay de cierto es que el duque de Alba es tan feliz en amores como en las batallas.

«Y en efecto era así: la reina cogió de la mano á la hermosa dama que iba llegando pálida y trémula, agarrada del brazo del duque, y dirigiéndose S. M. con ella á la princesa Margarita, al rey DON FERNANDO y al príncipe de Asturias, su hijo DON JUAN:

—Aquí os presento, exclamó la reina ISABEL, á la duquesa de Alba, esposa de nuestro mas fiel amigo y servidor. El duque, su marido, me permitió hacer con su esposa un ensayo de los efectos que produce en la corte

una *belleza desconocida*, sin títulos ni proteccion aparentes. No me engañé, añadió la reina ISABEL, cuando pensé que habia de triunfar. Las damas de mi servicio la han visto con envidia, mis escuderos con admiracion. Vamos ahora á refrescar y cenar, y todos beberemos á la salud y prosperidad de los novios.

Este inesperado desenlace aturdió á las damas de palacio. Juanita se consoló, bailando despues de cenar con un aleman que tenia seis pies de estatura, y habia venido á España con la archiduquesa, y como ambos chapurraban el francés, era una delicia oír los disparates que decian.

Matilde no fue á dar la enhorabuena á la nueva duquesa de Alba, porque era la que hablando sin duda por esperiencia, habia aconsejado á la *bella incógnita* que se guardase bien del libertinage del duque que ya era su propio marido.

Pero, tanto JUANITA como MATILDE, recibieron al dia siguiente un aviso cortés por boca del condestable de Castilla para no presentarse mas en palacio por sus *malas lenguas*.»

Asi concluyó Blanca de Gaville su *leyenda*, dejando admirados á su padre, á la señora vizcondesa, á su prima Mad. de Saint-Pierre, á Sofia y á Guerrero, que fue á darle presurosamente la mano para que que dejase la *cátedra* y pasase á descansar al *sofá* inmediato donde estaba su madre.

Todos, uno por uno, la besaron en la frente, menos

Guerrero, para felicitarla del buen desempeño de su traducción y del buen éxito de su lectura, y *Sofía* le pidió el *manuscrito* que tenía aun en la mano para hacer la versión en francés y regalársela después al vizconde su padre.

Los criados sirvieron algunos helados, Blanca se refociló tomando un *sorbete*, y su hermana *Sofía* pasó á tocar al piano un *valse* de *Bethoven* á cuatro manos con *Josefina*, mientras *Mad. de Saint-Pierre* iba á pronunciar en francés el discurso improvisado sobre los males de la sociedad.

Guerrero se sentó al lado de su hermosa discípula, que siguió con *Corina* hablando en el *sofá*, mientras la vizcondesa le daba las gracias por la buena enseñanza que daba á Blanca, y lo bien que cultivaba su entendimiento.

Concluido el intermedio de música, *Josefina de Comerford* y *Sofía de Gavillè*, volvieron á tomar sus sillones junto al *sofá*, y *Mad. de Saint-Pierre* comenzó su improvisación en estos términos:

—Ya es tiempo de que la sociedad piense en reformar los abusos y corregir los males que la agobian. (*Guerrero* al oír estas palabras abrió el ojo y miró con ansiosa curiosidad al semblante de *Josefina*.)

—Ya es tiempo, continuó la de *Saint-Pierre*, de oponer un dique al despotismo y á la ambición de la *teocracia* organizada en gobierno en varios estados de Europa, y de coartar la *desmoralización*, ó sea la inmoralidad de

un falso sistema de política , que lejos de contribuir al engrandecimiento de la industria y el bienestar de los pueblos , solo sirve á fomentar *el fanatismo*, y la fortuna ideal de las clases privilegiadas. (Josefina de Comerford se hacia cruces al oír á la de Saint-Pierre pronunciar aquellas *blasfemias*.)

—Ya es tiempo, continuó diciendo la *improvisadora*, de acordarnos de los pobres y de las clases mas menesterosas de la sociedad humana , si hemos de corresponder á la voluntad de Dios, y corregir el vicio y la depravacion de las costumbres públicas. Ya es tiempo de patentizar á los ojos del mundo, que todos los males que corroen el corazon del hombre, que todos los gérmenes pestíferos que enferman y contagian su cuerpo y su entendimiento, que todos los crímenes que comete, no reconocen otro origen que el de LA IGNORANCIA.

Ya es tiempo de proclamar la *verdad*, no solo en el seno de las familias, sino tambien en las plazas y en las calles, en los campos y en las montañas, para que reconocida por todos y en todas partes, adoptemos enérgicas medidas que rediman el género humano del espantoso cataclismo que le amenaza.

Ya es tiempo de que el *púlpito* sea la fuente de la *salud*, y la iglesia el templo de la *tolerancia*, como lo es de la *igualdad* de condiciones entre los hombres.

¿Cómo, hablar de *libertad*, mientras el entendimiento se halle encadenado? ¿Cómo, aventurarse á decir que el hombre tiene dèrechos que reclamar y deberes

que cumplir, si la sociedad educa á sus hijos como esclavos que han de ser del trono y del altar... ?

Josefina, impaciente, observó el reloj, y dijo á la vizcondesa de Gaville que ya se hacia tarde para ella y que no podia aguardar el fin del discurso de madama de Saint-Pierre, y luego, volviendo la cara para mirar á Guerrero, notó que hablaba al oido de Blanca, y que esta le hacia un gesto de aprobacion con la cabeza.

La de Josefina estaba volcanizada en aquel momento, tanto por lo que madama de Saint-Pierre acababa de decir, como por lo que Blanca acababa de hacer, y dando al traste con los miramientos que debia á los circunstantes, y libre rienda á su mal genio:

—¡ Vámonos, señor Guerrero ! exclamó; ya son mas de la once, y no puedo trasnochar despues de haber madrugado tanto.

Madama de Saint-Pierre cesó de hablar, y abandonó la silla en que estaba perorando, así que vió á la señorita de Comerford de pié, gesticulando é impaciente por retirarse á su casa.

INDICE DEL TOMO PRIMERO.

CAPÍTULOS.	PÁGINAS.
Prólogo.	7
I La infancia y la educacion.	9
II La primera impresion.	21
III El presentimiento.	38
IV La separacion.	52
V Una catástrofe.	67
VI Los traidores.	78
VII El propósito irrevocable.	114
VIII Un viage.	128
IX Un episodio singular.	150
X El regreso por mar.	182
XI La llegada al puerto.	203
XII El desierto y el fraile.	227
XIII La leyenda.	247

NOTA DEL EDITOR.

La mente del autor no fué la de escribir su novela *«Josefina de Comerford»* en dos TOMOS, como se deja ver por la numeracion y relacion que guardan entre sí los *capítulos* en que clasifica su obra; pero nosotros, consultando la comodidad del lector, hemos creído le seria mas manual dividiéndola en *dos volúmenes* de un mismo tamaño y casi iguales en el número de sus páginas.

CAPITULO XIV.

LOS CELOS.

*L'homme est jaloux dès qu'il peut s'enflamer;
La femme l'est, même avant que d'aimer*
(**VOLTAIRE**, *nanine* Act. 1.^o)

PASABA CON mucho de la media noche, cuando Guerrero regresó de la *calle de los Baños* al Consulado general de Francia. La señorita de Comerford hubo de detenerle mas de dos horas en su casa para reconvenirle largamente de sus predilecciones marcadas por la hija menor del vizconde de Gaville, y hablarle al alma acerca de las opiniones liberales de Mad. de Saint-Pierre, tan contrarias á las que ella abrigaba en su entendimiento, y á las que queria que Guerrero prohicjara para hacerse digno de su corazon y de su mano.

—Esa mujer, decía Josefina, sobre ser *protestante y herege es liberal*, y patrocina las relaciones de vd. con Blanca de Gaville, y ella y vd. han de ser causa de que me abstenga de visitar á la vizcondesa, y de que yo llegue á aborrecer á vd. Sin la cooperacion de la de Saint-Pierre, dias hace que vd. habria abjurado de sus errores: estoy segura que al lado del vizconde de Gaville, cuyos principios políticos son eminentemente monárquicos, hubiera vd. abrazado el de la *legitimidad*, para erigirse en defensor acérrimo del *Altar y del Trono*, y si vd. llegase á escuchar la voz imperiosa de la razon sobre este particular, vd. haria su fortuna, y volveria á ser lo que fue cuando servia *lealmente* en las filas del ejército del rey *nuestro señor*.

—El sacrificio de mi corazon á la fortuna, el de mis convicciones políticas y religiosas al idolo *del despotismo*, serian rasgos hipócritas de mentirosa galanteria que yo ofreciera á los pies de una persona que aprecio de veras, y de una amiga á quien deseo ser útil en todas las épocas de mi vida. Pero... ¡Yo no puedo engañar á nadie! exclamaba el secretario de Mr. de Gaville, y luego, con los ojos arrasados de lágrimas, continuaba: «He nacido caballero, y mi labio no sabe mentir, tanto mas, cuanto que de los secretos que voy á revelar á vd. pende mi propia vida. Ya vd. comprenderá, Pepita, que trato de ser esplicito y de dar á vd. una prueba inequívoca de la gran confianza que vd. me inspira.»

—¡Por el amor de Dios, Guerrero! exclamó Josefina

interrumpiéndole, y en tono bastante afectado. ¡Por el amor de Dios, cierre vd. el labio, que no quiero oír revelaciones indiscretas! ¡Me basta ver llorar á vd. para deleitarme en sus lágrimas! ¡Ellas dicen mas de lo que yo quisiera adivinar! ¿Quiere vd. hacerme un favor?

—¿Y vd. duda ahora de mi voluntad? le replicó Guerrero con otra pregunta:

—Es que su voluntad de vd. no es libre, le contestó Josefina con algun despecho, si es que yo puedo vanagloriarme de haber entendido lo que significan sus lágrimas de vd.

—Cuando el deber está en armonía con la voluntad, la mia no es esclava *de nada* ni *de nadie*, repuso Guerrero secándose con varonil desenfado las que corrian aun por sus encendidas megillas; hable vd. Pepita, que yo haré lo que vd. me mande.

—He oido decir á la vizcondesa de Gaville, que ella tiene mucho valimiento con el ministro de Negocios extranjeros del rey de Francia, que vd. dejará de *ser español* uno de estos dias, y que se trata de remunerar á vd. de los servicios que ha prestado al gobierno de Luis XVIII desde que sirve en la clase de vice-cónsul *interino* del Consulado general que el vizconde tiene á su cargo.

—El dia en que el gobierno francés me proponga el que acepte alguna recompensa por la cual yo deba perder los derechos de naturaleza que adquirí naciendo en España, puedo asegurar á vd. que aquel dia será

el último de mi permanencia en el consulado general de Francia en Barcelona, dijo Guerrero.

—¿Y aceptará vd. entonces el manejo de mis intereses y una habitacion en mi casa? le preguntó Josefina.

—El ofrecimiento de vd., amiga mia, es seductor, pero está en contradiccion con mis deberes, por mas que lisongee mis deseos. El decoro de la señorita de Comerford andaria mal parado si en su casa viviera con ella un hombre jóven y soltero aunque fuese bajo el humilde concepto de administrador de sus bienes. Ahora mismo, que son ya casi las dos de la madrugada, estoy faltando á lo que debo á la reputacion de vd., y dando mas que hablar de lo que conviniera á los criados que aguardan en la antesala á que yo me vaya para recogerse á dormir.

—El *qué dirán*, nunca fue parte á poner obstáculos á mis acciones; yo no he de dar cuenta de ellas mas que á mi confesor, repuso Josefina algo mortificada, y si he de decir la verdad, cuando yo estoy satisfecha de mi misma, poco ó nada me importa el juicio que de mí formen los maldicientes y curiosos. Sea vd. franco, Guerrero, lo que vd. teme es una reprimenda de... la vizcondesa de Gaville. ¿No es así?

—Exactamente así, Pepita; pero en cuanto al *temor* que vd. me atribuye, *de una reprimenda*, replicó Guerrero, no estoy tan de acuerdo con vd. porque si bien es cierto que temo algo, no es por mí sino por vd. misma. La vizcondesa de Gaville es muy rigida en todo lo que

hace á la regularidad de su casa, y si me retiro muy tarde inferirá que he pasado el tiempo con vd., y esas deducciones dan siempre márgen á comentarios que se deben evitar.

—¡Eso, eso es lo que vd. quiere! ¡Qué no sepan las de Gaville que ha estado vd. en mi casa hasta las dos de la madrugada! exclamó con cierto aire de despecho Josefina, y luego añadió: pues ha de saber vd. que yo misma se lo contaré á la vizcondesa y á sus hijas para que nadie haga esos comentarios.

Guerrero cogió la mano de Josefina, se la besó con muestras de mucho respeto, y dándole las «*buenas noches*» se retiró al arrabal de *Junqueras* pensativo y triste, calculando en el modo de disculparse con Blanca, si por casualidad llegaba á sus oídos que se habia recogido tan tarde á su casa. El encargar reserva á su criado *Bonet*, era despertar una sospecha en él, que podia perjudicar la reputacion de Josefina, y el no prevenirle que guardase el silencio con los demas criados acerca de la hora tardia en que habia vuelto á casa, era esponerse á que *Alphonsine* lo supiera por el ayuda de cámara y Blanca dudara de la sinceridad de su amor por ella; de modo que Guerrero titubeaba y no sabia que partido tomar, cuando llegó al umbral de la puerta, que el portero conservaba abierta y solo esperaba su regreso para cerrarla.

Bonet, al ver á su amo, salió de la porteria donde le aguardaba, le entregó una carta y le alumbró hasta su

apuesto, pero dió la casualidad de que al atravesar por el comedor encontraron allí á la *bonne* de Blanca que estaba endulzando una taza de *té* para su ama que se habia puesto mala, y como Guerrero sospechara lo que realmente ocurría, no pudo prescindir de preguntar á la *bonne*:

—¡Y bien, *Alphonsine*! qué ¿no está buena la señorita?

—Se halla bastante desazonada, señor, respondió la doncella, y sin duda se pondría mucho peor si ella supiera que vd. sabe su indisposición, porque lo primero que me ha encargado es el secreto.

—Mucho siento que esté mala, y para que no se ponga peor, valdrá mas que vd. no le diga que me ha visto, y tú, *Bonet*, volviéndose al ayuda de cámara, tampoco hables á los demas criados de la hora en que he vuelto á casa: así la señorita Blanca ignorará que *Alphonsine* nos ha visto entrar.

Y esto diciendo, se coló por el pasillo que conducía á su habitación, se desnudó y encargó á *Bonet* que le despertara á las ocho de la mañana. El criado se retiró, y Guerrero, viéndose solo, antes de meterse en la cama y apagar la luz, quiso saber de quien era la carta que le habia entregado su ayuda de cámara y lo que le decían en ella. La misiva era de su antiguo amigo y compañero de armas, el comandante de artillería ligera, don Juan Antonio Llinás, que le escribía en *cifras-masónicas* para participarle los adelantos que hacían las *logias* encar-

gadas de llevar la revolucion á buen fin , y le citaba para una junta á casa de Mr. de Cambacores á las ocho de la noche del siguiente dia , donde se iban á reunir todos los masones *afiliados* en el *Oriente* de Barcelona, y que de allí saldría pronto para Madrid á fin de ir organizando el movimiento liberal combinado con las demas *logias* que habia en la corte y otros puntos de España.

Guerrero sintió revivir en su ánimo esforzado su intenso patriotismo, y tuvo un momento de verdadera satisfaccion al saber que los buenos no cejaban en su propósito de proclamar la Constitucion y la libertad en la península.

Y decimos *un momento*, porque pronto cesó de regocijarse al pensar que Blanca estaba mala, y que de su indisposicion tenia quizás la culpa Josefina.

En este estado de perplegidad, Guerrero no podia dormir ni descansar sin dar á su adorada Blanca alguna esplicacion, y por lo tanto resolvió escribirle un billete concebido en estos términos:

«Habrà vd. notado anoche , adorable Blanca , que la señorita de Comerford, al interrumpir el discurso de Mad. de Saint-Pierre; bajo pretesto de retirarse á su casa, estuvo *algo destemplada* en el modo, y *poco comedida* en el gesto; pero no debe vd. inferir por esto que Josefina ejerza sobre mí el imperio que indicaban sus palabras. Las mías le dieron bien á entender, desde el momento en que salimos del salon, que habia obrado

con ligereza , ó mas propiamente hablando , como una *niña mal criada*, y que por su propio decoro debiera haberse abstenido de dar rienda suelta á los impulsos de su mal humor.

«La única disculpa que pretendió alegar, vanamente, á mis *amistosas* reconvenciones, era tan *pueril* é impropia de una señorita que conoce la sociedad, que no pude escucharla con paciencia , y despues de mucho tiempo de discutir conmigo en su casa acerca de *las razones* que tuvo para obrar tan bruscamente , me separé de ella, resuelto á no acompañarla otra noche si no se corrige ó se muestra al menos *mas tolerante* con sus amigas.

«He creído deberme justificar con vd. por la precipitacion conque anoche hube de separarme de su lado de vd. para ir á acompañar á esa señorita, cuyo carácter *original* la compromete algunas veces, y envuelve en el compromiso á los que tenemos *el privilegio* de pasar á los ojos del mundo por *sus amigos*.»

Escritos estos renglones, Guerrero se tranquilizó; consiguió pasar la noche en un sueño hasta que su criado *Bonet* hubo de despertarle á las ocho de la mañana, segun se lo tenia ordenado. A las nueve fue, como de costumbre , á dar leccion á sus discipulas al *gabinete de labor*, donde encontró á Blanca escribiendo, y con el semblante algo inmutado, pero sereno y apacible como el espejo en que se reflejaban el candor, la inocencia y la virtud de que su alma era un verdadero dechado.

—Y bien, ¡Blanca divina! ¿como ha pasado vd. la noche? le preguntó Guerrero.

—Muy mal, replicó Blanca con sequedad, pero ya estoy mejor. ¿A qué hora dejó vd. á la señorita de Comerford?

—Muy tarde, respondió el amigo de Josefina; hágame vd. el gusto de leer estos renglones cuando tenga vd. ocasion, añadió entregándole el *billete*.

Blanca lo aceptó, fijando una mirada lánguida y significativa en el rostro del secretario de su padre, y con voz trémula le dijo:

—«Señor Guerrero, estoy muy afectada de los nervios, y no sé si podré dar leccion. ¡Tengo un presentimiento tristísimo de mi porvenir! Hoy son *mis días*, y ha de saber vd. que el primero que me los ha dado es Mr. PIERRE *Battle*, ese jóven oficial de la *Aretusa*, que comió aquí poco tiempo há con el capitán Duparc, joven que á vd. le hizo mucha gracia porque escribe é improvisa versos con suma facilidad; vea vd. los que me ha dirigido hoy en celebracion de mi *natalicio*.

Guerrero agarró con avidez el papel que Blanca le entregara, y sin saber lo que se hacia, ni lo que le pasaba, leyó los versos que *en francés* habia escrito el alférez de fragata, dedicados á la hija menor del vizconde de Gaville, y que concluian así:

«*Jé sens, que pour vous aimer,
Jé n'ai point le cœur de «PIERRE!»*»

El jóven marino glosó su nombre de «Pedro» (en francés «PIERRE») que puede entenderse por *duro*, *insensible*, como la PIEDRA; y con ese *quid pro-quo*, que llamaremos *calambour* por su doble significacion, venia á dar á entender á Blanca que estaba enamorado de ella, al menos *poéticamente*.

Guerrero, que era hombre sumamente *prosaico* con sus rivales, y que *su apellido* indicaba claramente el como solia dirimir contiendas cuando tropezaba con un lance de esos que por mal nombre se llaman «*de honor*» se puso frenético de celos, y hubiera cargado un par de pistolas, y puesto en ellas por *tacos* los versos *en francés* y devuéltoles al interior del cráneo del alférze de la *Aretusa* donde se habian fabricado; á no ser por las oportunas reflexiones que Blanca hubo de hacerle, asi que pudo descubrir en su irritado continente las intenciones que abrigaba.

—¿Es posible, señor Guerrero, que se ponga vd. así, furioso y desencajado contra Mr. *Pierre Batlle* porque me ha dirigido esos versos? ¿No observa vd. *lo poco comedido*, y *lo muy destemplado* que está vd. en el modo y en el gesto, y que necessariamente *deberé inferir* que las pasiones mas violentas *ejercen* en vd. *un imperio* tiránico é injustificable? ¿No vé vd. que solo un *niño mal criado* pudiera dar rienda suelta á los impulsos de su mal humor y comprometer mi decoro, solo porque tiene vd. el *privilegio* de pasar á los ojos del mundo por *mi amigo* y *mi maestro*, y en mi corazon por el único objeto que ver-

daderamente le ocupa? Ah! Guerrero, vd. olvida mi generosidad! Vd. no agradece mi confianza. ¿Cómo sabria vd. que esos versos me los ha dedicado Mr. Batlle si yo no hubiese tenido la bondadosa y franca indiscrecion de enseñárselos á vd? ¿Y seria vd. capaz de abusar de mi franqueza hasta el punto de ir á provocar *un lance* con un hombre que no le aborrece á vd. y que *ha fingido* un sentimiento que sin duda no abriga, solo por someterse á *la fuerza del consonante*?

A ninguna de las preguntas que Blanca, tan justamente hacia á su amante, pudo Guerrero responder, porque entraron en aquel momento en el *Gabinete de labor*, Sofia, Corina y Mad. de Saint-Pierre, para dar la leccion como los demas dias, antes de almorzar.

Guerrero con la boca seca, muy amarga, y tragando bastante saliva, se vió precisado á serenar el aspecto y saludar de buen talante á sus amables discípulas á medida que iban entrando.

Al preguntar á Corina si tenia noticias de su padre y si sabia cuando volveria á Barcelona, esta le contestó, que le esperaba de un instante á otro, y que quizás tendria el gusto de abrazarle antes de comer, segun carta que habia recibido el dia antes.

Blanca aprovechó aquellos momentos en que Guerrero se ocupaba de hablar con la hija de Mr. de Mimaud, y despues con Sofia y Mad. de Saint-Pierre, para volver á leer el *billete* de Guerrero, que apenas habia recorrido con la vista cuando este se enteraba de los versos

del alférez de la fragata *Arctusa*.

Blanca infirió del contenido del *billete*, que, en efecto Guerrero no estaba enamorado de Josefina, pero que algo habia de haber mediado entre los dos, en otro tiempo, para que Guerrero sobrellevase con tanta resignacion las impertinencias de una persona tan petulante y caprichosa como, al parecer de Blanca, era la sobrina del difunto conde de Briás.

Y Blanca se perdía en estas conjeturas, cuando Guerrero, á pesar de los celos que tenia de Mr. *Pierre Batlle*, y que le roían el corazon, propuso á sus discípulas algunas reglas para versificar, y eso que él mismo no sabia hacer versos.

—He creído oportuno, dijo á Mad. de Saint-Pierre y á Sofía, que eran las mas apasionadas al verso frances, proponer á ustedes algunos egemplos de versificacion sacados de las lenguas modernas que poseo, para satisfacer el deseo que he notado en ustedes de estudiar las leyes de la poesía estrangera. La prosodia que inventaron los *trobadores* es la que adoptaron despues todos los poetas modernos en Italia, en España, y en Portugal. Solo los franceses, por ese prurito que tienen de saberlo todo, y de negar á ciegas la existencia de lo que ignoran, se empeñaron en poner en duda las reglas fijas de la versificacion *provenzal* y juzgaron de los versos agenos por los suyos propios. Los poetas franceses se empeñaron en contar *las silabas* y observar la *rima*, prescindiendo de la *prosodia*, sin cuyo es-

Que sim passes, = Donna, en mon cor l'enveja,
 A un dolz riz = et ab un dolz esgard,
 Meu quant es = me fezes olvidar. »

Blanca mas impaciente que Mad. de Saint-Pierre y su hermana Sofia, por saber lo que significaban aquellos versos de metro tan variado, suplicó á Guerrero se los tradugese antes de entrar en mas esplicaciones de las reglas de versificar; y Guerrero obedeciendo á los ruegos de su discipula predilecta, habló así:

«*El dia en que os vi por primera vez y que de mi os dejasteis ver, ¡oh señorita! heristeis mi corazon, y deseché todo pensamiento que no fuese el de fijarme firmemente en vos, que sois mi único amor. Y si alguna vez me pasara por la cabeza el acordarme de mi mismo, os aseguro, señora mia, que con una dulce mirada ó una amorosa sonrisa me hariais olvidar cuanto poseo y cuanto tengo.*»

Es supérfluo decir ahora que Guerrero recalca mucho en ciertas palabras de la traduccion libre, que hizo de repente, de los versos *provenzales*, y que sus ojos no se apartaban de Blanca al recitárselos, sino para buscar la aprobacion del *acento prosodiaco* en los semblantes de Sofia y de Mad. de Saint-Pierre, que con expresiva sorpresa aplaudian el método y sencillez con que el maestro les enseñaba á fijar la cantidad y el valor de las silabas de cada *pie* de la poesia amatoria de *Arnaldo de Marveilh* que acababa de recitar.

La leccion de aquella mañana terminó con algunos otros egemplos de las *redondillas de Alarcon*, con ciertos trozós del *Laberinto de Juan de Mena*, y otros poetas españoles de que quedaron prendadisimas las aplicadas discipulas de Guerrero.

Apenas hacia una hora que habian almorzado cuando Mr. de Mimaud y Ricardo de Gaville llegaron al *arabal de Junqueras* procedentes de su *romeria científica*. La broma y algazara que armó el padre de Corina al entrar en el salon donde estaban reunidas con ella, bordando, unas en el bastidor, y otras tocando y cantando en el piano, las hermanas de Ricardo y su prima Mad. de Saint-Pierre, vinieron á formar una especie de diversion en la familia que les recibiera con tanta satisfaccion y alegria como si los dos viajeros volvieran de la India despues de muchos años de angustiosa ausencia.

El vizconde y la vizcondesa de Gaville acudieron corriendo á abrazar á su hijo Ricardo: Corina se colgó del cuello de su padre mientras este la besaba en la frente con enagenada ternura: Sofia y Blanca estrujaban los bolsillos del *leviton* que traia puesto su hermano, por ver si contenian algun testimonio de cariñoso recuerdo durante la expedicion, y solo Mad. de Saint-Pierre y Guerrero permanecieron de pie é inmóviles como estátuas que adornaban aquel cuadro interesante y animado, admirando los afectos de padres, hijos y hermanos que se demostraban mutuamente, y de los que ellos

se veían privados por la inexorable ley de la naturaleza auxiliada por la costumbre y familiaridad que se adquieren con el trato desde la cuna hasta el sepulcro.

No duró mucho tiempo esta posición violenta de la de Saint-Pierre y Guerrero, porque Mr. de Mimaud que era hombre de mundo y de educación, y que vivía tanto para los demás como otros seres egoístas suelen vivir *para sí mismos*, se deshizo de los brazos de Corina para ir á saludarles afectuosamente, y como quien dice «*para todos hay*» les apretaba la mano y les preguntaba:

—Qué novedad es esa? y la señorita de Comerford, dónde está? cómo no ha venido?

A lo que todos contestaron con premura y confusión.

—Es temprano: no suele venir hasta las cuatro de la tarde; pero está buena y le va bien en su nueva casa de la calle de los *Baños*.

—Hoy será regular que venga mas temprano, observó la señora vizcondesa de Gaville con bastante circunspección, porque son *los días* de mi hija *Blanca*, y sin duda Josefina no querrá privarnos de su amable presencia hasta las cuatro de la tarde en día tan venturoso.

—Mejor será que vayamos en carretela á buscarla vd. y yo, señor Guerrero, dijo Mr. de Mimaud al secretario del vizconde, porque hoy es día de bromear y correr por el jardín antes de comer, si hemos de celebrar el *cumpleaños* de la señorita Blanca con todo el estrepito de un festín *improvisado*.

—No tan *improvisado*, Mr. de Mimaud, replicó el vizconde de Gaville, pues ha de saber vd. que están tomadas todas las medidas desde ayer para que asistan al banquete el capitán Duparc y todos los oficiales de la fragata *Aretusa*.

—Cáspital ¿conque esas tenemos, Mr. de Gaville? exclamó festivo y siempre alegre el padre de Corina. Vamos, pues, vamos, señor Guerrero, añadió dirigiéndose al secretario, vamos á buscar á la *eruditísima* señorita de Comerford, y no perdamos el tiempo.

Guerrero tenia los ojos fijos en Blanca como para consultar en los suyos y buscar en ellos la aprobacion de lo que Mr. de Mimaud le proponia, y al cabo de algunos instantes de afectada meditacion, dijo:

—Por mí, no hay inconveniente, vamos allá, Mr. de Mimaud, yo estoy pronto y creo que el coche lo está tambien en el zaguan.

Y esto diciendo ambos galanes tomaron la puerta, bajaron la escalera, saltando los escalones de dos en dos, se embutieron en los mullidos cojines del carruage, y pocos minutos despues se hallaban en la antesala de la casa de Josefina de Comerford, donde un criado de librea les participaba que la señorita estaba ocupada hacia rato en su *gabinete particular* con el reverendo padre Marañon que habia venido del convento de Capuchinos de *Sarriá* á visitarla y tratar con ella asuntos de importancia.

—Pasen vds. al salon, propuso cortesmente el cria-

do de Josefina á los dos amigos de su ama, que la señorita ya no puede tardar en salir, porque el padre Marañon hace mas de hora y media que entró en su gabinete, y me ha encargado que no le pase recado alguno mientras *su Reverencia esté con ella.*

Mr. de Minaud y Guerrero pasaron al salon á tomar asiento, y se miraban uno á otro, y se encogian de hombros, sin atinar en si seria sorpresa, admiracion ó maliciosa sospecha, lo que les habia causado la noticia que les diera el criado de Josefina, que precisamente era el mismo que solia llevar por las noches *el farol* cuando ella se retiraba de la casa de Gaville, agarrada del brazo del secretario del vizconde, y que pronunció con cierto aire sarcástico y *acento de prosodia*, aquellas sacramentales palabras «*mientras su Reverencia esté con ella.*»

Guerrero decia, *para su capote:*

—Este lacayo *de librea* haria prodigios en las reglas de *medir versos* que yo enseñaba esta mañana á mis amables discipulas en *clase* antes de almorzar. ¡Qué lástima que Mad. de Saint-Pierre, Sofia y Blanca no le oyeran recitar la última frase de su poético mensaje!

—¡*Mientras el fraile esté con ella!* exclamaba en voz *baja* y entre dientes el padre de Corina, sin hacerse *cruces*, sin duda porque no era católico, sino se hubiera dibujado *un calvario* en la frente.

Un gran campanillazo dado desde lo interior del gabinete de Josefina fue la *señal preventiva* que hirió el

tímpano de los que aguardaban en el salon, y del criado que estaba en la antesala, para anunciarles que iba á salir el padre Marañon.

De par en par, y casi de repente, se abrieron ambas hojas de la puerta de aquel semi *santuario*, que celaban á la vista de *los profanos* el primer exámen de conciencia que hizo la señorita de Comerford á los pies de su nuevo padre espiritual: entonces se pudo columbrar en todo su *pleno relieve* el corpulento y robusto *ex-fraile* de la trapa, conventual y residente del desierto de los capuchinos de *Sarriá* en aquella época feliz de su vida monástica.

El bueno del padre Marañon se ajustaba los pliegues del hábito frailuno con el cordon blanco de cerda que tenia en derredor de la cintura, y Josefina le besaba el *crucifijo* de bronce dorado que llevaba en el pecho, y que se descubria por entre las largas melenas de su bien peinada y perfumada barba de oscuro color castaño.

El cuadro era, á la par, imponente y filosófico. ¡Un fraile buen mozo y una señorita hermosa, rica y *fanática* en actitud de orar postrada á sus plantas, y levantándose con el auxilio de una de sus manos, que tambien besaba, y alzándose ella ante su *Reverencia* de puntillas para alcanzar á dar un beso á la imágen del *REDENTOR* que llevaba en el pecho!—;Cuántas reflexiones! ;Qué de comentarios hacian en su imaginacion Guerrero y Mr. de Mimaud! ;Qué de malignos

pensamientos no cruzáran la *diamantina* mollera del lacayo *del farol*, cuando besó tambien el escapulario del padre Marañon á su paso por la antesala para volverse al desierto de *Sarriá!!!*

Su ama ya *no estaba con su Reverencia*, y el criado le pasó recado al gabinete de que los señores Mimaud y Guerrero estaban en el salon.

—¡Qué pasen! qué pasen! corre, vuela, diles que entren, pedazo de podenco! exclamó Josefina en voz alta y destemplada! Darase un lacayo mas soez! tener asi á mis amigos empantanados en el salon tanto tiempo y sin decirles que pasen, que entren, que.

A todo esto ya iban entrando, guiados por el lacayo al gabinete de la señorita, Mr. Mimaud y Guerrero.

—*Ma bien aimée!* exclamó el cónsul de Cartágena abrazando á Josefina que le salió al encuentro ¿cómo está vd.?

—Ah! Mr. de Mimaud! muy desazonada; muy mal, respondió Josefina apretando mucho una mano de su amable interlocutor.

—Pues, ¿qué hay?

—Nada y mucho, replicó Josefina con los ojos llorosos y medio balbuceando, y luego añadió, ¿pues qué el señor Guerrero no le ha dicho á vd. nada?

—No.

—Y qué pudiera yo decirle, señorita? preguntó Guerrero á su amiga.

—Yo pensé que vd. hablaría al señor Mimaud de

nuestra ida á *Sarriá*; de mi casa de campo cerca del *Desierto de Capuchinos*; de mi instalacion en esta de la *calle de los Baños*, y finalmente de mi urgencia de tener á mi lado quien vele por mis intereses y por todas mis cosas.

—No es costumbre en mí, amable, Pepita, repuso Guerrero con gravedad, iniciar á nadie en los negocios ajenos, y hubiera sido indiscreto si hubiese dado cuenta á Mr. de Mimaud de todo lo que vd. me ha confiado en varias ocasiones y circunstancias.

—Dejémonos de discusiones que ahora no vienen al caso, observó el padre de Corina en tono medio jovial y medio grave. Nuestro objeto es que venga vd. con nosotros en este momento á casa de Gaville, porque hoy son *los días* de Blanca y vamos á correr un bromazo en el jardín del *arrabal de Junqueras* antes de comer. Vamos, Josefina, dese vd. prisa! que aquellas señoras nos esperan.

—Mucho siento, Mr. de Mimaud, no poder complacer á vd. y á esas señoras que me esperan, contestó Josefina con el semblante algo turbado, porque ha de saber vd. que hoy y mañana me dedico al *exámen de mi conciencia* para hacer una *confesion general*. El padre Marañon, á quien el señor Guerrero ya conoce, es mi nuevo confesor, y acaba de marcharse de aquí hace pocos momentos, encargándome no salga de casa hasta que no concluya con el acto solemne de *la puri-*

ficacion de mi alma, por medio del sacramento de la *Penitencia*.

Nosotras las católicas, añadió Josefina, que cumplimos con rigidez los mandamientos de nuestra santa madre la iglesia, tenemos necesidad de privarnos con frecuencia de las diversiones mundanales para consagrarnos á los *intereses del alma* y entregarnos en brazos del Padre espiritual que nos guía como *buenas hijas de confesion* por el *camino del ciclo*.

—Si no me ha enterado mal su criado de vd., dijo Mr. de Mimaud con cierta sorna muy apropiada al caso, el fraile que acaba de salir de aquí ha tomado el camino de *Sarriá* para ir á sepultarse en vida en ese *desierto* que tienen allí *los capuchinos*. En verdad, mi querida señorita de Comerford, que en lo poco que le he podido ver, me ha parecido el bueno del fraile muy *buen mozo* y muy robusto, tanto, que con él se puede emprender *el camino celeste* y el viaje para cualquier parte del globo. Iba el reverendo padre tan sofocado, *sudoroso* y meditabundo cuando salió de este gabinete, cruzó el salon y pasó por la antesala, que el lego barbudo que le esperaba y su lacayo de vd., despues de besarle el escapulario, tuvieron que encapillarle la capucha, para que con el aire que corre por la calle de *los Baños*, tan colado y sutil, no le diera una pulmonía antes de llegar al convento.

—Ah! *Monsieur* de Mimaud! ¡como se conoce que es vd. *herege*, y *protestante* por añadidura! Ha de saber

vd.. dijo Josefina que el *seráfico* padre Marañon es ¡un *ángel*! un bendito de Dios! que pasa los dias en el *Desierto* con la *podadera* y el rosario en las manos, y las noches en su celda pidiendo al TODOPODEROSO por el alma de las que estamos en *pecado mortal*.

—*Huf!*!. ¿conque vd. *empecatada*? exclamó con asombrosa espresion el padre de Corina; ¿vd. pecadora, señorita? quién lo habia de pensar! ¡quién lo habia de decir! Pero esto no debe afligir á vd. ni privarla de salir de casa, porque el nuevo confesor le dará á usted la absolucion de todos sus pecados hasta hoy dia de la fecha, y despues, *católicamente hablando*, se abre para vd. un crédito nuevo para cometer nuevos pecados hasta que llegue el dia de otra confesion general. Conque así ¡ánimo, señorita! Póngase vd. la mantilla y véngase con nosotros á celebrar el *cumpleaños* de Blanca de Gaville, que por un *pecadillo* mas ó menos el padre Marañon no ha de ser tan poco galan ni tan severo ni menos *indulgente* con su hija de confesion.

—Ya he dicho á vd. que me es imposible salir hoy de casa, y cuanto vd. me diga para persuadirme de lo contrario ha de ser inútil é infructuoso, observó la de Comerford, y aun me atrevo á esperar, añadió Pepita, que vd. y el señor Guerrero harán presentes á la vizcondesa de Gaville, los motivos poderosos que me privan de ir á celebrar á su casa los dias de mi querida Blanca, porque ella como buena católica, sabrá apreciarlos y disculparme de esa falta involuntaria.

La doncella Elena entró en el gabinete de su ama en aquel momento, anunciando la visita del banquero irlandés, Mr. Kelly, que estaba esperando en el salón.

Esta indirecta bastó para que Guerrero comprendiera que allí estaban demás, él y Mr. de Mimaud, y que Josefina no mudaría de parecer por mucho que la instaran. En este supuesto, ambos se retiraron poco satisfechos del éxito de su conferencia matinal con su amiga de la calle de los Baños, y algo escamados y recelosos del exámen de conciencia que hiciera la señorita de Comerford con el ex-fraile de la Trapa.

Sin embargo, al despedirse de la sobrina del difunto conde de Briás, como si ella misma conociera que sus amigos se retiraban descontentos, les dijo:

—Señores, aunque hoy no puedo tener el gusto de asistir con vds. á casa de la condesa de Gaville, no por eso renuncio á comer mañana en el arrabal de Junque-
ras. Despues de concluir lo mucho que me queda que hacer, y de arreglar ciertos negocios con Mr. Kelly, pienso salir con Elena para mi casa de campo de Sarriá á las tres y media ó las cuatro de esta tarde, y volver mañana á eso de las doce del dia; de modo que si ustedes vienen por mí á las dos de la tarde, iremos juntos al Consulado general de Francia, y allí me disculparé yo misma con Blanca por haber faltado á celebrar su cumpleaños.

Mr. de Mimaud y Guerrero tuvieron tela cortada para hablar estensamente de Josefina en el tránsito des-

de la calle de los Baños á casa del vizconde de Gaville, y de deplorar la situacion en que se iba colocando por sus pasos contados una señorita á quien la fortuna, la belleza, la instruccion y el talento habian de conducir á la perdicion por el camino del *fanatismo*.

—Nuestra comun amiga, señor Guerrero, decia el padre de Corina, es estremadamente fanática y al mismo tiempo débil y voluptuosa.

—Esta es obra de los jesuitas, Mr. de Mimaud, replicó Guerrero, ahora mas que nunca me convenzo de que *la voluptuosidad y la supersticion* son hermanas inseparables, é hijas de la debilidad de que, mas que otra, adolece toda persona fanatizada por los *maestros* de la religion. Los fanáticos y supersticiosos, son á la sociedad lo que los soldados cobardes á un ejército valiente: estos propagan el terror pánico en las filas donde militan, y aquellos atizan la discordia en el seno de las familias, vulneran la amistad, persiguen al sábio, proscriben al filósofo porque sus doctrinas cunden en Europa, y hoy mismo en que vemos á LA RAZON edificando UN TRONO, descubrimos tambien AL FANATISMO erigiendo altares á sus absurdas teorías. ¡La España, Mr. de Mimaud; ese delicioso pais en que he nacido y en que vd. va á residir, es hoy el foco de un poder hipócritamente supersticioso, que ha de causar disturbios horribles y una guerra fratricida!

—Me conduce mucho, señor Guerrero, interrumpió Mr. Mimaud, el ver que Josefina, desgraciadamen-

te pertenece á los satélites de ese poder que impera en España. Durante su corta permanencia en Nizza, y nuestro viaje á Barcelona á bordo de la fragata *Aretusa*, tuve frecuentes ocasiones de hablar con ella, y pude descubrir su verdadera opinion, tanto en materias religiosas como en política, y aseguro á vd. que me quedé aturdido al oirla decir que sacrificaría gustosa su fortuna y su vida para defender *el trono y el altar*. En suma, señor Guerrero, yo considero á la señorita de Comerford mas *realista* que los reyes, mas hipócritamente *Católica*, que los papas y cardenales: y en medio de esa exaltacion aparente, ella no es *beata*, ni hace alarde de visitar las iglesias, conventos, ni monasterios de monjas, ni todas aquellas cosas ridículas que suelen hacer las mujeres que quieren pasar por santas á los ojos del mundo: al contrario, Josefina prefiere la sociedad y el trato de los hombres al de las mujeres, va á los teatros con gusto, frecuenta las tertulias, y no puede sufrir la superioridad en las demás de su sexo; y aun creo que si ella pudiera dominar al marido, no le repugnaría el contraer matrimonio con el hombre que consiguiera agradarla.

—Tanto es así, Mr. de Mimaud, observó Guerrero, que si vd. se manifestara propicio á sus opiniones políticas y religiosas, y dispuesto á abjurar del *protestantismo*, tengo para mí que no titubearía ni un momento en aceptar el título de *segunda* madre de Corina.

—¡No permita el cielo que á tanta costa procure yo

jamas dar á mi hija una segunda madre! exclamó con sentido dolor Mr. de Mimaud y luego añadió: La madre de Corina no tiene en el mundo quien pueda hacer sus veces, ni cerca de mí, ni para con su hija.

Esto iba diciendo Mr. de Mimaud cuando llegaron él y Guerrero al consulado general donde les esperaban en el jardin, el Vizconde, la Vizcondesa, las señoritas de Gaville, Mad. de Saint-Pierre, Ricardo y el capitán Duparc con los oficiales de la Fragata *Aretusa*. La conversacion giraba acerca de la señorita de Comerford, de quien todos allí hablaban con respeto, pero como de un raro conjunto de cualidades muy buenas, neutralizadas por una calidad que unánimemente la consideraban muy mala, es decir; por el *Fanatismo*.

Cual fuera la sorpresa de los circunstantes al ver que Mr. de Mimaud y Guerrero no traian á Josefina consigo al festin, solo se puede comparar con la que recogió á Guerrero al ver al alférez Mr. Pierre Battle sentado al lado de Blanca de Gaville.

Es verdad que ella solo le contestaba urbanamente á las preguntas que le hacia, y que de ningun modo alzaba los ojos para fijarlos en su semblante, pero así y todo, el del secretario de su padre adquirió tal ceño y espresion de mal humor, que todos lo notaron y lo atribuyeron al chasco que le habia dado la señorita de Comerford, no habiendo querido condescender en venir con ellos al *arrabal de Junqueras*.

—¡Vamos, señor Guerrero! dijo la vizcondesa al se-

cretario de su marido. ¡Ya está visto que no tiene vd. bastante ascendiente en el ánimo de la señorita de Comerford para atraerla mas temprano de lo que ella acostumbra á nuestra sociedad!

—¡Ni vd. tampoco, Mr. de Mimaud! exclamó soltando una carcajada el capitan Duparc, y prosiguiendo en la broma, añadió: ¡Y eso que antes y despues de la tempestad á bordo de *la Aretusa*, estaban vds. á partir un piñon, tan uniditos y tan finos el uno con el otro! Bendito y alabado sea Dios, ¡lo que puede la ausencia en el corazon de las mugeres!

—¡Señor capitan! ¡este es el mundo! replicó Mr. de Mimaud encogiéndose de hombros. ¡Con las mugeres el que mas hace mas padece! ¡y el que mas las mima recibe mas desengaños! ¡Quién habia de pensar que un fraile me hubiera desbancado?

—¡Un fraile!!! exclamaron todos los que escuchaban á Mr. de Mimaud.

—Sí, señores, un fraile; respondió secamente el ex-coronel Guerrero.

Y entonces el padre de Corina se entretuvo en referir menudamente todo lo que habia pasado en casa de Josefina y su determinacion de no asistir al festin de Blanca á causa de la *confesion general* que iba á hacer á los pies del padre Marañon.

Guerrero se vió tambien estrepitosamente interpedido por los circunstantes y obligado á dar una fiel reseña de lo sucedido en la *calle de los Baños*, y la filiacion

del fraile, como la diera al sub-Prefecto de Perpiñan, de los padres del convento de los *trinitarios* cuando aquello de la represalia de Mr. de Cambaceres.

La algazara que con este motivo se armó en el jardín del consulado general de Francia en Barcelona, hizo que se dislocaran los circunstantes á punto de que unos abandonaban la silla para ir á ocupar otra cerca de persona mas locuaz que la que tenían á su lado, y en esa especie de revolucion Mr. Pierre Batlle hubo de dejar la suya vacante para responder á ciertas preguntas que Mad. de Saint-Pierre queria hacerle; y Guerrero como involuntariamente fue á reemplazar al alférez de fragata al costado derecho de Blanca de Gaville.

El mismo bullicio protegía las esplicaciones que *sotto voce* se daban los dos amantes. Blanca se disculpaba diciendo:

—Yo no puedo remediar el que Mr. *Batlle* se siente junto á mi.

Guerrero á su vez la decia:

—¿Cómo quiere vd. que yo rompa así, de repente, con Josefina? Para todo es menester tiempo.

—Es que vd. emplea en ella todo el que debiera vd. pasar en casa con nosotras, replicaba Blanca poniéndose de mal humor, y luego añadió: ¡Cuidado señor Guerrero que se separe vd. de mí esta noche en la tertulia!

—¿Esta noche? preguntó Guerrero á su querida Blanca.

—Sí, esta noche, porque vamos todos á casa del general Castaños, donde se reunen la flor y la nata de la sociedad de Barcelona.

—Yo tengo que hacer á las ocho; observó el amante.

—¿Qué hacer! exclamó la enamorada hija del vizconde. Ah! ¡Guerrero! continuó la candorosa niña. ¡El *que hacer* de vd. me da mucho en que pensar! ¿Apostaría cualquiera cosa que vd. va á *Sarriá* con ánimo de presenciar el *exámen de conciencia* y la *confesion general* de Josefina.

—No, amor mio, mis *quehaceres* son mas árduos y mas graves de lo que vd. supone, respondió Guerrero algo contristado. Esta noche se reune la *Logia masónica* á que estoy afiliado, y tengo que concurrir á ella como los demas *hermanos* para tratar de negocios que interesan al bien de mi patria.

—Si es así, Guerrero mio, no me opongo á la determinacion de vd., replicó Blanca, pero prométame vd. venir al palacio del capitan general, cuando vd. salga de la *Logia*.

—Mucho sentiria encontrar á vd. bailando con Mr. *Battle*, ó sentada á su lado, repuso Guerrero, cuando yo entre en el salon de la capitania general.

Eran ya las cinco de la tarde cuando el orden se restableció en el jardin, para pasar al salon y de allí al comedor á celebrar el cumple años de Blanca de Gaville.

CAPITULO XV.

LA LOGIA Y EL BAILE.

*«Auspicious Hope! in thy sweet garden grove
VVeaths for each toil, a charm for every wo.»*

(CAMPBELL.)

Lleno de esperanza y sin recelo salió Guerrero, á cosa de las siete de la tarde, del Consulado general de Francia, donde habia tenido la ventura de celebrar los dias de su adorada Blanca en el seno de la familia de Gaville, sin mas incidentes que aquel que habia perturbado su imaginacion por la mañana temprano al leer los versos del alférez de fragata dedicados á la señora de sus pensamientos, y el de encontrarla sentada despues en el jardin al lado del mismo, cuando volvió de su in-

fructuosa expedición con Mr. de Mimaud, de la calle de los Baños.

Las esplicaciones y la conducta ulterior de Blanca le habian tranquilizado el ánimo, y mas que todo, el haberla tenido á su lado durante la comida, flanqueada por la derecha con la voluminosa y machucha persona del capitán Duparc, que parecia moro de paz, segun era de edad y de modales graves, frios y algo rudos aquel hombre de mar. De modo que Guerrero no tuvo ya mas ocasion de encelarse de su supuesto rival Monsieur Pierre Batlle, y salió contento como unas Pascuas para llegar á las ocho de la noche al arrabal de San Antonio donde vivia Mr. de Cambaceres, y en cuya casa estaba la *Logia* á que pertenecia el ex-coronel de artillería.

Apenas enderezó Guerrero sus pasos desde *la Rambla* por la calle del Hospital para bajar á la puerta de San Antonio, cuando *de manos á boca*, como suele decirse, tropezó con su antiguo compañero de armas el comandante de artillería ligera don Juan Antonio Llinás, que salia de su casa para ir *al Taller*.

—¿Supongo, chico, que recibistes mi carta la otra noche? le preguntó Llinás, dándole un buen apretón de mano.

—Las dos serian de la madrugada, replicó Guerrero, cuando la leí á la débil luz de una lamparilla. Y por señas que me puso de muy buen humor por un rato, porque veo que *todos vamos á una*, y que *se trabaja bien*

aquí, en Madrid y en otros puntos de España.

—Si, chico, se trabaja: y esta noche verás en *el Taller*, es decir, en *la Logia*, á un pájaro de cuenta que ha venido ahora de la corte, y que presidirá, *entre columnas*, nuestros trabajos.

—Y ¿qué hay de nuevo? dijo Guerrero á Llinás.

—Nada, chico, respondió este, solo te puedo decir que me marcho pronto á Madrid, y que Manolo Valdés irá luego á reunirse conmigo. Yo iré *con licencia* temporal del director del cuerpo, y Manolo irá despues con su pasaporte en regla, con pretexto de afiliarse y servir en el de *Guardias de Corps* de las personas reales.

—Pues amigo *Juan Antonio*, por allá nos veremos pronto, repuso Guerrero, porque tengo aquí para mí, que me quieren *hacer frances* y nombrarme *vice-cónsul en propiedad* del Consulado general de Francia en Barcelona, y eso no va conmigo, porque, chico, ya tu sabes que yo soy *español antes que todo*. ¡No puedo con esos *gabachos* y *franchutes* desde lo que hicieron con nosotros en 1808. Pero dime, chico, ¿cómo quedarán nuestras queridas?

—Toma! como *el gallo de Moron*, respondió Llinás, con mucho desenfado. La que peor quedará sera la mia, ¡la pobre *Petra*! á quien adoro, y ella me quiere mas que á las niñas de sus ojos. *Dolores* quedará mejor porque *Manolo* se la endosará al coronel Mena antes de irse á Madrid, y *Cristo con todos*. ¿Y la tuya? ¿Qué harás con ella cuando te vayas?

Guerrero iba á responder, pero ya llegaban al umbral de la puerta de la casa de Cambaceres, y estaban dando las ocho en el reloj del hospital.

Una especie de vigilante apostado á la esquina que formaba el edificio con la calle ó *travesía* inmediata, preguntaba en voz baja, á los que iban entrando, *la edad* que tenían. Llinás y Guerrero contestaron al centinela avanzado de la Logia del arrabal de San Antonio «*nueve años*» el uno, y «*siete*» el otro, dándole al mismo tiempo la mano, y haciéndole en ella cada uno la señal *de edad* y *grado* de maestro y *maestro-de-pase* que tenían en el *Oriente*.

Un silencio sepulcral reinaba en todos los oscuros pasillos que recorrieron, despues de atravesar el gran patio de la fábrica de tintes de Mr. Cambaceres, para llegar á un inmenso sótano donde estaba el *taller* de los *masones*.

La *Logia* se hallaba bien *iluminada*, y la presidia *entre columnas*, con el *martillo* en la mano, en calidad de *venerable*, el señor don Victoriano Encima y Piedra, que por los años de 1832 y 1855, llegó á ser ministro de Hacienda del rey absoluto don FERNANDO VII, contra cuyo gobierno despótico conspiraba en 1818 y 1819.

Cubrian las columnas de Oriente y Occidente dos *Rosa-Cruces* que habian llegado tambien de la corte con el *pájaro de cuenta* á que aludió Llinás poco antes en su diálogo con Guerrero, que era precisamente el señor

don Victoriano, de feliz recordacion, por su *moralidad política* y por su fama *rentística*.

Inaugurados los trabajos de la *Logia* por el venerable, uno de los secretarios presentó y leyó la lista de los *neófitos* que se recibieron de *aprendices* aquella noche, entre los cuales habia muchos gefes y oficiales de la guarnicion de Barcelona, que estaban esperando en la sala de *pasos perdidos* la llegada del hermano *Terrible*, para que les acompañara donde vieran la *Luz*.

Concluida la ceremonia en que los *neófitos* prestaron el tremendo *juramento*, de no revelar á nadie, y menos á los *profanos*, lo que allí vieran y entendieren, uno de los hermanos de la *columna* de *Oriente* habló en estos términos:

«¡HERMANOS!

«Ya habeis visto la *Luz*: Hoy es el dia en que principiáis á consultar la *razon* y á estudiar lo que os debeis á vosotros mismos y lo que debeis á la sociedad. Por este medio comprendereis que el *error*, en que vivisteis, cuando aun teniais los ojos vendados, dimanaba de falsas opiniones formadas por prácticas supersticiosas engendradas en la *ignorancia*.

«El estudio de las ciencias humanas conduce á la virtud, porque requiere la meditacion y pone en ejercicio nuestras mas nobles facultades. Buscando é investigando el gran principio de la naturaleza, que une al

hombre con el hombre, que le induce á socorrer á su semejante y á llorar con él lágrimas de simpático dolor, los filósofos han disputado vanamente acerca del *egoismo* ó del *desinterés*, que pone en juego á nuestras mas nobles acciones para obrar en sentido de nuestro propio bien; porque de todos modos resulta que en aquel gran principio reposa la base inmutable de la moral del hombre, y que su amor propio y su interes personal, bien entendidos, le conducen á obrar con justicia, beneficencia y humildad, y á ser sincero, candeloso é indulgente con sus semejantes.

«Aun las mismas *virtudes negativas*, que son aquellas que equilibran juiciosamente las pasiones y apetitos del hombre, con el fin de conservar su salud y su tranquilidad de ánimo, contribuyen al sacrificio del *egoismo* y estimulan al individuo que está dotado de ellas á remediar los males ajenos y á contribuir al bien del género humano, si ha cultivado la sensibilidad de su corazon que los filósofos designan como el «*principio moral*» del hombre: es decir, «*La luz interna, La verdad y Dios*» únicos agentes que mueven é iluminan el entendimiento y constituyen la *virtud activa*.

«Desde hoy, hermanos *neófitos*, la *Logia*, conocida en el *Gran Oriente* de Madrid con el titulo de los *Siete hermanos de la virtud triunfante*, os cuenta en el número de sus afiliados, y los *hijos de la viuda* tendrán en vosotros fe, porque os creen dignos de trabajar en la reconstrucción del templo simbólico de Salomon; esperanza, por-

que habeis jurado sacrificar la vida, si fuere preciso, para asegurar el triunfo de la libertad en nuestra patria, y caridad, porque en la pobreza y en la miseria habeis jurado tambien socorrerles segun lo permitan vuestros haberes y vuestras fortunas.»

Tres martillazos dados en la mesa del *venerable*, y reproducidos sucesivamente por los dos *Rosa-Cruces* en las columnas de *Oriente y Occidente*, impusieron silencio al orador, y los *neófitos* ocuparon sus respectivos asientos.

Concluida la ceremonia, el *venerable* llamó á capitulo, y las primeras dignidades de la *Logia* se constituyeron en sesion secreta, de la que fueron escludos todos los hermanos, cuya edad masónica no pasaba de cinco años, para tratar de los graves asuntos de la salvacion de la patria, en vista de las comunicaciones que se habian recibido de Madrid y demas puntos de España.

Inútil es decir que Llinás y Guerrero asistieron á aquella sesion, porque ambos tenian la edad y eran dignatarios del capitulo convocado repentinamente por el *venerable* de la *Logia*.

Lo que en aquella *sociedad secreta* se tratara y discutiera aquella noche no nos lo reveló Guerrero, pero bien se llegó á inferir con el andar del tiempo, por los sucesos que ocurrieron despues en la península Ibérica.

Cosa de las once de la noche serian cuando Guerrero y Llinás salieron del taller, y emprendieron su camino

para ir al baile del palacio del capitán general de Cataluña, donde les aguardaban con impaciencia sus enamoradas prendas.

La orquesta tocaba un wals de MOZARD, cuando Guerrero y Llinás entraron en el salón, y Blanca de Gaville, á quien agarrada de la sutil cintura, sostenia con una mano un elegante improvisado, descollaba entre las demas parejas como un lirio sobre el musgo flotante en la superficie de un aljibe, cuyas aguas se agitan al sople fugaz de un torbellino.

Guerrero permaneció un instante inmóvil, fijó la vista en ella, y luego se dirigió á buscar á la señora vizcondesa y á Mad. de Saint-Pierre, que sentadas en un sofá cerca del mirador que adorna el ángulo saliente de la fachada del palacio al *Sud Este*, miraban á Sofia, que *valsaba* tambien con uno de los *pisaverdes* de aquel tiempo, con el célebre é impertérrito don MANUEL VALDES, que estaba entonces *en moda*, por decirlo así, en los salones de Barcelona, como lo estuvo despues en los de Madrid, donde llegó á ser *el terror* de los maridos, *el asombro* de las casadas, y *el verdugo amantísimo* de las solteras, porque algunas murieron *apasionadas* del *Adonis-Habanero* á fuerza de crueles y sentidos desengaños.

Valdés, aunque *mason*, no habia ido *al taller* aquella noche por escoltar al baile de la capitania general á *Petra*, la querida de su amigo Llinás, y á su hermana *Dolores*, á quien Valdés hacia asiduamente la corte y queria declarar en *estado de sitio* por temor de que se le

sublevase y proclamase *soberano absoluto* de su corazón al coronel *Mena*, que era el *elegante improvisado* que á la sazón valsaba con Blanca de Gaville; porque el citado *Mena* hacia frecuentes y reiterados *signos telegráficos* á *Dolores* en los paseos, tertulias y teatros donde solía verla y admirarla.

Pero la pobre *Dolores*, señorita de mucho mérito y mejor alcurnia, era entonces *presa infeliz* de dos alanos con corbata y guantes de cabritilla. El uno, *Valdés*, habia cautivado su corazón: el otro, *Mena*, poseía su entendimiento.

¡Fatal posición la de una señorita que se encuentra en un caso semejante al de *Dolores*! su suerte es padecer, y al fin morir de pasión de ánimo. ¡Así le sucedió á la querida de Valdés, pocos años después de casada con el coronel *Mena*!

—¿Cómo viene vd. tan tarde, señor Guerrero? preguntó la vizcondesa al amante de su hija menor al acercársele para saludarla en el sofá donde estaba sentada con Mad. de Saint-Pierre.

—¡Señora! hartó lo siento, respondió el secretario del vizconde, pero no pude remediarlo. He tenido *que hacer* y que sacrificar mis deseos á mi obligación.

—¡Bien! ¡muy bien! señor Guerrero, exclamó la madre de Blanca. ¡Así me gustan los hombres! La obligación es antes que la devoción, y si todos obrasen como vd., no hay duda que habria en el mundo mas orden y menos confusión de la que se nota en todas partes.

¡Estoy segura de que mi *intimo* amigo el *marqués Des-solles*, actual ministro de negocios extranjeros del rey Luis XVIII, me dará mil veces las gracias por haberle recomendado un hombre tan eficaz y tan celoso para el servicio de la Francia como vd. señor Guerrero!

—¡Mil gracias! señora vizcondesa, replicó el secretario de su marido: pero conviene, señora, añadió, que vd. sepa que los *quehaceres* que he tenido esta noche y que me han privado de venir al baile mas temprano no tienen nada que ver con la Francia. Son negocios puramente personales, y que mas bien se rozan con los intereses y prosperidad de España, que con los de ninguna otra potencia de Europa.

En esto iba el diálogo de Guerrero con Mad. de Gaville cuando cesó la orquesta, y cesaron las parejas de valsar.

Blanca y Sofia volvieron acompañadas de sus respectivos bailarines á ocupar los sitios vacantes en el sofá al lado de la mamá y de la señora de Saint-Pierre, y Guerrero entonces preguntó, despues de los saludos de costumbre, por el capitán Duparc, por el alférez *Battle* y demas oficiales de la fragata *Aretusa*, así como tambien por Corina y Mr. de Mimaud, á quienes habia echado de menos desde que entró en el salon.

El capitán y los oficiales de la fragata francesa se habian ido á su bordo á las once menos cuarto, y Corina con su padre, estaban hablando en un gabinete inmediato al salon, con el vizconde de Gaville y el general Castaños.

El baile volvió á animarse : Guerrero pidió un rigodon á Corina , así que entró en el gabinete para saludar al capitán general , y antiguo amigo de su padre á quien debía indirectamente la dicha de adorar á la hija del vizconde; Llinás bailó con Sofía; Valdés con Blanca, y Mena con Dolores.

Concluido el rigodon , los convidados pasaron al salón del ambigú , donde encontraron una elegantísima mesa bien provista de ricos y esquisitos manjares, fiambres y frutas de la estación , un selecto surtido de bebidas , sorbetes , vinos de todas clases , conservas , compotas , y cuanto puede estimular el apetito de los danzantes á media noche , que en todas partes del mundo suele guardar proporción con el que tienen los maestros de escuela , los sacristanes , y los músicos de regimiento durante todas las horas del día , en nuestra tierra y otros países limitrofes.

Después de la cena , ya el festín de la capitania general de Cataluña , se fue desmoronando , (y perdone el lector la metáfora) como se habían desmoronado dos grandes castillos de almendrado , que adornaban , en ambos extremos de la mesa del ambigú , el hermoso ramillete que la cubría en todos los espacios donde el mantel no estaba oculto á los ojos del goloso convidado , por las fuentes de succulentos jamones , pavos y perdices en jelatina . Cada galán conducía del brazo á su dama , y formando parejas en procesion , bajaban las escaleras del palacio en retirada , y tomaban unas el carruaje en

el zaguan , otras el camino á pié , que las indicaba el farol de su lacayo respectivo , pero todas en general tomaron el trote , el portante , ó el paso regular ó acelerado , segun mas les convenia , á tan altas horas de la noche , para regresar con los papás y con las mamás á sus correspondientes domicilios.

La familia de Gaville , fué de aquellas que emprendieron la marcha á pié y á paso regular , porque la noche era clara y apacible : la luna bañaba con su argentina luz el paseo de la esplanada , y convidaba , despues del bullicio del festin , á la marcha pausada y á la meditacion intensa con que al parecer se dirigian la familia del vizconde y sus agregados , al arrabal de Junqueras.

Solo Mr. de Mimaud , que daba el brazo á la vizcondesa , interrumpia el silencio de la comitiva con algun chiste de los muchos que germinaban en su fecunda y florida imaginacion. Un coro de carcajadas respondia á sus agudezas , y luego seguia el mismo silencio y no se oia otro ruido que el de las ligeras pisadas de Sofia , Blanca , y Corina que como tres cisnes de incomparable belleza , precedian saltando y jugueteando entre si , junto á las fuentes del paseo , á Mad. de Saint-Pierre que daba el brazo á Guerrero , y al vizconde que les sucedia apoyado en el de su melancólico hijo Ricardo.

A este compas , marcando ó acelerando el paso , segun lo prescribia el vuelo de aquellas tres sylphides que iban á vanguardia , y á cuyas caprichosas alas se

subordinaban los piés de la comitiva que las seguía, llegaron los miembros y adictos de la familia de Gaville á las dos de la madrugada al Consulado general de Francia en Barcelona.

En la antesala se dispersaron para irse á la cama, y como si á una voz hubieran dicho: «cada oveja con su pareja.» Blanca agarró á Corina; Sofía á Mad. de Saint-Pierre; el vizconde á la vizcondesa; y Ricardo á Mr. de Mimaud.

Guerrero, precedido de su criado que le alumbraba con una bujía, se coló por un corredor inmediato, entró en su aposento, y encontró sobre la mesa una carta que dijo Bonet la había traído el lacayo de la señorita de Comerford á cosa de las once de la noche.

Bonet, tomando la venia de su amo, despues de servirle un vaso de agua con azúcar y unas gotas de flor de naranja, se retiró, y Guerrero, solo y pensativo, rasgó el sobre y leyó la misiva de Josefina, que decia así:

«¡HOMBRE FUNESTO!»

«He consultado mi corazon y mi conciencia, y á los pies del *padre espiritual* he sostenido una lucha horrible. Mi corazon te acepta; diré mas, ¡te desea! ¡Mi conciencia te rechaza! ¡te detesta!!!

«No estrañes ni mi confesion, ni la familiaridad con que te trato, porque en ese estilo, el titulo de tú, significa ódio ó cariño, amor ó desprecio, segun los al-

ternados sentimientos que agitan el corazón de la persona que escribe á la persona querida ó abominable á quien se dirige.

«¡Yo te quise! y ahora te odio: ¡yo te amaba! y ahora te desprecio! Conviene sin embargo á mi bienestar y al tuyo propio, que ambos ocultemos por *ahora* este rompimiento necesario de nuestras relaciones, á los ojos de la familia de Gaville, á los de Mr. de Mimaud, y á los de su hija Corina y Mad. de Sain-Pierre.

«Haz por ver al padre Antonio Marañon, que mañana estará en el convento de Capuchinos de la ciudad, y él te indicará los motivos que guían la pluma de

JOSEFINA DE COMERFORD.»

P. S.

«Mañana mismo á las dos de la tarde te espero sin falta con Mr. de Mimaud para ir con vosotros á comer al *arrabal de Junqueras*. ¡Cuidado con lo que digas á Blanca! Por la noche hablarás conmigo cuando me acompañes á casa.»

Guerrero se encolerizó al concluir de leer esa carta singular é inesperada, y hubo un momento en que estuvo para rasgarla y devolvérsela á Josefina, hecha pedazos con una respuesta fulminante.

—¡Esa mujer se ha vuelto loca! exclamaba con indignacion; ¿qué significa esa carta?.. Pero, no, aquí hay gato encerrado..... Es menester prudencia y seguir sus

consejos con precaucion. Yo veré al fraile de la Trapa al amanecer de este dia, y segun lo que me diga obraré.

Tomada esta determinacion, Guerrero se metió en cama, pero inútilmente se empeñó en cerrar los ojos. No le fue dable conciliar el sueño, y cuando el péndulo que tenia sobre la repisa de la chimenea de su cuarto dió las seis, saltó de la cama, se vistió de trapillo, y echó á correr como un loco hácia la rambla y se coló por la puerta del claustro del convento de los padres Capuchinos.

—¿Está en la casa el padre Antonio Marañon, conventual de Sarriá? preguntó algo agitado á un lego barbudo y macilento que estaba en la portería.

—Sí, hermano, respondió el lego; hace poco que él y yo hemos llegado al convento despues de haber pasado una muy mala noche.

—¿Mala noche? preguntó Guerrero con aparente sorpresa.

—Sí, muy mala, hermano, replicó el lego sacudiéndose el hábito que traia lleno de polvo, y levantándose del banco de oscura madera de nogal en que estaba sentado en el átrio del convento, y prosiguiendo con calma el truncado discurso: yo llamo mala noche aquella en que no puedo dormir sobre mi dura *tarima*, y la pasada es úna de ellas, porque el reverendo Marañon y yo salimos ayer tarde de Sarriá á las cinco de la tarde, llegamos á Barcelona á las siete y media, y tuvimos que ir, sin venir al convento, á casa de un francés del arrabal

de San Antonio á confesar á un enfermo , y de allí á confesar á otro enfermo á la calle de los Baños , de donde hemos salido á las tres de la madrugada , y estoy tan cansado y rendido que apenas puedo tenerme de pié. Y el lego volvió á sentarse y á sacudirse el polvo , tomando despues uno de rapé y sonándose las narices con un pañuelo azul de hilo no muy fino , pero bien pulcro.

—¡Ah ! ¡Ah ! ¡Ya entiendo , ya entiendo ! exclamó Guerrero ; ¡ el padre Marañon no ha dormido en casa !

—No , hermano ; ni yo tampoco ; y ni él ni yo hemos dormido , repuso el lego , y estamos en ayunas hasta que su reverencia acabe la misa que está ahora celebrando en el altar de la *Divina-Pastora* , que entonces pasaremos á la *celda* y tomaremos una gicara de chocolate con unas rebanaditas de pan tostado ; y si vos gustais acompañarnos , estoy seguro que el padre Marañon tendrá una verdadera satisfaccion en ello.

—Acepto ; buen hermano , porque tengo que hablar con su reverencia , y no es bien que le detenga yo en la sacristía al concluir el Santo Sacrificio : quiere decir que en su celda podré hablarle con mas libertad y sin privarle de romper el ayuno. Para no molestaros mas y emplear yo cristianamente el tiempo , añadió Guerrero , entraré en la iglesia y oiré lo que pueda de la misa que está celebrando el padre Marañon.

—Bien hareis , hermano , observó el lego , porque su reverencia despues del «*ite misa est*» tiene que distri-

buir la Sagrada Eucaristía á sus hijas de confesion y de-
mas gentes que en la iglesia han venido esta mañana á
purificarse por medio del sacramento de la penitencia.
Entrad, entrad hermano por esa puerta inmediata, que
por ella entrareis tambien á la capilla misma de la Di-
vina-Pastora, en una especie de tribuna cubierta de
celosias de caña, desde donde vereis sin ser visto quan-
to pasa en derredor del altar. Mientras tanto voy á
deshacer el chocolate, porque supongo que á vos os
gustará, como á nosotros, claro, espumoso y bien ba-
tido con el molinillo: ¿no es así?

—No tan *asi*, venerable hermano en Cristo, respon-
dió Guerrero sonriéndose, porque el chocolate tengo
para mi que ha de ser espeso. Lo único que me gusta cla-
ro es el proceder de los hombres, y estoy por añadir que
el de las mujeres me gustaria que fuese tan diáfano co-
mo el agua de vuestra célebre *cisterna* del claustro de
este convento, donde vienen tantos aficionados por las
tardes á saborearla y apagar la sed con sendos azucari-
llos.

—No os falta razon..... pero quedaos *con Dios*, que
se hace tarde, dijo el lego levantándose del banco de
nogal; y entonces se oyó la campanilla, agitada por el
monaguillo que ayudaba la misa al padre Marañon y la
voz sonora de este, que decia: «*Sanctus, Sanctus*» y se
daba fuertemente golpecillos en el pecho con la mano
diestra.

Guerrero entró por la puerta que le indicara el lego

y se encontró al instante en la tribuna lateral del altar de la Divina-Pastora, celada su persona por las celosías, viendo él á los circunstantes, y sin que nadie á él le viera.

El sacerdote estaba como en éxtasis al pronunciar «*Hic est enim corpus meum*» y luego cuando decía: «*Domine non sum dignus*» pero un agudo y profundo suspiro, exhalado por alguna de las personas que rodeaban genuflectas y compungidas la baranda del presbiterio, hizo volver en sí al absorto padre Marañoñ, que continuó diciendo el Santo Sacrificio. Al pronunciar el «*ite missa est*» todos los penitentes que se habían acercado á la barandilla del presbiterio para comulgar, alzaron el santo mantel á la altura de la boca, y las señoras que allí habia, corrieron el velo de las negras blondas con que se ocultaban el rostro. Entre ellas, que no pasaban de seis ó siete, descubrió Guerrero el semblante de Josefina por su blancura y singular espresion, y por sus centellantes ojos azules que estaban como clavados al sacerdote que tenia ya el cáliz en la mano izquierda y la forma entre el pulgar y el indice de la derecha, repitiendo en voz baja «*Domine non sum dignus*» para que las contritas convidadas á *la mesa del señor* se preparasen al acto solemne de purificar su alma de todos los pecados que habían merecido la absolucion del confesor.

Josefina, con voz mas clara y ferviente que las demas pecadoras, exclamaba: «¡Señor, no soy digna de que Vuestra Majestad entre en mi pobre morada! Mas, ¡decid

una sola palabra, y mi alma quedará , sana , salva , limpia y perdonada!!!.

Esta última palabra la dijo tambien el padre Marañon al limpiar el lábio de Josefina con los *santos corporales*, despues de administrarle la forma, y ella , concluida la ceremonia, dejó caer el velo negro sobre su alba frente y encendidas megillas, cerró la boca y fue á recogerse en ferviente oracion mental á uno de los ángulos mas oscuros de la capillá.

CAPITULO XVI

LAS CONFERENCIAS.

*“Le Fanatique aveugle, et le Chretien sincere
Ont porté trop souvent le même caractère...
(VOLTAIRE.)*

Guerrero durante el corto tiempo que estuvo en la tribuna de la capilla de la Divina-Pastora, se perdía en conjeturas, y recordaba, con horror, lo que le había dicho el lego en la portería del convento de los Capuchinos de la Rambla de Barcelona.

Segun el relato del lego, el padre Marañón había salido del desierto de Sarriá á las cinco y media de la tarde del día anterior; llegó á Barcelona á cosa de las siete, y fué corriendo á confesar á un enfermo á casa de

un francés que vivía en el arrabal de San Antonio, y de allí salió despues para confesar á otro enfermo en la calle de los Baños. ¡Singulares coincidencias! La *Logia masónica* estaba en aquel arrabal; y la casa de Josefina, en la misma calle de los Baños: pero Josefina habia dicho el día del cumpleaños de Blanca de Gaville, que iba aquella misma tarde á su casa de campo de Sarriá.

En efecto, la señorita de Comerford fué con Elena á la *torre-den-Negre*, pero al oscurecer ya estaba de vuelta á Barcelona, y la confesion general habia de hacerse en la calle de los Baños, á los pies del fraile de la Trapa y á las altas horas de la noche, para que pásase poco tiempo desde la absolucion á la comunión, y de esta al cumplimiento de la penitencia. Y todo lo ignoraba Guerrero, como ignoraba tambien que el padre Marañon era un agente de don Victor Saez, aquel canónigo Jesuita que fué confesor y primer ministro despues del rey don Fernando VII (Q. D. G. H.) y que estaba afiliado como *franc-mason* á la Logia que se reunia en casa del francés Mr. de Cambaceres, y que por la edad masónica que tenia, era el vigilante apostado aquella noche á la esquina del edificio del arrabal de San Antonio, y el hermano Terrible que habia introducido á los neófitos entre las columnas de Oriente y Occidente para que vieran la Luz ante el venerable don Victoriano Encima y Piedra.

Todo esto lo ignoraba Guerrero, y no sabia tampoco

que Josefina y el padre Marañon eran dos cuerpos y un alma como suele decirse ; pues ambos pertenecian ya de hecho al conciliábulo secreto de los PP. de la Fé que monopolizaban en la corte de Madrid la autoridad del Monarca español y gobernaban sordamente en toda la Peninsula.

Los PP. de la Fé , que no eran mas que los modernos jesuitas , disfrazados con distintos hábitos , y tenian tambien á su devocion al mismo venerable de la logia á que Guerrero pertenecia , seguian las antiguas máximas de los discipulos de Loyola , y aunque su existencia como compañía de Jesus era ya incompatible con la iglesia de España y con el derecho público de la nacion , porque su congregacion estaba disuelta en toda la cristiandad por reales decretos de los soberanos católicos , y por una bula del gefe visible de la iglesia apostólica romana , el padre Victor Saez habia encontrado medios de hacerla revivir , ya no en corporacion , sino en parcialidades intrusas en los conventos , seminarios y otras comunidades religiosas , establecidas y autorizadas entonces en toda la monarquía española.

Hubo un tiempo quizás en que los jesuitas pudieron ser útiles á la humanidad ; pero en el periodo que ahora recorremos , solo podian ser su azote , y la rémora de todas las reformas sociales que reclamaba ya entonces el espíritu del siglo.

Veamos , pues , si ignorando estos antecedentes , habia de estrañar Guerrero la carta que recibiera de Jo-

sefina cuando regresó con la familia de Gaville del baile de la capitania general de Cataluña.

Josefina de Comerford habia vuelto aquella misma tarde á Barcelona, contra lo que se debia inferir de sus asertos por la mañana; sabia por boca del hermano Terrible, que el ex-coronel de artilleria asistia á la ló-gia del arrabal de San Antonio; que allí conspiraba contra el gobierno *paternal* de Fernando VII; que el plan de los revolucionarios iba adquiriendo vastas ramificaciones, y que Guerrero en vez de cejar en sus tentativas, adherirse á sus consejos, y prohiar sus opiniones políticas y religiosas para hacerse digno de su corazon y de su mano, y de recuperar su gerarquía militar en el ejército del rey, se unia clandestinamente á los hereges, enemigos irreconciliables del altar y del trono.

Estas revelaciones que á Josefina hiciera el padre Marañon, cuando ella le confesara que queria á Guerrero, y que pensaba casarse con él, si modificaba sus creencias y abjuraba de sus errores, habian exaltado fácilmente el ánimo de la señorita de Comerford y acalorado su imaginacion hasta el punto de escribirle aquella carta singular é inesperada que en obediencia de una parte de su contenido condujo por la mañana siguiente á Guerrero á la capilla de la Divina-Pastora del convento de Capuchinos de Barcelona á esperar al padre Marañon que acabase de celebrar el oficio divino para ir á su celda á conferenciar con él.

De la sacristia iba saliendo ya el padre *espiritual* de

la sobrina del difunto conde de Briás y enderezaba sus pasos por el claustro para ir á tomar el chocolate, cuando Guerrero se abocó con su reverencia y le dijo, cogiéndole la mano y besándosela segun costumbre:

—Perdóneme el reverendo padre Marañon, si tan temprano vengo á interrumpir sus religiosas atenciones...

—No hay de qué, señor y hermano en Cristo, replicó el ex-fraile de la Trapa con marcada cortesanía; no hay de qué. Antes bien agradezco la matinal visita que me haceis porque me procura el gusto de ofrecer un *pocillo de chocolate* en el estrecho recinto de la celda que provisionalmente ocupó en este convento cuando vengo de Sarriá á Barcelona, y me evita el haberos incomodado escribiéndoos un billete para que viniérais á verme, pues que tengo que hablaros amistosa mente de parte de la candorosa y angelical Josefina de Comerford, de quien como vos sabeis, tengo la dicha de ser el padre espiritual, su confesor, su consejero.

—Acepto, reverendísimo padre en Cristo, vuestra temprana invitacion, dijo Guerrero, y me desayunaré con vos de mejor apetito que si lo hiciera en la casa en que vivo.

Y diciendo y haciendo, ambos silenciosamente subieron al tramo principal del convento y entraron en una reducida celda, muy aseada y limpia, que por todo ajuar contenia una mesa de bufete ó escritorio con unos estantes en que habia libros, al parecer de devocion,

un breviario mngriento , recado de escribir , un Crucifipequeño de marfil sobre una peana y cruz de ébano , una bujía verde apagada ; una caja de rapé , una petaca de cigarros de Virginia , un rosario de chacaranda con gruesas cuentas y glorias de hueso blanco y una cruz de Caravaca de metal amarillento . Una tarima de pino con cabezal de lo mismo , cubierta del todo con una manta de Palencia tan rapada que parecía una arpillera , y dos sillas del mismo material de la tarima , cubrian el pavimento de la celda , y unos modestos cuadros de la muerte y pasion del REDENTOR del género humano , esmaltaban la blanquisima pared de la celda del confesor de Josefina , sin mas luz que la que recibia por la ventana que daba al grandioso jardin ó huerta de los padres Capuchinos .

Apenas habian tomado asiento , cuando el lego barbu-do y macilento de la porteria , se presentó con dos tremendas gicaras del mejor caraqueño que se toma en Bilbao , sobre dos platos de loza oscura que cabian justamente en la misma bandeja en que traia tambien dos medios panecillos tostados y dos vasos de agua de la cisterna del convento .

Una leve seña del superior , hizo desaparecer al lego de la celda , y al cabo de un corto espacio , el fraile Marañon habló de esta manera ;

—¡Guerrero , hijo ! pues creo que os llamais asi ; tengo que haceros dos proposiciones de parte de mi hija de confesion , á quien vos conoceis , servis y amais des-

de que estuvisteis con ella en Viena: seré mas esplicito; de parte de la señorita de Comerford, sobrina y heredera, *in partibus*, del difunto conde de Briás, que en paz descanse!

—Hablad, padre, repuso Guerrero con mucha compostura y afable continente; hablad que yo obtemperaré, ó no, á las propuestas que me hagais, segun dependa ó no dependa de mi voluntad el aceptarlas.

—Nada ignoro de cuanto ha pasado por vos y en vos, hermano Guerrero, dijo el fraile, desde que conocisteis á Pepita en Alemania, he visto las cartas que la habeis escrito desde aquí, cuando ella estaba aun en Viena y en Roma, y sé por fin que hubo un tiempo en que enamorado de ella, la ofrecisteis ser su esposo si ella os queria pero aceptar por tal. Pepita os amó con delirio, con passion; con un fin santo y altamente religioso, conforme con la última voluntad de su difunto tio el conde de Briás, y con las máximas y doctrinas de su primitivo director espiritual, el padre O'Tyrrell de Dublin, á quien yo represento hoy al lado de su desamparada hija de confesion.

«Este fin, Guerrero hijo, es, aun ahora, el de libertaros del precipicio que está abierto á vuestros pies, y en el que os vais á sumergir sino escuchais la voz de un humilde padre de almas que se interesa mucho por la salvacion y el bien de la vuestra.

—¡Al grano! ¡al grano! ¡padre nuestro! hubo de esclamar Guerrero interrumpiendo al confesor de Jose-

finá, cuando este volviendo al hilo de su comenzado discurso, continuó diciendo:

—No es paja la salvacion del alma, hijo pecaminoso, ¡no es paja, sino grano, y muy grano lo que se os dice cuando se trata del bien de la vuestra, que á todas luces está en pecado mortal! Pero no desespero de vuestro noble corazon, ni del fruto de mis desinteresados consejos: vos volvereis, cual oveja descarriada, al redil de los fieles; vos os arrepentireis y os hareis digno, con el tiempo, del corazon y de la mano de la rica nieta de *San Francisco de Sales*, si la obedecéis en cuanto por mi órgano os ordena. La señorita de Comerford os propone que abjureis de vuestros errores, tanto en religion como en política, y os ofrece su mano y su fortuna, si en efecto buscáis con una verdadera contricion y por medio de la penitencia á los pies del confesor, la absolucion de vuestros pecados, y prometeis consagrar vuestra vida futura en defensa de nuestra santa religion y del trono de nuestro legítimo monarca.

«Si desecharais esta generosa oferta, Pepita os suplica en nombre del deber y de la amistad que aun os profesa, que salgais pronto de la casa en que vivis mezclado con protestantes, partais de Barcelona, y os vayais á Madrid con los fondos que su banquero, el virtuoso irlandés Mr. Kelly, pondrá á vuestra disposicion, y con los cuales podreis manteneros decorosamente hasta que conozcais el bien que ahora rehusais, ó que encontreis mayor ventura de la que ella os ofre-

ce. Cualquiera que fuere vuestra contestacion, yo se la daré fielmente esta mañana ó esta tarde antes de volverme al desierto de Sarriá.

—Me llenais de asombro, y de nó poca confusion, reverendo padre en Cristo, exclamó Guerrero, y luego preguntó: ¿Quién os ha dicho que yo estoy en pecado mortal?

—«La vida que llevais, las gentes con quienes vivis, y las sociedades que frecuentais, ¡indican bien que vuestra alma está pervertida y que no gózais de la gracia de Dios, y el que no está en su santa gracia se halla en pecado mortal, repuso el fraile.

—Si la conciencia es el juez rígido é imparcial que revela al hombre, ó la pureza de sus acciones, ó la enormidad de sus crímenes, observó Guerrero, bien puedo aseguraros, reverendísimo padre, que la mía me declara inocente de los pecados que me imputais. Pero es el caso que á vos, padre, os han de haber informado mal acerca de mi vida y costumbres, porque ni las gentes con quienes vivo, ni las sociedades que frecuento, se apartan jamas de lo que prescribe la moral cristiana, y si no me quereis creer, preguntádselo vos mismo á la señorita de Comerford, vuestra hija de confesion, que frecuenta las mismas casas y trata con las mismas gentes que yo. Sin embargo, como ahora solo se trata de saber si acepto ó no las proposiciones que vos me haceis en nombre de Josefina, me limitaré á contestaros, que en este momento nada puedo resol-

ver, y que vuestra hija de confesion sabrá pronto cual de las dos ofertas suyas le de aceptar.

—¿Es decir que á todo os negais? preguntó dubitativamente su reverencia.

—A nada me niego, ni á cosa alguna me obligo por ahora, y os suplico padre, lo tengais así bien entendido, repuso Guerrero con bastante gravedad.

Asi concluyeron el diálogo el ex-coronel de artilleria y el ex-fraile de la Trapa, y dieron fin al desayuno y á la conferencia matinal que les habia reunido en la celda del convento de los PP. Capuchinos de la Rambla de Barcelona.

Guerrero salió de allí muy sofocado haciendo cálculos, sobre las palabras del lego, mas bien que conjeturas, acerca de lo que le habia propuesto el padre Antonio Marañon, porque de las palabras de su reverencia era fácil inferir que Josefina, en la confesion general, le habia dicho que él vivia con extranjeros que pertenecian á varias religiones, y que, como hombre de mundo, frecuentaba teatros, tertulias y saraos: pero en cuanto á lo de haber pasado el padre Marañon la noche en la calle de los Baños, despues de haber estado confesando á un enfermo en el arrabal de San Antonio, en casa de un francés, como se lo habia asegurado el lego en la porteria del convento, no sabia que pensar ni que decir, y sin embargo era lo que mas deseaba averiguar.

Apenas llegó al Consulado general de vuelta del convento de los capuchinos se fué á la Cancillería, abrió la

papelera, y sacando de un estante el *libro de matrícula*, en que tenia anotados á todos los franceses domiciliados en la capital del Principado de Cataluña, comenzó á buscar los nombres de aquellos que vivian en el arrabal de San Antonio y en la calle del Hospital.

Se hubo de despestañar Guerrero, examinando y recorriendo uno por uno los nombres y apellidos, profesion y domicilio de mas de dos mil y quinientos peluqueros, perfumistas, tintoreros, fondistas, sastres, toneleros, sombrereros, alguno que otro zapatero, dentistas, guanteros y licoristas, que son por lo comun las gentes que nos vienen de allende el Pirineo para propagar acuende su comercio y su industria, primero que pudo dar con los franceses que vanamente buscaba en el *libro de matrícula*, en estado tal de enfermedad y peligro de muerte, que hubiese entre ellos uno que reclamara los auxilios espirituales del padre Antonio Marañon á las ocho de aquella noche en que, ni el lego barbudo de la portería, ni su superior el ex-fraile de la Trapa, habian dormido en el convento de los Padres Capuchinos de Barcelona. En toda la calle del Hospital y arrabal de San Antonio, no habitaba otro francés que Mr. de Cambaceres con su familia y los operarios de su fábrica de tintes.

Fuerza era, pues, inferir del resultado que daba el catálogo nominal de los súbditos de Luis XVIII residentes en aquella ciudad, que el Padre Marañon habia ido á confesar á algun enfermo á casa del mismo due-

ño del local en que estaba la *Logia maçonica* á que Guerrero pertenecía. Y como por lo regular siempre en España *por el hilo sacamos el ovillo*, el ex-coronel de artillería pensó que en sacando en claro lo que pudiese averiguar por boca del mismo Cambaceres, vendría en aclarar lo turbio de la confesion del otro enfermo de la calle de los Baños.

Mr. de Cambaceres, que debia su rescate de la inquisicion de Barcelona á la ingeniosa represalia de los frailes Trinitarios detenidos de Perpiñan, no podia sin mostrarse muy ingrato y descortés, negar á Guerrero favor alguno que este le pidiera, ni mucho menos reusarse á prestar una declaracion verídica y fiel de cuanto el canciller del Consulado general de Francia le requiriese. Así fué, que citado Cambaceres semi-oficialmente á comparecer ante la autoridad del cónsul de su nacion, se presentó en Cancillería á oír el requerimiento de Guerrero á las doce de aquel día.

Preguntado ¿qué franceses habitaban con él y su familia en el arrabal de San Antonio? Cambaceres contestó en estos términos:

—Viven en el recinto del edificio en que está mi fábrica de tintes el capataz Mr. Dufaure con su mujer y su hija, que ocupan la casilla que está situada en el gran patio del establecimiento, y en las habitaciones ó boardillas del ala derecha de mi misma casa, comen y duermen diez y siete operarios franceses, que viven del salario que yo les doy.

—¿Hay alguno en su casa de vd. que se halle enfermo y de cuidado? preguntó Guerrero á Cambaceres.

—Ninguno, señor, fue la lacónica respuesta del tintorero, y añadió: todos están gordos, sanos y buenos, y se acuestan y se levantan con el sol, siguiendo aquella buena máxima del republicano Washington, que decia á los suyos: «Acostarse temprano y levantarse con el dia, hacen al hombre robusto, rico y prudente.»

«Early to bed, and early to rise,
«Make a man healthy, wealthy and wise»

—¿Y no sabeis, amigo Mr. Cambaceres, si hay algun francés enfermo de peligro en vuestra vecindad? volvió á preguntar Guerrero.

—No creo, señor Canciller, que haya ninguno, porque en todo el arrabal de San Antonio no vive francés alguno, como no sea en mi casa.

—¿Y pudiérais decirme si en ella ha entrado anoche algun fraile? insistió Guerrero preguntando.

—Fraile! exclamó Cambaceres, así como meditabundo, tocándose la frente con el indice de la mano derecha: ¡fraile! volvió á exclamar.

—¿Os sorprende por ventura mi pregunta? preguntó otra vez el canciller.

—No; pero... pero, ahora me haceis abrir los ojos... y... y, voy cayendo y recordando que... ayer tarde..... ¡al oscurecer seria!.. como cosa de una hora antes que

los hermanos viniesen al taller, vi á un hombre con barbas, sentado en lo interior del aposento de Mr. Dufau-re, muy embozado en una capa parda, como si tuviera frio, y pregunté al capataz de la fábrica, ¿quién era aquel espantajo misterioso? y me contestó que habia venido acompañando al hermano *Terrible*; que era noche de recepcion, y que los dos venian disfrazados de frailes capuchinos, sin duda para infundir mas miedo á los *neófitos* que estaban ya en el salon de pasos perdidos cuando entró el hermano *Terrible* con su acompañante, y que al hacerle la señal de su grado y edad, le previno que aquel hombre que venia con él era profano, y convenia decirle que allí habia un enfermo de cuidado, que se tenia que confesar.

—¿Y á qué hora salió de la *Logia* el hermano *Terrible*? preguntó Guerrero.

—Salió dos veces, replicó Cambaceres; la primera vez pasó por delante de mí muy tapado con su máscara y gorro frigio como llevan las catalanes; me hizo el saludo y señal de hermano, y fue á apostarse como vigilante á la esquina de la calle inmediata para pedir la palabra de pase á todos los masones que iban viniendo; luego volvió y entró en la sala de pasos perdidos; despues, cuando la *Logia* se constituyó en capitulo, como él no tenia la edad, fue excluido, como yo mismo, de la sesion secreta, y entonces se marchó con su acompañante, sin quitarse el disfraz, sin duda porque estaba la noche algo oscura, pues la luna no habia salido aun.

—¿Y vd. le ha visto en la *Logia* antes de la reunion masónica de anoche? siguió Guerrero en sus preguntas.

—¡Jamás! fue la seca respuesta del fabricante de tintes: pero le ví hablando con el VENERABLE, muy sigilosamente entre columnas, antes de principiar los trabajos y la recepcion de los neófitos; y aun noté que el VENERABLE le daba un papel, y le decia algo al oido cuando se separó del *Taller* para ir al salon de pasos perdidos. Tenia puesta una careta y unas barbas muy largas; llevaba un hábito de color de chocolate, y brillaban sobre su pecho, y en todo lo que no cubria su ancho delental de raso blanco con los atributos masónicos bordados de sedas de colores, un Cristo de metal dorado, el compas, la regla, el nivel y demás joyas de la órden.

—Esto ya lo ví yo tambien desde mi puesto, replicó Guerrero, y luego añadió: todo mi empeño era saber si antes de ahora le habia vd. visto en el *Taller*. Siento haber incomodado á vd., pero con lo que me ha dicho me basta para mi gobierno en lo sucesivo. Escuso encargar á vd. el secreto de nuestra entrevista, porque ya vd. sabe por esperiencia lo que son estas cosas de la masoneria, y que no todos los dias se presentan en este Consulado general pasaportes para refrendar á frailes trinitarios como los de Marras, que fueron á tomar los baños de Aix con escala en Perpiñan ¿está vd. en el golpe, señor Cambaceres?

—¡Y tanto como estoy! señor canciller, respondió el

tintorero: ¡y tanto!.. El asuntillo de la Inquisición, y la represalia de los frailes, no se me irán de la memoria fácilmente: son dos incidentes que recordaré por siempre; pero, mas de veras, mientras viva en España. ¡Cáspita con los señores inquisidores! ¡Si no por vd. me frien como gazapo en sarten de dos mangés! ¡Friolera, con las parrillas del Santo Oficio! Bien puede vd. estar seguro, que á nadie diré «esta boca es mía» de cuanto vd. me acaba de preguntar, esta mañana, y si veo por casualidad al hermano *Terrible*, ó al que le acompañaba, ó á quien quiera que se les parezca por esas calles, esté vd. seguro señor canciller, que aún á riesgo de romperme las narices contra una esquina, torceré el camino por la primera que encuentre, antes de saludarle ó ponerme á tiro de que me hable

Y así lo cumplió el bueno y honrado de Mr. Cambaceres, yéndose derechito y por el menos frecuentado á su fábrica de tintes del arrabal de San Antonio, sin saber ni querer averiguar por qué el secretario del vizconde de Gaville le había hecho todas aquellas preguntas.

Guerrero, empero, después de la conferencia que acababa de tener con Mr. de Cambaceres, se quedó muy triste y pensativo, porque reconocía en la conducta doble del confesor de Josefina, una maldad tan refinada, que había de contaminar las buenas cualidades que hasta entonces había notado y apreciado en la sobrina del difunto conde de Briás, y no poco sorprendido al consi-

derar que en la *Logia* á que él pertenecía habia traidores, capaces de delatar al gobierno los planes que en ella se fraguaban para asegurar el triunfo de la libertad contra el lespotismo.

Absorto en estas meditaciones andaba Guerrero, cuando Mr. de Mimaud entró en la cancillería saltando, tarareando la Marsellesa y frotándose las palmas de las manos como si hubiese ganado un terno á la lotería primitiva, y vió al vice-cónsul-canciller tan meditabundo y absorto en sus mentales reflexiones, le dió un golpecillo en la espalda, y le dijo:

—Qué es de vd. amigo mio? ¿Qué se ha hecho vd. esta mañana, que ni las niñas, ni yo, hemos tenido aun el gusto de verle ni de almorzar con vd.?

—Nada! respondió Guerrero; ocupaciones, enredos y cosas fastidiosas me han robado el tiempo de tal modo, que ni he podido dar la lección á mis discípulas, ni almorzar con vds., ni siquiera preguntarles si habian descansado de las fatigas del baile de anoche. Pero ya he concluido por ahora mis quehaceres y voy á vestirme para ir con vd. á las dos á casa de Josefina.

—No hay prisa hasta las tres, observó Mr. de Mimaud, porque la vizcondesa y las niñas van á salir, y la carretela no estará á nuestra disposición hasta aquella hora. ¿Sabe vd. las novedades?

—No: pues ¿qué hay? preguntó Guerrero muy agitado al padre de Corina.

—¡Qué hay! ¡y ahora salimos con esas! exclamó el

cónsul de Cartagena. ¡Vaya! ¡vaya! no se me haga vd. el desentendido; ¿pues no sabe vd. que Ricardo de Gaville ha sido nombrado agregado con sueldo (attaché payé) á nuestra embajada en Roma? ¿y no sabe vd. tampoco que el ministro de negocios extranjeros, el marques Dessolles, escribe á la vizcondesa, diciéndole que muy pronto le enviará el nombramiento de cónsul honorario y canciller del Consulado general para vd., con el sueldo de 8,000 francos, debiendo vd. naturalizarse, como súbdito de S. M. Cristianísima, antes de entrar en el pleno goce de todos los derechos é inmunidades que el código civil concede á los franceses? Pues esas son novedades, y hasta cierto punto, de alguna magnitud y trascendencia en casa del vizconde de Gaville. Su hija Blanca está contentísima y la vizcondesa nada menos; pero nos ha encargado á todos guardar el secreto, especialmente con la señorita de Comerford; y como yo me figuraba que á estas horas ya habria sabido vd. alguna cosa, por eso me he escedido en revelar á vd. lo que pasa: sin embargo, quede lo dicho entre los dos, y mañana será otro día. Por el pronto reciba vd. el parabien, que yo se lo doy á vd., y me lo doy á mi mismo, por contar ya en el número de mis compañeros á un hombre como vd.

—¡Mil gracias! Mr. de Mimaud, ¡mil gracias por la lisonja! exclamó Guerrero, y luego añadió, exhalando un suspiro. ¡Sabe Dios lo que será de mí antes de que llegue á mis manos ese nombramiento!

—¡Toma! ¿Qué ha de ser? dijo el padre de Corina, lo que es y será siempre de todo hombre que piensa con juicio y madurez; que aceptará vd. los 8,000 francos al año, que será vd. feliz, y hará vd. la felicidad de una señorita de esta casa; que saldrá vd. de cónsul en propiedad para algun otro puerto del Mediterráneo, y todo lo demas que debe vd. esperar; pero basta por ahora de conversacion, porque se hace tarde, y es menester estar prontos á las tres para ir á buscar á la señorita de Comerford. ¿Si la encontraremos hoy tambien con algun fraile? ¿Qué le parece á vd., Guerrero?

—Hombre no, hoy si mis cálculos no salen fallidos, la hemos de encontrar sola, llorosa, impaciente, mordiendo el varillage de su abanico; y si vd. me apura, hasta pataleando en su gabinete por lo mucho que la habremos hecho esperar, contestó el antiguo amigo de Josefina, y sin interrupcion, siguió diciendo: Allá veremos! Espéreme vd. aquí un cuarto de hora no mas, y vuelvo vestido de limpio como los sastres en domingo.

—Aquí aguardo, amigo Guerrero, con el reloj en nna mano y el *Moniteur Universel* en la otra hasta que pasen quince minutos. ¡Cuidado con que tarde vd. uno mas, ni uno menos, porque entonces!..

Ya Guerrero habia desaparecido, dejando á Mr. de Mimaud con la palabra en la boca, para ir á vestirse y volver corriendo á la Cancillería, cuando de repente se abrió la mampara, y entró Josefina de Comerford diciendo:

—¡Buen planton me he llevado! ¡Ya está visto que, vd. y Guerrero, son vds. bien puntuales á las citas que les dan las señoras! No seré yo quien me fie de vds., ni de sus palabras en lo sucesivo! Acompañeme vd. al salon, que quiero abrazar á la vizcondesa y á Corina, y ofrecer mis disculpas á Blanca de Gaville, por no haber venido ayer á celebrar el día de su cumpleaños.

—¡Señorita! vamos, vamos al salon; exclamó Mr. de Mimaud, pero tenga usted entendido que ni Guerrero ni yo tenemos culpa del planton que vd. se ha llevado, sino la señora vizcondesa y sus niñas, que han salido para hacer visitas y comprar algunas frioleras, á la una y media, y aun no han vuelto á casa; y como nuestro ánimo era traer á vd. en coche, esperábamos ahora que este quedase libre á las tres, y á nuestra disposicion, para ir á buscar á vd.

—¡Todo son disculpas, Mr. de Mimaud! exclamó Josefina. Y en verdad que lo siento, porque el que es bastante ingenioso para disculparse, raras veces suele tener ingenio para otra cosa. Francamente, ¿es vd. así?

En esto llegaron al salon, donde Corina estaba tocando en el piano, y al ver entrar á su padre con Josefina, se levantó para darles un abrazo.

A poco llegaron también la vizcondesa y las niñas de Gaville, y Josefina tuvo entonces ocasion de disculparse igualmente con Blanca por la falta del día anterior.

—¿Con qué tambien vd., señorita, tiene ingenio para fabricar disculpas? preguntó el padre de Corina á la de

Comerford con cierto aire de triunfo, ¿con qué no soy yo solo el que no sabe hacer otra cosa?

—Esas y otras fragilidades, Mr. de Mimaud tenemos las mujeres porque los hombres nos las enseñan. Hace poco reñí con vd., dijo Josefina, porque se disculpaba de no haber podido ir á mi casa á buscarme á las dos de la tarde con el señor Guerrero, y ahora vd. me reconviene porque me disculpo con Blanca por no haber asistido al festin el dia de su cumpleaños. Observe vd. que mi disculpa es fundada, y la de vd. carece de fundamento, porque vd. y Guerrero pudieron ir á buscarme á pie. Pero ya que hemos mentado á ese caballero ¿podrá vd., Mr. de Mimaud, darnos alguna noticia de su paradero?

—Estará sin duda esperándome á mí en la cancillería, donde yo le aguardaba cuando vd. entró, pues hacia poco habia ido á su cuarto á vestirse para ir conmigo por vd. á las tres, y observo que faltan ya pocos minutos para que sea la hora, si el reloj del salon está conforme con el que yo tengo en el bolsillo, replicó Mr. de Mimaud mirando y confrontando la muestra del suyo con la del péndulo que estaba en la repisa de la chimenea del salon.

En efecto, Guerrero, impaciente, daba paseos arriba y á bajo de la Cancillería, y el reloj las tres, cuando Mr. de Mimaud fue á participarle que Josefina, cansada de esperar, habia venido sola y á pie desde la calle de los Baños al arrabal de Junqueras, y que ya no era ne-

cesario salir de casa para tener el gusto de tributarle sus homenajes.

El padre de Corina contó á Guerrero lo que habia pasado, y como Josefina acababa de preguntarle por él.

—Por mí? exclamó Guerrero con sorpresa.

—Sí, por vd., replicó el cónsul de Cartagena.

—Lo extraño á fé, dijo el canciller; pero ahora recuerdo que habrá sido para echarme la culpa de....

—No: esa culpa ya yo se la eché á la vizcondesa y á las niñas, y todo quedó arreglado, de modo que vd. no tiene ya por que disculparse con ella.

Y esto diciendo Mr. de Mimaud y Guerrero, dejaron la Cancilleria y se fueron al salon, donde ya estaba toda la familia reunida esperándoles.

—Vamos al jardin, dijo el vizconde de Gaville, mientras llega la hora de comer, y al aire libre conversaremos para que se nos abra el apetito.

Guerrero en aquel instante saludaba cortesmente á Josefina, pero sin alzar los ojos ni mirarla á la cara, porque se le venia á las mientes aquello de «*hombre funesto*» con que principiaba la carta de la noche del baile, y tenia tambien en cuenta que Blanca estaba al lado de Josefina en el sofá, y ejercia una vigilancia continua sobre sus gestos y movimientos.

Madama de Saint-Pierre, que ya se habia levantado del sillón para pasar al jardin segun lo acababa de proponer á los circunstantes el padre de Blanca, dijo á esta y á la señorita de Comerford, que la siguieran, y á

Guerrero, que la diera el brazo para ayudarla á correr en derredor de los surtidores tras Sofia y Ricardo, que les precedian dando saltos y brincos por entre las flores que, formando diversos dibujos, esmaltaban el terraplen á que daban salida los balcones ó puertas vidrieras del salon. Josefina y Blanca les siguieron hablando mano á mano de cosas indiferentes, si bien la una y la otra no perdian de vista á Guerrero y espian á porfia todos sus movimientos y acciones.

Al fin Josefina hubo de querer sonsacar á su rival, y explotar su candor y su inocencia para llegar á saber á que altura estaban sus amores con Guerrero.

—Y bien, Blanca querida, ¿qué novedades hay por aquí desde que no nos hemos visto? preguntó la hija de confesion del ex-fraile de la Trapa, á la menor de la vizcondesa de Gaville.

—Nada de particular, repuso la querida verdadera del ex-coronel de artillería, solo los preparativos de marcha de mi hermano Ricardo, que pronto saldrá para Italia, porque ha sido nombrado agregado, con sueldo, á la embajada de Francia en Roma, y la próxima partida de Corina y su padre para Cartagena, porque ya la fragata *Aretusa* ha reparado sus averias, y Mr. de Mimaud ha concluido sus ronerías científicas por Cataluña.

—¿Y cuándo se marcha, sobre poco mas ó menos? volvió Pepita á preguntar á Blanca.

—Me parece que será despues de Pascuas de Navi-

dad, ó lo mas tarde á fines de enero próximo, segun he oido decir en casa, replicó la jóven de Gaville. Ricardo saldrá antes, porque va por tierra á Francia, y piensa descansar unos dias en Paris y despues pasar á Italia. ¡Al pobre chico le han de hacer bien las aguas del Sena! ¡Hace tanto tiempo que suspira por dar una vuelta por la Chaussée d'Antin! pero no puede desahogar sus penas con nadie, y solo esa variacion de vida y de clima que le proporciona su nuevo empleo, le facilitará al paso por Paris el gusto de ver y hablar á la persona á quien adora. ¡Debe de ser una calamidad vivir lejos de la persona que se ama! y el pobre Ricardo hace ya tres años que no ha visto á su querida.

—Bien puede vd., amiga mia, observó Josefina, prepararse á esa calamidad, porque si vd. ama á Ricardo sentirá mucho su ausencia.

—¡Es verdad! exclamó la rival de Josefina; pero cuando considero que en ello va la felicidad de mi hermano, que yo no podria hacerle feliz si estuviera á mi lado aqui en casa, sabré hacer el sacrificio de soportar con resignacion su ausencia á trueque de saber que su suerte ha mejorado y que vive contento en otro pais. El solo pensamiento de que va á Paris ha hecho ya en él una revolucion completa. ¿No nota vd. que hoy está mas alegre, mas locuaz, y que salta y brinca por el jardin como un atolondrado?

—En efeto lo noto. ¿Y su amigo Guerrero qué dice de esa separacion inesperada, y de la próxima de su

apasionado Mr. de Mimaud? El pobre paisano mio se quedará muy aislado y afligido.

—Nosotras haremos por consolarle, y vd. que le quiere tanto, hará por ayudarnos en esa obra de misericordia. ¿No es así?

—Yo cumpliré con él como lo manda la santa madre Iglesia; «*consolar al afligido*» es uno de sus santos mandamientos, y no seré yo la que menos me esmere, replicó Josefina, en dulcificar sus penas. Pero dígame vd. amiguita, ¿y para Guerrero no hay algo en expectativa en premio de sus servicios?

Blanca se quedó suspensa y como pensativa al oír la pregunta de Josefina, y estuvo á punto de contestar y cantar de plano lo que sabía, pero al momento recordó el secreto que la vizcondesa había encargado á toda la familia cuando les reveló las intenciones que tenía el marques Dessolles en favor de Guerrero, y dijo á la de Comerford:

—No puedo responder á vd. sobre ese particular, porque mamá es quien corre con los adelantos del secretario de papá, y guarda en ello mucha reserva; pero si el valimiento y el favor de que goza mi madre con el ministro de Negocios extranjeros de S. M. *cristianisima* pueden servir á mejorar la suerte de su amigo de vd., no le quepa á vd. la menor duda que él hará carrera y alcanzará una posición mas brillante y ventajosa que la que ahora tiene. El señor Guerrero es muy digno de nuestro aprecio y de que papá y mamá hagan por él

cuanto esté á su alcance. En casa ya todos le miramos como uno de la familia. ¡Es tan bueno! ¡Tan complaciente! ¡Tan amable!... ¡Pierda vd. cuidado por él, que como esté en nuestra mano el hacerle feliz, él lo será con nosotros! Dejando á parte lo mucho que el señor Guerrero se lo merece, basta que sea amigo de vd. y vd. se *interese* tanto por él para que todos nos esmeremos en hacerle feliz. ¡Ojalá y lo consigamos!

—Mucho me alegro que esté en tan buen predicamento en esta casa, repuso Josefina, y que no salga de ella sino para...

—¡Señoritas! ¡señoritas! ¡á comer! ¡á comer! venia gritando por el jardin el padre de Corina, dando el brazo á la vizcondesa precedido de su hija, Blanca Ricardo y Sofía, de Guerrero y Mad. de Saint-Pierre, que hacian desternillar de risa al vizconde traduciéndole literalmente al francés los desatinos que decia cuando queria hablar en castellano, sobre todo, aquello de *Tortilla* por *Tertulia* y otros disparates semejantes.

Josefina no obtuvo todo el resultado que se habia prometido de su interrumpida conferencia con Blanca de Gaville, y hubiera deseado que la comida se hubiese aplazado media hora mas, con tal de haber podido averiguar en qué estado se hallaba el corazon de Guerrero con respecto á su discipula, pero ya habia pasado la ocasion y no le quedaria otra favorable para saberlo antes de que él le diera el brazo á las once de la noche para acompañarla á la calle de los Baños.

Después de la comida llegaron á la casa de Gaville los oficiales de la fragata *Aretusa* y otras varias personas que solian visitar á la vizcondesa y á su familia las noches que no iban al teatro ó de tertulia, y pasaron allí la velada en juegos, conversacion y entretenimientos hasta las once de la noche, hora en que Josefina se mostró impaciente como de costumbre, y Guerrero se dirigió á la antesala para mandar al lacayo que encendiera el farol, mientras él ayudaba á su ama á cubrirse con el pañolón y á bajar las escaleras.

Apenas estuvieron en la calle, y el criado alumbrándoles con el farol á regular distancia, Josefina rompió el silencio de este modo:

—¿Supongo, Guerrero, que habrá vd. hecho lo que le previne en mi carta de ayer?

—¿Alude vd., señorita, á la visita del padre Marañón?

—Cabalmente. Fue la breve réplica que Josefina dió á Guerrero.

—Si señora, dijo este secamente, y luego añadió; ¿y no tenía vd. bastante franqueza conmigo para hacerme vd. misma las proposiciones que el fraile ha tenido la impertinencia de hacerme en nombre de vd.?

—Por grande que fuera la franqueza que tengo con vd., respondió Josefina como irritada, era, y es aun, mucho mayor el enfado que me causa la conducta de vd., y por eso me valí de la mediacion de mi confesor para quien no tengo secretos, y no habia de serlo por cierto cualquiera de las dos ofertas mias que vd. hu-

biese tenido la bondad de aceptar.

—Por eso, precisamente, no quise aceptar ninguna, para que el fraile no tuviese el gusto de saber cual de las dos yo habria preferido. Pero ya es tarde: ninguna de ellas me conviene, y desde ahora me considero libre para hacer de mí lo que mas me acomode. Desde luego, al tenor de las palabras de vd. misma, estampadas en la inmerecida carta que vd. me dirigió, nuestras relaciones están cortadas, y no es pensamiento mio reanudarlas despues de tan brusco rompimiento. En obsequio de vd. disimularé delante de las gentes, y hasta aparentaré lo que ya no existe, es decir, aquella íntima amistad con que vd. me honraba, y tan pronto como decorosamente yo vea una ocasion oportuna para alejarme de aquí, yo partiré y haré de modo que mi presencia no le cause á vd. enfado.

—¡Guerrero! no lleve vd. las cosas á tal punto, que despues no tengan remedio. Ahora está aun en su mano de vd. el remediarlas; piénselo vd. bien; renuncie vd. de una vez á esos planes tenebrosos, á esas conjuraciones secretas contra la religion y el gobierno del *mejor de los reyes*, y vd. verá «á *Josefina feliz y venturosa al lado de vd. consagrarse á los cuidados domésticos y al absoluto bienestar y prosperidad de Guerrero.*»

—¡No se hizo para mí tanta ventura, Pepita! exclamó el ex-coronel de artilleria al escuchar en boca de la hija de confesion del ex-fraile de la Trapa, las mismas, mismisimas palabras, glosadas ahora, que él habia es-

crita en una de sus cartas, cuando ella estaba en Viena.

A todo esto llegaban ya al umbral de la puerta de la casa de la señorita de Comerford, y esta le conjuraba para que entrase; pero Guerrero, cansado ya de las conferencias de aquel día, y lleno de furor y despecho, porque Josefina empleaba tan odiosos medios para hacerle abjurar de sus principios, se negó á entrar, prestando hallarse indispuerto, y ofreciendo seguir con ella otra noche la conversacion que dejaba pendiente.

CAPITULO XVII.

LO CIERTO POR LO DUDOSO.

*«Shame to the coward thought that e'er betrayed
«The noon of manhood to a myrtle shade!*
(CAMPBELL.)

Ricardo, atravesando la Francia, se habia ido á Italia; Mr. de Mimaud y su hija Corina surcaban el Mediterráneo á bordo de la fragata *Arctusa* con destino á Cartagena; Josefina de Comerford se habia instalado ya en su casa de campo contigua al Desierto de los PP. Capuchinos de Sarriá, y el Arrabal de Junqueras se resentia de la ausencia de muchas personas que por espacio de algunos meses contribuyeron en amenizar la vida patriarcal y monòtona de la familia de Gaville,

cuando el vizconde llamó un día á su secretario y le habló de esta manera:

—Tiempo es ya , señor Guerrero, de que seamos explicitos el uno con el otro: yo estoy sumamente satisfecho de los servicios que vd. ha hecho á la Francia y á los súbditos del rey mi amo , residentes y transeuntes en todo el principado de Cataluña. La conducta de vd. ha merecido la aprobacion del gabinete de las Tullerías, y el marqués Dessolles, ministro de Negocios extranjeros de Luis XVIII, me encarga que se lo diga á vd. en su nombre. Aquí tiene vd. el oficio en que me lo previene.

El vizconde entregó á Guerrero la carta oficial del ministro, para que su secretario se enterase del contenido.

—¡Me basta! ¡me basta, señor vizconde! exclamó Guerrero haciendo una profunda reverencia á su gefe, y resistiéndose débilmente á leer la carta del marqués Dessolles. ¡Me basta , y aun me sobra , con lo que vd. me dice , para sentir todo el peso de la gratitud que me inspira la dignacion del señor ministro de Negocios extranjeros en reconocer algun merecimiento en lo poco que hice, mas bien en obsequio de la justicia que en el de la Francia, para proteger los intereses y las personas de algunos de los súbditos de S. M. cristianísima residentes en Cataluña.

—Insisto, amigo mio, en que lea vd. el oficio de *Su Excelencia*, dijo el cónsul general á su secretario, por-

que de este modo habré cumplido mejor lo que el ministro me encarga, y vd. quedará mas enterado de las buenas disposiciones del gobierno francés en favor de uno de sus subalternos que tan acertadamente ha sabido interpretar sus instrucciones en todos los asuntos que yo, en su nombre y representacion, le he confiado.

Guerrero hubo de acceder á las instancias reiteradas del vizconde de Gaville, y leyó el oficio del marqués Dessolles, que principiaba anunciándole que S. M. cristianísima conferia al vice-cónsul Guerrero la cruz de oficial de la legion de honor en premio del celo y eficacia con que habia defendido ante los tribunales españoles la causa de aquellos propietarios franceses cuyos ganados habian sido confiscados en la frontera por los soldados y gentes del resguardo aduanal de S. M. C. y por el no menos meritorio servicio de haber libertado de la contribucion de sangre á los súbditos del rey de Francia domiciliados en Barcelona, y al pobre Mr. de Cambaceres de las mazmorras de la Inquisicion, con la represalia de los frailes Trinitarios en Perpignan. En el segundo párrafo del oficio decia el ministro de Negocios extranjeros al cónsul general, que atendida la exactitud y limpieza de los cuadros sinópticos de importacion y esportacion, redactados durante aquel año por el vice-cónsul Guerrero para enterar al gobierno francés á primera vista del estado de las relaciones mercantiles de la Francia con España, S. M. cristianísima se habia dignado resolver que se le espidiera el titulo de cónsul

honorario con opcion á la primera vacante que ocurriera en alguno de los puertos del Mediterráneo, previniendo empero á Guerrero que para gozar del sueldo de 8,000 francos que se le asignaba, y de todas las inmunidades que le correspondieran como súbdito y agente consular del rey de Francia, era preciso que adquiriese naturalizacion francesa.

Guerrero torció el gesto, devolvió el oficio del ministro al vizconde, y le dijo con espresion afectuosa llena de sincero agradecimiento.

—Señor vizconde, sino es urgente, dejaremos pasar algunos dias, antes de contestar definitivamente al señor marqués Dessolles, porque necesito meditar mi determinacion primero que dar un paso tan trascendental á mi porvenir.

—Adviertá vd. señor Guerrero, observó entonces el vizconde, que la prudencia aconseja no dejar nunca lo cierto por lo dudoso, y estoy seguro que el mismo general Castaños, á quien debí la dicha de tener á vd. á mi lado como secretario y vice-cónsul Canciller, le diria á vd. lo mismo que yo le digo ahora, si vd. le consultara. Pero ya entiendo: vd. querrá antes de resolverse dar parte de todo y consultar tambien á la señorita de Comerford, y como esa señorita vive ahora en el desierto, cerquita de los frailes Capuchinos de Sarriá, necesita vd. tiempo para ir á verla y tomar su parecer.

—No me parece, señor Vizconde, que haré tal, observó Guerrero; porque en todo lo que atañe ó afecta

à mis intereses personales, tengo la costumbre de no consultar mas que con los sentimientos de mi corazón ó con las facultades de mi pobre entendimiento, y con lo que ellos me dictan he solido siempre resolver todos los problemas de mi vida azarosa.

—¡Vamos, picaruelo! exclamó en frances el canoso y alegre vizconde. «*Allons petit-drôle!*» que si la vizcondesa, y mi hija Blanca, y Mad. de Saint-Pierre y Sofía, se empeñan en darle á vd. consejos sobre el particular, vd. los tomará por no faltar á las reglas de esa buena galanteria y deferencia con que vd. se conduce siempre con las damas.

—Mucho respeto y acato el parecer y opiniones de la señora de Gaville, y apreciaré sus consejos en esta circunstancia como si vinieran de mi propia madre, dijo Guerrero; pero de todos modos, señor vizconde, aplacemos aun por algunos dias la contestacion al marqués Dessolles.

Aquella tarde, Blanca, segun tenia de costumbre, paseaba sola en lo mas fragoso del jardin leyendo una historia antigua del siglo XV, en la que brillaba un rasgo de fidelidad conyugal de la marquesa de Santillana, que supo en un baile de la corte despreciar las torpes galanterias de ENRIQUE IV, el impotente y lúbrico monarca de Castilla, sin faltar al respeto que debia á su rey y señor.

—¡A cuantos percances está espuesta una mujer virtuosa! exclamaba Blanca entre los arbustos del jardin

de su casa, y luego añadía. ¡Oh! si todas fuésemos en este siglo como la mujer de don Diego de Mendoza! Entonces si que los hombres podrian reposar su fé en la constancia de las mujeres!

—¡Con tal que todas fueran como vd., amor mio! exclamó Guerrero, que la habia columbrado desde una de las ventanas de la cancilleria, y salido al jardin para sorprenderla en la fragosidad sin ser visto. ¡Los hombres serian felices, y las mujeres los idolos de nuestra constante adoracion.

—¡Qué susto me ha dado vd., Guerrero! dijo Blanca como atónita de la repentina aparicion de su amante. ¿A dónde estaba vd. escondido?

—¡Angel divino! Yo no me recato de vd., observó Guerrero con cierta timidez, pero fui siguiendo de lejos los pasos de vd. y escuchando lo que vd. iba leyendo en alta voz. Si he obrado mal y á vd. le desagrada mi presencia, me retiraré.

—No; al contrario, me alegro que esté vd. aquí para corregirme las faltas que vd. note en mi pronunciacion, mientras leo la historia de la marquesa de Santillana.

—¿Y qué hizo la mujer de Mendoza, observó Guerrero, al verse lividinosamente insultada del monarca?

—Oigame vd. y lo sabrá, respondió Blanca sentándose en un camapé rústico que habia entre los mirtos y flores del jardin, y haciendo seña á Guerrero para que se sentase á su lado:

—«El rey don ENRIQUE IV, dijo Blanca, bailaba con

la bella marquesa en los regios salones, como yo bailé con Llinás y con Valdés la otra noche en casa del capitán general Castaños, y...

—A propósito de Llinás y de Valdés: ¿sabe vd., ángel mio, que los dos se han ido á Madrid?

—¿De cuándo acá? preguntó Blanca con cierto a'fan.

—Hace dos dias, replicó Guerrero, y lo peor del caso es que tienen empeño en que yo les siga dentro de algun tiempo.

—Déjeme vd. leer, sino no sabrá lo que le sucedió con el rey á la marquesa de Santillana, observó Blanca algo inmutada por lo que acababa de oír.

—¡Lea vd. y perdóneme, ángel mio, si la he interrumpido! exclamó Guerrero no menos afectado que su querida Blanca, y esta continuó su narracion en estos términos:

—«Bailaba el rey con la marquesa, y la gracia de sus movimientos, y la mágia de su voz, y las pocas palabras, suave y discretamente pronunciadas por aquella hermosa señora, completaron el asombro del monarca á punto de embriagarse con la idea de haber hecho una conquista que todos los cortesanos le envidiaron, y que si ella hubiese sospechado siquiera las intenciones de ENRIQUE, habria huido de allí como se huye de la peste.

«A pesar de lo que la marquesa habia oido contar de la disolucion y perversa inmoralidad del rey, su alma candorosa y pura no podia comprender que el monar-

ca se atreviese á querer deshonorar á la esposa de don Diego de Mendoza, uno de los mas firmes apoyos del trono de Castilla. Este, empero, mas astuto y malicioso que su mujer, y que conocia los instintos del rey á quien servia, observaba sin ser visto, y á regular distancia, todas las acciones del monarca con sentimientos bien diversos á los de su virtuosa consorte. Convencido de su inocencia y virtud toleraba el galanteo del rey que la daba el brazo, solo por no dar que decir á las gentes de palacio.

«El rey acompañó á la marquesa al salon del ambigú, y despues la ofreció el brazo otra vez para ir á conducirla donde creia que estaba su marido, con quien ella deseaba con ansia reunirse, porque ocupaba todos sus afectos y pensamientos. El rey atribuyó aquella ansiedad á deseos menos castos, y lo que hizo fue conducir á la marquesa á la entrada del jardin de palacio, donde nadie podia observar sus movimientos, y allí arrancó la máscara que ocultaba el rostro de la mujer de Mendoza, y empezó á requebrarla en un estilo que la dejó atónita y sin habla. Ella volvió la cara á otro lado de donde estaba el rey, dejando caída la máscara á sus pies, y el lividinoso ENRIQUE, imaginándose entonces que ya habia conquistado á la esposa de aquel marqués de Santillana que en la batalla de Olmedo le salvara la vida y el trono, se atrevió á pasarle el brazo en derredor de su delicada cintura, y á querer estampar un beso en sus purpúreas mejillas. En aquel instante

estalló la indignacion de la jóven marquesa, y el fuego de sus centellantes ojos negros hirió á los del disoluto monarca, que se retiró un paso atras como si le hubiese atravesado una saeta. Tal era el respeto que le infundia la virtud invulnerable de la marquesa.

«Feliz fue para los dos aquella accion repulsiva de la mujer ultrajada, porque otros ojos mas penetrantes todavia, y mas encendidos de santo furor y que brillaban mas que la luna que bañaba el jardin del palacio á aquellas horas, les estaban acechando muy de cerca.

«El marqués de Santillana, adivinando las intenciones del rey se abrió camino entre la multitud que habia en el salon del ambigú, y llegó á la escalera del jardín antes que el monarca acabase de bajarla con la marquesa...

—Lo mismo, cabalmente lo mismo sucedió hace poco tiempo en Madrid con Fernando VII y la hija de uno de sus médicos de cámara, con la sola diferencia, dijo Guerrero, interrumpiendo á Blanca, que en vez de ser el marido, fue el padre de la señorita ultrajada, quien siguió los pasos al rey.

—Pero no piense vd. Guerrero, observó Blanca, que Santillana siguiera los de su mujer como un espia del gobierno ó un satélite de la Inquisicion, sino como un hombre que se veia obligado á proteger á su esposa de los insultos de un rey, y en prueba de ello oiga vd, lo que dice la historia.

«Así que observó que el brazo real estrechaba la cin-

tura de su esposa, medio desenvainó la espada, y si no acabó de desenvainarla, fue porque vió confundido y avergonzado á Enrique IV, por la gloriosa mirada de su mujer, y se contuvo mayormente para escuchar las palabras de la marquesa, que recobrada un tanto de su primer asombro, habló al rey así:

—Señor; soy vasalla de V. M., y aunque lo que me habeis dicho os rebaja muchísimo de la alta clase de rey, y os hace inferior á la mia, confio en que volvereis á ocupar vuestro elevado puesto para que yo pueda sin mancillar mi propia honra arrodillarme á vuestras régias plantas y seguir sirviendo á mi rey sin faltar á mi marido. La familia de los Mendozas no merece la infamia en premio de sus claros servicios al trono de Castilla. Perdonad, señor, si os hablo con tanto atrevimiento, pero os hablo así porque veo que teneis la costumbre de pensar mal de las mujeres, y habeis de saber que no todas se dejan seducir del oro ni de la púrpura.

—¡Basta señora! respondió el rey algun tanto picado al considerar el papel ridículo que hacia por haber juzgado de aquella dama como de una oscura meretriz, y luego como mofándose de ella continuó:

«Espero que este lance ó aventura quedará reservado entre los dos y que no se lo contareis al marqués.

—No os desagrade, señor, replicó la de Santillana con arrogancia y dignidad, el que os diga que no tengo secretos que guardar, ni hay un incidente en toda mi vida que yo desee ocultar á mi marido. Una mujer pu-

ra y virtuosa debe ser transparente como una estatua hueca de alabastro: su corazón como la lámpara ardiente dentro de aquella forma ha de alumbrar á su dueño, y este ha de poder contar una por una sus llamadas y oscilaciones. Contodo, no mencionaré al marqués lo que me ha pasado aqui con el rey, porque no es bien que S. M. pierda nada en la opinion de mi marido.»

Mordióse el rey los labios y dió media vuelta á la izquierda para encontrarse inesperadamente con los ojos de Mendoza que le acechaban, y cuya mejor mitad habia S. M. católica ultrajado. La marquesa que le columbró corrió despavorida á sus brazos, y sintió palpar de furor é indignacion el orgulloso corazón del marqués.

—¡No hables! le dijo su esposa. ¡No hables nada por ahora, querido mio. ¡Sosíégate por Dios!

ENRIQUE IV estaba abochornado y sin saber como salir de aquella posicion.

—¡Vive el cielo! exclamó el marqués, despues de mirar á su soberano de hito en hito. Yo sabria como castigar semejante atrevimiento, si este lance verdaderamente de honor, fuese con otra persona: mas como es con mi rey, me despido de V. M. y de vuestro servicio para ir á ponerme á las órdenes del rey de Aragon.»

Dicho esto, el marqués de Santillana desenvainó la espada, y la arrojó á los pies del monarca de Castilla.

D. ENRIQUE IV penetró al punto las consecuencias que podria tener aquel rompimiento con don Diego de Mendoza, y levantando la espada con sus reales manos, se

la ofreció al marqués, diciéndole:

—¡Por Santiago de Compostela, que no ha de ser así como decis! Yo os pido perdón del ultraje que hice á esta dama, que es vuestra esposa.

Y el rey estendió la diestra al marqués en señal de reconciliación, pero este no quiso aceptarla.

—Si no quereis mi real mano, no rehusareis al menos vuestra espada, marqués, dijo el soberano. ¡Acordaos, Mendoza, que esto os lo propone vuestro rey!!!

Y entonces la marquesa obligó á su marido á tomar la espada, perdonó al rey, y su magestad con una perturbación que le honraba, exclamó:

—¡No sabía YO, marqués que vos érais dueño de la mas rica joya de Castilla!

Al día siguiente, á pesar de tan lindo cumplimiento del osado Monarca, el marqués y la marquesa de Santillana salieron de aquella corte corrompida y no volvieron á ella hasta que las vicisitudes políticas y las turbulencias del reino les obligaron á trocar la paz doméstica por las guerras intestinas que por muchos años asolaron á España.

—¡Pobre España! ¡Pobre patria mia! exclamó sentimentalmente Guerrero, cogiendo y besando una de las manos de Blanca que tenia entre las suyas, mientras ella leía el lance del marqués de Santillana con el rey ENRIQUE IV.

Y Blanca, retirándola con blandura de los ardientes labios de su amante, le preguntó:

—¿A qué viene, Guerrero mio, esta sentida exclamacion? ¿Qué sucede hoy en España que le innute á vd. á tal punto?

—¡ Ah Blanca de mi corazon! ¡Nadie mejor que vd. pudiera comprender mis emociones! Usted sabe ya á quien quiero en este mundo á par de mí; pues sepa vd. que ¡mas que á vd. y á mí mismo, quiero á mi patria! y me conduela ver, y comparar en la historia de lo pasado con la historia de lo presente, que la córte de España en el siglo XV, se asemejaba mucho á la córte de Madrid en el siglo XIX.

—¡Guerrero! repuso Blanca con dulce emocion. Los reyes y los hombres, son siempre los mismos cuando nadie pone cortapisas á su poderio, á su vanidad y á su orgullo. Si para cada soberano atrevido hubiese en el mundo un Diego de Mendoza....

—Y para cada rey déspota y absoluto, una Constitucion popular, dijo Guerrero interrumpiendo á su querida Blanca, ¡no me viera yo precisado ahora abandonar lo cierto por lo dudoso! Es decir, á separarme del bien que adoro para ir á buscar la reparacion de mis perdidos grados y categoria militar, y volver un dia á poseer el corazon de vd. y esa mano que tan desapiadadamente retira vd. de mis amorosos labios!

—¡Guerrero! ¿que dice vd? preguntó Blanca, muy asustada y comovida, al secretario de su padre; vd. me aflige y me llena de confusion con tales amenazas! ¿vd. habla de abandonarme?

—¡No, angel mio tutelar! ¡No abandonaré á vd. jamas! exclamó Guerrero volviendo á coger y besar la mano de Blanca, y luego continuó su discurso mirándola con los ojos arrasados de lágrimas:

«Un deber sagrado me obliga á separarme de vd. por algunos meses. Dige antes que mis compañeros de Logia, Llinás y Valdes, se habian ido á Madrid, y que yo les he de seguir con el tiempo. Este aserto mio requiere explicacion; vd. ignora lo que pasa en España, y razon es que yo, que adoro á vd., la inicie en los secretos de mi corazon.

«Usted ya sabe porque serie de vicisitudes y persecuciones hube de pasar antes de venir á esta casa á ser secretario particular de su padre de vd., y vice-cónsul canciller del consulado general de Francia, y sabe vd. tambien que, perdida mi carrera y mi fortuna, hube de perder mi corazon, enamorándome de vd. perdidamente. Si esto fué un bien para mí inapreciable, ó una calamidad que vd. y yo hayamos de deplorar un dia, el tiempo nos lo dirá. Si Dios bendice la pureza de nuestro cariño, la sinceridad del amor que nos hemos jurado, su mano santa me conducirá al altar de la felicidad, donde la de vd. sirva de premio á mis afanes; pero antes me toca cumplir un deber que me impone el haber nacido en España.

—Pero dígame vd., Guerrero querido, ¿no le ha comunicado á vd. papá esta mañana una carta oficial del marqués Dessolles, que asegura á vd. un porvenir bastante holgado para no tener que separarse de mí? pre-

guntó Blanca, muy afectada, á su amante.

—Si, angel divino, si, el vizconde me ha mostrado la carta, replicó Guerrero, y me ha hablado como un padre puede hablar á su hijo; pero todo esto no me releva jamas de mis compromisos con mi patria, y con mis compañeros que juraron conmigo libertarla del yugo del despotismo teocrático y monacal que hoy rige en toda la monarquía española. De otra parte, ¿cómo obtemperar á los deseos del ministro de negocios extranjeros del rey Luis XVIII, cuando yo para entrar en el goce del sueldo que se me ofrece y demas inmunidades y privilegios, debería renunciar á mi nacionalidad de español y naturalizarme francés? Mal principio seria este para nuestra reciproca felicidad ¡Blanca de mi alma! ¡Vd. misma me despreciaria involuntariamente al considerar que por 8,000 francos anuales me habia hecho legalmente francés!.. y esta humillante consideracion, me rebajaria tanto en el ánimo de vd. (para quién si algun mérito tengo aun es el de ser buen español,) que si llegara el caso de ser vd. mi esposa, quizás no quisiera vd. imitar la conducta de la marquesa de Santillana.

—De todos modos, replicó Blanca vertiendo lágrimas, la imitaria, porque en ello no haria mas que cumplir un deber sagrado conmigo misma: pero no exija vd., Guerrero mio, que yo entre en mas esplicaciones sobre este particular. Conozco á fondo las razones que vd. alega para separarse de mí, las respeto como debo, y me conformaré con la voluntad de vd. cuando llegue el

duro trance de la partida.....

En aquel momento se oyó por entre los arbustos y flores del jardín un rumor de gentes que se acercaban y venían hablando y riendo. Eran madama de Saint-Pierre, Sofía; y Josefina de Comerford, que acababa de llegar de Sarriá para comer con la vizcondesa de Gavielle y volverse luego despues á su casa de campo.

La especie de confusion y sobresalto que sobrecogió á Blanca y á Guerrero al verse tan inesperadamente interrumpidos en su diálogo amoroso, es mas fácil de adivinar que de describir.

Blanca, cuyas mejillas encendidas rivalizaban en color con unas rosas que pendian en festones y guirnaldas de las copas de los árboles que cubrian el campié de rústicos troncos enlazados en que se mantenía sentada y casi llorosa, decia:

—Señor Guerrero, no crea vd. que Corina esté tan contenta y divertida en Cartajena con su padre como lo estaba aqui con nosotros. ¡Pobrecita Corina!... y Blanca lloraba.

Guerrero atusándose el pelo con los cuatro dedos de la mano derecha, y bufando como si tuviera calor respondia:

—Sí, señorita; puede ser: al fin Corina.... en Cartajena.... con su padre.....

—¡Ola! ¡ola! ¿con que esas tenemos? gritó Josefina dulcemente al descubrir á los dos amantes emboscados en el jardín: ¡vaya, señor Guerrero! Yo le creía á vd. á

estas horas ocupado aun en la Cancillería.

—No, Pepita, replicó el canciller, hace ya mas de una hora que cerré la papelera, y me he venido á solazar al jardin esperandola de comer, y he tenido el gusto de encontrar aqui á Blanca leyendo, y despues estuvimos hablando de vd., de Mr. de Mimaud, de Corina, de Ricardo y de todos los ausentes que antes amenizaban nuestras reuniones de familia, y que vd. viene tan oportuna-mente á favorecer esta tarde con su amable presencia: ¿no es asi, señorita Blanca?

—¡Asi es, Josefina! exclamó el idolo de Guerrero con sentimental y candorosa espresion: ¡nunca agradece tanto las visitas de vd. como ahora! añadió Blanca, dirigiendo la palabra á la señorita de Comerford. ¡Nunca Josefina querida!... ¡Estoy tan triste! ¡Todos nos dejan! vd. misma se nos ha ido al *Desierto*, y ¡sino fuera por el Sr. Guerrero, que de vez en cuando nos trae noticias de vd., se pasarian semanas y meses sin saber si está vd. buena ó mala!

—¡Como ha de ser, amiga mia? Es menester irse acostumbrando á la soledad. ¡No se puede vivir siempre en el mundo!

Madama de Saint-Pierre y Sofia, para quienes la tristeza de Blanca no era ya un misterio, interrumpieron á Josefina agarrándola del brazo y haciéndola saltar y brincar con ellas por el jardin, y llevándose poco menos que á remolque á Blanca y á Guerrero de aquel paraje sombrío para ir á columpiarse en el terraplen

mientras venian el vizconde y la vizcondesa, y los criados á decir que la sopa estaba ya en la mesa.

Concluida la comida, la vizcondesa de Gaville se apartó del salon con la señorita de Comerford para internarse con ella á solas en el gabinete inmediato, donde se sentaron juntas, y la vizcondesa habló asi:

—Querida Josefina, no sabe vd. bien el gusto que tengo en ver á vd. porque me evita el hacer un viaje á *Sarriá* para hablarla de un asunto reservado hasta aqui, pero que pronto dejará de ser un secreto para los amigos de esta casa. Usted, mas que amiga, es ya como si dijéramos «otra hija mia» y por lo mismo, antes que á los estraños, he de confiar á vd. lo que pasa, y decirle que estamos abocados á lo que yo llamo «un feliz acontecimiento en la familia.»

—;Por Dios, querida vizcondesa! exclamó Josefina interrumpiendo á su anciana interlocutora. ¿Qué hay? ¿Qué significa este preámbulo misterioso? añadió la de Comerford con visible impaciencia, y mordiéndose la punta de un dedo del guante negro de cabritilla que ocultaba su bien dibujada mano izquierda.

—;Por la Virgen santa, Josefina! ¡cachaza! ¡cachaza! replicó la vizcondesa internando en la faltriquera de la derecha de su poblado faldellin la mano que treinta años antes habia dado al vizconde de Gaville, y sacando con ella una riquísima caja de venturina con esmaltes engastados en oro fino y una G de brillantes, llena del mas exquisito Macaboy de la Nueva Orleans, y ofrecien-

do con ella un polvo á la señorita de Comerford, y sumergiendo en el molido tabaco, á su vez, las dos primeras falanges del índice y del pulgar de aquella misma mano, sacó de un solo pellizco lo bastante para estornudar y descargarse la cabeza durante el curso de la conversacion truncada, que reanudó en estos términos:

«¡Cachaza! que todo lo sabrá vd. antes de volverse esta noche á Sarriá, mi querida Josefina. Creo haber dicho á vd. antes de ahora y con sigilo, que mi íntimo amigo y paisano el marqués Dessolles, ministro de Negocios extranjeros de nuestro bien amado monarca el rey Luis XVIII, digno vástago de la primogenitura de la casa de Borbon, y nieto preclaro de San Luis rey de Francia y de Navarra, cuya magestad cristianísima acatan y veneran hoy todos los franceses, incluso los republicanos y boaapartistas, tenia intenciones de complacerme renumerando los distinguidos servicios de su amigo de vd. y mio, el señor Guerrero. Pues bien: el marqués Dessolles ha cumplido su palabra y ha escrito de oficio al vizconde, mi marido, esta carta que vd. leerá ahora para su propia satisfaccion, inteligencia y gobierno.»

Y la vizcondesa volvió entonces á meterse en la faltriquera del faldellin de seda labrada la rica caja de venturina, y sacó entre los dedos un pequeño legajo de papeles atados con una cinta verde y perfumados de aromático *Pachuli*.

—¿Vé vd. estos papeles? preguntó la vizcondesa á

Josefina con cierto aire de satisfaccion, abuecándose los pliegues del faldellin; pues ha de saber vd., Josefina mia, que en ellos se encierra todo el porvenir del amable jóven español que hasta aquí no fué mas que el secretario particular de mi marido, pero que muy en breve, y Dios mediante, será.... vamos, no me atrevo casi á decirlo; será.... mi... yerno, mi hijo político. ¡Lea vd., lea vd. amiguita!

Y entregó el legajo á Josefina, soltando antes la cinta verde que sujetaba los papeles y un profundo suspiro de su agitado pecho, como quien aligera su corazon del peso de un secreto penosamente conservado hasta entonces.

La señorita de Comerford se mordía el labio mientras iba desentrañando el legajo de papeles, y con mano trémula cogió el primero y que mas abultaba. Era la carta del marqués Dessolles al vizconde de Gaville, ofreciendo á Guerrero la recompensa de sus servicios á la Francia.

Al llegar Josefina al párrafo aquel, alusivo á la ingeniosa represalia de los frailes trinitarios para libertar á Mr. Cambaceres de las mazmorras de la Inquisicion, exclamó sin poderse contener.

—¡Qué infamial y estrujaba el papel con las manos como si lo quisiera romper, y murmuraba entre dientes: ¡Pobres frailes! ¡pícaro herege! ¡tú me las pagarás todas juntas! ¡hombre funesto! tú sabrás quien es el padre Marañon!

—¡Qué infamia! ¿ha dicho vd. querida Josefina por la prisión clandestina del pobre Mr. de Cambaceres? preguntó la vizcondesa aprovechando con las narices el último resquicio que le quedaba entre los dedos del esquisito macaboy de la Nueva Orleans. ¡Qué crueldad! ¡qué despotismo inquisitorial! diría yo si hubiera de calificar propiamente la conducta del Santo Oficio con un pobre extranjero, padre de familia, y marido de una infeliz francesa jóven é interesante. Por fortuna el señor Guerrero, como si un ángel le hubiera inspirado, dió en el busilis, y Cambaceres pareció, y sus hijos se alegraron, y su mujer le abrazó; vamos, era la escena mas tierna y patética que dar se pueda, la que pasó aquí cuando se presentó Cambaceres con su esposa y sus niños á dar las gracias al vizconde y á su secretario!

—En efecto; ¿me hubiera gustado presenciar aquel cuadro de ternura y de amor conyugal! dijo Josefina ocultando su despecho, y luego añadió: ¿Y qué hizo el prefecto de Perpiñan con aquellos santos varones trinitarios despues que pareció Cambaceres?

—¡Toma! lo que hacen los napolitanos con San Genaro despues de zurrarle para que haga llover, replicó la vizcondesa. El prefecto de Perpiñan los hizo poner en libertad para que siguiesen su camino á Aix, asi que supo que Cambaceres habia parecido.

—¡No me parece á mí mala recompensa la de 8000 francos al año, ó sean 32,000 rs. de vn. por tan ingeniosa represalia! va bien pagado de sus eminentes servicios á la

causa del trono y de la religion, observó Josefina. Lo que yo opino ahora, señora vizcondesa, es que el señor Guerrero no ha de admitir lo que el marqués Dessolles le propone, de naturalizarse francés, porque él tiene á mucha honra el ser español.

—Sí, pero es muy honorífico tambien el pertenecer á la Francia, Josefina hermosa, y mucho mas si se casa con Blanca, á quien profesa un amor inmenso, dijo la vizcondesa. ¡Lea vd! ¡lea vd. Josefina, los demas papeles del legajo! vd. verá si el señor Guerrero puede ser feliz con mi hija con tal que se haga francés. Yo no creo que en su posicion nadie quisiese dejar *lo cierto por lo dudoso*, y dudoso seria esperar una justa reparacion de parte del gobierno español. Y aun suponiendo que la consiguiera, que volviese á ser coronel en el ejército de S. M. católica, su sueldo no equivaldria á los 3,000 francos que le asigna el gobierno francés, con mas 5,000 francos al año que le dá el vizconde de su peculio por su destino de canciller del consulado general, suma que seguirá disfrutando si se casa con mi hija aunque salga de aqui para algun otro puerto del Mediterráneo.

Josefina triñaba de cólera, y casi sin fuerzas para reprimirla, disimuló lo mejor que pudo las encontradas emociones de su corazon, y siguió leyendo aquellos papeles.

El segundo que cayó en sus manos era aquel billete que Guerrero habia escrito á su amada una noche antes de acostarse, y que se lo entregó casualmente á Blanca

el día de su cumple-años á la hora de la lección, un rato despues que el alférez de fragata Mr. Pierre Batlle le hubiese enviado aquellos versos que tanto alarmaron al ex-coronel de artillería.

La lectura de aquel fatal documento destempló tanto á la señorita de Comerford, que hubo de sentirse acometida de un ataque de nervios, y de esclamar rechinando los dientes:

—¿A qué viene este papel, incluso en el legajo, señora vizcondesa?

Y, sin poder articular mas palabra, se quedó como estática y parálitica en el sillón en que estaba sentada junto á un velador de mármol y caoba en que tenia apoyado el codo del brazo izquierdo, y reclinada la cabeza sobre la palma de la misma mano. El papel se le cayó al suelo, y los demas que contenia el legajo quedaron esparcidos en el mármol del velador y al pié de la lámpara *solar* que alumbraba el aposento.

—¡Qué traigan agua de colonia! esclamaba la vizcondesa tirando fuertemente del cordón de la campanilla: ¡socorro! ¡auxilio! ¡que se muere!

A tan descompasados clamores de la vizcondesa, y al continuo repique de la campanilla, acudieron los criados de la casa que estaban sirviendo el café en el terraplen del jardín al vizconde de Gaville, á madama de Saint-Pierre, á Sofía, á Blanca y á Guerrero, quienes enterados de lo que pasaba en el gabinete por los mismos criados que volvieron corriendo al terraplen á avisar,

abandonaron las tazas, el marrasquino, y el jardín, y volaron al socorro que pedía la vizcondesa.

Alphonsine, la doncella de Blanca, tenía ya entre los brazos en el sofá del gabinete á la señorita de Comerford sujetándola las manos, que con un movimiento de trepidación y temblor convulsivo buscaban agarradero, cuando el vizconde y sus dos hijas, madama de Saint-Pierre y Guerrero, entraron en el gabinete; entonces estuvo Alphonsine á riesgo de perder alguno de sus adornos del semblante por la fuerza de acción de las uñas de la embravecida y despechada hija de confesión del ex-fraile de la Trapa.

La vizcondesa le aplicaba á los labios pociones de agua con esencia de flor de naranja; á las ventanillas de las narices, el pomito de sales de Preston que tenía siempre en la faltriquera del faldellín, y en las sienes y albafronte alternadamente le aplicaba también paños saturados con agua de colonia.

Guerrero, que mejor que nadie de aquella casa conocía á la impetuosa Josefina, pidió escusadamente permiso á Blanca, y se acercó á la paciente, suplicando á la vizcondesa no la asfixiase con las exhalaciones de aquellas sales y menjuges, y que le concediese por un instante no más la preferencia de cuidar á la enferma con la buena Alphonsine.

En efecto, la vizcondesa accedió á la súplica del secretario del vizconde, y dando el ejemplo á los circunstantes, se salió del gabinete, acompañada de su marido, de

DE COMERFORD.

109

sus hijas y de madama de Saint-Pierre, para aguardar en el salon los resultados de la *terapéutica* del improvisado *Galeno*, aplicada á la señorita de Comerford.

Los resultados correspondieron maravillosamente á las esperanzas de toda la familia de Gaville en virtud de los medios homeopáticos que empleó el ex-coronel de artillería, con la desmayada sobrina del difunto conde de Briás.

CAPITULO XVIII.

UNA MALA NOCHE.

LE FANATISME sacrilège
Est sorti du sein des autels;
Il les profane, il les assiège,
Il en écarte les mortels.

(VOLTAIRE.)

Apenas conoció Josefina, cuyo paroxismo ó síncope nervioso iba cediendo á medida que Guerrero le hizo sentir el magnético efecto de la mano en derredor de su delicada cintura, que la gente de casa habia abandonado el gabinete, y que estaba sola ó casi sola con el secretario del vizconde, pues que la buena *Alphonsine*, como hija legitima y natural del cogollo de las Gaulas, no entendia ni una sola palabra del lenguaje de Castilla, abrió los rasgados ojos azules que tanta

gracia daban á su semblante como descubrian fácilmente los impetus iracundos de su corazon varonil, y fijando una mirada aterradora al herege é infiel Guerrero le dijo:

—¡Pérfido amigo! ¡Infame caballero! ¡Mal español! ¡*Gavacho-egoista!* Tú sabrás un dia quien es Josefina de Comerford y cual su mision en la tierra. ¡Entonces pedirás clemencia; pero no la conseguirás de mí, como no llores!!! Tus lágrimas, ¡oh seductor! Tus lágrimas, ¡me ablandarán el corazon! ¡Ah! ¡por desgracia mia tú ya lo sabes! ¡sí; tú sabes que te adoro cuando lloras á mis pies!!!

—Josefina! exclamó el amante de Blanca de Gaville, interrumpiendo á la enferma: modérese vd. porque no estamos solos, y si bien esa doncella *Alphonsine*, no entiende el castellano, sin embargo, podrá interpretar los expresivos gestos de vd. é inferir de ellos que yo he sido causa inocente de la indisposicion que acaba vd. de tener. ¡Vamos, cálmese vd. y dígame si se siente mejor!

—Algo mas aliviada estoy de los nervios, replicó Josefina, pero siento que crece mi agitacion á medida que veo delante de mi al mónstruo de perfidia que es causa de mis arrebatos. Y echando una mirada al suelo junto al velador, añadió: recoja vd. aquel billete que está allí tirado, guárdele vd. en el bolsillo y véngase vd. conmigo esta noche á Sarriá, que me encuentro demasiadamente enferma para volverme sola en el carruaje á mi casa de campo; y aquí ya no hay por qué

dar mayor escándalo. Salga vd. al salon, y diga vd. á la vizcondesa, que ya estoy mejor, mientras *Alphonsine* me trae una taza de té.

Guerrero dócilmente recogió el billete, se lo puso bien doblado en el bolsillo y anunció la mejoría de la de Comerford á las señoras que estaban aguardándole con impaciencia en el salon.

—Pero, ¿qué ha tenido mi amiga Josefina? preguntaba Blanca á su amante, con sobrado afán é interés. ¿Que le habrá dado á la pobre?

—Nada: uno de aquellos frecuentes ataques á que está sujeta cuando se la indigesta la comida.

—¡Pero hombre! exclamó Blanca: ¡sí, Josefina, apenas come! Hoy cabalmente no ha probado casi la sopa, y muy poco del asado: ¿cómo no sea que se le hayan indigestado las ostras crudas?

La vizcondesa, que hasta entonces no habia metido baza en el pequeño diálogo de su hija con Guerrero, soltó una carcajada por lo bajo, y con cierto aire de sarcasmo, dijo:

—Algo de crudo ha de haber sido lo que le ha hecho daño á Josefina, pues leia los papeles que vd. habrá visto esparramados sobre el velador del gabinete, señor Guerrero, cuando se puso mala.

—¡Entonces, ya está visto! la indigestion de Josefina consiste, dijo Guerrero, en haber faltado á la máxima que tiene la gente frailuna en esta tierra, de no leer despues de comer, ni aun el sobre de una carta. Estoy

seguro que á su confesor no le hubiera ocurrido nunca el ponerse á leer acabadito de levantarse de la mesa.

—¿Y qué papeles son esos, mamá? preguntó Blanca á la señora vizcondesa.

—Qué papeles habian de ser! La carta de Mr. Dessolles á tu padre, y algunas esquelitas de Guerrero, que tú me distes á guardar como depositaria que soy de todos tus secretos, dijo la madre, y como el de tu próximo matrimonio con Guerrero ya es menester que no lo sea para nuestra amiga Josefina, por eso le entregué el legajo que lo contenia, con su lacito verde perfumado de pachuli.

—Entonces no hay duda que el olor del pachuli la habrá trastornado la cabeza, observó el vizconde, dando un beso en la frente á su hija Blanca que se habia quedado como triste y pensativa al oír que su madre habia dado á leer á la de Comerford todito aquel mamotreto.

—Mucho lo siento, mamá mia, que hayas dado á leer á Josefina, con el legajo, mis cartas de Guerrero, dijo Blanca, porque entre ellas hay un billete que ofenderá su amor propio sin que nada tenga que ver con la correspondencia ni las demas esquelitas que contiene aquel legajo. De otra parte, si tú cres justamente la depositaria de mis secretos, permíteme, mamá, que te diga que mejor hubieras hecho en no disponer de ellos, revelándolos á nadie sin mi consentimiento.

—Tú dirás ahora lo que quieras, pero ya es tarde,

y la cosa no tiene remedio; mas si consideras que yo dispongo de tí, y que he accedido á tus deseos y á las súplicas de Guerrero, verás que estoy tambien en mi derecho divulgando á las personas mas allegadas á la familia, lo que para otras es un misterio y se les ha ocultado hasta aquí.

Guerrero permanecia mudo escuchando aquel diálogo entre madre é hija, hasta que la vizcondesa agarrándole del brazo le dijo:

—Volvamos al gabinete á ver como se halla Josefina y no hablemos mas de este asunto, sobre todo delante de ella. ¿No le parece á vd. así señor Guerrero?

—Mejor será, contestó su presunto hijo político, en voz baja, inclinándose al oido de la madre de Blanca.

A todo esto ya la señorita de Comerford habia tomado la taza de TE que Alphonsine le habia servido; tenia puestos el chal y la mantilla con el velo negro que le tapaba la mitad del rostro; y daba paseos de uno á otro extremo del gabinete.

—¡Y bien Josefina! ¿Qué tal se siente vd. ahora? la preguntaron simultáneamente la vizcondesa, Blanca, Sofía, madama de Saint-Pierre y el vizconde.

—Algo mejor, ¡gracias! por el buen cuidado de todas ustedes; pero ya son cerca de las ocho de la noche y me voy á Sarriá antes que cierren la puerta del Angel. El señor Guerrero tendrá la bondad de acompañarme, por que ya estarde, y no me atrevo á ir sola, en el estado en

que estoy, por ese camino que, aunque corto, es demasiado....

—Por supuesto, dijeron todos interrumpiéndola, el señor Guerrero irá con vd. y podrán ir también el vizconde y algún criado de casa.

—No, ¡gracias! Basta con el señor Guerrero, porque en mi casa de campo no tengo albergue para tantos, y no es justo ni tampoco necesario que todos pasen, por culpa mía, una mala noche.

—¡Pepita! dijo Guerrero, afectando cierta alegría que estaba lejos de su corazón. ¡Una noche mala cualquiera la pasa!

—Pues si es así, ese cualquiera será el señor secretario, de ningún modo permitiré que sea su jefe el señor vizconde.

Y agarrándose del brazo de Guerrero y despidiéndose hasta otro día, de la vizcondesa, del cónsul general y demás de la familia de Gaville, se fue Josefina á su casa, contigua al desierto de los padres capuchinos de Sarriá.

A las nueve menos cuarto de aquella noche, las campanillas de las mulas del carruaje de la señorita de Comerford, las voces del mayoral á sus bestias, y los roncós ladridos de los hermosos mastines que guardaban el cercado de la Torre-den-Negre, anunciaron á Elena y al lacayo del farol que su ama llegaba al átrio emparrado de su casa de recreo.

Al parar el coche debajo de aquel vestíbulo de pám-

panos, de cuyo techo pendian gruesos racimos de uvas entreveradas, que brillaban como la púrpura al resplandor de la luz del farol que el lacayo tenia en la mano, saltó Guerrero del pescante del carruaje, donde habia ido durante el camino para dejar á Josefina mas á sus anchas en el interior, y fué corriendo á abrir la portezuela del coche; pero ya encontró allí una mano estraña que se habia antepuesto á la suya y que ya ayudaba á la doliente rival de Blanca á poner el pie en el estribo para lanzarse á los brazos de su doncella Elena, que la esperaba con regocijo y se los estentendia desde el primer escalon de la pequeña escalinata que precedia la entrada principal del piso bajo de aquella deliciosa quinta.

Era el padre Antonio Marañon, que habiendo pasado la tarde en el jardin de Josefina podando arbustos é injertando frutales, habia visto ponerse el sol sin que la oveja de su rebaño espiritual hubiese vuelto al redil de sus delicias, y la esperaba con ansiedad por ver si podia retirarse tranquilo á la celda del convento de los capuchinos de Sarriá por la puerta escusada que tenia á su disposicion en las tapias del desierto.

—¿Cómo ha ido por la ciudad? preguntó á media voz el ex-fraile de la Trapa á su hija de confesion, dándole á besar los pies del Santo Cristo de bronce que llevaba constantemente en el pecho.

—No muy bien, padre mio, respondió Josefina exalando un gran suspiro, por eso viene aquí acompañán-

dome el señor Guerrero con quien he comido en casa de la vizcondesa de Gaville.

—Observo, hija, que esas visitas al arrabal de Junqueras, no le prueban á vd. bien, y es menester que vd. se abstenga de todo lo que la pueda hacer á vd. mal, dijo el padre Marañon asistiendo á Elena á sentar á su ama en la butaca de cuero de Rusia que estaba á la derecha de la chimenea del gran comedor que había en el piso bajo de la *Torre-den-Negre*.

Detrás iba Guerrero meditando sobre la hora avanzada en que el ex-fraile de la Trapa se hallaba éstramuros del convento contiguo de los capuchinos de Sarría, y sobre la asidua cortesanía de su reverencia con su hija de confesion, hasta que esta con voz débil y algun tanto convulsa hubo de decirle:

—Siéntese vd. señor Guerrero, y Elena le servirá á vd. un pocillo de chocolate, y un plato de cabellos de ángel, mientras yo me retiro á mi cuarto un instante que tengo que hablar al padre Marañon, al momento vuelvo y soy con vd.

Y diciendo y haciendo se levantó de la butaca con el auxilio de la mano del fraile, y este dando las buenas noches á Guerrero como quien no pensaba ya volver al comedor, siguió los pasos de su penitente Josefina hasta la puerta de un gabinete inmediato donde ambos entraron, y, sin cerrarla, tuvieron de pié un breve colóquio que Guerrero no pudo oír porque hablaron bajito, y el ex-fraile se retiró despues por la del vestibulo con semblan-

te humilde y paso lento rezando entre dientes el «*Angelus Domini nunciavit Maria: et verbum caro factum est, et habitabit in nobis, etc.*»

Elena sirvió el pocillo de chocolate, un esponjado, un gran vaso de agua de la cisterna del inmediato convento, el cabello de ángel en almibar, y unas rebanadas de pan tierno al amigo, como ella creía, íntimo de su ama, y al ponerle delante la bandeja con todos aquellos artículos de pasajera necesidad para que tomase un refrigerio, se quedó con ambos codos apoyados en la mesa de comer y la cara perfectamente embutida entre sus dos manos, que levantadas hacia el techo sostenían sus rosadas y esféricas mejillas y disminuían en cierto modo las órbitas de sus ojillos vivos, negros y centellantes, llenos de doméstica curiosidad.

—¿Qué ha tenido la señorita esta tarde en Barcelona, señor Guerrero? preguntó la doncella al ex-coronel de artillería.

—Nada, hija, una leve indigestion y un pequeño ataque nervioso de aquellos que le solían dar ya cuando estábamos en Viena, repuso Guerrero, y que ahora le repiten con mas frecuencia desde que está en Cataluña.

—Cuando estábamos en Roma también le daban; pero pronto se los curé yo con un remedio casero que me dió la criada de madama Staël, que la pone buena en menos de quince minutos, dijo Elena mas contenta que una pascua al melancólico, y al parecer de la doncella, amigo íntimo de su ama.

Un campanillazo de Josefina, dado desde el interior del gabinete, hizo perder el aplomo de la cabeza de Elena que aun descansaba entre las palmas de sus dos ahuecadas manos, apoyados sus perpendiculares brazos en los codos, que reposaban sobre la mesa, y dió un salto atrás y una media vuelta sobre el punto giratorio de ambos talones, con el fin de ir á ver á su ama que la llamaba impaciente para mandarla que dispusiera la cama de Guerrero en el cuarto dormitorio mas lejos del suyo, y mas inmediato á la puerta del vestibulo de la casa, y que le hiciera el remedio que le habia enseñado en Roma la doncella de madama Staël, y la dejase sola con el ex-coronel de artillería hasta que ella la llamase para enseñarle su cuarto de dormir.

Elena obedeció los preceptos de su señorita, y esta se presentó otra vez en el comedor mientras Guerrero acababa de comer el cabello de ángel y de beber mas de la mitad del enorme vaso de agua glacial de la cisterna de los capuchinos, que Elena le habia presentado; y sentándose Josefina otra vez en la butaca de cuero de Rusia, entabló la conversacion siguiente:

—¿Donde está el billete que le mandé á vd. recoger del pié del velador de marmol del gabinete de la vizcondesa de Gaville?

—Aqui he de tenerlo en el bolsillo donde vd. me mandó que le guardára; replicó Guerrero con gravedad y haciendo ademan de sacarlo, registrando todos los que tenia en la levita y no pudiendo dar con él.

—¿Si se habrá perdido? preguntó de nuevo Josefina, impaciente.

—Es posible que en la confusion del momento se me estraviara, repuso Guerrrero, y á fé que lo sentiria mucho porque deseaba saber el contenido de.....

—¿Aquel libelo? ¿No es así? interrogó la señorita de Comerford, interrumpiendo al amante de Blanca de Gerville.

—¿Libelo, dice vd. Josefina?

—Si, ¡libelo! ¡contra mi amor propio! ¡contra mi reputacion, señor Guerrero!!

Y á todo esto, el amante de Blanca iba sacando papeles del bolsillo, entre los cuales salió tambien aquella carta singular de Josefina.

—¡Aqui! ¡Aqui está, el libelo! señorita, sino me equivoco; y al propio tiempo, al levantarse de la mesa para irselo á entregar á Josefina, que seguia sentada en la butaca, se le cayó otro papelito junto á sus pies.

Era la carta que Guerrero escribió á Blanca la víspera de su cumple años al volver de la casa de Josefina á las dos de la madrugada al arrabal de Junqueras, y la misma que causara su reciente indisposicion. Josefina sindar tiempo á Guerrero la recogió, y con mucha sangre fria comenzó á leerla testualmente. «Habrá vd. notado, anoche, adorable Blanca, que la señorita de Comerford, etc....

—No lea vd. mas, señorita; porque esta carta la sé yo de coro, como el P. Marañon su brevario, y me ale-

gro no se haya perdido. Pero aquí tengo yo también otro libelo de vd. que dice: «Hombre funesto; etc.» señora, libelo, que me dió algo en qué pensar cuando lo recibí la noche antes de avistarme con el padre Marañón en la celda del convento de capuchinos de Barcelona y que mucho habrá de contribuir á la resolución que estoy por tomar.

—Supongo, observó Josefina, que esa resolución siempre será la de hacerse vd. francés?... He visto la carta del marqués Dessolles al vizconde de Gaville y el premio que ofrece á vd. por sus buenos servicios á la Francia. ¡Ah, infame! ¿con que vd. hizo prender en Perpignan á dos santos religiosos trinitarios que iban á tomar baños á Aix, y consiguió vd. de este modo que la Santa Inquisición libertara de sus calabozos al hereje franc-mason Mr. de Cambacres? Ya yo sé quien es ese hombre, en cuya casa se conspira contra el altar y el trono; y sé también quien es vd. y quienes son los que concurren á esos criminales conciliábulos; y como si eso no bastara para incurrir en toda mi reprobación, ha tenido vd. aun el atrevimiento, la avilantez, de escribir á Blanca esta carta ó billete que vd. sabe de memoria, y que yo conservaré por siempre en mi poder para que nunca se mitigue en mi corazón el odio que vd. me inspira.

Y Josefina diciendo estas palabras dobló el billete con marcadas señales de despecho, y se lo puso en el seno.

—No es mi ánimo, señorita, renegar de mi patria despues de haberla servido lealmente por espacio de muchos años; pero si tengo intenciones de contribuir con los míos á purgarla de sus pérfidos enemigos, hacer que en ella triunfe la libertad ó perecer en la demanda. Las recompensas que me ofrece el ministro de Negocios extranjeros del rey de Francia no me seducen, ni bastarán á retraerme de los compromisos que he contraido en esos conciliábulos secretos, á que concurreo, para que llegue el dia en que la España se vea libre de esa turba de fanáticos que se escudan con la religion para ejercer el despotismo y la tiranía en toda la Peninsula. A este fin se inclinan todos mis pasos: á este fin sacrificaré la munificencia que me ofrece el ministro del rey de Francia; á este fin sacrificaré tambien el corazon y la mano de Blanca de Gaville, á quien adoro, y sacrificaria hasta la fortuna con que vd. me ha brindado muchas veces si hubiese querido abjurar de mis principios y opiniones liberales. Bien puede vd. señorita, desde ahora arrepentirse de haberme conocido, y vengarse de mí, haciendo de modo que sus amigos de vd. me delaten al tribunal del Santo Oficio y á las autoridades del gobierno del rey: sufriré con resignacion las terribles consecuencias de la felonía, mas no abdicaré jamas de mis opiniones políticas ni cesaré de conspirar contra el gobierno de los déspotas.

—No haré tal, Guerrero; contestó la señorita de Comerford, guardando una singular compostura en su ges-

to y ademan: me vengaré de vd., si; pero mi venganza, será mas noble, mas digna de la nieta de San Francisco de Sales. Desde luego vd. mismo me ha de ayudar á vengarme del secretario del vizconde de Gaville y de su adorada Blanca. Usted mismo es quien ha de desgarrar el corazon de esa niña, á quien vd. ha hecho creer que vale algo mas que yo, rebajándome á sus ojos con ese billete infame que vd. le escribió en mal hora, para envanecerla y darla á entender que vd. me sacrificaba á mi en las aras de su pretendida hermosura; vd. mismo si ha de ser consecuente con sus amigos y hermanos masones, con esos herejes que con vd. conspiran tenebrosamente contra el gobierno del mejor de los reyes y contra el tribunal Santo de la Fé Católica en los sótanos inmundos de la casa de Mr. de Cambaceres, rehusará vd. las recompensas que le ofrece el marqués Dessolles, y en tal caso ya no podrá vd. seguir viviendo en la casa de mi rival. En suma, vd. mismo huirá del arrabal de Junqueras para ir á buscar un bienestar dudoso, y tendrá vd. que recurrir á mí y á mis amigos para vivir á cubierto de la miseria y de las privaciones: y si se lanzára vd. á otro terreno para combatir las doctrinas que yo sostengo y que son las salvadoras del altar y del trono, aun en aquel terreno será vd. vencido y tendrá algun dia que implorar mi clemencia. ¡Quiera Dios que ya no sea tarde!

—Ignoro, respondió Guerrero bastante afectado, la suerte que el cielo me haya deparado en el mundo,

Pepita, pero bien puede vd. estar persuadida de que Guerrero, leal á su amada Blanca, como lo será siempre á sus amigos, á sus principios liberales y á la patria, jamas transigirá con los sectarios del fanatismo, cualquiera que sea la máscara con que se cubran, ni implorará tampoco la clemencia de vd. si por desgracia vd. se afiliara al bando absolutista y teocrático que hoy impera en los consejos del rey de España.

—¡Ah! Guerrero, ¡vd no sabe aun á qué punto alcanza el furor de una muger despechada, y herida en su amor propio! Aun es tiempo de hacer algo en desagravio mio, no diré para reconciliarnos, porque eso raya en lo imposible, dijo Josefina con lágrimas de desesperacion que ofuscaban sus grandes ojos azules; pero, si al menos, para templar mi venganza y hacerse vd. digno en lo sucesivo de mi compasion. Véase vd. mañana con mi confesor, y de su boca oirá vd. palabras de paz, el *ultimatum* de mi irrevocable determinacion. Ahora ya es tiempo de separarnos, retirese vd. á su cuarto á descansar, y antes de salir de aquí mañana para Barcelona visite vd. al padre Marañon.

Josefina tiró del cordon de la campanilla, y Elena y el lacayo del farol se presentaron con bujias encendidas en la mano. Josefina pasó con su doncella al cuarto de dormir, y Guerrero, precedido del criado, fué á encerrarse en el aposento que le estaba destinado aquella noche junto el vestibulo.

Minutos despues, Elena y su compañero del farol, se

laban las buenas noches en la antesala ó recibimiento de la casa para ir á entregarse, cada uno á su respectivo dormitorio, en los brazos de Morfeo.

A las doce horas del reloj que Guerrero había visto en la repisa de la chimenea de su cuarto de dormir, antes de apagar la luz, oyó el clamoreo de una sola campana del vecino convento, que llamaba á coro y al rezo de maitines á los mendicantes padres capuchinos de la orden del seráfico S. Francisco el Grande. Guerrero no podía cerrar los ojos, y el quejido de aquel metálico despertador le hizo saltar de la cama como asustado, y presuroso por escuchar el cántico nocturno de los congregados religiosos.

El órgano de la iglesia acompañaba melodiosamente los gorgeados trinos de las argentinas voces de los encerquillados y barbilampiños novicios de la comunidad, y de vez en cuando sobresalía otra voz mas llena de algun padre maestro, chantre atenorado ó barítono-atiplado, que modulaba con primor el *Te Deum laudamus: te Domine confitemur*. Sus ecos pronto se perdían ó apagaban con el estruendoso sonido de cien clarines aflautados que el organista con los *fuelles* y *pedales* del instrumento hacía con sus dedos resonar en el templo magestuoso del Señor, y parecía que el cielo recibía con igual bondad los himnos sagrados de los frailes, y los profanos votos y plegarias que Guerrero hacía por cumplir sus pendientes compromisos con su dama y con la patria.

—El templo de Dios, decía Guerrero en su soledad, si no fuera por el fanatismo que surge de sus santos altares profanados por falsos sacerdotes que dirigen el entendimiento de la juventud, sería el refugio más grato y consolador para el hombre que quiere huir de ese proceloso mar de las pasiones. Pero cuando considero que en ese santo lugar se albergan hipócritas como el padre Marañon, apóstoles cínicos del sensualismo más refinado, me horrorizo y me retraigo del Altar en que celebran y escarnecen á un tiempo mismo el santo sacrificio de la pasión y muerte del Redentor.

Un silencio sepulcral sobrevino á los cánticos de los frailes y á las armoniosas melodías del órgano que los acompañaba en la iglesia, y á las reflexiones que Guerrero hacía en su cuarto sin poder dormir: pero á poco rato se oyeron pasos en la escalinata y como el ruido de un picaporte ó llave que alguna mano forastera introducía en la puerta de la casa que daba al vestíbulo.

Guerrero, se acercó cautelosamente y de puntillas á la de su aposento, y aplicó el ojo al agujero de la cerradura que daba al recibimiento del piso bajo; vió entrar al padre Marañon con una linterna en la mano, ocultándola debajo del capotillo ó muceta del hábito talar, para internarse pausadamente por el comedor al gabinete de Josefina, y trató de seguirle la pista para cerciorarse mejor de que sus juicios no eran temerarios.

En efecto, Guerrero levantó el pestillo con sigilo y precaucion, y á una regular distancia fue siguiendo los

pasos del confesor de la sobrina del difunto conde de Briás que estaba en vela en su aposento, esperando sin duda la visita de su director espiritual á tan altas horas de la noche, pues se abrió la mampara del gabinete sin que la mano del ex-fraile de la Trapa tuviese necesidad de empujarla.

Situado el ex-cornel de artillería entre la mesa de comer y el tabique que separaba el comedor del aposento de Josefina, se fue acercando poco á poco á la mampara y se puso á escuchar el coloquio que allí tenían el ex-fraile trapense y su hija de confesion.

—Hace ya mas de hora y media que Guerrero se retiró á su cuarto de dormir, decia Josefina al padre Marañon, y creo que mañana irá á ver á vd. antes de marcharse á Barcelona.

—¿No le parece mejor, Pepita encantadora, que hagamos prender á ese herege, decia el confesor con gran desenfado, y que le metan en la Inquisicion por el pronto?

—No, padre mio, replicó Josefina ¡de ningun modo! ¡Bajo ningun pretexto puedo permitir que á Guerrero se le haga mal, ni se le persiga!

—Bien se conoce que vd. le quiere, hija mia, añadió el padre Marañon con cierta autoridad, pero ha de tener vd. entendido que quien quiere al pecador no aborrece el pecado.

—¡Yo aborrezco, abomino el delito, padre mio de mi alma! exclamó llorosa Josefina, pero campadezco al de-

lincuente; porque en este mundo nadie puede decir ¡de esta fuente no beberé! Guerrero vive en el error, propende á la heregía, pero no es un malvado: ha bebido en las emponzoñadas fuentes de la filosofía del siglo sin haber aprendido, es verdad, á vivir y morir como nos lo enseña nuestra santa madre la iglesia católica, apostólica, romana. Dios querrá que algun día le contemos en el corto número de los verdaderos fieles, para quienes, como para nosotros, el hermoso título de cristianos es un escudo contra las sensuales felicidades y torpes goces de este mundo pecaminoso. Yo misma, ¡pecadora de mí! si me hubiese faltado la direccion espiritual de buenos confesores, de varones tan santos como el padre O'Tyrrell en Dublin; su amigo el padre Kauffman en Viena; monseñor Paccanari en Roma, y finalmente vd. en Barcelona: ¡sabe Dios lo que de mí hubiese sido, con al temperamento que tengo, con la exaltacion de mis pasiones, y con la fortuna é independencia de que gozo! ¡Quizás á estas horas seria yo misma mas culpable y pecadora que Guerrero! ¡Quizas seria, como otrasjóvenes de mi sexo, víctima de algun marido que se hubiese casado conmigo por especulacion! es decir, para mejorar su condicion social ó para recrearse sensualmente en los efimeros atractivos de mi cuerpo. ¡Quizás seria dueño de mi mano y mi fortuna algun marido trivial, adúltero y libertino, que se entregara á su sabor á las elucubraciones de una vida relajada, y que al fin tuviese una muerte trágica

é ignominiosa! ¡Sabe Dios, en fin, si dejada de la mano de sus dignos ministros en la tierra, no hubiera yo, desventurada de mí, bebido aun en peores y mas venenosas fuentes que Guerrero!

—¡Es verdad, hija querida! ¡Miserable pecadora! Pero ¡no indigna oveja del rebaño del Señor! exclamó el ex-fraile de la Trapa. ¡Es verdad, cuanto acaba de decirme con el corazón compungido y esos bellos ojos arrasados de lágrimas de contrición! ¡Todos somos de carne y hueso! ¡Todos, míseros mortales! y por lo tanto estamos todos sujetos á muchas tentaciones, y á los *vaivenes* de esta vida deleznable! ¡Venga vd. adorable hija de confesión! ¡Venga á los amorosos brazos de su padre espiritual, y en ellos hallará el consuelo de que necesita!.....

Por espacio de cinco ó siete minutos, Guerrero no oyó nada, ni á nadie, en el gabinete de Josefina, por mas que aplicaba el oído á la mampara, y que se abstenia de respirar. El primer rumor que volvió á llamar su atención, fue un suspiro prolongado y estas palabras que con débil y balbuciente voz pronunció la señorita de Comerford:

—¡Ah! ¡padre mío!.... hubo un tiempo.... en que yo.... me hubiera casado con él y..... habria hecho el sacrificio de mi.... fortuna y de mi corazón, por cumplir con Dios y con las instrucciones secretas del padre O' Tyrell en obsequio de la compañía de Jesus; pero ¡ahora! ya estoy... desengañada. Ya conozco á Guer-

rero, y lo que podemos esperar de su....

—Pero. ¡Pepita hermosa! dijo el padre Marañon, haciendo algun rumor al mover la butaca en que, al juicio de Guerrero que lo oia, estaba sentado en el interior del aposento de Josefina. ¡Volvamos á la carga con él! yo le haré nuevas proposiciones en nombre de vd., cuando vaya por mi celda antes de volverse á Barcelona. Deme vd..... aquella cinta verde que él llevaba en el sombrero en las campañas de 1808 y 1809, con el lema de «POR FERNANDO VII Y LA RELIGION, VENCER Ó MORIR! Puede ser que al verla en mis manos se despierte otra vez su patriotismo.

Entonces volvió á reinar el silencio por algun tiempo, de lo que infirió el ex-coronel de artilleria que Josefina se ocupaba en buscar la cinta en alguno de los cajones de la cómoda, y se confirmó en su creencia, cuando oyó otro suspiro de la sobrina del difunto conde de Briás, y una exclamacion *soto voce*:

—¡Tome vd. padre! ¡tome vd.!!

Y Josefina le entregó la cinta y despues se puso á orar, segun pudo inferirlo Guerrero de las palabras que pronunciaba pausadamente el padre Marañon, que como *consueta* de comedia las iba apuntando á Josefina, y esta las repetia con religioso fervor.

—A vos recurrimos, decia el fraile, ¡oh Dios grande! ¡Dios santo! Dios inmortal! ¡tened misericordia de nosotros! ¡Purificadnos señor de todos nuestros pecados y de nuestras debilidades, ahora y en la hora

de nuestra muerte, ¡*Amen Jesus!*

Y luego el padre Marañon daba su mano santa á besar á su hija de confesion, y esta con lágrimas en los ojos le decia:

—¡Padre amado! Cuando una católica como yo ha perdido la esperanza de ser feliz en el mundo, lo que hace es encerrarse en su aposento para comulgar con Dios y con su padre espiritual en el silencio de la noche. Aquí ¡Padre mio amantísimo! recibo sus santas inspiraciones y veo brillar entre los ojos de vd. la dulce y encantadora eternidad! ¡Aquí oigo la voz severa de mi conciencia sin que el espíritu agitado de mis turbulentas pasiones alce la suya para interrumpirme! Es verdad que mañana volveré al torbellino del mundo, pero iré, fortalecida como Moises volvió del monte Sinai, pronta á derrocar el ídolo que fué de mis pensamientos, á ese mónstruo que es causa de todas mis desventuras, y ofreceré al cielo el sacrificio que me pide, y que vd., padre amado, me recomienda! Si; vaya Guerrero en buen hora á prodigar á Blanca sus caricias; yo encontraré consuelo en brazos de mi padre espiritual. ¡Aléjese de mi ese hombre funesto á quien tuve la debilidad de amar!!! Yo sola con mi Dios y mi confesor que me habla en su santo nombre, postrada al pie de la cruz pediré á su Divina Providencia que me ilumine y me dicte lo que debo hacer para olvidar por siempre al pérfido amante, al amigo desleal, al herege obstinado que busca

en mi despecho su propia ruina y la de mi rival!!!....

Guerrero no quiso escuchar mas á Josefina en su exaltacion, y sin esperar á oír lo que pudiera contestar el ex-fraile de la Trapa á su hija de confesion, se retiró sigilosamente á su cuarto de dormir, á esperar que saliese el sol para volverse al arrabal de Junqueras.

Antes de marcharse á Barcelona, al despuntar el dia, y despues de haber visto salir al padre Mañon para regresar al desierto, el amante de Blanca dejó en su aposento, cerrada y sellada, la siguiente carta de despedida:

«¡SEÑORITA DE COMERFORD!

«Muy señora mia: Mis perentorias ocupaciones me obligan á salir temprano, y sin poder pasar antes al contiguo convento á visitar al confesor de vd. Mi resolucion está ya tomada, si algo tiene vd. que mandarme, aun estaré en casa del vizconde de Gaville algunos dias y allí recibirá y acatará las órdenes de vd.

Su mas atento servidor, Q. B. S. P.»

«GUERRERO.»

CAPITULO XIX.

LOS PRESAGIOS SINIESTROS.

«Cuanto nace en sus labios es cordura;
De su lengua discreta, cuanto mana,
¡Es todo piedad, amor, dulzura!

(ODA Á LA MUJER.)

Las ocho serian de la mañana, cuando Guerrero se apeó de vuelta de Sarriá á la puerta de la casa del vizconde de Gaville, y cuando Bonet, su ayuda de cámara, le entregó una carta de Madrid en que su antiguo amigo y compañero, el comandante de artillería don Juan Antonio Llinás, le encarecia la necesidad de que pasase pronto á la corte á reunirse con él, y le anunciaba que muy pronto se iba á llevar acabo el plan de la revolucion en toda la península ibérica.

Este aviso influyó mas perentoriamente en el ánimo de Guerrero para declarar su determinacion al vizconde, á la vizcondesa, y á Blanca de Gaville. Quizás á la hora misma en que Josefina leía la carta que el amante de Blanca habia dejado sobre la mesa del cuarto en que habia pasado la mala noche en Sarriá, en la vecina casa del convento de capuchinos del desierto, quizás en aquella misma hora, Guerrero tenia con su protector y padre de su querida Blanca, esta conversacion:

—He meditado bastante, señor vizconde, dijo el secretario al cónsul general de Francia en Barcelona, á cerca de las inestimables ofertas que me hace el marqués Dessolles, en la carta suya oficial que vd. tuvo la bondad de darme á leer el otro dia, y me veo precisado á decir á vd. para que así se lo manifeste al ministro de Negocios Etranjeros del rey Luis XVIII, que de ninguna manera entra en mis cálculos, ni cuadra á mis propósitos, el cambiar de nacionalidad, para obtener el goce de las inmerecidas munificencias con que el gobierno francés ha querido remunerar mis servicios.

Pienso pasar á Madrid para hacer valer muy pronto los títulos que como buen español tengo á la consideracion del gobierno de S. M. católica, y solo esperaré el beneplácito de vd. y de la señora vizcondesa para emprender mi viaje.

—¿Y mi hija Blanca? preguntó su padre á Guerrero

bastante agitado y perplejo.

—¡Blanca!..... ¡Ah! ¡Señor vizconde! ¡Blanca es mi ángel tutelar! por ella me he determinado á desechar las ofertas del marqués Dessolles! Por ella dejo á Barcelona y voy á Madrid! y por ella y por mi patria, señor vizconde, me lauzo con fé á las vicisitudes de un porvenir azaroso. Yo volveré á Cataluña antes de mucho tiempo y entonces recibiré, con su mano y la bendicion de vd., la recompensa de todos mis afanes. Si, Blanca será mi esposa añadió Guerrero, y el cielo coronará su piedad, su amor y su dulzura, cuando yo vuelva y tribute á sus pies mi rango y honores militares reconquistados bajo el imperio de la ley y de la justicia. Yo no seria digno de su hija de vd. si abandonase á mi patria en estos momentos....

—Ni honrado caballero, observó el vizconde interrumpiendo á su secretario, si vd. no volviese á cumplir la palabra empeñada; Blanca sucumbiria á la deslealtad si vd. fuese capaz de engañarla. Conozco á mi hija y sé que su vida ó su muerte depende de la conducta de usted.

Eramos ya por aquel tiempo al terminar del tercer mes del año de 1819 y la corte de España vestia de rigoroso y doble luto, por las muertes ocurridas y casi simultáneas, en Roma y en Madrid, en los primeros dias 1, 2 y 17 de enero, de doña MARIA LUISA, Y CARLOS IV de Borbon, que vivian desterrados desde 1808

en villa Borghese, y de doña ISABEL de Braganza, segunda esposa de su hijo FERNANDO VII, que ocupaba con él el trono de Castilla.

Acababan de llegar á Barcelona muchos personajes, unos procedentes del extranjero, otros de Madrid, y todos visitaban y concurrían á la casa del vizconde de Gaville donde veían y trataban á Guerrero. El príncipe de Schilla, embajador de Napoles, cerca de S. M. católica, y el señor marqués de Monasterio en calidad de notario de los reinos, el conde de casa Sarriá y otros individuos de la servidumbre de la casa real habian ido á recibir á la señora Infanta de las dos Sicilias doña LUISA CARLOTA, que desembarcó en Barcelona para casarse con S. A. el Infante de España don FRANCISCO DE PAULA ANTONIO, y como Guerrero conociese personalmente al buen príncipe de Schilla, hubo de participarle sus intenciones de pasar á Madrid, cosa que el embajador napolitano aprobó, y aun hizo que el señor de Monasterio recomendase al ex-coronel de artillería al duque de san Fernando y de Quiroga, que en aquella sazón era ministro de Estado del rey FERNANDO VII.

Tambien por aquel mismo tiempo llegaron á Barcelona, recién casados en Italia, el duque y la duquesa de Berwick y de Alba, y como Guerrero habia tratado al jóven y esclarecido grande de España en Paris cuando este hubo de emigrar por haber servido en calidad de page al intruso José Bonaparte que ocupó el trono de

Castilla mientras FERNANDO VII estaba preso en Valencey de orden de NAPOLEÓN I emperador de los franceses, le habló en casa del vizconde de Gaville de su próxima salida para la corte, y el duque que tambien se encaminaba á Madrid le ofreció asiento en uno de los muchos coches de su numeroso séquito. Ofrecimiento amistoso, que el ex-coronel de artillería aceptó, porque en aquella época no habia ni diligencias públicas, ni sillas de postas para viajeros como en los tiempos que alcanzamos.

Con la recomendacion del señor de Monasterio, y uno de los coches del duque de Alba á su disposicion, se creyó Guerrero bien habilitado para emprender su marcha así que lograrse despedirse de su querida Blanca, de la señora vizcondesa, de Sofia y de madama de Saint-Pierre; pero aun no era tiempo. La señora duquesa de Berwick y de Alba, jóven siciliana de estraña hermosura y delicadísima salud, se puso enferma y se aplazó su viaje á la corte por una ó dos semanas mas.

Este tiempo hubo de aprovecharlo Guerrero para hacer sus preparativos de marcha, esperar contestaciones á las cartas que tenia escritas á sus amigos, aguardar las órdenes que pudiera recibir aun de Josefina de Comerford, y finalmente para dedicar una hora en despedirse de Blanca, que era el trance mas doloroso por el cual tenia que pasar.

Visitas, comidas y tertulias, absorbian los dias y las

veladas en casa del vizconde de Gaville, sin que Guerrero encontrase un momento para hablar á solas á su divina Blanca. El ejemplo de Josefina con el padre Marañon, le sugirió el pensamiento de verla á las altas horas de la noche, y entre sí decia:

—Si un ex-fraile de la Trapa visita furtivamente á la sobrina del difunto conde de Briás á la una y á las dos de la madrugada, ¿que inconveniente ha de haber para que yo, ex-coronel de artilleria, á la misma hora haga por ver y hablar á la hija menor del vizconde de Gaville? Al fin Blanca ha de ser mi mujer, mientras que Josefina no pasará nunca de ser la hija de confesion del padre Antonio Marañon.

Un dia en que Guerrero estaba en su cuarto empaquetando su pequeño equipage, y que Bonet, su ayuda de cámara, le asistia en la penosa faena de arreglar, ajustar y cerrar los baules, á cosa de las ocho de la mañana, una ligera mano dió tres golpecitos á la puerta, y abrió el pestillo, previo el asentimiento del que se disponia á partir, espresado con la palabra comun de «¡ Adelante !»

Era Alphonsine, la doncella de Blanca, que de parte de su señorita traia un billete para Guerrero, y un recado de la vizcondesa para que estuviese listo á la hora del almuerzo, para acompañarla luego despues á hacer alguna visita.

Guerrero tomó el billete escrito y el recado verbal de la doncella, hizo una seña á Bonet para que le deja-

se solo, y abrió la misiva de su adorable Blanca, que estaba concebida en estos términos:

«¡ Mi Querido Guerrero !

«Cuando el cielo quiere poner á prueba dos corazones, enamorados entre sí, los separa. Los medios que la Divina Providencia emplea para que se cumpla su voluntad suprema, son varios, pero pocas veces se habrá visto como ahora, que el encargado de ejecutar la tremenda sentencia, sea el mismo que ha de experimentar primero sus deplorables efectos.

«No quisiera, empero, que te separases de mí sin hablarte antes, aunque no fuese mas que algunos instantes. Las horas en que solíamos vernos en el jardín, las tengo todas ocupadas; fija tú mismo una en que solo Dios sea testigo de las amorosas palabras que antes de alejarte de esta casa, por un tiempo indefinido, tiene que decirte tu amantísima

BLANCA.»

Guerrero escribió en una pequeña tira de papel estas palabras en respuesta al billete de su amada:

«¡ ANGEL MIO!

«Una hora despues de la de media noche, estará á tus pies jurándote amor inmenso

GUERRERO.»

El amante de Blanca rolló este papelito, y cuando bajó á almorzar lo depuso suavemente en la falda de la hija del vizconde de Gaville, que se sentaba siempre á su lado izquierdo á las horas de comer, y dijo á la señora vizcondesa, á quien tenia siempre á la derecha:

—¡Señor! estoy á las órdenes de vd., y pronto para salir y acompañarla al concluir el desayuno, ó á la hora que vd. me señale.

Acabado de almorzar, la vizcondesa pidió el coche, agarró el brazo de su prima madama de Saint-Pierre, y dijo á Guerrero:

—Siganos vd.

Llegados al zaguan, entraron las dos señoras y Guerrero en la carretela, y minutos despues la vizcondesa recogia en una de las primeras platerias de Barcelona un hermoso medallon de oro que contenia en el anverso un retrato en miniatura parecidísimo á su hija menor, y en el reverso una madejita de cabello rubio de Blanca de Gaville.

—¡Tóme vd., señor Guerrero! dijo la madre de Blanca al que pensaba ser un dia su marido. ¡Tóme vd. esta memoria, y consérvela vd. mientras viva junto á su corazon! ¡Quiera el cielo que pronto pueda vd. volver á Barcelona y estrechar el original de este retrato entre sus brazos para no separarse jamas de él! Estos son los fervientes votos de una madre que adora en su hija, y que respeta su voluntad en la

eleccion del que siendo su esposo podrá hacerla fêliz.

Guerrero se inmutó como era natural; aceptó el medallon, lo colocó en su pecho, y besó con afectuoso reconocimiento y gratitud la mano de la vizcondesa, mientras la carretela, dentro de cuyo vehiculo pasaba tan tierna escena, se encaminaba á buen trote á buscar á Josefina de Comerford que habia venido de Sarriá, y estaba aquel dia en su casa de la calle de los Baños, esperando á la señora de Gaville para comer con ella y las muchas personas que estaban convidadas al arrabal de Junqueras en obsequio del príncipe de Schilla, del conde de Casa-Sarriá, y del marqués de Monasterio, á quienes el cónsul general de Francia iba á dar un gran banquete.

Apenas entraron en el salon de la casa de la sobrina del difunto conde de Briás, cuando la vizcondesa, siguiendo sus naturales impulsos de contarle todo á sus amigas, comenzó á referir á Josefina que Guerrero habia reusado los ofrecimientos ventajosos que le hiciera el marqués Dessolles, y la recompensa con que el gobierno francés habia querido remunerar sus buenos servicios á la Francia, y como Guerrero tenia determinado irse á Madrid en uno de los coches del séquito del duque de Berwick y de Alba, y que por consiguiente su boda con su hija Blanca, quedaba concertada y aplazada para cuando el ex-coronel de artilleria volviese á Barcelona en el pleno goce de sus grados y honores militares. No faltó mas sino que la

vizcondesa le hubiese referido lo del medallon y el retrato que acababa de regalar á su presunto hijo político, para que la hija de confesion del ex-fraile de la Trapa hubiese quedado mas enterada que el mismo Guerrero de la definitiva determinacion que este habia tomado.

Josefina aparentó alegrarse de todas aquellas nuevas y felicitó con estremada afectacion al que era en aquel instante objeto de su mas acendrado despecho.

—Mucho me alegro, señor Guerrero, que al fin se haya vd. resuelto, dijo Josefina con visible afabilidad, á salir de esa apatia é indiferencia que vd. mostraba en recuperar lo perdido. Ya es tiempo de que vd. haga gestiones al gobierno de nuestro augusto soberano, para que el rey le devuelva á vd. los grados y honores que alcanzó en las campañas de 1808 y 1809 en defensa de su augusto trono y de la santa religion de nuestros padres. Y digo que ya es tiempo, porque la ocasion no puede ser mas oportuna: es verdad que la corte está hoy entutada por la sensible pérdida de los reyes padres en Roma, y por la mas sensible aun de nuestra adorada reina Doña ISABEL DE BRAGANZA, que en gloria está; pero cuando el infante DON FRANCISCO DE PAULA, se casa con una princesa napolitana, y el rey mismo anda ya en negociaciones para contraer su tercer matrimonio con una princesa de Sajonia, es de esperar que FERNANDO VII abrirá las fuentes de su regia munificencia en favor de todos sus vasallos, que como vd., tan esforzadamente le han ser-

vido. Si vd. acepta, señor Guerrero, una carta mia de recomendacion y otra de mi director espiritual para el canónigo don Victor Saez, actual confesor del rey, tendré mucho gusto en dársela á vd., como igualmente lo tendrá el padre Marañon que siempre le oigo hablar de vd. como vd. se mercede, y le veo dispuesto á servir á vd. en cuanto esté á su alcance.

—Mil gracias, señorita, replicó Guerrero secamente; acepto el favor que vd. me propone, y suplico me envíe esas cartas mañana temprano, ó, á mas tardar, pasado mañana.

—Pues qué, ¿tan pronto es la marcha? preguntó Josefina con cierto aire de sorpresa.

—No tengo ya hora fija. Los duques salen esta noche á las seis, dijo Guerrero, y los coches del séquito, que van por Zaragoza, lo mas que podrán rezagarse será un dia ó dos.

—Está bien, observó Josefina, yo me vuelvo á mi casa de campo esta tarde despues de comer, y mañana escribiré á vd. y le enviaré las cartas de recomendacion, á no ser que vd. quisiese acompañarme á Sarriá y pasar otra mala noche...

—Gracias! Pepita, gracias! por el obsequio; pero tengo mucho que hacer, y probablemente ya no nos veremos despues que vd. se retire esta noche de casa de la señora vizcondesa.

—El señor Guerrero, observó Madama de Saint-Pierre, no quiere despedirse de nadie; se ha pro-

puesto marcharse á la francesa.

—Eso prueba que pienso en volver pronto, dijo Guerrero, y que mi corazon no sabe soportar los despidos de las personas que amo.

La vizcondesa miró al reloj, y viendo que ya se iba haciendo tarde propuso á Josefina, á Guerrero y á Mad. de Saint-Pierre, aplazar la conversacion y tomar el carruaje para regresar al arrabal de Junqueras, donde el vizconde de Gaville y sus hijas Blanca y Sofia, les esperaban con impaciencia.

Al entrar en el salon del Consulado general de Francia, y mientras el vizconde y Sofia saludaban á Josefina, y le hacian mil preguntas acerca de su casa de campo de Sarriá y de la vida retirada que en ella pasaba, Blanca se acercó á Guerrero y le dijo en voz baja:

—A las doce en punto, por el corredor, á mi cuarto.

Y un instante despues, ya Blanca abrazaba á Josefina, y le repetia las mismas frivolas preguntas que Sofia y el vizconde le acababan de hacer.

A las seis de aquella tarde, el salon de la vizcondesa de Gaville se hallaba atestado de gentes convidadas al banquete que parecia diplomático segun los uniformes bordados, las corbatas blancas y los guantes de cabritilla, que se notaban en el concurso, y los no menos esmerados y primorosos peinados y tocados de un gran número de señoras de varias edades y atractivos que amenizaban con sus donosos y bien dibujados talles aquella elegante reunion.

Acabada la comida, que fue una de las mas espléndidas y suntuosas que hubiera dado en su vida el vizconde de Gaville á personajes de tan alto coturno como el príncipe de Schilla, el conde de Casa-Sarria y el marqués de Monasterio, vino aquello del café, y de la conversacion expansiva, que por lo comun, con los gases del Jerez y del Champagne, y del Marrasquino de Zaarba y del aguardiente de Nanzick con estrellitas de oro, suele siempre girar, entre hombres que se llaman de Estado, sobre puntos de política militante, y sobre lo bueno y lo malo que hacen los gobiernos á quienes sirven.

El conde de Casa-Sarria, que era artillero, se llamaba de apellido Navarro Sangrán, y habia sido compañero de Guerrero en el colegio de Segovia, las echaba de liberal, y lo era en efecto como todos los oficiales de artilleria en aquel tiempo, y apoyando ciertos argumentos que el ex-coronel del cuerpo hacia al embajador de Nápoles, que era como buen hijo de Calabria, bonachon de suyo y algo propenso tambien á las ideas de Guerrero, decia:

—Cuando el despotismo provoca sin cesar la resistencia y el conflicto de frecuentes sediciones, como las de LACY, PORLIER y otros mártires de la libertad, en España; cuando todo es injusticia y la sociedad degenera en un caos, como ha sucedido entre nosotros; cuando por todas partes se ofrecen á nuestra vista usurpaciones violentas, y que la agitacion tumultuosa y con-

vulsiva de las gentes amenaza la paz y el orden de la sociedad, pretender que la tiranía sea de hecho y de derecho canonizada por el pueblo y apoyada por el ejército, es un error funesto, que indujo á TÁCITO á decir que la inviolabilidad y el prestigio del príncipe se debilitan y menoscaban, á medida que su autoridad, ó el abuso que de ella hacen sus ministros, traspasa todos los límites del poder y de la ley: *«nec untuam sacis-fida potentia ubi nimia est.»*

Tal era la situación de España en el año de 1819. La sociedad era un caos, y el monarca un instrumento del bando teocrático para perpetrar todo linaje de violencias é injusticias á la sombra del trono, y los consejeros de la corona unos déspotas, sin freno ni responsabilidad.

Y en ello convinieron todos los ilustres personajes invitados al banquete del vizconde de Gaville, desde el príncipe de Schilla hasta un señor que se llamaba Domenech, que era secretario entonces de la capitania general de Cataluña.

Guerrero, como parte demasiado interesada en hacer de modo que variase la situación anómala de España, que todos los hombres sensatos deploraban, sin escepcion de gerarquías sociales ni de opiniones verdaderamente políticas, guardó silencio y se fue retrayendo lo mejor que pudo del círculo de maldicientes, para concentrarse en tristes y aventuradas conjeturas.

Blanca de Gaville y la libertad de España, eran los

dos polos sobre que giraba el mundo ideal del ex-coronel de artillería; era menester ausentarse del *Artico* para salvar el *Antártico*, y Guerrero no era profeta para adivinar las consecuencias de tamaña separación. ¡De uno á otro polo habia un mar inmenso que atravesar, mil tormentas que correr, cien escollos que afrontar! Y, sin embargo, Guerrero se iba á lanzar al día siguiente á ese mar proceloso, sin mas brújula que su amor, sin mas norte que la patria.

Poco identificado el amante de la hija menor del vizconde de Gaville con aquel festin y sus delicias, la víspera de su partida para Madrid, y horas antes de dar su último ¡adiós! á la señora de su corazón y de todos sus pensamientos, se retiró cabizbajo y taciturno á su aposento, donde meditar con libertad las palabras que habia de decir á Blanca á las doce de la noche en su última entrevista.

Cuando cruzaba el salón en que estaban todas las señoras que habian asistido al banquete, para irse á su cuarto, notó que madama de Saint-Pierre, levantándose del sofá en que estaba sentada con Josefina, Blanca, Sofía y otras señoritas amigas suyas, le buscaba con los ojos y le hacia seña, como que tenia algo que decirle.

Guerrero se paró maquinalmente y como distraído delante de un gran espejo de cuerpo entero, cuya luna diáfana como el alma de su querida Blanca, le indicó que habia en aquel salón quien interpretara sus intenciones.

—Tengo que hablar con vd., dijo madama de Saint-Pierre, asiéndole del brazo izquierdo con su mano derecha, y no puedo diferirlo porque nos vamos pronto al teatro á la gran funcion á que asiste la infanta de Nápoles, doña LUISA-CARLOTA, donde el principe de Schilla, á cuyo palco vamos, quiere presentarnos á S. A. R.—Blanca ha conocido que vd. no quiere acompañarnos y que se retira vd. á su cuarto, y me encarga decirle que no se vaya vd. del salon sin dar antes las buenas noches á la señorita de Comerford, y la mano á la vizcondesa, al vizconde y á Sofia, porque ha sabido, por Bonet y Alphonsine, que vd. sale á la madrugada á caballo para Molins-del-Rey á esperar el coche que pasará por allí á la tarde, con el cual piensa vd. hacer su viaje á Madrid, y como sabe tambien que vd. trata de marchar sin despedirse, no quiere se vaya vd. del salon sin saludar al menos á las personas de la casa.

Guerrero obedeciò, dando á una por una la mano y conversacion afectuosa á todas las personas que la de Saint-Pierre le indicò, y al llegar á Josefina, que estaba al parecer casi tan afectada como Blanca, le dijo:

—Señorita de Comerford, por si acaso no nos volviésemos á ver, déme vd. la mano, y crea que siempre tendrá en mí un verdadero amigo. Las cartas que vd. me quiera confiar mándemelas por la mañana aquí, que mi ayuda de cámara Bonet me las entregará por la tarde en *Molins-del-Rey* donde aguardo el coche en que voy á Madrid.

—Mucho siento su repentina marcha de vd., amigo Guerrero, y mucho sentirá también el padre Marañón no ver á vd. antes de marcharse, dijo Josefina, porque me consta que le quiere á vd.....

—¡Ya yo lo sé bien, y se lo agradezco! exclamó Guerrero interrumpiéndola.

La señorita de Comerford, difícilmente podía comprimir las encontradas emociones de su corazón despedido, y siguió hablando al amante de Blanca, con afectada pero violenta mesura, hasta que ella hubo de decirle:

—Me voy ahora mismo á Sarriá, porque ya se hace tarde. Siento que no me acompañe vd.; pero bien veo que por la última noche tendrá vd. que acompañar á Blanca y á estas señoras al teatro, y no es posible que un elegante como vd. falte jamás á....

—No lo crea vd., Pepita, replicó Guerrero con cierto aire de indiferencia, no voy al teatro. Otras atenciones me preocupan y me llaman á mi aposento esta noche. Y lanzando una espresiva mirada en el semblante triste y afligido de Blanca, y dando la mano con aparente finura á Josefina, se retiró del salón dejando bien encomendada á madama de Saint-Pierre á la querida y desventurada hija menor del vizconde de Gaville.

Las horas que trascurrieron desde que Guerrero se encerró en su cuarto hasta que la vizcondesa, el vizconde, sus hijas y madama de Saint-Pierre volvieron

del teatro al arrabal de Junqueras, las pasó parte leyendo la correspondencia de sus amigos y hermanos masones que estaban en Andalucía con una division expedicionaria que se decia destinada á reconquistar nuestras emancipadas colonias de Ultramar, pero que en realidad era la fuerza militar que habia de lanzar el primer grito de libertad en España cuando estuviese ya sazónada la conjuración contra los satélites del despotismo, y parte en adorar y besar el retrato que la vizcondesa le habia regalado como perdurable memoria de su hija Blanca.

Dos veces solamente molestó á su criado Bonet durante aquel espacio de tiempo, la una á cosa de las diez para que le sirviese una taza de té, y la otra á las once y media para saber si las señoras habian vuelto á casa y encargarle de llamarle á las cinco de la mañana y tenerle á las seis ensillado el caballo en el zaguan, entregarle unas monedas de oro para distribuir las de parte suya á los demas criados de la familia, y recomendarle el ser puntual á la hora en que los coches del séquito del duque de Alba habian de salir de la fonda de las Cuatro-Naciones, sin olvidar la custodia de su pequeño equipage que iria en el que le estaba destinado para viajar.

A todos los mandatos de su amo satisfizo el ayuda de cámara Bonet, diciéndole que las señoras acababan de regresar del teatro, y prometiéndole cumplir al siguiente dia los encargos que le habia hecho, incluyen-

do á la doncella Alphonsine la primera en la distribución de las moneditas de oro para la servidumbre de la casa de Gaville.

Al dar la última campanada de las doce de la noche el reloj de sobre mesa que Guerrero tenia en su aposento, se levantó trémulo y vacilante del sillón en que estaba sentado junto á su cama, abrió la puerta del cuarto con cuidadoso sigilo, y se puso á escuchar por si oía algun rumor en el pasillo oscuro que conducia al santuario de sus amores, si así pudiéramos designar el dormitorio de Blanca.

Guerrero no percibió sombra ni oyó rumor alguno en el corredor, mas que el sordo é intenso ruido de las multiplicadas palpitations de su corazón, y el zumbido que le causaban en el timpano las pulsaciones de sus sienes cubiertas de frio sudor

Convencido de que nadie le veia, fue internándose poco á poco en el pasillo hasta llegar á la altura de la puerta de la habitacion de Blanca, y notando que la tenia entornada, se paró en el dintel.

La hermosa y virginal criatura se habia desprendido del elegante trage de blonda y sederia azul celeste que vistiera en el festin, y que ostentára, sin pretenderlo, en el palco del principe de Schilla, y soltado las pobladas trenzas de su perfumado y espeso, pero sutil cabello castaño claro, que pendian en lujoso y seductor desorden sobre su cuello y espaldas de alabastro. Un grueso ramal de aquella casi dorada cabeller a ocultaba

parte del esférico seno de aquella provocativa, aunque inocente imágen de la *Purísima Concepcion*, y una ligera túnica ó bata de linon blanco de la India, con anchas y fruncidas guarniciones de encaje, cubria el delicado talle y los perecederos atractivos de la niña menor de Gaville por quien Guerrero deliraba de amor.

El amante de Blanca, en su febril agitacion, iba á traspasar el dintel del aposento y arrojarse á los pies de la cásta señorita, cuando esta sin notar aun que alguien la acechara, se puso de rodillas ante un crucifijo de marfil que tenia junto al tocador y el bufete en una labrada peana sobre una tarima de palo santo, pero Guerrero se contuvo al ver la religiosa actitud que Blanca habia tomado, y esperó á que la niña acabase de orar.

Parecia que el cielo la llamaba, y que ella se alzaba en alas de *Querubin* para disiparse como los vapores que exhala la tierra en el espacio, cuando se levantó de la tarima apoyando su alba mano en una de las pilastras salomónicas que sostenian el gran espejo del tocador, y en cuyo azogado cristal veneciano, vió fielmente reproducida la figura de su amante en ademan de internarse en la habitacion.

Una vuelta repentina y dos pasos avanzados hácia el umbral de la puerta, atrajeron como por encanto á sus pies al enamorado y tímido Guerrero. El reloj de sobremesa daba la una, despues de media noche.

—¡Quiera Dios que resuene mas grata á nuestros oidos la una del dia en que yo vuelva á postrarme á tus

pies, Blanca divina, para cumplirte la palabra empeñada y darte con mi corazón, que ya es tuyo, la mano de esposo y la fé que por siempre te jurára! exclamó Guerrero bañando con sus lágrimas la que Blanca le estendiera para que se alzase de sus pies.

—¡No me aflijas, amante mio, en esta ocasion, en esta hora sublime! Acuérdate, dijo Blanca, del amor y de la confianza que me inspiras cuando á solas me aventuro á despedirme de tí. Tú eres el primero que pisa el dintel de mi habitacion, y hasta que tú vuelvas, ningun hombre, como no sea mi padre, osará traspasarlo jamas. ¡Dios es testigo de mis acciones y de la sinceridad de mis palabras! ¡Dios guiará tus pasos en tus arriesgadas peregrinaciones! Y, si su suprema voluntad coincide con la mia, yo seré tu esposa y le bendiciré! Tú le bendicirás tambien, cualesquiera que fuesen sus inescrutables designios, porque tú sabes que si bien es cierto que «*el hombre propone*» tambien lo es, que «*Dios dispone,*» y contra sus santas disposiciones el hombre no se ha de rebelar.

«Hablo así, Guerrero mio, porque esta noche he tenido en el teatro un funesto presagio de mi dudoso porvenir. ¡Ojalá y no se cumplan mis tristes presentimientos!

—¿Dudas acaso de mí, ángel querido? preguntó casi azorado Guerrero, á la hermosa niña de sus ojos.

—No, replicó Blanca con los suyos anegados en lágrimas, y echando una dulce y compasiva mirada sobre

su amante, á quien hizo sentar á su lado en un confidente contiguo á su mèsita de labor. No dudo, añadió la niña, ni de la lealtad, ni de la fé que me juraste tan espontáneamente, ni cabe dudar jamas del hombre á quien se quiere tanto como yo te quiero á tí; pero si, dudo de mi ventura y de la tuya, y de todo lo que no depende de nuestra voluntad. La vida y la muerte, por ejemplo. ¿Quién te garantiza á tí mi deleznable existencia? ¿Quién me responde á mí de la tuya?

«He aquí, Guerrero mio, dos eventualidades posibles, que cualquiera de ellas que viniese á acontecer durante nuestra separacion, haria inmediatamente desgraciado al que de los dos lograra sobrevivir. Supongamos, amante mio, que á mí me cupiera la suerte de morir lejos de tí, en este mismo cuarto, en esa alcoba misma, y en esa cama que ves ahora engalanada con un rico cortinaje, ¿qué seria de tí?....

—No vine, ángel mio, repuso Guerrero lleno de dolor, no vine preparado á esta habitacion para considerarla como tu última morada! Vine, si, á llorar y á buscar consuelo en tu regazo amoroso, en el trance cruel de separarme de tí: vine á decirte «¡Adios!» pensando que la esperanza de un pronto y feliz regreso, enjugaria las lágrimas que nos hace verter una necesaria y á mí ver transitoria separacion.

—Todo es necesario y transitorio en este mundo, amante mio, hasta el amor mismo que te tengo, observó Blanca, y no titubees en creerme, porque te digo

la verdad: como el aire que respiro, es para mi una necesidad el amarte; y transitoria como nube de verano, es tambien la pasion inmensa que me inspiraste cuando te vi: porque, si bien esa pasion ha de vivir conmigo, ya tú sabes que algun dia me moriré. Quisiera, sí, morir en tus brazos y de ellos volar al seno del Criador, y á eso se dirigian mis plegarias poco ha cuando tú te presentaste en el umbral de la puerta de este aposento.

—Desecha, amor mio, tan tétricos presentimientos, repuso Guerrero. Dios velará por nosotros en esta ocasion.

—Si, Dios; ese mismo Dios á quien consulté antes de amarte tan apasionadamente como te amo hoy, repuso Blanca, me dice que su divino espíritu está en tí y en mí; que tu alma es la mia y la suya, y que amándote á tí le amo á él. ¡Mira si es santo el amor que te tengo! Yo te beso y te adoro, y no por eso se empaña mi pureza: tú me abrazas y te despides de mí, y me parece que no te vas. ¿Será que tu alma es la mia?

Y Blanca y Guerrero prorumpieron en llanto y sofocados sollozos, y se estrecharon mutuamente en el corazon de entrambos. En esta disposicion permanecieron en silencio algunos instantes, mezclándose sus lágrimas y sellándose sus bocas con los labios, hasta que Guerrero enagenado y convulso, se deshizo de los brazos de Blanca y quiso comparar á la luz artificial de la bugia la semejanza de su amada con el retrato que

encerraba el medallón que llevaba en su pecho.

—Soy mas afortunado que tú, dijo Guerrero á su querida, besando una y otra vez la miniatura que tenia en la mano; conmigo vá tu imágen y ella me escudará contra las asechanzas del mundo.

—Y te fortalecerá tambien en el fragor de las batallas, si en efecto hubieras de pelear alguna vez para que la libertad triunfe en España, dijo Blanca. Ese fué mi objeto al dejarme retratar para que tú llevaras siempre contigo esa frágil memoria de la mujer que el cielo ha criado para ser tuya y de Dios. ¡Vé, Guerrero mío! ¡vé y redime á tu patria de la tiranía y de la superstición! ¡Sírvela como á tu madre, y vuelve pronto con el laurel de la victoria á coronar la sien de la que al pié de esta santa cruz jura ser tu esposa!!!...

Y Blanca volvió á caer de rodillas en la tarima de palo santo, ante el crucifijo de marfil, sostenida de la mano de su amante, que al concluir el juramento la ayudó á levantarse, la besó mil veces raras, la estrechó contra su pecho y luego la dejó, bañada en lágrimas, en la soledad de su dormitorio, reclinada en un sillón.

Guerrero gravemente agitado, y casi fuera de sí, se retiró del aposento de su amada y se dirigió otra vez por el oscuro corredor á su propia habitacion, á esperar que amaneciera, y á que Bonet le avisara que era tiempo de partir.

Blanca, al verse ya sola y desaparecida de Guerrero,

se entregó libremente al dolor de tan cruel separacion y se arrojó sobre la cama para ahogar los sollozos y las lágrimas con los blandos almohadones que la servian de cabezal.

Guerrero, menos abatido, daba pasos vacilantes é inciertos á lo largo de su cuarto de dormir, parándose de vez en cuando delante del bufete en que la luz artificial daba ya muestras de quererse extinguir, y sacaba del pecho el medallon de oro, y besaba la efigie de su querida Blanca, y exclamaba con sentidísimo dolor:

¡Cuanto nace de sus labios es, cordura!
¡De su lengua discreta cuanto mana,
Es todo, PIEDAD! ¡AMOR! ¡DULZURA!

y volvía frenético á besar el retrato una vez, y otras veinte, antes de volver á guardar en su seno aquel tesoro inestimable, de estéril, pero con soladora, recordacion.

Ni un solo pensamiento lividinoso, ni una sola idea torpe ó criminal había ocurrido á la mente preocupada del ex-coronel de artilleria, ni venido á empañar la luciente pureza del pecho virginal de la hermosa Blanca en el aniego trance de aquella nocturna y postrera separacion. Ambos se profesaban un amor casto, sagrado, inmenso; un amor que solo pudiera extinguirse con la muerte de los dos enamorados; pero que aun entonces sobreviviera mezclado con el fluido imperece-

dero del alma, que es inmortal, y una sola, con la esencia de Dios.

Por eso Blanca, al separarse de Guerrero y al recobrar un poco de su angustioso y solitario padecimiento, se incorporaba en el lecho del dolor, y apoyada en los húmedos almohadones que sus lágrimas habían saturado al ahogar sus sollozos, decía:

—¡Mi amor será eterno como la esencia divina del Criador! ¡En su inmortalidad hallará mi alma su consuelo! ¡El cuerpo mio es la *urna* frágil y deleznable en que se encierra la antorcha de mi felicidad! Si la *urna* se quiebra, la *urna* perecerá, pero mi dicha será eterna! ¡Guerrero es mio! ¡Y mio, por siempre!!!

Y Blanca volvía á sollozar y á ahogar sus lágrimas en los cabezales mojados del lecho del dolor.

Guerrero paseando y discurrendo en su aposento, se fortalecía á su vez con metafísicas reflexiones.

—Nadie nace, ni nadie muere, decía en su estraña exaltacion, organizado para aspirar y respirar ese fluido que el vulgo llama *vida*; todos hemos venido al mundo dotados de sensualidad y de sensibilidad. El *sensualismo* es el privilegio natural de la materia organizada; la *sensibilidad* es la participacion de la *esencia* con Dios; es el alma idéntica del CRIADOR, es la vida eterna... Y si mi amor á Blanca es tan puro, tan intenso, que en nada afecta mi cuerpo y solo destroza mi alma, ¿porqué no he de encontrar consuelo en la base perdurable de mi felicidad?....

El reloj de la repisa de la chimenea daba las cinco de la madrugada, y Bonet dos golpes repetidos en la puerta del cuarto de su amo, antes de levantar el pestillo para despertarle y presentarle un ligero desayuno, cuando Guerrero acababa de pronunciar la última sílaba de su triste y metafísico monólogo, para responder al llamamiento puntual de su ayuda de cámara.

—¡Adelante, Bonet! exclamó Guerrero.

—Señor, buenos días. Ya es hora, dijo el criado, de vestirse y recoger lo poco que queda aquí del equipaje. El caballo está ya ensillado y comiendo el pienso en la caballeriza, mientras vd. come esas tostadas y sorbe una taza del mejor *té verde y pólvora de cañón* que tiene la señora vizcondesa de Gaville, en la gabeta de la China, en su cuarto de dormir.

Alphonsine me lo trajo anoche de su parte para vd. y aquí está, en esta cajita de *Chacarandu* emplomada, como cosa de media libra, para el camino, donde sin duda escaseará el artículo; y no sea que en Molins de Rey se la entregue vd. á la criada del meson, porque no sería extraño que creyendo que son lentejas de la India, le hiciera á vd. con las hojas del té una sopa de agua, aceite y ajos fritos, como le sucedió al señor inglés con quien yo vine de Madrid á Cataluña, antes de entrar á servir con vd.

—Dale las gracias por todo á la señora vizcondesa, de mi parte, cuando la veas, y manda que saquen el

160

JOSEFINA

caballo al zaguan , donde tú me esperarás para tenerme el estribo.

A las seis en punto Guerrero montó en su ligero corcel, á presencia del portero y otros criados de la casa; y Blanca, que al rumor de las pisadas se habia asonado furtivamente á una pequeña ventana que daba al patio de la casa, vió al traves de la celosía salir piafando al hermoso alazan en, que cabalgaba el afligido é inocente autor de sus ulteriores desventuras.

CAPITULO XX.

SITUACION DE ESPAÑA.

«VALOIS regnait encore, et ses mains incertaines,
De l'Etat ébranlé laissaient flotter les rênes:
Les lois étaient sans force, et les droits confondus;
Ou plutôt en effet, VALOIS ne regnait plus.»

(**LA HENRIADE** *Chant. 1.^o*);

Trece dias despues de haber salido de Barcelona entraba Guerrero á las cuatro de la tarde en un coche inglés tirado de seis mulas manchegas, enjanzadas á la española, y á paso de tortuga por la régia puerta de Alcalá á la coronada y siempre heróica villa y corte de Madrid; no sin haber besado á su paso por Zaragoza la peana de plata de la santísima Virgen del Pilar, ni que le hubiesen aliviado los ladrones del peso de las menudas medallas de oro que llevaba en el bolsillo del cha-

leó, dentro de una gandalla de torzal de seda verde, una hora despues de haber salido á las doce de la noche del poblachon de Calatayud, donde se le quedó olvidada ó trasconejada tambien la cajita emplomada en que iban los restos aromáticos de la memorable media libra de *Té verde y pólvora de cañon*; ni haberse soplado entre pecho y espaldas, con su correspondiente azucarillo, un enorme vaso de agua cristalina y fria, de la famosa fuente del Berro, al hacer un pequeño alto el coche en la venta del Espiritu Santo, para que las mulas galopasen con mas brio al pasar por la Puerta del Sol.

Todos, ó mejor dicho, uno solo de estos percances, el de las cercanias de Calatayud á que entonces estaba, como ahora está aun, espuesto todo hombre de bien que viaja por su cuenta y riesgo en nuestra ibérica península, habian escurrido la hacienda y mermado el peculio de nuestro ex-coronel de artillería, á punto de quedarle muy poco dinero en el bolsillo, cuando tomó alojamiento en el parador y hostería de la calle Ancha de Peligros.

Era tal la afluencia de forasteros á la capital de España en aquella ocasion, y tan pocas las fondas en que hospedarse, que el parador en que vivia Guerrero parecia un panal de rica miel, segun estaban de mugre sus innumerables y pequeños aposentos, y la cantidad de individuos é individuos que de dia y de noche poblaban aquel dulcísimo, pero inmundo y carísimo colmenar.

La reciente boda del infante don Franciscio de Paula con la infanta de Nápoles, doña Luisa Carlota, y las próximas y terceras nupcias del monarca católico con la princesa de Sajonia, doña Amalia, habían atraído á Madrid cuanto hubiera de mas florido y granado en las provincias, y la posada y los comestibles costaban, como suele decirse, «un ojo de la cara.» De modo y de manera que para vivir en la corte era menester quedarse tuerto, ó morirse de hambre si uno queria lucir sus dos luceros del alma.

Guerrero lo conoció despues de pasar la primera noche en aquel camaranchon donde los insectos que chupan la sangre humana, y el perfume de las chuletas asadas á las parrillas en la puerta del parador titulado *de Zaragoza y Barcelona*, mezclado con el que exhalaban unos carruajes nocturnos que á deshora estuvieron parados junto al mismo balconcillo de su aposento, no le habían dejado dormir, y apenas amaneció, al siguiente dia, se botó á la calle á tomar lenguas y una laza de café con leche, y un mollete caliente, en el café de Lorencini.

—¡Mozol! exclamó al entrar en aquel salon de columnas el amante de Blanca de Gaville, sacando á hurtadillas el retrato de su amada y besándolo muy de prisa para que el coime del billar que estaba inmediato no lo notara é hiciera sobre ello comentarios con el muchacho que iba á servirle el desayuno.

—¿Qué manda *Usia?* replicó preguntando el muchacho desde el mostrador.

—¿Café! y los periódicos de la capital, dijo Guerrero.

—¿Con leche, pan y manteca? preguntó el criado.

—Sí, y pronto que tengo prisa; dijo Guerrero.

—Y periódicos, ¿cuál de los dos? volvió á preguntar el cafetero.

—La *Gaceta* y los demas que haya en casa.

—La *Gaceta* no vino aun, pero aqui tiene *Usia* el *Diario de Avisos*.

—Venga, pues, y el café por añadidura. ¿No hay otros diarios en Madrid?

—Y ¡gracias! que pueda *Usia* leer el de Avisos, replicó el muchacho sirviéndole el desayuno y dándole el periódico del día.

Guerrero se puso á leer y almorzar á un mismo tiempo, y cuando llegó á la seccion de anuncios, vió uno que decia: «En la librería de Brun, gradas de San Felipe, está de venta el árbol genealógico y cronológico de los reyes de España, desde la fundacion de la Monarquía Goda hasta nuestros tiempos, por el coronel de artillería don José de Herrera Dávila, etc., etc.»

Al encontrarse tan inesperadamente con el nombre y apellido en letras de molde de uno de sus mas antiguos compañeros de armas y colegio, despachó el ex-secretario del vizconde de Gaville, el almuerzo como despacha la misa en Domingo el sacerdote que la dice para los católicos perezosos en la iglesia del Buen Suceso, en la Puerta del Sol á las dos de la tarde; y aunque no eran mas que las ocho de la mañana cuando Guerrero

leyó el *Diario de Avisos* en el café de Lorencini, en un día de calor del año de 1849, no por eso andubo remolón en pagar al mozo la peseta del almuerzo, el cuartillo de gratificación, y en echar á correr hácia la librería de Brun, donde le digeron que el coronel Herrera Dávila vivía en la calle de la Montera, y le dieron las señas y el número de la casa. Como las nueve serían de aquella calurosa mañana cuando Guerrero dió con la morada de su íntimo amigo.

—¡Pepe! ¿tú por aquí, plantando árboles cronológicos en el jardín de Anuncios de los diarios de Madrid? Esclamó el dimisionario vice-cónsul de Francia, al abrazar al coronel cronista y arbolista genealógico de los reyes Godos, Católicos y Romanos de España, en un saloncito lleno de libros, papeles, mesas y tinteros del cuarto en que vivía el amigo del amante de Blanca de Gaville.

—Sí, chico; aquí me tienes, y espero poderte servir, repuso Herrera Dávila. ¿Y tú? dime ¿Cuándo has llegado?

—Hace dos días y una noche no mas que estoy en la corte, y tú eres el primer amigo á quien por la casualidad de leer esta mañana el *Diario de Avisos* he podido encontrar, respondió Guerrero, y luego añadió: ¿y Llinás? ¿y Valdes? ¿dónde los encontraré?

—Llinás vive en la calle de Fuencarral, número 6, cuarto entresuelo, repuso Herrera, y de Valdés no puedo decirte mas sino que no habiendo podido probar

la limpieza de su sangre azul no le han querido admitir en el cuerpo de Reales Guardias de la persona del monarca; pero esto ha sido para él una fortuna, porque en cambio está en moda en Madrid y es el embeleso de las mujeres de alto coturno, el susto perenne de sus encopetados maridos, y sirve de figurín á todos los sastres de la capital de la monarquía si han de tener parroquianos en el gremio de los grandes de España y gentiles-hombres de S. M. No te diré, Guerrero mio, donde vive, porque Valdés es como Dios; está en todas partes: en los teatros, en los paseos, en los cafés, en las teriulias, en los bailes, verás á Valdés, te hablarán de Valdés, y harán que te vistas y calces á lo Valdés, y si puedes, te aconsejo que vivas á lo Valdés, porque es cómodo en extremo variar de cocinero todos los días de la semana, y comer el domingo con Juan Pino-hermoso, los lunes con Perico Osuna; los martes con Paco Alcañices; los miércoles con Bernardino Frias; los jueves con don Narciso de Heredia; los viernes con Cárlos Casa-Irujo; y los sábados con Pancho Armenteros, el baron de Kessel, los hermanos Prat y otros habaneros paisanitos suyos en la calle de Alcalá. En suma, Valdés es en Madrid lo que Mr. Brumel era en Londres. Brumel, inventó las corbatas blancas almidonadas entre los ingleses, y Valdés los sombreros blancos y las levitillas cortas entre los pisaverdes del prado de Madrid.

No me parece mala ventura la suya, dijo entonces Guerrero á su compañero Herrera, y mucho mas me

alegrára dar con él por esas calles de la capital.

—No te apures que tú le encontrarás, observó el cronólogo coronel de artillería: cuando veas á un jóven alto, buen mozo, de pelo negro y rizado, enjuto de pantorrillas, pero elegante y bien parado, con sombrero á la Bolívar y levita á medio muslo, de color verde manzana con cuello de terciopelo negro, antes de las tres de la tarde en verano, abalázate á él y abrázale de firme; y si por la tarde vieses bajar al Prado al mismo hermoso doncel con camisa muy planchada, guante de cabretilla, casaca negra de faldon largo y estrecho, con sombrero de castor, abrázale, no titubees ni lo dudes; ¡aquel es tu amigo Valdés!... y le conocerás mejor por el lente sin cristal que se aplica al ojo derecho, y por las señas que hace á las solteras, á las viudas y casadas de la alta aristocracia madrileña, que pasean en el Prado desde la Cibeles á la fuente de Neptuno.

—¡Gracias, Pepe amigo! ¡Gracias por las señas de Manolo que me has dado! Yo haré por verle y encontrarle; pero dime ahora con formalidad, ¿qué tenemos de política? ¿qué hay de nuevo? ¿qué sucede en España?...

—¡Hombre! grandes novedades, respondió Herrera Dávila; y si he de decirte la verdad, me parece que se acerca el día de la revolucion, y que el absolutismo está dando en España las últimas boqueadas. Fernando VII es rey puramente de nombre, y su autoridad no pasa del recinto de Madrid. Aquí no hay leyes, ni derechos que valgan; el capricho y el favor han confundido

las gerarquias, y ya nadie manda ni tampoco hay quien obedezca. El ejército todo está por la libertad, y la division espedicionaria que se halla en Andalucía, tiene gente buena á la cabeza; de modo que pronto hemos de esperar algun cambio político, favorable á la causa nacional. El pretexto con que se han reunido aquellas tropas en Andalucía, es la guerra de América, pero me parece que no se embarcarán y habrá una que suene el dia menos pensado.»

En efecto: nuestras colonias de Ultramar habian intentado la obra de su independenciam y emancipacion de la metr6poli, siguiendo en mayor escala el ejemplo que en 1808, les dieron las provincias de nuestra ultrajada península; y como el sistema federal de juntas provinciales de armamento y defensa á cuyo favor nosotros sacudiéramos triunfantes el yugo de Napoleon Bonaparte, les aprovechara para modelar su revolucion y sacudir la coyunda de los vireyes de Fernando VII, fué menester que el gobierno se apercibiera á los combates que en aquellas regiones sostenian ya sin fruto las huestes españolas, mandadas por Morillo, Laserna, Canterac y otros caudillos.

Con este esclusivo objeto se reunió una fuerza militar considerable en 1819 en la isla de Leon, destinada á embarcarse para nuestras antiguas colonias del continente de la América meridional, y el gobierno confirió el mando superior en gefe de aquellas tropas al teniente general don Enrique O' Donell, conde de La Bisbal.

Este gefe, de concierto con su segundo en el mando, el general don Pedro Sarsfield y los oficiales de su estado mayor, y gefes de los cuerpos, don Felipe Arco Agüero, don Evaristo San Miguel, don Antonio Rotten; García el Fraile, don Demetrio O' Dally y don Antonio Quiroga, habian proyectado el modo de atraer á Fernando VII al cumplimiento de sus reales y solemnes promesas hechas á la nacion en el año de 1814, proclamando nuevamente la Constitucion politica de la monarquía, y todo estaba ya preparado para llevarlo á efecto, cuando el mismo general en gefe don Enrique O' Donell, por una de aquellas anomalias inconcebibles pero frecuentes en España, reveló el plan del alzamiento, que el mismo combinára á la corte de Madrid.

El dia 7 de julio de 1819, recibió O' Donell durante la noche un correo de Madrid portador de instrucciones del rey y de su ministro de la Guerra, y enterado de su grave contenido, dispuso que su ayudante de campo, don Nicolas Krucker, pusiese sobre las armas todos los regimientos de la guarnicion de Cádiz, que formaban parte de la division espedicionaria. El general en gefe O' Donell les habló entonces á nombre del rey, para que le obedeciesen, y les ofreció que sino le abandonaban en aquella ocasion, no se embarcarian para América.

Los soldados unánimemente aceptaron la propuesta y oferta del general, tanto por la repugnancia que tenían de alejarse de sus hogares, cuanto porque ya conocian lo infructuoso de una espedicion, cuyo aparente

objeto, era asegurar la dominacion en América de un gobierno desacreditado en Europa, y cuya caída los menos previsores la veian próxima é inevitable. Bajo tales auspicios salieron de Cadiz para el puerto de Santa María á las once de aquella noche, las tropas de aquella guarnicion.

Al amanecer del día 8 de julio, llegaron al campamento de las demas tropas expedicionarias, situado en el Palmar ó campo de Eguia, donde tambien por un movimiento rápido y convergente, llegaba al mismo tiempo, por órden de O' Donell, el general Sarsfield á la cabeza de dos regimientos de caballeria procedentes de Jerez, los que reunidos con la infanteria de la guarnicion de Cadiz, sorprendieron los regimientos que debian haber proclamado la Constitucion durante las manio-bras diarias que hacian en el campo del Palmar, y prendieron á todos los oficiales iniciados en el plan del pronunciamiento fraguado y alentado por el Conde de La Bisbal.

Arco-Agüero, Garcia el Fraile, San Miguel, Rotten, O' Dally y Quiroga fueron puestos en seguridad y confinados á varios castillos, y O' Donell fué condecorado con la gran cruz de Cárlos III por su celo y adhesion aparente á la causa del absolutismo.

Empero, estos inesperados contratiempos no hicieron dèsmayar á los hombres verdaderamente afectos á la causa constitucional. Cuanto mas Fernando VII se obcecaba en mantener su poder despótico y el influjo

tiránico de sus consejeros, tanto mayor era el número de los partidarios de la libertad, y todos los españoles, ora por medio de las sociedades secretas, ora por el de comunicaciones reservadas con los mismos gefes y oficiales presos en los castillos y otras cárceles, concertaban planes para llevar á efecto un pronunciamiento vastísimo, y en todas las clases de la sociedad la revolucion adquiria nuevos prosélitos: en una palabra, los combustibles para {una conflagracion general estaban hacinados hasta en las mismas secretarias del despacho del Estado, y aun en los mismos salones del real palacio de Madrid.

Cinco años habian trascurrido ya desde que Fernando VII ofreció á los españoles una Constitucion análoga á sus costumbres y necesidades, y desde entonces mas parecia el monarca estar obcecado en reusarles la garantía de los derechos que la naturaleza, y la dignidad personal aseguran al hombre en sociedad.

Fernando VII se hallaba á fines del año 1819 en una situacion verdaderamente estraña: sus súbditos le aborrecian, su ejército le abandonaba, y podia muy bien compararse á Ricardo III de Inglaterra, cuando poco antes de morir peleando contra sus vasallos, esclamaba:

A horse! a Kingdom for a horse!

Colocado Fernando VII por su elevada posicion al frente del pueblo español, parecia que todos los dardos de la venganza, provocada por sus pérfidos conseje-

ros, iban á embotarse en su endurecido pecho; y como el roble, cuya poblada y orgullosa cima dominando los demas árboles de la floresta atrae la borrasca, así Fernando VII atraía sobre sí con su obstinacion los rayos de la tempestad que rugia sobre su cabeza.

Y como los gobiernos absolutos en el siglo XIX son un verdadero anacronismo rechazado por la razon y por el entendimiento, así el gobierno de Fernando VII, que desconoció hasta los mas triviales rudimentos de su propia conservacion, se encontró solo y aislado en los momentos del peligro, teniendo que optar despues entre concesiones del trono al pueblo que solo la violencia hubiera podido arrancarle, ó un arrepentimiento tardío, que las circunstancias hacian vano é infructuoso.

En esta posicion lastimosa y degradante habian puesto al rey sus consejeros, y si el trono recuperó su esplendor, y el pueblo sus perdidos derechos, obra fue de la necesidad y no del agradecimiento del monarca, á quien debieron haberle unido con sus leales súbditos, vínculos indisolubles de amor y de justicia.

A Guerrero no se le ocultaba la situacion de España, y conocía que el hacer uso de las cartas de recomendacion que le habia confiado Josefina para el confesor del rey, hubiera podido acarrearle un compromiso y atá-dole las manos para poder obrar en favor de la libertad. Así fué que se determinó á conservarlas sin presentarse al canónigo don Víctor Saez, ni á ninguno de los

hombres que entonces gozaban de mucho valimiento en la corte, y pensó en ver antes á sus amigos Llinás y Valdés, para arreglar con ellos el modo de vivir juntos y salir lo mas antes que pudiera del parador de la calle Ancha de Peligros.

Llinás, á quien encontró en su cuarto entresuelo de la calle de Fuencarral, número 6, haciendo preparativos de marcha para Segovia al salir de la casa de Herrera Dávila, no solo le confirmó todo lo que este le había dicho de las tropas de Andalucía y de Manolo Valdés, y de lo bien que este lo pasaba en la corte con el auxilio de sus nuevos amigos, especialmente el de dos hermanos que servían en la Guardia Real, llamados don José y don Bruno Prat, jóvenes americanos de aquellos que se llamaban entonces en España muy acaudalados porque tiraban el dinero delante de las gentes, por mas que en casa y cuando nadie lo veía gastasen tal parsimonia y escasez que casi parecían tacaños y avaros, sino que le propuso ir con él en busca de Valdés y á almorzar juntos en la *fonda de Perona*, nombradísima entonces por sus bien condimentados calamares y la abundancia de caza y frescos mariscos que se comían en ella á precios algo subidillos.

En efecto, á las once de la mañana de aquel venturoso dia, entraban en un cuarto segundo de la calle de Preciados junto á la de Peregrinos, y Guerrero abrazaba á su querido Valdés, que si bien estaba aun en la cama porque había trasnochado y vivía en la corte co-

mo una especie de *caballero de Faublás*, no por eso habia de ser menos útil al ex-coronel de artilleria, prohibándole en su habitacion y haciéndole participe de todas sus aventuras amorosas, percances de salon, y del favor y valimiento que tenia con los grandes de España y otros magnates de la capital.

El aspecto del cuarto segundo de la calle de Preciados en que vivia Valdés, era á todas luces el de una de esas casas de Madrid en que los huéspedes por el cuarto con asistencia ó sin ella, que viene á ser lo mismo, pagan cuando pueden, seis reales diarios, y sino pueden, la patrona suele darles dimisorias y ponerles de patitas en la calle.

En una alcoba inmediata á la de Valdés se veia otra cama ocupada por otro individuo que Guerrero calculó debia ser muy su amigo, pues las dos alcobas tenian entrada por la misma sala que les servia de salon, de comedor, de guarda-ropa, despacho, lavatorio y tocador. Una mesa de caoba algo descascarada y de antiquisima construccion, daba á entender por el desorden de los platos sucios y vasos á mitad llenos de vino, que en aquella casa se habia cenado sin ceremonia y pocas horas antes de que Guerrero se desayunara en el café de Lorencini: otra junto al balcon cubierta de bayeta verde y de papeles, parecia servir de bufete á los huéspedes para escribir, y unas navajas de afeitar, y un espejo de medio cuerpo sobre un lavatorio de pino, indicaban que aquel era el tocador.

—¡Juan! exclamó Valdés, llamando al amigo de la alcoba inmediata.

—¡Ole! ¿Qué hay? preguntó respondiendo el soñoliento vecino y estirándose como para sacudir el sueño.

—Ya tenemos aquí al amigo Guerrero, de quien tú tienes ya noticia por lo mucho que te he hablado de él. Es de los nuestros, y desde hoy ya somos tres en esta casa, observó Valdés saltando de la cama en paños menores, atusándose los rizos delante del espejo con el peine y el cepillo y dando un fuerte campanillazo con la campanilla del tintero de metal que estaba sobre la mesa verde.

A esta llamada, y mientras vibraba aun el sonido de la campanilla en los oídos de Guerrero y de Llinás, entró el aguador de la casa con sus esarpines de siete suelas, presentó á Valdés dos billetes de lunetas principales para la función de la noche en el teatro del Príncipe, y recibió órdenes de su amo para dejar antes de acostarse sobre aquella descascarada mesa de caoba, una libra de escabeche de besugo, tres panecillos largos, cuartillo y medio de vino, un botijo de agua en el balcon, la bujía y alguna pajueta en la mesa del recibimiento juntamente con las targetas de los visitantes que hubiesen tenido la bondad de introducir las por debajo de la puerta, y el aguador de alzarlas al entrar con la cuba; ya sabía el buen Farruco que eran cosas que había de hacer diariamente sin que su amo se lo mandase.

Aquella no era casa de huéspedes, aunque bien lo parecía, y por esto no había ni ama ni doncella, sino el buen gallego que hacía los recados y demás menesteres de los inquilinos, amen de servirles el agua líquida que necesitaban de la fuente de Capellanes.

Aquel ¡Juan! de la alcoba inmediata á quien Valdés había llamado para anunciarle el ingreso en aquella casa del amigo Guerrero, era nada menos que todo un grande de España de primera clase, el Excmo. señor don Juan Roca de Togores, hoy conde de Pino hermoso, con todas sus Campanillas *del toison, et sic-de ceteris*.

En el curso del día, el aguador subió otro catre de tijera bastante limpio, con su correspondiente colchon, almohadas y sábanas de alquiler, que solia facilitarles un prendero del cuarto bajo, y con ese sencillo aumento de muebles, se instaló Guerrero en la misma alcoba de Valdés, quedando en comunidad de bienes y aventuras, perfectamente alojado, aquel singular y plural triunvirato.

Valdés y su amigo Juan se vistieron de trapillo en pocos minutos, se pusieron sus *levitines verdes* de corto faldon y sus sombreros blancos *á la Bolivar*, y juntos los cuatro compañeros de alinuerdo se dirigieron por la Puerta del Sol á la calle de Alcalá donde estaba *la fonda de Perona*. Allí celebraron con *Champagne* y *ostras frescas* la feliz llegada de Guerrero á la corte y su instalacion en el cuarto segundo de la calle de Preciados, donde fué trasladado el equipage del amante de Blanca desde

el parador de la Ancha de Peligros, aquella misma tarde.

Así pasaba los días, las semanas y los meses, el triste y enamorado ex-coronel de artillería, recibiendo de vez en cuando, por conducto de la embajada de Francia en Madrid, cartas amantísimas de su querida Blanca, incluidas otras cariñosísimas de la vizcondesa de Gaviile, de Sofía y de madama de Saint-Pierre, que solían darle cuenta de la vida de Josefina de Comerford y de su larga residencia en Sarriá; asistía á los paseos, á las tertulias, teatros y saraos, con sus amigos y cohabitantes del cuarto segundo de la calle de Preciados, y visitaba por lo regular al duque de San Fernando y de Quiroga dos veces cada semana, y en momentos en que el buen señor ya preveía cómo inminente un cambio político en la Península.

Por fin FERNANDO VII. se casó en setiembre de 1819 con la princesa AMALIA de Sajonia, nueve meses después de haber enviudado de ISABEL de Braganza; pero no por eso la corte de España aumentó ni su esplendor ni su prestigio, ni la régia boda fué tampoco parte á que cambiase en nada el sistema de gobierno que regia entonces en esta nación desventurada.

Los habitantes de Madrid vivían en el marasmo, sin saber á punto fijo lo que pasaba en las provincias, y todo el mundo esperaba por instantes el estallido de la revolucion en sentido liberal.

Pero faltaba un rasgo congenial de la tiranía del go-

bierno de Fernando VII para manifestar en toda su fealdad la perfidia de sus consejeros, y faltaba un acto de atrocidad, ageno á la política, para patentizar mejor que no solo eran víctimas de su saña los patriotas, á quienes se sacrificaba en los cadalsos como enemigos del Estado, sino que la crueldad y la sed de sangre buscaban tambien para saciarse otras fuentes menos fecundas, bajo el pretesto hipócrita de moralidad y buenas costumbres.

Aquellos hombres sin pudor, que vivian encenagados en el vicio y en el libertinaje, aprovecharon el singular incidente ocurrido en el mes de diciembre de 1819 entre la muger de un picador ó caballerizo de la casa del marqués de Alcañices, y un sargento de la Guardia Real con quien aquella fingida Elena tenia relaciones intimas de amorio.

Los dos amantes acompañados de un tercero, que era un escribiente auxiliar del ministerio de la Guerra, jóven morigerado, instruido y de calidades que sus gefes ensalzaron en vano para sustraerle de las manos del verdugo, hubieron de tener una pendencia promovida por los celos en un punto, contiguo al paseo del Prado, llamado el Altillo de San Blas; y como en aquel momento, que serian las siete de la tarde llegase allí una patrulla de tropa, y prendiese á los tres individuos, y la virtuosa muger del caballerizo no hallase otro efugio para poner á cubierto su dudosa reputacion á los ojos del marido, á cuya noticia pu-

diese llegar aquel suceso, acusó al sargento y su compañero el escribiente ausiliar, de un rapto criminal violento, de cuya acusacion vió el público de Madrid los sangrientos efectos á los quince dias justos de la perpetracion del supuesto delito.

El malhadado sargento y el desventurado escribiente del ministerio de la Guerra, fueron inhumanamente pasados por las armas en el mismo attillo de San Blas sin que pudieran evitar aquel acto de sangrienta crueldad ni las recomendaciones de todos los cuerpos de la guarnicion, ni los buenos antecedentes de los infelices calumniados, que constaban de sus hojas de distinguidos servicios prestados al trono y á la patria, durante la guerra contra los franceses.

Con este acto de atrocidad terminó, por entonces, el reinado despótico de Fernando VII y la arbitrariedad de sus consejeros, para comenzar una nueva era de gobierno representativo, bajo el régimen constitucional, seis años antes abolido como incompatible con los instintos del rey absoluto, y de las clases privilegiadas que rodeaban el trono salpicado con la sangre inocente de sus súbditos mas leales.

CAPITULO XXI.

LA REVOLUCION.

Then vvas thé evil day of tyranny!
Of Kingly and priestly tyranny,
that bruised the nations long...

Tho'loud of freedom vvas the talk of ali.

(POLLOCK, *S Course of time, Book III.*)

Muy reducido habia quedado el bando absolutista y teocrático que desvirtuaba el trono de Castilla á fines de diciembre de 1819: y ni Valdés, ni Guerrero, olvidaban sus compromisos en medio de la vida, que llamaríamos calaberesca y disipada, que llevaban en la corte, pues no faltaban casi nunca á la logia masónica de la calle del Barquillo, ni tampoco á la de señoras del Oriente escocés, que tenian sus sesiones femeniles en la calle de la Puebla Vieja, junto á San Antonio de los Portu-

gueses, presididas por la señora del general Palafox; porqué por aquel tiempo era de rigor y del mejor tono y buen gusto el ser mason, y pasar por liberal en todos los salones aristocráticos de Madrid, cuando estalló en 1.º de enero de 1820, el gran pronunciamiento militar de la Isla de Leon.

Los Quirogas, los Riegos, los San Migueles, los Lopez Baños, los Arco-Agüeros, los O'Dallys y los Galianos, salieron de sus encarcelamientos unos, otros regresaron de su emigración, y todos obedeciendo á un mismo impulso proclamaron la Constitucion política de la monarquía, cuyo grito resonó casi en el mismo dia en todos los ángulos de la Peninsula.

Tan pronto como se supieron en Madrid las noticias, el rey mandó una fuerte division del ejército bajo las órdenes del general Freyre para operar contra los constitucionales de la Isla de Leon. Estos fueron pronto circundados por ella, incluso el general Quiroga que se puso al frente del ejército libertador.

El teniente coronel don Rafael del Riego salió de la Isla de Leon mandando una columna de tropas constitucionales, que se componia de unos 1200 combatientes, cuyo gefe de estado mayor era el intrépido y prudente don Evaristo San Miguel. El objeto de esta pequeña columna móvil, era el de explorar las provincias de Andalucía, y ayudar en ellas á proclamar la Constitucion política de la monarquía.

Pero Freyre destacó varias brigadas en persecucion

de Riego, quien dirigido por los prudentes consejos de San Miguel y confiado en el heróico valor de sus soldados, sufrió y resistió con denuedo extraño, todos los ataques que en varios puntos de su peligroso tránsito le dió el enemigo.

Las enérgicas alocuciones de Riego á su pequeña columna, enardecian el entusiasmo de sus soldados á un punto que rayaba en patriótico frenesí, y de esta manera inspirados sobrellevaban las fatigas y los riesgos de aquella corta, pero gloriosa campaña, venciendo obstáculos que parecerian hoy de todo punto superiores á sus extraordinarios esfuerzos.

El dia en que Riego acometiendo con los suyos tan atrevida empresa salió de la Isla de Leon, el general en gefe de las tropas del rey absoluto llegó al puerto de Santa María con fuerzas muy considerables de caballería é infantería, y habiendo sabido la direccion que llevaba la columna de Riego, destacó en su seguimiento un cuerpo de caballería, bajo el mando de uno de sus mejores subordinados, el gefe de brigada don José O'Donell, hermano del conde de La Bisbal.

Al siguiente dia, Riego con su pequeña division, entraba triunfante en Véjar entre aclamaciones del pueblo y repique de campanas de aquellas iglesias; y habiéndose proclamado y publicado allí la Constitucion, siguió su camino por los desfiladeros inaccesibles de Arrentin y Ojen, llegando á Algeciras despues de dos dias de penosas marchas. Las muestras de júbilo y alegría de

aquellos habitantes fueron un prelude feliz del efecto mágico que la columna de Riego produjo con su presencia en el campo de San Roque, cuyos moradores son eminentemente liberales.

Pero la consideracion de la poca fuerza que acaudillaba Riego y la proximidad de las muchas tropas de Freyre que le amenazaban, hizo decaer los ánimos por entonces, y Riego tuvo que permanecer en Algeciras algo mas de lo que deseaba, por las circunstancias que no estaba en su mano remover, y porque recibió órdenes de su gefe Quiroga, para regresar inmediatamente á la Isla de Leon con la mayor cantidad de provisiones que pudiese recoger.

Con este motivo la columna del patriota Riego salió de Algeciras, dirigiéndose nuevamente á Véjar, pasando la noche acampado en las alturas de Ojen: al amanecer se presentó el enemigo en las llanuras de Taibilla, sus columnas ocupaban los flancos del camino y constaban de unos 800 caballos prontos á maniobrar con ventajoso resultado sobre un puñado de valientes de infantería, única arma de que se componia la columna de Riego. No por eso se intimidó el noble caudillo, cuyas virtudes civiles y militares serán siempre dignas de eterna memoria; al contrario, arengó á sus soldados, los formó en columna cerrada para sostener las cargas de la caballería de O'Donell, y cubriendo la retaguardia de los suyos con dos compañías de cazadores, y otras dos flanqueando la masa en guerrillas, avanzó con denue-

do y serenidad á recibir sus adversarios con las puntas de las bayonetas.

Conociendo el brio y fogosidad de los caballos españoles, y que son por lo comun asustadizos, mandó reunir las bandas de tambores y tocar un estrepitoso cacaluerda ó paso de ataque á medida que los escuadrones de O'Donnell cargaban sobre su pequeña fuerza, y el ardid tuvo tan feliz resultado, que evitó su derrota y la efusión de mucha sangre, que era el objeto principal de Riego.

En aquel momento el aire resonaba con los gritos patrióticos de ¡viva la Constitución! y al compas del célebre himno de guerra de don Evaristo San Miguel que cantaban los de Riego con entusiasmo;

«Soldados! la Patria

«Nos llama á la lid:

«Juremos por ella

«Vencer ó morir!

aquellos valientes, atravesaron la llanura que tiene un diámetro de dos leguas, á presencia de un enemigo muy superior en número y en arma que les contemplaba con admiración, con temor, y con un silencio elocuente, como si tuviese delante de sus ojos á unos seres superiores, guiados por el mismo Dios de las batallas.

Llegados al pie de la sierra de Arrentin, desplegaron la columna, formaron batalla, y descansando en su

puesto tomaron un momento de reposo y despues siguieron su marcha desfilando de flanco sobre Véjar, donde llegaron sin contratiempo aquella misma noche. En esta poblacion, Riego pensó seriamente en la dificultad de volver á penetrar la linea que circudaba la Isla de Leon, que se componia de seis mil hombres de todas armas, mayormente llevando un convoy de viveres como le prevenia su gefe Quiroga, porque en efecto escaseaban sobremanera en el ejército constitucional.

Los habitantes de Véjar obsequiaron con banquetes y fiestas brillantes á los soldados de Riego, y durante la comida los mismos gefes y las personas mas distinguidas de la poblacion les servian los manjares. La proximidad de un conflicto les animaba, y cuando creian llegado el momento de poder abrazar y socorrer á sus compañeros de la Isla de Leon, se encontraron ellos mismos bloqueados por masas de caballeria é infanteria que obstruian de todo punto el terreno, y cegaban los caminos por donde debieran penetrar para conseguir su intento y cumplir las esperanzas de Quiroga, satisfaciendo las necesidades de su pequeño ejército sitiado en aquella posicion.

En este estado de cosas, Riego apurado, desbandó sus soldados por las ásperas montañas, con intento de inutilizar la persecucion de la caballeria enemiga que le amenazaba, y siguió este plan por espacio de dos dias, hasta que recibió noticias de que los habitantes de Málaga, le esperaban para proclamar la Constitucion.

Entonces reunió su fuerza, y con ella tomó la vuelta de Málaga, pero al llegar á Marbella ya no pudo evitar un encuentro con las tropas de Freyre, que le perseguían sin cesar, y haciéndolas frente con denodado ardimiento, les causó una pérdida considerable. Pero á pesar de que Riego llevó la victoria en el combate, su columna sufrió tambien una baja de mas de cien hombres entre muertos, heridos, y estraviados en la fragosidad del pais, y la oscuridad de la noche que sobrevino á la batalla.

La lluvia, lo quebrado del monte y las fatigas del dia, hacian muy penosa y difícil la posicion de Riego. Sus admirables esfuerzos lograron reunir, no obstante, los dispersos y seguir su jornada por montes y desfiladeros á la ciudad de Málaga. Riego siempre al frente de sus leales compañeros, les daba ejemplo de valor y de constancia, trepando por barrancos, badeando rios, y haciéndose superior á la privacion del sueño, y del sustento necesario para alimentarse.

O'Donell con sus fuerzas le seguía á poca distancia y habia dispuesto que la guarnicion de Málaga opusiese fuerte resistencia á la columna de Riego, si se presentaba para entrar en la plaza, pero la resistencia fue vana: Riego y sus intrépidos soldados batieron al enemigo, y penetraron en la ciudad, retirándose la guarnicion sobre Velez-Málaga.

Riego fue recibido con menos entusiasmo del que esperaba, ya por ser entrada la noche, ya porque los habitantes de Málaga conocian que su permanencia en la

ciudad no podía ser duradera á causa de la proximidad de O'Donell que, con fuerzas muy superiores en número, amenazaba la poblacion cuyas calles estaban ya iluminadas con este doble objeto.

Así sucedió: al amanecer del siguiente día, varias columnas enemigas se dirigieron por los arrabales al corazón de la ciudad, Riego con los suyos tomó posicion, y resuelto á esperar al enemigo, lo escarmentó durante el día y rechazó las cargas que le daban los soldados de O'Donell con un vigor admirable. La noche cerró sobre los combatientes: Riego conservó las mismas posiciones que ocupaba durante el día; y los vencidos de O'Donell se replegaron en desorden á distancia de la ciudad, la cual quedó en el mas imponente silencio y las calles sembradas de cadáveres.

La columna de Riego no creyó, sin embargo, que debía comprometer por mas tiempo la vida y propiedades de los habitantes de Málaga, y así abandonó la ciudad dirigiéndose por el camino del Colmenar, siempre seguida por el enemigo que no osaba molestarla, y llegó despues de un día de penosa marcha á la ciudad de Antequera en un estado deplorable, y agotados todos los medios de existencia, menos el valor de que tan abundantes pruebas habia dado.

No seguros los soldados de la libertad, siguieron su marcha hácia Ronda para lograr rehacerse en la Serranía, y mantener la campaña en guerrillas, pero para franquearse el paso tuvieron que arrostrar nuevos pe-

ligros y atacar la vanguardia de O'Donell. Por fin llegaron á la ciudad y fueron proclamando la Constitucion en muchos pueblos hasta que tuvieron la célebre batalla de Moron, en la que Riego sufrió el mayor descalabro, y su columna quedó reducida á 150 hombres, pues todos los demas habian perecido ó quedado prisioneros en las muchas refriegas de aquella corta y desastrosa campaña.

En este estado era menester ó sucumbir, ó dispersarse otra vez para que cada uno buscara su salvacion. La escena mas tierna y elocuente, y que en vano la pluma quisiera reproducir, fué la separacion forzosa de aquellos valientes, que en pequeños grupos de dos, cuatro y seis individuos, se iban alejando de su inmortal caudillo, no sin abrazarlo y confundir sus lágrimas con las que involuntariamente humedecian las escuálidas mejillas del héroe entonces de la nacion.

Dos meses habian trascurrido ya desde el primero de enero de 1820 en que Riego y Quiroga dieron los primeros el grito de *¡Libertad!* en la Isla de Leon: Galicia, Estremadura, Andalucía, Valencia, Cataluña, Aragon y Navarra habian proclamado ya la Constitucion de la monarquía; y de todos los puntos de España venian á Madrid á refugiarse aquellos que no podian avenirse con el orden de cosas que simultáneamente se iba planteando en la Peninsula.

El conde de La Bisbal se hallaba tambien en Madrid, pero á pesar de sus recientes servicios al trono de Fer-

nando VII, no se le consideraba cordialmente adicto al rey absoluto, por lo que fué entonces destinado de cuartel á Barcelona, y se le intimó la orden para salir de la corte. El ofendido general se presentó al monarca para ofrecerle otra vez sus servicios en aquellos momentos de peligro, y le renovó sus protestas de adhesion. Produjeron estas su efecto en el ánimo del rey, y el general don Enrique O' Donell, conde de La Bisbal, pasó á la Mancha para organizar un cuerpo de operaciones con las tropas dispersas que se retiraban de Andalucía, y caer despues con esta fuerza que se le habia reunido, y se aumentaba con las bajas considerables del ejército de Freyre, sobre la pequeña division de Riego y de Quiroga.

El conde de La Bisbal limitó sus exigencias al ministerio de Fernando VII, á unos cuantos auxiliares que él escogió del real cuerpo de Guardias de Corps, como ayudantes de su estado mayor, y algunas sumas de dinero para las primeras atenciones del ejército que ofreció reorganizar. Conseguidos estos medios, pasó á Santa Cruz de Mudela, donde estableció su cuartel general, y organizó un ejército efectivamente con los restos del de Freyre: pero fué para aproximarse con él á la capital, proclamar la Constitucion en la Mancha, amenazar á Fernando VII y obligarle á proclamarla y jurarla tambien en Madrid.

El general Ballesteros que mandaba la guarnicion de la capital, conferenció con todos los gefes de la guardia real y unánimemente convinieron en publicar

la Constitución de la monarquía durante la noche del día 6 de marzo, para lo cual se mantuvieron todos los regimientos sobre las armas en el interior de los cuarteles, y Ballesteros fué á palacio, se presentó al rey y le dirigió en sustancia las siguientes palabras:

—«Señor, todas las provincias han proclamado la Constitución política de la monarquía: la voz del pueblo va unida á la del ejército y ambos piden libertad y todas las garantías que emanan del sistema del gobierno representativo. V. M. al prestar el juramento debido á la Constitución del Estado, se elevará sobre todos los potentados de la tierra, haciendo felices á sus súbditos.»
 «Si V. M. se negase obstinadamente á tan justa demanda, sería un grave pesar para la nación, pero de todos modos, antes de que amanezca el día de mañana, la Constitución de 1812 quedará publicada y jurada en Madrid.» —«Ahora que son las once de la noche, las tropas de la guarnición se hallan sobre las armas para dar cima á esta obra grandiosa, y solo esperan oír de mis labios la respuesta de V. M.....

El rey interrumpió á Ballesteros diciéndole:

—Si ha de ser, sea mañana: yo juraré la Constitución y seré el primero en marchar por la senda constitucional.

A las doce de aquella noche, la Gaceta extraordinaria, anunciaba á los habitantes de Madrid la determinación de Fernando VII, y sus sacramentales palabras: *«Marchemos todos por la senda constitucional: YO el primero.»*

El día 7 de marzo quedó restablecida y jurada por el rey Fernando VII la constitución de la monarquía en Madrid: se formó el consejo de Estado y un gobierno provisional hasta la reunion de las Cortes, que se convocaron para el día 9 de julio de aquel año, y salieron de la capital correos extraordinarios para todas las provincias y cortes estranjeras, con la noticia de haberse restablecido el régimen constitucional en toda la Península con beneplácito del monarca que acababa de mandar su publicacion, y de prestar el requerido juramento de observancia á la ley fundamental del Estado.

Cádiz era la única ciudad de España que estaba aun en poder de las tropas del rey absoluto, cuando se recibió en ella el día 9 de marzo la noticia del juramento prestado por Fernando VII á la constitucion de la monarquía. El general don Juan Villavicencio desde el Puerto, y el general Freyre desde Jerez, gefes de las fuerzas navales y de tierra que habian hostilizado las tropas constitucionales de la Isla de Leon, se habian replegado á Cádiz, y aunque á su entrada en aquella ciudad sus habitantes les manifestaron que no querian ser los últimos en adoptar la constitucion, esto, sin embargo, no logró inclinar á los dos generales absolutistas, á acceder á los deseos de la plobacion.

Los gaditanos no podian conformarse á las dilaciones y morosidad de aquellas autoridades, y por lo tanto iban haciendo los preparativos necesarios para la proclamacion, cuando el general Freyre señaló el dia si-

guiente 10 de marzo para solemnizar aquel acto grandioso.

Aquella noche fueron oficialmente convidadas todas las autoridades de la plaza, los cónsules de las naciones extranjeras y todas las personas notables de la ciudad para que concurriesen al siguiente día á la proclamacion y jura del código fundamental del estado que se debia verificar en la plaza de S. Antonio.

Asi esperanzado se retiró el vecindario de Cádiz anticipando aquella noche, con demostraciones de público regocijo, danzas y músicas, el momento deseado por todos de ver en aquel recinto, que siempre fue cuna y albergue de la libertad, los destellos de la justicia, del derecho y de la soberania nacional que iban á brillar nuevamente dentro de sus muros, alcázar en que aun se guarecian, con criminal y obstinada resistencia, los dos caudillos del despotismo repudiado por todos los pueblos de España, y abolido por entonces de hecho y de derecho por el mismo Fernando VII.

El juramento solemne y público de observancia á la constitucion, para el cual se hallaban convocados todos los moradores de Cádiz, tiempo hacia que cada uno de ellos lo tenia prestado ya en el fondo de su corazon, pero el acto ostensible é imponente para todos estaba fijado por el capitan general Freyre y el comandante general de la marina de guerra don Juan Villavicencio, para el dia 10 de marzo, de horrible recordacion.

Las baterias de la cortadura cesaron entonces su

fuego mortífero y constante contra las tropas constitucionales, y se abrieron las comunicaciones entre la plaza y la Isla de Leon. Los gefes del ejército liberal don Felipe Arco-Agüero y don Miguel Lopez Baños, acompañados por don Antonio Alcalá Galiano, entraron en Cádiz y fueron recibidos por el pueblo con acatamiento, con entusiasmo y con admiracion.

Sonó por fin la hora deseada de acudir á la plaza de San Antonio donde se debia proclamar la constitucion, y un gentío inmenso lleno de júbilo y confianza se agrupaba en aquel lugar, escogido por los satélites de la tiranía para dar memorable complemento á la meditada obra de esterminio á que les impulsaban sus sanguinarios instintos y sus miras de devastacion, cuando un piquete de tropas realistas al mando de un teniente llamado Recaño por un punto, y algunas compañías del regimiento de Leales, dirigidas por su coronel el señor Capacete, procedentes de los cuarteles de Puerta de Tierra, por otro, se presentaron y cubrieron las avenidas.

Tan pronto como el pueblo indefenso dió el primer grito de ¡Viva la Constitucion! las tropas de Capacete y Recaño rompieron un vivísimo fuego graneado sobre la multitud, y la plaza quedó cubierta de cadáveres.

El gentío que pudo sobrevivir al atentado de las tropas del bando absolutista, lleno de terror y consternacion, circulaba por las calles de Cádiz para eludir la furia de una soldadesca desenfrenada que saqueaba las

casas de la poblacion, y heria y asesinaba á los paisanos indefensos que encontraba por la ciudad, cometia torpes crímenes de que se resienten al nombrarlos el pudor y las costumbres.

Algunos oficiales, movidos á compasion al aspecto de aquellas vandálicas escenas, trataban infructuosamente de comprimir los excesos de la tropa del ejército realista; pero Cádiz seguia entregada á los horrores y devastacion egercida sin freno por sus bárbaros dominadores, y los generales Freyre y Villavicencio impasibles espectadores de la indisciplina y brutalidad de sus subordinados, y olvidando sus deberes y atribuciones, no hacian ningun esfuerzo para proteger y salvar al pueblo gaditano.

Arco-Agüero, Lopez Baños y Alcalá Galiano, fueron presos por los enfurecidos realistas, pero no asesinados porque el general Quiroga conservaba como rehenes en la Isla de Leon prisioneros del ejército de Freyre que hubieran sido victimas de una justa represalia, y por este medio se logró contener á los bárbaros asesinos y salvar la vida de leales patricios que inauguraban con tales padecimientos y peligros su esclarecida reputacion, en los albores de la segunda era de nuestra libertad.

El dia 11, en medio del tumulto y de la confusion de aquellas horrendas bacanales que continuaron hasta el 15, se proclamó con asquerosa pompa al rey absoluto por aquella horda de beodos embriagada de sangre

del pueblo y de líquidos alcohólicos de los almacenes de la ciudad que iban destruyendo y saqueando, y el paisanaje permanecía atemorizado y oculto en sus desoladas habitaciones, desde donde eran algunos infelices arrancados inhumanamente y arrastrados por las calles, hasta que mutilados espiraban en medio de la gritería y espantoso deleite de la soldadesca brutal y encarnizada.

El día 15 de marzo el cansancio y saciedad iban calmando el furor criminal del bando militar absolutista, y en aquella propicia coyuntura los generales Freyre y Villavicencio, recibieron órdenes de la corte de Madrid muy terminantes para que se proclamase y jurase en Cádiz, la Constitución política de la monarquía; pero ni aun entonces pudo realizarse el acto solemne de la jura de la ley fundamental del Estado: fue menester esperar el día 17 en que entraron triunfantes en Cádiz los regimientos de Aragón y España que formaban parte del ejército liberal al mando del general Quiroga.

Mientras estas escenas de horror y libertinage se perpetraban en Cádiz; el pueblo de Madrid esperaba tranquilo que Fernando VII diese á la nación un público y solemne testimonio de la sinceridad y buena fe con que había jurado la constitucion: mas viendo que trascurría el tiempo, y que no se daban muestras de querer celebrar la jura del rey como un acto espontáneo de S. M. que la historia debió recordar como el mas grandioso en sus anales, como el primer paso hácia la

felicidad de las generaciones venideras, el pueblo madrileño se manifestó dispuesto á reclamarla presentándose en un grupo de mas de 6000 personas de todas clases y categorías que marcharon con el mayor orden y compostura á la plaza del palacio del rey. Llegados al arco de la Armería, pidieron la venia para penetrar hasta los umbrales de la régia morada, el que les fue concedido, y entonces nombrando una comision del seno de aquella imponente reunion para manifestar á Ferdonan VII los deseos de toda la capital, esta fue recibida en los salones del palacio, y el rey no pudiendo rehusar tan justa pretension, salió al balcon principal y colocauo sus régias manos sobre los Santos Evangelios dijo en alta voz: *«juro públicamente guardar y hacer guardar y cumplir fielmente la Constitucion política de la monarquía publicada en Cádiz en 1812»* y mandó iluminar todos los balcones de palacio y que la iluminacion fuese general y por tres noches consecutivas en la corte.

El pueblo se retiró al parecer contento y satisfecho de la sinceridad del monarca y de sus intenciones aparentes, de hacer el bien de los españoles.

CAPITULO XXII.

SINTOMAS DE REACCION.

Les tyrans ont toujours quelqu'ombre de vertu;
Ils soutiennent les loix avant de les ábattre.

(ROME sauvée. Act. I.)

Guerrero y Valdés no solo habian presenciado aquellos sucesos, sino que tambien tomaron parte muy activa en el movimiento popular de Madrid; y al paso que Guerrero se asoció con don Manuel Eduardo de Gorostiza y publicaba con él un periódico titulado el *Constitucional* que salia diariamente de la imprenta del señor Répullés, sita en la plazuela del Angel, Valdés ponía en juego los innumerables resortes de su influencia para que á su amigo Guerrero se le devolvieran sus grados y honores militares.

Poco tardó en conseguirlo despues de proclamada y jurada por *Fernando VII* la Constitucion de la monarquía; pero quedó por entonces Guerrero én aquella situacion indefinible que se llama enfáticamente de *reemplazo*, ó lo que es lo mismo, atendido á sus propios recursos para existir. Mientras el *Constitucional* iba adquiriendo voga y suscritores, Guerrero no desdeñó las proposiciones que le hizo don Francisco Javier de Burgos para redactar con él otro periódico titulado la *Miscelánea* que se publicaba en la librería de Brun, aquella misma librería donde le dieron razon de la casa de Herrera Dávila al siguiente dia de su llegada á Madrid, y aun mas tarde fue uno de los tres redactores principales de la *Minerva*, periódico político y militar que veia la luz pública todos los dias en la corte.

El *periodismo* puso pronto á Guerrero en contacto y trato amistoso con los que entonces pasaban por gefes y adalides del partido liberal, y en los almuerzos cotidianos que daba don Angel de Saavedra, actual duque de Rivas, en su casa esquina de la plazuela de las monjas de la Concepcion Gerónima, nunca faltaban ni Valdés, ni Guerrero, al lado de Isturiz, Alcalá Galiano, Riego, Arco-Agüero, Quiroga, Alava, Grases y otros varios.

Como era de suponer, Guerrero escribió á Blanca de Gaville dandole esperanzas de su pronto regreso á Cataluña con algun mando militar en el Principado, y á Josefina de Comerford enviándole algunos números de

los periódicos liberales que él mismo redactaba en Madrid. De Blanca recibia las nuevas mas halagüeñas y las misivas mas cariñosas que una señorita puede dirigir á un amante con quien esperaba unirse por siempre en breves dias: de Josefina, al contrario, recibió por toda respuesta á las suyas una carta muy seca, escrita en tono imperativo, prohibiéndole el envio de periódicos *heréticos y revolucionarios*, y el seguir con ella una correspondencia tan poco análoga á los principios políticos y religiosos que profesaba. Para Josefina, segun ella misma decia, las cartas y periódicos de Guerrero, mas que un sarcasmo irritante, eran un verdadero insulto á su fé católica y á su adhesión ciega al trono del rey absoluto, y concluia suplicándole que nunca mas le volviera á escribir.

Madama de Saint-Pierre siempre consecuente en su amistad con Blanca y con Guerrero, le escribia desde Barcelona que la casa de campo de la señorita de Comerford en Sarriá, era un foco de reaccion; que Josefina parecia un energúmeno cuando hablaba de los liberales que habian obligado á FERNANDO VII á jurar la constitucion de 1812, y que decia á quien quisiera escucharla que iba á sacrificar su vida y su fortuna en defensa del trono y del altar, vilmente profanados en España por una soldadesca irreligiosa y desenfrenada.

En efecto, las noticias que Mad.de Saint-Pierre daba á Guerrero eran veridicas en un todo, y Josefina y su director espiritual, el padre Antonio Marañon, conspi-

raban sin cesar contra el gobierno constitucional de Madrid, y la *Torre-den-Negre*, la mansion de recreo de la señorita de Comerford en Sarriá, se habia convertido en un arsenal de armas y municiones, del que se debian surtir las primeras partidas del *ejército de la fe* que se iba organizando sordamente y bajo los celados auspicios de la Francia en la cresta de los montes Pirineos.

El padre Marañon, el confesor de Josefina, se reservaba un papel heróico de primer galan en la tragedia casera en que su hija de confesion habia de tomar parte activa como primera dama, á medida que las circunstancias de la época que recorremos, se fuesen prestando á la reaccion absolutista y teocrática que se meditaba en las cortes de París y de Madrid.

Sin embargo era menester ocultar al pueblo las intenciones del monarca perjuro y darle á entender que la revolucion y el trono constitucional marchaban acordes y de consuno al fin apetecido de conciliar la libertad con el orden, y la justicia con el progreso legal.

El primer acto ostensible de personal predileccion con que Fernando VII inauguró el reinado de la ley, fué el nombramiento de sus ayudantes de campo: don Rafael del Riego, don Felipe Arco-agüero, don Antonio Quiroga, don Miguel Lopez Baños, don Demetrio O'Dally, gefes de las tropas de la Isla de Leon, fueron elevados al rango de mariscales de campo para llenar las funciones de ayudantes del rey, y el general Ballesteros

que mandaba la guarnición de Madrid, fue nombrado también consejero de Estado.

Riego rehusaba la faja de general porque creía que era deber de todo español salvar la patria de la esclavitud, sin aspirar, ni obtener por ello ninguna recompensa, y la misma delicadeza manifestaron sus compañeros agraciados; pero al fin hubieron de penetrarse de la necesidad de aceptar el grado de generales, si habían de servir como ayudantes del rey.

Un nombramiento hizo entonces la corona que el público recibió muy mal: don Juan Villavicencio á cuya negligencia al menos, y falta de observancia de nuestras ordenanzas de marina militar, debieron atribuirse los desastres del día 10 de marzo en Cádiz, fue nombrado director general de la armada; pero la impetua de la oposicion elevó tanto sus quejas contra este nombramiento, y pidió tanto que fuesen juzgados y sometidos al brazo de la ley los autores de los asesinatos de Cádiz, que don Juan Jabat, ministro de Marina, consultó á Fernando VII, y S. M. dispuso que Villavicencio suspendiese su venida á la capital, y pasase en calidad de arrestado á la Alhambra de Granada, hasta que se sustanciase la causa que se mandó formar contra los perpetradores de los crímenes cometidos en Cádiz.

Con este acto de justicia se instaló el imperio de la ley bajo el régimen monárquico-constitucional, admitido por Fernando VII en el año de 1820, pero fue de corta duracion. La igualdad ante la ley era el prin-

principio que la Constitución erigia; la igualdad ante la ley era el principio que el rey proclamaba; la soberanía de la nación era lo que servía de base á la Constitución de la monarquía; la voluntad del pueblo era la suprema ley para el jefe del Estado, y esta perfecta armonía entre el monarca y sus leales súbditos quedó inaugurada al parecer en julio de 1820. Empero la reunión de las Cortes á las que concurieron los diputados de las provincias de América, que entonces ya no eran nuestras colonias, sino estados disidentes que pugnaban para sacudir la leve dependencia del gobierno de la metrópoli, y la discusión de leyes de interés general que afectaban intereses, privilegios y abusos particulares y de corporaciones religiosas y clases exigentes, y poco dóciles, cuando se trata del sacrificio de la parcialidad para hacer el bien de todos, ya dieron indicios nada equívocos de la existencia de gérmenes maléficos, de donde nacieran partidos y banderías, ódios y personalidades que el trascurso de veinte y cinco años no ha logrado aun extirpar.

Serviles y liberales eran las divisas de los bandos contendientes desde 1814: moderados y exaltados, anilleros y comuneros, masones y carbonarios, fueron los diversos distintivos que señalaban las fracciones del partido liberal español.

Mucha fué la repugnancia del rey en querer reconocer de derecho la emancipación de nuestras provincias de América que ya de hecho se habían emancipado; y

aquella obstinacion, hasta cierto punto fundada, hizo perder la única coyuntura posible que, aprovechada entonces, hubiera producido inmensos bienes para España y evitado horribles males á esas mismas colonias que aun hoy se destrozan y aniquilan entre sí, buscando una felicidad imaginaria y los goces de una libertad que su antigua metrópoli misma no ha podido aun alcanzar despues de tantos sacrificios.

Los diputados americanos se retiraron del congreso de las Córtes poco satisfechos de su mision; las varias clases, cuyos intereses se veian amenazados por las necesarias reformas que el nuevo órden de cosas reclamaba con imperio, se iban manifestando desafectas al sistema representativo, y la imprenta periódica servia admirablemente á los bandos que representaba con notable perjuicio de los nuevos intereses que se debian crear y de la buena armonía que debiera existir entre el pueblo y el trono.

El rey dejaba traslucir su antipatia á las reformas en todas las ocasiones en que la corona debia ejercer su aceptacion ó podia oponer el veto á las leyes que se le sometian á la régia sancion, y el gobierno y las cortes hallaban obstáculos en la elevada region del trono, que las mas veces se resentian del origen extranjero que los promovia: en suma, la revolucion española en su segunda época habia tenido eco allende el Pirineo y atravesado el Apenino, y los monarcas absolutos de Italia y el restaurado Luis XVIII en Francia la creian

de funesto ejemplo para sus respectivos estados.

Iba, empero, trascurriendo el año de 1820, y el gobierno constitucional sostenía su dignidad y sus obligaciones, habiendo negociado un empréstito de 24 millones de francos en París y cubierto escrupulosamente las atenciones en todos los ramos del servicio público, cuando repentinamente estallaron las revoluciones de Nápoles y del Piamonte. Portugal también se pronunció por la independencia y libertad; todos estos países adoptaron testualmente nuestra constitución, y los hechos justificaron las sospechas de aquellos monarcas absolutos, cuyos agentes en Madrid influían ya en el ánimo y en la ostensible conducta de Fernando VII, en la política interior y exterior de la Península; y las mismas cortes extranjeras, que poco antes habían felicitado al monarca español por su generosidad y filantropía, concediendo al pueblo el régimen constitucional que apetecía, y que le había valido el título de *Padre de la patria*, por unanimidad y aclamación del congreso nacional, fueron las primeras que como partes integrantes de la Santa Alianza, le significaron la necesidad de corregir los progresos de una revolución general de que creían que la España era el foco.

Consecuentes en este empeño los monarcas de la Santa Alianza, celosos por conservar su legitimidad y derecho divino; creyeron oportunas todas las medidas y lícitos todos los medios para sofocar la voz de la libertad que iba resonando por los pueblos en varios

puntos de Europa. El emperador de Austria invadió la Italia para pugnar contra el dogma de la soberanía del pueblo con el fuerte argumento de 50,000 bayonetas organizadas y el pendon de la legitimidad y derecho divino; y por la fuerza de la elocuencia del plomo se erigió de hecho el deleznable sofisma del *derecho de intervencion* en los asuntos políticos y administrativos de los Estados libres é independientes de la Europa meridional.

Esto no obstante la Francia, la Rusia y el Austria, no pudieron dejar de admirar la prudencia, moderacion y justicia con que las cortes de España procedian en sus trabajos legislativos, el respeto y acatamiento con que el gabinete de Madrid conducia sus relaciones políticas comerciales con las demas potencias; pero estaba decretado en los conciliábulos de la Santa Alianza, dirigidos por el príncipe de Meternich y el conde de Pozzo-di-Borgo, un plan organizado contra las instituciones liberales que la España había adoptado, y que en Italia y Portugal se propagaron sin mas agencia que el ejemplo que les diera nuestra justificada revolucion.

Los agentes diplomáticos de la Francia, y de las grandes potencias del Norte en Madrid, fomentaban con sagaz astucia la division y la discordia de las fracciones en que, por rivalidades mezquinas y pasiones innobles, se había dividido ya, como hemos dicho, el partido liberal en España, y halagaban con descaro las esperanzas del partido servil que se mantenía compacto

y retraído, pero sordamente conspirando contra la libertad, de mancomun con el jefe del Estado, á quien representaban como supeditado en su autoridad y régias prerogativas por los hombres de la revolución, y á lo que el monarca prestaba su asentimiento con la protesta de la violencia con que se le habia arrancado su juramento de guardar y hacer guardar la Constitución.

Escritores públicos venales, abusando de la libertad de imprenta para desacreditar sus bien sentidos beneficios, servian con satánico celo los intereses de sus ocultos patronos. Las plazas públicas y los cafés tenían sus tribunos asalariados, que explotaban el celo patriótico y la credulidad de las masas para inculcarles como sábias teorías, doctrinas perniciosas de anarquía y desorden que los españoles incautos admitian como medios salvadores en la borrasca que ya crugía á poca distancia y amenazaba la libertad y los derechos del pueblo, al paso que los oradores de la *Fontana de Oro* en Madrid, ostentaban el puñal y predicaban la guerra civil como un don celesté para la nacion: los ministros de la religion de nuestros padres en sus predicaciones en las aldeas, ostentaban desde el púlpito profanado, la efigie de Jesucristo y la espada fratricida para inducir á sus oyentes al esterminio de todos los españoles liberales; cuya sangre, decian, era el sacrificio mas propiciatorio para regar los altares de un Dios de paz y de concordia á quien ellos repre-

sentaban como un ídolo sediento de furor y de venganza.

Tales eran ya los desastrosos caracteres con que se enunciaban los futuros trámites de nuestra malograda revolucion á fines del año de 1820. El pueblo español, escitado por la naturaleza de su inmensidad, vigorizado por el mas puro patriotismo, se hubiese purificado en sus instintos y formado en su educacion politica; pero ignorante de su misma historia, débil en sus creencias, los falsos apóstoles de la libertad le arrastraban á la licencia que inevitablemente le habia de conducir al despotismo, asi como los fanáticos ministros de la religion santa, se escudaban en ella y la profanaban para depravarle y convertirle en dócil instrumento á fin de conservar sus goces mundanales y la tiranía teocrática, que tanto se amolda con el despotismo militar y con los instintos feroces de los reyes absolutos.

Los enemigos de la libertad de España conspiraban en mayor escala al principio de 1821, aprovechándose de la coyuntura favorable que ofrecia á sus siniestros planes la division manifiesta de los partidos, y la discordancia que se notaba en todos los miembros del Estado.

Los magistrados sobrecogidos de temor, ya no osaban administrar justicia, porque se veian amenazados por todos los bandos y creian ser victimas del que eventualmente se sobrepusiese á los demas. El aten-

tado cometido en Madrid con el cura Vinuesa, vulgarmente conocido por *el cura de Tamajon*, que murió á martillazos en la cárcel de la corona á manos de una turba de hombres, capitaneada por personas que pertenecian á las primeras clases de la sociedad, y que tenian interes conocido en desacreditar la revolucion y la libertad en España, consternó tanto á la magistratura que no habia juez en Madrid que se considerase seguro en su persona, despues de haber presenciado aquel asesinato, y el atropellamiento intentado contra el juez que habia condenado á Vinuesa á diez años de presidio por el delito de conspiracion de que se hallaba acusado y convencido ante los tribunales.

Los ministros de la corona, completamente desvirtuados, habian perdido su fuerza moral, y asi se habia declarado públicamente en las sesiones del congreso: en una palabra, el poder ejecutivo habia perdido su necesario prestigio, y la mas completa anarquia reinaba en los actos de la desquiciada administracion.

La imprenta periódica estaba en manos de *libelistas* asalariados para descrédito de la libertad y fomento de la licencia: el bando servil teocrático se escudaba con ella para justificar sus exigencias y redoblar sus conatos de rebellion y sordas conspiraciones: el trono y las clases privilegiadas que con mayor asiduidad le rodeaban, ayudados todos por los agentes diplomáticos de la Santa Alianza obraban de mancomun y seducian la guardia Real y las tropas del ejército para operar una reaccion

espantosa: mientras en el congreso se oían los sonoros ecos de la voz de Toreno y de Martínez de la Rosa para proponer por primera vez restricciones á la libertad de imprenta, sin duda contra su conciencia, pues ellos mismos la proclamaron como primera garantía del gobierno representativo en el año de 1812.

Este incidente puso en inminente peligro la existencia de los dos célebres oradores, pero no faltaron en aquel conflicto hombres de orden, liberales á toda prueba, que les escudaron con sus peckos contra el furor de una multitud siniestramente guiada por los enemigos de la nación.

Toreno emigró á Francia el mismo día; Martínez de la Rosa, asistió aquella misma noche al teatro del Príncipe, sin que nadie molestase su persona. Dos amigos velaban por su seguridad; uno de ellos Guerrero, se presentó á las seis de la tarde en la puerta del Sol, donde un grupo de mas de 1000 personas, exasperadas por los fingidos apóstoles de la libertad, se disponia para ir á la casa del orador granadino para arrastrarle por las calles de Madrid, ostentando los cordeles con que pretendian perpetrar el crimen, y llamando aquel la atención de todos con voz fuerte y enérgica les reconvino por su alucinamiento frenético, haciéndoles conocer que eran instrumentos incautos de las maquinaciones de la Côte y del partido teocrático absolutista. Esta arenga produjo tan buen efecto en los amotinados que ya se dirigian por la calle del Cármen á consumir el sacrificio, que

antes de llegar á la calle de la Salud, se deluvieron victoreando á Martínez de la Rosa, y desaparecieron como el humo, excepto unos pocos que le esperaron á la salida de su casa, y á corta distancia le sirvieron de escolta para acompañarlo al teatro, dirigidos por el mismo amigo del diputado por Granada, que con sus razones habia dispersado la multitud.

Así iba transcurriendo el tiempo cuando una calamidad pública que afectaba la salubridad de una de las primeras y mas hermosas capitales de provincia, vino á aumentar la suma de nuestros males y á producir consecuencias funestísimas en el orden político nacional.

A principios de agosto de 1821, se desarrolló un germen malélico y epidémico en Barcelona, arrebatando á mas de 80,000 personas, las cuales perecieron víctimas de aquella terrible enfermedad que duró hasta fines del mes de octubre de aquel año.

La Francia, pretestando medidas de necesidad, para precaverse contra la epidemia de Barcelona, acantonó un cuerpo de 50,000 hombres de su ejército en los Pirineos, que se denominó *cordón sanitario*.

Una serie de calamidades y desastres pesaba, desde mucho tiempo, sobre el Principado de Cataluña. La miseria era general, consecuencia del estado de guerra é in comunicacion en que nos hallábamos con nuestras antiguas colonias de América, con las cuales Cataluña tenia antes un tráfico esclusivo de sus caldos, de sus manufacturas y pintados de algodon, en que se ocupa-

ban mas de 100,000 operarios.

De modo que esta masa de jornaleros, hallándose destituida de medios con que ganar su diaria subsistencia, era materia activa y dispuesta para apoyar las intenciones de cualquier partido que la quisiera emplear, remediando sus mas urgentes necesidades.

Así sucedió; el gabinete de las Tullerías, órgano entonces, é instrumento eficaz de los diabólicos planes de la Santa- Alianza, empleó con profusion el oro, y con cautela la intriga; y con ambos agentes y á la sombra del *cordón sanitario*, se empezó á organizar el llamado *ejército de la fe*.

CAPITULO XXIII.

LA GUERRA CIVIL.

«Toutes les factions á la fin sont cruelles;
«Pour peu qu'on les soutienne, on les voit tout es
(VOLTAIRE, *Poème sur la Loi natur.*)

El gobierno de Madrid conociendo la gravedad de las circunstancias que complicaban la situación política en Cataluña, echó mano de las personas que le inspiraban mas confianza para conjurar, si era posible, la guerra civil que iba haciendo todos los elementos de agresión en los puntos mas culminantes de la frontera de Francia, y dió el mando de la ciudad fortificada de la Seo de Urgel al coronel Guerrero, que al punto abandonó la pluma de periodista para empuñar la espada en defensa

de la libertad, y salió de la capital de España y sus concurridos salones, para ir á encerrarse con una corta guarnicion en una pequeña fortaleza que pronto seria el blanco de las primeras tentativas de los fanáticos secuaces del despotismo.

Esta mision importante confiada á Guerrero, le acercaba á Barcelona, donde él suponía á su querida Blanca puesta á ser victima de la epidemia que reinaba en la capital del Principado; pero afortunadamente el vizconde de Gaville habia previsto el riesgo que su familia pudiera correr en la ciudad, y habia pasado á residir con ella al inmediato pueblo de Sarriá, en una casa cercana á la de campo de Josefina de Comerford desde donde estaban fechadas y escritas las últimas cartas que recibió Guerrero en Madrid, de la vizcondesa, de Blanca y de Mad. de Saint-Pierre.

Estas le participaban la sorprendente noticia de la desaparicion de la sobrina del difunto conde de Briás, del pueblo de Sarriá, acompañada de varios facciosos armados y capitaneados por el padre Antonio Marañon á quien se diera desde entonces el apodo de «El Trapense» entre los partidarios y secuaces del ejército de la fé.

Todos los cálculos, todas las probabilidades, decian las cartas que Guerrero recibiera de Sarriá la vispera de su salida de la corte para ir á defender la plaza de la Seo de Urgel, hacian creer que Josefina de Comerford con su director espiritual y los facciosos armados que les acompañaban, se habian dirigido á la

alta Cataluña para engruesar las partidas del nasiente ejército de la fé; y que el armamento y municiones que se habian distribuido á los mal contentos, en la Torre-den-Negre, se habian comprado con el dinero de Josefina por medio de su banquero irlandés, Mr. Kelly, que era quien clandestinamente las habia ido acumulando poco á poco en aquella casa de campo por disposicion y órdenes espresas de la hija de confesion del ex-fraile de la Trapa₁₀

Pocos meses hacia que Guerrero se hallaba en la Seo de Urgel, cuando ya los facciosos estrecharon el cerco de la plaza é intimaron á su gobernador la rendicion, participándole de órden del general Eguia, gefe de los partidarios *del altar y del trono*, que aquella ciudad fuerte era el punto escogido para la residencia de un gobierno provisional que habia de mandar en España á nombre de FERNANDO VII, mientras S. M. se hallase, segun decian, preso en Madrid y á merced de los revolucionarios, á quienes el general faccioso designaba con el apodo de *negros*.

Guerrero que no era hombre de transigir con los *blancos*, respondió al mensagero de Eguia, que, como militar pundonoroso y liberal á toda prueba, defende-ria la plaza hasta el último trance, y que al fin la guarnicion se sepultaria en sus ruinas antes de capitular con los partidarios del despotismo.

La saña del caudillo de los facciosos creció de punto, y al momento dió órdenes al padre Marañon (a) el Tra-

pense, para que foguease la ciudad, tomase la plaza por asalto, y degollase al gobernador y á toda la guarnicion.

Noble y heróica fué la defensa que esta opuso por espacio de cuarenta dias á sus contrarios, y muy obstinados y atrevidos los ataques de los sitiadores que trataban de asaltarla y apoderarse de ella á sangre y fuego; pero como no siempre el heroismo y el valor encuentran la recompensa en la lucha que sostienen con nobleza y ardimiento, el gobernador de la Seo de Urgel y su bizarra guarnicion, despues de defender palmo á palmo el terreno, ante una brecha practicable, hubieron de rendirse á discrecion y deponer las armas al frente de las filas de sus contrarios.

El Trapense, que conducia al asalto de la brecha á sus secuaces y les daba el ejemplo en el saqueo, en la violacion y en el incendio de la ciudad con la espada en una mano y en la otra aquel santo Cristo de metal que Josefina habia besado tantas veces en Sarriá, y que entonces servia para exaltar las pasiones mas feroces de aquella gente desalmada, hizo prender á Guerrero por los suyos, y mandó que al instante le atasen de pies y manos, y en medio de la plaza le pasasen por las armas, y que no se diese cuartel á ningun liberal hasta que no quedase ejecutada la sentencia de muerte que él pronunciara contra el rendido gobernador.

Un piquete de aquellos foragidos conducia á Guer-

rero al patibulo entre filas y al hégubré son de tambores enlutados, y le colocaban ya en el fatal banquillo donde indefenso y maniatado, pero impávido y tranquilo, iba á recibir la muerte de los mártires, cuando un clarín, proclamando al parecer el triunfo de los facciosos, llamó la atención del piquete que iba á fusilarle.

Unos veinte hombres á caballo seguian al trompeta, y tras ellos se descubria una matrona elegantemente vestida en traje de montar sobre un brioso alazan que piafaba con estrépito, y confundia sus pobladas celines negras con el velo verde que tapaba la hermosa cara de aquella intrépita amazona.

Era Josefina de Comerford, la hija de confesion del Trapense, que acompañaba en aquella infernal cruzada á su padre espiritual, con quien partiera las glorias y los azares de la campaña fratricida.

—¡Qué veo! exclamó la fanática heroína del ejército de la fé, levantando una punta del velo con precipitacion y dejándolo corrido sobre el ala del sombrero que llevaba para dar mas varonil continente á su persona. ¡Qué veo! ¿quién es aquel hombre que van á fusilar? preguntó en alta voz á los veinte que la escoltaban á caballo.

—Señora, es el gefe de los liberales, de los negros hereges, que por espacio de cuarenta dias han defendido la ciudad, dijeron ellos, y como la hemos tomado á viva fuerza es ley que muera á manos del sitiador.

—¡No morirá el desgraciado! ¡Alto, alto, asesinos! exclamó otra vez la bella amazona galopando su alazan entre los facciosos que formaban el piquete, y acercándose al banquillo en que estaba atado y esperando la muerte su antiguo amante Guerrero. ¡No morirá este hombre en vuestras manos! Víctimas hay de sobra, en la ciudad conquistada, sobre las cuales podéis descargar vuestra justa venganza: ¡Corred á saciarla y dejadme sola con él, que yo respondí de su persona con la mía!

Los hombres del piquete que debían pasar á Guerrero por las armas, y los de la escolta de Josefina, la obedecieron después de desatarle del fatal banquillo, y el vencido gobernador de la plaza, recordando aquel sueño que tuvo en Viena la noche antes de salir de aquella capital para regresar á España en 1817, se postró ante el alazan en que cabalgaba su libertadora y la dijo:

—Triste es, señorita, deber la vida á un enemigo tan poco generoso como lo es el jefe sacrilego de los facciosos que han tomado á sangre y fuego la plaza que yo mandaba hace pocas horas, y hubiera preferido la muerte á la humillación que la mano salvadora de vd. me prepara en este momento arrancándome del suplicio.

Así hablaba Guerrero, y Josefina le hacía señal para que callase y se levantase, cuando repentinamente se oyó el ruido de tambores y el clarín de un trompe-

ta de caballería tocando marcha á paso regular, y se vieron entrar en la plaza, precedidos de doce ginetes, y entre dos alas de gente á pié, armada de fusiles y escopetas, dos grupos de prisioneros, oficiales y soldados del ejército liberal, que iban á ser inhumanamente asesinados ante un altar provisionalmente erigido en el mismo sitio donde estaba el banquillo de muerte preparado poco antes para el suplicio del vencido gobernador.

—¿Qué es eso, Josefina? ¿Qué significa ese aparato imponente y religioso á un tiempo? preguntó Guerrero á su libertadora, agarrando fuertemente con la mano izquierda la brida del corcel que montaba la intrépida hija de confesion del Trapense, y asiéndose con la diestra á los pliegues del vestido de la amazona.

—Este va á ser el cruento sacrificio de los vencidos por mano del vencedor, que cual ángel de esterminio enviado del cielo para salvar en la tierra los sacrosantos derechos del altar y del trono, tiene que cumplir su elevada, santa y penosa mision. ¡Retirémonos de aquí, Guerrero, mientras se cumple la voluntad de Dios! suelte vd. la brida á mi alazan, déjele vd. caminar, y sigame á mi alojamiento donde su vida de vd. estará mas segura que en este lugar.

—No haré tal ¡vive Dios! aunque me llame vd. mal caballero; exclamó irritado el vencido gefe de los prisioneros que iban á fusilar: y echando mano á una de las pistolas que llevaba Josefina en el arzon de

la silla en que montaba, añadió con brio y sentida expresión: ¡Clemencia para todos, Josefina! de lo contrario me verá vd. caer exánime á los pies de su corcel.

Y se apuntó la pistola al corazón con ánimo resuelto de matarse antes que presenciar aquel acto de bárbara crueldad, ni rehuir la muerte misma que amenazaba á sus compañeros de armas, aceptando la hospitalidad y el refugio que le ofrecía la fanática sobrina del difunto conde de Briás.

En esto ya los grupos de los prisioneros se iban arrodillando de seis en seis y de ocho en ocho, y alzaban las manos al cielo y pedían misericordia al divino Redentor ante los piquetes de facciosos que con escarnio y con mofa les iban á disparar sus fusiles á pocos pasos de distancia, cuando un largo redoble de la banda de tambores de la sacrilega partida del padre Marañon anunció su llegada al teatro de aquella sangrienta escena.

El Trapense vestía un traje singular, y montaba en un caballo tordo, fogoso y bien engallado: un sombrero de ala grande, color ceniciento con plumas rojas y amarillas sujetas á la copa con el alamar de la escarpela encarnada, tocaba su encerquillada cabeza, y sombreaba su frente y ojos de malhechor: su larga y poblada barba, unida al bigote y á las patillas, cubría un escapulario de la orden de San Francisco el Grande, que le servía de justillo debajo de una zamarra de pieles negras, en cuya manga anchurosa ostentaba el

entorchado de brigadier del ejército de la fé: el Santo Cristo de metal dorado le daba el aspecto de un comendador de la católica Isabel, una canana con dos órdenes de cartuchos ceñía su cintura, y una espada dragona blandía en su diestra como si fuese la del ángel exterminador: unas calzoneras bombachas de terciopelo azul con botones y galon de oro en la costura exterior formaban singular contraste con la blancura del fino calzoncillo que se descubría por casualidad, entre medio de botón á botón, de las lujosas calzoneras, y unas botas empolvadas con gruesas espuelas de plata, completaban el traje militar de el ex-fraile de la Trapa.

Josefina que había permanecido indecisa entre lo que ella llamara «la voluntad de Dios» y lo que ella comprendía ser la voluntad irremisible de Guerrero, al ver entrar en la plaza á su director espiritual seguido del cabildo de la Seo de Urgel y de las autoridades realistas que el mismo padre Marañon acababa de elegir en nombre del rey absoluto, y por delegacion de la regencia que presidía en el Pirineo el general Eguia, se avanzó hácia él galopando en su alazan y gritando:

—¡Clemencia! ¡Clemencia para los vencidos!!!

El alarido penetrante y condolido de la denodada hija de confesion del cabecilla de los facciosos, y las súplicas del cabildo, que secundaba las plegarias de Josefina, hubieron de desarmar la sacrilega venganza del Trapense, que en alta voz y con cierta repugnan-

cia, pronunció la palabra ¡perdon! pero pedia que le presentasen los suyos el cadáver del rendido gobernador.

Josefina, convulsa y cóntrita como si hubiera cometido un pecado capital, dijo á su confesor que ella habia salvado á Guerrero, y empeñado su palabra de que nadie le haria mal.

—¡Amen! exclamó el sacrilego brigadier del ejército de la fé, que nunca olvidára el language ni los instintos frailunos, ¡amen! y hágase tu voluntad, hija mia en Cristo, así en la Seo de Urgel, como se ha hecho en el campamento durante los cuarenta dias que hemos sitiado la plaza! Si; ¡hágase tu voluntad por esta vez con los negros hereges! y pidamos al cielo les perdone sus culpas y pecados, como nosotros se las perdonamos ahora y en la hora de nuestra muerte, amen Jesus.

El Trapense echó pié á tierra, y Josefina, á quien Guerrero dió la mano para apearse tambien de su fogoso alazan, le siguió sosteniendo en el brazo izquierdo la cola del ropage de montar, y ambos se arrodillaron en las gradas del altarito improvisado, donde el padre Marañon, despojándose de su armadura y tráge belicoso, se puso el roquete, la estola y la casulla, y celebró la misa en accion de gracias por el triunfo que acababa de conseguir contra los hereges del bando liberal, y pidió perdon al Todo-Poderoso de no haber consumado el cruento sacrificio de sangre humana, que las leyes de la guerra y el agravio del altar y del trono imponian á los vencidos.

A las doce de la noche de aquel día de estrago y desolacion salió de la Seo de Urgel con un salvo conducto del Trapense que le dió Josefina, y acompañado de dos hombres desu confianza, el desventurado Guerrero para Francia, dejando tras de sí á la rendida tropa y oficiales de la guarnicion, cuyas vidas logró salvar por tan estraños medios.

Guerrero hubiera querido volar en brazos de la esperanza al pueblo de Sarriá, donde creia que su adorada Blanca estaria aun: pero la incertidumbre de encontrarla, y, lo que es mas, el deber de presentarse al gobierno de Madrid, le impulsaron á volver á la corte atravesando por Tolosa el territorio francés hasta Bayona para tomar el camino de la capital de España, donde se le formó causa por su conducta en la Seo de Urgel, y el consejo de guerra que le juzgó, le absolvió de toda responsabilidad, atendida la defensa de la plaza, y que está habia caido por asalto en poder del enemigo vencedor.

Cuando Guerrero llegó de Bayona á Madrid, ya varias notabilidades del partido servil, desafectas á la Constitucion del Estado, se habian refugiado á Francia para ejercer allí con mayor desembarazo é impunidad sus abominables intrigas, porque siempre la Francia ha dado hospitalaria acogida á los adversarios del gobierno español, cualesquiera que hayan sido su denominacion, su forma ó su sistema, guiada por una especie de generosidad, que halla su provecho en las constan-

tes discordias intestinas de que hace mas de cuarenta años és víctima la Península española.

Con estos elementos y otros que se grangeó con su prodigalidad de oro, el gobierno francés, viendo que ya habia cesado la epidemia de Barcelona y que ya eran innecesarias las medidas de sanidad, cambió el nombre de *cordón sanitario*, por el de *ejército de observacion*, y bajo sus auspicios se inauguró en la Seo de Urgel una junta de españoles del partido teocrático absolutista, que se honró con el título de *regencia de España é Indias*, cuyo presidente, como hemos dicho antes, era el general Eguia.

Esta llamada regencia nombró sus ministros secretarios del despacho, y principió á entenderse diplomáticamente con la Francia y las demas potencias del Norte, y á fomentar la contra-revolucion en las provincias de Cataluña, Aragon y Navarra, especialmente en el territorio mas contiguo al Pirineo, de donde recibian sus partidarios los mas necesarios recursos y pertrechos de guerra.

Como en nuestra desventurada España, todo el que manda, legal ó ilegalmente, con autorizacion ó sin ella, lo primero que le ocurre es aumentar sus intereses, la regencia de la Seo de Urgel principió su carrera gubernativa contratando un empréstito de 54 millones de francos, bajo la garantía de Luis XVIII; garantía que difícilmente encontrarían hoy en aquel país los partidarios del absolutismo si formasen una nueva regencia para

destruir la Constitución española y entronizar la teocracia de don Carlos; porque las circunstancias han variado y el gobierno de París no se halla en el caso de disponer de los fondos de los capitales franceses para los mismos objetos que entonces garantizaba la corona de Francia.

Con aquellos fondos, salvo la repartición de algunos millones entre los miembros de aquella regencia, se organizaban tercios y batallones de españoles proletarios en territorio francés, que muchos se componían de pobres catalanes, ajenos de todo espíritu de partido, á quienes la miseria obligaba á alistarse en las filas rebeldes del ejército de la fe.

No trabajaba menos á su propia destrucción el partido liberal en el interior de la Península: dividido en fracciones, el encarnizamiento subía de punto, y estas fracciones mismas se subdividían y formaban matices políticos ridículos hasta en su misma nomenclatura; los moderados llegaron á diferenciarse entre sí por adjetivos raros y bajos como los de, pasteleros, anilleros, etc. Las logias masónicas, las venditas de los carbonarios, las comunidades de Castilla, eran ridículas congregaciones de gentes desocupadas, que hacían alarde de patriotismo contra las convicciones íntimas de los mismos que por un espíritu aristocrático oculto las presidían para propagar la democracia innecesaria en España porque todo español es demócrata por esencia.

El distintivo nacional que caracteriza y nivela siem-

pre todas las clases de la sociedad española bajo todos los sistemas de gobierno, ha sido el espíritu democrático popular: la España regida por reyes absolutos ha visto hombres salidos de la hez de la sociedad elevados á la clase de consejeros de la corona; así es que no pudo aspirar jamás á las vanidades gubernativas de las repúblicas de Liguria ó de Venecia; las ambiciones y los privilegios aristocráticos de algunos españoles se humillaron siempre en el anfiteatro de las afueras de la puerta de Alcalá, al mismo tiempo que Montes humillaba á sus pies en aquella sangrienta arena la altivez y bravura de los toros de Colmenar.

Si algun género de aristocracia hubiese sido posible entre nosotros, seria la de los obispos y altos prelados, pero su prestigio se destruyó en 1808, sus riquezas se agotaron, y la nacion, que se resiente aun de los hábitos y costumbres de la clase monacal que antes la educaba, mas bien parecia en el año de 1821 un convento alborotado, que un pueblo cristiano que busca en la cordura y sabiduría de sus notables la garantia de sus derechos, los beneficios de la libertad, de la independencia, del orden público y de la justicia en su administracion interior.

Generalmente hablando, las conspiraciones tramadas por individuos particulares, si llegan á descubrirse, quedan destruidas y tienen fatales efectos para los conspiradores, por sano y santo que sea el objeto que les guiara; la esperiencia lo ha demostrado en todos los

siglos, en diferentes países: y en nuestra Península lo acreditan las no remotas catástrofes de Porlier, Lacy, Vidal, Torrijos, y otros mártires de la libertad.

Pero cuando las conspiraciones guiadas por los reyes contra los pueblos estallan á la luz pública, generalmente toman gran consistencia, se fortalecen y cuestan á las naciones días de luto, miseria y desolacion; porque los grandes objetos de la codicia de los principes no conocen los límites que el rubor y la vergüenza imponen á los particulares. La historia nos presenta grandes ejemplos de esta tristesima verdad. La Francia, la Italia, la España, y la Polonia, han tenido en el curso de este siglo notable, pruebas dolorosas de lo que acabamos de asentar en tésis absoluta.

Cuando el trono augusto se deja arrastrar por una faccion, los consejeros de la corona cometen mas delitos de los que pudiera perpetrar aisladamente el mas osado y perverso conspirador al frente de sus ciegos cómplices y afiliados.

Las facciones, cuando pretenden envolver el trono y arrastrar al monarca en pos de sí, buscan toda clase de recursos, hasta el apoyo del parlamento, como sucedió en las guerras civiles de Inglaterra, y como se ha reproducido en España en 1814, en 1822 y en 1845.

Raras veces estas grandes asociaciones, que deben ser producto del sufragio de los pueblos para constituir la sociedad y legislar sus costumbres políticas, obran con prudencia, ni emiten beneficiosas doctrinas duran-

te las turbulencias civiles, porque los partidarios y los facciosos que enmascaradamente se introducen en ellas son osados y atrevidos, y los honrados patricios son siempre tímidos y reservados.

Nuestras discordias civiles, bajo el reinado de *Fernando VII*, han sido crueles; las que nos agitaron desde 1855 bajo la minoría de su augusta hija promovidas por el pretendiente don Carlos, han sido abominables; las que hoy se promovieran para hacer vacilar el trono constitucional de ISABEL II, serian tan sangrientas como ridículas.

Las facciones, pues, que con tanta osadía se disputaban el triunfo en 1822, provocadas todas por las insidias de los agentes de la *Santa Alianza*, y auxiliadas tambien de distintos modos por la conducta ambigua de Fernando VII, ocupaban ya campos opuestos, posiciones imponentes, y se aprestaban á una cruel contienda.

Empleados por la *Santa Alianza* todos los medios sórdidos que pudieran halagar la codicia de algunos gefes de banderia, cundió tambien la division del partido liberal. Los *moderados* pretendian, segun de público se decia, modificar la constitucion y establecer *dos Cámaras*, haciendo creer al rey que los *exaltados* querian proclamar la república. Los primeros aspiraban á plantear una constitucion otorgada por el monarca; los segundos se manifestaban celosos de conservar la soberania nacional consignada en el código fundamental del Estado.

Fernando VII odiaba á los *moderados* y á los *exaltados*, propendia á favorecer el partido *servil-absolutista*; pero con mañosa arteria halagaba á los hombres de la fraccion del partido liberal que menos libertad pensaba conceder al pueblo, y oponia con ellos una constante resistencia á la fraccion del partido liberal que se llamaba *exaltada*, adormeciendo asi la energia que todos los liberales unidos hubiesen podido desplegar contra los sectarios del bando teocrático absolutista, representado por la regencia de la Seo de Urgel.

Esta disidencia se desarrolló de un modo deplorable en la legislatura de 1822. El gobierno y los diputados á cortes contaminados todos de ese germen disolvente, presentaban en el parlamento un cuadro espantoso de discordia que afectaba la marcha de los negocios en todos los ramos de la administracion pública.

En esta situación llegó el dia 50 de junio, señalado por el rey para cerrar las sesiones de Cortes, conforme el texto de la Constitucion, y á las diez de la mañana salió el monarca de su palacio, acompañado de la real familia, con toda la pompa y solemnidad de costumbre, y se dirigió con la régia comitiva al salón del congreso en medio de entusiastas aclamaciones del pueblo y de las tropas que ocupaban el tránsito.

Fernando VII subió al sòlio y leyó un enérgico discurso en que se describia el estado de la nacion, y se hablaba de la administracion de sus consejeros responsables.

Los diputados al concluir el discurso de la corona, felicitaron al rey y quedaron cerradas las sesiones legislativas.

La régia comitiva salió del congreso, Fernando VII entró en su magnífico carruaje, y se dispuso el séquito á regresar á palacio, seguido de una inmensa multitud que rompía el aire con vivas *al rey constitucional*, y cantaba himnos patrióticos, al son de las músicas militares de los regimientos de la guarnición que formaban alas en las calles por donde el rey debía pasar.

Al llegar á la plaza del palacio, el batallón de la guardia real que cubría aquel punto, destacó un piquete de granaderos, sable en mano, y varios soldados cargaron al pueblo, á sablazos y bayonetazos, bajo pretexto de impedirle todo acceso á la plaza é inmediaciones del palacio.

En este improvocado conflicto, en que los paisanos, unos huían, otros comprimidos por la multitud se defendían con palos y con piedras, ocurrió la muerte lamentable de un miliciano de caballería de Madrid, que vestía su uniforme de gala, y fué elevosamente asesinado en la plazuela de Oriente por aquella soldadesca de la indisciplinada guardia real.

Este asesinato, en presencia de un pueblo vilmente provocado, fué la primera señal de alarma que circuló como una chispa eléctrica por todos los ámbitos de la capital: hombres, mugeres y niños recorrían las calles llamando á voces terríficas el auxilio de la milicia ciu-

dadana, y en menos de media hora la plaza de la Constitución y todas sus avenidas estaban erizadas de bayonetas de los hijos de Madrid, para vengar el ultraje recibido en el uniforme honroso del nacional y en la inermes persona de uno de sus compañeros de armas.

Desde aquel momento, la guardia real presentó un aspecto imponente en todo el recinto de palacio, y los batallones de ella que no se hallaban de servicio en aquel día, tomaron las armas y se mantuvieron apercebidos en sus respectivos cuarteles.—Las tropas realistas de palacio pusieron avanzadas y piquetes apostados en la desembocadura de todas las calles mas inmediatas, al regio alcazar estacionando los de la calle Mayor en la casa de los Consejos; la consigna de los centinelas realistas era impedir la salida del palacio á todo el mundo, incluso los infantes hermanos del rey, y permitir la entrada á ciertas y determinadas personas, sin acceder despues á que volviesen á salir.

Aquella tarde estaba en el Prado con sus amigos uno de los oficiales mas valientes y distinguidos del segundo regimiento de la guardia real, don *Mamerto Landaburu*, teniente de cazadores, cuya compañía se hallaba en palacio, y al saber todo lo ocurrido despues de la régia ceremonia de por la mañana, á pesar de estar exento de servicio por circunstancias particulares del momento, guiado por un impulso patriótico, se dirigió á palacio para recordarles de viva voz los compromisos y juramentos que debieron ligar siempre al pueblo

y al ejército en el mantenimiento de la Constitución y de las leyes.

Pero apenas el infortunado y valiente *Landaburu* habia pisado los umbrales del alcázar cuando una turba de soldados le asaltó para compulsarle á que gritase ¡viva el rey absoluto! á lo que *Landaburu* opuso una noble, pero funesta, negativa, amenazando con su espada al soldado que tenia mas inmediato. Los demas amotinados le descargaron á quema ropa cinco balazos, y su cuerpo casi exánime fué arrastrado hasta los primeros escalones que conducen á la morada de la camarería mayor, en donde espiró regando con su sangre aquellos mármoles y pronunciando con orgullo, ¡viva el rey constitucional! ¡muero por la Constitución!!!

Pronto resonó por toda la capital un nuevo grito de venganza: el horror que la fatal noticia de la muerte violenta de *Landaburu* inspiraba á todos sus moradores y á los leales militares del ejército, se veia brillar con caractéres de fuego en todos los semblantes, y ya para nadie era un problema el objeto de la rebelion manifiesta de la guardia del rey. Todos convenian en que el intento de aquella combinacion palaciega era vulnerar los derechos del pueblo, derrocar el gobierno representativo, y proclamar otra vez á Fernando VII, *rey absoluto* y árbitro supremo de los españoles.

La Milicia Nacional de Madrid en número de unos 3,000 combatientes de infantería acampó en la plaza Mayor donde se erigió en permanencia la mu-

nicipalidad presidida por el general *don Juan Palarea*: la caballería de la milicia local, que contaba con unos 500 caballos al mando del marqués de Pontejos, se estacionó en el cuartel de San Gil, y los restos de las tropas leales al estandarte constitucional ocuparon el parque de artillería y otros puntos importantes de la capital.

En la plaza de Santo Domingo se reunieron casi todos los oficiales sueltos de distintas armas, que con licencia ú otros motivos se hallaban en Madrid, y muchos jóvenes elegantes, empleados y gente de algun viso que brillaba en la mejor sociedad, tomaron las armas para defender la libertad. Con estos elementos, se formó, ó mas bien se improvisó, un *batallon sagrado*, cuyo mando por unanimidad de sufragios recayó en el distinguido jefe *don Evaristo San Miguel*.

Las posiciones del enemigo eran, el palacio real y sus avenidas, la casa de los Consejos, la del Tesoro por la calle del Sacramento; la plaza de Oriente, Caballerizas reales, Campo del Moro, calle de Santiago y Pescadería. Las grandes guardias de los dos bandos beligerantes tenían sus respectivos centinelas á distancia de cien varas unas de otras, y Madrid presentaba un aspecto aterrador, esperando solo la señal para romper las hostilidades.

Esta fué la obra del día 50 de junio, el preámbulo funesto de una jornada sangrienta y de gloria, el preliminar de una guerra civil que nos impuso diez años de despotismo y tiranía.

CAPITULO XXIV.

UNA JORNADA MEMORABLE.

«De tant de députés, l'éloquence stérile,
Faisait de nos abus un détail inutile;
Car de tous leurs conseils, l'effet le plus commun,
Était de voir nos maux, sans en soulager un.

(HENRIADE, chant. III.)

Guerrero á su salida de la Seo de Urgel; y así que pisó el territorio francés escribió á Blanca de Gaville, á la vizcondesa su madre, y á madama de Saint-Pierre participándoles la casi milagrosa manera con que se habia salvado del furor del padre Marañon, y la necesidad en que se veía de regresar á Madrid á dar cuenta al gobierno de su conducta militar, y habia dirigido aquellas cartas al Consulado general de Francia en Barcelona, calculando que si la familia de Gaville esta-

ba aun en Sarriá, sus cartas llegarían sin percance alguno á manos de la desventurada Blanca que le esperaba con ansia sin igual para ser su esposa, y de quien hacia ya dos meses no tenia ni la mas remota noticia, y encargaba muy particularmente á la vizcondesa y á madama de Saint-Pierre, que fortaleciesen las esperanzas de Blanca, y que á él le contestasen sin retardo á Madrid por conducto de la embajada de Francia, como solian hacerlo antes de su malhadada mision á la Seo de Urgel.

Pasaban dias y mas dias, y Guerrero no recibia carta alguna, hasta que ya cansado de ir infructuosamente á saber si en la embajada francesa habia alguna para él, hubo de preguntar al canciller de la legacion si el vizconde de Gaville estaba aun de cónsul general de Francia en Barcelona.

La contestacion que le dieron le desorientó completamente, y solo pudo averiguar que un cierto Mr. Durand habia reemplazado al vizconde de Gaville, y que este se habia embarcado con su familia hacia cosa de mes y medio en un buque de guerra francés para Tolon.

Las cartas que la vizcondesa, Blanca, y madama de Saint-Pierre escribieran á Guerrero participándole esta novedad, habian sido interceptadas por los facciosos, y quemadas con toda la correspondencia que iba al gobernador de la Seo de Urgel, durante el cerco de aquella plaza, y por lo tanto, Guerrero, ni sabia ni tenia medios de saber el paradero de la persona que mas

amaba en el mundo. Seguir frecuentando la Embajada francesa en Madrid, cuando ya la guerra contra la Francia parecía inevitable, hubiera sido una imprudencia que pudiera costarle muy cara en aquellos momentos de efervescencia popular, y en que los serviles y liberales estaban próximos á habérselas unos con otros en las mismas calles de la capital.

Guerrero, pues, hubo de resignarse á la incomunicacion en que le tenian las circunstancias con su querida Blanca, y á volver á la plaza Mayor de Madrid, donde estaba desde el 50 de junio acampado con toda la fuerza disponible de la milicia ciudadana de la capital y dos baterias rodadas del parque de artilleria.

Las cortes que habian empezado sus sesiones en la legislatura del año 1822 bajo los mas tristes auspicios, estaban disueltas: Sus mas célebres diputados por las provincias de España y de Ultramar, habian empleado su elocuencia parlamentaria en vano: el campo de sus discusiones no producía sino abrojos y espinas, y la indolencia de sus consejos al gobierno constitucional era bastante audaz en la oposicion para señalarle los males de la patria; pero demasiado tímida é irresoluta para remediarlos, dando así mayor estadió á la revolucion.

Tres dias habian trascurrido ya desde que Fernando VII habia cerrado la cámara legislativa contra la voluntad del pueblo, y en medio de un motin sangriento y escandaloso de la guardia real, que no era mas que la vergonzante vanguardia de las tropas asalariadas de

la Santa Alianza; el aspecto de los bandos *servil y liberal* era por demas amenazador é imponente, cuando se supo en la mañana del 5 de julio, que 5,000 hombres de aquellos genizaros de la custodia del rey, que habian estado sobre las armas desde el 30 de junio en el palacio y en sus cuarteles, habian salido de Madrid para ir á campar al real sitio del Pardo y sus cercanías, dejando en palacio una fuerte guarnicion para guardar de cerca á las personas reales.

Las intenciones de aquella fuerza militar prófuga de la capital, eran aun desconocidas de las mismas autoridades, y por eso y para averiguarlas el general don Pablo Murillo, capitan general y gefe superior á un mismo tiempo de las tropas rebeldes y de la guarnicion de Madrid, marchó en pos de los prófugos, á quienes halló posesionados del Pardo; y si bien conferenció con ellos, nada llegó á traslucirse en público de aquella conferencia cuando Murillo regresó á Madrid pocas horas despues, ni á sospecharse el plan siniestro que tenian formado los sublevados.

En la noche del dia 6 de julio, el rey recibió en audiencia particular al conde de Almenara que fue á hacerle varias proposiciones para modificar la Constitucion del Estado en sentido menos democrático segun unos, y segun otros para derogarla completamente y restablecer el despotismo. Mientras Fernando VII escuchaba las propuestas de Almenara, el general Murillo, conde de Cartagena, y el señor San-Martin, gefe

político de Madrid, entraron en palacio á ver al rey y conferenciar con sus ministros; pero cuando quisieron volver á salir del régio alcázar para ir á poner en planta las providencias que habian acordado, la tropa que los rebeldes habian dejado para guarnecer el palacio, con mas un escuadron de caballeria del regimiento del Príncipe que se les habia unido, se les opuso y hubieron de permanecer por entonces allí encerrados.

Un silencio sepulcral é imponente se notaba en las huestes de uno y otro bando: todos vigilaban, pero nadie se atrevia á tomar la iniciativa, aunque eran visibles los indicios de un próximo y sangriento conflicto.

El brigadier Zarco del Valle, y otros oficiales de estado mayor, bajaron del observatorio á hora muy alta de la noche, y avisaron á Guerrero que mandaba la gran guardia de milicianos destacada de la casa de la Villa dentro de la calle del Sacramento, que con los anteojos de noche y á favor de la luna acababan de observar un movimiento pausado de tres columnas de las tropas del Pardo sobre la capital, aunque dejaban atras hogueras encendidas para mejor disimular el ataque que el señor Zarco del Valle dijo creia muy inminente.

Las dos serian de la madrugada del 7 de julio, hora en que la luna se ocultaba en el ocaso, cuando dos columnas de la guardia real rebelde, penetraban sigilosamente en la capital por la puerta de San Fernando, dirigiéndose una por la calle ancha de San Bernardo,

y otra por las de la Luna y Preciados á confluír ambas á la Puerta del Sol. Otra columna penetró por el Campo del Moro, y se dirigió por la plaza de Oriente á la calle Mayor, pasando primero por la del Arrenal con el fin de atacar por dos puntos á la milicia de Madrid que ocupaba la Plaza Mayor ó sea de la Constitucion, mientras las otras dos columnas simultáneamente atacaban la casa de Correos, y pasaban despues por la calle de Atocha á caer tambien por Santa Cruz sobre la Plaza Mayor.

La guardia realista del palacio cooperaba al ataque manteniendo en jaque al regimiento del Infante, que con la Milicia Nacional de caballería ocupaba el cuartel de San Gil, y el batallon sagrado que ocupaba la plaza de Santo Domingo, á quien los rebeldes llamaban la atencion por las calles de la Bola y de Torija.

Entre los 3,000 combatientes de la Milicia de Madrid de infantería, que ocupaban la Plaza de la Constitucion, se contaban muchos oficiales de la guardia real y retirados del ejército, todos liberales, á quienes los oficiales de la Milicia ciudadana tuvieron la laudable deferencia de asignarles mando y direccion en la batalla, prevista con algunos dias de anticipacion, y cuyo auxilio fue oportuno cuando llegó el caso de la intentada sorpresa.

No tenia mas aviso la fuerza constitucional del ejército y Milicia de Madrid, que el dado momentos antes, por el brigadier Zarco del Valle, cuando por las tres

boca-calles de la Amargura, Panadería y Boteros, se presentaron á un mismo tiempo, formados en columna de ataque, los batallones de la guardia real rebelde, tocando las bandas de tambores un estrepitoso cala-cuerda y gritando los soldados ¡viva el rey absoluto!

La Milicia de Madrid presentaba tres columnas cerradas, cada una dando frente á las tres indicadas calles por donde el enemigo se presentaba. Cada una de estas columnas sostenia á su frente una pieza de artillería, cuyos fuegos mandaban los capitanes Bayona, y Nuñez Arenas, y tan pronto como los rebeldes llegaban á tocar con las puntas de sus bayonetas las bocas de los cañones estos disparaban á metralla y la Milicia hacia sus descargas cerradas de fusilería, cediendo el frente las mitades que acababan de disparar sus armas, á las mitades que las seguian, pasando alternativamente á retaguardia unas de otras, al grito imponente de ¡ *Viva la Constitucion!* y recibiendo á quema-ropa las descargas de los rebeldes que en el mismo orden de ataque habian empuñado el combate.

Era tanto el encarnizamiento, tal la mortandad, en el corto espacio de aquellas tres avenidas por donde atacaron formidablemente los enemigos de la libertad de España á la heroica y bizarra Milicia de Madrid, que en menos de media hora los cadáveres, tomando la expresion en el sentido mas estricto y literal, habian obstruido las calles de la Amargura, Panadería y Boteros, y el fuego que vomitaban las piezas de artillería se estrellaba

ya contra los inmediatos promontorios de cuerpos exánimes.

La guardia real rebelde se pronunció entoncés en vergonzosa retirada, y la Milicia de Madrid, al grito aterrador de *viva la Constitucion!* desbordó de sus posiciones con frenético furor, y llevó por delante á sus contrarios por la calle del Arenal, donde al empuje de las enrojadas bayonetas de la falange ciudadana, median el pavimento con sus cuerpos atravesados algunos centenares de veteranos, que el plomo de las huestes de Napoleon había respetado en los campos de Medellin, Salamanca, Victoria y San Marcial.

No fué menos vigorosa la resistencia que opusieron á los agresores los bravos constitucionales que defendian la casa de Correos, ni menor el estrago que causó á los rebeldes la Milicia de Madrid que defendia la casa de la Villa contra la fuerza que la guardia real destacó desde Palacio por el arco de la Armería y las calles de Luzon y Santiago para apoderarse de aquel punto interesante.

Tambien las tropas de la guarnicion habian desalojado á los guardias rebeldes de sus puntos avanzados, y se habian apoderado á viva fuerza de las Caballerizas reales, y edificio de doña María de Aragon, de modo, que batida en todas direcciones la guardia real se replegó como pudo y en completa derrota á la plaza de Oriente, donde no pudiendo hacer frente á sus denodados perseguidores, pidió tregua y capitulacion á las seis de la mañana, encerrándose despavorida dentro de la plaza del Palacio,

que quedó circunvalada por las fuerzas constitucionales, y amenazada á corta distancia por muchas piezas del tren de batir.

La guardia real habia perdido la mayor parte de los gefes que la habian sobornado, otros durante la noche la abandonaron tambien para ocultarse en las casas en que habitaban, ó en las de hospitalarios amigos: otros eran ya prisioneros ó se habian fugado; de modo, que aquellos restos descalabrados de un cuerpo poco antes tan brillante y numeroso, quedaban reducidos á unos 2,000 hombres que seducidos ó engañados ofrecian rendir las armas tan pronto como se ajustasen las bases de la capitulacion que pedian.

Riego, cuyas virtudes cívicas y militares harán siempre respetable su memoria, se hallaba al frente de la milicia y tropa de la guarnicion de Madrid que amenazaba el palacio; y como si le causara rubor el ver vencidos implorando perdon, hombres valientes pero mal dirigidos é indisciplinados, que aun siendo enemigos del gobierno constitucional, no por eso habian renunciado á la calidad de españoles, quiso oír sus proposiciones al parecer sinceras, y consintió á que se rindiesen á discrecion y entregasen las armas, fijádoles para esta operacion la hora de las cuatro de aquella tarde á fin de que así hubiese el tiempo necesario para cangearse y aprobarse las bases estipuladas por ambas partes beligerantes.

Las tropas por una y otra parte se entregaron al

descanso, mientras los comisionados convenian y ratificaban la capitulacion. Esta, ajustada, y tomadas por el general Riego todas las precauciones necesarias para la seguridad y proteccion de las personas del Rey y real familia contra la exasperacion de sus mismos partidarios engañados, se dispuso que á las cuatro de aquella tarde del dia 7 de julio, dos piquetes uno de caballería de Almansa por la parte de la plaza de Oriente y otro de cazadores de la milicia local de Madrid, por el arco de la Armería entrasen en la plaza del Palacio á recibir las armas de los rebeldes que debian estar en pabellones frente de sus filas, segun lo estipulado en la capitulacion.

Pero cual fué la sorpresa de los piquetes constitucionales al entrar en la plaza del Palacio, y al ver que los restos de la guardia real rebelde estaban apercebidos con las armas preparadas, y que faltando al sagrado empeño, recibieron á sus generosos contrarios con dos descargas cerradas.

Etonces, los milicianos de Madrid rompieron sobre ellos un fuego graneado bien sostenido, y el piquete de caballería les cargó sable en mano, compulsándoles á arrojarse con precipitacion por el parapeto que cubre los jardines del Campo del Moro.

En el momento mismo de aquel sangriento é inesperado conflicto, Fernando VII se presentó en el balcon principal del Palacio, y dirigiendo su voz atronadora á las tropas constitucionales, dijo: « ¡Milicianos! hijos míos! á esos pícaros cobardes... » señalando con el dedo á los

prófugos-traidores de su guardia real.

Los 500 hombres de la milicia local de caballería que mandaba el marqués de Pontejos, y el escuadron de Almansa, todos á las órdenes del brigadier don Juan Palarea salieron por la puerta de San Vicente en persecucion de los rebeldes prófugos que fueron á refugiarse á las ventas de Alcorcon en cuyo camino les dieron varias cargas, teniendo Palarea que empeñar su palabra de honor para salvarles la vida al rendirse.

Algunos se dispersaron, otros perecieron y los demas hechos prisioneros á discrecion, fueron conducidos aquella misma noche á la capital, puestos en depósitos para ser distribuidos en pequeños grupos entre los varios regimientos del ejército.

Asi terminó la memorable jornada del 7 de julio de 1822, que tan funestas consecuencias tuvo despues para la nacion española.

¡Gloria y loor eterno á la milicia ciudadana de Madrid!—Su valor, su disciplina, su moderacion despues del triunfo hicieron resaltar las virtudes y el civismo de las clases de la sociedad que la componian: el hombre de bien es invencible cuando defiende la libertad de la patria, y cuando escuda con su pecho el hogar doméstico en que se albergan su familia y su riqueza.

Guerrero y Valdés hicieron en aquella jornada memorable prodigios de valor. Guerrero en la plaza de la Constitucion y en la calle del Sacramento, y Valdés en la plazuela de Santo Domingo, con su levitin verde, y

su sombrero blanco á la Bolívar, como individuo del Batallon Sagrado, compuesto de elegantes pisaverdes, oficiales que no tenian regimientos en Madrid, empleados en varios ramos de la administracion, y paisanos aficionados á batirse por la libertad.

Pero faltaba á Guerrero una ocasion mas de demostrar su generosidad y tolerancia con los vencidos despues de haber dado tantas pruebas de ardimiento en el combate de aquel dia, y esta ocasion se la presentó el ayuntamiento de Madrid, único poder verdaderamente constituido que quedaba en la córte en aquellos momentos de general trastorno y agitacion.

El general Palarea, que lo presidia, hizo llamar á Guerrero á las dos de la tarde del 7 de julio á las casas consistoriales, y en presencia de la municipalidad le dijo que fuese á desalojar al coronel don Francisco de Sales Mon, que con una compañía de granaderos de la guardia real rebelde se habia ocultado en los sótanos de su propia casa, frente á la fuente de Relatores, y por escrito le dió orden de conducir al coronel Mon, muerto ó vivo, á la cárcel pública.

La ocultacion de aquel gefe de los rebeldes en su casa era verdad, pues se habia retirado herido en un ojo de una bala de fusil; pero no era cierto que se hubiesen refugiado con él soldados algunos de la guardia real.

Guerrero solo y sin mas acompañamiento que el de cuatro hombres armados de la Milicia Nacional local, se presentó á la casa de Mon, hizo abrir las puertas y ale-

par de ellas á la multitud que queria asaltarlas y átro-
pellar á la familia; penetró solo en el cuarto bajo donde
encontró al herido coronel tendido en un sofá, le curó
con sus propias manos aplicándole bilas y el vendaje en
el ojo derecho que habia perdido, le mostró la orden
del ayuntamiento y le suplicó se diera preso y le siguie-
ra, no ya á la cárcel pública como prevenia la orden,
sino ante el ayuntamiento, donde él mismo pudiera so-
licitar paraje mas decoroso para permanecer prisionero.

—Quisiera ir al cuartel de San Gil, dijo Mon á Guer-
rero, donde está preso mi hermano don Romualdo con
la tropa que le seguia esta madrugada por la calle de
Preciados cuando íbamos á atacar la plaza Mayor.

—Yo se lo prometo á vd., respondió, esperando que el
ayuntamiento de Madrid no desairará mi palabra.

Y como la efervescencia popular era temible en aque-
llos momentos, Guerrero envió á buscar un coche para
conducir al prisionero con toda seguridad.

Al darle la mano para que entrase en el carruaje, sa-
lió de la multitud que asediaba la casa un paisano ar-
mado de una carabina, cuyo nombre era *Rufino de Agre-
da*, criado que habia sido de la familia del desventurado
Mon; y notando Guerrero que Rufino apuntaba la cara-
bina á las espaldas de su antiguo señor para matarle en
aquel acto, sacó Guerrero una pistola del bolsillo de su
uniforme y poniéndola al pecho de Agreda, bien resuel-
to á dispararla contra aquel asesino, lo desarmó, le hizo

prender y llevarle á la cárcel pública mientras él conducía en el coche al herido coronel de los rebeldes á las casas consistoriales de Madrid, y de ellas al cuartel de San Gil donde, en efecto, se hallaba también prisionero su hermano el brigadier don Romualdo Mon. Escusamos decir que el general Palarea y los miembros de la municipalidad madrileña aplaudieron la conducta de Guerrero con el malparado y rendido jefe de los vencidos de la guardia real.

Aquella noche, y con ánimo de descansar un momento de las fatigas del día, quiso Guerrero subir á casa de un amigo suyo que vivía en la calle de la Concepción Gerónima, no muy distante de la plaza Mayor, donde se mantenían aun acampadas las compañías de cazadores de la milicia ciudadana que Guerrero mandó aquella tarde en el ataque contra los perjuros que habían faltado á la capitulación en la plaza del Palacio, y encontró en el salón á la señorita de la casa tocando el piano, y á su amigo Valdés que había ido también á darle cuenta de los sucesos del día.

Ambos estaban llenos de polvo y cubiertos los semblantes de sudor, y Valdés se ensortijaba los rizos sin ceremonia delante de un espejo, cuando entró en el salón un hermoso *gato de Angola*, de color de canela claro con algunas manchas atigradas.

—Qué bellissimo animal! Esclamó Guerrero al verle tomar posición sobre el piano al lado de su ama.

—Bellísimo par diez! repuso el inquilino del cuarto

segundo de la calle de Preciados. ¡Bellísimo por cierto y muy buen mozo! Cualquiera persona de gusto le tomaría por el «*Valdés de los gatos.*»

Una estrepitosa carcajada de *Isidra*, que así se llamaba la hija del amigo de Guerrero en cuya casa pasó esta escena singular, vino á santificar el apodo de *Valdés de los gatos* con que en Madrid, en Londres, en Roma y en Nápoles ha sido y es aun conocido el célebre *Histrion* de los salones del *Gran-mundo*.

Valdés tenía, sin ser fátuo, una idea muy cabal de su hermosura varonil, y lo mas bello en cualquier género de la creacion le sugeria el mismo pensamiento que el gato de *Isidra*, de modo que para él á un caballo, ó á un camello, ó á un toro, ó á un pollino, le hubiera dado el nombre de *Valdés* con tal que hubiera sido el mas hermoso de su raza.

CAPITULO XXV.

CONSECUENCIAS IMPREVISTAS.

J' ai toujours vu qu' enchaque événement,
Le destin des états dependait d' un moment.

(MORT DE CAESAR. Act. I.)

Al dia siguiente de la entrada de los facciosos en la Seo de Urgel se instaló la Regencia, llamada despues de España é Indias, de una manera aun vergonzante en aquella plaza fuerte y fronteriza. El padre Trapense obtuvo gracias y recompensas por su ardimiento y valentia en el asalto y devastacion de la ciudad, y Josefina de Comerford tomó el titulo de «condesa de Sales» al mismo tiempo que hizo formal donacion de sus bienes á los PP. de la Fé ó miembros de la compañía de Jesus,

de quien era delegado su director espiritual Fr. Antonio Marañón. La Regencia dispuso que el ex-fraile de la Trapa pasase á merodear por el pronto al reino de Aragon, y aceptó el donativo que tambien le hizo de sus rentas la nueva condesa de Sales, durante la guerra contra los liberales.

Quien revistiera á Josefina del titulo de condesa ha sido hasta aquí un secreto inaveriguable: unos pensaron que la Regencia de la Seo de Urgel; otros aseguraron que el mismo Trapense, y los mas creyeron que ella misma se tituló condesa con la denominacion de «Sales» porque era su tercer apellido, y el que mas deseaba ostentar por la doble circunstancia de ser patronimico mas español, y el que denotaba su descendencia de un santo. Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que la condesa de Sales salió con el Trapense de la Seo de Urgel, llevando sobre su traje de amazona un dolman con alamares de oro, y la insignia de plata igual á la que adornaba la manga de su padre espiritual y compañero accidental de glorias, fatigas, oraciones y peligros.

La poca importancia que el gobierno de Madrid diera entonces á la pérdida de la Seo de Urgel, y el no haberse sabido aprovechar del triunfo conseguido en la capital de España por la Milicia Nacional local, fueron las dos causas primordiales que anularon la revolucion y acarrearón á nuestra Peninsula diez años mas de despotismo militar y monacal. El momento era crítico y

oportuno, y el gobierno de Madrid no lo supo aprovechar.

En efecto, de un momento suelen depender la suerte y porvenir de las naciones. La España, su porvenir y su gloria, se hallaban encomendados á un ministerio de honrosos antecedentes, pero débil, y que si bien conocia las exigencias del monarca y las pretenciones del bando reaccionario, no tuvo sin embargo la energía suficiente, ni para oponerse á las maquinaciones del gabinete de las Tullerías, órgano é instrumento de las grandes potencias que formaban la Santa' Alianza, ni para retirarse del poder, donde sus consejos eran menospreciados y escarnecidos.

Aquel ministerio pudo haber hecho entonces servicios inmensos al trono y á la nacion, y sin embargo, el trono conspiraba, y la nacion pagaba con su sangre y sus tesoros los efectos de tan horrénda conspiracion.

El gabinete de Madrid no supo adoptar, durante siete dias de acefalismo, ninguna medida, ninguna determinacion que pudiese redimir el trono del vilipendio á que estuvo espuesto, y al pueblo de la improvocada agresion de que fue victima. Los ministros temerosos de la responsabilidad, permanecieron encerrados con el rey, suponiéndose arrestados por la guardia rebelde del Palacio, y abandonaron la nacion á sus intestinas discordias y á sus propios recursos.

El dia 7 de julio de 1822, debió haber sido el mas famoso en los fastos de nuestra historia, y el mas céle-

bre de los días que formaron época en la nación, si el partido constitucional hubiese aniquilado entonces todos los elementos del poder arbitrario, y eliminado del cuadro de la sociedad á los apóstoles del fanatismo, que sedientos de prerogativas y privilegios intentaban destruir la libertad y eregir nuevamente, sobre sus ruinas, el demolido edificio que en otros tiempos sostuvo una aciaga obediencia, una supersticiosa credulidad.

Desde aquel día se puede asegurar que principió la guerra civil de España; guerra que dió por resultado diez años de opresion y despotismo.

Centenares de prisioneros llenaban las cárceles de Madrid; pero sea dicho en obsequio de la humanidad y del generoso comportamiento de los vencedores del 7 de julio, solo uno fue conducido al suplicio, el teniente de la estinguida guardia real rebelde Don F. GORFIEU, autor del asesinato del 30 de junio en la persona de su compañero de armas D. Mamerto Landaburu, que fue condenado por los tribunales á sufrir la última pena en garrote vil, cuya sentencia se ejecutó en la plazuela de la Cebada.

Pero los autores, los gefes de la sedicion de la guardia real fueron respetados, y aunque muchos se hallaban en las cárceles de la capital para satisfacer la vindicta pública, ninguno de ellos fue molestado, ni juzgado por tribunal alguno por el delito de lesa-nacion de que estaban acusados y convictos.

La *Regencia de Urgel* continuaba en sus desafueros:

redoblaba sus criminales esfuerzos, y el *ejercito de la fe* organizado en territorio francés, principiaba ya á invadir las provincias de Cataluña, Aragon y Valencia, mientras que en otros puntos de lo interior de la península se presentaban ya, como gefes de guerrillas facciosas, el fraile *Mossen-Anton*, el *Trapense*, *Bessieres* y el cura *Merino*.

La *Regencia de Urgel* protegida por el gabinete de las Tullerías, y eficazmente apoyada por el ejército francés de observacion en el Pirineo, fue aumentándose con los subsidios y refuerzos de hombres de los pueblos de Cataluña que eran materia dispuesta á servir á cualquier partido con tal que les facilitase medios de subsistencia.

Era tal la osadía de las hordas del bando absolutista y tanto el descaro con que perpetraban actos de devastacion y de vandalismo en el Principado de Cataluña en el último tercio del año 1822, que el gobierno constitucional se vió precisado á organizar un ejército de operaciones para esterminar la faccion franco-apostólica, cuyo mando se confirió al general don Francisco Espoz y Mina siendo nombrado el señor Zorraquin, oficial de mérito extraordinario, gefe de su estado mayor.

La presencia de Mina en Cataluña aterró á los facciosos del Principado: su brillante ejército los castigaba y batía en todos los encuentros; pero la guerra civil se estendia al mismo tiempo á otros puntos de la Península. El brigadier suizo Ulman, al servicio de la regencia de Urgel, dentro del radio de Valencia, el *Trapense*

gefe realista en Aragon, el cura Merino, furibundo defensor del altar y del trono en Castilla, y otros cabecillas del ejército feota, predicaban la rebelion y el alzamiento en las aldeas y pueblos separados de las capitales de provincia, y fanatizaban el espíritu de los sencillos habitantes, haciéndoles creer que estaba amenazada la religion que ellos mismos profanaban, y describiéndoles el gobierno constitucional y los liberales todos con calumniosos colores, para persuadirles que la heregia y el sacrilegio eran las bases de la libertad proclamada; que el rey estaba supeditado y preso por una faccion desorganizadora y proterba, que los altares y los templos del Señor eran tabernáculos de orgias populares, y que la legitimidad y la soberania del monarca, prerogativas de derecho divino, habian sido usurpadas por los demagogos de la escuela de Robespierre y de Danton.

Muy pronto la fuerza militar de España tuvo necesidad de operar en todo la Península, siendo para ello menester el auxilio de todos los recursos del Tesoro público para hacer frente á los pedidos del ejército y á las diarias urgencias de la guerra civil. Los pueblos prevenidos contra el gobierno, y acosados por las bandadas facciosas, ni querian, ni podian pagar las contribuciones legalmente impuestas por las Cortes, mientras que de otra parte, con las vicisitudes de la campaña se aumentaba la escision en el seno mismo de las familias, y España toda presentaba un centro de confusion y de

desorden por los conflictos de todos los elementos de discordia y de maldad, que se oponían á las bases de la legalidad, decoro é independencia de los poderes establecidos por la Constitucion.

El gabinete de Madrid, incapaz de hacer frente á las extraordinarias circunstancias del pais, desatendió sus relaciones exteriores, y contempló con criminal indiferencia los preparativos de guerra con que la Francia disponia su agresion liberticida.

La opinion pública tenia aun en Madrid órganos acreditados, y cediendo el monarca á sus diarios clamores, retiró su confianza á los consejeros de la corona que le rodeaban el dia 7 de Julio, nombrando otros ministros que tuviesen mas popularidad y manifestasen mayor energia. Pero ya era tarde, la suerte de España estaba decretada en los conciliábulos de la Santa Alianza, la política de las grandes potencias habia trazado al gabinete de las Tullerías su odiosa mision.

El personal mismo del nuevo ministerio de Fernando VII, dió pábulo á chismes diplomáticos en Paris, donde los plenipotenciarios de la Santa Alianza hacian servir al célebre conde de Chateaubriand de órgano fanático de sus diabólicas maquinaciones, recordándole como propicio, el momento de restaurar en España las glorias de la Francia, humilladas y deprimidas en la guerra de 1808 en la Península.

Inmediatamente se cruzaron las estafetas con las notas dirigidas á la Côte de Madrid por mediacion de los

agentes de Francia, Rusia, Prusia y Austria, acreditados cerca del monarca constitucional español. El contenido de aquellas notas era inadmisibile, y ciertos párrafos humillaban altamente la dignidad del trono de Fernando VII y el decoro de la nacion.

Don Evaristo San Miguel, primer secretario del despacho de Estado, se vió compelido á responder negativamente á las exigencias de aquellos soberanos, tanto por el honor de la corona de Castilla, como por sostener los derechos é independenciam de España; y sin vacilar ni temer, al recibir el *ultimatum* y las amenazas referentes á su positiva y digna contestacion, entregó los pasaportes á los pleni potenciarios de aquellas grandes potencias, el mismo dia que se le presentaron á requerírselos, quedando asi rotas nuestras relaciones diplomáticas con las Córtes de Paris, Viena, Berlin y San Petersburgo.

Con el rompimiento de nuestras relaciones diplomáticas con la Francia y las potencias del Norte terminó el año de 1822, quedando la España empeñada en sangrienta guerra estrangera y fratricida contienda.

Las criminales esperanzas de los absolutistas se reunaron con la proximidad de sus parciales, los facciosos, á la capital en enero de 1823, y con los recursos y auxilios que esperaba Fernando VII de su augusto primo Luis XVIII, rey de Francia y de Navarra. Entonces no titubeó Fernando VII en retirar su afectada confianza al ministerio, que tan franca y digna respuesta

había dado á los agentes de la *Santa Alianza* en Madrid.

El día 19 de febrero el rey destituyó á sus ministros liberales, nombró un nuevo gabinete, compuesto de personas del partido absolutista. Tan pronto como el pueblo de Madrid tuvo conocimiento de los nombres de los nuevos consejeros de la corona se conmovió, y á cosa de las seis de la tarde se formaron grupos de gente exasperada, en número de dos ó tres mil personas, que se dirigieron al real palacio.

Las tropas de servicio se abstuvieron de hacer resistencia al pueblo, porque ellas mismas participaban de su exasperacion, y pertenecian al ejército constitucional y á la milicia ciudadana, y colocada la multitud en medio de la gran plaza del palacio, pidió con imponente actitud la reposicion en el ministerio de los hombres del partido liberal. El lugar de esta escena fue una especie de campamento durante aquella noche, y al siguiente día Fernando VII espidió un decreto restableciendo el ministerio que el día anterior había sido destituido: el pueblo se retiró victoreando á S. M. y dándole muestras de satisfaccion y agradecimiento.

El gabinete español, bien sea porque se trataba de sostener la libertad, bien porque reposaba en la íntima alianza con la Inglaterra, creyó entonces que el gobierno inglés usaria de toda su influencia para impedir la guerra con que la Francia amenazaba á la España, y que en caso de que su mediacion fuese infructuosa tomaria una parte activa en la defensa de la nacion,

como lo habia hecho en 1803.

Estas justas esperanzas, empero, se fueron desvaneciendo á medida que iba trascurriendo el tiempo y cuando se recibió en Madrid el discurso pronunciado por S. M. británica en la apertura del parlamento inglés se acabaron de desvanecer, porque aquel documento revelaba las intenciones del gabinete de San James, de guardar en cualquier evento la mas estricta neutralidad.

He aqui en sustancia el lenguaje del rey de Inglaterra en aquella época funesta. Decia S. M. B., que desde el momento en que se presentó al parlamento, sus esfuerzos mas asiduos se habian empleado en mantener inalterable la paz de Europa, y que siempre fiel á los principios que habia proclamado á la faz del mundo, y que formaban entonces la regla de su conducta, rehusó cooperar en Verona á ninguna de aquellas medidas que pudieran considerarse como de intervencion de las potencias estrangeras en los asuntos de España, y que desde entonces S. M. B. habia empleado y continuaba empleando sus mas urgentes persuasiones y buenos oficios para calmar la irritacion que por desgracia existía entre el gabinete frances y el gobierno constitucional español, y para evitar, si posible fuera, los desastres y calamidades de una guerra entre la Francia y España.

El discurso de Luis XVIII, pronunciado por S. M. cristianisima en 18 de enero de 1823 al abrirese las cámaras de Paris, ya no dejaba duda de que la guerra

era inevitable, pues que los preparativos del gobierno francés eran tales, y tan artificiosos, que no dejaban alternativa por donde pudiera mantenerse la paz, salvando el decoro y la dignidad del gobierno constitucional de España.

Tan pronto como las Córtes tuvieron conocimiento del lenguaje y hostiles disposiciones de la Corte de Paris determinaron trasladarse, con el rey y su gobierno, de Madrid á Sevilla, como punto que ofrecia mayor seguridad en caso de invasion de un ejército francés, aunque si las Córtes y el gabinete español hubiesen debido juzgar de la opinion pública de la Francia, abiertamente espresada en las cámaras por sus mas distinguidos oradores, no hubieran jamas considerado inminente ni posible una nueva agresion de parte de aquella potencia.

El principe de Talleyrand, órgano sensato de la voluntad de su país, y moderador discreto, en todas ocasiones, del gabinete de las Tullerías, al contestar en las cámaras francesas al discurso de la corona se espresaba en estos términos:

«Señores: hace hoy diez y seis años que, llamado por aquel que entonces gobernaba al mundo, para que le diese mi parecer sobre la invasión de España por sus invencibles legiones, tuve el sentimiento de desagradarle cuando le revelé el porvenir y le predije los peligros que para su imperio iban á surgir de una agresion tan injusta como gratuita y atrevida;

la desgracia fue la recompensa de mi sinceridad.

« ¡Estraño destino el mio! que despues de tan largo periodo me arrastra imperativamente á renovar aquel mismo parecer, á insistir en la misma opinion, á usar de los mismos esfuerzos, y á dar los mismos consejos á nuestro legitimo soberano Luis XVIII.

«El discurso de la corona desvanece casi del todo las últimas esperanzas de los amigos de la paz: mientras que amenaza á la España, me veo en la precision de decir que el discurso de la corona es de funesto presagio para la Francia. La guerra ya no tiene niugun brillo, y á pocos pueden seducir sus dudosas glorias.

« ¡Pares de Francia! un momento, un solo momento os queda para salvar al rey, para redimir á la patria de las consecuencias de una empresa tan gratuita y peligrosa: no lo perdais porque vuestro deber mas sagrado es desengañar á Luis XVIII, sobre los verdaderos deseos de la Francia, los intereses del pueblo francés, los de su corona, y sobre todo informadle del estado actual de España que tan siniestramente se lo han representado sus consejeros, con motivo de sus intestinas discordias.» Los deseos de la Francia, es casi supérfluo decirlos, son unánimemente en favor de la paz. Satisfecha con sus antiguas glorias militares, se contenta con un gobierno paternal que cicatrice sus profundas heridas, causadas por los desastres y la pérdida de sus hijos du-

rante treinta años de guerras y conquistas.

«Por diversos que sean los intereses privados, en el
»vasto territorio de la Francia, en esta cuestion de
»guerra contra España, todos unánimes se han con-
»gregado. Lila piensa como Strasburgo; Lion como
»Burdcos; Marsella como Grenoble.—El mas invete-
»rado espíritu de partido no pudiera desmentir esta
»patente asercion.»

Así discurre el patriarca de la diplomacia europea, demostrando punto por punto todos los males que la ruptura con la España, en 1625, pudiera acarrear al comercio, á la agricultura y á la industria de la Francia, y decia despues.

«¿Por qué Dios no habrá dado á los potentados de
»la tierra la facultad de contar los sufragios del pue-
»blo en este terrible momento?—De una parte tene-
»mos toda una nacion, de la otra un bando, una pau-
»dilla egoista que solo consulta sus intereses parcia-
»les.»

«¿Qué resentimientos, cuáles quejas puede alegar la
»Francia contra la nacion Española en estas deplora-
»bles circunstancias?—Todas se reducen á que la Cons-
»titucion de España está llena de defectos segun dicen;
»supangamos que en efecto los tuviese. ¿Desde cuándo
»se permiten las naciones vecinas, y se suponen au-
»torizadas á forzar á una potencia independiente, á que
»reforme el código de sus leyes políticas?»

«¡Estraños reformadores, extraordinarios licurgos,

»son cien mil soldados, con los cuales se impondrá la
»ley á catorce millones de españoles!

«Pero la España pelea por su libertad, por
»su independenciam, y la España habiendo sacudido el
»yugo monacal, el de las clases privilegiadas, y el
»absolutismo del trono, presenta un espectáculo in-
»tolerable para los reyes y para el orgulloso bando
»que lisonjea sus malas pasiones: he aquí el lenguaje
de los fautores de la contra-revolucion.»

«Sin embargo, la España empobrecida por
»tantos desastres, abandonada de sus antiguas colo-
»nias, es aun muy rica en valor y heroismo, y por
»prudencia me abstengo de entrar en otros detalles
»sobre las consecuencias que pudiera acarrear á la
»Francia una guerra con España. Bastante he dicho
»para justificar la obligacion que se me ha impuesto
»al subir á la tribuna; era un deber que me pertene-
»cia por mi edad y por mi esperiencia, por mi co-
»nocido respeto á la Francia, y porque amo al rey y
»á su familia. A mi me tocaba cumplirlo por la par-
»te prominente que tomé en las negociaciones di-
»plomáticas de la doble restauracion entre la Francia y
»los Borbones.»

»Se dice que Luis XVIII, compromete el decoro y
»la alta dignidad de su corona si no venga las injurias
»que la revolucion hace sufrir á Fernando VII: yo diré
»á la cámara que su antecesor Luis XIV, nunca se aven-
»turó á vengar injurias mas ultrajantes y de mayor cuan-

»tía que las que hoy se alegan, y en materias de honra y decoro, Luis XIV no es un modelo despreciable.

»Mis relaciones personales con Fernando VII durante su cautiverio en Valencay me autorizan á hablar así, y mucho pudiera decir de sus calidades y de los sentimientos que le animan hácia sus súbditos»

Este notable documento manifiesta la injusticia y la maldad del gobierno francés en 1823, relativamente á su política con España y aunque los sucesos posteriores no corroboraron las esperanzas del gran diplomático del siglo, es indudable que no está distante el periodo en que se realicen completamente.

La revolucion es general en Europa; la antorcha de la libertad ilumina todos sus confines; Luis Felipe primero ex-rey de los franceses, la encendió en julio de 1830, en la hoguera de la revolucion en *Paris*. La llamada «*Republica de febrero*» de 1848 la ha propagado y ¡hay! del dia en que su luciente resplandor se apagára, que el porvenir de la Francia misma y el de todos los pueblos á quienes su ejemplo emancipó del despotismo de los reyes por derecho de la caduca legitimidad perecerian entre las llamas de una renaciente Inquisicion, victimas de las iras del Vaticano, y al empuje de las lanzas de los cosacos del Don.

CAPITULO XXVI.

LA INTERVENCION FRANCESA

«Si dans les diferends où l'Europe nous plonge,
«La trahison, le meurtre est le sceau du mensonge,
«L'un et l'autre monarque, cruel également,
Ainsi que dans le crime, est dans l'aveuglement.»

(HENRIADE, chant II.)

Apesar de que la opinion emitida por el principe de Talleyrand debia considerarse como la opinion de toda la Francia, relativamente á la proyectada guerra contra España en 1823, y que los hombres de la mas esclarecida reputacion en Inglaterra participaban de los mismos sentimientos en favor del gobierno constitucional español, y de que el lord Liverpool hubiese manifestado en las cámaras su conviccion íntima de que los intereses generales de Europa y la paz del continente depen-

dian de la conservacion de las buenas relaciones entre Francia y España, no por eso el gabinete británico aparentaba menos ambigüedad en su ulterior conducta.

El lord Liverpool fué aun mas esplicito; hizo la apologia, á la faz de Europa, del mismo gobierno español á quien la Francia trataba de derrocar, y dijo en la cámara de los lores que la revolucion de España era tanto mas digna de respeto, cuanto que no habia sido sangrienta, y no merecia las calumnias con que la Santa Alianza la queria mancillar, pues solo habia costado la vida de aquel Goiffieux que habia asesinado al desgraciado Landaburu el dia 50 de junio de 1822, en los umbrales del palacio del rey en Madrid.

¿Cómo, pues, pudiera la España haber creido entonces que el gobierno británico se limitaria á interponer tan solo sus buenos oficios en favor del mantenimiento de la paz, y que en el caso inminente de la agresion liberticida de la Francia no hubiera tomado una parte activa en auxilio de la libertad de España? La Inglaterra, sin embargo, se mantuvo neutral y fria espectadora de la invasion de la Península por el ejército francés, bajo las órdenes del duque de Angulema, en los momentos mismos en que el general Mina, en la provincia de Cataluña, obtenia sucesivas victorias contra el ejército de la Fé, lo dispersaba en todas direcciones y se apoderaba de los fuertes de la Seo de Urgel, en la madrugada del dia 3 de febrero, foco y residencia de la llamada regencia de España y de sus Indias

El general Torrijos, gefe del 5.º distrito militar y comandante general del ejército constitucional de Navarra, con la bizzarria propia de su carácter, hacia prodigios de valor sobre nuestra frontera, habiendo tomado el dia 5 del mismo mes de febrero el fuerte de Irati, mansion y arsenal de la llamada Junta Real de Navarra, á cuyo frente estaba el marqués de Mata-florida, tomando á los facciosos gran cantidad de armas y pertrechos de guerra, que dejó bajo la custodia del teniente coronel don Ramon Araoz, en Irati mismo.

Esta victoria obtenida por el patriota Torrijos, hizo mucha impresion en el pais fronterizo, pero vino á neutralizarla el discurso pronunciado por el rey de Francia en las cámaras, como lo manifestó el mismo general Torrijos en su parte oficial desde Pamplona, con fecha 10 de febrero, 1823, al ministro de la Guerra.

Y como las palabras de Luis XVIII no dejaban esperanza alguna de que se conservaria la paz con España, la opinion mas acreditada parecia dictar que las Córtes y el gobierno con el rey emprendiesen su viaje á Sevilla, sobre todo si se consideran los preparativos de guerra que se hacian entonces en Bayona, San Juan de Luz, y otros puntos de la línea fronteriza de los Pirineos. Y aunque Fernando VII pretestaba hallarse indispuesto, para dar tiempo á sus partidarios de sorprender á las Córtes y al gobierno constitucional en Madrid, no fué dable prolongar por mas tiempo su estancia en la Capital, y el 20 de marzo salieron SS. MM. y AA. para Sevi-

lla, acompañados de dos batallones de la milicia nacional, un escuadrón de dragones de Almansa, dos batallones de infantería del ejército, con todos los diputados á Córtes y los secretarios del despacho.

Aquí conviene notar que la desunion del partido liberal, llevada á colmo entre los masones y comuneros, habia obligado al rey en 19 de febrero á destruir el ministerio de don Evaristo San Miguel, y que este motivo dió ocasion al conato del monarca de nombrar un gabinete absolutista, que como se ha dicho (en el capítulo anterior) no tuvo efecto; però el día 27 del mismo mes, ya calmada la exasperacion del pueblo, el rey llamó á don Alvaro Florez de Estrada y al señor Calvo de Rozas para que formasen un gabinete que reemplazase al señor San Miguel que se retiraba.

El general Torrijos que fué nombrado ministro de la Guerra, y los señores Diaz del Moral y Zorraquin, miembros del supremo tribunal de justicia, propuestós tambien para formar parte del gabinete, no quisieron aceptar los cargos que se les conferian.

Llegadas las Córtes con el rey á Sevilla sin ningun contratiempo en el camino, S. M. y la real familia se alojaron en el Alcázar; Fernando VII llamó á Florez de Estrada y á Calvo de Rozas para que le designaran las personas que habian de ocupar los ministerios de la Gobernacion y de Ultramar; y como le propusiesen para el último al señor Mendez, brigadier de marina, hombre de la confianza de la asamblea de los comuneros, y á

quien los masones veían en el gabinete con mucho recelo, estos se unieron aquella misma noche, y con ellos 36 diputados á Córtes, en cuyo nombre y el de los ministros del gabinete San Miguel, elijieron una comision, en que figuraban los señores Gasco y Navarro, para que inclinasen al rey á destituir el ministerio Florez de Estrada, cosa á que S. M. accedió con alguna repugnancia.

Por la parte de Cataluña el ejército constitucional también cubría la línea de los Pirineos, segun el plan de campaña del general Mina, ocupando el general Gurrea las posiciones de Camprodon y Mollet con 1500 hombres de tropas constitucionales. El ejército de Mina se componia de 35000 combatientes bien disciplinados, de los cuales 15000 ocupaban los puntos limítrofes del Pirineo, y los otros 20000 guarnecian las plazas de, Figueras, Gerona, Barcelona, Tarragona, Tortosa, Lérida, Mequinenza y Hostalrich, de modo que el Principado estaba perfectamente en el caso de hacer frente á toda agresion de parte del ejército francés, aniquilando al mismo tiempo á los facciosos.

El baron de Eroles, gefe del ejército ridiculo de los feotas realistas, hombre romántico, y de algun genio militar, ocupaba con sus tropas, y bajo las órdenes del mariscal Moncey, las posesiones de las Garrigas y San Esteban, frente de los puntos avanzados de la brigada liberal de Gurrea. Las tropas de Eroles se componían de unos 8200 hombres, mantenidos, equipados y pa-

gados por el gobierno francés.

La salida del general Torrijos de Navarra y Vizcaya para ir á Sevilla á ocupar el ministerio, que al fin no quiso aceptar, dejó las provincias del Norte en peor estado, aunque Jáuregui y Zamañacárregui, gefes del ejército constitucional, escarmentaban y mantenian en jaque á los facciosos, que al mando del general Quesada y del cura Gorostidi, ocupaban San Juan de Luz, y Pié de Port, auxiliados por los franceses.

El dia 5 de abril, el ejército invasor del duque de Angulema cruzó el Bidasoa, encontrando poquisimos obstáculos en su marcha sobre Madrid: solo las guarniciones de Pamplona y San Sebastian resistieron obstinadamente, por algun tiempo, los ataques de las columnas francesas destacadas para someterlas. Pero finalmente por falta de viveres ó por habérselas envuelto en la vergonzosa capitulacion del general Murillo en la Coruña, tuvieron que rendirse á discrecion, ó bajo cláusulas que significaban lo mismo para la tropa y oficiales subalternos, aunque es cierto que costaron antes alguna pérdida á las tropas invasoras.

El dia 20 de mayo llegó el duque de Angulema con sus tropas y el cuartel general á las inmediaciones de Madrid. El famoso cabecilla Bessieres, al frente de una crecida banda de facciosos, tuvo el atrevimiento de presentarse entonces á las puertas de la capital, cuando el general don José de Zayas, que mandaba la guarnicion, acababa de concluir un tratado con el mismo duque de

Angulema, por el cual se convino que las tropas francesas ocuparían pacíficamente, al otro día, la villa de Madrid, sin molestar en lo más mínimo á los habitantes, y con la condición expresa de que los facciosos se abstendrían de entrar, á fin de precaver escenas de venganza que naturalmente su presencia había de provocar, ante un pueblo liberal, y en el estado de exaltación de todas las pasiones.

Pero tan pronto como el general Zayas tuvo noticia del conato atentatorio de Bessieres para tomar á Madrid á viva fuerza y que tenía ánimo de que los suyos perpetrasen desórdenes y devastasen la población, fue á su encuentro á la puerta de Alcalá, donde ambos gefes tuvieron una conferencia verbal, á la que puso término la obstinación y audacia del enemigo Bessieres, empeñando una batalla sangrienta en la cual los facciosos y su caudillo llevaron lo peor de la refriega, y tuvieron que retirarse escarmentados y con una precipitación vergonzosa.

Al siguiente día entró en Madrid el ejército francés, sin aquellos impertinentes auxiliares que capitaneaba Bessieres, y las tropas constitucionales españolas salieron para ir á unirse á la división del general don Enrique O'Donnell que se hallaba en la Mancha. Pero por desgracia, esta unión, ya no podía verificarse, porque O'Donnell había perjurado de sus compromisos con la patria, y había publicado una proclama sediciosa contra las Cortes y el gobierno constitucional, some-

tiéndose á las órdenes del ejército invasor.

Este era el mismo O'Donnell, aquel conde de La-Bisbal, que en 1820 proclamó la constitucion en santa Cruz de Mudela, y vino sobre Madrid á obligar á Fernando VII á que jurase la constitucion de 1812.

A principios de junio de 1825, salió ya de la capital una fuerte division de tropas francesas para Andalucía, con el fin deliberado de sorprender á las Córtes y rescatar al rey en Sevilla. Fernando VII no lo ignoraba, y hacia para que á la llegada de las tropas invasoras hubiese en las orillas del Guadalquivir una parte del pueblo predispuesta á recibirlas como una falange salvadora del monarca que la regencia de la Seo de Urgel representaba como cautivo de los liberales. S. M. hacia frecuentes escursiones al barrio de Triana, y llegó á ser estremadamente popular entre aquellos moradores.

Pero las Córtes y el gobierno oficialmente informados de la entrada de los franceses en Madrid, y de sus movimientos sobre Andalucía, resolvieron por unanimidad trasladarse á Cádiz con el rey.

Las Córtes nombraron una comision especial, presidida por don Cayetano Valdés, para que comunicase á Fernando VII la resolución del Congreso y se dispusiese el viaje de S. M. El monarca, no obstante las razones que la comision le espuso, y el inminente peligro de verse muy pronto Sevilla sorprendida por el ejército francés, respondió con mucha viveza y con algun enfado á los miembros de la comision que acababan de diri

girle la palabra: «No quiero ir á Cádiz : como hombre, «no puedo, y como rey, mi conciencia no me lo permite»; retirándose inmediatamente á su aposento con muestras nada equívocas de indignacion y de disgusto.

Enteradas las Córtes de la contestacion dada por Fernando VII á la comision, al ingresar esta en su seno, se declararon en sesion secreta y nombraron una regencia provisional durante el viage del rey á Cádiz, que tuvo efecto inmediatamente y contra su espresa voluntad.

Tan pronto como las Córtes con Fernando VII salieron de Sevilla, los gitanos y demas moradores del barrio de Triana se amotinaron, y en dos grupos considerables se dirigieron al puerto y á las orillas del rio, donde estaban para embarcarse las oficinas y archivos del Estado, equipages y efectos de todos los funcionarios públicos, y que ya se habian colocado á bordo de los buques que debian trasportarlos á Cádiz, y en medio de los sediciosos gritos de «viva el rey absoluto» en pocas horas pillaron cuanto pudieron, redugeron á ceniza la propiedad y los bajeles en cuyo seno se custodiaba, y se dirigieron despues á completar sus depredaciones al edificio de la inquisicion, que era el arsenal de armas y municiones para defensa de la ciudad.

Aquellas hordas de fanáticos, en su furor y precipitacion por concluir la obra de esterminio que se propusieron consumir, y deseosos de proveerse de fusiles y cometer horrores en la poblacion, no usaron de precau-

siones de ninguna especie, y probablemente entraron fumando en el almacén que contenía la pólvora y los cartuchos, y en un instante se inflamó el combustible, y unos 400 de aquellos ilustres defensores del despotismo saltaron hechos pavesas por el aire, en medio de las llamas y del humo, de que fué horrible precursora la mas imponente denotación.

Lo mano de Dios vino así á poner término á escenas de brutalidad, pillage y devastación que hubieran causado muchos dias de llanto, horror y luto á la hermosa é invicta capital de la antigua Bética.

Sin embargo, la obra execrable de los déspotas se acercaba á su complemento; la Santa Alianza iba pronto á recoger el fruto de sus inmundos laureles, y Luis XVIII y Fernando VII iban también á recibir las maldiciones postreras de millares de víctimas sacrificadas por la seducción de unos y la deslealtad de otros, en las aras del despotismo, que con tan criminal ceguedad se eleváran en España en 1823, por los caudillos de los ejércitos de uno y otro monarca.

Ya las Cortes con el rey habían llegado á Cádiz, cuando la división de tropas francesas procedente de Madrid entraba en Sevilla, jactándose de haber atravesado las gargantas peligrosas de Despeñaperros, sin obstáculo ni resistencia por parte de los españoles, á pesar de que en 1810 y 1811 las huestes de Napoleón Bonaparte encontraron en ellas un sepulcro.

Menos afortunado el mariscal Mincey, que con las su-

yas invadía la provincia de Cataluña al propio tiempo, encontraba adversarios aguerridos y leales en las tropas españolas del ejército de Mina. Allí no hubo traición, no se conoció la alevosía; los gefes y los soldados morían en el campo de batalla gritando ¡Viva la libertad! No fué así en el ejército constitucional del centro bajo las órdenes del general Ballesteros, y del cual dependía la suerte y la existencia toda de la causa de la libertad y de la independencia de España. Lejos de nosotros la idea de increpar por su conducta á los gefes ni á los soldados que entonces estaban á las órdenes de Ballesteros; sabemos que todos eran leales, todos subordinados, y que como españoles jamás abandonarían la causa del pueblo en que nacieron. ¿ A quién pudiera España en 1823 haberla entregado con mayor confianza? Ballesteros, el héroe de cien batallas en la guerra contra Napoleon; Ballesteros, el consejero de Estado, el ayudante del rey, el Padilla de la España moderna, el restaurador de su libertad en 1820; Ballesteros, para quien entre Constitución ó muerte no había alternativa honrosa, debió necesariamente ser el gefe, el árbitro del ejército constitucional español, y el último en quien debieron estrellarse las sórdidas propuestas del general que mandaba el ejército invasor. Los Riegos, los Torrijos, los San MIGUELES le estaban subordinados, y todos dispuestos á cumplir el voto que su honor les impusiera daban admirable ejemplo de españolismo, bizarría y lealtad: sus nombres serán eterno galardón de

las glorias de la patria, á despecho de los impuros que se apellidan héroes por hazañas sin gloria, en días menos borrascosos. Sin embargo, Ballesteros fué desleal; Ballesteros sucumbió á la seducción, y con él sucumbieron miles de soldados que la nación le había confiado.

Las tropas francesas, no habiendo podido sorprender á las Córtes y al rey en Sevilla, marcharon sobre Cádiz, haciendo antes todos los aprestos y preparativos hostiles para sitiar por tierra aquella hermosa ciudad, mientras una formidable escuadra naval la bloqueaba por mar, y que la Inglaterra observaba con estricta neutralidad las agonías de la causa constitucional y el triunfo del despotismo en España.

Muy pronto los franceses demolieron las obras estereiores de la plaza y la redujeron á un grado de escasez de provisiones, bastante para hacer dudosa una larga resistencia. Colocaron tambien una línea de cañoneras de poca quilla, sobre los arrecifes llamados *las puer-cas*, con piezas de artillería de á 36, desde donde hacian grandes estragos con sus fuegos sobre la ciudad. El fuerte del Trocadero, que solo podia ser espugnable á favor de la baja marea, fué atacado de noche y asaltado con pérdida de 500 á 400 hombres, entre ellos muchos milicianos de Madrid. El castillo de Sancti-Petri, fogueado por dos navíos de guerra franceses, pronto quedó demolido, y Cádiz así circumbalada, quedó sin recursos y abandonada á si misma. Riego, solo Riego

era la esperanza de los sitiados liberales, y para reanimarla, Riego se aventuró á salir de la plaza con ánimo resuelto de despertar la llama del entusiasmo en los pueblos y en las tropas que á su tránsito pudiera encontrar. Pronto se halló lejos de Cádiz y sumido en la perplejidad, porque nadie respondia á sus patrióticas escitaciones, y en este estado resolvió dirigir sus pasos al encuentro de la division del general Ballesteros, en la que creia hallar vigorosos elementos para levantar el sitio de Cádiz, ó al menos para reanimar el pais y ponerle á cubierto de las depredaciones del enemigo.

Aquí la pluma se resiste á pintar con los colores merecidos el cuadro de desmoralizacion é indisciplina en que Riego encontró los restos de aquel ejército, poco antes apoyo de la libertad, y entonces ya convertido en instrumento menguado de un gefe traidor y desleal. Ballesteros habia firmado un convenio con el duque de Angulema y con los generales franceses del ejército invasor... El inmortal Riego huyó presuroso de aquel centro de perjurio y se arrojó á implorar auxilio de los pueblos comarcanos; pero en uno de ellos halló una celada de facciosos realistas que pérfidamente le prendieron para poner término á su gloriosa y patriótica carrera de un modo trágico. Aquella horda de foragidos le llevó como prisionero de guerra al cuartel general del ejército francés, desde donde fué conducido como si fuera un villano á las cárceles de Madrid.

Cádiz estrechada cada dia mas por las tropas de la

escuadra francesa, oía ya los lamentos de su población cuyas privaciones iban en aumento. El rey Fernando VII, pretestando una inocente disipación de los graves negocios en que al parecer se ocupaba, colocábase en la azotea ó mirador de la casa que le servía de régia morada, y por medio de una pandorga ó cometa que echaba á volar, hacia signos telegráficos, combinados con el duque de Angulema, por medio de los cuales el nieto de San Luis estaba informado del estado angustioso de la plaza, al que, las Córtes y el gobierno constitucional, no podían ya mostrarse indiferentes. En este deplorable predicamento ya fue preciso transigir con los sitiadores, y ofrecerles la entrega de Fernando VII y su real familia, para cuyo rescate declaró el duque de Angulema había invadido la Península.

Este ofrecimiento de las Córtes fue aceptado con júbilo de parte del jefe del ejército invasor. El fuego de los sitiadores cesó inmediatamente, y las comunicaciones se abrieron entre la plaza y el cuartel general francés. Restituido así Fernando VII á la plenitud de su despotismo y tiránicos instintos, y para mejor saciar su espíritu de venganza, dió un decreto de indulto y perdón general á todos los constitucionales; pero tan pronto como salió de Cádiz, y se halló ya rodeado de bayonetas francesas, revocó aquel decreto y publicó otro en sentido sanguinario y esterminador contra todos los liberales, y nombró en calidad de presidente de su consejo de ministros al canónigo inquisidor don Víctor

Saez, su ilustre confesor.

Con este decreto memorable y atroz se inauguró el reinado absoluto de los últimos diez años de la existencia de Fernando VII, y Luis XVIII colmó la obra del despotismo, cuya restauracion le habia confiado la Santa Alianza. Para que se juzgue de la moralidad y de la buena fé de las potencias del Norte que la formaban, estamparemos aqui el lenguaje del emperador de Rusia al reconocer la Constitucion española de 1812, en el tratado de Wellki Louki, cuya pálida copia fue la Constitucion de 1857 que tanto repugnaba á los consejeros de S. M. C. en 1844.

Decia entonces S. M. I. «El emperador de todas las «Rusias, reconoce como legítimas las Córtes generales «y extraordinarias, reunidas en Cádiz, como igualmente «la Constitucion promulgada, y sancionada por las mismas Córtes y la regencia de España.»

El rey de Prusia, decia tambien en el tratado que firmó con España en 20 de enero de 1814. «Reconozco á «Fernando VII, como único rey legítimo de la monarquía española en ambos emisferios, como igualmente «á la regencia del reino que durante la cautividad del «rey le representa, en virtud de la legítima eleccion que «de ella han hecho las Córtes generales y extraordinarias «del reino, así como tambien reconozco legítima la Constitucion promulgada en Cádiz por las mismas Córtes «en 1812, jurada y aceptada por la nacion Española.»

Finalmente, el consejero canciller del imperio de

Rusia, conde de Romanzoff, escribía en 25 de noviembre de 1812, al señor Zea Bermudez, en estos esplicitos términos. «S. M. I. ha recibido la Constitucion Española «como un nuevo testimonio de los sentimientos que animan al gobierno de S. M. C. respecto de S. M. I. y con «tanta mas satisfaccion quanto que este acto solemne «es una garantía segura de prosperidad para una nacion «tan leal y heroica como la España, á la cual el emperador de Rusia profesa los sentimientos de la mas sincera estimacion.»

Creemos haber cumplido un deber histórico al trasladar las frases con que los soberanos del Norte se expresaron al reconocer como legitima la Constitucion de 1812, que su delegado el rey de Francia arrebató á los españoles en 1823, para restablecer el despotismo de Fernando VII. Todas las consecuencias que de ello se deducen son poco favorables á la moralidad de los reyes, y á la pureza de sus consejeros, pero culpanse á si mismos y no culpen á los pueblos, porque nunca podrán ser mayores el respeto y la sumision que les impongan, que el respeto y veneracion que su conducta les inspire.

Reinstalado por estos medios á su absoluto dominio, emprendió Fernando VII su regreso á Madrid á pequeñas jornadas, parándose con su nueva corte en Sevilla, en Córdoba, y en otros pueblos de su tránsito, gozándose en los horrores que sus partidarios cometian contra aquellos que sospechaban afectos á los principios de li-

bertad é independencia nacional. En Sevilla tuvo el gusto de oír S. M. un nuevo género de aclamaciones á las cuales los régios personajes no podrian acostumbrarse fácilmente: «¡Viva el rey disoluto! ¡Muera la Nación! ¡Queremos cadenas! ¡Písenos V. R. M....!» Estas eran las palabras de bienvenida y felicitacion con que la hez del barrio de Triana saludaba al monarca y real familia á su tránsito para la capital de las Españas; estas las aclamaciones de los partidarios del rey absoluto en 1825; ¡singular coincidencia seria que despues de veinte y seis años, las turbas del fanatismo apostólico, acaudilladas por hombres que en aquellos tiempos hacian alarde de pertenecer al partido liberal, saludasen otra vez á la augusta hija de Fernando VII, ahora reina constitucional de las Españas, con iguales é inmundas aclamaciones!!!

Pero sigamos los tristes sucesos que acompañaron entonces el triunfo del despotismo. El general don Rafael del Riego representaban, á los ojos del monarca y de la Santa Alianza, á la revolución vencida y humillada: era pues una consecuencia irremisible que el noble Riego fuera la primera víctima del furor insano de sus cobardes vencedores.

Preso, como ya se ha dicho, en las cárceles de Madrid, y custodiada su prision por tropas del ejército francés, se instruyó una especie de sumario contra él, que servia de base á las aparentes formas de un proceso, que arrojaba calumniosamente el crimen de insir-

reccion militar sobre el desventurado patricio don Rafael del Riego, que era el carácter que los partidarios del despotismo quisieron dar al grito santo de libertad, pronunciado por el ejército constitucional en la isla de Leon en 1.º de enero de 1820, y que fue secundado en todos los confines de España con beneplácito de los pueblos que ansiaban el momento de su emancipacion.

El rey, sabedor de la situacion en que Riego se encontraba, evitó por entonces su entrada en Madrid, porque le era deudor de alguna gratitud, particularmente en los sucesos del dia 7 de julio de 1823, en que la suerte del monarca y de su real familia quedó á merced de la generosidad de los vencedores, entre quienes la voz del general Riego se hacia oír para conservar ileso el prestigio debido al solio y á los reyes. ¿Pero, cómo esperar agradecimiento del endurecido corazon de Fernando VII, cuando en todas las épocas de su reinado vimos perecer en el cadalso á sus mas leales y distinguidos servidores, á los mas ilustres varones que habian merecido bien de la patria? Toda esperanza fue vana, y el inmortal don Rafael del Riego fue arrastrado al último suplicio el dia 13 de noviembre de 1823, y su cuerpo hecho pedazos y espuesto é insepulto, para que sirviera de pasto á las fieras en cinco distintos puntos de la superficie de España, saturada con la sangre de millares de víctimas que á un mismo tiempo caian bajo el hacha de los verdugos pagados por los agentes de la Santa Alianza, para estirpar el gérmen del partido li-

beral, y restaurar en España el mas rudo é insoportable despotismo, el despotismo de Fernando VII, supeditado por el bando apostólico y monacal.

Así terminó la brillante carrera del general Riego. Así hizo pausa la revolucion en 1823, para renacer despues de diez años, de su primitivo foco que es la Francia misma, de cuyo fecundo seno han nacido desde tiempo inmemorial todos los gérmenes de doméstica discordia, que han afligido hasta aqui á la desventurada nacion española, convirtiendo varias veces su vasta superficie en un espantoso cementerio de sus hijos mas predilectos, patrullado por las tropas del ejército francés, para mantener momentáneamente esclavos á los nietos de Lanuza, de Hernan-Cortés y de Padilla.

CAPITULO XXVII.

LA ESPATRIACION.

„Paseábase el rey moro
Por la ciudad de Granada,
Desde la puerta de Elvira
Hasta la de Bivarrambra.“
¡Ay de mi, Alhama!

(ROMANCE DOLOROSO).

Guerrero, á quien la invasion del ejército francés habia obligado á salir de Madrid con la Córte, y con la fuerza voluntaria de la Milicia nacional, se batió brazo á brazo en el asalto que los granaderos franceses dieron al fuerte del Trocadero con el principe de Saboya Carignan, con ese mismo Carlos Alberto, que siendo despues rey de Cerdeña y del Piamonte, acabó de reinar peleando por la libertad de Italia contra los austriacos en los campos de Novara; mas viendo que los contrarios eran mu-

chós, que los milicianos de Madrid morian por centenares como héroes, y que Cádiz, el último baluarte de nuestra independencia, iba á sucumbir á las fuerzas enemigas de mar y tierra, se lanzó á la playa y halló al patron de un frágil esquife, que al favor de la oscuridad de la noche, y guiado por el resplandor de los disparos de los mal apagados fuegos de nuestra artilleria del castillo de Sancti-Petri, quiso ampararle y conducirle á bordo del navio francés *Le Tonnerre*, donde fué bien recibido del capitan y demas oficiales que lo marinaban.

Guerrero aceptó aquel seguro refugio por no caer otra vez en manos del padre Marañon y sus secuaces foragidos, que habian acudido desde otras provincias como la langosta á talar los campos de la fértil Andalucía, y que formaban la vanguardia asoladora del ejército liberticida que mandaba el duque de Angulema, y porque no queria deber por segunda vez la vida á la generosidad de Josefina de Comerford, que seguia al fraile Trapense en aquella horrorosa campaña.

Las tres serian de la madrugada cuando los marineros principiaron á lampacear la cubierta del navio *Tonnerre* que seguia anclado á corta distancia de las ruinas del castillo de Sancti-Petri, con masteleros calados, cañones en bateria, y la tropa con armas al brazo tras la red de combate, guardando toda la gente de mar el mas profundo silencio; cuando Guerrero, que se hallaba tendido en un banco del alcázar de popa, abismado en tristes reflexiones acerca del lamentable término

que las huestes extranjeras habian puesto á la revolucion de España, oyó con asombro á los tripulantes de una falúa española, que venia de la Isla de Leon ó de Puerto-Real, cantar con acompañamiento de guitarras, el siguiente doloroso romance, imitacion del antiguo, titulado el sitio de Albama.

I.

Estaba el general Riego
En la ciudad gaditana,
Bloqueada por franceses,
Con las tropas castellanas:
Ah Cádiz desventurada!

II.

Cartas le fueron venidas
De Sevilla y de Granada,
Que Morillo y Ballesteros
Abandonaban la patria:
Ah Cádiz desventurada!

III.

Al mensajero detiene
Y de muerte le amenaza,
Si no dice á los traidores
Su respuesta libre y franca.
Ah Cádiz desventurada!

IV.

Allí á hablar comienza,
Y de esta manera hablaba:
«¿Por qué juraron tus amos
El libertar á España?»
Ah Cádiz desventurada!

DE COMERFORD.

V.

«¿Por qué juraron morir
Al pie de aquesta Lápida?»
«¿Por qué gritan libertad,
Si la libertad profanan?»
Ah Cádiz desventurada!

VI.

Cuando el mensajero estuvo
Deste modo despachado:
Riego sale de su casa
Y en un caballo cabalga:
Ah Cádiz desventurada!

VII.

Que se toquen las trompetas,
Al mismo punto mandaba,
Y que atambores de guerra
Apriesa toquen alarma.
Ah Cádiz desventurada!

VIII.

Fernando, ese rey tirano
Que fué la ruina de España,
Ordena que el noble Riego
Se salga luego á campaña.
Ah Cádiz desventurada!

IX.

Riego sale presuroso
Por la puerta gaditana,
Sin saber que su monarca,
Aun entouces, le engañaba.
Ah Cádiz desventurada!

X.

Corre, vuela, y al fin llega
A los campos de Granada,
Y encuentra ya á Ballesteros

Sometido á la canalla:
Ah Cádiz desventurada!

XI.

Se presenta entre las filas
A llamar á los soldados,
Uno á uno y dos á dos,
Que gran escuadron formabau.
Ah Cádiz desventurada!

XII.

«¿Para qué nos llamas Riego,
Para qué es esta llamada?»
Dijo un bravo castellano
Que en las filas se ocultaba.
Ah Cádiz desventurada!

XIII.

«Habeis de saber amigos
Una nueva desdichada:
Ya no hay patria, ni hogar,
Ni libertad en España.
Ah Cádiz desventurada!

XIV.

«El nieto de san Luis,
Con sus tropas galicanas.
Por las intrigas del rey,
Tiene á Cádiz sitiada.»
Ah Cádiz desventurada!

XV.

«Dos mil frailes van con él,
Y con ellos la canalla
De serviles y perjuros
Que do quier produjo España.»
Ah Cádiz desventurada!

DE GOMERFORD.

XVI.

Aquí avanza *Ballesteros*
Y de esta manera hablaba:
«Bien se te emplea buen *Riego*,
Buen *Riego* bien se te empleaba;
Ah Cádiz desventurada!

XVII.

«El día siete de julio
Diste vida al vil monarca!
Ahora debes morir
Por saciar su venganza.
Ah Cádiz desventurada!

XVIII.

En esto *Riego* responde,
Con voz muy descompasada;
«Yo sabré morir gustoso
Con tal que se salve España!!!
Ah Cádiz desventurada!

XIX.

«Tú mereces *Ballesteros*
Una pena bien doblada:
Que te pierdas tú y el rey,
Por traidores á la patria!
Ah Cádiz desventurada!

XX.

Pues no se respetan leyes
Y es ley que todo se pierda,
Piérdase Cádiz hermosa
Y la Constitución de España.»
Ah Cádiz desventurada!

XXI.

Oh gran *Riego*, oh gran *Riego*!
Noble Washington de España!
El rey te manda prender

Por saciar su venganza:
Ah, Cádiz desventurada!

XXII.

Y cortarle la cabeza,
Y ponerla en una lanza,
«Porque á ti castigo sea
Y otros tiemblen al miralla.»
Ah Cádiz desventurada!

XXIII.

Entonces los perjurados
Prendieron al noble *Riego*,
Y atado de pies y manos,
Le llevaron al cadalso.
Ah Cádiz desveturada!

XXIV.

Caballeros, hombres buenos,
El español no desmaya,
Que si *Riego* muere al fin,
Otro español le reemplaza.
Ah Cádiz desventurada!

XXV.

De haberse Cádiz rendido
Fernando solo es la causa,
Pero si el rey perdió su tierra
La España será vengada.
Ah Cádiz desventurada!

Este sentido cantar dió claramente á entender á Guerrero que Cádiz habia sucumbido, que algunos caudillos del ejército liberal habian transigido con los franceses, que otros se habian fugado, y que *Riego*, menos afortunado que los demas, iba á ser víctima espiatoria

del odio personal que el rey Fernando VII tenia á los liberales.

Entonces volvió á pensar en su querida Blanca de Gaville, cuyo paradero ignoraba, y sacando del pecho el medallon de oro que contenia su retrato exclamaba:

—¡Qué es de tí, amor mio!... ¿Qué será de mí en este nuevo cataclismo de España? Nuestra union en la tierra raya en lo imposible! ¡La Francia es causa de la ruina de España! ¡tú eres francesa, yo soy español! y sin embargo, ¡yo te adoro! ¡yo no puedo vivir sin tí!! Iré á Paris en busca tuya, porque ya nada tengo que esperar del gobierno despótico que hoy se entroniza en mi patria, merced á las bayonetas de 100,000 franceses que han venido á España para arrebatarnos la libertad. Pero ¡loco de mí! ¿Qué haré yo en Paris? Servir otra vez al gobierno de la Francia, seria cooperar con los verdugos de la libertad á la consolidacion del despotismo; casarme contigo, sin recursos para mantenerte con el decoro debido á tu posicion social, seria una barbaridad, seria esponerte á privaciones sin cuento, y tendrias que seguirme á paises remotos, donde mi emigracion forzosa me ha de conducir sin mas auxilio que el de la Divina Providencia ni mas objeto que el ganar de comer con mi trabajo, y prolongar mi misera existencia por si algun dia puedo volver á mi patria y presenciar aun el triunfo definitivo de la libertad....

Asi engolfado en tristes reflexiones iba discurrendo Guerrero en el alcázar del navío *Tonnerre*, á quien los

franceses bautizaron desde entonces con el nombre de *de Sancti-Petri*, porque fué el buque de la escuadra enemiga que arrasó con sus fuegos las murallas de aquel antiquísimo castillo construido á flor del agua para defensa de nuestras playas contra los corsarios argelinos, cuando vió en un corro que formaban los oficiales de la marina real francesa á otros varios oficiales españoles que como él se habian refugiado abordo del navio, y que departian con calor sobre el mérito militar y estratégico con que las tropas del duque de Angulema habian tomado á Cádiz y asaltado el gran baluarte del Trocadero.

Unos decian que el ejército de Napoleon nunca habia podido alcanzar en 1811 la gloria de entrar en Cádiz; otros con razon sostenian que sin la cooperacion de la escuadra francesa el duque de Angulema no hubie-
ra conseguido la rendicion de Cádiz: finalmente, el capitán del navio *Tonnerre*, pidiendo al *stuart* ó sea al mozo de cámara que les sirviese pronto el almuerzo, quiso poner término á la controversia, afirmando que la rendicion de Cádiz y la toma del Trocadero, eran dos victorias que aumentaban el gran catálogo de las inmarcesibles glorias de la Francia.

Uno de los oficiales, impaciente por almorzar y con mas ganas de comer que de hablar de victorias, dijo con mucho chiste á los circunstantes:

—Señores, dejémonos de disputas cuando se trata de almorzar; y sepan ustedes que yo daría en este mo-

mento todas las glorias de mi tierra por una chuleta de carnero à las parrillas.

«Je donnerais toutes les gloires de mon pays, pour une cotelette panée.

y no lo tomen à broma, porque tengo mas hambre que un maestro de escuela.

Guerrero, à quien llamó sobremanera la atencion el chiste del oficial de la marina francesa por el modo que tenia de justipreciar los triunfos que acababan de conseguir sobre los liberales españoles las armas no siempre victoriosas de la Francia, no pudo dejar de reirse y aplaudir el *quid-pro-quo* del teniente de navio. Pero ¿cuál fué su sorpresa al acercarse al chistoso oficial para cumplimentarle de su agudeza, viendo que aquel hombre era nada menos que su antiguo y supuesto rival Mr. Pierre Battle, aquel alférez de la fragata *Aretusa* que le habia dado tan mal rato el dia del cumpleaños de Blanca de Gaville en Barcelona cuatro años antes?

—¡Caballero Battle!.. exclamó Guerrero, y le preguntó: ¿V. por aqui?

—Si señor; ahí me tiene vd. por esos mares pegando tumbos en el *Tonnerre*, replicó Mr. Battle, como los pegaba hace cuatro años en la fragata *Aretusa* por las aguas de Cataluña, à cuya circunstancià debí la honra de conocer à vd. en Barcelona en casa de nuestro cónsul general el vizconde de Gaville, con la sola diferencia de que he ascendido; entonces era alférez de fraga-

ta y ahora soy teniente de navío; y para esto ha de saber vd. que me ha costado un viaje á las Antillas y otro á la India, y correr algunos chubascos que cuento de milagro, porque la vida del marinero es la verdadera resolucion del problema que tanto se busca del movimiento continuo, amen de ciertos y frecuentes temporales, y otros percances de mar que le ponen á uno á punto de ser pasto de los tiburones y de otros animalitos de buen paladar que surcan mas libres por el reino de Neptuno que los españoles por los dominios de su adorado Fernando VII.

—Pero Mr. Batlle, observó Guerrero al teniente de navío, atienda vd. que si los españoles no somos libres, culpa es de vds. los franceses, que han venido á privarnos de la libertad que habíamos conquistado, y á imponernos el despotismo y la tiranía del rey absoluto.

—Por esto, y porque tengo gana de almorzar, y sobre todo porque repruebo en mi fuero interno la conducta de mi soberano Luis XVIII con la España liberal, he dicho hace poco «que daría las glorias de mi tierra por una chuleta de carnero á las parrillas.» ¿Quiére vd. mas? dijo Batlle.

—Si quisiera, amigo mio, replicó Guerrero con aspecto pensativo y triste; y luego añadió: «Quisiera que me me dijese vd. si sabe, donde está la familia de Gaville.

—Testigo presencial de sus desgracias, repuso Batlle podré dar á vd. noticias muy estensas; pero lo dejare-

mos para luego, porque aqui viene el *stuart*, ó sea el mozo de cámara, con el plausible anuncio de que el capitán espera á vd. y á los demas oficiales españoles de graduacion que se han refugiado esta mañana á bordo del *Tonnerre*, para que tengan la bondad de acompañarle á almorzar; y á nosotros los subalternos del navío, para que vayamos á nuestro refectorio, que como vd. ha de saber, tenemos mesa aparte, y el almuerzo nos aguarda. ¡Hasta luego, señor Guerrero! Aqui me hallará vd. junto á la *bitácora*, porque me toca el cuarto de diez á doce, y entonces hablaremos largo. ¡Hasta luego!

Durante el almuerzo, Mr. Regnauld, que así se llamaba el capitán del *Tonnerre*, estuvo finísimo con los refugiados españoles, y á todos ofreció la proteccion del pabellon blanco mientras durasen las venganzas, asesinatos y todo linage de depredaciones que cometian los secuaces del ejército de la fé, y los partidarios del padre Marañon. Les dijo tambien, que el mariscal Bourmond habia quedado de gobernador de Cádiz, y que siendo hombre muy de bien y conciliador en extremo, los liberales podian estar seguros de que nadie les molestaria en el rádio de su nueva jurisdiccion militar.

Con este preámbulo vino Mr. Regnauld á dar á entender á sus huéspedes á bordo, que el navío *Tonnerre* levaria anclas despues del almuerzo y entraria aquella tarde en la bahia de Cádiz, donde debia reunirse toda la escuadra francesa, y que allí los refugiados españo-

ñoles podrian desembarcar sin recelo de persecuciones, porque hallarian la proteccion eficaz del mariscal Bourmond, ó bien transbordarse á buques neutrales que abundaban en el puerto de Cádiz en aquella ocasion.

Concluido el almuerzo, fué Guerrero, impaciente por saber noticias de la familia de Gaville, á buscar al teniente Mr. Pierre Batlle, que le esperaba ya de pié junto al armario de la bitácora, inmediato al timonel, á quien dada órdenes para que el navio, que ya habia levado anclas y soltado el trapo, diese la proa al Sud-Este, é hiciera rumbo para Cádiz, al tomar suficiente altura para virar de bordo.

Guerrero discurría á paso algo acelerado de popa á proa del navio sobre el alcázar, viendo á los marineros en las vergas soltando los rizos á las mayores y aferando escotas, para ejecutar la maniobra que el contra-maestre del buque les ordenaba con el pito, cuando Mr. Batlle se acercó, y encendiendo un cigarro con el puro que Guerrero tenia en la boca, le dijo: Ya estamos en la mar, amigo mio: sentémonos y hablaremos sin que nadie no sinterrumpa.

—¡Bien pensado! exclamó Guerrero, y doy gracias á mi fatal estrella que por tan desusados medios me ha traído al lado de vd., Mr. Batlle, para saber noticias de una familia que siempre miré como la mia propia, y en la que vd. me conoció bajo distintos auspicios de los que me han obligado á refugiarme á bordo del *Tonnerre*: ¡Quiera el cielo que las noticias que vd. me dé ha-

gan mas llevadera la suerte que me está reservada en el mundo!

—Tenga vd. buen ánimo, señor coronel Guerrero, que los tiranos no son eternos, y dia vendrá en que esa Francia, esa patria mia, dijo Mr. Battle, que hoy.

—¡Por Dios! Mr. Battle, perdone vd. que le interrumpa; pero mi ansiedad es mucha, y mi deseo muy grande por saber de la familia de Gaville; ¿dónde está?

—Los restos de esa familia desgraciada están hoy en la Guadalupe, señor Guerrero. Seré breve en mi relacion, porque conozco que lo que voy á referirle le ha de afectar, dijo el marino.

—¡En la Guadalupe! exclamó Guerrero, como si recibiera una grata nueva. ¡Santo Dios! ¡Qué ventura la mia! Y ¿no habrá hospitalidad para mi en aquella colonia francesa?

—Si señor, repuso Mr. Battle, las colonias como la metrópoli de Francia, son siempre hospitalarias, sobre todo con las victimas que el gobierno francés sacrifica á su errada política, y yo mismo le daré á vd. cartas para el gobernador de la Guadalupe, que es mi tio materno, y él le dará á vd. toda su proteccion, dejando aparte que la vizcondesa de Gaville tiene alli su hogar paterno, pues ya sabrá vd. que ella es criolla, y por esto se ha vuelto á su país natal cuando ha visto que en Europa ya nada halagaba su permanencia.

—¿Y sus hijas? preguntó ávidamente Guerrero. ¿Y Mad. de Saint-Pierre? ¿y Ricardo? ¿y?...

—Cuando el vizconde de Chateaubriand reemplazó al protector de la vizcondesa de Gaville en el ministerio de Negocios extranjeros de Luis XVIII, Mr. de Gaville perdió el Consulado de Francia en Barcelona, y como era ya hombre de años y no contaba los bastantes de servicio para obtener una pension de retiro que le pudiese á cubierto de sus necesidades, hubo de optar entre pasarlo muy mal en Europa ó irse á las Antillas á pasarlo medianamente á la isla de la Guadalupe, de donde era uatural su mujer. Como en aquel momento no habia en el puerto de Barcelona buque alguno pronto á dar la vela para las colonias francesas, fué preciso que el vizconde de Gaville y su familia pasasen á Tolon, donde encontrarían pasagé cómodo en una de las embarcaciones que iban á salir con tropas y pertrechos de guerra para aquella isla, y como la fragata *Aretusa* se hallaba otra vez casualmente de escala en Barcelona, toda su familia se embarcó á nuestro bordo para Tolon.

El dia antes de nuestra salida estábamos todos los oficiales con el capitan Duparc en el teatro; el vizconde, su señora, sus dos hijas y Mad. de Saint-Pierre, estaban tambien como de despedida en el palco del capitan general, y como durante la funcion entrase en el palco de S. E. un ayudante de campo con la inesperada noticia de que los facciosos realistas habian tomado por asalto la plaza fuerte de la Seo de Urgel, y degollado al gobernador y á casi toda la guarnicion, la señora vizcondesa, sus hijas y Mad. de Saint-Pierre se horrorizaron

á punto de ponerse muy malas, y á la señorita Blanca le dió un desmayo del que no pudo volver en sí durante algunas horas. Fué tanto lo que aquella escena llamó la atención pública en el teatro, porque pasaba en el palco del capitán general, que por momentos se suspendió la representación de la tragedia de los Templarios, para dar tiempo á que terminase el sobresalto y confusión que habia producido en los espectadores la dolorosa noticia de la toma de la Seo de Urgel por los facciosos del ejército de la fé.

—Y ¿vd. sabe Mr. Batlle, interrumpió Guerrero; quién era entonces gobernador de la Seo de Urgel bajo la bandera de la libertad?

—No lo recuerdo precisamente, repuso Mr. Batlle, pero imagino que seria persona muy allegada ó muy amiga de la familia de Gaville, por la sensacion que á toda ella hizo la noticia de su muerte, y en especial á la señorita Blanca, que segun decian.....

—¡Era yo mismo, mi querido Mr. Bartlle, yo mismo! y debí mi salvacion y la de mis tropas á quien menos pudiera vd. figurarse; á la señorita de Comerford, á Josefina, á quien vd. conció en casa de Gaville; pero ¡siga vd! siga vd. por Dios, la relacion de lo ocurrido aquella noche en el palco del capitán general.

—Por fortuna, prosiguió diciendo Mr. Batlle, la fonda de las Cuatro-Naciones en que Mr. de Gaville se habia hospedado provisionalmente, desde que levantó su casa del arrabal de Junqueras y entregó el consulado

un cierto Mr. Durand que le reemplazó, no está muy lejos del teatro, como vd. sabe, y allí pudimos trasladar á la señorita Blanca, llevándola con mucho cuidado en nuestros brazos: mientras el capitán Duparc y el vizconde de Gaville daban los suyos á la señora vizcondesa y á Mad. de Saint-Pierre, que difícilmente podían caminar, ni tenerse casi de pié. El parecer de los médicos que asistieron aquella noche á la señorita Blanca de Gaville fué siniestro y desconsolador. Unánimemente declararon, antes que la enferma volviera en sí, que estaba acometida de un derrame ceroso-sanguíneo á la cabeza, que tenía en suma una congestión cerebral acompañada de palpitaciones neurismáticas en el corazón...

—¡Ah! amigo Batlle, si este dictámen de los médicos era cierto, Blanca no pudo sobrevivir, exclamó vertiendo lágrimas el coronel Guerrero.

—Cálmese vd. y escúcheme, señor coronel, repuso con serena expresión Mr. Batlle, y luego continuó: al siguiente día, á cosa de las cuatro de la tarde los médicos creyeron que Blanca estaba menos mal, y que pudiera embarcarse sin riesgo, tomando á bordo todas las precauciones que eran necesarias, atendidas las circunstancias en que se hallaba, y al efecto fué conducida al puerto en un coche y de allí trasladada á una lancha sobre colchones, y conducida cuidadosamente á bordo de la fragata *Aretusa*, donde se la colocó en la misma cámara del capitán Duparc, asistida por su madre, su hermana, Mad. de Saint-Pierre, y la *doucella* Alphonsine,

y del médico de la fragata, Mr. Termes, que no se separaban del lado de la enferma sino para dar esperanzas al desconsolado vizconde de Gaville que si bien adoraba en sus hijas, tenia ademas una marcada predileccion por Blanca.

«Las seis serian de aquella tarde cuando zarpamos del ancladero de Barcelona, largamos las gavias y juanetes, conservando encanastadas las mayores porque arreciaba el viento del Poniente, y con este aparejo nos hicimos al largo de las costas de Cataluña echando unas siete millas por hora. Bien puede vd. figurarse, amigo señor Guerrero, que no se pasaban dos sin que supiéramos por boca del médico Mr. de Termes el estado en que seguia la enferma, y que todos á bordo hubiéramos con nuestra propia sangre querido restaurar su salud y aliviar las angustias de su querido padre.

«A cosa de media noche ibamos entrando en las aguas del golfo de Lyon, y el buque cabeceaba bastante con la marejada de proa, cuando el médico vino sobre cubierta á avisarme que la enferma estaba peor, y que, ó fuese el mareo ó la intensidad del mal, se notaban en ella síntomas alarmantes, vómitos frecuentes, alguna vagancia en sus pocas y mal coordinadas frases, y un gran acceso de fiebre.

Mr. Pierre Battle notó que el coronel Guerrero estaba escuchándole como convulso y que tenia los ojos anegados en lágrimas, pero que se descubria en ellos una espresion siniestra como si tuviera intenciones de

arrojarse á la mar, y cogiéndole fuertemente de las manos continuó diciéndole:

—Deme vd. su palabra de honor de que no atentará vd. contra su propia vida, y bajo esta condicion terminaré brevemente la historia. Cuatro dias despues de haber salido de Barcelona la fragata *Aretusa* ancló en el puerto de Tolon. ¡Blanca era ya cadáver! Su desconsolado y anciano padre recibió al mismo tiempo cartas de Roma en que le anunciaban que su hijo Ricardo de Gaville se habia suicidado; Mad. de Saint Pierre, la vizcondesa y Sofia, lloraban en derredor del féretro de Blanca; de aquel ángel de virtud, de bondad y de sabiduría! y á pocas semanas despues de la inhumacion de sus restos mortales salieron para la Isla de la Guadalupe á bordo de la fragata *Marne*, el vizconde, la vizcondesa y su hija Sofia de Gaville, mientras Mad. de Saint-Pierre iba por mar á Italia á reunirse á su marido, el autor de *Pablo y Virginia*, que se hallaba tambien gravemente enfermo en Pietra-Santa.

«Esta es la suerte infausta que corrió la familia de Gaville; la suerte mia fué bien distinta. Yo ascendí á teniente de navío, y desde entonces navego en el *Tonnerre*, deseando el triunfo de la libertad en Francia, en España, y en todos los paises donde he estado, y sin embargo voy combatiendo la libertad por orden y cuenta del Gabinete de las Tullerías, y jurando eterna amistad y ofreciendo mis pobres servicios por cuenta mia al que fué gobernador de la Seo de Urgel y defendió

aquella plaza contra los satélites del despotismo, y aq
gefe ardoroso y valiente que se ha batido hasta el últi-
mo trance en el Trocadero. Sosiéguese vd., y cuente
connigo para todo.»

Guerrero, penetrado de gratitud y sin poder ocultar
mas su espantoso dolor, se arrojó á los brazos de Mr.
Battle, le pidió perdon por haber tenido celos de él cua-
tro años antes, el dia natalicio de Blanca, y luego sa-
cando del pecho el medallon de oro que contenia su re-
trato, exclamó:

—¡He aquí, amigo mio, la imágen de la que debió
ser mi esposa! He aquí la efigie de aquella divinidad
encantadora á quien vd. mismo confesó «que para amar-
la no tenia el corazon de piedra.» Llore vd! ¡Llore vd.
connigo la pérdida de Blanca de Gaville! ¡Llore vd.
connigo la muerte de un ángel!!! y repita vd. Mr.
Pierre Battle el versiculo final de aquella sentida com-
posicion:

*¡Et je sens, que pour vous aimer,
je n' ai pas le coeur de PIERRE!*

Mr. Battle estrechó al coronel español entre sus bra-
zos, y este despues de una pausa de algunos minutos,
enchida su alma del mas acerbo dolor, refirió al tenien-
te de navío la historia de sus relaciones con Blanca, y
todo lo que le habia ocurrido desde el dia en que se se-
paró de ella en Barcelona, sin omitir ni un ápice del
incidente de la Seo de Urgel en que Josefina de Comer-

ord le salvará la vida despues del asalto de la plaza por los foragidos que capitaneaba Fr. Antonio Marañon.

Mr. Battle se hacia cruces, como suele decirse, al oir lo que Guerrero le contaba, y no podia comprender como el fanatismo hubiese llegado á arrastrar á una señorita como la de Comerford á ser cómplice y participe de los inauditos crímenes que habia cometido el Trapense, ni menos como esa soldadesca desenfrenada que se llamaba «ejército de la Fe,» formase la vanguardia del ejército francés que habia venido á España á las órdenes del duque de Angulema para anonadar la revolucion y restaurar el despotismo de los reyes absolutos y del bando teocrático á quien Fernando VII estaba supeditado.

—En cuanto á Josefina, decia Mr. Battle á Guerrero, me parece que en su conducta hay algo mas que fanatismo por la causa del altar y del trono. Yo me inclinó á creer que esa señorita está aun enamorada de vd. y herida en su amor propio: y sin esperanza siquiera de que vd. abjure de sus principios liberales y corresponda á su pasion, se ha lanzado á esa vida aventurera, guiada por ese fraile malvado, que bajo la égida de confesor y director espiritual de la despechada sobrina del difunto conde de Briás, la conduce á su perdicion y á su ruina.

Y asi era la verdad, porque Josefina desde la entrada de los facciosos en la Seo de Urgel, y de la salida

de Guerrero con el salvo conducto que ella le diera para entrar en Francia despues de salvarle la vida, se mostraba triste y descontenta á punto de que el mismo padre Marañon con frecuencia la reconvenia de su aparente frialdad y de la indiferencia con que ella le trataba, y el fraile de la Trapa ardiendo de celos y lleno de furor se vengaba en sus correrias por Aragon, Valencia, la Mancha y Andalucía, contra los liberales, á quienes fusilaba y asesinaba inhumanamente, les robaba sus propiedades , y todos estos crímenes horrendos los cometia en presencia de su hija de confesion, invocando el santo nombre de Dios, cuya ira le parecia implacable por no haber fusilado á Guerrero y á sus soldados cuando el asalto de la Seo de Urgel.

Sin embargo, Guerrero no podia, ni queria, convenirse de que Josefina de Comerford abrigara en su pecho pasion alguna de amor por él, como quiso dárselo á entender Mr. Pierre Battle, y solo deseaba que el navio *Tonnerre* anclase en la bahía de Cádiz para saltar á tierra disfrazado y buscar á bordo de algun buque neutral un pasage para América ó la India, con intenciou resuelta de no regresar á Europa mientras no luciera en ella de nuevo la antorcha de la libertad.

Sus deseos en este particular se cumplieron antes de lo que él mismo esperaba: á las cuatro de aquella tarde ancló el *Tonnerre* en el puerto de Cádiz, donde estaban ya los demas buques de la escuadra real francesa, y á distancia de dos cables de la hermosa y bien artilla-

da fragata de guerra anglo-americana *Brandyvine*, mandada por el muy célebre capitán Kennedey, el hombre de carácter mas escéntrico y filántropico que se haya conocido en la marina anglo-americana. Guerrero le conocia de haberle visto y tratado en Barcelona y esta circunstancia, y la de tener que fugarse de España para eludir las persecuciones del gobierno del rey absoluto, coincidian maravillosamente con el proyecto que tenia de emigrar á un pais libre y bien gobernado, donde pensaba pasar la vida llorando la prematura muerte de Blanca, y adquiriendo con su trabajo y laboriosidad los medios de proveer á su subsistencia sin depender de nadie.

Mr. Pierre-Battle procuró á Guerrero un traje de paisano y un sombrero redondo, y así disfrazado hubo de saltar á tierra acompañado de su nuevo amigo el teniente de navío, para tomar lenguas acerca del futuro destino de la fragata *Brandyvine* y del aspecto que en aquellos momentos presentaban los sucesos de la Peninsula.

Guerrero iba temblando á pesar de las seguridades que le daba Mr. Battle de que yendo con él, y siendo gobernador de Cádiz el mariscal conde de Bourmond, nadie le molestaría, cuando de manos á boca, como suele decirse, al entrar en la plaza de San Antonio, se encontraron con el capitán Kennedey, á quien Guerrero despues de saludarle y abrazarle con cordial afecto, informó de cuanto le pasaba, y de la necesidad en que se veia de emigrar á paises estrangeros, donde se gozase

de libertad, se administrase justicia, y hubiese seguridad individual.

—¡Precisamente, señor Guerrero, exclamó el capitán Kennedey, ha dado vd. con la horma de su zapato! Mas á tiempo no podia vd. haber tropezado conmigo.

¿Ve vd. aquellos dos hombres que están parados aqui junto á nosotros?

—Si, Capitan, los veo; replicó Guerrero.

—Pues bien: continuó diciendo el capitán Kennedey: ha saber vd. que los dos huyen tambien del furor de los enemigos de la libertad, que pululan en España; aquel que vd. ve mas alto que el otro que le acompaña, es el príncipe Aquiles Murat, hijo del que fué rey de Nápoles, y sobrino el gran Napoleon Bonaparte, que vino á Cádiz para alistarse en las filas del ejército liberal, precisamente en el momento de rendirse la plaza, y el otro es un señor de Mahon, que se llama Rodriguez, profesor de astronomía, y muy práctico en la náutica y en todo lo concerniente á la marina, y me lo llevo para maestro de pilotos de la escuadra americana naval de Norfolk, en Virginia. La fragata *Brandyvine*, dará la vela mañana al amanecer para los Estados-Unidos de América: esta noche sin falta le espero á vd. á bordo, y verá vd. que pasage tan alegre y divertido llevaremos navegando hácia mi tierra. (*homevards*).

Guerrero se despidió de Kennedey, quedando antes de acuerdo con él, en que un bote del navio francés *Tonnerre*, le llevaria antes de las doce de aquella noche á

bordo de la fragata americana *Brandyvine*, y siguió paseando por las calles de Cádiz con su amigo Mr. Pierre Batlle, hasta que llegando á la plazuela del Correo, entraron á refrescar en un magnífico café.

El primer objeto que se presentó á la vista de Guerrero en aquel local tan concurrido, fué el ínclito Manolo Valdés, el de los gatos, con su levitin verde y su sombrero blanco á la Bolívar:

—Tú por aquí? preguntó Guerrero á su antiguo amigo y convecino del cuarto segundo de la calle de Preciados de Madrid. ¿Tú por aquí, en estas circunstancias?

—¡Qué quieres amigo Guerrero! Las hay en la vida, dijo Valdés, ensortijándose los negros rizos de su larga cabellera, y mirándose al espejo de la mesa del café en que se sentó á refrescar con el coronel español y con el teniente de navío francés, en que el hombre debe pensar en hacer su negocio, y ¡feliz el que acierta!.... De mi, sé decirte, que el día en que entraron en Madrid las tropas francesas del duque de Angulema, y la llamada regencia de España y de las Indias, la plebe se me echó encima en la puerta del Sol, y los chisperos de los barrios bajos de la capital por poco me matan. Todos me llamaban «¡negro! ¡herege!» y qué sé yo que mas piropos, porque alguno hubo de decirles que yo estuve en la plazuela de Santo Domingo en la memorable jornada del 7 de julio del año pasado; y amigo, has de saber que me salvé en una tabla; por poco me acribillan el

cuerpo á puñaladas invocando los nombres del Altar, de la Fe, del trono y del rey absoluto, que ellos en su frenético y fanático frenesí le llaman *disoluto*.

«Pasado aquel chubasco me refugié á casa de un amigo, y eché mis cuentas. La política, dije para mi capote, no es un fin, si no un medio de hacer fortuna; la mia anda atrasadilla y mal parada, porque los liberales nada me han dado durante su dominacion: vamos, pues, al grano y dejémonos querer de la gente frailuna que va á Andalucía formando la vanguardia del ejército liberticida ó libertador, que para el caso es lo mismo, y en un santiamen me puse en camino para esta tierra que llaman vulgarmente los andaluces «de María Santísima;» y que en efecto es un cielo para mí, aunque si me descuido en Sevilla me hubieran afeitado y rapado la cabeza esos tunantes del barrio de Triana, que afuer de realistas puros me rompieron la levita verde y el sombrero blanco, llamándome tambien negro y herege, y lo hubiese pasado muy mal sin la proteccion de la condesa de Sales que me hizo librtar de aquellos vándalos y gitanos, y escoltar hasta el Puerto de Santa-María por unos cuantos ginetes de la partida que ella misma capitanea al lado del Trapense.....

—¡Hombre! exclamó Guerrero, ¿Y tú la conoces á esa nueva condesa de Sales?

—No, chico, no la he tratado, replicó Valdés: solo he oido decir que sigue la campaña contra los liberales bajo las órdenes de su confesor el padre Antonio Mara-

ñon: que tiene mucho valimiento con el canónigo don Víctor Saez, que acaba de ser nombrado ministro universal del rey Fernando VII, y que ha conseguido ya una real orden para que se restablezca el convento de la Trapa en el Alto Aragon, y se apliquen todos los bienes que el Trapense ha quitado á los liberales, durante la campaña, á la reedificacion y mantenimiento del real monasterio de santa Susana de los Trapenses; tambien me han asegurado que el rey á dado la faja de mariscal de campo al padre Antonio Marañon y que le acaba de nombrar comandante general de la Rioja con residencia en Logroño. En suma, querido Guerrero mio, la condesa de Sales es una potencia para conseguir cualquiera gracia del ministro universal de Fernando VII, y si tú la conocieras ó me dieras para ella una carta de recomendacion me verias antes de mucho tiempo archipámpano de Sevilla ó archiduque de Medinasidonia que viene á ser lo mismo.

—¡Feliz de tí Manolo mio, que tan fácilmente te amoldas á las circunstancias! exclamó Guerrero aciéndole de la mano: ¡feliz de tí, que no tienes aprension!!! ¿Qué dirán tus amigos al ver que no has corrido con ellos la misma suerte?

—Chico! yo no se lo que dirán, pero ya desde ahora puedo yo decirte, que ni el general don Miguel Ricardo de Alava, ni don Angel Saavedra, ni Isturiz, ni don Antonio Alcalá Galiano, ni otros muchos que he visto en la isla de León y en el Puerto de Santa Maria despues de

la rendición de Cádiz, se han dignado mirarme á la cara; sin acordarse de que día vendrá en que muchos de ellos podrá ser que me imiten y tengan con los liberales una conducta mas atornasolada que la mia....

Guerrero y Mr. Battle se separaron de Manolo Valdés, para regresar á bordo del navío *Tonnerre*, donde Guerrero manifestó al capitán Regnauld su agradecimiento por la hospitalidad que le habia dado; hizo sus preparativos de marcha, y á las once de la noche en una de las falúas del navío francés, marinada por el mismo Mr. Pierre Battle, se trasbordó á la fragata anglo-americana *Brandyvine* que dió la vela al amanecer del siguiente dia para los Estados-Unidos de América.

CAPITULO XXVIII.

EL REFUGIO DE LA MALDAD.

„Courage, adresse, esprit, grace, fierté sublime;
Tout dans votre amc aveugle, est l' instrument du crimen,“
(ROME SAUVÉE. Act. 7).

Ya vamos llegando al fin de la carrera de Josefina de Comerford, de esa muger singular cuya belleza, instruccion, valor, habilidad, talento, gracias personales, y orgullo desmedido, se habian concentrado en su alma ciega y fanática para servir de instrumento á la maldad y al crimen de un sacrilego ministro de Dios, que dirigia sus acciones por el camino de la prostitucion, en vez de haber guiado sus pasos, cual padre espiritual, por el camino del cielo, con ejemplos prácticos de humildad, de

templanza, de dulzura y de caridad cristiana.

La tienda de campaña, ó el alojamiento en las poblaciones, donde se hospedaba Josefina consu confesor fray Antonio Marañon, era siempre el punto en que se reunian los padres, parientes, deudos, huérfanos, ó hermanos de las víctimas que hacia el Trapense en poblado y en los campos de todo el pais por donde transitaba con su crecida horda de foragidos, y allí como en las antecambios de la casa de un ministro aborrecido, se oian las quejas y las justas reclamaciones contra los actos de su vandálico proceder.

La nueva condesa de Sales era de ordinario quien salia del aposento del gefe de aquellos bandidos defensores, por antitesis, del altar de Dios y del trono de los reyes, para suavizar con buenas palabras la exasperacion de los que con tanta justicia reclamaban que se les restituyese el dinero y alhajas que se les habian robado, ó la libertad de los presos que conducia el ex-fraile de la Trapa para imponerles un pingüe y lucrativo rescate si querian eludir la muerte desapiadada y atroz con que la furia del Trapense les amenazaba.

A todos hubiera querido Josefina de Comerford enjugar las lágrimas, pero á ninguno se atrevia á prometer consuelo eficaz y remedio á su dolor, temerosa de ofender á Dios contraviniendo á los mandatos de fray Antonio Marañon.

—«Es un santo! ¡Un ángel bajado del cielo para estirpar la heregia y purgar la tierra del espíritu innova-

dor y revolucionario!» Decia, con aparente candor é intensa conviccion la nueva condesa de Sales, á los que se acercaban á implorarle justicia ó clemencia para sus deudos y amigos cuya vida peligraba en manos del padre Marañon, y luego añadia: ¡Con él, hermanos míos, me elevo todas las noches al Criador y recibo sus divinas inspiraciones! Si por fortuna vuestra esta noche orando, el señor le toca el corazon y le indica que no son criminales los presos cuya libertad me pedis, ¡os aseguro que no morirán!

El semblante escuálido y macilento de Josefina, daba bien á entender, á cuantos recurrian á su influjo con el Trapense para obtener sus fundadas y justas reclamaciones, que la improvisada condesa de Sales no era materialmente feliz al lado de su padre espiritual, y sobre ella y el fraile brigadier se hacian comentarios tan atrevidos que la pluma se resiste á reproducirlos.

Siguiendo esta conducta y su vida depravada é inmoral, habia salido el Trapense con su banda de foragidos y su hija de confesion escoltando al rey absoluto desde Andalucía para Madrid, donde Fernando VII hizo su triunfal entrada pocos dias despues de la cruenta ejecucion y muerte del ilustre general don Rafael del Riego.

Dos alas de una nueva falange de hombres armados, que se titulaban *voluntarios realistas*, que la regencia llamada de España y sus Indias, habia organizado en la capital de la monarquía durante la ausencia y cautiverio, como ellos decian, del monarca despótico, formaban

la carrera por la que la régia comitiva debía pasar desde la puerta de Atocha, para ir por el Prado y calles de Alcalá, Mayor y Platerias, á hospedarse á palacio; y como el rey preguntára ¿qué gente era aquella? Y le contestaran los consejales de la nueva municipalidad de Madrid, que eran «sus mas fieles vasallos, regimentados como lo estuvieron en tiempos de la Constitucion los milicianos nacionales,» el rey se echó á reir y exclamó:

—«Estos siempre serán los mismos perros, con distintos collares».

La corte de Fernando VII despues de su entrada en Madrid y su restauracion al poder absoluto teocrático era verdaderamente un mosaico ridiculo. En los dias de besamanos, concurrían á felicitar á S. M. y real familia nubes de personages de diversas cataduras y profesiones con trages fantásticos cubiertos de estrañas insignias y armaduras. Al lado de un capitan general de los antiguos ejércitos españoles, se veian, un fraile con dos entorchados de oro sobre su hábito y capuchon; un mariscal de Francia haciendo reverencias y dando la mano al cura Merino; un guerrillero catalan con alpargatas y gorro frigio, ostentando en el pecho un Santo-Cristo, un puñal, un relicario, la cruz de comendador de Isabel la Católica, y en la manga de la chaqueta y en el cinto de seda roja, el bordado de mariscal de campo. En suma, la corte de Madrid y los suizos de la Guardia Real de Luis XVIII que con sus uniformes de escarlata

daban el servicio de palacio y custodia de los reyes de España, presentaban á fines del año de 1825, el deplorable cuadro de una monarquía absoluta restaurada por bayonetas extranjeras, auxiliadas de la hez de una sociedad anárquica, desmoralizada, sin virtudes positivas, ni educación pública, ni convicciones propias.

De este vivero de nocivas plantas y soeces servidores de la efímera causa, mal llamada del trono y del altar, cuyo triunfo se celebraba entonces con pompa asquerosa en la capital de la monarquía española, salieron para tomar el mando militar y político, *in partibus*, de la Rioja, protegidos por el canónigo don Victor Saez, inquisidor y primer ministro del rey Fernando VII, el reverendo fray Antonio Marañon, mariscal de campo de los ejércitos de S. M. católica, y su hija de confesion Josefina de Comerford, improvisada condesa de Sales, que tambien ostentaba en su delicado talle la faja de generala y el entorchado de oro en la manga de su riquísimo dormán de paño azul turquí, igual al de la poblada amazona que usaba para montar á caballo.

Menester es confesar que Josefina se iba cansando de aquella vida aventurera y criminal, por mas que ella no tuviera por crímenes aun las atrocidades que su director espiritual cometia con los liberales: y bien fuese porque en su interior siempre se acordaba de Guerrero, (de quien nada habia sabido; ó porque naturalmente le repugnasen las acciones del padre Marañon, es lo cierto, que la nueva condesa de Sales principió sé-

riamente á pensar en sí misma y en retirarse del mundo donde ya no le quedaban ni porvenir, ni bienes de fortuna. Josefina, empero, estaba sinceramente satisfecha de haberlos sacrificado en obsequio de la causa del despotismo y de la religion, segun ella la entendia, y á cuyo triunfo tan grandemente contribuyera cediendo todo lo que tenia á la regencia de la Seo de Urgel, á los PP. de la fe y á su confesor el padre Marañon, que por aquel mismo tiempo acababa de obtener una Real orden para que se restableciese el monasterio de la Trapa de Aragon, y lo dotó para su mantenimiento con los bienes de Josefina y con todo el dinero y alhajas que durante la campaña robó á los pueblos y personas que pasaban por liberales.

El mando militar y civil de una provincia en España, siempre ha sido mas lucrativo que un obispado, y fray Antonio Marañon, comandante general de la Rioja, con su hija de confesion al lado, se creia mas feliz, que si el inquisidor don Victor Saez, le hubiese nombrado Arzobispo de Toledo, porque pensaba hacer de las suyas, y colmar su fortuna y la del Real monasterio de la Trapa para el resto de sus dias.

Sin embargo, cuando llegó á Logroño y tomó á su cargo la comandancia general de aquella provincia, se halló con una cierta corta-pisa que su reverencia no la esperaba. El conde de Poitiers estaba allí de gobernador militar puesto por el duque de Angulema, generalísimo de las tropas francesas que ocupaban la península ibé-

rica, y la presencia de aquella autoridad exótica, cohabtaba hasta cierto punto sus miras de devastacion y exterminio de los liberales de la Rioja.

Esto no obstante, el Trapense contaba con la impunidad por el valimiento que tenia en la corte con don Victor Saez, el inquisidor y primer ministro del rey, y hubo de decir para su capote: «donde hay patron no mandan marineros.»

Un dia en que el padre Marañon habia mandado pasar por las armas á varios liberales que tenia presos en las cárceles de Logroño, porque los pueblos á que pertenecian no le quisieron pagar el crecido rescate que por ellos pedia, llegó al alojamiento de Josefina una jóven llamada doña Casimira Manzanares á implorar la clemencia de la condesa de Sales en favor de su anciano padre, que estaba preso en la cárcel desde aquella mañana, sin que ella lo supiera; mas viéndola el lascivo cabecilla de los defensores del altar y del trono, y habiéndose prendado secreta y repentinamente de la jóven Casimira, se interpuso entre ella y Josefina, y la dijo:

—Niña, esta tarde al toque de oraciones comparecerá vd. ante el tribunal de la penitencia, donde yo confesaré á vd. y la revelaré el paradero de su padre, y la suerte que le preparo. Entrará vd. en la iglesia por la puerta principal que da á la plaza, y despues de persignarse con el agua bendita y rezar un acto de contricion ante el retablo de san Hilario, se dirigirá vd. al primer confesonario de la izquierda, donde yo estaré sentado

para oirla y darla despues la absolucion.

Casimira no faltó á la cita, y llevada de su amor filial, acudió al confesonario á las seis y media de aquella tarde palpitando su corazon de gozo y de temor, pero con esperanza de libertar á su anciano padre y volverse con él á san Millan de la Cogulla, donde tenia su hogar doméstico.

Lo que pasára entre Casimira y Fr. Antonio Marañon en el templo del Señor, no se ha podido averiguar; mas es lo cierto que la desventurada jóven salió presurosa de la iglesia de Logroño al cabo de media hora de haber entrado en ella, dando espantosos alaridos y aferrándose al cuello de una señora que encontró en el átrio del templo arrodillada y rezando ante la imágen de un Santo Cristo de colosales dimensiones, cuya venerable efigie alumbraba noche y dia una gran lámpara de metal; al abrazarla, Casimira Manzanares balbuceó palabras poco inteligibles, porque se perdian y ahogaban entre sollozos, lágrimas y suspiros, y al fin cayó desmayada y como muerta en los brazos de la genuflecta señora, que no era otra que Josefina de Comerford, la nueva condesa de Sales, que habia ido á orar delante de aquella sagrada imágen por el alma del padre de Casimira, y á pedir á Dios le diera fuerza para soportar la revelacion que el sacrilego ex-fraile de la Trapa le habia prometido, que á su entender no podia ser otra que anunciarla el fallo de muerte contra su padre.

En vano esperaba Josefina que tras la jóven que sos-

tenia desmayada y sin sentido entre sus brazos, saliera tambien del templo de Dios Fr. Antonio Marañon: nadie parecia por el umbral de aquella puerta, y la iglesia estaba casi á oscuras y sin mas luz que la de una lámpara opaca que habia en el presbiterio junto al altar mayor.

Pasados algunos minutos, y mientras aun tenia Josefina clavados los ojos hácia la puerta del templo, llegó el sacristan á cerrarla, haciendo mucho ruido con el gran mazo de llaves que llevaba en la mano; lo que causó no poca sorpresa á Josefina, y un sobresalto extraño en la convulsa jóven Casimira, que al parecer ya iba volviendo en sí.

—Sálveme vd., señora! ¡Sálveme vd. de las garras de ese sacrilego ministro del altar! exclamó despavorida y trémula la jóven Casimira agarrándose más fuertemente al cuello de Josefina.

—De quién? ¿Del sacristan que ha venido á cerrar las puertas del templo? preguntó Josefina con asombro.

—No señora; no es el sacristan de quien yo me horrorizo, replicó Casimira desalentada, y con voz débil y moribunda; es, si, del padre Fr. Antonio Marañon, comandante general de la provincia de la Rioja, que me hizo comparecer en el templo de Dios á esta hora avanzada, ya no para confesarme como dijo que queria hacerlo cuando me citó en presencia de vd., sino para poner á prueba mi virtud, y á precio de mi honra el rescate de mi amado padre....

—Qué horror!!! exclamó Josefina haciendo la señal de la cruz y cubriéndose la cara con ambas manos, y luego añadió con la furia que inspiran los celos. ¿Adónde está el monstruo? ¿qué pretendía de vd. buena jóven? ¿Qué hizo el malvado?

—No se donde está; si bien creo que huyó por la otra puerta de la iglesia al oirme gritar pidiendo auxilio: no se tampoco lo que pretendia de mí, ni lo que quiso hacer conmigo cuando me agarró de la cintura para que entrase con él dentro del confesonario donde me esperaba: lo único que puedo decir á vd. señora, es que el mentido ministro del altar y defensor del trono estaba en el mayor desórden cuando me quiso abrazar, y que para intimidarme me decia: «ceda vd. á mis deseos ó mañana al amanecer haré fusilar á ese herege liberal que es su padre de vd.»

—No será asi, vive el cielo! repuso Josefina incorporándose de la posicion que guardaba para sostener á Casimira entre sus brazos, y haciendo que la jóven se levantase tambien, añadió: Sígame vd. niña, y vamos corriendo á libertar al pobre anciano padre de vd. por negro y herege que sea....

Hablando asi Josefina y temblando de ira ofreció el brazo á Casimira; cruzaron ambas la plaza de Logroño y se dirigieron al principal donde habia un fuerte destacamento de tropa francesa, y un piquete de foragidos del ejército llamado de la Fe, dependiente de la fuerza española que mandaba el Trapense en la Rioja.

—En suma, hija mía, ¿quién es vd? ¿A qué familia pertenece vd? y ¿como se llama su señor padre cuya vida trató vd. de salvar con el empeño que es natural en una hija que tan justamente ama á el autor de sus dias? preguntó con aparente ansiedad y exasperacion visible Josefina de Comerford á la desconsolada y doliente Casimira.

—Yo soy, señora condesa de Sales, hermana de uno de los gefes mas ilustres del ejército liberal español, contestó Casimira; mi hermano es el general don Salvador Manzanares, que ha hecho su carrera en el cuerpo de Ingenieros, y hoy se halla prófugo de España como otros muchos de sus compañeros de desgracia, por haber defendido en Cádiz la causa constitucional que el mismo rey Fernando VII habia jurado defender y observar: mi padre es el médico mas nombrado de la Rioja, se llama don Francisco de Sales Manzanares, y tengo tambien un primo que sirvió en clase de coronel de artillería, y^f fue muy perseguido en tiempos de la Inquisicion por sus ideas y opiniones liberales. Fray Antonio Marañon informado sin duda por los espías que hay en la provincia, habrá sabido todos estos pormenores, y por esta razon ha hecho prender á mi anciano padre y se ha apoderado de cuantas alhajas y dinero habia en nuestra casa....

—Y ¿como se llama su primo de vd. el coronel de artillería? preguntó Josefina con estraña curiosidad.

—Abelino Guerrero, fué la seca respuesta de Casi-

mira Manzanares á la improvisada condesa de Sales.

—Guerrero!!! exclamó Josefina con asombrosa admiración y sorpresa.

—Sí, Guerrero, volvió á afirmar secamente la jóven Casimira; y luego, exhalando un profundo suspiro y vertiendo algunas lágrimas, continuó diciendo:

—Hubo un tiempo en que yo le amaba ciegamente, y á no haber sido por un viage que hizo al estrangero, y por unos amores que contrajo en Viena con una señorita española que allí conoció, á estas horas seria mi marido.

Josefina comprendió desde luego que era menester disimular, y fijando sus rasgados ojos azules en el hermoso semblante de Casimira Manzanares para adunirar toda su belleza, que era mucha y muy seductora, la dijo con singular dulzura:

—Casimira! amiga mia! ¿Dónde estará ahora ese Guerrero?

—Cruzando los mares y buscando un'asilo en América, replicó la jóven, á ser cierto lo que mi hermano don Salvador Manzanares escribió á mi padre desde Gibraltar, poco despues de la rendicion de Cádiz á las tropas del duque de Angulema.

A esto Josefina de Comerford y su protegida Casimira iban llegando ya al Principal de la plaza, y los tambores de la guarnicion rompian el toque de la retreta porque daban en el reloj de la iglesia catedral las ocho de la noche, cuando la llamada condesa de Sales se des-

prendió del brazo de su compañera y se llegó sola á la puerta del cuerpo de guardia del piquete de los faciosos del ejército de la Fe, y llamó al oficial que allí estaba de servicio.

—¿Me conoce vd., caballero oficial? preguntó Josefina al capitán de aquella tropa.

—Sí, señora condesa: conozco y reconozco á V. S., y solo espero que V. S. me dé sus órdenes para obedecerla y servirla en cuanto de mí y de mis subordinados, repuso el capitán, dependa.

Entonces Josefina de Comerford entró en el cuerpo de guardia, y sacando de la faltriquera del dormán que llevaba puesto, un salvo conducto impreso y firmado por el Trapense, llenó los blancos de aquel papel con los nombres de don Francisco de Sales Manzanares y su hija Casimira, y mandó al capitán del piquete de los faciosos: enviase á uno de sus subalternos de confianza á la cárcel, presentase al carcelero aquel salvo conducto, y le trajese al anciano Manzanares á casa del conde de Poitiers, donde esperaba con la jóven Casimira.

El capitán cumplió con las órdenes que le diera la titulada condesa de Sales: el subalterno sacó de la cárcel al infeliz don Francisco de Manzanares, á quien el carcelero habia puesto ya en capilla de orden del Trapense, y le condujo por calles poco frecuentadas, al alojamiento del comandante general francés.

Al llegar el padre de Casimira ante aquella autoridad extranjera, y al ver allí á su hija acompañada de una

señora vestida de un traje tan particular, pues ostentaba aun en las mangas del dorman la insignia de mariscal de campo, se desmayó figurándose que allí se le iba á quitar la vida en presencia de su adorada hija que habia venido del pueblo de San Millan de la Cogulla, sin que él lo supiera, para presenciar la muerte de su padre, no habiendo podido salvarle de la venganza y del furor del sacrilego Marañon.

Pero cuál seria la grata sorpresa del anciano al volver en sí, y al encontrarse entre los brazos de su hija que le estaba prodigando toda clase de auxilios para que recobrase el sentido y la razon, y al oir de boca de su libertadora, la llamada condesa de Sales, que el Trapense ya no era comandante general de la Rioja por el rey Fernando VII, y que no tenia ya por qué temer.

Y asi era la verdad: cuando Josefina entró con Casimira en casa del conde de Poitiers pidiéndole un asilo para el anciano Manzanares y su hija, el gobernador francés á quien ella refiriera todo lo ocurrido con la jóven en la iglesia de Logroño, le dijo que acababa de recibir la noticia oficial por conducto del duque de Angulema, de que fray Antonio Marañon, mariscal de campo del ejército de S. M. C. y comandante general de las fuerzas del rey de España en la Rioja, habia sido destituido del mando militar y político de aquella provincia por haber llegado á la corte de Madrid por conducto del generalísimo de las tropas francesas, innumerables quejas de la conducta vandálica del Trapense en Ara-

gon, en la Mancha, en Andalucía y otras comarcas, donde su rapacidad habia exasperado á los pueblos, y le manifestó copia de la real orden en que se le mandaba regresar al claustro del real monasterio de Santa Susana de la Trapa; en el reino de Aragon, á seguir la vida monástica que habia abandonado para hacer la campaña contra los liberales *revolucionarios*.

Inútil es referir cuáles serian los remordimientos de Josefina de Comerford al considerar que habia sido la víctima inocente de aquel sacrilego impostor, que bajo el sacro-santo escudo de la religion y del trono habia abusado de su candor, de su virtud, de su celo y de su ciega credulidad, para satisfacer sus torpes instintos, sus carnales deseos, su avaricia y su pecaminosa inmoralidad.

Josefina lloraba, y devoraba sus lágrimas de dolor y arrepentimiento á la vista del conde de Poitiers, del anciano Manzanares y de la hermosa Casimira, que cumplia con admirable ternura los deberes de una hija estrechando en su seno al padre acongojado y doliente.

—¡Padre mio! le decia: ¡Ya somos felices! ¡Ese monstruo seductor ya no manda en la Rioja! ¡Vuelva vd. en sí! Recobre su salud y su razon que al rayar el alba nos volveremos libres y juntos á San Millan de la Cogulla. donde pasaremos el resto de nuestros dias en apacible calma rogando á Dios por nuestra bienhechora la condesa de Sales que ve vd. aqui presente, por mi hermano Salvador y por mi primo Guerrero, que andan errantes

y desvalidos por el mundo en premio de sus leales servicios á la patria y al rey.....

—Si hija mia! esclamó Josefina, abrazando á Casimira, y dando libre curso al llanto que embargaba sus sentidos. ¡Ruegue vd. á Dios por mí! Y ¡ojala obtenga vd. de su divina clemencia el perdón de mis culpas y pecados!

En aquel momento daban las doce de la noche y entraba en el alojamiento del general francés uno de sus ayudantes de campo, con un pliego, que el conde de Poitiers abrió al instante. Era el parte que le daba el oficial de una gran-guardia avanzada cuyo servicio nocturno hacia sobre el camino de Navarra, en que le anunciaba que el Trapense con una escolta de veinte ginetes del ejército de la Fé y seguido de varias acémilas cargadas, habia pasado á las once de aquella noche por allí en direccion á Villafranca de Montes de Oca, Nájera y Tudela, y que le habia dicho que dejaba el mando de la Rioja por orden del Rey FERNANDO VII para ir al alto Aragon.

Esta novedad inesperada causó mucha alegría á Casimira Manzanares y á su anciano padre, y no poca sorpresa á Josefina, que al instante propuso á los circunstantes, incluso al gobernador francés, que la acompañasen al alojamiento donde ella vivia, y del que acababa de fugarse el padre Marañon, temerosa de que el pérfido director de su conciencia no le dejara tendida alguna celada para completar su obra de perdicion.

El conde de Poitiers envió en aquel mismo momento á su ayudante de campo á que colocara un piquete de tropa francesa á la puerta de la casa en que se alojaba Josefina, y con ella, Casimira y el anciano Manzanares hicieron una minuciosa visita y un escrupuloso registro en el aposento del fugitivo ex-mariscal de campo y comandante general de la provincia de la Rioja.

Hasta el pequeño equipage de Josefina habia desaparecido, y cuanto en la casa hubiera de algun valor y poco volúmen, fué objeto de la rapacidad del fraile de la Trapa al emprender su vergonzosa fuga.

Solo la mesa de escribir y el atril en que solia guardar su correspondencia, estaban al parecer en el mismo sitio y del mismo modo que Josefina los habia dejado al toque de oraciones, cuando salió para ir á rezar á la imágen de Cristo, en el vestibulo de la iglesia de Logroño, donde Casimira, huyendo de fray Antonio Marañon, habia ido á caer desmayada en sus brazos.

Sobre aquel atril ó carpeta de la mesa de escribir se halló una carta dirigida á Josefina de Comerford que decia asi:

«¡Mi querida hija de confesion!»

«Los enemigos del altar y del trono han triunfado de nosotros. Nuestro ilustre protector, el canónigo don Victor Saez está en desgracia, y le ha reemplazado en el ministerio un señor medio herege que se llama don Francisco de Cea-Bermudez. La primera victima de ese

revolucionario enmascarado de realista, he sido yo, y por sus calumniosos informes, y por las reiteradas quejas del pérfido gabacho el señor duque de Angulema, el rey nuestro señor (que Dios guarde) ha dispuesto que yo regrese inmediatamente al convento de Nuestra Señora de la Trapa, situado á las inmediaciones de Caspe, en el alto Aragon. Llevo conmigo tu equipage y alhajas, porque la escolta de caballería que me acompaña ofrece una seguridad que no tendria si tú los llevases contigo, si como espero, me siguieses en mi desgracia y fijases tu residencia en Caspe para vivir y morir cerca de mí.

«Si tienes tiempo, antes de amanecer harás que saquen de la cárcel al preso que está en capilla y le fusilen junto al paseo del Espolon. Su muerte será un grato sacrificio á los ojos del Ser Supremo, porque es uno de los mas terribles enemigos del altar y del trono, y harás que su hija presencie la ejecucion, porque abriga las mismas máximas heréticas de su padre. Los soldados míos te obedecerán, y despues de consumado el sacrificio, segun la voluntad de Dios, á la que tú no te has de oponer, si ya no quisieres condenarte á sí misma al fuego perdurable del infierno, podrás divulgar mi fuga y dar parte al gabacho conde de Poitiers de mi salida para Aragon, y le dirás que disgustado y aburrido del mundo me retiro otra vez al claustro, como refugio consolador de la humildad, de la inocencia y de la virtud.

Dios te tenga en su santa guarda, y recibe la bendición de tu amantísimo padre espiritual.

Fr. Antonio Marañon.

Acto continuo abrieron la carpeta y encontraron en ella la correspondencia del Trapense con el Abad del Real Monasterio de Santa Susana de la Trapa, en la que constaba que el rey había mandado que se adjudicasen á favor de aquella comunidad religiosa todos los bienes, propiedades, dinero y alhajas adquiridas durante la campaña contra los liberales, por su fiel vasallo Fr. Antonio Marañon.

Hecho este exámen de los únicos papeles que allí se encontraron, Josefina de Comerford, como si un ángel le inspirara, exclamó con sentida emoción y elocuencia.

—¡Ya se rasgó el velo que por tantos años ocultára á mi ofuscada vista la luz de la razon!!! Hasta hoy no habia comprendido todas las máscaras con que se cubre la maldad, y todos los escudos con que se abroquelan la venganza, la intolerancia y la persecucion de los partidos para destrozarse recíprocamente; y hoy tambien comprendo, que ni la religion ni el trono participan de los crímenes que cometen sus mentidos defensores: yo ¡pecadora de mí! he sido cómplice y victima á un mismo tiempo, de los horribles atentados que ha perpetrado Fr. Antonio Marañon durante la campaña del llamado ejército de la Fe, proclamando y profanando con

su inmundó lábío el santo nombre de Dios y el del rey Fernando VII. Por el triunfo del altar y del trono he sacrificado mi persona, mis bienes mundanales y mi reputación: perdida á los ojos de la sociedad, no me queda mas riqueza que la de mis justos remordimientos: y si el claustro en que se alberga hoy el sacrilego Fray Antonio Marañon es un indigno refugio á su maldad, una reclusion voluntaria y perpétua en un convento de monjas será el asilo venturoso de mi mancillada virtud y de mi tardío arrepentimiento.

CONCLUSION.

El padre ANTONIO MARAÑON se retiró con un inmenso botin al *Real Monasterio de la Trapa*, y JOSEFINA DE COMERFORD, pobre, segun la version de unos, y *arrepentida*, fué á ocultar su vergüenza á un convento de religiosas mendicantes de Sevilla, donde murió algunos años despues víctima de una tisis-pulmonal, recibiendo los últimos auxilios espirituales del piadoso Arzobispo de aquella metrópoli, el eminentísimo señor cardenal CIENFUEGOS, entre cuyos brazos habria espirado invocando la clemencia del cielo para su alma, é implorando su divina proteccion para su desventurado amigo Guerrero que la pudo sobrevivir en su espatriacion á los Estados-Unidos de América; y segun otra version, lejos de haberse arrepentido la fanática sobrina del difunto conde

de Briás, hubiera vuelto á conspirar en el año de 1827 con los partidarios del infante DON CARLOS MARIA ISIDRO DE BORDON, para destronar á FERNANDO VII, y entonces habría sido condenada á perpétua reclusion como resultado de la causa que le formó por orden del rey, su fiscal el conde de Mirasol.

De todos modos, ora se arrepintiera y muriera pobre en el claustro, ora se mantuviera impenitente para ir á conspirar otra vez con los partidarios del despotismo teocrático, *Josefina de Comerford*, es un tipo de *Fanatismo* político y religioso que merece estudio y atención, y del que el lector podrá deducir provechoso enseñanza.

En cuanto á don Francisco de Sales Manzanares y su hija Casimira sabemos que regresaron á san Millan de la Cogulla, desde donde reclamaron en vano sus perdidos bienes y alhajas, por medio de las autoridades realistas, entonces constituidas en España; lo único que pudieron alcanzar como sarcástica reparacion á sus justas demandas fue la carta del Abad del Monasterio de la Trapa que acontinuacion insertamos:

«¡Gloria á Dios!»

Señor don Francisco Manzanares.

«Muy señor mio: Fray Antonio Marañon, amante y servidor fiel de su Dios y de su rey, á repetidas instancias mias, obtuvo de S. M. la licencia de restituirse á

este su primitivo monasterio, habiéndole concedido el monarca por gracia especial, una competente escolta de caballería para que durante su viage le custodiase y preservase de todo insulto de parte de los enemigos del trono y del altar, que lo son igualmente de su sagrada persona.

«Luego que llegó Fr. Antonio Marañon á esta santa casa, se hizo presente al rey nuestro señor que habia traído consigo varios caballos y un rico botin de dinero y alhajas, especificando en nuestra sincera esposicion el modo y la forma con que aquellos bienes habian llegado á sus sagradas manos, y suplicándole á S. M. se sirviese disponer de todo lo adquirido por el digno Fr. Antonio Marañon durante su campaña en defensa de su regia corona y de la santa fe católica. S. R. M. se ha dignado mandar por real decreto de 31 de marzo de este año, que me fué comunicado por su primer ministro, que tanto los caballos, como todos los demas objetos de que va hecha mencion en nuestra esposicion se aplicasen al servicio y utilidad de este real monasterio.

«Lo que comunico á vd., y lo hago presente al capitán general de Aragon, en respuesta á sus reiteradas instancias.

«Dios guarde á vd. muchos años. Real monasterio de Santa Susana de la Trapa, 24 de abril de 1824.»

FR. FRUCTUOSO, ABAD.

NOTA. Esta carta original se encontró entre los pá-

peles de la familia de Manzanares, á quien los carlistas, sabedores de que era liberal y de que se habia establecido en el pueblo de Escoriaza, en Guipúzcoa, despues de las pérdidas que le originara en 1824, el padre Fr. Antonio Marañon, volvieron á perseguir con mas encarnizamiento, y suponiéndole *franc-masson* y que tenia relaciones con el general en jefe del ejército de la reina doña ISABEL II, don Luis Fernandez de Córdoba que les hostilizaba, le prendieron en virtud de orden del caudillo carlista don Bruno Villareal, y le fusilaron bárbaramente... á la edad de 82 años, y al tenor del decreto siguiente:

«*Cuartel-general de Salinas, 2 de julio de 1836. Ege-*
 «cútese la sentencia, debiendo trasladarse el fiscal á
 «Escoriaza, donde pondrá en capilla á don Francisco
 «de Sales Manzanares, y facilitándole los auxilios espi-
 «rituales le hará pasar por las armas á las cuatro de la
 «tarde del dia de mañana, presenciando la ejecucion *los*
 «*demas reos* de la causa, la cual volverá al fiscal para que
 «lleve á efecto lo demas que espresa el dictámen del
 «auditor general con el que me conformo etc.

Firmado

B. VILLAREAL.

La sentencia fué ejecutada frente de su propia casa á presencia de su desolada familia en Escoriaza á las cuatro de la tarde del dia 3 de julio de 1836, segun cons-

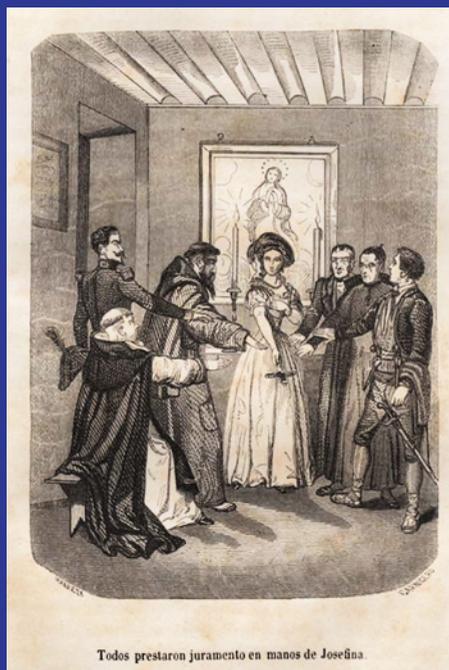
ta de los documentos originales auténticos que obran en poder de las hijas del citado don Francisco de Sales Manzanares: el mayor crimen que se le imputaba era el haber escrito y parodiado el *Credo* y la *Salve* con aplicación á la política del gobierno constitucional de España.

Si el FATALISMO y la PREDESTINACION no fuesen *meras teorías*, y aventuradas utopías que se alimentan en los ánimos supersticiosos, diríamos que el *sino* conduce á las criaturas humanas desde la cuna al sepulcro al traves de los peligros de la vida, para hacer mas portentosos los inescrutables designios de Dios.

La suerte del desventurado Manzanares, la de Blanca de Gaville, la de Josefina y la del mismo P. Marañon vienen apoyando esta fundada y atrevida conjetura.

INDICE DEL TOMO SEGUNDO.

<u>CAPITULOS.</u>		<u>PAGINAS.</u>
XIV.	Los celos.	7
XV.	La logia y el baile.	37
XVI.	Las conferencias.	56
XVII.	Lo cierto por lo dudoso	83
XVIII.	Una mala noche.	110
XIX.	Los presagios siniestros	133
XX.	Situacion de España	161
XXI.	La revolucion	180
XXII.	Síntomas de reaccion	197
XXIII.	La guerra civil	212
XXIV.	Una jornada memorable.	233
XXV.	Consecuencias imprevistas.	248
XXVI.	La intervencion francesa	263
XXVII.	La expatriacion	282
XXVIII.	El refugio de la maldad.	310
	Conclusion	329



Josefina de Comerford (1794-1865) puede ser considerada como la antítesis o el paralelo de Mariana Pineda, en cuanto su vida supuso el compromiso político con todas las consecuencias (no tan trágicas como fueron las de la granadina). En el caso de Josefina, ese compromiso lo fue con la causa absolutista: primero, en la caída del régimen del trienio liberal, de la que ahora se cumplen en 2023 doscientos años, y en 1827 con su participación en la guerra de los agraviados. Su vida fue novelada por Agustín de Letamendi en la obra de 1849 que ahora presentamos, mitad biografía, mitad ficción novelada. Autores de la talla de Galdós y Baroja le dedicaron, por su arrojo, gusto por la aventura, fanatismo y valentía, menciones en sus obras, lo que no ha evitado que su nombre haya caído en el olvido total, del que esta contribución pretende, en la medida de lo posible, rescatarla.